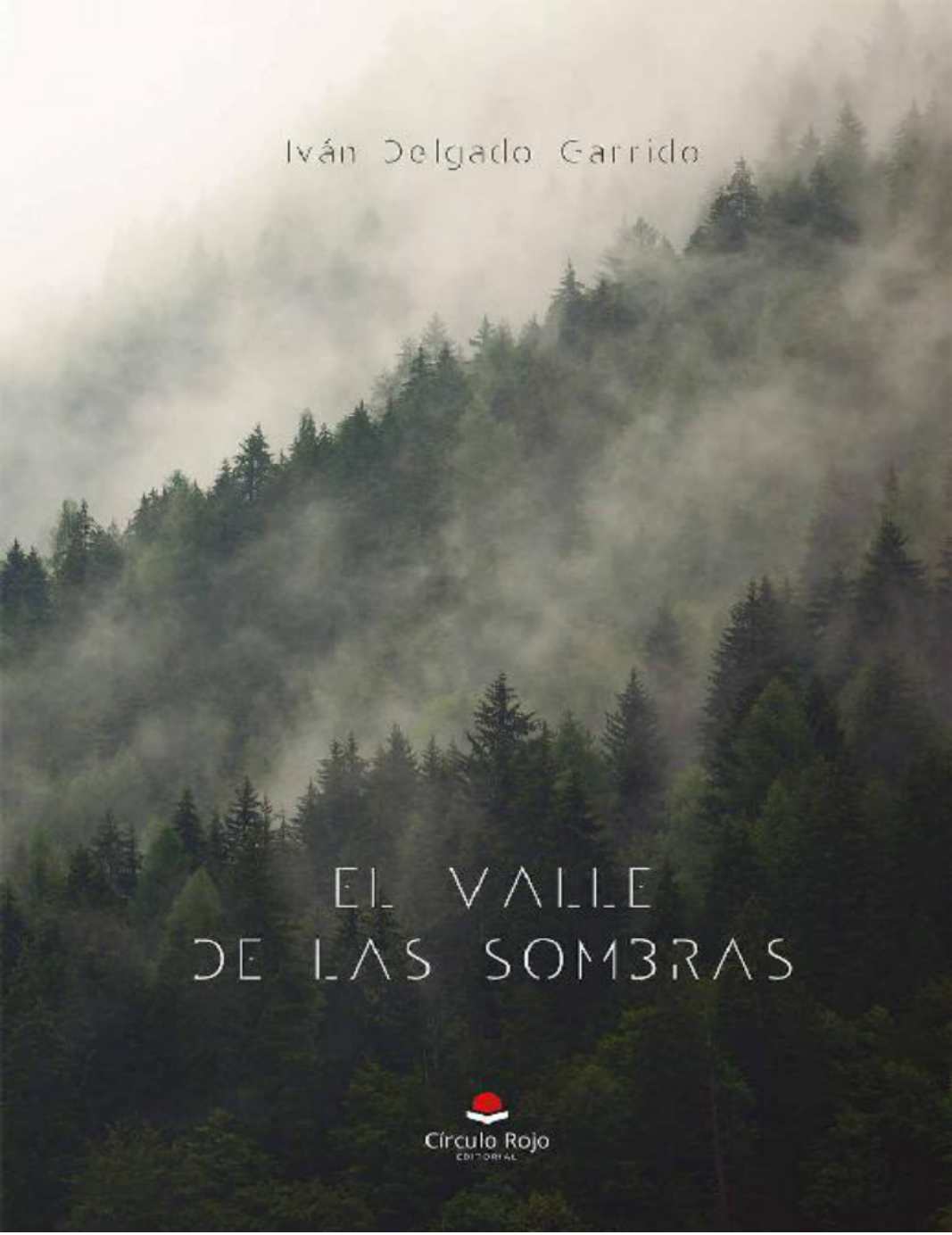
Iván Delgado Garrido
EL VALLE
DE LAS SOMBRAS
Círculo Rojo
EDITORIAL

El valle de las sombras

Iván Delgado Garrido

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2019
ISBN: 978-84-1338-727-7
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo
© Del texto: Iván Delgado Garrido
© De la imagen original: Iván Delgado Garrido
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

A todos y cada uno de los astros que os habéis alineado durante estos años para que hoy esta nueva aventura se haya hecho realidad y en especial a vosotros, mis tres estrellas, Lucía, Lily y Oliver, por no dejar de brillar a mi lado.

CAPÍTULO I

El péndulo del reloj Grandfather marcó la hora y dos golpes secos resonaron a través del pasillo hasta colarse, uno tras otro, en todas las habitaciones de la casa. Abrí los ojos y después de unos segundos mi visión se fue aclarando hasta contemplar con nitidez cómo las vigas auxiliares se unían a la principal para sustentar el piso superior. Entre ellas, el color cálido de una luz amarillenta se reflejaba sobre los paneles blancos del techo. Todo había vuelto al silencio, aunque de vez en cuando un sonido intermitente rompía con aquella escena de aparente tranquilidad.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, inmóvil sobre el suelo mientras escuchaba aquel murmullo y mi mirada permanecía fija en algún punto del techo, pero después de un rato conseguí reunir las fuerzas necesarias y me incorporé. Miré a mi alrededor y con resignación comprobé que seguía en el despacho de Arthur, o mejor dicho, de mi hermano Max. Las luces continuaban encendidas y había hojas sueltas y libros tirados por todas partes. Algunos de aquellos libros yacían exponiendo sus hojas repletas de conocimiento a la corriente de aire que entraba a través del maltrecho cristal de la ventana. Ellas eran el murmullo que escuchaba cuando se agitaban violentamente a merced de la brisa que surcaba el silencio de aquella noche.

Me encontraba sentado en medio de un caos del que era único responsable, las imágenes de mi cólera desatándose sobre aquella habitación volvían a mi mente sin cesar mientras aún podía saborear el amargo sentimiento de frustración que me llevó hasta tal extremo. Recordaba sentirme abrumado por la angustia que crecía mi interior mientras leía las notas imposibles que mi hermano dejó escritas. Creo que debió ser demasiado para lo que mi razón fue capaz de asimilar y terminé perdiendo el sentido. La resaca de aquellos momentos parecía estar clavada en mi pensamiento a la vez que una sensación de rechazo intentaba luchar contra la realidad, contra lo inevitable. No dejaba de buscar una explicación que me alejase de lo que encontré en

aquellas hojas desordenadas mientras intentaba convencerme de que nada de lo ocurrido era cierto. Me esforcé en pensar que tan solo había sido un mal sueño, el apoteósico capítulo final de una novela que había estado leyendo últimamente o, por qué no, el recuerdo de una de esas historias de terror que contábamos cuando éramos pequeños y acampábamos en el bosque… Pero en el fondo sabía que, a pesar de mi amargo deseo porque todo aquello no fuera más que una ilusión, aquella habitación y lo que en ella había ocurrido certificaban que la verdad era otra y se hallaba muy lejos de mis deseos. Las imágenes en mi memoria no eran más que el rastro de un camino que me había llevado hasta aquel despacho, hasta aquella nueva existencia en una orilla oscura y lejana apartada del río de la vida. El eco de aquella idea resonaba en mi pensamiento de una manera tan irreal, que incluso en aquel momento, después de haber recordado todo lo ocurrido, me sentía reacio a aceptarlo. Reacio a asimilar que había abandonado el mundo que conocía, reacio a perder la esperanza aun teniendo la certeza de que había dejado de existir, reacio a querer vivir así. Era un sentimiento duro y complejo, resultaba difícil digerir que nunca volvería a estar junto a los que amaba y añoraba, que nunca más sería capaz de intercambiar una sonrisa o un abrazo con ellos. Mi vida y mi tiempo simplemente se habían consumido, se esfumaron para siempre en aquella fría y triste noche de invierno en la que intentamos escapar de aquellos asesinos que irrumpieron disparando y sembrando el desconcierto en nuestra casa, los mismos que más tarde provocaron el accidente al que no sobreviví. Ellos truncaron nuestras vidas para siempre, lo destruyeron todo, mi única oportunidad en aquel mundo. Tenía la certeza de que me llevaría tiempo poder adaptarme a aquella realidad y que una existencia sin Lucía sería casi insoportable, pero, a la vez, tenía la seguridad de algo: si me encontraba allí, debía ser por alguna razón. ¿Por qué estaba atrapado, encallado en ese mundo? ¿Por qué no haber simplemente, desaparecido? ¿Era aquello lo que nos esperaba después de la muerte? No tenía nada que ver con lo que las diferentes religiones habían prometido al hombre a lo largo de los siglos. ¿Cuál era el motivo de mi existencia como tal? Y, ¿qué le había ocurrido a Lucía? ¿Qué pasó después del accidente? ¿Estaría a salvo? ¿Pero dónde? Necesitaba saber de ella cuanto antes.

Tenía que encontrar respuestas y para ello debía comenzar a dar los primeros pasos que me ayudasen a entender y a comprender el mundo en el que acababa nacer, tendría que aprender sus reglas para poder abrirme paso en aquella nueva realidad.

CAPÍTULO II

Me levanté y salí de la habitación, anduve a través de corredor hasta las escaleras y, sin detenerme, bajé al salón. Las luces permanecían encendidas en toda la casa, aunque desde que desperté en el despacho no había visto o escuchado a nadie. Atravesé la sala de estar en dirección al vestíbulo y antes de llegar a la puerta principal mi mirada se distrajo en la cocina, donde reparé en que la bandeja con los platos de comida y las copas de vino blanco que vi al entrar cuando buscaba desesperadamente a Arthur seguían en el mismo lugar, exactamente como los encontré aquella noche. No tenía ninguna certeza del tiempo que había transcurrido desde entonces, pero era evidente que el color de las verduras había perdido su intensidad en favor de tonos grisáceos más apagados. Con la mirada perdida, imaginé cómo Max y Rachel debieron salir despavoridos de la casa cuando subí a su despacho para redecorarlo a conciencia. Era triste pensar que habían convivido conmigo durante años sin que yo les hubiese reconocido, les confundí con los antiguos miembros del servicio hasta que no pudieron más y, durante aquella noche, debieron abandonar la casa sin esperar un segundo más.

Apesadumbrado mientras recreaba la secuencia de mi hermano y su mujer huyendo atemorizados, me di la vuelta y salí de la casa. La luz de las habitaciones se proyectaba sobre las losas del suelo y parte del jardín posterior de la mansión. Los trozos del cristal de la ventana aparecían diseminados sobre la piedra reflejando la luz en diferentes ángulos, como si de un caleidoscopio nocturno se tratase. Más alejada sobre la hierba, la carpeta de cuero y algunas de sus hojas repartidas sobre el verde moviéndose al son de la brisa, que las arrastraba con su veleidoso baile hacia el norte. Me acerqué a ellas y fui recogiéndolas una tras otra hasta que no pude ver ninguna más por los alrededores. Después, tomé la carpeta y las introduje todas en su interior con el resto. Tenía la sensación de que aquella carpeta que sujetaba entre mis manos era mi particular caja de Pandora a punto de explotar. Aún

resonaba en mí el eco de las anotaciones que leí la noche en que descubrí la verdad de mi nueva existencia y, a juzgar por el aspecto de la carpeta, debía estar llena de las vivencias que mi hermano Max y Rachel experimentaron desde que se mudaron para hacerse cargo de la mansión. En ellas tenía la certeza de que encontraría dolor, pero a la vez albergaba la esperanza de hallar alguna respuesta, tal vez con un poco de suerte algo que me ayudase a dar con el paradero de Lucía.

Me alejé de allí pensando en ella, me inquietaba la idea de que el accidente y mi desaparición la hubiesen mermado hasta el punto de que la persona a la que amaba no existiese nunca más. Debía encontrarla cuanto antes para, de alguna manera, decirle que estaba bien, que no se preocupase por mí y que siempre estaría a su lado pasase lo que pasase.

Entré en la casa principal, las luces del vestíbulo y del corredor estaban apagadas, pero en la oscuridad en la que la casa estaba envuelta, un tenue resplandor se asomaba tímidamente al final del pasillo desafiando a las tinieblas desde la biblioteca. Sin pensarlo un segundo, me dirigí hacia ella embelesado por el resplandor cálido de su luz. Cuando me aproximaba, por un instante tuve la sensación de que nada había cambiado, de que era otra noche más en uno de aquellos días cotidianos, uno de aquellos días que ahora quedaban tan alejados y perdidos en el tiempo que era difícil aceptar que hubieran ocurrido alguna vez. Continué aproximándome hasta que llegué al umbral de la puerta, la luz de la mesa de mi escritorio estaba encendida, como tantas otras noches cuando me quedaba estudiando o preparando alguna conferencia para la universidad hasta tarde. Entré y deposité la carpeta sobre la mesa, coloqué un antiguo disco de vinilo en el elegante gramófono de trompeta que heredamos de los abuelos de Lucía y me retiré.

La música comenzó a dispersarse por la habitación y de alguna manera, en aquel momento, me hizo sentirme más humano. Sentí que, a pesar de que esa era mi nueva condición, mi nueva realidad, aún seguía siendo Marco y, como en otras tantas ocasiones a lo largo de mi anterior existencia, era una cuestión de adaptación. Todavía recordaba, como cuando, con dieciocho años, desperté en la fría habitación del apartamento que mis padres alquilaron para mis años de universidad en Oxford. Fue una sensación de soledad total, incluso de miedo y rechazo a lo desconocido, porque todo cuanto había vivido o sentido anteriormente no importaba lo más mínimo. Estaba en otro país, hablando otra lengua, lejos de mi familia y de todo lo que conocía para emprender lo que más tarde fue una increíble aventura que marcaría el resto de mis días. Y como entonces, ahora también debía alejarme del pasado, olvidarme de aquel sentimiento de lástima

y dejar de lamentarme por lo que ocurrió y todo lo que perdí. Ahora era el momento de concentrarme en aquella nueva etapa, tenía que encontrar a Lucía.

CAPÍTULO III

Mientras las notas de la croata Zinka Milanov se elevaban y extendían por la sala interpretando «Song to the Moon», de la ópera *Rusalka* de Dvorak, yo me concentraba en no perder ningún detalle de los escritos de mi hermano. Era sorprendente comprobar cómo nuestras existencias se habían entrelazado en aquella mansión durante años de tal manera que en esa aparente calma, ellos habían convivido conmigo y yo con ellos. Ambos fuimos capaces de encontrar una justificación a lo irreal de aquella convivencia haciéndola posible hasta aquella noche en la que yo hice saltar todo por los aires cuando salí de mi letargo espoleado por unas sospechas a las que no encontré una respuesta lógica. A medida que avanzaba leyendo aquellas hojas iba descubriendo la solución a un rompecabezas que no había sido capaz de explicar anteriormente.

La madera de mi barca se había ido pudriendo a lo largo de los años hasta que un día no pudo más y mi bote sucumbió al desgaste del agua. Cuando Max se instaló en la mansión, tardó un tiempo en advertir que mi barca no estaba en el embarcadero como de costumbre, él escribió:

… me ha sido imposible contener las lágrimas está mañana cuando al llegar al embarcadero he encontrado el bote de pesca de Marco hundido en el fondo del lago, en el mismo lugar donde él siempre lo amarraba. Me desgarró el corazón recordar lo feliz que le hizo cuando el abuelo se lo regaló y las mil y una aventuras que vivimos los tres juntos…

Y continuaba algo más abajo:

… me costó varios años volver a salir a pescar, decidí adquirir una nueva barca y bautizarla con el nombre de Trucha Royal, en recuerdo a aquellos felices años…

También encontré algo referente a aquel hombre vestido de negro que se reunió con Max, no era una referencia directa, pero lo

explicaba todo.

… después de la desaparición de Marco y algunos problemas de salud, tomé la determinación de dejar mi vida de veinticuatro horas psicólogo apartado de mi familia y retirarme para pasar más tiempo con Rachel y hacerme cargo de la mansión. Decidí mantener una pequeña cartera de pacientes, ya que después de tantos años me sería imposible desconectar por completo de mi trabajo. Acomodé un pequeño despacho en la casa principal y comencé a pasar consulta. Al principio todo parecía funcionar perfectamente, con Rachel la casa había recuperado la alegría de las noches de gala y las fiestas con muchos invitados, como cuando Lucía y Marco vivían en ella, pero después de un tiempo, ciertas cosas comenzaron a suceder y cuando mis justificaciones fueron incapaces de explicar los ruidos, las puertas abiertas o cerradas y los objetos desplazados…, cuando se agotaron mis argumentos intentando disimular ante mis pacientes la insólita actividad que se desarrollaba en aquel caserón aparentemente vacío, cuando no tenía más sentido ignorar lo evidente, opté por mudar mi gabinete a la casa de servicio…

Algo más abajo escribía…

… también se trasladaron conmigo después de unos años de pausa, y fue entonces cuando decidí terminar con las terapias en casa. El problema surgió cuando algunos de los tratamientos se quedaron a medias y no tuve más opción que improvisar. El resultado fue que comencé a reunirme con mis pacientes en el jardín, A desarrollar la terapia al aire libre sin importar la lluvia o la niebla mientras caminábamos por los alrededores. Y resultó ser más terapéutico de lo que pensaba…

El texto continuaba y en la siguiente hoja encontré…

… pero incluso allí fuera, en el jardín, en varias ocasiones tuve la sensación de que alguien nos observaba desde alguna de las ventanas de la fachada principal…

Y al final de aquellas notas reflexionaba buscando una explicación…

… vivir en esta casa ha terminado por perforar el caparazón de mis creencias, y las de Rachel también. ¿Es real lo que sucede aquí? ¿Está todo en mi cabeza? ¿Se tratará de algún tipo de esquizofrenia relativa a la pérdida de una persona tan añorada como mi hermano? No estoy seguro de…

Mi hermano trasladó su vida a la mansión y parece que después de un tiempo no le dejé más opción que comenzar a pasar consulta en el jardín. Cuando le vi con aquel otro hombre reunido a la entrada del laberinto, estaba trabajando…

Respiré hondo y continúe buscando a través de sus vivencias en la casa. Unas hojas después, encontré la respuesta a algo más…

… después de estos dos años que hemos pasado en aquí, siento la necesidad de hacer un cambio en la mansión. Todo permanece en el mismo estado en el que se encontraba cuando Marcó murió, y lo cierto es que no me está ayudando a superar su pérdida. Me ocurre mucho cuando vuelvo conduciendo y voy aproximándome a la propiedad desde la carretera, es como si nada hubiera cambiado, aún tengo la sensación de que cuando detenga el coche a la entrada Marco va a salir a darme la bienvenida con un abrazo, como siempre hacía. He estado pensando sobre ello y he solicitado los permisos pertinentes para plantar y cubrir la fachada del edificio con hiedra u otro tipo de planta trepadora que cambie su imagen actual por completo. Y si en un futuro decidimos devolverla a su aspecto original, bastará con un par de operarios durante unos días para eliminarla completamente. Tengo confianza en que el cambio nos ayudará y que las autoridades que regulan y controlan este tipo de edificios no tendrán inconveniente en ello, por lo que…

Todas las piezas del puzle se iban acomodando perfectamente en su lugar y mis preguntas por fin obtenían las respuestas que saciaban su hambre por conocer. La historia tomaba fuerza. Continué leyendo, aunque las hojas no estaban numeradas ni tenían fecha de comienzo, por lo que era prácticamente imposible seguir el desarrollo de los hechos en el orden en que Max los escribió. Si lo hubiera sabido antes, me lo habría pensado dos veces antes de tirar la carpeta por la ventana, me hubiese ahorrado un problema. Aunque en mi nuevo hábitat se podría decir que tenía toda la eternidad para ordenar aquellas líneas correctamente y comenzar a vagar por las brumas de la inmortalidad, la realidad era que el tiempo apremiaba, ya que seguía sin tener ninguna pista que me acercase a Lucía.

Proseguí con la lectura a través de un considerable número de hojas en las que Max hablaba de diferentes cosas, entre ellas había una lista detallada de los proyectos en los que él pensó para revitalizar el sentimiento y la opinión de las gentes de los pueblos de alrededor tras el accidente. Inteligentemente, ideó una serie de eventos entre los que se incluían carreras populares, visitas guiadas, pícnics e incluso una feria de antigüedades y dos eventos en los que reunió a los psicólogos y psiquiatras más reconocidos de Europa para atraer personas al recinto. Con ello no solo recaudó dinero para mantener la mansión y costear las constantes reparaciones que un tipo de vivienda de ese tamaño requiere, sino que también lavó la imagen siniestra que la casa poseía desde aquella noche en la que nos atacaron, junto a las posteriores historias callejeras que surgieron fruto de la invención y que, como un reguero de pólvora, se divulgaron sin remedio por la

región. Aquella aura escabrosa fue reemplazada poco a poco, con su esfuerzo, por la imagen de un lugar de unión donde el entretenimiento, el arte, la cultura y la ciencia se unían de la mano en memoria de Marco Rivalcielli. El trabajo y el empeño de mi hermano eran simplemente admirables.

Me recliné hacia atrás y recordé las aventuras que pasamos Max y yo juntos. Aquellos años en los que éramos libres de toda responsabilidad y nuestras vidas se basaban en aprender de las vivencias de cada día y de los consejos de nuestros mayores. Con los años, a medida que nos hacíamos mayores, la vida nos maltrató más y más separándonos hasta que la única forma de sobrevivir que nos quedó fue recordando esas experiencias de la niñez, eran el combustible que mantenía despierta la llama que nos daba fuerzas para afrontar otro nuevo día. ¿La vida evolucionaba o involucionaba cuando te hacías mayor? ¿Realmente era una progresión o una regresión? Parecía inevitable hacerse ese tipo de preguntas llegado a aquel punto. Supuse que dependía de cada caso y de la niñez de cada persona, pero en el nuestro, la vida nos separó colocando muchos obstáculos por medio. Las universidades en ciudades separadas por miles de kilómetros, los trabajos, nuestras esposas… Todo se había conjurado para que lo que fuimos, unos intrépidos aventureros, quedase reducido a un contacto distante, aunque en nuestro interior los recuerdos no nos dejaron cambiar y seguíamos siendo aquellos dos niños de campo. Volví a la lectura y a los papeles que abundantemente poblaban mi escritorio. Durante un tiempo intenté agruparlos con cierto orden, pero me fue imposible, había demasiados y ninguno parecía tener relación con otro. Decidí sacarlos todos de la carpeta, si ya de por sí todos juntos eran un caos, no cambiaría mucho que los pusiese sobre el escritorio. Al sacarlos y exponerlos, encontré algo diferente, una especie de cuadernillo artesanal. Aquel detalle me hizo pensar que tal vez debieron ser de importancia en algún momento, ya que debían permanecer juntas para no mezclarse con el resto.

Comencé a leer en aquel librillo y, nada más empezar, rápidamente me di cuenta de que en aquellas hojas se hallaba el relato de las horas siguientes a nuestro accidente. Allí estaba lo que había estado buscando, había llegado el momento de abrir la caja de Pandora. Sabía que a la conclusión de aquellas líneas cualquier cosa podía ocurrir y, aunque sentí miedo, cerré los ojos un instante para tomar fuerzas y al abrirlos comencé a leer.

CAPÍTULO IV

Una llamada me despertó en medio de la noche, solo esperaba que no fuera algún paciente con una crisis de ansiedad o un intento de suicido. Me levanté corriendo de la cama y fui a coger el teléfono al comedor. No quería que Rachel despertase si tenía que lidiar con el problema a través del teléfono, como me había ocurrido en alguna otra ocasión. Una hola de calor y nerviosismo se apoderó de mí cuando un policía se identificó y me informó de lo sucedido. Lucía había resultado herida en un accidente de tráfico y, aunque sus constantes eran estables, debido a la fuerte colisión fue sedada y trasladada al Bristol General Hospital. Mi corazón latía a toda velocidad aterrorizado por lo que aquella voz me estaba contando.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Han hablado con él? —pregunté al policía cuando me lo permitió.

—Hasta el momento no le hemos podido localizar, pero tenemos a varios agentes trabajando en ello, señor —contestó.

—¿Tiene usted alguna idea de donde podríamos encontrarle? —me preguntó.

—A estas horas debería estar en casa, pero si Lucía estaba conduciendo tan tarde, tal vez fue porque habían quedado en algún lugar —contesté.

—Señor Rivalcielli, necesitamos que se desplace hasta aquí lo antes posible para identificar el vehículo. Hemos comprobado la documentación y el coche no está registrado ni posee permiso de circulación o seguro. Es extraño y, de no esclarecerse, podría implicar una sanción importante para su conductor, en este caso la señora Rivalcielli —me dijo.

—Me sorprendería mucho que Marco poseyera un coche sin seguro o permisos —contesté sorprendido.

—Señor, esa es la razón por la que le necesitamos aquí con la

mayor brevedad posible, al menos hasta que localicemos a su hermano —dijo el policía.

—Entiendo —contesté.

El policía me dio los detalles de la situación exacta del accidente.

—Según las señas que me está dando, el vehículo iba en dirección salida y el accidente ha ocurrido antes de llegar a la carretera principal. ¿Y dice usted que el coche se precipitó montaña abajo? —dije nervioso.

—Sí, señor —contestó la voz antes de hacerse un largo silencio.

—Muchas gracias por la información, saldré en unos minutos —respondí después de permanecer callado un tiempo.

—Aquí le esperamos señor, gracias por atender nuestra llamada y por su colaboración —me dijo para terminar.

—Muchas gracias a ustedes —dije, con lo que la conversación terminó.

Colgué el teléfono y me levanté lentamente, atribulado por las palabras de aquel policía. Parecía como si mi cerebro fuera incapaz de asimilar lo que había sucedido, todo era tan extraño… De repente, volví en mí de aquellos pensamientos y corrí a despertar a Rachel.

Diez minutos más tarde, ambos estábamos saliendo por la puerta principal. El plan era que yo iría al lugar del accidente mientras Rachel se desplazaría hasta el hospital para estar con Lucía. Después de reconocer el coche, me dirigiría a la mansión y, si no encontraba a Marco allí, me reuniría con Rachel en Bristol.

Nos despedimos con un beso y cada uno emprendimos la marcha en direcciones diferentes. Conducía en la autopista, desierta a esas horas, con el acelerador pisado a fondo mientras le daba vueltas a todo. Estaba muy preocupado por Lucía, pero el hecho de que no hubiera noticias de Marco me preocupaba aún más. Le conocía como si le hubiera criado yo mismo y sabía que, si fuera necesario, él sería capaz de extinguir el mismísimo fuego del infierno por Lucía sin dudarlo un segundo. Y por eso una mala sensación se había alojado en mi interior desde que escuché a aquel policía decirme que Lucía estaba sola y que el accidente se produjo saliendo hacia la carretera principal, no entrando hacia la casa, como tendría más lógica, especialmente si ella regresaba tarde, como había ocurrido en alguna otra ocasión. La incertidumbre fue una mala compañera de viaje, me salí de la carretera en dos ocasiones y estuve cerca de estrellarme cuando abandoné la autopista y me adentré en las sinuosas y estrechas carreteras de doble sentido. Era difícil concentrarse en el tortuoso asfalto y los nombres de las señales indicativas en medio de la noche cuando en mi cabeza las direcciones de la ruta que debía seguir y los

pensamientos que me atormentaban se batían en un violento duelo sin tregua.

Cuando llegué, me sorprendió ver tan solo un coche de policía en el que ni siquiera las luces estaban encendidas. Desde que salí de casa, imaginé que la zona alrededor del accidente sería un hervidero, pensé que estaría llena de coches de policía y ambulancias con todas las luces encendidas, como en una feria. Pero mi decepción fue mayúscula al ver la realidad, ni siquiera había agentes desplegados buscando pistas o una mínima señalización.

Al bajar del coche, dos policías salieron a mi encuentro. Se identificaron y me agradecieron haber conducido hasta allí para colaborar con ellos.

—Señor Rivalcielli, acompáñenos, por favor, iremos hasta el lugar donde el coche se salió de la carretera —dijo uno de ellos indicando con una poniente linterna.

Yo no dije nada, solo me límite a andar con ellos. Recuerdo cómo el sonido de nuestras pisadas sobre el firme unido a sus cinturones cargados con mil y una cosas en sus compartimentos junto con las esposas y sus placas de policía rompían con su rítmico compás el silencio de la noche.

Unos segundos más tarde llegamos donde las ruedas habían dejado impresas sus marcas sobre el suelo antes de desaparecer, era profundamente doloroso pensar que era Lucía la que había sufrido aquel accidente, la goma quemada sobre el asfalto hacia recrear la violencia con la que el coche se desplazó zigzagueando antes de salirse y precipitarse. Después nos asomamos al desnivel y desde allí contemplé el rastro de pequeños incendios y vegetación desolada que se extendían hasta donde el coche se encontraba encallado en la orilla del lago, prácticamente dentro del agua. Era una escena horrenda. Temblando, le acompañé y descendimos poco a poco hasta que llegamos al vehículo.

—¿Reconoce el coche, señor? —me preguntó en único policía que bajó conmigo.

Anduve alrededor de aquel amasijo de chapa que aún humeaba y desprendía un fuerte olor a frenos quemados y plástico fundido mientras intentaba reconocerlo.

—No, no he visto este coche en mi vida. No creo que Marco lo hubiese comprado —contesté con seguridad.

—¿Por qué dice eso, señor? —preguntó con curiosidad el agente.

—Porque conozco a mi hermano, y él nunca compraría un coche francés —contesté.

—Marco es un enamorado de los coches y sus preferencias son muy

estrictas, solo biplazas o cupé, y fabricante alemán o italiano, aunque últimamente me había hablado de un Aston Martin que le había llamado la atención —continué—. Por lo que este coche no tiene nada que ver con sus gustos y, sinceramente, las inclinaciones de Lucía van en la misma dirección.

Hubo un silencio mientras seguía viendo el vehículo.

Las puertas del coche fantasma estaban abiertas, la luna posterior había estallado y la chapa se retorcía arrugada por todas partes como si fuera de papel.

—¿Entonces, usted piensa que este coche no pertenece a su hermano o a su mujer? —me preguntó.

—Estoy seguro de lo que le digo, este no es su coche —dije mientras miraba en el interior.

—No hay nada señor, ya hemos estado buscando —me dijo el policía al verme buscar con la mirada.

—Es extraño, ¿cómo piensa usted que este podría ser el coche de Marco o Lucía cuando no hay absolutamente nada en su interior, ni un bolígrafo? —contesté algo enfadado por el poco interés de la policía.

—Es el protocolo que debemos seguir, señor Rivalcielli, debemos descartar lo evidente antes de continuar con el siguiente supuesto. En este caso, lo más evidente hubiera sido que este coche perteneciese a uno de ellos y fuese un simple accidente de tráfico, pero si usted está seguro de que no pertenece a su hermano, eso lo cambia todo —dijo con seguridad.

—Perdóneme, agente, es duro estar aquí, enfrente de este coche, sabiendo que Lucía está en el hospital y mi hermano está desaparecido —le dije con un tono de desesperación.

—Le entiendo perfectamente, cualquiera actuaría de la misma manera, señor —me dijo él animándome.

Continué andando alrededor del coche buscando algo, no salía de mi asombro. ¿Qué hacía Lucía conduciendo aquel coche? La luz de los pequeños incendios iluminaba el coche y los alrededores débilmente, reflejándose en la pintura negra.

—¿Le importaría prestarme la linterna un momento, por favor? —le pregunté al policía a la vez que le sonreía.

—Sí, sin ningún problema, tómela —me dijo mientras me la acercaba extendiendo el brazo.

—Gracias —contesté a la vez que la cogía.

Si decir nada, me dispuse a rastrear el interior antes de ponerme con el exterior. Entré en el coche, parecía que era nuevo, recién salido

de la fábrica. Los asientos de cuero estaban limpios y solo tenían fragmentos de cristal, presumiblemente de la luna trasera. La guantera estaba vacía, al igual que los diferentes compartimentos de las puertas y bajo el volante. Los asientos traseros también estaban en buenas condiciones, también había cristales, pero después de pasar la aspiradora debería ser difícil diferenciarlos de unos nuevos. El techo también estaba limpio y no tenía manchas ni cortes en el tapizado.

Desanimado al no encontrar nada en el interior, comencé la búsqueda en el exterior. La pintura había saltado en las zonas donde la chapa se había doblado dejando al descubierto el brillo del metal de la estructura del automóvil. Las ruedas presentaban pellizcos y trozos de goma colgando, posiblemente quedaron dañadas después de golpear piedras y pequeños arbustos. Las luces traseras estaban intactas, en la parte delantera el faro derecho estaba roto, así como la rejilla del ventilador y el parachoques, que se había quedado incrustado contra el frontal del coche y presentaba evidencias de haber sufrido impactos repetidas veces. Tampoco nada realmente concluyente, pensé antes de iniciar una búsqueda desesperada alrededor del coche. Continué enfocando alrededor del coche sin encontrar nada, la playa donde se encontraba no tenía arena y estaba formada principalmente por piedras redondeadas.

—¿Dónde encontraron a Lucía? —pregunté al policía mientras mi linterna continuaba enfocando al suelo.

—Un poco más allá —me contestó el policía señalando con el dedo.

Un par de metros a la izquierda del coche había unas marcas sobre el suelo, sin duda alguien había estado allí. Me agaché iluminando la zona y después de unas cuantas pasadas, vi lo que parecían ser unas manchas de sangre.

—¿Han visto estas manchas de sangre? —pregunté alarmado.

—Sí, señor, por la ubicación concluimos que pertenecen a la conductora del vehículo —respondió el policía con seguridad.

Yo me mantuve en silencio durante unos segundos mientras pensaba.

—¿Cómo están tan seguros? —pregunté.

—En este tipo de incidentes en los que hay una sola persona involucrada es evidente que pertenecen al accidentado, señor, no tendría sentido desperdiciar recursos y dinero en certificarlo. ¿Qué pensarían de nosotros los contribuyentes? —respondió casi riendo.

—Entiendo perfectamente a lo que se refiere. Política —respondí.

El hombre no dijo nada, seguramente preocupado por si su contestación pudiera acarrearle problemas en un futuro.

—Señor Rivalcielli, me temo que debemos marcharnos ya, hemos consumido demasiado tiempo con la identificación del coche y hace tiempo que deberíamos estar en la mansión —dijo con tono de súplica.

—¿En la mansión? ¿Para qué? —pregunté con preocupación.

—Imaginaba que alguien le habría informado y que estaría al corriente de todo, al parecer se produjo un robo y hubo un cruce de disparos. Dos policías se vieron envueltos en el tiroteo y uno de ellos falleció, el otro ha sido trasladado a Bristol. Desconocemos el número de agresores que perpetraron el robo y lo que sustrajeron, pero se encontró a uno semiconsciente en la entrada de la casa con la puerta principal bloqueada por fuera. Siento ser yo el que le haya dado la noticia —dijo apesadumbrado.

—Vayamos inmediatamente —le grité mientras echaba a correr montaña arriba.

Cuando íbamos subiendo a toda velocidad hacia nuestros vehículos, escuché al policía comunicarse a través del *walkie-talkie* con su compañero, que al parecer había vuelto al interior del coche patrulla.

—Estamos subiendo, conduce hasta el punto en el que el vehículo siniestrado abandonó la carretera antes de precipitarse y espérame allí, no tardaremos más de un par de minutos. Nos vamos directos a la mansión —dijo a duras penas mientras corría.

—Entendido, voy para allá —contestó su compañero desde el confortable asiento del coche.

Nada más llegar a la carretera, el policía me invitó a ir con ellos, pero yo rechacé la oferta. Ellos primero y yo detrás, condujimos hasta la mansión. Antes de llegar, desde la distancia, se podían ver las luces de los innumerables coches de policía y ambulancias que se habían dado cita frente a la entrada principal de la casa. Era exactamente lo que yo había echado de menos cuando me presenté en el lugar del accidente. Al llegar, los policías aparcaron su coche, yo detuve el mío y salí corriendo en dirección a la casa. La policía había acordonado la zona y al verme aproximándome, sin dudar, me dieron el alto.

—¿Quién es usted? No debería estar aquí, señor, márchese antes de que le detenga. Me gritó uno de los policías con cara de pocos amigos.

Yo le ignoré y continué corriendo hacia la casa y la barrera que habían establecido.

—¿No me escucha, está sordo? —volvió a gritar amenazante el mismo policía.

Yo no vacilé y continué mi camino hasta que tres policías salieron a mi encuentro y me detuvieron a la fuerza.

—Mi hermano, ¿dónde está mi hermano? —grité mientras

intentaba zafarme de ellos.

Ellos no contestaron, solo se limitaron reducirme y a pedirme que me estuviera quieto mientras yo me afanaba por librarme de ellos.

—Déjenme, ¿dónde está mi hermano? —les dije mientras me esforzaba en luchar con ellos.

Utilizando técnicas policiales, finalmente me tiraron al suelo y sujetaron bocabajo de tal forma que no pude moverme, mientras me esposaban saboreé el polvo del suelo, la frustración y el miedo a haber perdido a mi hermano. Todo pasó tan rápido que a los dos agentes que venían conmigo no les había dado tiempo a llegar a donde yo me encontraba, cuando lo hicieron les pidieron a sus colegas que me soltasen.

—Libérenle inmediatamente, él es Maximilian Rivalcielli, familia directa de los propietarios. Está colaborando con nosotros —dijo el policía que se había quedado en el coche cuando bajamos al lago.

Los tres hombres que me habían inmovilizado me ayudaron a levantarme y uno de ellos me quitó las esposas. El que me había gritado al verme correr hacia ellos me dijo:

—Mis disculpas, señor Rivalcielli, entienda lo delicado de la situación, un compañero ha muerto esta noche y estamos todos muy tensos.

—Entiendo su angustia y comparto su dolor por la pérdida, pero no es manera de tratar a la gente. Mi hermano está desaparecido y su esposa en el hospital después sufrir un accidente —respondí enfadado antes de continuar—: Y yo no he conducido mi coche hasta la entrada de la casa de mi hermano llevándome por delante su zona precintada, aunque haya sentido que era lo que debía hacer… —le dije en tono irónico.

—Lo siento, señor, tiene razón —dijo apesadumbrado.

—No se preocupe, ¿saben algo de Marco? —pregunté.

—Nada por el momento, pero no se encuentra aquí. Hemos registrado la casa y esta vacía —contestó.

—¿Puedo pasar a buscarle? —pregunté.

—Imposible, ahora estamos recopilando información y pruebas, nadie puede entrar en la casa o atravesar este cordón a no ser que este autorizado —contestó como recitando el párrafo de memoria.

Tras aquellos hombres que estaban justo enfrente de mí se podían ver varias banderitas amarillas en el suelo y otros sitios bajo las potentes luces de unos gigantescos focos que iluminaban la fachada y los aledaños de la casa. Imaginé que aquellas banderas indicaban las pruebas a las que se referían, los testigos de lo que ocurrió y las piezas

de aquel rompecabezas.

—Señor, le agradecemos su ayuda, pero ya no hay nada que pueda hacer aquí. ¿Por qué no se va a casa a descansar?, tiene unos días duros por delante —me dijo uno de ellos mientras yo intentaba adivinar qué marcaban las banderitas.

—Quizás tengan razón, debería ir al hospital —dije pensativo.

—Sí, es una buena idea —contestó.

Me di la vuelta y comencé a andar hacia mi coche, que aún continuaba en marcha con las luces encendidas y la puerta abierta. De repente, recordé algo.

—¿Podrían ayudarme con algo muy importante? —pregunté dándome la vuelta hacia ellos.

—Dígame, señor —contestó uno de ellos.

—¿Serían tan amables de tomar unas muestras de la sangre que hay en la orilla y compararlas? —pregunté.

Los policías se miraron entre ellos y antes de que dijeran nada continué:

—Entiendo perfectamente la excusa del dinero del contribuyente y los recursos de la Policía, ya me lo han contado hace media hora, pero considérenlo como un favor personal, por lo del numerito del placaje que me han hecho.

Ellos se volvieron a mirar y, con cierto balbuceo, el que me acompañó al lago me dijo adelantándose a los demás:

—Creo que si usted no comenta nada de lo que acaba de ocurrir aquí, y dice que se tropezó cuando bajaba a identificar el coche, ellos tal vez podrían hablar con los compañeros de la científica y conseguir esos análisis.

Hubo un momento de tensión cuando se hizo el silencio después de que hablase aquel hombre, debieron ver peligrar sus carreras si no accedía y decidía acudir a sus superiores para contarles los términos del trato que me estaban ofreciendo.

—Me parece justo —contesté.

En sus caras se dibujó una sonrisa de alivio.

—Tenemos su número de teléfono, le llamaremos en cuanto sepamos algo —dijo el policía.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta, llegué andando hasta el coche, entré en él, cerré la puerta y me puse de camino a Bristol.

Cuando me dirigía al hospital, aún por la carretera de acceso, volví a pasar por el tramo donde ocurrió el accidente. Me fue imposible evitar fijarme una vez más en las marcas zigzagueando sobre el asfalto

hasta desaparecer por el precipicio. No llegaba a entender del todo cómo el coche había resultado tan mínimamente dañado después de recrear varias veces en mi cabeza las circunstancias en las que se debió producir el choque. El vehículo debió abandonar el firme y salir despedido a una velocidad considerable, así lo corroboraban las huellas del suelo, y la vegetación que poblaba la ladera por la que se precipitó era densa, al menos lo suficiente para causar muchísimos más desperfectos en la carrocería de los que aquel coche encallado a la orilla del lago presentaba. Dudé un momento y detuve el coche antes de alejarme demasiado. Había decidido bajar de nuevo, no estaba seguro de si disponía del tiempo suficiente para echar un vistazo antes de que los agentes reparasen en mi presencia junto al vehículo accidentado, pero lo cierto es que había demasiadas cosas que no cuadraban y necesitaba encontrar respuestas antes de marcharme de allí.

Apagué el motor, saqué la llave del contacto y cerré la puerta antes de salir. Atravesé la carretera y comencé a bajar con cuidado entre las hogueras ya casi extinguidas que se organizaban en pequeños focos dispersos donde las brasas relucían y chasqueaban humeantes en la semioscuridad que la luz de la luna permitía. Finalmente, llegué a donde se encontraba el automóvil y sin pensarlo un segundo me introduje en él y registré el interior una vez más con un bolígrafo linterna de propaganda que había encontrado por casualidad en la guantera de mi coche. Levanté el capó y examiné el motor, después el maletero y, por último, me arrodillé para echar un vistazo a los bajos. No había duda de que algo no cuadraba. Para empezar, el coche estaba completamente vacío, no había rastro del libro de revisiones o de que tuviese permiso de circulación. Lo segundo que me llamó la atención fue la ausencia de objetos personales, ¿a dónde se dirigía Lucía sin su bolso o las llaves de casa? ¿Y si necesitaba repostar? Ni siquiera había unas monedas en el cenicero con las que poder llamar desde una cabina telefónica. Todo aquello era extraño y quizás hasta cierto punto podía entender que fruto de la casualidad pudiera darse el caso, pero lo que no tenía explicación era la ausencia de marcas, no había ni rastro de los impactos que el suelo del coche debió haber sufrido cuando se desplazaba montaña abajo hasta que finalmente se detuvo a la orilla del lago. ¿Cómo se originaron aquellos incendios en el recorrido del automóvil? El coche debió bajar envuelto en llamas para que eso ocurriese y de ninguna manera podía haber sido el que yo tenía frente a mí. También era sorprendente que encontraron a Lucía tumbada bocarriba a unos metros del mismo, concretamente al lado contrario de la posición del conductor, donde la puerta aún continuaba abierta. Entonces, después del accidente Lucía debió abrir la puerta del conductor para abandonarlo antes de rodear el coche por

detrás en su camino por alejarse de él hasta que finalmente cayó abatida unos metros más allá, pero ¿por qué dirigirse en aquella dirección cuando era evidente que lo único que necesitaba era alejarse tan pronto como salió de él? ¿No hubiera sido más normal que la hubiesen encontrado a cierta distancia del coche, pero en el lado del conductor? ¿Y por qué bocarriba? Lo más lógico era pensar que en un caso como aquel hubiera sido encontrar al accidentado bocabajo, huyendo del vehículo hasta que las fuerzas se lo permitieron.

Nada cuadraba, aunque, por supuesto, yo no era ningún experto y seguro que la policía, con sus avances, resolvería qué ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, pero, en mi humilde opinión, no tenía sentido. Miré el reloj pensando que aún tenía tiempo, pero, sorprendido, comprobé con angustia que había desperdiciado demasiado tiempo en mi improvisada excursión y se había hecho muy tarde, debía ponerme de camino al hospital inmediatamente. Miré una última vez a la escena antes de salir corriendo hacia la carretera y, tan pronto como me introduje en mi coche, encendí en motor y me puse de camino.

Un fuerte viento se desató de la nada tras haber conducido durante varios kilómetros después de incorporarme a la carretera principal. Los árboles desnudos se agitaban con violencia en aquella fría noche de luna llena con las mismas ráfagas de aire que sin aviso empujaban mi coche de un lado hacia otro mientras algunos fragmentos de sus ramas volaban o se arrastraban sobre la carretera, haciendo de la conducción un desafío digno del más experimentado conductor. Al viento se le unió una lluvia gruesa en pocos minutos. Después de conducir unos kilómetros más bajo aquel vendaval de ramas y agua, no me quedó más remedio que buscar un lugar donde detenerme. Cuando me concentraba en buscar el aparcamiento de algún establecimiento de carretera, apareció de la nada, prácticamente oculta, la entrada a lo que parecía ser una vivienda derruida, escondida tras la vegetación que la cubría. Tal vez unos establos o un granero abandonado. Era perfecto, porque se encontraba en una zona apartada, despejada de árboles, donde podría esperar hasta que las condiciones mejorasen sin miedo a que un árbol se desplomase sobre mí. Lo cierto es que tuve suerte al encontrar aquel lugar, porque me sentía cansado. Pensé que tantas emociones juntas, unidas a las horas de viaje y ahora a las inclemencias del tiempo, habían terminado por causar mella en mí. En un principio, me habían ayudado a mantenerme más alerta cuando conducía, pero tras unos kilómetros en dirección a Bristol evitando golpear los obstáculos que poblaban la carretera mientras los limpiaparabrisas del coche naufragaban en su tarea por desocupar de agua y facilitarme la visión de lo que tenía delante, fue demasiado en mi contra y como resultado mi cuerpo comenzó a dar señales claras de agotamiento. Apagué las luces de

coche y, con el motor en marcha, ajusté la temperatura de la calefacción para que se mantuviese sin problemas a unos veinticuatro grados centígrados, después cerré los ojos unos minutos sin llegar a quedarme dormido. Comencé a pensar en aquella locura, solo unas horas atrás estaba cenando con Rachel tranquilamente en casa después de volver del trabajo, ignorando lo que estaba ocurriendo en aquel momento, y unas horas más tarde Marco estaba desaparecido, Lucía en el hospital después de sufrir un accidente cuando conducía un coche que presumiblemente no era suyo, el robo, su casa tomada por la policía, una persona fallecida y otra de camino al hospital… ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Volverían nuestras vidas a la normalidad algún día?

Algo golpeó la chapa en la parte posterior del coche y me hizo saltar del susto. Rápidamente miré hacia atrás con el corazón a doscientas pulsaciones por minuto. En la carretera, los trozos de vegetación y las hojas eran arrastrados por el viento a la vez que la luz de la luna se reflejaba sobre los charcos de agua que las imperfecciones en el nivelado y los años de servicio habían dejado sobre su superficie. Después de unos segundos mirando en silencio, decidí que debió ser algún trozo de rama proyectado por el ímpetu de la ventisca y lentamente me di la vuelta recuperándome del sobresalto, pero al mirar de frente, un detalle en el que no me había fijado al entrar me llamó poderosamente la atención. El movimiento de las plantas que cubrían la pared lateral medio derruida de aquel edificio dejaba entrever algo que se asemejaba mucho a la luz eléctrica desde lo que debería ser el sótano o la bodega. Permanecí un tiempo observando porque, sinceramente, no podía creer lo que estaba viendo, era demasiado tenebroso para ser cierto. La ventana sobresalía del suelo y estaba prácticamente cubierta por las plantas que trepaban sobre la pared y la maleza que crecía por todas partes. No sabía muy bien qué hacer, por un lado no era mi propiedad o de mi incumbencia si el dueño, posiblemente un granjero de la zona, tenía las luces encendidas de la habitación donde mantenía sus animales a cubierto en aquella noche de perros, pero el hecho de que el techo de la casa estuviera hundido y casi hubiera desaparecido llamaba mi atención, porque intentaba imaginar cómo se las arreglaría para subir o bajar a las bestias a través de unas escaleras o pasadizo invisible desde donde yo me encontraba y, ¿por qué no simplemente construir un nuevo tejado para aprovechar todo el espacio que la vivienda podía brindarle, especialmente cuando disfrutaba de red eléctrica? No le encontraba el sentido. Estuve decidiendo si iba o me quedaba y al final la curiosidad ganó el pulso y decidí ir a inspeccionar mientras esperaba a que amainara el viento. Al fin y al cabo, era una desapacible noche, de madrugada y en medio del campo. Pensé que de

ninguna manera el dueño se presentaría allí garrote en mano con la intención de descargarlo sobre mi espalda creyendo que quería robarle sus reses o dañar sus bienes. Si llegaba el momento, simplemente le mentiría alegando que mi coche estaba averiado y había ido en busca de ayuda. Creo que incluso le haría sentirse mal consigo mismo si se daba la situación.

Salí del coche y me apresuré a abrir el maletero, tenía un paraguas y una gabardina perfecta para una noche lluviosa como aquella. Una vez preparado, cerré el coche con llave y me encaminé con paso seguro hacia las ruinas. Primero fui directo hacia la ventana, me arrodillé y la descubrí. No había duda, había luz, no estaba tan seguro de si era eléctrica o no, pero allí abajo había una habitación. El cristal de la ventana no permitía ver nada del interior, al menos con una nitidez decente. La superficie del cristal se había enturbiado, tenía un aspecto mate, seguramente debido al paso de los años y la suciedad, o tal vez como resultado del constante movimiento de las plantas contra ella. Me incorporé y me dirigí hacia la fachada principal, donde la mayoría de las piedras que años atrás debieron consolidar un recio muro ahora yacían apiladas a los lados de los restos de aquella pared. Posiblemente, una vez que el techo se derrumbó, la estructura se debilitó y acabó por desplomarse. Eché un vistazo al interior sin pasar dentro a través de lo que un día fue una ventana, el tejado se mantenía levantado en ambas esquinas, pero se había derrumbado en la parte central. En el suelo, las vigas de madera se habían caído y cientos de tejas yacían amontonadas sobre ellas y sus alrededores. Sin duda, las ruinas de esta casa podrían ganar el premio al lugar más lúgubre del año, pensé. No había ni rastro de la luz, por lo que no me quedó más remedio que armarme de valor e introducirme en el interior de aquellos maltrechos cuatro muros. El viento silbaba a través de las fantasmagóricas estructuras de piedra, las tejas que aún permanecían sobre las zonas techadas articulaban sonidos al golpearse unas con otras cuando las rachas de aire las levantaban y movían, la lluvia caía sin parar golpeando el suelo con vehemencia y el agua corría sobre las paredes de piedra y entre las tejas como pequeñas cascadas. Busqué con detenimiento, pero no había ninguna puerta o acceso a la habitación inferior. Las ramas de unos abetos no mucho más altos que la casa entraban por las ventanas de la parte posterior meciéndose con el viento como si intentasen alargar sus brazos para atraparme. Sentía que permanecer allí un segundo más era estúpido, el techo parecía inestable y estaba corriendo demasiado riesgo por algo que no merecía la pena, sin perder más tiempo eché un último vistazo antes de apresurarme a salir de allí extrañado después de no localizar la entrada. Cuando salía hacia fuera saltando los obstáculos del suelo, pensé que posiblemente lo que quedaba del tejado estuviese

esperando a un día como aquel para desprenderse y aplastar a cualquier insensato que estuviese lo suficientemente cerca, y aquella noche yo tenía todas las papeletas para llevarme el premio gordo. Fui a mirar en el otro lateral, pero no encontré nada diferente, solo maleza y cascotes que se habían desprendido del techo y la pared. Y así me di por vencido, el descanso había terminado y debía volver al coche para reanudar la marcha. ¿Qué importaba si el granjero tenía o no luz eléctrica en el cobertizo? Había sido una experiencia estimulante, pero era hora de marcharse. La verdad es que, después de todo, el frío y la lluvia me habían espabilado bastante, me sentía despejado y preparado para llegar hasta Bristol de una tirada, por lo que el paseo nocturno no había resultado un mal plan al fin y al cabo. Con esa idea y mis ojos puestos en el coche, abandoné aquellas ruinas. Me introduje en su interior y cerré la puerta. Puse el paraguas sobre el suelo del asiento trasero y me di la vuelta para quitarme la gabardina. Cuando empezaba a forcejear para desprenderme de ella, mis ojos se fijaron una vez más en aquella seductora luz, que con su magnetismo hizo que volviera a replantearme qué hacer. Sin pensarlo, me levanté del asiento y salí del coche diciéndome a mí mismo lo estúpido que era por hacer lo que estaba haciendo. Mientras me aproximaba, planteé la ecuación una vez más, si había luz debía existir una entrada, o se encontraba cubierta por los escombros del derrumbe del techo o se encontraba en el lateral donde crecían los abetos. Aunque, si había que rizar el rizo, la entrada podría estar en cualquier lado y se accedería al subsuelo de la casa a través de un túnel. Me detuve un momento y pensé: ¿y si pudiera abrir la ventana o forzarla sin romperla?, todo sería mucho más fácil. Me encaminé hacia ella con toda mi determinación, me agaché y comencé a presionar en diferentes zonas del marco con la esperanza de que cediese de alguna manera. No ocurrió, estaba soldada al marco, pero al fijarme vi algo que generó una ola de intenso calor y erizó hasta el último el pelo de mi cuerpo. Mientras peleaba con decisión intentando someterla, en aquel vidrio mate intuí algo moviéndose, la imagen no era clara, pero sugería que en la habitación había objetos a los lados, bultos de color oscuro, y en el centro daba la sensación de que había un poste o una columna. En el suelo, con sus brazos rodeando la viga y sus manos atadas a su espalda, una silueta luchaba por liberarse sacudiendo su cuerpo en silencio.

CAPÍTULO V

La imagen de aquella persona atada me asustó y me hizo retroceder, después miré a mi alrededor en silencio, tenía la sensación de que alguien me estaba observando. Una persona amordazada en el sótano de una casa en ruinas no era lo que se podría calificar como un buen augurio. ¿Quién era y por qué estaba allí? ¿Quién le había llevado hasta aquella habitación en contra de su voluntad? ¿El captor o captores, habrían salido y estarían a punto de volver? ¿Estarían escondidos observándome a punto de abalanzarse sobre mí? Eran demasiadas preguntas que contestar, mi cuerpo rebosaba adrenalina y miedo al hacerme cargo del tipo de sádico que fue capaz de hacer aquello a otra persona. Tenía que decidir qué iba a hacer y rápido, si me marchaba me pondría a salvo, pero llevaría en mi conciencia que abandoné a un ser humano maniatado a un poste en una caseta medio destruida perdida en la nada durante el resto de mi vida, pero, a la vez, si me quedaba me arriesgaba a acabar también atado a la columna y solo Dios sabía cuál sería mi suerte.

En unos segundos había tomado la decisión, debía ayudarle. Si me marchaba no me lo perdonaría en mi vida, llevaría esa culpa hasta el final de mis días y como una explosión que retumbó en el interior de mi cabeza, una idea se apoderó de todo, aquella persona podría ser Marco. Me levanté como una exhalación y me dirigí a la zona posterior de la casa, donde crecían los abetos, era la única parte que me quedaba por mirar. Busqué, pero no encontré ninguna puerta en aquella pared, me tiré al suelo mojado sin pensarlo un segundo y comencé a palparlo bajo la copa de aquellos árboles, las ramas estaban muy bajas y sentía cómo me golpeaban en la cabeza constantemente, seguramente tendría la frente llena de arañazos, pero no me importaba, porque la idea de que mi hermano estuviese allí abajo me espoleaba a encontrar aquella entrada a cualquier precio. Tenía que estar por allí, aunque quizás hubiese un túnel y el acceso estuviese en los campos de alrededor. Tampoco encontré nada, mis manos estaban

heladas y cubiertas de tierra y restos de hojas muertas, me levanté exasperado. Estaba perdido, no sabía qué hacer o por dónde comenzar a buscar. Pensé en destrozar la ventana, sería difícil entrar y salir a través de ella por su reducido tamaño, pero era la única vía y en aquel momento estaba desesperado. Encontré un palo de cierto tamaño con el que pensé que podría romper el cristal sin problemas. Me acerqué y golpeé la ventana con toda mi rabia pensando en mi pobre hermano y los bastardos que le tenían allí encerrado. El vidrio ni siquiera se arañó y la vara se rompió por la mitad, maldije mi suerte y la golpeé una y otra vez con uno de los trozos, presa de la frustración. Era inútil, necesitaría algo mucho más fuerte si quería romperlo. Empecé a pensar que tal vez fuera un cristal de seguridad doble y, si ese era el caso, estaba perdido. Entonces decidí ir a buscar una piedra, si conseguía encontrar una de las que se habían derrumbado del muro con buen tamaño, quizás lo conseguiría. Corrí en medio de la lluvia hasta uno de los montones y comencé a apartar piedras buscando una del tamaño que buscaba. Me cansé al no encontrar lo que quería en aquel montón y me fui a otro que había cerca. Tampoco tuve suerte entre las que allí había y decidí entrar en el interior del edificio, aun sabiendo que el techo podía derrumbarse en cualquier momento. Continué rebuscando hasta que, sin querer, me vi pegado a la pared donde los árboles entraban a través de la ventana. Desde la distancia no me había dado cuenta porque se encontraba justo enfrente de la posición desde la que estuve curioseando, pero, pegada a la pared, vi la silueta de una construcción que sobresalía del muro. Me acerqué saltando entre las piedras y la palpé con las manos hasta donde pude llegar. Era como un bloque cuadrado, se parecía a la estructura en piedra de una chimenea, pero cerrada hacia el interior de la vivienda. Mientras la observaba, recordé que no había inspeccionado esa parte del muro cuando entré porque solo me había centrado en rebuscar por el suelo. Tal vez hubiese algo al otro lado de la pared que desde el lado de fuera y con el abeto no había visto. Salí de la vivienda corriendo como si me hubiera poseído el espíritu de un velocista y, rodeándola por el lateral donde no había ventana, la encontré. Había una puerta de madera vieja, cerrada con un candado y una cadena cubiertos de óxido. Sin esperar, comencé a dar patadas a la puerta hasta que los remaches de metal salieron de la madera arrastrando un trozo de la puerta con ellos y entré en aquel hueco, que se encontraba completamente a oscuras. Busqué nervioso en los bolsillos y saqué un mechero que por casualidad llevaba en la gabardina, con el corazón a doscientos contemplé la cavidad de piedra que bajaba a través de unos escalones hasta otra puerta hecha a base de barrotes de hierro también oxidados. Bajé a través de aquella tenebrosa escalera hasta llegar al final, la puerta estaba cerrada con llave. La zarandeé con

furia, pero aguantó sin problemas mi envestida. Inmediatamente pensé en una solución, el gato del coche. Subí las escaleras corriendo y, agachando la cabeza mientras la cubría con mi brazo, salí de entre las ramas del árbol disparado hacia el maletero del coche. Estaba de barro hasta las rodillas y calado hasta los huesos, pero a la vez me encontraba muy cerca de mi objetivo, liberar a mi hermano, y eso era lo más importante. Saqué el gato del espacio dedicado para él entre la rueda de repuesto y cerré el maletero. Recordaba que uno de mis pacientes con un problema grave de cleptomanía me contó un vez durante la terapia que en una ocasión sintió el impulso irrefrenable de robar una pequeña estatua en una zona residencial y para acceder al jardín donde se encontraba tuvo que forzar una puerta de hierro forjado que, por su descripción, debía ser muy similar a la que ahora me impedía el paso a mí. Él reía porque el impulso irracional por robar aquel pequeño gnomo que no costaría más de diez libras le hizo sacar el gato del coche y forzar los barrotes hasta que pudo introducirse para sustraer, en aquel momento, tan preciado botín. Curiosamente, la alegría no le duró mucho porque de camino a casa comenzó a sentir remordimientos y decidió parar el coche en una estación de servicio para regalar la estatuilla a una anciana que esperaba tranquilamente en el banco de un parque a que su marido volviese de comprar unos bocadillos.

Aquel detalle del elevador me pareció cómico en el momento, pero aquella noche me fue de gran ayuda, porque no hubiese podido doblegar aquellas barras de metal con piedras o palos, que era lo que más abundaba por allí.

Corrí gato en mano de vuelta a la gruta, coloqué el gato entre los barrotes y comencé a girar el engranaje a toda velocidad. Inmediatamente los puntos de contacto del artilugio comenzaron a ejercer presión sobre las barras de hierro doblegándolas hasta que el espacio fue lo suficientemente amplio para que me pudiese introducir a través de él. Encendí el mechero e iluminé el pequeño pasadizo, que giraba en un perfecto ángulo recto hacia la derecha. Al doblar la esquina, me encontré una tercera puerta, también de madera, pero a diferencia de las anteriores esta presentaba un gran símbolo en el centro. Era un triángulo con una raya vertical en el interior y dos puntos en el exterior, a cada lado, sobre el vértice superior. La pintura goteó en el momento en que fue impreso sobre la madera, dándole un aspecto siniestro. El color rojo con el que fue pintado le daba la sensación de ser sangre aún derramándose de los trazos. La presencia de aquel símbolo me mantuvo inmóvil durante un tiempo mientras lo alumbraba, lo cierto es que me obstaculizó más que cualquiera de las puertas porque, ciertamente, poseía un aura especial, era tenebroso. Me acerqué lentamente, abrí el pasador y empujé la puerta dejando

que la luz de la habitación inundase el pasillo de piedra que daba acceso a aquel cuarto secreto desde el exterior. Di un par de pasos hacia delante y contemplé la habitación en silencio. Cubiertas de polvo, había una colección de cajas de madera de diferentes tamaños apiladas junto a las paredes. En ellas aún se podían apreciar los sellos aduaneros de diferentes lugares del mundo como Egipto, Rumanía, Jerusalén, Sudán… Por su aspecto, bien podían tener más de doscientos años cada una. Colgando del techo había dos faroles de petróleo que mantenían la estancia iluminada y enmascaraban en cierta manera el fuerte olor a humedad que emanaba de aquella habitación excavada en el suelo. Todo estaba en silencio, aunque se podía escuchar el murmullo del viento y el golpeo de la lluvia contra la tierra mojada. En el centro había una columna y una especie de trapo o manta doblada varias veces a modo de asiento, nada más. Cuidadosamente, me adentré en la sala sin hacer ruido y me detuve, estaba buscando a la persona que vi a través de la pequeña ventana, pero allí dentro todo era silencio.

—¿Marco? —susurré en voz baja.

No hubo respuesta, solo el sonido de la lluvia y el viento desatados en una lucha por ser el protagonista en aquella noche de luna llena.

—Marco, soy Max —dije algo más alto desde el centro de la habitación.

Pero como la primera vez, nadie respondió.

—Marco… —dije una vez más sin poder evitar el tono de frustración.

Pero nada cambió, solo el mismo silencio que me encontré al llegar. Inevitablemente, las circunstancias me llevaron a la triste conclusión de que si realmente había alguien allí, escondido entre las cajas, no se trataba de mi hermano.

No podía desperdiciar más el tiempo hablando solo, si alguien se encontraba allí, estaba claro que no necesitaba ninguna ayuda. Incluso comencé a pensar que quizás no había visto a nadie y todo había sido culpa del cansancio y la preocupación, quizá mi mente me había jugado una mala pasada. Me di la vuelta y me dirigí a la salida pensando que dejaría las puertas abiertas, de alguna manera aún seguía convencido de que alguien se encontraba por allí, escondido entre aquellas cajas, porque si no, ¿para qué las dos lámparas quemando petróleo?

Cuando estaba a punto de llegar a las escaleras, escuché un ruido que provenía de la habitación y media fracción de segundo después una sombra corrió enfrente de las luces proyectando su silueta delante de mí sobre la pared de piedra. Instintivamente me di la vuelta

mascullando entre dientes que no podría esconderse más de mí, pero muy lejos de esconderse, aquella forma se dirigió hacia donde yo me encontraba a toda velocidad armado con lo que parecía una barra de metal. Sujetándola con ambas manos sobre su cabeza corría dispuesto a descargarla sobre mí tan pronto como estuviese lo bastante cerca para acertar. Inconscientemente, mis manos agarraron el metal antes de que aquel loco me golpease con ella. Forcejeamos durante unos segundos en los que ambos nos concentrábamos en vencer las fuerzas de nuestro adversario y nuestras bocas emitían cortos sonidos que evidenciaban el esfuerzo. En un momento determinado, en medio de la lucha, aquel hombre gritó algo.

—No volveré a esta mazmorra, antes prefiero morir —dijo mientas se esforzaba en zafarse de mí.

—¿De qué demonios está hablando?, he venido a ayudarle —contesté mientras bajaba el arma e intentaba interponer mi cuerpo entre él y la barra de hierro para arrebatársela.

—Por mucho que os empeñéis en destruirlo, nada cambiará, cuando yo muera otro ocupará mi lugar para devolver el orden y el equilibrio que vosotros habéis alterado —dijo furioso mientras reunía más fuerzas—. Solo sois una mota de polvo contra un océano, un grupo de indeseables corrompidos por el dinero y el veneno de esos dos locos… —continuó mientras apretaba los dientes y sus fuerzas increíblemente comenzaban a superar a las mías.

Yo no contesté, me limité a concentrarme en la situación. Me iba a arrebatar la barra de hierro en unos segundos y volvería a estar en una posición de inferioridad con respecto a él. No podía dejarle ganar, tenía que pensar en algo rápido porque notaba cómo lentamente el hierro se me escapaba de las manos en favor de mi contrincante. Si me golpeaba con ella, me dejaría inconsciente y seguramente sería yo el que despertaría amarrado a la columna en aquella habitación, complicándolo todo demasiado, jamás me encontrarían allí y sería el fin.

Había conseguido poner mi espalda contra aquel individuo situando la barra a la altura de mi cintura, yo podía verla, pero él no. En circunstancias normales, mi posición me hubiera dado la victoria porque al final hubiera terminado por conseguir arrebatársela, pero por lo que aquel hombre había dicho se desprendía que para él aquella lucha era algo más, una agonía entre la vida y la muerte, y en situaciones extremas de ese tipo el instinto de supervivencia es un motor complementario que proporciona energía extra, algo que estaba decantando la balanza a su favor.

Justo cuando la barra de hierro se escapaba de entre mis manos y el fatal desenlace estaba al borde de producirse, de alguna forma el

codo de mi brazo derecho se desplazó con violencia hacia atrás propinándole un golpe certero en el rostro que le dejó fuera de combate al instante, antes de que aquel hombre se desplomase inconsciente sobre el suelo como un árbol recién talado. El hierro le acompañó en la caída y rodó sobre sí mismo alejándose de su cuerpo. Yo me quedé apoyado sobre la pared, extenuado por el esfuerzo, unos minutos, hasta que me recuperé. Una vez que mis pulsaciones volvieron a la normalidad, me acerqué al hombre que yacía en el suelo. Sorprendentemente, era un hombre de alrededor de unos setenta años, de pelo grisáceo peinado hacia atrás y barba descuidada de varios días. Llevaba unos pantalones de tela fina de color azul marino, unos zapatos de cuero a juego con el cinturón y una camisa blanca. Estaba seguro de que en algún momento en el pasado aquellas prendas exhibieron elegancia y glamur cuando abandonaron su armario, pero durante su estancia en aquel agujero lo habían perdido todo en favor de la mugre y el polvo. Registré sus bolsillos buscando algún tipo de identificación, pero estaban vacíos. Aparté la barra de hierro lejos de su alcance, me levanté y busqué en la habitación. No había nada, a excepción de una lata con agua y unos trozos de pan duro sobre una caja que hacía las funciones de mesa en un rincón. Algo que inmediatamente llamó mi atención, porque aquel hombre maniatado al poste en el centro de la sala no hubiera podido llegar a alcanzar aquella caja de ninguna manera. Miré alrededor de la viga donde una manta doblada debió hacer de asiento y no había restos de pan o bebida. ¿Estaban torturando a aquel pobre hombre? ¿Quién era él y por qué le estaban haciendo aquello?

Me acerqué de nuevo a él y decidí despertarle mientras seguíamos allí, pensé que sería más fácil y menos traumático que si le volvía a atar las manos y cargaba con él hasta el coche. Si volvía en sí en el coche mientras conducía, pensaría que yo era otro de sus secuestradores e intentaría escapar, con el riesgo de acabar estrellándonos mientras forcejeábamos. De esta manera, le sujetaría las manos fuertemente hasta que pudiera explicarle la situación. Y así lo hice, le golpeé en la mejilla un par de veces a la vez que le ordenaba despertarse, rápidamente sus ojos comenzaron a moverse y sus párpados se abrieron poco después. Intentó revolverse en un principio, posiblemente ayudado por el recuerdo de lo que había pasado hacía tan solo unos minutos, pero después de que le sujetase firmemente él se detuvo unos segundos mirándome a la cara y finalmente se tranquilizó.

—Le voy a soltar las manos, no haga nada extraño, por favor, no me gustaría tener que golpearle de nuevo —dije en un tono amistoso.

—¿Entonces no estás de su parte? —me preguntó aquel hombre con voz insegura.

—No sé de qué me está hablando, no estoy con nadie. Aparqué mi coche a la entrada por casualidad y todavía soy incapaz de salir de mi asombro por todo lo que ha ocurrido —contesté.

Algo debió encajar en su mente y se incorporó rápidamente ayudándose con los brazos. Aún sentado, me miró y, como si estuviese perdido en algún recuerdo, me dijo:

—Tenemos que salir de aquí inmediatamente, deben estar a punto de volver.

—¿Quién? —pregunté.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, ayúdame a levantarme —me dijo con una voz segura, nada que ver con la que había escuchado antes.

Le ayudé a levantarse y los dos salimos sin hablar del que fue el calabozo de aquel hombre durante solo sabía Dios cuántos días. Nos dirigimos al coche casi corriendo y nos introdujimos en él. Nada más entrar, me habló con urgencia.

—Debemos alejarnos de este lugar con la mayor rapidez posible —dijo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No se preocupe, la pesadilla ha terminado. Se lo prometo —le dije mientras ponía el motor en marcha y comenzaba a retroceder de vuelta a la carretera principal.

—Hijo, aún queda un largo camino hasta que los días de paz vuelvan a mi vida, la gente que me hizo esto es despiadada y no se detendrá ante nada o nadie —dijo—. Esto no es más que el comienzo —añadió pensativo mientras abandonábamos aquel lugar.

Yo no dije nada, me mantuve en silencio pensando que tal vez estuviese delirando. Quizás no hubiese comido ni bebido en días y si tomaba algún tipo de medicación su cuerpo estaría descompensado por su carencia. Nos alejábamos poco a poco de aquel lugar mientras yo conducía sin prisa, perdido en mis pensamientos.

—¿Cómo se llama? —le pregunté al hombre en medio de nuestros silencios.

—Me llamo Richard —contestó.

—¿Cómo te llamas tú, hijo? —me preguntó él.

—Me llamo Maximilian, pero llámeme Max —contesté.

—Gracias por salvarme la vida, Max —me dijo con un tono de profundo agradecimiento.

—De nada, Richard, no podía dejarle allí, solo hice lo correcto —contesté.

—Eres una buena persona, Max, gracias a Dios que aún existen personas como tú en este mundo —respondió con reconocimiento.

Cuando tomamos la primera curva que giraba hacia la izquierda y terminaba con la recta en la que se encontraba el edificio derruido, me sobresaltó la inesperada visión de un vehículo que salía de la curva y que circulaba en dirección contraria sin luces. Miré por el retrovisor e inmediatamente les vi perderse iluminados por las luces rojas de los faros traseros de nuestro coche. Medio segundo más tarde, Richard gritó:

—Acelera, son ellos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al mismo tiempo que tuve la sensación de haberme cruzado frente a frente con el mismísimo diablo. Apreté el acelerador hasta el fondo sujetando el volante con fuerza a la vez que mi corazón se desbocaba y el motor del coche rugía con furia mientras ganaba velocidad vertiginosamente.

—¿Crees que nos han visto? —pregunté con nerviosismo.

—No estoy seguro, Max —dijo Richard—. Ojalá que no, de todas formas, no tardarán mucho en averiguar que escapé —añadió.

Continué tomando varias curvas tan rápido como pude, después de aquel tramo llegamos a una recta donde pude poner a prueba el motor del Jaguar y cuando comenzaba a frenar para comenzar otra zona de curvas, dos luces blancas irrumpieron en mi retrovisor saliendo a toda velocidad de la curva que acabábamos de dejar unos segundos atrás, debieron trazar la curva por la mitad para ser capaces de tomarla con tanta rapidez.

—Nos han descubierto —dijo Richard lleno de angustia y, posiblemente, viéndose de nuevo de vuelta en aquel calabozo.

Sin poder evitarlo, yo comencé a ponerme más nervioso de lo que estaba para entonces.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté angustiado.

—Ya había pensado en esto —dijo Richard con seguridad—. Escucha con atención, hijo, esto es lo que vamos a hacer —añadió antes de comenzar con el plan.

He de confesar que fue todo un alivio que al menos aquel hombre tuviese una mente lúcida en aquellos momentos, porque yo me encontraba totalmente agarrotado y dominado por la situación.

—Voy a saltar del coche —dijo Richard.

—¿Qué? —exclamé sin poder creerme lo que había escuchado.

—Tendrás que aminorar la marcha un poco si no quieres que me rompa hasta el último hueso de mi cuerpo —dijo riendo antes de continuar—. Las curvas y la distancia que les llevamos me darán tiempo para ocultarme sin problema y, si te alcanzan, sigue sus instrucciones como si no supieses nada de mí —añadió—. Piensa que

si no lo consigo prefiero terminar así que volver a aquella habitación donde las horas y la humedad te corroen por dentro —dijo convencido de su decisión—. No se te ocurra volver a buscarme, ellos estarán observándote. Son listos —añadió.

—¿Estás seguro, Richard? Tal vez exista otra manera —dije preocupado.

—No hay tiempo, hijo —respondió con voz de agradecimiento.

—A mi señal, reduce la velocidad a unos treinta o cuarenta kilómetros por hora y después acelera hasta ochenta o cien y mantente en esa velocidad, que no parezca que estás huyendo —dijo, concentrado con una mano sobre la maneta y la otra en el asidero de la puerta.

—Tal vez podríamos perderles una vez que lleguemos a la autopista —le dije pensando que lo que iba a hacer era una locura.

—Nunca llegaríamos a ver la autopista, con toda seguridad nos atraparían antes, estoy seguro, Max. Esta es nuestra única oportunidad ante esos perros adiestrados y sedientos de sangre —y continuó—: Hijo, jamás le cuentes a nadie lo que ha pasado hoy, tienen ojos y oídos por todas partes. Te pondrías en peligro a ti y a tu familia —dijo antes terminar—. No olvidaré jamás que esta noche me salvaste la vida, ha sido un honor conocerte. Todo va a salir bien, estoy seguro.

Y antes de que pudiera decirle nada más, aquel hombre me dio la señal con un grito e inmediatamente pisé el pedal con fuerza bloqueando los frenos hasta que la velocidad se redujo y Richard abrió la puerta y saltó, desapareciendo en la oscuridad de la noche. Nunca supe si sobrevivió a su plan o si, por el contrario, la desnutrición y el golpe contra el suelo, unidos a su edad y a la velocidad, terminaron con sus días. Yo continué con el plan como acordamos, preocupado por aquel valiente que acababa de arrojarse de un vehículo en marcha sin esperar a que la velocidad se redujera, seguramente para evitar que sus captores intuyesen algo al haber recortado la distancia entre ambos coches con demasiada facilidad, dejándome en una situación delicada. Aquel hombre fue un ejemplo de valentía.

Alrededor de unos veinte o veinticinco segundos más tarde, las luces de mis perseguidores aparecieron otra vez en mi espejo retrovisor. Estaba nervioso, pero debía cumplir con el resto de lo establecido, les alejaría de Richard tanto como pudiese.

Su coche se pegó rápidamente a la parte trasera del mío y en cuanto tuvieron la ocasión me adelantaron y comenzaron a hacer signos con los brazos fuera de las ventanillas para que disminuyera la velocidad a la vez que ellos frenaban y me obligaban a detenerme. Una vez que ambos coches se detuvieron, dos hombres vestidos con

trajes oscuros salieron del coche. Estaba claro que eran adictos al gimnasio porque sus ropas a duras penas podían contener el tamaño de sus cuerpos sobredesarrollados.

—Baje la ventanilla, caballero —dijo el que salió del lado del conductor mientras el otro examinaba el interior del coche con una linterna.

Yo bajé la ventanilla lentamente y le pregunté:

—¿Están ustedes bien? ¿Tienen algún problema?

—No, ¿y usted? Parecía que conducía anormalmente despacio en aquella recta varios kilómetros más atrás —preguntó con interés.

—La verdad es que estoy perdido e intentaba aprovechar la recta para buscar alguna señal o algo con lo que poder situarme mientras avanzaba a poca velocidad —dije—. Pero lo cierto es que fue una casualidad, porque podía haber colisionado con ustedes si hubiera ido a mayor velocidad y hubiese tomado la curva un poco más abierta —añadí—. ¿A quién se le ocurre ir sin luces por una carretera tan estrecha como esta en medio de la noche? Es una irresponsabilidad, debería informar a la policía —contrataqué.

—Sí, bueno, estamos trabajando en desarrollar un sistema de ayuda nocturna a la conducción, aún está en fase experimental y tenemos un acuerdo con las autoridades para probarlo en esta zona por las noches, la policía está al tanto —contestó con desinterés.

Mientras, el otro terminaba de observar con detenimiento el coche y se acercaba por la parte trasera de este hacia la posición de su colega.

—Veo que tiene un abrigo completamente empapado en el asiento de atrás y un paraguas en el suelo. ¿Por casualidad no habrá estado usted dando un paseo nocturno por los alrededores? —preguntó el que venía con la linterna.

Mi corazón se aceleró hasta el punto que pensé que me sería imposible articular una palabra, pero sin embargo pensé en la entereza de Richard y reaccioné bien.

—Sinceramente, no es de su incumbencia, pero la mujer de mi hermano ha tenido un accidente de tráfico esta noche y he tenido que conducir desde Londres para identificar su coche en medio de la cortina de agua que estaba cayendo —respondí con seguridad—. Ahora iba de camino al hospital —añadí para terminar.

—¿A qué hospital se dirige, señor? —me preguntó interesado mientras continuaba mirando con la linterna en el interior.

—Al Bristol General —contesté.

Ambos se miraron durante unos segundos y el que llevaba la

linterna volvió al coche sin hablar y se introdujo en el asiento del copiloto. El otro no se movió, permaneció donde estaba.

—Continué su camino —dijo en tono despectivo antes de dirigirse hacia su coche.

—Que tengan suerte con su sistema de ayuda nocturna —dije en voz alta para que me escuchase—. Y espero que se estrellen contra un árbol, porque es lo único que se merecen —dije para mí a la vez que subía la ventanilla.

El hombre ni se inmutó, me ignoró y se introdujo en el interior del automóvil. Inmediatamente aceleró y cruzó la carretera a toda velocidad de vuelta, en dirección a la mazmorra. En poco tiempo desaparecieron. Yo pensé de nuevo en Richard y aceleré para volver a la carretera. Terminé aquel tramo de curvas antes de llegar a la autopista mirando una y otra vez en mi espejo retrovisor con la preocupación de encontrar las luces de aquel coche en mi busca una vez más, pero afortunadamente no ocurrió y al llegar a la autopista sentí como si me hubiera ganado la libertad. Desde allí, en unos cuarenta o cincuenta minutos llegaría al hospital después de una noche de locos, realmente deseaba con todas mis fuerzas que aquella pesadilla terminase tan pronto como fuera posible.

Cuando conducía a medio camino de mi último destino, una llamada me despertó de los pensamientos en los que me encontraba sumido mientras el cuentakilómetros del coche devoraba números sin parar. Descolgué el teléfono del coche.

—Señor Rivalcielli, le llamo desde el departamento de la policía científica, teníamos órdenes de comunicarle personalmente los resultados de los análisis de la muestra de sangre obtenida por los agentes en la zona del accidente —dijo una voz de mujer.

—Sí, eso es correcto. Dígame, ¿qué han encontrado? —pregunté inquieto.

—Los resultados confirman que la sangre pertenece a una mujer joven adulta con casi toda seguridad y, a falta de confirmación, a la de la conductora —dijo antes de que yo interrumpiera.

—¿Han encontrado algo más?

—La verdad es que sí, nos llegó una segunda muestra de sangre tomada posteriormente también en la zona del accidente. Esta, en cambio, pertenecería a un varón de edad similar o cercana a la de la accidentada. —La voz guardó silencio.

Yo también guardé silencio, una lágrima cargada de dolor comenzó a rodar sobre mi mejilla. Sabía que pertenecía a mi hermano.

—Señor, necesitamos que se desplace hasta aquí en las próximas horas, aunque, si le soy sincera, realmente le necesitamos aquí lo

antes posible. El juez de guardia va a emitir una orden de búsqueda y necesitamos tomar una muestra de su sangre para compararla con la que poseemos. Siento decirle que todas las evidencias que tenemos en nuestro poder nos obligan a pensar que podría corresponder a la sangre del recién desaparecido Marco Rivalcielli. Su hermano.

CAPÍTULO VI

Las notas de aquel improvisado cuadernillo terminaban allí. Era imposible describir cómo me sentí al leer aquellos párrafos. De ellos inevitablemente se desprendían varias conclusiones que no pudieron competir con el insondable dolor que me produjeron. Sentí un abismo de vacío devorándome sin piedad, una profunda añoranza que nacía de aquellos seres tan queridos con los que había compartido afecto y momentos inolvidables, una oscura melancolía por aquellos para los que el atributo de un ser especial era desproporcionadamente injusto porque se les quedaba corto. Unas personas extraordinarias que permanecerían en mi corazón hasta el final de la eternidad y a las que siempre echaría de menos, no importaba dónde mi camino me llevase o fuera a parar.

A duras penas me repuse de aquel sentimiento mezcla de añoranza y soledad y pensé sobre el resto de lo que acababa de leer. El coche que la policía encontró en la orilla del lago no era el coche que nosotros les robamos a los ladrones, porque el que nosotros condujimos se perdió en el fondo del lago después de que saliésemos por la luna trasera. No entendía cómo pudo haber llegado hasta allí ni las intenciones de los que lo dejaron en ese lugar. ¿Pudo Omar haber continuado la persecución montaña abajo en un intento desesperado por recuperar el casco de Godofredo? ¿Y Lucía? Fue trasladada al hospital en Bristol, pero eso era todo, ni rastro de ella. No quería pensar en ello, pero ¿y si no sobrevivió? En aquel momento la incertidumbre explotó en mi interior y me levanté súbitamente espoleado por el dolor. Tenía que hacer algo ya, ¿acaso era eso lo que el destino me tenía reservado? ¿Vagar por las brumas de la eternidad sumido en aquella triste agonía? ¿Sucumbir al frío de su ausencia y conformarme con mi suerte? No, todo aquello no era para mí, sin dejar pasar un segundo más iría andando hasta el pueblo más cercano y buscaría en el archivo de la biblioteca, estaba seguro de que un suceso de aquel calibre habría dejado su huella en el periódico local.

Salí por la puerta principal en dirección a la salida. Aún era de noche y la luna a duras penas conseguía hacerse notar tras un grueso manto de nubes que avanzaban hacia el oeste sin descanso. Todo era extraño y nuevo para mí, no hacía frío, no sentía hambre o sueño, aunque por insólito que pareciese tenía la sensación de que podía respirar. El sonido de mis pasos rompía con el silencio del bosque mientras me preguntaba qué habría de real en aquel mundo.

El resplandor de las luces del pueblo emergía entre las montañas dibujando una cúpula de tonos amarillentos que se elevaba por encima de las copas de los árboles como si una semiesfera de cristal hubiera surgido de la tierra para proteger un inmenso tesoro dorado que se escondía tras las sombras de la espesa arboleda.

Mientras caminaba, seguía pensando en aquellas últimas hojas que leí antes de abandonar la mansión. La inquietud que sentí al no encontrar una sola pista que me ayudase a saber de Lucía lo eclipsó todo y en aquel momento, cuando me aproximaba al pueblecito, caí en la cuenta de que, sorprendentemente, mi hermano encontró a Blake por casualidad la misma noche en la que nos atacaron. Algunas de las piezas empezaban a encajar y todo apuntaba a que aquel coche en el que Richard se alejó después de entregarme el yelmo de Godofredo nunca llegó al destino que él esperaba y, en su lugar, debió ser trasladado y recluido en contra de su voluntad en algún lugar no muy lejos de aquí. Max escribió que tan solo recorrió unos kilómetros tras abandonar tramo de acceso a la casa hasta que se detuvo frente a las ruinas donde liberó a Blake. No hacía falta ser un genio para deducir que, casi con toda seguridad, Omar debió llevarle hasta aquel sótano esa misma mañana tras despedirnos.

Era alarmante pensar en el tipo de personas que conspiraron contra Blake, sin duda, fueron astutos y dispusieron de medios suficientes para maniobrar sin problema varios pasos por delante de él. Algo que supieron esconder con sorprendente habilidad para que alguien con la inteligencia y los contactos de Richard no fuera capaz de intuir lo que se avecinaba. Es cierto que la forma en que desarrollaron y ejecutaron su plan no permitió a Blake tener la más mínima oportunidad de defenderse o reunirse con alguno de sus partidarios después de nuestra entrevista y, de esa manera, guillotinaron a la sociedad secreta, primero eliminando a su líder y después privándola de su icono moral, el casco, días más tarde. Sin capacidad de reacción ante un golpe tan certero y a merced de un futuro regido por la incertidumbre, los días de aquella honorable sociedad estaban contados y su disolución sería inevitable. Un jaque mate maestro digno del mejor estratega que, además de sumir a los seguidores de Godofredo en el caos, nos colocó a Lucía y a mí en el punto de mira de la policía.

Casi sin darme cuenta estaba entrando por las calles de aquella pequeña villa de casitas de oro y tejados de pizarra. Sus calles estaban desiertas y en algunas de las ventanas la condensación adornaba los cristales con esas formas redondeadas tan típicas de las postales navideñas. Continué avanzando mientras me fijaba en los detalles de cuanto me rodeaba, me dirigía hacia la plaza central, donde la biblioteca y el ayuntamiento se daban la mano formando un cuadrado perfecto junto con el edificio del registro, el único hostal del pueblo y la iglesia, justo enfrente del consistorio. Aunque la plaza era pequeña, esta derrochaba carácter por cada fracción de roca y madera que formaba parte de ella. Poseía dos entradas laterales que daban acceso a la zona central donde, tras un largo camino desde las montañas del norte, un alegre murmullo delataba al agua cristalina que brotaba desde la vasija que una hermosa mujer sostenía sobre su hombro antes de precipitarse hasta un pequeño estanque a los pies de su vestido. Una antigua fuente de piedra que cobijó en su regazo a los primeros pobladores y que a lo largo de los años vio cómo las construcciones se multiplicaban hasta convertirse en el pueblo de cuento de hadas que miles de personas visitaban cada año.

Pasé bajo uno de los arcos que daban acceso al interior y sin pensar, como si estuviera bajo los efectos de un embrujo, me dirigí hacia el manantial, como siempre hacíamos Lucía y yo cuando veníamos de paseo los domingos por la tarde. Cuando llegué, me detuve y mis ojos se concentraron en los cientos de relucientes monedas que brillaban desde el fondo cubiertas por litros de aquella agua vítrea. Un pensamiento dominaba sobre todos los demás, un único deseo: habría dado cualquier cosa por volver a ser real. No sé cuánto tiempo estuve allí perdido en mí mismo mientras contemplaba aquella agua transparente ondulándose en la superficie y las monedas destellando en el fondo cargadas con los deseos que la gente había depositado en ellas a lo largo de los años. Instantes más tarde, la inesperada sensación de no estar solo me sacudió por dentro y me hizo girar la cabeza súbitamente hacia el campanario iluminado del templo.

Allí, la silueta de una figura humana se apresuró a desaparecer tras los recios muros de la torre. Yo me quedé inmóvil, confundido, mirando con atención. No estaba seguro de si lo que acababa de ver era posible o tan solo se trataba de otra particularidad en aquel nuevo mundo en el que me encontraba. Continué estático un tiempo esperando en vano a que la sombra se mostrase una vez más, pero como no ocurrió decidí moverme y dar unos pasos en dirección a la otra entrada de la plaza para cambiar el ángulo de visión sin perder de vista el torreón. Aún así, no conseguí ver nada y entonces comencé a pensar que si realmente aquella cosa existía, o se había esfumado o

quizás estaba escondido en algún otro lugar. Me entretuve un rato intentando imaginar dónde podría haber ido a parar hasta que mi interés se saturó de conjeturas y decidí no prestarle más atención.

«Tengo mejores cosas que hacer», me dije antes de darme la vuelta y andar hasta la biblioteca, dejando a mis espaldas el templo.

La puerta de cristal estaba abierta cuando la empujé y antes de introducirme en el edificio miré hacia el campanario una última vez en busca de aquel espectro que se debatía entre la ilusión y la realidad. Parecía que, si había estado acompañado en algún momento, ahora me había vuelto a quedar solo, porque la plaza y sus alrededores seguían envueltos en la misma paz que me encontré al llegar, y aquella extraña sensación de no ser el único allí había desaparecido.

El interior de la biblioteca estaba iluminado por las luces que indicaban la salida en caso de emergencia, ancladas sobre las paredes laterales emitían una luz tenue que acompañaba a las cuatro hileras de estanterías paneladas de madera que se adentraban y perdían en la oscuridad del fondo de la sala recreando una penumbra misteriosa y hasta incluso algo aterradora. La puerta se cerró tan pronto como mi mano dejó de retenerla y el sonido del cierre se propagó en el silencio como las ondas que produce una pavesa al golpear con suavidad la superficie del agua en calma. Me adentré en uno de los pasillos buscando el archivo de periódicos, en concreto iba tras una publicación semanal llamada *The Urban*, que se imprimía en una de las casitas no muy lejos de allí bajo las órdenes de un conocido periodista ya retirado que descendía de una consagrada y reconocida saga de reporteros que, a lo largo de generaciones, habían colaborado para *The Times*, *Daily Express* y más recientemente la BBC y el *National Geographic*. Aquel simpático diario registraba hasta la última incidencia que ocurría en la pequeña comunidad, por modesta o insignificante que fuese. Recuerdo que uno de sus asociados y colaborador habitual dedicó la portada a la foto de la primera flor que brotó en el pueblo tras un duro e interminable invierno de constantes nevadas, todo un ejemplo de la clase de noticias que irrumpían en la armonía de aquella pequeña población. Por esa razón, esperaba que lo que nos sucedió hubiera sacudido los alrededores dejando su huella impresa en aquel pequeño periódico. Estaba seguro de que en sus hojas encontraría más información de lo que ocurrió después de aquella noche en la que me convertí en poblador de ese otro mundo.

Atravesé el corredor hasta llegar al fichero donde con orgullo se conservaba una copia de cada edición que había sido impresa desde su nacimiento en 1942. Los archivadores metálicos estaban ordenados por lustros, por lo que me detuve un instante antes de comenzar a

buscar como un loco entre más de tres mil setecientos periódicos. Tenía que calcular el año en el que todo ocurrió, algo en lo que no había pensado hasta el momento.

Nací en el invierno del año 1975 en medio de ventiscas heladas y tormentas de nieve, fui a Oxford cuando tenía dieciocho y conocí a Lucía diez años más tarde en Hungría, durante uno de mis viajes de juventud. Dos años después nos casamos y compramos la mansión, donde nos trasladamos inmediatamente, para entonces era el año 2005. Lucía, junto con sus socios, decidió lanzarse con su proyecto del hospital privado al año siguiente y su fundación se creó tan solo once meses más tarde, lo que nos colocaba justo al borde del 2007. No recordaba mucho más con certeza, por supuesto que tenía más recuerdos, pero estos se entrelazaban con mi vida en aquella otra realidad y no tenía ninguna seguridad en ellos. La última fecha de la que tenía conocimiento era la que indicaba el calendario en el despacho de Max y, si mi memoria no me fallaba, indicaba el año 2014, lo que dejaba un periodo de unos siete años en los que se escondía aquella siniestra noche en la que sufrimos el accidente. Por lo menos, y pensándolo fríamente, en un instante había reducido el número de periódicos por inspeccionar a unos trescientos sesenta y cuatro, que aunque todavía era un número considerable, no se acercaba ni por asomo a los más de tres mil setecientos a los que me enfrentaba cuando llegué. Empezaría por los más antiguos, los del archivador que contenía los ejemplares impresos entre el año 2002 y el 2007. Abrí el cajón metálico y avancé muy rápidamente a través de los ejemplares porque mis dudas comenzaban alrededor del año 2007. Cuando me dispuse a sacar los últimos, un siniestro detalle me sorprendió y me obligó a detenerme. Recordé la imagen del calendario en el despacho de Max y la fecha que mostraba, era el dieciocho de diciembre del año 2014, el día en el que hubiera cumplido treinta y nueve años.

Por insólito que pareciese, acababa de ser mi cumpleaños y de regalo el destino me había preparado una sorpresa que jamás hubiera esperado, nada más y nada menos que descubrir que estaba muerto. Me sentí triste e impotente pensando en cómo Lucía debió pasar aquel día, la conocía y sabía que no importaba si estuvo sola o acompañada porque aquel día debió ser para ella una lenta tortura cargada de dolorosos recuerdos mal cicatrizados, algo que vendría repitiéndose cada año desde que me marché de su lado.

Me sacudí con dificultad aquella imagen y pensé que debía seguir buscando, tenía la certeza de que al final acabaría encontrándola y eso me empujó a continuar indagando. Me llenó de ilusión la idea de poder comunicarme con ella de alguna forma para decirle que estaba bien, que no se preocupase por mí y que la esperaría hasta el final de

los tiempos si era necesario para poder estar junto a ella otra vez. Con la energía de llevar a cabo mi plan, proseguí examinando una tras otra las cabeceras de los periódicos. No encontré nada importante en el 2007, todo eran fotografías de los paisajes de la zona en las diferentes estaciones del año y reportajes sobre algunos de vecinos de la comunidad que, por alguna razón, se habían ganado el reconocimiento social y su momento de gloria en la portada de *The Urban*. Cerré ese archivador y a continuación abrí el que contenía los años comprendidos entre el 2007 y 2012. El 2007 continuó como su predecesor, aburrido, aunque en este hubo varias menciones a diferentes fiestas que dimos en casa para recaudar fondos para Lucía. «¡Por fin encuentro algo!», pensé. Entre ellos descubrí uno que me llamó la atención por encima de los demás. Se trataba de una edición especial en la que el director se había encargado de cubrir la noticia en persona, seguramente atraído por un reclamo tan exclusivo como fue la presencia de un miembro de la casa real inglesa. Mirando con detenimiento a través de sus hojas, recordé perfectamente los momentos de aquellas fotografías y a los asistentes que en ellas aparecían. Al pasar una de las páginas, el desconcierto se mezcló con la felicidad en una fracción de segundo, sorprendiéndome completamente desprevenido. Allí estaba Lucía, con su hermosa presencia. No sé si las lágrimas que rodaron por mis mejillas fueron reales o no, pero el inmenso dolor que contenían era tan real como la tinta que recordaba el color verde esmeralda de su vestido en aquella instantánea. En ella, Lucía sonreía mientras le daba la bienvenida a uno de nuestros invitados ofreciéndole su mano. Era al comienzo de la recepción y por un instante reviví de nuevo aquella noche y todas las demás en las que todo era perfecto y parecía que nada ni nadie podría jamás alterar nuestra felicidad. Parecía casi imposible comprender por qué todo había sido reducido a cenizas y cómo los añicos de aquellos años se dirigían raudos hacia el olvido transportados por los vientos del tiempo. Sin querer, me vi sumido de nuevo en un aura de melancolía, envuelto en incredulidad y frustración, sintiéndome culpable por no haber sido capaz de evitar lo que ocurrió. Miré a mi alrededor para tomar un respiro e inmediatamente volví al periódico. Más instantáneas de nuestros invitados y, al final del reportaje, unas líneas en las que autor agradecía su invitación a los organizadores del evento y se deleitaba en halagos alabando el excelente trabajo que la fundación de Lucía estaba realizando en sus primeros años de vida, en los que habían obtenido extraordinarios resultados en sus investigaciones.

El año siguiente, el 2008, comenzó sin novedades, imaginé que si el semanal volvía a sus portadas de atardeceres invernales con el pueblo al fondo y niños jugando con la nieve por sus calles, eran buenos

tiempos para sus gentes. Del final del invierno a la primavera, de las colinas nevadas a los colores de las flores en los paseos y jardines. Y del colorido al verano y las gentes en las terrazas disfrutando de una bebida fría. Y del estío, a los árboles desnudos y una manta de hojas marrones tapizando las calles y danzando por el parque. Del otoño al invierno, y del 2008 al 2009 con la misma tónica del año anterior, instantáneas de la vida, el pueblo y sus gentes continuaron hasta que en los últimos meses, antes de llegar al invierno, encontré lo que estaba buscando.

Edición especial, en la portada aparecía una fotografía de la mansión tomada desde la distancia en un día gris en el que se veían varios coches de policía aparcados a la entrada y se podía apreciar toda la zona acordonada para evitar el paso de extraños y curiosos. En rótulos grandes, un titular: HORROR EN LA MANSIÓN RIVALCIELLI. La fecha de impresión era el 15 de octubre 2009. Sujeté el periódico firmemente y comencé a leer:

La tragedia sacude la región. Aunque todavía la confusión es grande y las informaciones no han sido contrastadas por las autoridades, todo apunta a que los Rivalcielli fueron sorprendidos en la noche del 13 de octubre por un grupo de asaltantes. La llamada de auxilio de los residentes fue respondida inmediatamente por dos miembros de la Policía, que se desplazaron al lugar de los hechos donde se produjo una encarnizada batalla entre los agentes y los capos. Como resultado del enfrentamiento, un agente fue abatido y falleció sin que las asistencias pudieran hacer nada por su vida. La señora Rivalcielli también resultó herida y tuvo que ser trasladada al hospital en estado semiinconsciente con diversos traumas de consideración junto al otro de los policías, que presentaba una herida de bala, el pronóstico de ambos es reservado. Hasta el momento se desconoce el paradero del señor Rivalcielli y de los atacantes que huyeron del lugar. Fuentes policiales han manifestado que se especula con el móvil del robo y secuestro como principal objetivo del ataque, aunque no se descartan otras posibilidades. La desaparición de M. Rivalcielli junto a múltiples objetos que fueron sustraídos de su colección personal corroboran esta hipótesis, por lo que en la actualidad la investigación centra sus esfuerzos en esta dirección. Se desconoce el valor de los objetos robados, pero según nos han asegurado algunos especialistas en la materia, posiblemente sean vendidos en el mercado negro por una importante suma de dinero. La policía espera que los secuestradores se pongan en contacto en las próximas horas para exponer las condiciones por las que el señor Rivalcielli será liberado. Se ha hecho un llamamiento a la colaboración ciudadana con el ánimo de resolver el caso con rapidez. Si usted vio o escuchó algo que cree que puede ser de ayuda, por

favor, contacte con los números que aparecen al final del artículo. Nuestros rezos se elevan por el alma del policía fallecido y sus familiares, también por las dos personas que se recuperan en el hospital y por la pronta liberación del señor Rivalcielli…

Las primeras noticias eran totalmente erróneas, eso no fue lo que ocurrió aquella noche de lunes y con respecto a Lucía nada nuevo, hasta aquel momento lo que sabía de ella era por las notas de mi hermano, pero nada más, solo angustia por el vacío. Me entristeció leer que uno de los agentes perdió la vida aquella noche, me preguntaba quién sería, si el malherido Greenville, que finalmente claudicó, o la hermosa inspectora, durante el tiroteo que se produjo cuando salió a pedir ayuda. Me hizo gracia que pensasen que había sido secuestrado, no hubiese dejado a Lucía malherida de ninguna manera a menos que… ocurriese lo que me ocurrió. Guardé aquel periódico y cogí el siguiente. En él, la foto de la orilla donde el coche impactó contra el lago y otro titular: DESCONCIERTO EN EL CASO DE LA MANSIÓN RIVALCIELLI.

A la espera de que tanto Lucía Rivalcielli como el agente herido de gravedad se recuperen para arrojar algo de luz a las investigaciones con su versión de los hechos, hasta el momento las pistas que se manejan aún mantienen a los expertos de la Policía bajo una nebulosa de desconcierto. Tras una semana desde «la noche de los horrores», como se ha bautizado recientemente por los alrededores a la noche del pasado 13 de octubre, el caso sigue arrojando numerosas incógnitas a las que nadie sabe o puede responder. Marco Rivalcielli continúa desaparecido sin que se haya hecho ningún avance en las averiguaciones sobre su paradero o situación. Nuevas pistas sugieren que la señora Rivalcielli sufrió un accidente de tráfico que podría no estar relacionado con el robo, ya que hay evidencias que justificarían el accidente como resultado de un exceso de velocidad unido a un reventón o algún problema de tipo mecánico que acabó por hacer que el vehículo abandonara la carretera y se precipitase colina abajo hasta parar a orilla del lago. La confusión se ha agravado en las últimas horas cuando algunas fuentes ajenas al cuerpo de Policía han insinuado que este caso podría estar vinculado a la desaparición del conocido arquitecto Richard Blake. *The Urban* continuará informándoles con rigor de los progresos que se produzcan en los próximos días…

Eché una última mirada a aquella portada e introduje el periódico con el resto. Al menos Lucía seguía recuperándose una semana más tarde del accidente, no era brillante, pero al menos ella seguía viva. Una publicación extra de pocas páginas fue impresa unos días después. El título decía: SATISFACCIÓN EN EL EQUIPO MÉDICO DEL

HOSPITAL GENERAL DE BRISTOL.

Buenas noticias desde Bristol, menos de dos semanas más tarde de la trágica noche en la que un policía perdía la vida a solo unos kilómetros de nuestro pueblo, la información que nos llega desde la ciudad de la costa oeste es que ambos heridos se encuentran conscientes y se recuperan satisfactoriamente. Por el momento, los médicos han desaconsejado que los pacientes sean interrogados por la policía porque, aunque sus vidas no corren peligro, aún continúan convalecientes de sus heridas. Todavía les quedaría un largo camino hasta su total recuperación, ya que no solo será física, sino que también requerirán atención psicológica, como ha observado el portavoz del centro hospitalario durante una escueta nota de prensa. En cuanto a nuestro conocido Marco Rivalcielli, las noticias no son tan alentadoras como las que llegan desde el hospital donde se recupera su esposa. Casi dos semanas después, el silencio en el que continúan sus captores mantiene a la policía y expertos en un halo de confusión. Existe preocupación en el seno de los investigadores con respecto al mutismo en el que sus captores permanecen. Aunque se continúa con su búsqueda, el secuestro ha sido desde el inicio la hipótesis principal de su desaparición, por lo que la apatía que muestran los captores les tendría un tanto descolocados, al no ser la práctica normal en casos como el del señor Rivalcielli. En una línea diferente, algunos de los objetos robados han sido recuperados por la policía cuando se dirigían a la capital de Escocia a través del servicio postal. En estos momentos se investiga a la persona que hizo el envío y al destinatario de estas piezas sin que todavía se haya revelado ninguna información al respecto. Recordemos que…

¡Eso era fantástico! ¡Lucía se recuperaba! ¡Ella era muy fuerte, lo sabía, sabía que no podrían con ella! La felicidad me inundó en ese momento. Ella estaba a salvo. No me importó mucho el resto, la verdad es que no quería pensar sobre ello. De sobra sabía lo que me ocurrió aquella noche, aunque en mi mente aún tenía la idea de que no había sucedido, de que seguía vivo. Lo cierto es que no me hacía ilusión enfrentarme a la fotografía de mi cuerpo sin vida o a la esquela en las últimas hojas del periódico recordándome entre los mortales, por lo que ignoré lo referente a mí. Sí me sorprendió que objetos de mi colección fueran enviados a Edimburgo, a aquella hermosa ciudad dominada por su castillo sobre Castle Rock, ¿quién podía ser lo suficientemente arrogante o estúpido para haberlos comprado? ¿Estarían jugando al despiste con la policía? Estaba impaciente por conocer qué descubrió la policía y cuál fue el desenlace. Ahora que sabía que Lucía se encontraba bien, estaba tranquilo.

Con rapidez saqué el siguiente ejemplar. En la portada había una

fotografía del pueblo y nada más, en los diversos titulares no se leía nada relacionado. Con urgencia, fui pasando una hoja tras otra sin encontrar nada más que la monotonía de los años anteriores. Lo deposité en el cajón metálico y saqué un montón de ejemplares juntos. Fui pasando con nerviosismo uno tras otro sin que nada de lo que allí estaba impreso aliviase mi inquietud. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba la crónica? ¿La continuación? Parecía que de repente la noticia se había esfumado y a nadie le importaba. Saqué otra pila de periódicos y comencé a examinarlos con agitación y ansiedad. No encontré ninguna referencia hasta marzo del año siguiente. En la portada se encontraba la fotografía de la mansión con unos camiones de una compañía de mudanzas a la entrada y un titular: MAXIMILIAN RIVALCIELLI SE TRASLADA PARA HACERSE CARGO DE LA MANSIÓN DEL TERROR. El artículo decía así:

Mientras que las investigaciones fueron clasificadas como alto secreto después de que la señora Rivalcielli informase de lo que ocurrió a la policía, el hermano del desaparecido Marco Rivalcielli ha decidido trasladarse a la propiedad para hacerse cargo de su mantenimiento hasta que Lucía Rivalcielli decida sobre su futuro. Fuentes cercanas nos han asegurado que se sentiría reacia a volver a instalarse de nuevo en la mansión después de una experiencia tan traumática como la que vivió en ella. Y en lugar de Lucía, ha sido Maximilian, el conocido psicólogo hasta ahora residente en Londres, el que decidió mudarse recientemente a la propiedad junto a su esposa.

Lamentablemente, el hermetismo que rodea a este caso y todo lo relacionado con él ha limitado a cuenta gotas la información que sale a la luz del mismo, por lo que si está interesado en seguir su evolución de una manera más estrecha desde *The Urban*, le aconsejamos que lo haga a través de algunos de los diarios de tirada nacional, ya que cuentan con más medios y recursos que nuestro humilde periódico semanal. Ellos le ofrecerán un mayor acceso a las noticias relacionadas casi en tiempo real. *The Urban* continuará con sus ediciones normales, como ha hecho desde su fundación, e intentará traerles hasta sus casas todo lo que les interesa de nuestra localidad…

«Bueno, pues esto es el punto final», pensé cuando depositaba los periódicos de vuelta al amplio cajón del archivador.

Una vez todos quedaron acomodados, lo empujé hacia dentro y el mecanismo lo deslizó escondiendo su contenido en el interior de la carcasa. Me di la vuelta y me encaminé hacia la salida. Ahora debía pensar qué hacer, si sería lo suficientemente fuerte como para ir en busca de Lucía y enfrentarme a la realidad o si, por el contrario, me quedaría en la mansión, entre mis libros y sus muros de piedra.

Después de dejar atrás las cuatro hileras de libros llegué a la puerta

de cristal envuelto en mis pensamientos, por un lado estaba contento porque Lucía estaba bien, pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Por qué estaba allí? ¿Para qué? Sin querer, en medio de mis incertidumbres, levanté la mirada hacia la fuente en el centro de la plaza y, como una lengua de fuego, un súbito escalofrío se precipitó sobre mí recorriéndome completamente. Una silueta, el perfil de una figura humana más oscura que la negrura de la noche se encontraba al pie de la fuente, exactamente donde yo me había detenido anteriormente. Estaba en aparente silencio, inmóvil, imaginé que fija en el agua o en las monedas del fondo. Aguanté sin moverme, observándola mientras ella continuaba quieta entretenida en lo que allí llamaba su atención. Después de un tiempo, como seguía estática en el mismo lugar, comencé a preguntarme si lo que estaba viendo era real o si podía ser algún tipo de holograma originado por el efecto de las luces de la plaza con alguna de las estatuas de la fachada de la iglesia. Quizás me encontraba en un lugar donde las reglas de la física de mi añorado mundo real no tenían sentido en este, y este simplemente se regía por otras leyes. Intrigado por aquello y seguro de que aquel espectro no era más que un cúmulo de casualidades, empujé el cristal de la puerta sin perder de vista la fuente y su inverosímil visitante. Cuando esta estaba abierta hacia la mitad, aquella sombra giró su cabeza en mi dirección rápidamente, lo hizo tan rápido que pareció que su cabeza no se había movido, fue como si su proyección lateral se transformase en un cuarto de microsegundo en la visión frontal de su cara. Me quedé atónito, incluso diría que aterrorizado por aquella cosa que, sin darme tiempo a nada más, comenzó a andar primero y a correr inmediatamente después en mi dirección. Con la seguridad de que aquel monstruo venía a darme caza, agarré a toda prisa el tirador de la puerta con ambas manos para cerrarla cuanto antes. Cuando, angustiado, volví a levantar la cabeza para ver dónde se encontraba y el tiempo que me quedaba antes de enfrentarme a ello, increíblemente había desaparecido, ya no estaba. Confundido, comencé a mirar a mi alrededor buscando por todas partes a aquel espectro, pero simplemente se había desvanecido. Después de un tiempo me calmé y salí de la biblioteca. Sin alejarme mucho, di unas vueltas sobre mí mismo inspeccionando los tejados, los balcones y las ventanas de los edificios, pero todo parecía continuar envuelto en la misma serenidad que encontré al llegar, la plaza estaba desierta y el agua inagotable continuaba corriendo sin parar.

Anduve con cierta desconfianza hasta la fuente, donde el líquido y las monedas en el fondo continuaban con su tarea sin descanso. Volví a mirar a mi alrededor y al comprobar con alivio que seguía solo decidí volver a casa, había encontrado lo que salí a buscar cuando dejé la mansión y, la verdad, no me hacía ninguna ilusión volver a

encontrarme con el espectro ese tan desagradable.

Me despedí del pueblecito con sus casitas de película y me dirigí de vuelta a casa. No tenía muy claro qué hacer, pero aunque no estaba seguro de si lo que veía, escuchaba o sentía era real, deseaba volver a mi biblioteca para escuchar alguno de mis viejos discos y pensar en aquella nueva etapa que acababa de comenzar. Anduve inmerso en mis pensamientos y sin darme cuenta estaba entrando por la puerta principal tras cruzar el jardín. La visión del edificio me trajo recuerdos del relato de Max, especialmente cuando escribió sobre el cordón policial que había a la entrada y la forma en la que lo redujeron cuando, desesperado, se acercó a él con la intención de entrar en la casa en mi busca. Tantas cosas habían pasado desde aquel día mientras yo había permanecido aletargado, perdido de alguna manera en las interpretaciones que yo mismo recreé para dar sentido a mi nueva vida, curiosamente carente de eso, vida…

Al llegar al porche vi que la puerta de entrada estaba entreabierta, el vestíbulo y el corredor estaban sumidos en una total oscuridad. Continué andando hasta la biblioteca, desde donde la luz de la pequeña lámpara de mi escritorio rompía con las tinieblas del resto del edificio como un faro desafiando desde su roca a la más feroz de las tormentas. Cuando llegué, la imagen de mis libros, mi escritorio, la chimenea y todos los muebles que siempre habían estado allí me reconfortaron y me sentí protegido. Pensé que no entendía por qué los innumerables estudios sobre lo paranormal concluían en muchas ocasiones que algunas personas después de su muerte permanecían encalladas en sus casas atrapadas contra su voluntad entre sus paredes porque, muy lejos de todo aquello, en mi caso no había sido así. Yo regresé a aquella habitación por otro motivo totalmente diferente, volví hasta allí porque para mí aquellas cuatro paredes significaban paz, eran mi consuelo y el único refugio.

Coloqué un disco en el viejo tocadiscos y me separé un momento observando cómo su vieja etiqueta giraba y giraba sin parar cuando mágicamente la música comenzó a sonar.

Era el *Romance* de mi estimado Dvorak, concretamente el opus número 11, compuesto a finales del siglo XIX. Las primeras notas comenzaron a crecer inundando la habitación hasta que el violín tomó fuerza reclamando su puesto sobre los demás instrumentos. En ese momento comencé a retroceder como hipnotizado por aquella melodía sin perder de vista el disco que seguía dando una vuelta tras otra sin parar hasta que llegué a mi sillón y lentamente me senté en él. Cerré los ojos y suspiré durante un instante en el que, después de muchos años, volví a sentirme completamente feliz. En mi rostro debió dibujarse una sonrisa antes de que un extraño sonido me hiciera

incorporarme de un salto. No sabía muy bien de dónde provenía, pero parecía el sonido de una bestia moribunda quejándose en su agonía, o como una especie de amargura prolongada en un lamento. Inmediatamente corrí hasta el tocadiscos y levanté la aguja provocando que la música cesara al instante y dejase aquel aullido de dolor al descubierto durante unos instantes antes de desvanecerse. Lo primero que pensé fue en aquella cosa que vi en la plaza del pueblo, posiblemente me habría seguido hasta la casa, donde ahora no tendría escapatoria. Era una pesadilla y no tenía no idea de cómo poder enfrentarme a una criatura como esa. Con mucha cautela me acerqué poco a poco al pasillo, desde donde me pareció que aquel alarido provenía, antes de que se hiciese el silencio nuevamente. Me asomé al corredor, la tenue luz de la biblioteca solo se proyectaba tímidamente sobre la zona cercana ella, el resto era oscuridad, como cuando regresé. Aquella sombra podía estar en cualquier parte y con su velocidad yo no sería capaz de verla hasta que se encontrase prácticamente a mi lado sin darme tiempo para poder reaccionar. Pensé que lo mejor que podía hacer era cerrar la puerta, como hice en la biblioteca municipal, cuando tuvimos nuestro desagradable encuentro porque, aunque no llegaba a entender cómo, de alguna manera aquello la contuvo. Cuando lentamente me retiraba al interior de la habitación con la idea de cerrar la puerta a la velocidad de la luz, aquel quejido volvió a repetirse una vez más dejando al descubierto la dolorosa pena que encerraba en su interior. Mis sentidos, alertados por la intensidad de la situación, se percataron inmediatamente de algo que se retorcía entre dos de las vitrinas que adornaban el pasillo. Parecían dos piernas que se movían incómodas acompañando al dolor de aquel lamento. El resto del cuerpo permanecía oculto tras la estructura del estante, era incapaz de ver nada más desde donde me encontraba. Cuando lo observaba con detenimiento, un detalle en aquellas piernas me llamó poderosamente la atención a la vez que sembró el terror y la consternación en mí. En la pierna izquierda parecía tener hecho un torniquete a la altura de la pantorrilla con un cinturón, y desde allí las manchas de sangre se extendían manchando la tela del pantalón hasta el calcetín y sus zapatos de cuero. Estremecido por un recuerdo, me aproximé a él en silencio mientras no perdía de vista el pasillo y la entrada porque, sinceramente, la idea de que aquella cosa aparecería de un momento a otro aún me asaltaba constantemente. Al llegar, me arrodillé su lado. Allí, postrado sobre la pared, reposaba el cuerpo de un hombre en una especie de estado de trance. Sus ojos estaban completamente blancos y en la oscuridad el color se tornaba a un gris azulado que no me impresionó tanto como lo hubiera hecho de no haber sido quien era. Su cabeza estaba caída hacia un lado con la boca entreabierta, de ella

provenían esos sonidos desgarradores que me habían intimidado anteriormente. Ambos brazos, ausentes de toda voluntad, colgaban inertes de sus hombros mientras sus piernas se movían como por oleadas totalmente descoordinadas. Conocía a aquel hombre, él y yo luchamos juntos contra la crueldad aquella maldita noche en la que ambos perdimos la vida. Era el inspector Greenville. Dije su nombre varias veces esperando una respuesta o algún tipo de reacción, pero nada cambió en él, su cuerpo continuaba allí, debatiéndose en algún tipo de lucha interna como una marioneta sin unas manos que la guíen, el espíritu de quien yo conocía debía encontrarse muy lejos de aquel cuerpo abandonado. Después de hablarle en varias ocasiones, decidí intentar moverle, pensé que quizás podría llevarle a otro lugar más adecuado y mejor que el suelo del pasillo. Cuando sujeté su mano izquierda con la intención de colocarla sobre mi hombro para levantarle, el contacto entre ambos cuerpos liberó una especie de descarga eléctrica que me sacudió fuertemente y me hizo volar proyectándome lejos de su lado. En ese poco tiempo que pasó desde que le toqué y salí despedido elevándome en el aire experimenté la visión, fue como una especie de vivencia pasada. No podía ser otra cosa más que el recuerdo de Greenville en un momento determinado de aquella noche. Conmocionado por lo que acababa de suceder y con aquellas imágenes aún grabadas en mis ojos, mis labios derramaron una frase con un sinuoso balbuceo: «Lucía está en peligro».

CAPÍTULO VII

El frío me despertó, me sentía desorientada, incómoda y algo aturdida. Tenía mucha sed y un sabor amargo y desagradable se había apoderado de mi boca y mis labios agrietados. Mantuve mis ojos cerrados durante un tiempo intentando recordar algo que me ayudase a entender lo que ocurría, pero mi mente permanecía en blanco, no tenía ni idea de dónde me encontraba. Después de un tiempo insistiendo en hacer memoria, incluso llegué a plantearme la posibilidad de que tal vez solo estuviese soñando, pero transcurridos unos minutos de lucha contra aquella incómoda somnolencia, tuve la certeza de que aquel momento era real, estaba viviendo el presente. Abrí los ojos tímidamente e intenté incorporarme, pero me sentía débil y la sensación de mareo se multiplicó por cien, obligándome a echarme de nuevo sobre la cama. Después de reunir fuerzas durante unos minutos, lo intenté una vez más, pero me fue imposible, era simplemente incapaz. Cada vez que abría los ojos me sentía peor, mi visión desfiguraba allí donde miraba y, añadiéndolo al malestar general, deduje que debía estar bajo los efectos de alguna droga. Todo cuanto pude intuir al intentar levantarme fueron las siluetas de los objetos que se encontraban a mi alrededor alargándose y deformándose sin parar. Estaba sola y, como nadie me habló o vino a ayudarme cuando traté de moverme, decidí que lo mejor que podía hacer era descansar algo más y confiar en que mi cuerpo eliminase aquella sustancia de mi sangre cuanto antes. Cerré los ojos e intenté dormir con la esperanza de que aquella sensación hubiese pasado al despertar. Un sonido intermitente me acompañaba haciendo mi malestar más difícil de llevar, giré la cabeza hacia mi izquierda y las vi. Eran las máquinas a las que estaba conectada y controlaban mis constantes vitales, a ellas les debía las molestias en mi mano izquierda. Ahora estaba claro, me encontraba sola en un hospital, drogada y con la sala sin parar de dar vueltas en mi cabeza alimentando mis ganas de vomitar.

Al menos me alivió comprobar que estaba en un lugar público y, más tranquila, regresé a la idea de dormir un poco y descansar. No habrían pasado más de diez minutos cuando tuve la sensación de que Marco estaba en la sala conmigo, sentí su presencia y sin pensarlo pronuncié su nombre, pero nadie contestó, solo el constante murmullo de las máquinas a las que estaba conectada. Repetí su nombre una vez más tan alto como pude, pero tampoco obtuve ninguna respuesta y, sin poder explicar cómo, de repente su presencia desapareció, se esfumó y no pude sentirle más. Segundos más tarde oí la puerta de la habitación abrirse y una muchedumbre de personas abalanzándose sobre mí mientras alguien daba instrucciones pidiendo que comprobasen mis constantes vitales y revisasen la medicación.

—Estoy bien, solo bastante mareada —dije mientras mantenía mis ojos cerrados para no sentirme peor.

—Las lecturas son correctas Lucía, no te preocupes, te vamos a administrar un medicamento para que actúe contra esos mareos —me dijo una amable voz de mujer.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunté.

—Estás en el Bristol General, tuviste un accidente de tráfico y fuiste trasladada aquí hace unos días—. Ahora debes descansar —continuó.

—¿Y Marco? ¿Cómo está él? ¿Íbamos los dos en el coche? ¿Está bien? —pregunté casi sin dejar de respirar.

—No lo sé, Lucía, no poseo información de otros pacientes. Entiendo tu angustia y siento no poder ayudarte, pero en este hospital hay unas reglas estrictas en cuanto a la privacidad de nuestros pacientes. No tenemos acceso a los nombres o historias clínicas de otros enfermos que se encuentran en el edificio. Cada persona que ingresa tiene dos enfermeras asignadas que permanecen con el paciente a lo largo de toda su estancia en el complejo.

—Pero… ¿no hay nada que puedas hacer? Es mi marido, necesito saber si está bien —interrumpí a aquella voz sin dejarla terminar.

—Es imposible —contestó en un tono serio.

De mis ojos cerrados brotaron dos lágrimas de la impotencia y el miedo mientras apretaba mis labios. No dije nada, solo guardé silencio mientras escuchaba a aquellas personas terminar de cambiar la medicación antes de alejarse hasta que la puerta se cerró. Allí estaba de nuevo, mareada, con los molestos pitidos de aquellas máquinas y la angustia por no saber nada de Marco. Pensé que si el personal no podía ayudarme tendría que buscar la manera de averiguarlo por mi cuenta, en cuanto recuperase un poco las fuerzas me pondría en marcha. De repente, escuché cómo la puerta se abría lentamente y unos pasos se acercaban con cuidado hasta que se detuvieron a mi

lado.

—Lucía, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para encontrar la información que necesitas —me dijo aquella mujer con la que había hablado minutos antes susurrándome al oído. Y continuó—: No podía decir nada delante de la otra enfermera y las auxiliares, como te dije antes, las normas en este hospital son muy estrictas. Si yo estuviese en tu situación no podría vivir con esa incertidumbre. No te preocupes, le encontraremos.

De mis ojos comenzaron a rodar lágrimas sin cesar. Ella sujetó mi mano derecha y apretándola con firmeza me dijo:

—Todo va a salir bien, te lo prometo, seguro que muy pronto ves a Marco…

Yo asentí con la cabeza mientras intentaba contener el llanto y también apretaba su mano con fuerza.

—Ahora debo marcharme o empezarán a preguntarse dónde estoy —me dijo después de permanecer unos minutos conmigo.

—Muchas gracias, pero… ¿cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Mi nombre es Holly, Sara es más que una buena amiga. Ella para mí es como una hermana —contestó mientras separaba su mano.

—¿Sara? —pregunté.

—Volveré en unas horas, para entonces te encontrarás mejor de tus mareos y podremos hablar. Descansa todo lo que puedas —me dijo aquella voz tranquilizadora mientras se alejaba.

La puerta se volvió a cerrar y con ella las lágrimas y el miedo también desaparecieron. En mi cara debió dibujarse una expresión de alivio. Con la preocupación por Marco había olvidado por completo el accidente de tráfico. Tenía algunas lagunas en mi memoria, pero recordaba con cierta claridad determinadas cosas, como ir conduciendo aquel coche negro pisando el acelerador a fondo, o ver en el espejo retrovisor del coche unas luces muy potentes acercándose a toda velocidad. También me acordaba del momento en el que perdí el control me salí de la carretera. El último recuerdo, el más nítido de todos, era la cara de Marco llena de alegría y satisfacción, parecía el hombre más feliz del mundo…, qué ganas tenía de volver a abrazarle de nuevo, le echaba mucho de menos.

¿Y Holly? ¿A quién se referiría cuando mencionó a Sara? Quizás fuese alguna paciente que traté en el pasado y ahora no conseguía recordar.

En mitad de mis pensamientos, me di cuenta de que mis mareos habían desaparecido y por fin era capaz de ver dónde me encontraba. Me incorporé y levanté el respaldo de la camilla hasta que llegó a la

altura de mi espalda, después comencé a examinar los monitores y los valores que mostraban. Por último, me entretuve en revisar la medicación intravenosa que me estaban administrando. Me alegró comprobar que todo era correcto.

Estaba atardeciendo y las últimas luces del día se habían despedido hacía ya unos minutos alejándose en el horizonte. La oscuridad comenzaba a apoderarse de la ciudad mientras el alumbrado urbano, con sus bombillas titilantes, vestía las calles y avenidas de colores anaranjados. Miré a mi alrededor y, con la agradable sensación de que todo se arreglaría pronto, me quedé dormida.

CAPÍTULO VIII

La intuición de algo desagradable me despertó súbitamente. Cuando abrí los ojos me sobresaltó la presencia de dos hombres vestidos de negro que se encontraban inmóviles al pie de la cama. Por insólito que pareciese y aunque era de noche, llevaban puestas unas gafas de sol oscuras y sobre sus cabezas unos sombreros del tipo landis a juego con sus trajes. Para describirles con rapidez hubiera dicho que eran lo más parecido al concepto de siniestro. El color de su piel era desproporcionadamente blanco y desde el interior emergía un rosa pálido que, unido a su indumentaria, daba la sensación de estar muy lejos de lo conocido como género humano. El semblante de sus caras no experimentó el más mínimo cambio cuando me vieron despertar y sobresaltarme por su presencia. Desde que los vi, un sentimiento de rechazo brotó de mi interior, no me gustaban nada aquellas dos personas, no me daban la más mínima confianza. Uno de ellos se separó de su gemelo para tomar asiento en el sillón de cuero marrón que había al lado de la cama. Algo que me inquietó, porque con las luces de la camilla que había detrás de mí no era incapaz de verle con claridad, solo podía intuir su presencia. Cuando me concentraba en no perderle de vista, el que continuaba al pie de la cama habló.

—Señora Rivalcielli, nos agrada que se haya recuperado satisfactoriamente y con notable prontitud. No se asuste por nuestra apariencia, pertenecemos al servicio secreto de Scotland Yard y estamos aquí para protegerla e investigar los hechos ocurridos durante aquella noche en la que usted ingresó en este hospital —dijo con una voz amable. Y continuó—: Nos interesa mucho saber qué recuerda exactamente de aquel día y especialmente antes del accidente. Tenga presente que su testimonio es vital en nuestras indagaciones. Dígame, dígame, si es tan amable, ¿qué ocurrió aquel día? —me preguntó.

Y, sin dejarme hablar, añadió mientras esbozaba la sonrisa más falsa que recordaba haber visto jamás:

—Recuerde, señora Rivalcielli, que los detalles, por absurdos o minúsculos que parezcan, son muy importantes para nosotros en estos momentos, pueden determinar la rapidez con la que esclarecer el caso.

—Les agradezco mucho que hayan venido y que estén llevando la investigación de la manera tan rigurosa como lo están haciendo. —Paré un momento mientras aquel hombre sonreía y hacía un gesto de aprobación con su cabeza—. Desafortunadamente, no me encuentro muy bien y, como pueden comprobar, me están administrando proclorperazina y, hasta el momento, no me está haciendo ningún efecto, por lo que…

—Señora Rivalcielli, creo que no me entiende, necesitamos conocer todos los detalles cuanto antes —me interrumpió aquel hombre levantando la voz mientras el otro, sentado en el sillón, permanecía en silencio.

—Por favor, les pido que se marchen y vuelvan en otro momento, sinceramente no me encuentro bien —contesté.

—Haga un esfuerzo, señora Rivalcielli, necesitamos esa información —respondió intentando disimular su creciente inquietud.

—Por favor, váyanse, deben disculparme, pero creo que hoy no les seré de gran ayuda —le contesté.

Entonces su cara cambió drásticamente presa de la ira.

—Realmente, tanto usted como el estúpido de su marido no han entendido nunca nada, tienen sus manos hundidas en un caldero atestado de brasas y aunque la carne se les está abriendo en llagas consumida por el calor son incapaces de entenderlo —dijo apretando los dientes mientras se acercaba a mí por uno de los laterales de la cama—. Este asunto no puede esperar más porque ya hemos esperado demasiado y usted nos va a contar todo lo que sabe, lo quiera o no —continuó mientras apretaba los puños y se acercaba amenazante—. Me va a obligar a perder la cordialidad y, créame, eso no le va a gustar… —añadió mientras yo buscaba algo con lo que poder defenderme.

De repente, el hombre que estaba sentado en la butaca le frenó súbitamente cortándole el paso con el brazo. Ambos se miraron un instante, como desafiándose, y el que había intercedido por mí hizo un gesto hacia la puerta. El otro miró y rápidamente se percató de la presencia de aquel inesperado espectador. Allí estaba Holly, con la cabeza asomada dentro de la habitación presenciando la escena.

Holly reaccionó después de unos segundos y, aunque su cara aún mostraba una mezcla de pánico y asombro, consiguió encontrar el valor necesario para pedirles que abandonasen la habitación inmediatamente.

—Les informo, señores, de que esta es un área restringida y ustedes

están fuera del horario de visita. Desconozco cómo han llegado hasta aquí saltándose los rigurosos controles del hospital, pero les aseguro que si no abandonan esta habitación en este preciso instante, avisaré a seguridad y tendrán serios problemas —dijo con voz temblorosa.

Aquellos dos hombres se miraron durante unos segundos y el que estaba sentado en el sillón comenzó a andar hacia la puerta. El otro, el único que habló, giró su cabeza hacia mí y me dijo:

—Sin duda alguna ha sido un enorme placer conocerla hoy, señora Rivalcielli. Fue ciertamente muy agradable su invitación y habernos concedido la oportunidad de compartir unos minutos con usted. Nos urge la necesidad de confesarle nuestra ansiedad por volver a disfrutar de unos instantes a solas con usted, sin las impertinentes interrupciones de su amiga, por supuesto. Y no se angustie por nosotros, porque hallaremos la manera de encontrarla sin importar dónde se esconda —dijo con la voz amable que utilizó al comienzo.

Y nada más concluir esa última frase, aún con una sonrisa en su cara, su mano se elevó hasta las gafas de sol y después de levantarlas sobre su frente, me miró fijamente y me guiñó un ojo.

Aquellos ojos sacudieron mi interior…, no podía ser, ¿podría la medicación hacerme delirar? Aquellos ojos no pertenecían a este mundo, eran horrendos, poseían un color gris azulado simplemente imposible. Resultaba absurdo pensar que la naturaleza pudo crear tal combinación. Se colocó las gafas nuevamente y manteniendo la sonrisa se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Yo continué en *shock* recordando aquellos ojos, parecía como si hubieran sido concebidos usando hielo del mismísimo glaciar de Sorata, en la lejana Bolivia. Cuando los vi, un escalofrío recorrió mi cuerpo al contemplar la espantosa imagen de aquel hombre con aquella sonrisa diabólica mientras me guiñaba el ojo. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Y, por extraño que pareciese, era inevitable plantear la pregunta, ¿eran aquellos dos monstruosos seres realmente humanos? Solo deseaba que se marchasen y no volverles a ver jamás, aunque de la forma que me habló, parecía claro que me encontrarían, no importaba dónde fuera.

Cuando aquellos dos seres desaparecieron tras la puerta respiré profundamente y empecé a temblar. Holly entró en la habitación cerrando la puerta con llave y se apresuró a venir a mi lado.

—¿Estás bien, Lucía? —me preguntó con cara de preocupación.

—No estoy segura —contesté mientras mi mirada se perdía en algún punto de la sábana que cubría mis piernas.

—No te preocupes, espera un momento —me dijo mientras se giraba hacia la mesilla.

Holly tomó el teléfono y se puso en contacto con seguridad.

Después de conversar durante unos minutos, colgó y se dio la vuelta hacia mí. Su cara expresaba preocupación, algo de aquella llamada perturbaba sus pensamientos. Unos segundos más tarde, Holly rompió el silencio.

—Es muy extraño —dijo antes de sumirse de nuevo a sus reflexiones.

—¿Qué es muy extraño? —pregunté con inquietud.

Esperé, pero Holly seguía perdida en sí misma, por lo que decidí preguntar otra vez.

—Holly. ¿Qué ha pasado?, ¿qué es tan extraño? ¡Contesta! —exclamé intentando que reaccionase.

—Sí, Lucía, perdona. Es solo que me he puesto en contacto con el encargado de la seguridad del hospital con la intención de que siguieran a través de las cámaras a esos dos tipos para que no les perdieran de vista y les prohibiesen el acceso la próxima vez, pero, sorprendentemente, me ha asegurado que no han visto a nadie entrar o salir del edificio con esas características —me dijo pensativa.

—Todo esto es muy raro. Me conocen y quieren algo de mí desesperadamente, o al menos algo relacionado conmigo, pero ¿el qué? —dije mientras intentaba imaginar las intenciones de aquellos dos misteriosos hombres.

—¿Qué has averiguado de Marco? —pregunté a Holly sonriendo y dejando a un lado lo ocurrido.

—He averiguado algunas cosas, aunque de Marco no mucho, la verdad, lo siento —me dijo algo pesarosa.

—Dime todo lo que sepas, por favor —dije animándola a comenzar cuanto antes.

—Marco no ingresó en este hospital, no tengo medios para saber si fue trasladado a otro, pero no aparece en el registro de esa noche ni tampoco de las noches anterior o posterior a tu ingreso.

«Entonces…, ¿dónde le llevaron?», pregunté para mis adentros.

Y continuó:

—Tampoco hay registrada ninguna visita o llamada suya durante los días que has estado aquí.

Aquellas palabras me quemaron por dentro, en circunstancias normales Marco habría hecho lo imposible por ponerse en contacto conmigo. A no ser que su estado de salud fuese crítico. El pánico se apoderaba de mí por momentos.

—Pero hay algo muy curioso que he encontrado mientras husmeaba entre los papeles de recepción que tal vez tú puedas

explicar. Aquella noche, la misma en la que fuiste admitida en el hospital, hubo otra llamada anónima de auxilio justo una hora después, y cerca del lugar donde ocurrió su accidente. Y después de buscar de indagar algo más encontré que la ambulancia trasladó hasta aquí a una mujer, al parecer una policía que había resultado herida en un tiroteo.

Holly hizo una pausa para observar mi reacción. Pero yo aún seguía anclada en la imagen de Marco luchando por su vida en algún hospital de la zona. Al no ver ningún cambio en mi expresión, continuó.

—Y por suerte aún está recuperándose en este edificio, concretamente en la planta inferior. —Holly volvió a esperar buscando en vano algo en mi expresión. Y finalmente añadió—: Por último, tuviste la visita de dos personas durante los primeros días. Maximilian Rivalcielli y su mujer Rachel te acompañaron noche y día hasta que les aconsejamos que se marchasen a casa para descansar hasta que despertases.

—¡Max y Rachel estuvieron aquí! —exclamé como si hubiera vuelto a la vida después de un letargo de cien años—. ¡Entonces seguro que ellos saben dónde esta Marco! ¡Es fantástico! ¡Mañana me pondré en contacto con ellos! ¡Es la mejor noticia del día! —exclamé entusiasmada.

Ambas reímos durante un rato por mi repentina explosión de alegría. Después, repentinamente, me sentí agotada y ambas decidimos que era el momento de descansar un poco.

—Muchas gracias por todo, Holly, no sé cómo podría agradecerte lo que has hecho por mí —le dije sonriendo.

—De nada, Lucía, como te dije, yo haría cualquier cosa por Sara —me contestó.

—Perdona que te haga esta pregunta, pero la verdad es que no estoy segura de a qué Sara te refieres. ¿Es alguna paciente que he tratado anteriormente? —le pregunté.

—No, me refiero a Sara Blake —contestó.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente había salido el sol y con él, parecía que algunas cosas comenzaban a aclararse. Max y Rachel estaban de camino, Holly se había puesto en contacto con ellos a primera hora. La noticia les llenó de alegría y decidieron cancelar sus agendas para venir a verme inmediatamente.

Holly había resultado ser desde su infancia amiga de Sara, la exitosa hija de Richard Blake, el nuevo mejor amigo de Marco. Era increíble comprobar hasta dónde llegaban los tentáculos de Richard Blake, literalmente estaba en todas partes. Y como me sentía mucho mejor y los médicos me dieron permiso para levantarme y andar por la habitación, decidí ir a dar un paseo. Tenía tiempo de sobra hasta que llegasen Max y Rachel, por lo que decidí bajar a hacer una visita a la mujer policía. Anduve por el pasillo hasta el ascensor y cuando estaba esperando a que bajase desde la sexta planta, me imaginé que al abrirse las puertas me encontraría a los hombres de negro y ojos grises. «¡Qué miedo!», pensé, y me vi corriendo por el pasillo de vuelta a mi habitación antes de bloquear la puerta colocando una barra de metal a través de los pasadores de las puertas. Aquella secuencia que recreé en mi cabeza me trajo súbitamente el recuerdo de algo. Era de noche y vi cómo Marco bloqueaba la puerta de entrada con unos paraguas mientras yo le esperaba en el coche. Los médicos me habían dicho que después del trauma del accidente, mi mente iría recuperando recuerdos poco a poco a lo largo de los meses siguientes con pequeños accidentes como el que justo me acababa de ocurrir. Por ello, por un lado me agradó que mi evolución fuese según lo previsto, aunque si me centraba en lo que recordé, era difícil no hacerse preguntas cómo: ¿qué hacía Marco bloqueando la puerta de nuestra casa por fuera? ¿Y justo antes de sufrir el accidente? ¿Qué o a quién quería impedir la salida? Tendría que esperar a hablar con Marco para conocer la verdad.

Por fin el ascensor se detuvo en mi planta y las dos puertas

metálicas se abrieron deslizándose hacia los laterales. Por suerte, el ascensor estaba vacío y aquella imagen que recreó mi imaginación se quedó en solo eso, en una invención. Pulsé el botón número cuatro y bajé al piso inferior. Al llegar, me sorprendió que en aquella planta había más ambiente que en la que yo me encontraba. Había más enfermos y familiares dentro de las habitaciones y por los pasillos mezclados con el personal sanitario. El clima que se respiraba era más relajado y nada tenía que ver con el silencio que gobernaba en la mía. Me hizo pensar que los gemelos hubieran pasado desapercibidos con mayor facilidad en esa planta con aquel constante ajetreo que en la mía, donde solo se veía al personal de vez en cuando cruzando el pasillo o entrando y saliendo de alguna habitación. Por eso tenía incluso más mérito que hubieran llegado hasta mí sin ser detectados. O ellos eran extraterrestres con poderes especiales, o la seguridad del hospital dejaba mucho que desear.

Miré en la pizarra y encontré a la chica policía.

V. GARCÍA. ROOM 4112.

Los números indicaban la planta cuarta, sección uno, habitación número 12, donde me dirigí sin pensarlo un minuto. Al llegar, la puerta estaba custodiada por un policía al que no tuve que explicarle mucho cuando me vio con el kit completo del hospital compuesto por: la indumentaria de paciente, las pulseras de mi mano izquierda y la conexión para la vía cubierta con cinta sobre el dorso de mi mano. Además, todo aquello acompañando con los múltiples arañazos y golpes que mis brazos y piernas exhibían.

—Buenos días, vengo a visitar a la inspectora García, ¿es un buen momento? —le pregunté al hombre que custodiaba la puerta.

—Buenos días, ¿sería tan amable de decirme su nombre, por favor? —me preguntó el policía.

—Lucía Rivalcielli —contesté.

El hombre echó mano a la emisora que tenía colocada sobre el pecho, justo por debajo de la clavícula, y apretando a un interruptor dijo:

—La señora Rivalcielli ha venido a visitar a la inspectora, ¿hay algún inconveniente?

El silencio se mantuvo unos segundos hasta que desde el otro lado alguien dijo:

—No, sin problema.

Entonces el policía me pidió que esperase un momento porque primero debía consultar a la inspectora García.

El hombre entró en la habitación y al momento salió de ella y me

sonrió a la vez que me dijo:

—La inspectora la está esperando, señora.

Educadamente, me abrió la puerta para que entrase. Cuando pasé al interior, me llamó la atención la sobriedad de su habitación y la escasez de flores o detalles que en condiciones normales los familiares llevan a un enfermo en el hospital, pero antes de que pudiera fijarme en nada más, aquella mujer de pelo largo y rubio gritó mi nombre y vino cojeando hasta darme un efusivo abrazo. Me apretó tanto que pensé que era la única persona que había venido a visitarla en mucho tiempo.

—¡Señora Rivalcielli! —gritó llena de felicidad.

—Inspectora —respondí.

—¡Qué alegría de verla, está recuperada! —dijo con entusiasmo.

Dicen que experiencias traumáticas unen a las personas que las sufren con unos lazos tan fuertes que se mantienen hasta el final de los días de esas personas, pero ¿qué nos pasó a nosotras?

—Gracias por venir, he subido a su habitación en varias ocasiones, pero siempre estaba sedada, he estado muy preocupada por usted —me dijo mientras sus manos rodeaban la mía—. ¿Qué le han dicho los médicos? ¿Va a poder abandonar el hospital pronto? A mí no me queda mucho aquí, estoy deseando salir —añadió.

—La verdad es que no lo sé, no han hablado de ninguna fecha en concreto, están muy contentos con mi recuperación, pero me imagino que querrán esperar algo más —contesté.

Y sin dejarle hablar, continué.

—¿Sabes algo de mi marido? ¿Has podido hablar con tus compañeros o el inspector Greenville?

—No se sabe nada, Lucía, por lo visto el caso ha pasado a ser clasificado y solo los jefes tienen acceso a los datos de lo ocurrido —me dijo mirándome a los ojos.

Su expresión cambió dramáticamente después de aquello. Miró al suelo durante un momento, como si quisiera esconder algo en su cara y al volver a mírame de sus ojos brotaban lágrimas sin parar.

—Mi compañero Greenville falleció aquella noche. —Y rompió a llorar.

—¿El inspector que le acompañaba cuando vinieron a vernos? —dije apesadumbrada.

Ella no dijo una palabra, entre sollozos afirmó con la cabeza.

—Lo siento muchísimo —dije mientras la abrazaba.

Ambas estuvimos calladas un tiempo hasta que su llanto cesó,

después nos apoyamos sobre la camilla.

—Trabajamos juntos durante ocho años, codo con codo, día tras día… —dijo pensativa—. Cuando me trasladaron a la oficina de Oxford él cuidó de mí desde el primer día, me ayudó a instalarme y fue como el hermano que nunca tuve. Aprendí muchísimo a su lado, desde cómo afrontar una jornada tras otra siempre con una sonrisa en la cara hasta cómo atrapar al capo más astuto y escurridizo. Todos le apreciaban en el departamento por su singular sentido del humor y su personalidad —continuó.

—Debe ser muy duro, pero piense que Greenville no se ha ido, permanece y permanecerá con usted en todos esos recuerdos, con todo lo que aprendió de él —le dije intentando consolarla.

—Es cierto, siempre estará conmigo, aunque no vayamos a un interrogatorio o a desayunar juntos nunca más. Le voy a echar mucho de menos, ¿sabe? —dijo—. ¿Y usted sabe algo de Marco? —me preguntó.

—No mucho, la verdad, sé que no está en este hospital y poco más. Su hermano Maximilian viene de camino junto a su mujer y todas mis esperanzas están puestas en que él conozca su paradero —dije con resignación.

—Señora Rivalcielli… —dijo la inspectora.

—Dígame —contesté

—Puede llamarme Valeria —me dijo sonriendo.

—Gracias, Valeria, tú también puedes llamarme Lucía —contesté devolviéndole la sonrisa.

Ambas volvimos a nuestros pensamientos internos durante un tiempo hasta que ella rompió el silencio diciendo con rabia:

—No descansaré hasta que encuentre a quien nos ha hecho esto, y te aseguro que va a pagar por ello.

—En cuanto encuentre a Marco te ayudaremos, Valeria, no te quepa la menor duda —le dije.

Se hizo el silencio de nuevo e inevitablemente regresé a mis incertidumbres. De ellas nació un fuerte impulso que escapó de mis labios antes de que yo pudiera hacer nada por controlarlo.

—¿Valeria, qué ocurrió aquella noche en nuestra casa?

Ella me miró y respiró hondo.

CAPÍTULO X

Distraída con mis pensamientos, no había caído en la cuenta de que Valeria también había estado allí aquella noche, cuando todo ocurrió. Si me contaba qué le pasó a ella, estaba segura de que me ayudaría a recordar.

Valeria miró al frente en algún lugar de aquella pared blanca y comenzó a hablar.

—Aquel día empezó como casi todos, Greenville estaba fuera esperándome en el coche para ir a desayunar. Yo llegaba tarde porque la noche anterior me había quedado a revisar unos casos hasta tarde y, aunque la alarma de mi despertador saltó como siempre, el cansancio fue más fuerte que su timbre y me quedé dormida. Como de costumbre, fuimos hasta un café cercano frecuentado por estudiantes donde disfrutábamos de nuestro habitual *bacon sandwich* acompañado de un zumo de naranja, el té lo dejábamos siempre para la comisaría, era nuestro pequeño ritual de la mañana. El tema de conversación desde hacía unos días era la desaparición del conocido arquitecto Richard Blake y su paradero incierto. Era impresionante el despliegue de medios que se organizó para resolver el caso de aquel hombre. Se había desarrollado una estrategia muy agresiva en diferentes frentes basada en destinar cerca de un centenar de unidades en su búsqueda y la creación de un programa de colaboración ciudadana basado en la emisión de anuncios en la televisión pública y una columna en la primera página de los principales periódicos nacionales. Era prácticamente inevitable hablar de ello con el constante bombardeo que se planeó.

»Nosotros, Greenville y yo, estábamos ocupados en un caso de un robo muy lejos de todo aquello. Al parecer, habían sustraído varios cuadros de una colección particular valorados en una cantidad cercana a un millón de libras. Teníamos nuestras sospechas sobre dos individuos, viejos conocidos en el departamento por su historial

delictivo, pero hasta el momento no podíamos probar nada con garantías, por eso nuestra tarea en aquella etapa de la investigación se basaba en continuar estudiando las circunstancias del robo y recoger los testimonios de vecinos y posibles transeúntes de la zona.

»Una inesperada llamada interrumpió nuestro desayuno y nos hizo abandonar los sándwiches a medias para desplazarnos a la comisaría inmediatamente, el jefe de policía requería nuestra presencia con carácter de urgencia. Cuando llegamos todo parecía normal, como de costumbre. Saludamos a un par de compañeros y nos dirigimos al despacho de Miles, el jefe. Al aproximarnos, reparamos en la presencia de dos hombres vestidos de negro que se encontraban frente al sillón donde Miles debía estar hablando con ellos, ambos se situaban de espaldas a la puerta de acceso del despacho y al cristal que sustituía a la pared que Miles cambió años atrás para tener una vista general de oficina. Al llegar, llamamos a la puerta. Miles nos pidió que pasásemos dentro y cerrásemos la puerta. Sorprendentemente, la pareja de hombres con sombrero no se inmutó cuando entramos, Greenville cerró la puerta. Recuerdo la secuencia perfectamente:

—¿En qué caso estáis trabajando actualmente? —nos preguntó sin esperar a saludar.

—En el del robo de varias obras de arte en la casa de la viuda Aston —contesté.

—Olvidaos de él, tenemos nuevas directrices —dijo Miles.

—Señor, estamos muy cerca de probar que fueron los Robinson, después de tanto tiempo podremos meterles en la cárcel de una vez por todas —dijo Greenville en tono de reproche.

—Mírame a la cara y dime si crees que me importa lo más mínimo lo cerca que estéis de probar la autoría de un estúpido robo —dijo Miles furioso.

—Tengo órdenes que vienen de arriba exigiéndome destinar más efectivos al caso de Richard Blake y, como sabéis, todo cuerpo de policía de la zona sur del país al completo está aunando esfuerzos para llegar cuanto antes a su resolución —dijo aún malhumorado.

—Y nosotros estamos en primera línea porque geográficamente nos encontramos cerca de la zona donde fue visto por última vez, y no quiero que nadie me diga que este departamento es lo más parecido a una oficina de desempleo, o que estoy al mando de una comisaría de segunda o tercera clase —continuó a la vez que su voz y su enfado tomaban fuerza otra vez.

»Greenville y yo guardamos silencio, estaba claro que Miles no estaba de humor para ningún tipo de contestación. Los dos hombres de negro continuaban indiferentes a nuestra conversación, parecían

dos témpanos de hielo frente al comisario. Una de las veces que les miré mientras Miles nos atormentaba con su enfado y sus preocupaciones, me di cuenta de que ambos llevaban puestas unas gafas de sol oscuras dentro de la habitación. Era inaudito, pero incluso más sorprendente era que Miles, en un mal día como aquel, no les hubiera empotrado contra la pared de cristal por una falta de respeto de tal calibre. ¿Quiénes eran aquellos dos? ¿Por qué el comisario parecía rendirles sumisión?

»Después de un tiempo escuchando el mal humor de Miles, su tono de voz se debilitó hasta que se hizo el silencio, en ese momento dejé de pensar en aquellos dos individuos y le volví a prestar atención.

—Llegados a este punto de profunda desesperación en el que mis agentes no consiguen una sola prueba decente, en el cielo han escuchado mis plegarias y han tenido la cortesía de mandarme ayuda. Estos dos señores que veis aquí… —dijo mientras les señalaba con sus manos mostrando las palmas y les ofrecía una sonrisa de reconocimiento—, ellos van a ayudarnos, van a destinar su dinero y sus recursos para que nosotros encontremos a Richard Blake y, con un poco de suerte, me reconocerán el mérito de haber dirigido con éxito a una pandilla de policías confusos como vosotros durante tantos años —dijo mientras nos miraba a nosotros de nuevo—. Entonces… —dijo haciendo una larga pausa mientras miraba entre los papeles que tenía sobre el escritorio— vosotros dos, García y Greenville, os vais a ir a última hora de la tarde a hablar con los Rivalcielli. A ver qué podéis sacar en claro de ellos —dijo con una voz más animada, casi alegre—. Porque gracias a estos dos señores que veis aquí hoy, podréis ir a verlos y entrevistarlos. Ellos lo han concertado todo con los Rivalcielli, que, de hecho, tienen tantas ganas de cooperar con nosotros que van a quedarse en casa todo el día para poder atendernos en el momento en que nosotros hagamos acto de presencia en su propiedad —y continuó —: Díganme, señores… si no les parece a ustedes que esa, esa es una jugada inteligente. Pero, desafortunadamente, no se le puede ocurrir a nadie en esta comisaría, tienen que venir estos hombres de fuera y organizarlo por ustedes. Y no solo eso, porque han tratado a los Rivalcielli con tal cortesía que esperarán el tiempo que sea necesario para reunirse con nosotros… Sinceramente, inspectores…, deberían aprender de la eficiencia y profesionalidad que estos dos caballeros han demostrado. —Descansó un momento mientras les miraba a la cara—. Esta tarde no irán solos, dos personas les acompañarán y escoltarán hasta la mansión Rivalcielli como parte de la estrecha colaboración que estamos recibiendo —añadió—. Les he hecho llamar esta mañana porque, a pesar de todo, confío en ustedes, sé que son buenos policías, no me defrauden —terminó.

—No se preocupe, señor, puede contar con nosotros, con esta ayuda

resolveremos este caso en unas horas —respondí antes de que Greenville dijera algo controvertido.

—Me alegra escuchar eso, García, pónganse manos a la obra cuanto antes —dijo, y añadió—: Ahora pueden marcharse. Buena suerte.

»Y así, sin verlo venir, nos vimos envueltos en el caso de la desaparición de Richard Blake, en el ojo del huracán, en medio de aquella vorágine. Greenville y yo pasamos el resto de la tarde en la comisaría intentando recopilar toda la información que pudimos a través de las pruebas y las pistas más fiables de las que disponíamos antes de salir hacia la residencia Rivalcielli.

En ese momento Valeria hizo una pausa, respiró profundamente y me miró en silencio.

—Es increíble… —dije indignada.

—¿El qué? —preguntó Valeria con sorpresa y algo extrañada.

—Que esos dos hombres le dijesen a Miles que permaneceríamos todo el día en casa esperando a que vinieseis a interrogarnos —contesté.

—¿Por qué? ¿No fue así? —me preguntó Valeria sorprendida.

—No, básicamente nos amenazaron con tomar represalias contra nosotros si abandonábamos la casa —le contesté indignada.

—No me lo puedo creer, ¿es eso cierto? —me preguntó Valeria sin poder salir de su asombro.

—Así fue, incluso teníamos planes para esa tarde, pero cancelamos todo y nos quedamos en casa, de hecho, estuvimos dando un paseo por el jardín hasta media hora antes de que llegarais vosotros —contesté.

—¿Recuerdas la llamada telefónica? ¿La llamada en la que os amenazaron con represalias si no colaborabais con la policía? —me preguntó Valeria.

—Sí, me acuerdo perfectamente —contesté.

—¿Se identificó en algún momento la persona que estaba al otro lado del teléfono? —volvió a preguntarme Valeria con cara de sospecha.

—No, en ningún momento. Solo dijo que llamaba desde la comisaría de policía en Oxford —respondí.

—Es muy extraño, porque una directriz básica en los procedimientos policiales en ese tipo de acciones es identificarse al comienzo de la conversación —me dijo Valeria pensativa—. Tal vez alguien, una persona lo suficientemente tenaz y con los conocimientos necesarios para hacerse pasar por policía y organizar la reunión a nuestras espaldas fue quien os llamó. Un verdadero policía se hubiese

identificado tan pronto como descolgaste el teléfono y jamás te hubiese amenazado. Es muy extraño —concluyó Valeria.

Ambas permanecimos calladas durante unos minutos, probablemente sumergidas en nuestros pensamientos y recuerdos del pasado. Yo recordaba aquella llamada perfectamente y también estar reunidos con los dos inspectores en el pequeño despacho de Marco. Desde aquella imagen, lo siguiente de lo que tenía constancia era de ver a Marco bloqueando la puerta y después aquellas luces aproximándose al coche a toda velocidad antes de salirnos de la carretera. Aún había un espacio de tiempo del que no recordaba nada, necesitaba que Valeria continuase.

—Valeria, sé que es doloroso para ti, pero necesito que continúes contándome qué ocurrió aquella noche —le dije rompiendo el silencio.

—Claro, Lucía, perdona. De repente me he quedado pensando en aquellos dos hombres que estaban con Miles —dijo antes de continuar con el relato de aquel día—. A las seis de la tarde, dos hombres se presentaron en la comisaría preguntando por nosotros. Cuando aparté la cabeza de la pantalla del ordenador para ver quiénes eran, me sorprendió la corpulencia de aquellos individuos. Uno era especialmente alto y perfectamente podría superar el doble de la anchura de una persona normal, el otro era algo más bajo, pero con el mismo desarrollo muscular. Iban muy bien vestidos, traje negro con camisa gris oscura y corbata negra, los zapatos brillaban como si les hubieran sacado de la zapatería solo unos minutos antes de venir. Greenville y yo nos levantamos y fuimos a su encuentro.

»Nos dimos las manos y nos presentamos. Sorprendentemente, eran miembros de la seguridad personal de Blake que se habían ofrecido voluntarios para colaborar con nosotros. Así supusimos que los dos individuos que visitaron a Miles en la mañana estaban vinculados a Blake y que aquellas dos moles estarían bajo sus órdenes. Ellos, la verdad es que no hablaron mucho, se limitaron a responder lo mínimo y a preguntar poco. Eran muy observadores, no perdían detalle de lo que tenían alrededor. De hecho, cuando les estábamos explicando el plan para el resto de la tarde, en varias ocasiones su mirada abandonó la conversación para concentrarse en otros policías o indagar en las instalaciones del edificio. Al principio nos pareció un poco raro, pero después, hablando con Greenville en el coche de camino a vuestra casa, decidimos que tal vez no fuese más que simple curiosidad.

»Cuando fuimos al garaje, todos los coches de policía estaban de servicio y no nos quedó más remedio que llevarnos uno de los coches encubiertos de la policía secreta. Por fuera parecía un coche normal y corriente, convencional, uno más, pero tras la chapa oscura se escondía un búnker armado hasta los dientes con doscientos cincuenta

caballos de potencia listos para perseguir al más rápido de los delincuentes si era necesario.

»La casualidad hizo que nuestros nuevos amigos condujeran un coche del mismo modelo y color al nuestro, pero sin los extras, claro. Ellos conocían el camino, por lo que se ofrecieron para ir delante. Al parecer uno de ellos, Omar, ya había estado en la mansión antes, concretamente con Blake y Marco durante unos minutos en la biblioteca, o al menos eso fue lo que él nos dijo.

»No tuvimos ningún contratiempo en el camino y llegamos sin problemas a la mansión ya entrada la noche. Los guardaespaldas de Blake nos habían pedido expresamente quedarse en el coche durante el tiempo que durase el interrogatorio, ya que no querían interferir en las labores policiales. A nosotros nos pareció acertado y cuando llegamos nos bajamos del coche y llamamos a la puerta de aquella impresionante casa. Marco Rivalcielli salió a recibirnos inmediatamente y nos dio instrucciones de dónde podríamos reunirnos mientras iba a buscarte a ti, Lucía. Vosotros llegasteis y los cuatro nos sentamos en el despacho de los cuadros, el de los retratos de los antiguos propietarios.

»Como de costumbre, yo hacía las preguntas y Greenville no solo se dedicaba a tomar anotaciones de lo que vosotros decíais, sino que también recopilaba información de vuestra forma de reaccionar ante las preguntas. Las expresiones corporales son muchas veces más importantes que los testimonios, ya que en estados de estrés el ser humano es incapaz de controlarlas y Greenville poseía una habilidad única para interpretarlas.

»Comenzamos primero con Marco y después nos centramos en ti, Lucía. Cuando llevábamos unos minutos preguntándote, Marco se sintió indispuesto y tuvo que abandonar la sala para ir a la cocina a beber un vaso de agua. Él cerró la puerta y nosotros seguimos con el programa de preguntas que teníamos preparado para vosotros. De repente, y si ninguna razón, alguien comenzó a dispararnos desde el exterior alcanzando a Greenville en el brazo. Inmediatamente yo también disparé instintivamente para tratar de ahuyentar a los atacantes y cubrir nuestra posición durante unos segundos. El inspector no solo sangraba por su brazo, sino que tuvimos la mala suerte de que un trozo de cristal de la ventana por la que se introdujo una de las balas saltase y se clavase en su pierna. Recuerdo que el corte era bastante profundo y que de la herida salía sangre abundantemente.

Valeria paró un momento, estaba intentando contener las lágrimas.

—No te imaginas lo que te agradezco que hagas esto por mí, Valeria, debe ser muy duro —le dije mientras ella decía sí con la

cabeza y una lágrima corría por su mejilla.

Esperamos unos minutos hasta que se recuperó de la emoción que aquellos tristes recuerdos le produjeron y después de un tiempo continuó.

—Marco abrió la puerta rápidamente y, aunque le dije que se agachase y volviese al pasillo, no me hizo caso y fue directamente hacia donde tú te encontrabas. Te sacó de la habitación y después de unos segundos volvió solo a ayudarnos. Nos dijo que les había visto desde una ventana del piso superior y que eran los hombres de Blake los que nos estaban disparando. Después arrastró a Greenville hasta un corredor mientras yo les cubría y, sin perder un segundo, inteligentemente le hizo unos torniquetes a mi magullado compañero en la pierna y el brazo con un cinturón y una corbata. En aquellos instantes de confusión, decidimos subir al piso superior, ya que nos daría ventaja con respecto a los dos asaltantes. Cuando estábamos a medio camino de subir por las escaleras me di cuenta de que sería un grave error que todos subiésemos al piso superior, porque con una sola vía de bajada, como eran aquellas escaleras, estábamos limitando nuestro radio de acción y se lo estaríamos poniendo más fácil a nuestros enemigos. Por eso les aconsejé a ellos subir al piso superior y encontrar un lugar desde donde controlar las escaleras mientras yo iba al coche a pedir ayuda. Me despedí de ellos con pena y cierta incertidumbre, sentí que si les pasaba algo por haberles dejado solos, y especialmente con el estado en el que Greenville se encontraba, no me lo perdonaría jamás. Estaba segura de que la decisión que había tomado era la correcta y, sin duda, ellos lo entendían. Bajé las escaleras y esperé a escuchar cómo terminaban de subir los últimos peldaños, después atravesé el vestíbulo y abrí lentamente la puerta de entrada. Había luna llena y todo allí fuera tenía un color mágicamente azulado. Cuando me acercaba a nuestro coche, vi a uno de los encapuchados introduciéndose en la casa a través de una ventana al final del ala oeste de la casa. Para serte sincera, Lucía, el bello de mis brazos se erizó y sentí miedo. Todavía no llego a entender por qué, pero instintivamente saqué mi arma y comencé a correr en su dirección disparando. Creo que fueron tres o cuatro disparos los que efectué, no estoy segura, porque considerando la situación en la que nos encontrábamos contar el número de detonaciones de mi pistola no era lo más importante en aquel momento.

»Cuando llegué a la ventana por la que aquel hombre se había introducido no vi ningún rastro de él ni de haberle alcanzado con alguna de las balas. Decidí que debía perseguirle ahora que él sabía dónde me encontraba yo. Como pude, me introduje a través de la ventana evitando cortarme con los cristales que había aún anclados al marco de madera de la ventana y esparcidos por el suelo. Una vez en

la habitación, miré alrededor y, como Marco dijo, era la biblioteca. Comencé a asegurar la zona, pero justo después de haber comprobado las esquinas que se quedaban a mis espaldas, unos libros comenzaron a caer de uno de los estantes y cuando apunté en esa dirección con mi pistola desde otra de las esquinas que se encontraba en absoluta oscuridad vi el fogonazo de un disparo que me hirió en la pierna y me hizo caer, sin tiempo a que me pudiese incorporar algo me golpeó con violencia en la cabeza y perdí el conocimiento.

»No sé cuánto tiempo estuve allí tirada en el suelo, pero lo siguiente que recuerdo es que me despertó una corriente de aire frío que entraba a través de la ventana. Cuando abrí los ojos aún era de noche y en la lejanía pude escuchar el sonido de unas sirenas acercándose. Unos minutos después, un policía uniformado me descubrió en el suelo y llamó a voces a los médicos, que me auxiliaron y me llevaron hasta la ambulancia en una camilla para trasladarme hasta aquí. Recuerdo que cuando me estaba introduciendo en la ambulancia me di cuenta de que los coches con los que llegamos habían desaparecido y de que la ventana a la derecha de la puerta de entrada también había sido destrozada. Recé porque todos estuvieseis bien y con esa imagen y la de la puerta principal de vuestra casa bloqueada con unos paraguas sucumbí al efecto de las drogas que me estaban suministrando. Unos días después, me desperté en esta habitación. Miles vino a visitarme y se interesó por mí, me habló de una investigación interna que había abierto el departamento sobre lo que ocurrió en la mansión aquella noche y me comunicó la muerte de mi compañero.

Entre lágrimas, Valeria continuó haciendo un esfuerzo.

—Los compañeros que custodian la habitación me dijeron que estabas en la planta superior y, aunque permanecías inconsciente, subí en varias ocasiones a verte. Y eso es todo hasta hoy, cuando te he visto entrar me has dado una alegría inmensa —dijo sonriendo mientras los duros recuerdos del pasado aún hacían mella en su corazón.

—Me has ayudado muchísimo, Valeria, no sé cómo agradecértelo —le dije mientras sujetaba su mano—. Ahora recuerdo cuando estuve en la bodega y Marco vino para llevarme a ver a Greenville, estaba malherido —continué—. Y recuerdo que al subir a la habitación no había nadie, incomprensiblemente estaba vacía. Y a Marco peleándose con un hombre dos veces su tamaño… —Y añadí, pensativa—: Uno de aquellos dos guardaespaldas de Blake…

Nos fundimos en un largo abrazo que, a mi entender, ambas necesitábamos. Sentí que aquella experiencia traumática nos unió como dos metales se fusionan juntos para resultar en una aleación más

fuerte y que aquella amistad duraría para siempre.

Después de un tiempo, nos separamos y, tras limpiarse las lágrimas, Valeria me dijo mientras apretaba mis manos:

—No confíes en nadie, Lucía, nada es lo que parece. Estoy segura de que en esto hay más gente implicada de lo que jamás podremos imaginar y lo que nos ocurrió es tan solo la punta del iceberg.

Yo miré al suelo en silencio y después dije:

—He visto a los hombres de negro.

Valeria saltó como un resorte.

—¿Qué? —preguntó con extremada sorpresa.

CAPÍTULO XI

No contesté inmediatamente, durante un tiempo me perdí sin querer en el recuerdo de su siniestra visita. Recordé con claridad a aquellos dos hombres frente a mí con sus extravagantes atuendos en silencio. Aún podía sentir el malestar y el rechazo que me producían, aunque lo que más me asustaba era el recuerdo de aquella mirada, el color de aquellos ojos clavados en mí y su sonrisa diabólica…

—Vinieron a verme ayer tan pronto como desperté y no son buenas personas. De hecho, me amenazaron antes de dejarme claro que conocen todo de nosotros —dije con cierto temor al recordarles.

—Lucía, ¿por qué no me lo has dicho antes? Podrías estar en serio peligro —me dijo angustiada—. Alguien debió decirles que habías despertado. Alguien bajo su control debió verte y corrió a informarles —continuó—. ¿Recuerdas haber hablado con alguna persona cuando estabas aún bajo los efectos de los fármacos? ¿Has conocido a alguien nuevo en este hospital? —me preguntó casi sin respirar.

—He conocido a una enfermera, pero parece buena persona —respondí intentando recordar la secuencia de todo lo que pasó cuando desperté.

—¿Cómo se llama? ¿Te dijo su nombre? ¿En cuántas ocasiones la has visto? —me preguntó Valeria casi con ansiedad.

—No me acuerdo, Valeria, no estoy segura —contesté.

—Lucía, haz un esfuerzo, podrías estar en serio peligro —me suplicó.

—No lo recuerdo bien, creo que Julia —contesté.

La verdad es que no sé muy bien por qué mentí a mi nueva amiga cuando lo único que quería era protegerme, pero pensando en Holly y el lío en el que podía meterla sin tener nada que ver con aquella tela de araña que se había tejido, en aquel momento decidí que mantenerla al margen, sería lo mejor. Además, ella me había

demostrado que era buena persona cuando echó a los individuos de negro rescatándome de una situación muy desagradable aunque, teniendo en cuenta ese mundo rodeado de mentira en el que nos movíamos, había una posibilidad que comenzaba a inquietarme, si Holly estaba del lado de los de negro, aquella jugada echándoles fuera de la habitación la situaría inmediatamente entre las personas de mi confianza y aquella posición sería ideal para ellos, porque tendrían cerca de mí a la espía perfecta que les mantendría informados de cualquier novedad. Bien habría válido la pena aquella representación entre buenos y malos para colocarla a mi lado, pero al mismo tiempo era amiga de Sara, la hija de Richard Blake y el nuevo mejor amigo de Marco, el amable caballero que conocí durante su tratamiento y que tras aquella maravillosa velada que pasamos los tres juntos causó tan grata sensación a Marco. Me costaba mucho pensar que él estuviese conspirando contra mí. Era un laberinto de posibilidades, no tenía ni idea de en quién confiar, aunque al menos Valeria estaba conmigo y tras ella el respaldo de la policía.

—No sé, Valeria, no quiero decir un nombre sin estar completamente segura —dije buscando su comprensión.

—Te entiendo, Lucía, yo tampoco podría. Pero si la vuelves a ver o sospechas de alguien…, por favor, házmelo saber cuanto antes. Tú y Marco sois la clave para resolver este caso —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Voy a pedir a la comisaría que te asignen un policía para que tu habitación este custodiada las veinticuatro horas del día. No quiero que tengas más visitas desagradables, debes descansar y recuperarte cuanto antes, lo que nos espera ahí fuera después de salir de aquí no va a ser fácil —me dijo para acabar con una sonrisa maternal.

—Te lo agradezco, estaré mucho más tranquila —contesté—. Ahora creo que voy a volver a mi habitación, estoy un poco cansada. Demasiada tensión para mí en estos momentos —dije antes de incorporarme.

—Me parece bien, Lucía, es cierto, estamos aquí las dos recuperándonos, pero si seguimos dándole vueltas a este embrollo, ¡nos vamos a volver locas! —dijo con risas al final.

Nos reímos durante un rato y después ella me acompañó hasta la puerta de su habitación, donde nos despedimos. Nos dimos un abrazo y ella prometió devolverme la visita muy pronto. Volvimos a reír un rato y después ambas tomamos nuestros caminos, ella de vuelta a su habitación y yo de camino al piso superior, a la planta del silencio.

Llegué al ascensor y presioné el botón de llamada, la flecha indicaba que subía desde la planta primera. Me entretuve mirando

cómo los números se iban iluminado uno tras otro hasta que finalmente se detuvo iluminando el número cuatro a la vez que un pequeño timbre anunciaba su llegada. Cuando me disponía a entrar, una voz a lo lejos pronunció mi nombre.

—Señora Rivalcielli, espere —me dijo un policía uniformado mientras caminaba con urgencia.

Yo no contesté, me limité a esperarle después de presionar el botón para mantener las puertas abiertas.

—Gracias por esperarme, señora —dijo el joven mientras recuperaba el aliento.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas prisas? —le pregunté.

—Estaba destacado en la puerta principal para controlar el acceso al hospital, pero he recibido una llamada con otras instrucciones, ahora estaré a la puerta de su habitación para su seguridad —dijo sonriendo.

—La inspectora García me ha comentado su intención de asignarme a alguien, pero nunca pensé que sería tan eficiente —le contesté.

—Sí, ha sido bastante rápida, la verdad —dijo mientras reía.

Yo también reí. El chico parecía atento, pero me preguntaba cómo reaccionaria si los hombres de negro apareciesen al fondo del pasillo directos a mi encuentro.

Subimos a mi planta y llegamos hasta la habitación, él se quedó fuera estirado como el mástil de un barco y yo me recosté en la camilla. Fue inevitable comenzar a pensar en Marco, no sabía si estaría bien mientras yo yacía tumbada ajena a su situación. Lo más doloroso era la impotencia que sentía, aquella espera me estaba matando, aunque tristemente era mi única opción, deseaba con todas mis fuerzas que mi suerte cambiase muy pronto y, con ello, volver al lado de mi esposo.

Con aquellos pensamientos revoloteando en mi cabeza me quedé dormida. Y muy lejos de mis deseos, esos serían los últimos instantes de paz de los que disfrutaría en mucho tiempo.

Rachel me despertó acariciando mi pelo dulcemente, cuando abrí los ojos los vi y salté de la cama para abrazarlos. Estaba inmensamente feliz, mi familia había llegado, ahora estaba segura de que todo se arreglaría. Los abracé fuertemente y sin poder aguantar más les pregunté, casi sin respirar:

—¿Dónde está Marco? ¿Cómo se encuentra? ¿Cuándo podré verle?

La alegría en sus caras se nubló rápidamente y su expresión cambió, estaba claro que algo no iba bien. Antes de abrazarlos intuí

cierta tristeza en sus ojos que intentaron ocultarme con su sonrisa, pero creo que al preguntarles, las últimas defensas se desmoronaron dejando al descubierto la dolorosa verdad. Maximilian me pidió por favor que me sentase, Rachel se quedó de pie y él se sentó junto a mí. Su mirada temblorosa se fijó en mis ojos y, sin decir una sola palabra, aún en silencio, miró al suelo incapaz de soportar un segundo más tan pesada carga y de su rostro brotó una lágrima que comenzó a rodar por su mejilla.

CAPÍTULO XII

El pánico se apoderó de mí, estaba totalmente desconcertado con el recuerdo de Greenville y la visión que me había transmitido. Sin entender lo que estaba sucediendo, aterrado, me incorporé lentamente y, sin perder de vista el cuerpo del inspector, anduve de espaldas hasta entrar de nuevo en la biblioteca. No sabía qué hacer, estaba totalmente perdido. La tranquilidad que me habían dado las noticias que leí en aquellos viejos periódicos no había durado un suspiro y una vez más la incertidumbre se cernía sobre el cielo de aquella noche en la mansión Rivalcielli. Inquieto, me senté en el sillón del escritorio e inmediatamente después me levanté y comencé a dar vueltas por la habitación. Tenía que pensar qué hacer y actuar con rapidez.

Greenville se encontraba sumergido en medio de aquel trance por el que quizás yo había pasado antes de tomar consciencia en ese otro mundo donde había ido a parar, pero ¿cuánto tendría que esperar? Una opción sería permanecer junto a él el tiempo que necesitase hasta que volviese en sí, pero ¿y si tardaba años, qué iba a hacer? Ya de por sí había transcurrido demasiado tiempo. Quizás era demasiado tarde y no había nada que yo pudiese hacer. Entre tanta indecisión, salí de nuevo al pasillo para asegurarme de que el inspector continuaba donde le dejé después del nuestro incidente y con sorpresa descubrí que el cuerpo de Greenville se había esfumado, no estaba, y con él también aquellos agónicos lamentos tan desgarradores.

Maldije mi suerte enfurecido con la situación porque detestaba la idea de lo que aquello significaba, pero dadas las circunstancias, y aunque me sentía el más desdichado de aquel universo, no tenía otra opción. Tendría que salir en busca de la única cosa que parecía vivir a sus anchas en aquella realidad, el ser que amistosamente me dio la bienvenida e intentó depredarme, la simpática criatura que colmaba mis pesadillas y merodeaba por el pueblo en busca de alguna presa fácil de la que dar cuenta.

Sin querer pensar mucho más sobre lo que podría sucederme allí fuera salí una vez más de nuestra mansión, del lugar donde me sentía tranquilo y a salvo en dirección a la boca del lobo. Realmente no podía hacer mucho más si quería encontrar a Lucía, Greenville quizás hubiese desaparecido para siempre sin que hubiera podido hablar o comunicarme con él y podría intentar andar hasta el hospital en Bristol, pero ¿cuánto tiempo tardaría en llegar andando? ¿Y si el hospital no conservaba ningún dato del destino de Lucía tras su estancia en él? O me enfrentaba a la bestia y seguía adelante, o me quedaba en la mansión para siempre. Lo pensé y no me agradó nada la idea de permanecer en la casa presa del tiempo, por lo que realmente no tenía otra salida. Era fundamental conseguir entenderme con el merodeador no solo para dejar de temerle, sino que también para que me enseñase las ventajas de vivir en aquel mundo.

Como tantas veces cuando estuve vivo, en ese nuevo mundo parecía que la regla continuaba repitiéndose y una vez más debería enfrentarme a mis propios miedos para continuar adelante.

Pensando en que lo que estaba a punto de hacer era, sin duda alguna, lo mejor dadas las circunstancias, llegué al pueblo, seguro de mi nuevo propósito y preparado para cualquier adversidad.

Deslizándome con cautela al abrigo de las paredes de los edificios, estudiaba cuidadosamente las calles, los tejados y balcones antes de avanzar hacia la plaza donde lo vi por última vez. No tenía muy claro qué haría al verle, pero confiaba en que, fuera lo que fuera lo que ocurriese, sería capaz de solventarlo cuando llegase el momento, era inútil intentar trazar un plan cuando aquel ser era totalmente impredecible. Continué aproximándome poco a poco al centro del pueblo intentando no perder ni un solo detalle o lugar donde aquella sombra pudiera cogerme por sorpresa. De vez en cuando procuraba mirar hacia atrás para asegurarme de que el terreno que había avanzado continuaba siendo seguro. Finalmente, llegué al arco que daba entrada a la plaza, parecía que todo estaba tranquilo, el agua seguía corriendo y las luces de los edificios continuaban encendidas enfocando sus muros en diferentes ángulos. Anduve hasta en centro fijo en la fachada de la iglesia donde lo vi por primera vez, allí las caras esculpidas en piedra de santos y apóstoles custodiaban impasibles la entrada al templo trasmitiendo su mensaje como lo habían hecho desde hacía ya muchos siglos. Busqué alrededor una y otra vez sin encontrar ningún rastro de la sombra, parecía que la plaza estaba desierta y, a diferencia de la otra vez, no podía sentir su presencia.

—¿Dónde estás, criatura oscura? —grité sin pensar animado por la urgencia—. He venido en tu busca —volví a gritar mientras pensaba

que ciertamente me arrepentiría de retar al espectro de aquella manera—. Aquí me tienes, no huiré más de ti —dije en voz alta seguro de que si se encontraba por allí me oiría.

Esperé a que algo ocurriese mirando hacia todas partes como intentado anticipar el más que seguro ataque del merodeador. Pero la única respuesta que hubo a mis palabras fue el eco que se produjo al chocar su sonido contra las paredes de piedra de los edificios que conformaban la plaza. Una vez se disiparon, solo el ruido de aquel líquido cristalino precipitándose y chocando contra el agua estancada de la fuente imperó una vez más.

—Maldita sea —dije en voz baja después de esperar un poco más a que ocurriese algo.

«¿Pero dónde se había metido?», pensé. Ahora que lo necesitaba había desaparecido. Comencé a pensar si de alguna manera aquella figura humana pudo estar conectada con el cuerpo de Greenville. Quizás incluso él era la sombra, desorientada, sin saber dónde se encontraba su cuerpo. Tenía sentido, por eso corrió hacia mí cuando estaba inmóvil junto a la fuente, porque al verme me reconoció. Posiblemente después me siguió hasta la mansión y allí se reencontró con su cuerpo extraviado y, así, desapareció del pasillo. Pero si eso era cierto, ¿qué iba a hacer ahora? Ambos habían desaparecido y yo me encontraba totalmente solo. Después de un tiempo dando vueltas a la conexión entre la sombra y el cuerpo en trance del inspector, pensé que lo único que podía hacer en ese momento era ir hasta el hospital en Bristol. Posiblemente no encontrase lo que buscaba, pero, sinceramente, no tenía otra alternativa.

Me di la vuelta cabizbajo entretenido con las diferentes formas de las baldosas que componían aquel suelo empedrado y al levantar la mirada hacia el arco de salida, me quedé atónito. El merodeador estaba allí, justo enfrente, inmóvil, fijo en mí. Sus piernas estaban ligeramente abiertas, al igual que sus brazos separados del cuerpo y con los puños cerrados, me miraba fijamente en una posición inequívocamente amenazadora. Los cimientos de mi teoría sobre Greenville se fueron al traste en un instante.

—Me llamo Marco y necesito tu ayuda —dije en voz alta seguro de mí mismo.

Aquella criatura no se movió, continuó inalterable bajo el arco de entrada, mirándome.

—Tengo que… Fue lo único que alcancé a decir antes de que se desvaneciera.

No terminé la frase y me quedé en silencio mirando bajo el arco donde lo vi por última vez. Sorprendido, sin poder entender lo que

ocurría, comencé a mirar en los edificios de mi alrededor, no tenía sentido que hubiese huido de mí, pero sin duda alguna había desaparecido. Quizás se marchó porque yo no despertaba el menor interés en lo que quisiera que fuese aquel ser o tal vez solo estaba buscando confundirme mientras jugaba al escondite conmigo. Después de buscarlo con ahínco durante un tiempo y al no encontrarlo, decidí abandonar, tendría que pensar en otro plan porque aquel no estaba funcionando.

Cuando me alejaba de la zona central de la plaza donde se encontraba la fuente sentí la misma sensación que tuve cuando lo vi por primera vez en la torre del campanario e inmediatamente me di la vuelta. Lo que encontré fue aquella figura a medio palmo de mi cara. No me alteré ni me moví, estaba desesperado y aquella cosa era la única oportunidad que tenía de encontrar respuestas o entender de alguna manera el mundo donde me encontraba. Nos mantuvimos uno frente al otro durante un tiempo, no sabría decir cuánto. Aquella criatura no tenía nada humano, solo el perfil de un cuerpo mortal en las tres dimensiones del espacio. En un momento dado giró la cabeza hacia su izquierda como intentando encontrar otro ángulo desde el cual mirarme.

—Sé quién eres —dijo aquella cosa con una especie de voz distorsionada a la vez que su cabeza volvía a erguirse—. No llevas mucho tiempo por aquí y siempre te escondes en el bosque —añadió.

—¿Quién eres o qué eres tú? —pregunté con voz segura intentando disimular mi sorpresa.

Aquella cosa me conocía, pensé, y a continuación se miró a sí misma como sorprendida por mi pregunta y contestó:

—No lo ves —dijo volviendo a mirar hacia mí.

—No —respondí en un tono un tanto brusco.

—Víctor se pondrá en contacto contigo —replicó cambiando de conversación.

—¿Quién es Víctor? —pregunté.

—Él te conoce, nos conoce a todos —dijo antes de continuar—. Él responderá a los temores que albergas en tu interior.

—¿Cuándo? —pregunté inquieto.

—Cuando él lo decida —contestó.

—Necesito tu ayuda, mi mujer está en peligro —le dije sin poder evitar mostrar mi angustia.

—Solo Víctor tiene respuestas —contestó mientras su cuerpo empezaba a sumirse en un temblor, como si estuviese perdiendo intensidad.

—¿Cómo te llamas? Necesito ayuda —pregunté sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

—Riario —dijo tímidamente después de esperar un tiempo, quizás meditando si contestar o no, y antes de que pudiera decir nada más añadió—: Ahora debo marcharme. —Y su figura perdió la forma desapareciendo como si el viento la hubiera deshecho arrastrándola hasta que se disipó en la oscuridad de la noche.

—Espera… —grité en vano intentando detener aquel prodigio con mis manos mientras el humo en el que se había convertido se deslizaba a través de ellas.

Me quedé parado, quizás perplejo observando cómo aquel ser desaparecía a la vez que intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Aquella cosa hablaba e incluso tenía nombre y ¿quién era Víctor? ¿Qué sabían ellos de mí? ¿Cuándo se pondría en contacto conmigo? ¿Hasta qué punto podía confiar en Riario?

Me senté en el suelo al pie de la fuente y, aunque pareciese estúpido, el murmullo incesante del agua cayendo me hacía sentir menos solo, en cierta manera me ayudaba a mantener la calma porque la certeza de que me encontraba atrapado en medio de un desierto sin saber qué hacer me estaba engullendo a pasos agigantados. Recuerdo que permanecí allí al abrigo de aquel sonido un tiempo hasta que decidí volver a casa. Me incorporé y abandoné la plaza sin mirar atrás, volvería a mi biblioteca y esperaría allí hasta que ese tal Víctor decidiese ponerse en contacto conmigo. Salí del pueblo y comencé a atravesar el bosque pensando en Blake, ¿qué pudo ocurrirle después de saltar del coche de Max? ¿Estaría aún vivo? No le hacía responsable de lo que me sucedió ni tampoco le guardaba rencor por ello, al fin y al cabo, yo acepté su propuesta y él no pudo hacer nada contra lo que se conspiró a sus espaldas. El caso de Omar era totalmente diferente, aquel desalmado traicionó a Blake después de que este le otorgase toda su confianza y no tuvo el más mínimo reparo en hacernos daño a nosotros, unos pobres inocentes que simplemente se cruzaron en su camino. A él no se lo perdonaría jamás y le haría pagar por ello después de asegurarme de que Lucía estuviese bien, mi siguiente objetivo sería dar con él.

Cuando llegué a la mansión estaba mucho más animado que cuando salí del pueblo. Los recuerdos de Lucía y mi amigo Richard Blake aquella noche me hicieron andar hasta la cocina, donde recordé los buenos momentos que los tres pasamos allí. Blake resultó más bromista y animado de lo que jamás hubiera pensado cuando le vi por primera vez, fue toda una sorpresa. Recordé cómo al comienzo de aquella noche no pude dejar de sospechar de él y sus guardaespaldas. Curiosamente y en cierta manera, mis sospechas estuvieron bien

encaminadas porque aquel mal nacido de Omar era el único de los que se encontraban allí fuera custodiando la caja de madera que conocía su contenido y el valor que encerraba en su interior. Y así, cuando vino con nosotros portando el casco, fue la ocasión perfecta para estudiar al detalle la casa en esos pocos minutos, algo que le sería muy útil al llevar a cabo su plan unos días después. Por esa razón aquella noche en la que nos atacó se dirigió en primer lugar a la biblioteca en busca de su añorado botín, porque allí fue donde lo vio por última vez.

Atravesé el pasillo hasta la biblioteca, donde entré y, sin dudarlo un segundo, me fui a recostar en mi añorado sillón. Cerré los ojos y comencé a pensar en Lucía. Reviví muchos momentos juntos, fui capaz de volver a escuchar sus risas y a recordar aquellas miradas traviesas. Reconstruí una y otra vez nuestros días libres, las excursiones, los paseos en barca, las noches de gala y su amable perfección empapándolo todo con aquella aura que solo ella desprendía. Sin duda alguna fui el ser más afortunado del universo al haber tenido la oportunidad de permanecer a su lado durante aquellos maravillosos años que estuvimos juntos.

De repente abrí los ojos, el recuerdo de la visión de Greenville atenazó la dulzura de aquel momento y me hizo incorporarme alarmado. Sorprendentemente, sobre la mesa de mi escritorio reposaba algo nuevo, era un sobre de papel que no se encontraba allí cuando regresé del pueblo, en él había una inscripción. Fascinado, lo sujeté con ambas manos frente a mí observando algo que estaba fuera de toda lógica. En él, escrito sobre la superficie en una letra gótica documental que, si no me fallaba la memoria, por el aspecto de los caracteres debía tratarse de la cancilleresca italiana, se encontraba mi nombre en una inverosímil incandescencia. Desconfiado, lo moví lentamente dudando de que fuera algún tipo de tinta o el resultado de algún extraño efecto de la luz en el papel del sobre, se asemejaba más a la lava de los volcanes que a ninguna otra cosa que hubiese visto jamás. Con cierto temor, pasé cuidadosamente la mano sobre aquella maravilla y aunque no experimenté ningún dolor, la superficie de la escritura cambió ligeramente en la dirección de mi movimiento, como si quisiera seguirlo durante unos segundos antes de volver a su estado original. Era como si la pluma que creó aquella elegante escritura hubiese rasgado el papel que protegía la carta dejando expuesto el interior del sobre, y en él se encontrase confinado un río de magma en constante combustión.

Mi curiosidad en aquella mágica caligrafía quedó rápidamente relegada a un segundo plano cuando abrí el sobre y extraje la carta que contenía en su interior. Estaba escrita a mano con tinta de color negro y en ella destacaba la armonía con la que el texto había sido

trazado. Sin esperar un segundo más me dispuse a leerla.

Querido Marco:

Como cometas extraviados en el cielo, hemos continuado cayendo sobre esta dimensión ajenos a nuestra voluntad desde el comienzo de los tiempos arrastrados por el peso de la pena, la incomprensión o la injusticia. Todos nos encontramos aquí por una razón que de una forma u otra nos impidió continuar y que necesitamos subsanar antes de proseguir con nuestro camino. Conozco tu historia y debo admitir que no me sorprendió que te descolgases para residir entre nosotros hasta que encuentres la paz que tanto añoras. Debemos reunirnos pronto, en este valle de sombras hay muchas cosas que debes aprender.

Nos encontraremos en un paraje un tanto particular, te estaré esperando en un lugar donde en tiempos inmemoriales la violencia del volcán fue sometida y las letras inundan los caminos de la sabiduría en una simbiosis perfecta entre el hombre y el universo.

Hasta pronto,
Víctor

Después de unos segundos, doblé aquella hoja de papel y la introduje de vuelta en el sobre en su posición original. Lentamente lo deposité sobre mi escritorio mientras mi mirada se perdía en alguna parte entre las estanterías de la biblioteca y mis pensamientos volaban arrastrados por el recuerdo de las líneas que acababa de terminar.

¿Quién era Víctor? ¿Cómo podía conocer lo que me ocurrió? ¿Cuánto tiempo llevaba allí, en aquel mundo de sombras? ¿Sería capaz de ayudarme?

Lentamente volví en mí, de vuelta a aquella caverna de sabiduría repleta de conocimiento y al sillón de piel que tanto adoraba, no tenía otra elección que reunirme con lo que quisiera que Víctor fuera y desafiar su sabiduría. Riario dijo que él nos conocía a todos y era el único que tenía las respuestas que tanto necesitaba, si todo aquello era cierto detrás de aquella adivinanza se escondía un lugar donde él me esperaba y tenía que encontrarlo cuanto antes.

Sin esperar más, volví a recordar el párrafo de la carta donde se describía la ubicación del punto de reunión, si la memoria no me fallaba Víctor comenzaba hablando de aquel emplazamiento como el de un lugar donde la violencia de un volcán fue sometida. Solo había dos formas posibles de interpretar aquella frase, una era que fuera estrictamente literal, por lo que simplemente debería buscar en la geografía del planeta, y la otra era que se tratase de un significado

oculto, algo que sin duda me obligaría a investigar en la simbología y que sería más complicado de discernir. La verdad es que la única alegoría que se me ocurría en relación con volcanes apuntaba directamente a la interpretación de los sueños, y en ese contexto el lugar de encuentro tendría que ver con algún tipo de pasión reprimida que no habría podido ser dominada por el individuo, en este caso me imagino que se trataría de mí, albergando sentimientos cohibidos que estarían a punto de estallar y liberarse. Aquella explicación no me convencía del todo y pensando un poco más sobre ello, caí en la cuenta de que en alguna cultura del continente sudamericano también se hacía referencia al símbolo del volcán como la representación de los antepasados y la relación entre las diferentes generaciones, por lo que, a no ser que mis progresos en la geografía fueran estrepitosos y me llevasen a un callejón sin salida, el posible doble significado oculto del volcán no me llevaba a ninguna parte.

Una vez casi descartado por completo que hubiese algo escondido tras aquella palabra, si me centraba en seguir las instrucciones de Víctor al pie de la letra, sin duda, debía estar hablando de una playa, el único lugar donde era posible que las lenguas de magma que fluirían a través de los cráteres una vez superada la chimenea de la montaña concluirían su viaje de destrucción al enfriarse y solidificarse entrando en contacto con el agua del mar. Francamente, esta versión del volcán tenía mucho más sentido que las interpretaciones anteriores, por lo que la di por buena y me sumergí sin perder un segundo más con la siguiente parte del mensaje. En ella él decía: «… las letras inundan los caminos de la sabiduría en una simbiosis perfecta entre el hombre y el universo». Sin duda, en aquellas palabras residía la clave, la llave maestra que abriría el cofre del tesoro aunque, una vez más, la ambigüedad de aquellas líneas me auguraban un camino difícil hasta encontrar lo que escondían tras ellas.

Repasé el enigma otra vez y comencé a pensar sobre las diferentes posibilidades, ¿se referiría a algún templo? Muchos de ellos poseen inscripciones en sus muros y fueron creados para representar el lugar donde el hombre establecería un vínculo de unión con Dios, que podría ser perfectamente entendido como universo. Inmediatamente un nombre surgió de las profundidades de mi conocimiento pidiendo paso sobre cualquier otro pensamiento, el monte Vesubio en Italia, cerca de la conocida Nápoles. Los relatos de la época decían que su erupción en el año 79 d. C. cubrió de cenizas en pocas horas la ciudad de Pompeya y anegó las de Herculano y Stabias. En múltiples estudios posteriores los expertos habían concluido que la mayor parte de las veinte mil personas que murieron en dichas ciudades víctimas de tal demostración de poder sufrieron asfixia debido a los vapores de azufre emanados del cráter y que la lluvia de cenizas que acompañó a la

erupción formó una especie de sello hermético sobre la ciudad que conservó intactas muchas de las estructuras de aquella ciudad, entre las que se encontraban varios de sus templos. Encajaba perfectamente y tenía sentido, ¡lo había descifrado! ¡Era un genio!, pensé. Con ello mi alegría ebria de satisfacción comenzó a crecer sin cesar en mi interior. Orgulloso, me levanté del sillón para celebrar el descubrimiento con alguna de mis piezas favoritas de música, pero cuando estaba a punto de colocar uno de mis discos sobre el plato del viejo gramófono, mi felicidad se ensombreció y tornó al instante en una profunda decepción. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de obviar un detalle tan evidente, qué tipo de simbiosis entre el hombre y el universo podría existir en una ciudad donde los cuerpos calcinados de sus habitantes habían reposado sobre el suelo petrificados durante miles de años entre las ruinas de sus edificios? ¿Qué clase de letras inundarían los caminos de la sabiduría en una ciudad desierta e incluso maldita para algunos? No me hizo falta mucho para darme cuenta de mi error y con toda seguridad las playas de Pompeya no eran el lugar que Víctor me indicaba en su carta. Debía ser más astuto y continuar con la partida sin cometer más fallos, porque el poco tiempo del que disponía se iba agotando mientras el reto aún permanecía sobre el tablero.

Me senté de nuevo y cogí el sobre donde mi nombre seguía brillando incandescente, lo abrí y saqué el papel de su interior, después lo deposité lentamente sobre la mesa a la vez que leía el acertijo de nuevo. Después reflexioné en silencio durante unos minutos hasta que algo cruzó mi mente y me hizo levantarme como una exhalación y correr hasta una de las estanterías, busqué entre lo libros tan rápido como pude. Necesitaba encontrar uno en concreto relacionado con la cultura india.

—Aquí estás —susurre mientras lo sacaba de la fila separándolo lejos de sus compañeros.

Lo abrí y sin parpadear fui al índice, después a la página sugerida. Allí leí:

> Señor de los ganas, hijo de la diosa Parvati y el dios Shiva. Considerado como el dios de la sabiduría, de los caminos y de las letras. Se le representa con cabeza de elefante, cuatro brazos y una gran barriga. En la India se cree que el elefante es un animal de notable inteligencia y por ello, este dios con cabeza de elefante es considerado como el más inteligente de todos. Siempre suele aparecer acompañado por un ratón. De esta manera la fuerza del elefante queda asociada a las habilidades del minúsculo roedor, una original alianza destinada a vencer todos los obstáculos de la

existencia. También es la divinidad de los estudios y de los intelectuales. Así mismo, representa la armonía entre el hombre y el universo en una simbiosis perfecta…

Cerré el libro, ya tenía lo que buscaba, sin ninguna duda Víctor se refería a Ganesha, el dios hindú de la inteligencia. Al final de aquella ecuación tenía una playa en una isla volcánica o cercana a un volcán y un dios con cabeza de elefante. Era muy claro, solo existía en el mundo un lugar donde esas dos premisas se unían de la mano, la isla de Heimaey, al sur de Islandia. Recordé la fotografía de aquel lugar impresa en blanco y negro que vi en la carpeta de un compañero de universidad que estaba completamente fascinado con aquella obra de la naturaleza, fue el volcán Eldfell el que creó muchos años atrás tan singular e imponente formación rocosa con forma de elefante parcialmente sumergido en las aguas del océano…

Y como si aquella noche se tratase de un sueño del que acababa de despertar, me vi andando por la playa desierta de aquella isla. Estaba amaneciendo y las primeras luces del día asomaban tímidamente en el horizonte haciendo que la rotunda oscuridad del cielo nocturno tornase a unos tonos azulados más amables. Las olas del mar traían el sonido del agua que llegaba con fuerza hasta la orilla y se retiraba de ella a regañadientes, repitiéndose una y otra vez como si se tratase de juego. El sonido de mis pasos sobre la arena negra me acompañaba mientras me acercaba cada vez más a aquel elefante gigante que divisaba a lo lejos con su trompa sumergida en el agua. De repente, mi mirada se apartó de aquella roca y ese momento de paz se evaporó en un instante a la vez que mis pasos se detuvieron de golpe. Frente a mí, donde la arena de la playa perdía la batalla con las piedras volcánicas que se multiplicaban hasta el origen de la estatua del mamífero, una sombra de perfil humano se encontraba inmóvil a cierta distancia, mirándome fijamente sin perder detalle de mí, como si estuviera esperándome.

CAPÍTULO XIII

Casi dos meses más tarde abandoné el hospital, se había convertido en una prisión de la que soñaba día y noche con abandonar. Mis heridas estaban curadas, pero la amargura que se había instaurado en lo más profundo de mi interior tras la pérdida de Marco no había hecho más que asomarse en mi corazón. Pedí el alta voluntaria varios días antes de la fecha establecida por los médicos que me trataron después del accidente porque, sinceramente, odiaba la idea de encontrar a la familia y los compañeros de trabajo a la salida, esperándome fuera como si hubiera sido la heroína que salvó el mundo, alguien especial. No tenía nada que decirles, nada de lo que hablarles porque estaba vacía, en mí se había creado un silencio que solo se podía comparar con el dolor que sin compasión, quemaba mis ganas de vivir.

Salí por la puerta principal mezclada entre los trabajadores del hospital y pacientes que entraban y salían del edificio constantemente. La brisa bañó mi cara tan pronto como dejé el edificio a mis espaldas, me detuve un momento y cerré los ojos, solo me concentré en sentir el viento sobre mi piel y respirar el aire de la ciudad. A regañadientes se debió dibujar algo parecido a una media sonrisa en mi cara porque después de aquellas semanas sumergida en el olor estéril y los sonidos de las máquinas de mi habitación, había olvidado la mezcla de aromas que se experimentan y el constante murmullo de la gran urbe. Ahora volvía a ser libre y, aunque mi decisión de marcharme antes de lo debido hubiera generado malestar entre los médicos que habían firmado mi alta, que no dudaron en mostrarme su incomodidad con mi decisión, era lo que necesitaba. Y es que durante el tiempo que pasé bajo su cuidado, sin saber muy bien por qué, se creó un vínculo muy particular entre nosotros, todos en aquella planta de hospital parecían protegerme con un recelo especial, como si ellos supieran algo que yo desconocía y que les llevaba a actuar de aquella manera.

Ahora solo quería olvidar, suspiré profundamente antes de abrir los ojos y bajar las escaleras hasta la acera, sin mirar atrás paré al primer

taxi que pasó y le di instrucciones concisas para que condujera hasta la estación del tren.

En las últimas semanas me las había arreglado para alquilar un apartamento en uno de los barrios céntricos de Londres, no estaba preparada para volver a casa tan pronto, y Max y Rachel me ayudarían con la mansión, se trasladarían allí hasta que yo encontrase las fuerzas necesarias para afrontar ese día en el que me enfrentaría con los recuerdos del pasado, con mi antigua vida y los momentos junto a Marco.

El taxista intentó entablar una conversación conmigo en varias ocasiones durante el trayecto, pero, oculta tras mis gafas de sol, conseguí desviar la conversación hasta puntos muertos donde no tuvo ninguna posibilidad de continuar y al final se vio abocado a desistir en su empeño.

Unos días antes había recibido una carta desde mi hospital en el que me comunicaban la alegría del personal por mi recuperación y su anhelo por tenerme trabajando de nuevo entre ellos una vez estuviese preparada. Por lo visto habían decidido, indiferentes a mi deseo de retornar cuanto antes, que mi inmediata reincorporación no era recomendable y me obligaban con una singular cortesía a permanecer seis meses lejos de los quirófanos, lo único que con toda seguridad me hubiese ayudado a enfrentarme a la soledad que me asfixiaba día tras día. Quizás tuvieran razón y las primeras semanas hubiesen sido difíciles, pero estaba segura de que hubiera terminado por adaptarme y, aunque nunca volvería a ser la misma, sí sería, al menos, una copia de la cirujana que fui un día.

Compré un billete para el siguiente tren que salía hacia Londres y me senté en una de las cafeterías hasta que llegase la hora. Me sentía extraña, incómoda conmigo misma, era como si estuviese atrapada en el cuerpo de otra persona que llevaba una vida que no me pertenecía. No estaba segura de si algún día volvería a sentirme como la mujer que fui antes de que una pesadilla sacudiese mi existencia para siempre, era algo que me preocupaba bastante.

Pocos minutos después, anunciaron por megafonía la salida de mi tren, por lo que me apresuré a terminar el café y me dirigí hacia la vía asignada arrastrando tras de mí aquellos sentimientos de preocupación.

El vagón de primera clase estaba prácticamente vacío, habría unos cinco o seis pasajeros esparcidos entre las filas, algo que agradecí y, tras buscar mi asiento, coloqué la pequeña bolsa de cuero con las pocas cosas que tenía del hospital sobre el compartimento superior y me senté junto a la ventana. Al momento la máquina del tren emitió un silbido y comenzamos a movernos. Me despedí de Bristol con una

fugaz mirada mientras tomábamos más velocidad y, sin poder evitarlo, volví a mi reflexión de la cafetería.

En aquel trayecto de apenas dos horas y cuarto debía decidir sobre lo que quería para mi futuro, desde que salí del hospital me había propuesto tomar una decisión y tan pronto como llegase a Londres sería consecuente con ella. Me acomodé en el asiento, saqué un bolígrafo y unas hojas de papel del bolso y sin más dilación me encontré lista para comenzar. En el horizonte mi camino se dividía en dos veredas que me conducirían por rutas totalmente diferentes. Una consistiría en esperar a que esos seis meses pasasen cuanto antes y, una vez transcurridos, volvería a mi trabajo, a mi pasión. No podría olvidar jamás que perdí a Marco y deseaba más que nada en el mundo que los responsables pagasen por ello, pero si volvía a la cirugía implicaría que debería confiar en la ley y el trabajo de la policía para esclarecer lo ocurrido y castigar a los culpables. La otra senda conllevaba dejar libres mis instintos y la rabia que encerraba en mi interior, aquellas personas me arrebataron a lo que más quería, a la persona que me hacía inmensamente feliz y conseguía que el equilibrio en mi vida fuera posible, por ello no descansaría hasta que lo pagasen. Utilizaría todos los recursos de los que disponía para que se arrepintiesen de lo que hicieron cada segundo de su mísera existencia sintiendo al menos tanto dolor como el que yo sentía por la ausencia de Marco.

Las colinas, los árboles y los campos verdes se deslizaban a través el cristal de mi ventana a gran velocidad, los pueblos se resumían en unos cuantos segundos de una masa de apagado color terracota, ventanas blancas y tejados oscuros antes de volver a los espacios abiertos y la línea ondulada del horizonte a lo lejos. El tren se mecía suavemente mientras emitía un somnífero compás con cada paso que hacía sobre las ensambladuras de la vía, ese ritmo lo asemejaba a un antiguo reloj marcando, tramo a tramo, la cuenta atrás del tiempo que me quedaba para llegar a Londres y tomar una decisión.

Retiré mi mirada de la ventana y volví a las hojas de papel donde había estado dibujando unos diagramas. Había dos elementos que no había incluido en mis esquemas y que debía añadir para complicarlo todo un poco más, uno eran los hombres de negro, aún podía verlos mirándome fijamente a los pies de la cama del hospital y sentir el nerviosismo que su presencia generó en mí. El otro era Valeria. La experiencia que vivimos nos unió enormemente y sentía que las dos juntas podríamos llegar al final de aquella pesadilla en la que estábamos sumidas, ella con su placa de policía y la autoridad que le otorgaba me abriría muchas puertas que de otra manera me serían imposibles de franquear. Si a su necesidad por resolver el caso y vengar a su compañero poniendo entre rejas a los asesinos le unía mi

rabia y los medios económicos de los que disponía para dar con aquella escoria, el resultado podía ser la pareja perfecta que acabaría por encarcelar a aquella gente hasta que se pudriesen en sus celdas.

—¿Me permite su tique, por favor? —dijo una voz firme alejándome súbitamente de mis pensamientos.

Alcé la vista hacia el pasillo y vi al revisor uniformado con su mano extendida hacia mí mientras me miraba con cara de pocos amigos y en su expresión claramente se leía: «Otra que no tiene el billete preparado». Busqué con apuro durante unos segundos en el bolso Hermes que mi madre me regaló cuando terminé la carrera hasta que en medio de mi urgencia recordé que lo había dejado en el bolsillo interior. Abrí el compartimento y lo extraje con la misma rapidez que lo deposité sobre su mano. Él miró algo con detenimiento en aquel papel y me lo devolvió inmediatamente.

—Todo correcto —dijo mientras me lo devolvía.

Yo lo tomé y no le presté más atención, posiblemente aquel hombre tendría un mal día o necesitaría unas vacaciones, pero ese no era mi problema, y sin más volví a los paisajes ingleses. Unos minutos más tarde, como si no hubiera superado lo que sucedió, saqué el tique de nuevo y comencé a buscar qué podía haber sido lo que a aquel revisor le interesaba tanto de él, al fin y al cabo tan solo era un simple billete de tren, seguro que vería cientos de ellos al día, si no miles. En él estaba el logotipo de la compañía ferroviaria, el número de registro, el horario, la estación de salida y llegada, el asiento y vagón asignado, el precio y varias referencias, series de más de diez números que imaginé tendrían que ser de utilidad para la empresa que ofrecía el servicio en estudios de demanda, horarios y destinos.

Después de no encontrar nada significativo, lo puse de vuelta en el bolso mientras me fijaba en aquellas secuencias de números hasta que cerré el bolso y, cuando me disponía de colocarlo sobre el asiento de mi acompañante, vi algo que no se encontraba allí antes. Era un pequeño sobre, como el que utilizan en las floristerías para mandar un mensaje a la persona que recibe las flores. Me levanté inmediatamente para intentar localizar al revisor, tal vez lo había perdido sin darse cuenta y lo echaría de menos más tarde, pero no había nadie en el pasillo y, para mi sorpresa, el vagón estaba completamente desierto. Me senté de nuevo lentamente turbada por la imagen de aquel coche completamente vacío, por ser la única que ahora viajaba en él. Era un tren directo, por lo que no había paradas en el trayecto, y eso descartaba que las personas que vi al entrar se hubieran bajado del tren, aquella circunstancia me pareció muy extraña. Miré hacia aquel pequeño sobre de papel dudando si debía cogerlo o no, su reverso no tenía remitente y pacientemente reposaba en el asiento de al lado. La

situación me hacía sentir muy incómoda, porque todo era bastante inverosímil, aquel extraño revisor, los pasajeros que vi al entrar ahora habían desaparecido y aquella nota a mi lado. Después de un tiempo meditando qué hacer, como si se tratase de una serpiente dormida que podría morderme en cualquier momento, alargué la mano lentamente hacia él hasta tomarlo y de la misma manera lo acerqué hasta que lo tuve enfrente. Le di la vuelta y en ese instante el mundo se paró súbitamente, se hizo el silencio, mi corazón empezó a latir con fuerza en mi cuello y comencé a temblar sin poder parar mientras en mi pecho un calor desproporcionado comenzaba a quemarme. En el anverso del sobre se encontraba el destinatario y allí aparecía mi nombre. Miré alarmada entre los asientos hacia un lado y otro como esperando descubrir a quien lo mandó presenciando mi reacción ante aquella broma macabra, pero, para bien o para mal, seguía sola y el vagón continuaba vacío. Volví a centrar mi atención en aquel pequeño sobre en el que mi nombre había sido mecanografiado. Lo abrí y saqué una pequeña hoja de papel que había sido doblada por la mitad y en la que el texto también estaba escrito a máquina y decía:

Añorada L. Rivalcielli:

Tengo que confesarle que nos entristeció profundamente su marcha y que no tuviera la cortesía de informarnos de su repentina decisión de abandonar el hospital para trasladarse a Londres, una ciudad magnífica donde, ¿realmente cree que podrá pasar desapercibida a nuestros ojos? Me veo en la obligación de decirle que no deja de sorprendernos constantemente con su ingenuidad, que por lo que parece da muestras de ser ilimitada y hasta un poco embarazosa, en mi opinión. Sus compañeros de viaje, como seguro ya ha podido comprobar, abandonaron el vagón hace tiempo alentados por sus importantes deberes con nuestra organización. Le rogamos encarecidamente que tome este ejercicio más como una anécdota que como una burda muestra de nuestro poder. También le pedimos disculpas si por este motivo se siente sola o incluso algo desamparada durante el resto del trayecto, siempre puede consolarse pensando que al final de día, ¡la maravillosa Londres permanece a su espera!

Ilusionados con reencontrarnos en la gran capital.

Un cordial saludo.

Aquella carta desató una tempestad de nerviosismo en mi interior, no dejaba de temblar y tenía ganas de llorar. Aquellas personas estaban locas, sus mentes debían sufrir algún tipo de perturbación

severa que les hacía comportarse como auténticos lunáticos. Metí el sobre en mi bolso y volví a mirar en el vagón mientras, temerosa, me mordía el labio inferior intentando contener la rabia y las lágrimas que ya comenzaban a surcar mis mejillas. Este seguía completamente vacío, meciéndose ajeno a todo y todos. Entonces, como sacudía por un primer impulso desatado, pensé en levantarme y saltar del tren en marcha, si ellos sabían dónde estaba y a dónde me dirigía en una ciudad tan poblada como Londres, cualquiera podría ser uno de los esbirros que trabajaban bajo sus órdenes y seguirme hasta el apartamento donde, sin duda, me encontraría a aquellos dos seres detestables sin que Holly o Valeria estuviesen allí para poder sacarme del aprieto. La imagen de aquella secuencia era algo que quería evitar a toda costa. ¿Cómo podría defenderme de aquellos tarados y el grupo de indeseables que les seguían?

Una inyección de adrenalina me hizo cambiar de parecer, aquellos enajenados mentales asesinaron a mi marido, destrozaron nuestras vidas y ahora venían con amenazas, ¿por qué estaba huyendo? ¿Por qué les tenía miedo cuando realmente no tenía nada que perder porque ellos me lo habían arrebatado todo? ¿Por qué defenderme si lo que debía hacer era atacar?

Y en aquel preciso momento tomé una decisión que posiblemente me costaría la vida, pero sería a lo que dedicase el resto de mis días si fuese necesario, reduciría aquella organización a cenizas y empezaría por sus cabecillas. Ellos serían los que comenzarían a temblar con solo escuchar el apellido Rivalcielli, ellos y el resto de sus generaciones posteriores. Me pondría en contacto con Valeria tan pronto como llegase a Londres y juntas trazaríamos el principio de su fin.

CAPÍTULO XIV

El tren llegó puntual a la estación de Paddington. Antes de que se hubiese detenido ya me encontraba junto a la puerta preparada para salir cuanto antes. El tren paró y la puerta se abrió dando el pistoletazo de salida a mi nueva empresa. Subí por las escaleras hasta llegar al *hall* principal, había muchísima gente. Unos haciendo cola para adquirir sus billetes, otros consultando los horarios, unas personas salían a la vez que otras entraban entre el constante murmullo de la multitud. Divisé unas cabinas telefónicas en la pared junto a la puerta de entrada y me dirigí hacia ellas atravesando la muchedumbre. Cuando llegué, saqué unas monedas que introduje en la ranura hasta que el crédito apareció en la pequeña pantalla y pude marcar el número que Valeria me dejó antes de marcharse del hospital unas semanas antes. Un tono, dos tonos, tres tonos…

—Detective García —dijo una voz familiar.

—Valeria, soy Lucía, qué alegría me da escucharte —dije contenta.

—¡Lucía! ¿Cómo estas? ¿Cómo te encuentras? ¿Desde dónde me llamas? —me preguntó Valeria casi sin respirar.

—Estoy bien, gracias, estaba cansada del hospital y, aunque me aconsejaron quedarme unos días más, pedí el alta voluntaria y me he venido a Londres. ¿Cómo estás tú? —le pregunté.

—Me alegro mucho de que estés recuperada. Yo de vuelta en la comisaría, a Miles ya le picaba demasiado ver mi puesto vacío y en cuanto salí del hospital me llamó para que me incorporase inmediatamente y aquí me tienes de nuevo, de vuelta al frente de batalla —dijo antes de reír.

Yo también reí para no parecer descortés, pero pensar en lo que le iba a pedir hizo que mi risa se agotara rápidamente.

—¿Cómo va la investigación? ¿Algo nuevo? —pregunté.

—Me tienen apartada del caso, Lucía, no creen que pudiera ser

objetiva después de lo ocurrido y, a mi pesar, me han dejado fuera —contestó apesadumbrada.

En la conversación se hizo el silencio durante algunos segundos, probablemente nuestras mentes volaban sobre los recuerdos del pasado hasta que me decidí a romperlo.

—Valeria, ¿recuerdas la primera conversación que tuvimos en el hospital cuando bajé a tu habitación? —le pregunté.

—Perfectamente —contestó ella.

—Creo que ha llegado el momento de que nosotras hagamos algo al respecto —dije segura de mí misma.

—Lucía, mis compañeros están haciendo un gran trabajo, darán con los culpables muy pronto, estoy segura —contestó Valeria en un tono reticente.

—No lo dudo, pero creo que están pasando demasiadas cosas de las que la policía no tiene conocimiento ni ningún control —le dije reprochándola su apatía.

—¿A qué te refieres? —preguntó seria.

—Aquellos hombres de negro que viste en la oficina de Miles, los que vinieron a visitarme al hospital, están al corriente de todos mis movimientos y me han vuelto a amenazar —dije algo nerviosa por la ansiedad que me producía recordarlos.

—¿Cómo? ¿Los has visto otra vez? —me preguntó Valeria alarmada.

—No cara a cara, pero cuando venía en el tren con destino a Londres me enviaron un mensaje dejándome claro que no tengo escapatoria, están por delante de cada paso que doy —dije algo desesperada por la incomodidad de sentirme perseguida.

—Pero eso es casi imposible, tendrían que tener a un informador en cada esquina para poder controlarte de esa manera —dijo Valeria con asombro.

—Valeria, nadie conoció mi decisión de marcharme del hospital hasta la misma mañana que lo solicité. —Hice un descanso y continué —: Y alquilé un apartamento en Londres donde pudiera estar alejada de todo y de todos durante algún tiempo hasta que mi cabeza fuera capaz de asimilar lo que ha sucedido. —Hice una pausa.

—Me parece una decisión acertada —dijo Valeria.

—Sí, eso pensé yo, y por ello me dirigí a la estación tan pronto como salí del hospital y tomé el primer tren a Londres, pero al entrar en el vagón me sorprendió que estuviera prácticamente vacío, había unas cinco o seis personas ya sentadas en sus asientos y después de que el revisor pasara apareció un pequeño sobre en el asiento de al

lado y cuando fui a llamarle pensando que lo había perdido, todos en el vagón habían desaparecido, incluso el revisor que me había pedido mi billete tan solo un par de minutos antes —dije mostrando el asombro que sentí cuando ocurrió.

—Es extraño, ¿recuerdas cuántas paradas había hecho el tren hasta ese momento? —me preguntó Valeria.

—Ninguna —sentencié.

—Es realmente extraño, porque ¿qué probabilidades habría de que esas seis personas hubieran abandonado el vagón por diferentes motivos a la vez? Si ninguna de ellas se encontraba allí cuando el revisor pasó, en esos pocos minutos que tardaste en ver el sobre él pudo haber pasado al siguiente vagón directamente —dijo Valeria como pensando en voz alta.

—Aún hay más —añadí.

—¿Más? ¿Qué ocurrió? —me preguntó intrigada.

—El sobre tenía mi nombre escrito —dije antes de que Valeria me interrumpiese.

—¡Qué! —gritó incrédula desde el otro lado del teléfono.

—Sí, me quedé de piedra cuando lo vi —dije en un tono decaído.

—Me puedo imaginar la situación perfectamente, Lucía, yo me hubiese sentido igual que tú —dijo Valeria intentando animarme—. ¿Qué había en el sobre? —preguntó inmediatamente después.

—Había una pequeña nota, en ella aquellos dos hombres de negro me dejaban claro que estaban al corriente de todo lo que he hecho o incluso de lo que pensaba hacer —dije resignada.

—Pero… ¿cómo puede ser? No entiendo nada —dijo Valeria perpleja.

—Y, lo creas o no, hacía referencia a los pasajeros que vi al entrar en el vagón —dije antes de que Valeria me volviese a interrumpir.

—No me gusta nada el aspecto que está tomando lo que me cuentas —dijo seria.

—Aquellas personas, todos ellos, trabajan para la organización que controlan los hombres de negro —dije antes de que se hiciera un largo silencio que finalmente rompió Valeria.

—¿Dónde estas ahora mismo? —me preguntó.

—En uno de los teléfonos públicos que hay en el *hall* principal de la estación de tren de Paddington —contesté.

—Esto es lo que vas a hacer, Lucía —dijo Valeria con voz firme—. No te nuevas de allí bajo ninguna circunstancia, es un lugar público y eso te protegerá. Espera a que yo llegue en algún restaurante o en una

de las cafeterías que hay allí —dijo antes de continuar—. La estación posee cámaras de vigilancia en varios lugares que puedes ver con facilidad. Asegúrate de que siempre estás bajo la vigilancia de una de ellas, ellos son listos y evitarán a toda costa esos lugares y, si pasase algo, les tendremos grabados y nos sería mucho más fácil reconocerlos —y continuó—: Voy a intentar mandar un coche de policía con dos agentes para que patrullen en la estación. No puedo pedirles que te escolten, porque como ya sabes me apartaron del caso y por lo tanto no debería saber nada de esto, pero no importa —dijo sabiendo que se jugaba el puesto.

—No sé cómo agradecértelo, Valeria —le dije mostrando mi alivio.

—Ahora no, Lucía, mejor cuando esté todo resuelto —contestó—. Sigue mis instrucciones al pie de la letra y en unas dos horas nos encontraremos allí.

—¿Dónde? —interrumpí.

—No te preocupes por eso, hablaré con el personal de seguridad encargado de las cámaras para que te localicen y me tengan informada en todo momento —y continuó—: Todo va a salir bien, Lucía, te lo prometo.

—Muchas gracias, Valeria —le dije agradecida.

—Saldré para Londres en unos diez minutos, ve a tomarte un café y cuando menos te lo esperes me tienes allí contigo para que me invites a algo —dijo riéndose.

—Eso está hecho —contesté entre risas.

—Hasta pronto —dijo Valeria despidiéndose.

—Hasta pronto —contesté.

Colgué el teléfono y me quedé parada un tiempo perdida en una vorágine de pensamientos. Realmente no tenía elección, incluso si intentaba huir estaba segura de que al final me encontrarían, eran como un tumor, a no ser que fuera extirpado crecería hasta devorarlo todo, incluyéndome a mí. Comencé a pasear por la estación buscando a través de los cristales negros de mis gafas de sol las cámaras de vigilancia que me protegerían. Las localicé sin problemas, había ocho y una de ellas enfocaba directamente a la terraza de un restaurante italiano. Compré una revista y me senté en una sus mesas, desde donde los vigilantes me podrían ver sin dificultad, pedí un capuchino que me trajeron prácticamente al instante y comencé a ojear la revista. Cada vez que levantaba la vista y miraba a mi alrededor veía a gente por todas partes y me preguntaba cuál o cuáles de aquellas personas podrían estar siguiéndome, posiblemente estaban por allí cerca disimulando mientras no me perdían de vista y esperaban

instrucciones de sus superiores. Todos parecían posibles candidatos, incluso la camarera, a pesar de su simpática sonrisa, o el chico que esperaba apoyado en la pared indiferente a todo mientras escuchaba algo con sus auriculares y bebía pequeños sorbos de su café. Sin querer, estaba encallada en un mundo de espías, policías e incertidumbres que se había instaurado a la fuerza sobre mi vida llevándose por delante a Marco, nada me habría importado si él hubiera estado conmigo, él habría encontrado la manera de ponernos a salvo, igual que lo hizo aquella noche en la que en su afán por salvarme la vida sacrificó la suya.

Las lágrimas corrían sobre mi cara desconsoladas, intenté secarlas con un pañuelo, pero el sentimiento de añoranza y el dolor que contenían fueron demasiado fuertes y continuaron brotando durante un tiempo hasta que finalmente me rehíce y pude controlarlas. Aquella era mi nueva vida y tenía que seguir adelante, luchar con todas mis fuerzas contra el mundo entero si era necesario, no sé si encontraría paz en un futuro, pero estaba segura de que si había alguna posibilidad de hacerlo, con toda seguridad estaba al final de aquel libro, al otro lado de la montaña donde con seguridad brillaba el sol, tras poner a aquella banda de lunáticos y a sus líderes entre rejas para siempre.

—¿Otro capuchino, señora? —dijo la camarera cogiéndome por sorpresa.

—No, gracias, ¿puede traerme la carta, por favor? —le pregunté.

—Por supuesto, señora, un momento —contestó la chica antes de darse la vuelta y desaparecer en el interior del restaurante.

Unos minutos más tarde regresó con su amable sonrisa acompañada de la carta. Estaba cerrada y justo antes de abrirla me detuve. Quizás en su interior se encontraba otra nota esperando a que abriese aquel librillo con mi usual ingenuidad. Esta vez no me sorprenderían, había aprendido de la experiencia del tren. Si no leía aquellos mensajes no me afectarían, estaba claro que ellos deseaban que yo los leyera para presionarme y hacerme pensar que lo controlaban todo, pero solo les había funcionado hasta aquel momento, porque a partir de entonces no seguiría su juego, las cosas habían cambiado.

Cuando la chica volvió pedí una ensalada pequeña y una copa de vino tinto, mientras lo preparaban y comía algo, las dos horas que Valeria tardaría en llegar se habrían esfumado sin darme cuenta.

La ensalada estaba deliciosa y, acostumbrada a la estéril comida del hospital, esta me pareció un manjar de dioses. El vino no era tan bueno, estaba algo oxidado y había perdido cualidades, posiblemente nada que ver con lo que fue al descorchar la botella unos días antes. Cuando terminé me sentí satisfecha e incluso feliz, olvidé por un

momento el huracán en el que estaba envuelta y continué entretenida con mi revista y los artículos de decoración.

—Señora Rivalcielli —dijo una voz de hombre.

El repentino e inesperado sonido de mi nombre me asustó, instintivamente levanté la cabeza y encontré a un policía uniformado frente a mí.

—Perdón —contesté confundida.

—¿Es usted Lucía Rivalcielli? —me preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Hay algún problema, agente? —pregunté aún bajo la confusión de mi sorpresa.

—¿Puede ponerse de pie, por favor? —me preguntó seriamente sin que en su rostro se produjese el menor cambio.

—¿Por qué motivo? —pregunté sin moverme de mi asiento.

—Por favor, señora, colabore. No me gustaría tener que repetirlo —dijo mirándome seriamente.

Yo dudé un momento, tanto el uniforme como la placa eran con toda seguridad los que los policías de calle portaban, pero ¿por qué había venido? Valeria me dijo que enviaría a una pareja. Miré alrededor rápidamente y no vi a más policías.

—Señora —dijo con voz más fuerte.

¿Y si no era realmente un policía? ¿Y si era otro como el revisor o los que estaban sentados en el vagón?

—No ponga las cosas más difíciles de lo que ya lo están —dijo en un tono incluso más serio—. Levántese ahora mismo —añadió.

Yo, nerviosa e indecisa, busqué con la mirada la cámara de seguridad esperando alguna reacción, me imaginé que de un momento a otro aparecerían corriendo varios hombres de la seguridad de la estación, pero al ver que no ocurría, comencé a pensar que tal vez aquel hombre era ciertamente un agente de la ley y debía seguir sus instrucciones. Volví a mirar al policía, su cara se estaba ensombreciendo más y más con cada segundo que transcurría sin que yo cooperara. Finalmente, me vi obligada a levantarme, no tenía elección, tendría que confiar en que él sería alguien enviado por Valeria. En cuanto estuve de pie, el agente se abalanzó sobre mí con rapidez y me sujetó la muñeca.

—Pero… ¿qué está haciendo? —dije incrédula—. Está cometiendo un gravísimo error —continué mientras la gente se paraba y comenzaba a arremolinarse alrededor para presenciar el espectáculo —. ¿Qué hace? Suélteme —dije quejándome amargamente mientras ponía cierta resistencia fruto de la frustración.

Entonces el policía habló de nuevo.

—Esta usted detenida en relación con la desaparición de Richard Blake y la muerte de Marco Rivalcielli. Tiene derecho a permanecer en silencio, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. Tiene derecho a un abogado… —dijo mientras me ajustaba las esposas inmovilizando mis manos tras la espalda.

CAPÍTULO XV

Continué andando hacia aquel espectro preguntándome si se trataba de Víctor o si sería Riario jugando conmigo. Por el contrario, la sombra que esperaba mi llegada no se movía, incluso pensé que estaba dada la vuelta de espaldas a mí contemplando algo en otro lugar. Cuando estuvimos a una distancia prudencial, yo me detuve.

—Me llamo Marco, he venido a encontrarme con Víctor —dije en voz alta.

—Me alegro de que hayas venido, Marco, sabía que no te llevaría mucho descifrar mi pequeña adivinanza —dijo desde la distancia.

Y antes de que pudiese decir nada más, aquella sombra desapareció en un microsegundo y se materializó enfrente de mí a la misma velocidad. Fue incluso más rápido que Riario cuando hablé con él en la plaza del pueblo.

—Tenía ganas de conocerte, sinceramente creo que eres un ser especial —dijo.

—¿Eres Víctor? —pregunté ignorando lo que aquella criatura me había dicho.

—Sí, Marco, mi nombre es Víctor —contestó.

—Necesito tu ayuda, mi mujer está en peligro. Riario me dijo que tú eras el único que posee respuestas —dije con cierta ansiedad.

—Riario es un buen chico, aprende rápido y pronto terminará su adaptación a este mundo —dijo antes de que yo continuase.

—¿Qué puedo hacer, Víctor? ¿Cómo puedo llegar a influir en el mundo en el que se encuentra mi mujer? ¿Dónde estamos? —pregunté con urgencia.

—Son muchas preguntas, Marco, y ninguna de ellas es fácil de responder —dijo antes de seguir—. Debes tener en cuenta que aunque posea la respuesta a tus preguntas, no significa que pueda dar solución a tus problemas —y continuó—: Es prácticamente imposible que

puedas afectar el devenir de las personas que habitan el lugar en el que se encuentra tu mujer, no hay ningún lazo de unión entre su mundo y el nuestro. Lo siento mucho, sé que no es lo que esperabas escuchar —dijo Víctor con cierto pesar—. Se podría decir que estamos en un mundo paralelo algo más complejo que el que tú abandonaste recientemente. En ese otro en el que se encuentra Lucía todo está regido por leyes físicas que limitan al ser. Imagina que nos encontramos en una especie de mundo espejo en el que eres completamente libre de cualquier atadura física —dijo esperando mi réplica.

—¿Qué quieres decir? ¿Que podría volar si quisiese? —pregunté irónicamente.

—Sí, si es lo que tú deseas —contestó con amabilidad.

—No estoy tan seguro de ello, Víctor, entonces, ¿he sido yo el que me he traído hasta aquí desde la mansión? —pregunté.

—Es algo más complicado que eso, digamos que solo has cambiado de escenario, tú eres el que recrea cada situación en la que te encuentras —contestó Víctor.

—No tiene ningún sentido —contesté enfadado recordando que estaba allí atrapado junto a aquel atajo de locos.

—Quizás ahora no lo tiene, Marco, pero lo tendrá en un futuro, estoy completamente seguro de ello —respondió antes de continuar—. Lo que estás haciendo ahora es una transición entre el mundo anterior y este. Recreas lo que conocías en el pasado, lo que te daba tranquilidad y paz para hacer que esa metamorfosis ocurra lentamente sin que te pierdas en ella —y continuó—: Piénsalo un poco mejor. Al comienzo creías que aún estabas vivo, proyectabas la rutina de tus días hasta que poco a poco fuiste despertando al atar los cabos que anteriormente habían pasado desapercibidos. Este viaje comenzó en el momento en el que te diste cuenta de que tu paso por el mundo físico había concluido, cuando descubriste que habías fallecido.

Yo tragué saliva. No quería creerlo, pero todo lo que estaba diciendo Víctor tenía sentido.

—¿Pero la mansión existe? Mi biblioteca, el pueblecito, todo es real —dije en tono que se debatía entre la queja y la súplica.

—Solo dentro de ti, Marco, ¿por qué crees que nos ves a Riario y a mí como espectros? —me preguntó.

—Porque esa es vuestra apariencia —contesté sin vacilar.

—No, Marco, tenemos esta apariencia porque no puedes asociar ninguna imagen o recuerdo a nuestros nombres, por eso compartimos la misma forma —contestó como si le hablase a un niño pequeño.

Me quedé en silencio, sin palabras. Para mi sorpresa, las piezas encajaban en aquella locura sin que pudiese oponerme a ello.

—También he notado que sin pretenderlo has comenzado a experimentar algunas habilidades propias —me dijo.

—¿A qué te refieres? —pregunté aún pensando en lo que me había dicho anteriormente.

—¿Qué explicación le das a lo que ocurrió cuando tocaste a Greenville? —me preguntó.

Yo esperé a contestar mientras recreaba lo que pasó y volvía a ver aquellas imágenes.

—No lo sé, fue extraño, pero lo que vi fue muy claro y necesito encontrar la manera de ayudar a Lucía como sea —le dije inquieto.

—Desafortunadamente, no hay nada que podamos hacer en estas circunstancias, Marco, debes asimilarlo —contestó serio.

Yo me mantuve en silencio durante un tiempo, contrariado empecé a pensar que seguir allí era una pérdida de tiempo y que no podría dejar a Lucía sola en aquel mundo de peligros en el que se había visto envuelta por mi culpa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté después de un rato preocupado por perder el interés de Víctor si no continuaba con la conversación.

—Desde el principio —contestó él.

—¿Por qué llegamos aquí? ¿Cuántos hay como nosotros? —pregunté.

—Los que llegan hasta aquí son los que no logran continuar con su camino porque su conciencia no se lo permite. En algunos casos se debe a las vivencias que marcan sus vidas en el mundo anterior, en otros, la causa es la angustia —dijo, y continuó—: En cuanto a cuántos pueblan esta morada, es difícil, Marco, porque somos muchos y el número varía constantemente —dijo para terminar.

—¿Dónde van los que desaparecen? —le pregunté.

—Simplemente continúan con su camino cuando han entendido el significado de su existencia —contestó.

—¿Por qué estoy aquí, para qué? Esto es una pesadilla, un rompecabezas sin solución —pregunté algo malhumorado con la profunda sensación de que estaba atrapado.

—Fue tu decisión, amigo mío. Tú eres el único que conoce la verdadera razón —contestó.

—¿Qué debo hacer, Víctor? —le pregunté desorientado.

—En un tiempo lo tendrás claro, este mundo será lo que tú quieras

que sea. Ahora debes estar solo, Marco. Es el momento de que crezcas y dejes atrás tus limitaciones —me dijo mientras su cuerpo comenzó a vibrar repentinamente—. Estaremos en contacto —espetó antes de desvanecerse en un suspiro dejándome solo, como si nunca hubiese estado allí.

—¡Espera! —exclamé.

Pero era demasiado tarde, no me dio tiempo a decir nada más.

¿Qué iba a hacer ahora?, ¿cómo volvería a casa? Y lo que era aún más importante, ¿cómo me las arreglaría para ayudar a Lucía?

Me senté en la playa mirando al horizonte, extrañamente las luces azuladas del cielo mantenían los mismos tonos que exhibían cuando llegué, era como si el sol se hubiera quedado atrapado bajo el agua y fuese incapaz de amanecer. ¿Sería aquello a lo que se refería Víctor cuando dijo que yo era el responsable de cada escenario en el que me encontraba, de lo que me rodeaba? Si era cierto, ¿cómo podría controlarlo? Y si fue él el que me citó allí, ¿cómo sabía que yo conocía ese lugar?

Estuve sentado un tiempo contemplando el mar, entretenido con cada ola y la espuma blanca que se acercaba hasta casi tocar mis zapatos en la orilla. No hacía frío y había un intenso olor a madrugada y sal. Por más vueltas que le daba no me quedaba más remedio que andar hasta encontrar algún medio de transporte que me llevase de vuelta a casa, después de un rato allí sentado me levanté decidido, sacudí mis pantalones y me puse de camino. Cuando me había alejado unos metros, una voz familiar habló a mis espaldas.

—¿Realmente has pensado volver andando? —dijo con aquella característica vibración que le delató.

Me di la vuelta inmediatamente y dije su nombre.

—Riario.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

Se encontraba de pie en lo alto de una gran roca sobre la playa.

—Vine a ver qué harías después de tu encuentro con Víctor, esperaba reírme un poco con algún intento por volar, tal vez un par de saltos aquí y allá —dijo con una voz totalmente diferente, mucho más amistosa—. Pero en vez de eso, decidiste volver a casa andando, qué decepción —dijo antes de reír.

Yo también reí y contesté:

—No te quejes, que podría haber decidido volver nadando.

—¡Eso hubiese sido incluso más gracioso! —dijo, y ambos reímos.

Cuando dejamos de reír, Riario volvió a hablar.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? Ven, sube aquí conmigo.

—Un momento —contesté mientras corría con cierta desgana hacia la inmensa roca sobre la que se encontraba.

La aparición de Riario y su amistoso tono de voz me aliviaron de aquella angustia que me oprimía al sentirme atrapado. Aquella figura no tenía nada que ver con el Riario que me encontré en la plaza del pueblo, este se parecía más a un buen amigo. Escalé hasta la cima de la roca poco a poco, ayudándome de cada resquicio o imperfección, hasta que conseguí mi objetivo. Una vez arriba, me sacudí las manos, coloqué mi americana y sonreí.

—Ya estoy aquí —dije feliz.

—Muy bien, mira qué vistas —dijo extendiendo su brazo y señalando el mar.

—Es impresionante, ¿verdad? —dije mirando en la dirección que me indicaba.

—Estamos a una altura considerable —dijo Riario.

—Ya lo creo, me ha costado un montón subir. Desde aquí hay una buena caída —contesté.

—Mira, Marco, qué sorpresa, el mar ha traído una mesa con un suculento solomillo recién hecho —dijo Riario señalando la parte de la orilla donde había hablado con Víctor.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí, ven y compruébalo tu mismo —dijo animado por su hallazgo.

Yo me acerqué rápidamente, presa de la expectación y la curiosidad. Cuando estaba en el borde, miré a Riario y le pregunté:

—¿Dónde? No lo veo.

—Ahí abajo —dijo señalando con el dedo a la zona de la orilla que se encontraba justo debajo de nosotros.

Yo me acerqué con cuidado al borde para ver mejor y cuando me concentraba en no caerme, Riario me empujó al vacío.

Caí durante dos o tres segundos hasta que el suelo me paró. Riario no paraba de reír. Yo le miré algo enfadado.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté sentado en el suelo.

—Ha sido muy gracioso, Marco —dijo entre risas.

—Yo no le veo la gracia, me podía haber roto algo.

Riario comenzó a reír incluso más.

—Marco, eres lo mejor que ha pasado por aquí en mucho tiempo —dijo entrecortado por su risa.

Yo me quedé en el suelo esperando a que terminase mientras me quitaba algo de arena que había saltado sobre mi pantalón después de

la caída. Se lo estaba pasando en grande a mi costa, pensé mientras aquella sombra se estremecía entre risas.

Después de un rato, sus carcajadas se fueron agotando hasta que me habló.

—¿Te duele mucho? —me preguntó.

—Bueno, la verdad es que no, aunque he tenido suerte desde una altura como esa —contesté.

—Sube otra vez, debemos hablar de algo importante —me dijo serio.

Yo me levanté, me coloqué la ropa y me dispuse a escalar la roca de nuevo. Esta vez fue más fácil porque ya conocía dónde apoyarme. Cuando llegué arriba, él me estaba esperando.

—Marco, hay fuerzas que no controlamos y siempre debes ser precavido —me dijo en un tono preocupante.

—Lo seré. ¿De qué fuerzas estamos hablando? —pregunté interesado.

—Son unas fuerzas ocultas muy poderosas, de hecho, han dejado la marca de su presencia justo donde tú te encontrabas hace un momento —dijo con un tono de preocupación.

—¿De verdad? No he visto o sentido nada, ¿cómo puedo evitarlas? —pregunté.

—Poseen una marca especial que dejan impresa allá donde se manifiestan —dijo señalándome la playa donde acababa de estar.

Yo me acerqué con cautela y miré las marcas que había dejado después de mi caída.

—No las veo, ¿cómo son? —pregunté esforzándome por ver algo diferente.

—¿Intentas tomarme el pelo? Están justo ahí —dijo extrañado.

—No, no las veo —contesté preocupado.

Riario comenzó a reír otra vez y dijo:

—Será que tienes que mirar desde más cerca. —Al mismo tiempo, me empujó otra vez y me hizo rodar al vacío.

Volví a precipitarme durante unos segundos hasta que aterricé con un golpe seco contra la arena, más o menos en la misma zona donde había caído anteriormente.

Riario continuaba riendo sin parar mientras yo me preguntaba qué sentido tenía aquel juego en el que solamente Riario se lo estaba pasando bien. Sus risas se fueron disipando hasta que perdieron fuerza y terminaron.

—Marco, ¿estás bien? —me preguntó.

—Esto es estúpido —dije enfadado desde el suelo.

—Venga, sube otra vez, te estoy esperando —dijo animándome.

—No subiré a menos que me prometas que no volverás a empujarme otra vez. ¡Al final me vas a acabar matando! —le grité, aún malhumorado.

Riario comenzó a reír sin parar hasta el punto de que tuvo que sentarse en el borde de la roca, era como si le hubiera dado un ataque de risa.

—De acuerdo, lo intentaré —dijo a duras penas mientras la diversión no parecía encontrar fin.

No me hacían ninguna gracia sus risas y aquel ridículo juego, pensé mientras miraba la arena del suelo y escuchaba a Riario. En aquel momento algo brotó y empezó a tomar fuerza en mi interior, ya se había divertido lo suficiente, ahora sería yo el que me reiría de él. Subiría una vez más a la roca donde se encontraba, me acercaría amistosamente y entonces, cuando menos lo esperase, ¡le empujaría! Me levanté risueño y una vez más me dirigí hacia la gran roca, aunque en esta ocasión más contento que en las anteriores. Subí rápidamente usando las oquedades y salientes que había utilizado antes y en un momento estaba arriba. Riario seguía sentado riendo sin parar cubriéndose la cara con las manos mientras su cabeza hacía gestos de negación. Con dificultad consiguió levantarse y entre risas hizo un esfuerzo para hablarme. Era incapaz de terminar una palabra sin echar a reír de nuevo. Yo me concentraba en acercarme a él poco a poco mientras me esforzaba por disimular una sonrisa malévola y contener la risa que me producía imaginarle rodando piedra abajo y estampándose en la playa. Continué acercándome lentamente, desde la distancia la imagen debió asemejarse a la de un guepardo fijo en una pobre gacela a punto de ser depredada. Mi plan seguía adelante y el espacio que nos separaba se hacía más y más pequeño sin que Riario sospechara nada. Lo cierto es que me empezó a dar cierta pena de él, porque al fin y al cabo no parecía mal tipo y la idea de verle cayendo me causaba cierto reparo, un pensamiento que solo duró hasta que un rebrote de sus inagotables risas disiparon mi compasión de un plumazo. Era demasiado tarde, estaba casi a la distancia perfecta y había llegado mi momento, ¡ahora sería yo el que se reiría!

—Mira, Riario, se aproxima un barco mercante lleno de ratas murciélago sedientas de sangre —dije señalando a sus espaldas.

Cuando él amagó con girarse para mirar, yo tomé impulso y me abalancé sobre él. En el instante en el que estaba a punto de empujarle al vacío y alcanzar mi meta, debió adivinar mis intenciones y simplemente desapareció y se transfiguró dos metros más allá, fuera de mi alcance. Sorprendido por su rápido movimiento y condenado

por la inercia que llevaba, no tuve tiempo de reaccionar y acabé despeñándome una vez más desde lo alto de la roca hasta que mi cuerpo quedó incrustado una vez más en la playa. Con la cabeza aún hundida en la arena, escuché cómo Riario estallaba en carcajadas. No paraba de reír mientras yo me preguntaba si padecería algún tipo de desequilibrio mental por el que acabó sin remedio en aquel lugar. Seguro que ni Víctor lo quería cerca de él. Con su risa de fondo, me incorporé enfurecido.

—¿Te has hecho daño? —me preguntó.

Yo no contesté, me limité a sacudir la arena que tenía por todas partes. Solo podía pensar en subir allí arriba y hacerle probar de su propia medicina a cualquier precio. Estaba muy enfadado y sus risas espoleaban mi cólera como si arrojasen alcohol al fuego. Pensé en correr hasta la roca y escalarla en un segundo para pedirle explicaciones y acallar sus risas, sentí que mejor que correr directamente saltaría desde allí abajo para sorprenderle y mostrarle mi descontento, deseé con tanta fuerza estar en lo alto de aquella mole de piedra y que ese juego ridículo parase junto con las risas de aquel espectro que, sin saber cómo, de alguna manera debí ser arrastrado por aquel malestar que bullía dentro de mí y en una fracción de segundo me encontré frente a Riario. Sorprendido por lo que me acababa de ocurrir me quedé quieto, sin palabras, y él al verme dejó de reír al instante.

—Lo has conseguido, amigo mío —dijo mientras comenzaba a aplaudir mostrando su reconocimiento—. Has dejado atrás las limitaciones que te hacían escalar una y otra vez la roca para llegar aquí —añadió con una voz de la que brotaba satisfacción.

—¿Cómo? —pregunté aún perdido en lo que acababa de suceder intentando buscarle una explicación.

—No importa, solo piensa que ahora eres totalmente libre, Marco, libre para hacer lo que soñabas cuando eras tan solo un niño, libre para alcanzar las estrellas si lo deseas, libre como jamás lo habías sido —dijo Riario.

Yo miré a la playa y de nuevo a la gran roca que me sostenía bajo mis zapatos. Solo lo pensé y al momento estaba sobre la arena saludando a las olas del mar, y al instante siguiente de vuelta frente a Riario.

—¡Esto es increíble! —exclamé.

—¡Increíble fue verte en la biblioteca del pueblo agarrado a la puerta de cristal como si el mismísimo demonio fuese en tu busca hambriento de tu alma! —exclamó antes de reír.

—Qué gracioso —contesté con cierto rencor—. Solo estaba un poco

asustado —añadí.

Riario rio.

—Tenías que haberte visto, Marco, fue graciosísimo, no sé cómo me las arreglé para seguir corriendo hacia ti cuando lo único que quería era pararme y mondarme de la risa… Y continuó—: ¡Eso sí que fue increíble!

Yo no reí y después de un rato le pregunté:

—¿Por qué lo hiciste, por qué no fuiste más amistoso cuando me viste perdido en el pueblo? —pregunté serio.

—Porque es lo que Víctor me pidió, no quería interferencias hasta que él hablase contigo, quería que te mantuvieras alejado de la realidad hasta que él pudiera darte las pautas que necesitabas para estar preparado. —Y paró un momento antes de continuar—. Para asimilar lo que ahora sabes —terminó de explicar.

Lo comprendo… —dije pensativo—. Y si esta realidad, este paraje donde ahora nos encontramos lo he creado yo, ¿cómo puedes estar en tú en ella? ¿Cómo puedes ver lo que yo veo? —pregunté.

—Es muy fácil, solo hay que conectarse al escenario que tú estás recreando en un momento determinado, es como si estuvieras haciendo una proyección alrededor de ti de tus pensamientos y yo pudiese verlos y actuar de acuerdo con ese entorno que has creado. Víctor estableció que debíamos hacerlo así para que el periodo de aclimatación de los nuevos fuese menos traumático —respondió.

—Es enrevesado —dije antes de volver a preguntar—. Y ¿qué hay detrás de estos decorados que nosotros mismos originamos?

—Nadie lo sabe, posiblemente ni Víctor conozca la verdadera cara de este mundo —contestó.

—Me imagino que cada uno vive en su burbuja sin saber de los demás, sin entender de la naturaleza del lugar donde se encuentran —dije pensativo—. Como si estuviésemos viviendo un sueño para la eternidad… —añadí.

—Sí, creo que debe ser algo así —dijo Riario antes de cambiar de conversación—. Marco, ahora debo marcharme.

—¿Por qué? ¿Esto es todo? Necesito aprender más —dije quejándome.

—Porque es momento de que descubras y aprendas de lo que experimentes, mi única tarea era que dejases tus ataduras físicas atrás y ya lo has logrado. Ahora no tengo nada más que enseñarte —contestó.

Y al momento su figura comenzó a desvanecerse lentamente como lo hizo en el pueblo.

—¡Espera! —exclamé.

—Quería darte las gracias, Marco, ¡hacía mucho tiempo que no me reía tanto! Nos veremos pronto, estaremos en contacto —dijo mientras su figura perdía intensidad—. Sé tú mismo —añadió antes de evaporarse completamente.

Después de que Riario se marchase permanecí un tiempo contemplando el mar hasta que una idea cruzó el horizonte dibujando una sonrisa en mi rostro, me concentré y al momento me encontraba sobre el agua. Me había alejado unos cientos de metros de la orilla y paseaba sobre el líquido como si este fuera tan firme como el suelo de una montaña, aquel mundo era simplemente increíble. Esa imagen de mí mismo sobre las olas me recordó los textos antiguos que hablaban del dios Viracocha, cuando se aproximaba hacia las tierras peruanas caminando como yo lo hacía en ese momento, y también al predicador judío fundador del cristianismo andando sobre el mar de Galilea, cuando sus discípulos le esperaban en la barca y vieron cómo se aproximaba andando sobre el agua y asustados gritaron llenos de miedo que era un fantasma. Era curioso, porque yo era exactamente eso, una silueta de humo en un mundo que no existía más allá de mis pensamientos y donde, apartado de Lucía, estaría condenado a existir con la incertidumbre de que nunca conocería qué sería de ella después de tener que abandonarla. En aquel momento me detuve y contemplé cómo las olas golpeaban mis piernas durante un tiempo hasta que decidí que ya había tenido suficiente allí fuera, era el momento de volver.

Con la tristeza de esos últimos pensamientos regresé a casa, por increíble que pareciese había recorrido los casi dos mil kilómetros que separan Islandia de Inglaterra en un abrir y cerrar de ojos. Entré en la biblioteca, coloqué el primer disco que encontré sobre el plato del gramófono y me recosté en mi sillón. Cerré los ojos y me concentré en intentar aliviar el sentimiento de insondable soledad que se había acomodado en mi interior. Estaba confundido porque no entendía el sentido de una existencia así, completamente solo para el resto de la eternidad viviendo en mi propia locura. Aquella habitación, la casa, mis libros e incluso la música que inundaba la sala…, todo era una farsa, una gran mentira que giraba a mi alrededor alimentando una burda ilusión que intentaba mantenerme alejado de la verdad, porque la realidad era que estaba muerto y después de eso solo existía la nada. Cuando la angustia y aquel dolor acerado me oprimían con más fuerza, escuché algo con tanta nitidez que me hizo abrir los ojos rápidamente y saltar del sillón como un resorte.

—… solo deseo la muerte, porque ya nada me ata a este mundo…

CAPÍTULO XVI

El policía me llevó esposada a través de la estación de tren ante la atenta mirada de cientos de personas que se paraban sorprendidos a contemplar la escena. Yo no hablé y solo me limité a seguir andando mientras pensaba qué acusaciones podría tener la policía contra mí para detenerme de aquella manera, como si fuera una vulgar ladrona o una delincuente habitual. Poco a poco una preocupación incluso más grande comenzó a crecer en mi interior, ¿y si aquel policía que me sujetaba del brazo y me había esposado no era realmente un agente de la autoridad? Cuando me sorprendió en el restaurante no tuve tiempo para reaccionar y ni siquiera le pedí que se identificase correctamente antes de esposarme. En el momento en el que se acercó a mí y me detuvo, confié en que si la seguridad de la estación de Paddington no salió en mi ayuda fue porque aquel policía no les pareció sospechoso y como su apariencia era la habitual de un agente uniformado, no me quedó más remedio que seguir sus instrucciones.

Finalmente, salimos por la puerta principal y el circo terminó, aparcado sobre la acera se encontraba un coche de policía con una fila de luces rotativas de color azul destellando constantemente sobre su techo. Aún sujetándome por el brazo, abrió la puerta y me ayudó a entrar en la parte trasera protegiéndome la cabeza para que no me golpeara con el arco del vehículo. Era muy incómodo tener las manos esposadas a mi espalda, tanto que empecé a sentirme inquieta y nerviosa. El policía se puso al volante, arrancó el coche y emprendió la marcha. Al momento tomó el micrófono de la emisora y se comunicó.

—Vehículo cero tres siete a central, ¿me recibe? —dijo el agente.

—Le recibo —contestó una voz de hombre por encima del barullo de ruidos que había en el lugar que se encontraba.

—Todo en orden, sospechosa identificada y detenida —dijo el agente antes de continuar—. De camino a la comisaría.

—Entendido —dijo la voz antes de preguntar—: ¿Tiempo estimado de regreso?

—Siete minutos —contestó mientras giraba en la calle a la derecha.

—Recibido —contestó desde el otro lado antes de colgar.

El policía puso el micrófono de vuelta en el salpicadero del coche y continuó conduciendo mientras la emisora trasmitía a un volumen más bajo conversaciones de otros coches con la central. Unos minutos después llegamos a un gran edificio en el que, gracias a los cristales que forraban su estructura, se reflejaba la ciudad y su ajetreo sobre la fachada como si se tratase de un espejo gigante. El coche continuó la marcha y se dirigió hacia un lateral por donde nos introdujimos en el aparcamiento subterráneo bajo aquel monstruo arquitectónico. Pasamos a través varios controles con barreras antes de bajar un piso y detener el coche al lado de una gran puerta corrediza de cristal que se abría y cerraba constantemente cuando otros agentes uniformados entraban o salían del complejo. El policía salió del coche, abrió mi puerta y, sujetándome por el brazo, me ayudó a abandonar el vehículo, después cerró la puerta y tiró de mi brazo para que comenzara a andar. Cruzamos las puertas automáticas y anduvimos a través de un largo pasillo hasta que llegamos a un mostrador ovalado donde, al otro lado, una mujer policía nos habló mientras permanecía de pie.

—¿A quién me traes aquí? —dijo sonriendo mientras me miraba de arriba abajo con cara de rechazo.

—Esta mujer está relacionada con la muerte de un hombre y la desaparición de otro —contestó en policía, que aún me sujetaba con fuerza por el brazo.

—¿Quién lo diría? Aunque en los días que vivimos te puedes esperar cualquier cosa —dijo la mujer mientras me miraba con desprecio y me hacía sentir como un deshecho de la sociedad.

Yo agaché la cabeza e intenté contener las lágrimas con todas mis fuerzas. No solo había perdido a mi marido, había resultado herida después de que unos asesinos nos disparasen en nuestra propia casa, sufriera un accidente de tráfico y una banda de locos me persiguiesen amenazándome con total impunidad allá donde fuese; ahora también era una escoria que al parecer no había sufrido lo suficiente y debía ser humillada. Apreté los puños con fuerza y comencé a pensar en dos posibilidades que con fuerza luchaban ferozmente en mi interior por ser liberadas. O le gritaba a aquella mujer y le borraba aquella insultante mirada de su cara o le golpeaba al policía y corría hacia la salida saboreando posiblemente mis últimos momentos de libertad.

—Esta mañana las cámaras de vigilancia de la estación Paddington

dieron la voz de alarma al identificarla —dijo antes de ser interrumpido.

—Pero eso está a tan solo diez minutos de aquí, estos maleantes cada vez tienen menos vergüenza, ¡en mis tiempos al menos se escondían de la policía! —dijo con sorpresa la cargante mujer.

—Sí, muy cerca. Por lo visto, el juez emitió la orden de busca y captura hace dos días, pero no nos ha llegado hasta esta mañana —dijo el hombre sin cambiar su tono ni la presión sobre mi brazo.

—Esas cosas pasan, ya sabes que el papeleo es infernal. ¿Quién lleva el caso? —preguntó la mujer a la vez que anotaba algo tras el mostrador.

—La verdad es que no sé si han asignado a alguien o todavía está por decidir —contestó el policía.

—Bueno, la sala de interrogatorios número sesenta y tres se acaba de quedar vacía en este momento, llévala allí y cuando conozcamos los detalles del caso y a quién se lo han asignado, la cambiamos a otra habitación o la mantenemos allí —dijo la estúpida y engreída mujer.

—Entendido, entonces notifica que la detenida con las iniciales L. R. se encuentra en la sala sesenta y tres. Voy a llevarla hasta allí y después subiré a la oficina para redactar el informe en caso de que alguien me necesite —contestó el agente.

—Lo acabo de añadir y aparecerá en las pantallas en unos minutos, tan pronto como el programa se actualice —dijo la mujer a la vez que terminaba de teclear algo en el ordenador.

—Muy bien —respondió el hombre antes de que nos pudiésemos en marcha.

Anduvimos por un corredor hasta que llegamos a una zona de ascensores. Nos introdujimos en uno de ellos y subimos un piso. Después cruzamos a través de una zona restringida al público hasta que llegamos a unas puertas automáticas ahumadas de color negro. El policía tecleó un código en el dispositivo del lateral y estas se abrieron inmediatamente dejando al descubierto un corredor con varias puertas a cada lado. Las luces en él eran de color azul apagado y resultaban algo molestas para la vista, nos dirigimos hacia una de las estancias que se encontraban en la fila derecha y nos detuvimos, en el suelo había dos números indicando que nos encontrábamos frente a la habitación número sesenta y tres. Mi raptor abrió la puerta y me introdujo en el interior, a continuación me liberó de aquellas lacerantes esposas que habían dejado mis muñecas doloridas y antes de que se marchase le hablé.

—Yo no he hecho nada, no debería estar aquí —le dije.

—Tal vez, pero ni se imagina cuántas personas a lo largo del día me

dicen exactamente lo mismo que usted acaba de decir. Yo solo cumplo órdenes, señora —contestó.

—¿Cuándo podré salir? Necesito hacer una llamada telefónica — dije desesperada.

—No se preocupe, todo a su tiempo —contestó antes de cerrar la puerta y echar la llave a continuación.

Agotada física y mentalmente, me derrumbé en el suelo al límite de lo que un ser humano puede aguantar y, aunque intenté evitarlo, no me quedaron fuerzas para combatirlo y comencé a llorar. En mi interior habitaban sentimientos que casi no me dejaban respirar, la rabia y la impotencia se unían de la mano a una angustia desgarradora que ahogaba mis ganas por continuar, marchitaba cualquier aliento por vivir. ¿Qué iba a hacer ahora?

Después de un tiempo, me levanté y llegué hasta una de las dos sillas que había en la habitación, una a cada extremo de la mesa que se encontraba en el centro, y me senté. Miré a mi alrededor y vi los espejos que cubrían por completo las paredes de la sala con la seguridad de que desde el otro lado podrían observarme constantemente. Todo estaba en silencio, tanto dentro como fuera en el pasillo, era como si me encontrase en un búnker a cien kilómetros bajo tierra donde solo se escuchaba mi respiración y la nada. Los minutos fueron pasando en aquella tensa calma avivando con cada instante que transcurría mi desesperación, las paredes parecían encoger por momentos a la vez que las agujas de mi reloj se desplazaban pesadas en el tiempo.

De repente, el cierre de la puerta emitió un sonido y mis ojos se clavaron en su pomo metálico. Este comenzó a girar lentamente hasta que llegó a su límite y a continuación una grieta se abrió entre la puerta y su marco en la pared. Una silueta quedó al descubierto lentamente a la vez que la puerta se abría, eran dos hombres. No conseguía ver su rostro porque el pasillo estaba en penumbra con sus tenues luces azules mientras el techo de la sala donde me encontraba estaba forrado de luces brillantes. Les llevó un instante pasar de la zona de oscuridad hasta entrar bajo la luz que finalmente les desenmascaró, en ese mismo instante mi cuerpo pasó de la expectación al pánico. Me habían tendido una trampa, eran los dos hombres de negro con su piel pálida y sus estrafalarias gafas de sol. Me quedé paralizada, no podía dejar de temblar.

—Señora Rivalcielli, qué alegría nos da verla, totalmente recuperada y campando a sus anchas —dijo el único que hablaba mientras el otro se quedaba a un lado después de cerrar la puerta.

Yo no contesté, estaba petrificada. Nadie me iba a poder sacar de aquella situación. Valeria habría llegado a la estación y al no

encontrarme estaría dando vueltas buscándome y Holly, la valiente chica del hospital, no aparecería para echarlos de allí. Esta vez estaba perdida.

—Gracias a estas instalaciones podremos hablar durante el tiempo que usted necesite para explicarnos lo que queremos saber, nadie nos molestará —dijo alejándome de mis pensamientos.

Yo permanecí callada.

—Nadie tiene conocimiento de que se encuentra aquí, ¿no le parece divertido? —preguntó antes de reír con aquella detestable risa falsa—. ¡Es emocionante! —añadió—. Usted y nosotros, nosotros y usted. Unidos para siempre, amigos para la eternidad —dijo.

De mis labios no salió ni una sola palabra.

—Parece que hoy es menos amable que la última vez que nos vimos, ¿le ha comido la lengua el gato, Lucía? —preguntó mientras volvía a reír—. No se preocupe, el día que salga de esta habitación se sentirá mucho mejor, como si fuera una persona totalmente nueva, y ¿sabe usted por qué? —me preguntó.

Y sin dejar tiempo, él mismo respondió a su pregunta.

—¡Porque seremos más amigos que nunca, imagínese! —exclamó sonriendo a la vez que juntaba sus manos una abrazando a la otra frente a su pecho.

La tensión, el sentimiento de ahogo y el miedo crecían inmunes en mi interior. Estaba agarrotada, sin saber qué hacer o cómo salir de aquel callejón en el que me encontraba.

—Dígame, ¿dónde está? —me preguntó cambiando a un tono de voz serio y rotundo.

Yo continué en silencio mirando al suelo sin pestañear.

—Se lo voy a repetir una vez más… ¿Dónde está? —volvió a preguntarme como llegando al límite de su aguante.

Yo seguí en silencio.

—¿Dónde… está? —repitió dejando una pausa—. ¡Conteste! —gritó a la vez que daba un puñetazo sobre la mesa y apretaba los dientes mientras hablaba.

—¡Están locos. Déjenme en paz! —grité—. ¡Váyanse al infierno! —volví a gritar echando toda la rabia contenida que albergaba.

—Por lo que veo, no está usted dispuesta a colaborar, una terrible elección, señora Rivalcielli, en un momento se va a arrepentir de ello —dijo con la voz más calmada a la vez que retiraba el puño de la mesa y se enderezaba.

El que siempre hablaba miró al que permanecía en silencio. Este, más atrás, metió la mano en uno de los bolsillos internos de la

chaqueta del traje y, ante mi sorpresa, el filo de un cuchillo de gran tamaño resplandeció con las luces de la habitación. Yo me quedé muda, atónita. Aquel hombre se encaminó hacia mí mientras el otro, sin saber cómo, aprovechó el momento para colocarse detrás de mí e inmovilizarme sujetándome los brazos fuertemente.

—Déjenme, yo no he hecho nada, no sé de qué me hablan —comencé a gritarles mientras intentaba zafarme de mi opresor.

—Parece que ahora está usted algo más habladora —dijo a mis espaldas mientras reía—. A ver cómo le sienta perder unos cuantos dedos de la mano —añadió riendo.

Yo continuaba luchando por liberarme mientras no perdía de vista al que se aproximaba lentamente.

—Despídase de volver a operar, y tendrá que pensar en hacerse un colgante con sus anillos si quiere llevarlos consigo —dijo riendo a carcajadas.

El hombre que portaba el cuchillo se detuvo a dos palmos de mí, me miró fijamente durante unos segundos hasta que esbozó una sonrisa diabólica y sujetó mi mano izquierda por la muñeca con lentitud contra la mesa. Después levantó el cuchillo con la intención de descargarlo contra mi mano. Yo hice un último esfuerzo por escapar, por liberarme, pero fue inútil y tan solo conseguí retorcerme de un lado para otro como una presa mal herida en un último esfuerzo por cambiar su suerte. Sin más, el filo cayó con fuerza sobre mi mano como una guillotina emitiendo un golpe seco al chocar contra la mesa y un grito de dolor se derramó al instante.

CAPÍTULO XVII

—Lucía… Despierta… Soy Valeria… —dijo entre sueños una voz alarmada mientras me sacudían el hombro—. Estás empapada en sudor, ¿te encuentras bien? —añadió.

Yo abrí los ojos tímidamente y cuando la imagen se aclaró vi a Valeria frente a mí, estaba agachada a la misma altura a la que yo me encontraba. Levanté la cabeza lentamente y miré a mi alrededor.

—Estás en la comisaría de policía —dijo ella—. Has debido quedarte dormida, cuando he llegado parecías bastante inquieta —y continuó—: Debías estar teniendo una pesadilla porque delirabas…

Yo no contesté, aún me encontraba algo desorientada y confundida. Miré a Valeria y a continuación me fijé en mi mano izquierda, todo había sido un mal sueño.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—Bueno, la verdad es que te debo una disculpa —dijo mientras miraba al suelo como si estuviese avergonzada de lo que se disponía a contarme—. También una explicación —añadió mientras intentaba sonreír.

Yo me mantuve en silencio, la verdad es que aún estaba algo aturdida, como en otro mundo.

—Cuando hablamos por teléfono te dije que me esperases en la estación, que yo iría a buscarte, pero, aunque en un principio me pareció buena idea, lo cierto es que nada más colgar el teléfono pensé que era un gran error —dijo antes de hacer un descanso—. Rápidamente caí en la cuenta de que si había alguien siguiéndote en el tren, sin ninguna duda también se encontraría en la estación mezclado entre pasajeros y transeúntes donde no te perdiese de vista. Era demasiado arriesgado para las dos que yo apareciese y nos viesen juntas, porque de esa manera nos relacionarían —dijo antes de mirarme fijamente buscando un signo de aprobación en mi rostro.

—¿Fuiste tú la que mandó a aquel policía que me detuvo en el restaurante? —le pregunté una vez que me sentí más despejada.

—Sí, fui yo. —Y antes de que pudiera decir nada más, continuó—: No me quedó más remedio que pedir a alguien que me debe algún favor en la oficina que falsificase una orden de captura y la mandase a esta comisaría —dijo antes de hacer un descanso—. Después me puse en contacto con el agente que te detuvo y, sin facilitar mi nombre, me identifiqué como un miembro del personal de la estación de tren. Lo siguiente que hice fue decirle que durante un seguimiento rutinario de los pasajeros de un tren recién llegado de Bristol creí haber identificado a alguien que había visto recientemente en uno de los folletos que la policía nos había facilitado unos días atrás con las fotografías de varios delincuentes.

Volvió a parar para buscar mi reacción. Yo permanecí en silencio.

—Y así… te trajeron hasta aquí, eliminado la opción de que pudieran relacionarnos juntas y con la libertad de poder abandonar la comisaría sin que nos sigan —dijo antes de sonreír.

—Fue una buena jugada —le dije—. Pero me has hecho pasar más vergüenza de la que jamás hubiese pensado que podría tolerar —añadí pensativa.

—Lo siento, Lucía no tenía forma de comunicarme contigo y debía actuar con rapidez si quería que mi plan funcionase —respondió sin ocultar su pesar.

—Entonces… ¿no estoy detenida? —pregunté.

—Claro que no, ha sido todo una artimaña para sacarte de la estación y de la que espero no tener que dar cuentas, porque si tuviera que hacerlo me encontraría en serios apuros —me contestó mientras soltaba una carcajada y me guiñaba un ojo después.

—Muchas gracias, Valeria, me he llevado un susto tremendo, ahora entiendo todo —le dije mientras la sonreía.

—Cuando he entrado en la habitación me ha sorprendió verte hablando en sueños mientras no parabas de moverte, parecías muy inquieta. ¿Con qué estabas soñando? —me preguntó.

—Con los hombres de negro —contesté pensativa.

—¡Otra vez ellos, no te dejan en paz ni en los sueños! —exclamó antes de reír.

—Es cierto, tengo que ponerle remedio a esto —dije seria.

—Perdóname, Lucía, me imagino que tiene que ser muy difícil, yo no sería capaz de salir de casa si estuviese en tu situación —dijo Valeria.

—Lo único que me hace seguir adelante es el recuerdo de Marco, él

es la única fuerza que me mantiene en pie —contesté.

Se hizo un silencio que se prolongó durante unos minutos hasta que Valeria lo rompió.

—Debemos idear un plan.

CAPÍTULO XVIII

La biblioteca estaba envuelta en un silencio absoluto, el disco se había cansado de girar sobre el plato del gramófono y yo me encontraba inmóvil en el centro de la sala mientras el eco de aquellas palabras resonaba en mi interior sin cesar. Permanecí quieto, atento a cualquier variación que pudiera producirse, pero cuando no lo hizo comencé a buscar con la mirada a mi alrededor, tal vez no estuviese tan solo como creía y alguien o algo se encontraba allí conmigo. Una vez que había examinado con detenimiento los alrededores y tuve la seguridad de que no había nadie en la habitación, salí al pasillo.

—Hola…, ¿hay alguien ahí? —pregunté con voz segura a la oscuridad.

Esperé en aquel silencio durante un tiempo a una respuesta que nunca llegaría y, sin dudarlo un segundo, volví a hablar:

—No tengas miedo, soy amigo… —dije pensando que tal vez fuese un recién llegado algo confundido, pero como en la ocasión anterior, no hubo contestación y comencé a dudar de si lo que había escuchado había sido real o no. ¿De dónde provenían aquellas palabras? ¿Era yo el que las originó al sentirme atormentado por mi situación o realmente pertenecerían a algo o alguien de aquel mundo?

Pensativo, volví a mi sillón de cuero y comencé a darle vueltas. Por increíble que sonase, estaba atrapado en mí mismo, concretamente en los recuerdos que poseía de mi vida anterior. No tenía la más remota posibilidad de ponerme en contacto o ayudar de alguna manera a Lucía, tampoco sabía cuánto tiempo más permanecería en aquel mundo hasta que pudiese abandonarlo y Víctor y Riario me vigilaban desde la distancia, ambos me habían dicho que debía experimentar y encontrar la razón del porqué de mi existencia entre ellos… Un rompecabezas bastante difícil de descifrar. Deseé amargamente que tan solo fuera un mal sueño del que estaba a punto de despertar, aún sabiendo que no lo era. Golpeé el apoyabrazos del sillón con fuerza

mientras maldecía mi suerte y me levantaba incómodo con el enmarañado laberinto en el que me encontraba. Después de reflexionar un tiempo mientras paseaba inquieto de un lado al otro de la habitación, me decidí por lo único que podía hacer, experimentar mis capacidades en aquel mundo tanto como pudiese para intentar descubrir los entresijos de aquella realidad. Pensé que quizás con eso lograría ser capaz de entenderlo, tal vez incluso dominarlo para, con un poco de suerte, poder abandonarlo de una vez y acceder a otro más cercano a Lucía desde donde pudiera hacer algo como ponerme en contacto con ella o incluso influir en lo que la rodeaba.

Si más, me concentré para aparecer en medio de la plaza del pueblo, algo que no me llevó mucho tiempo y, una vez allí, comencé a elevarme lentamente en el aire. Cuando me encontraba por encima de los tejados cerré los ojos durante un tiempo fijo en una idea y al abrirlos era completamente de día, el sol lucía en lo más alto iluminándolo todo cuanto mi vista alcanzaba. Después empecé a saltar de un tejado a otro incrementando la velocidad más y más hasta que la distancia entre las cubiertas de las casas desapareció y daba la sensación de que lo único que hacía era saltar continuamente sobre un mismo punto mientras todo giraba a mi alrededor a gran velocidad difuminando las imágenes de los edificios. Súbitamente me detuve y bajé de nuevo al centro de la plaza, cerré los ojos y al momento se hizo la oscuridad, era de noche y la luna brillaba con fuerza en un firmamento tachonado de estrellas. Despegué a toda velocidad hasta que me situé cerca de una de las nubes dispersas que se repartían en el cielo, pensé con fuerza y al instante, bajo mis pies, las luces del pueblo iluminaban los cientos de construcciones que se agrupaban al cobijo de la zona central dibujando una mancha dorada en la superficie apagada de la Tierra. Miré a mi alrededor y el resto del globo permanecía bañado por un manto de oscuridad, al momento centenares de luces delimitaban los núcleos de viviendas de otros pueblos cercanos. En aquel instante sonreí al comprobar que el planeta se acababa de convertir en un espejo gigante donde los destellos terrestres emitían sus haces de luz hacia el cielo como extendiendo sus brazos intentando alcanzar a sus hermanas gemelas del firmamento, y estas a la vez respondían desde lo alto sonriendo y brillando radiantes de felicidad como en un mágico juego cósmico. Lo cierto es que aquel mundo paralelo hubiera sido perfecto si Lucía hubiese estado a mi lado, era tan asombroso y fascinante como uno quisiese. Para explicarlo de otra manera, se podría decir que aquel mundo era como un lienzo en blanco en el que tu imaginación era la fuente desde donde brotaban cada uno de los trazos que regían la realidad, no existían la maldad o la codicia, solo la armonía y la pureza que nacían de uno mismo.

Atraído por la belleza de lo que estaba sucediendo a mi alrededor decidí viajar a otros lugares, sitios de los que tan solo había leído o visto fotografías en mi vida anterior y ahora tenía la oportunidad de visitar. Cerré los ojos y al abrirlos me encontraba en las montañas Tianzi, en China, impresionantes columnas de roca que se elevaban cientos de metros sobre el suelo, eran como gigantescas lanzas clavadas en la superficie del planeta que tras una guerra entre titanes quedaron abandonadas al recuerdo. Me divertí sobrevolándolas durante unos instantes hasta que, sin más, desaparecí hacia mi nuevo destino, la cueva de Melissani. Contemplé aquella gruta subterránea levitando a tan solo a un palmo de aquellas aguas azul turquesa donde según la mitología griega habían vivido las ninfas desde tiempos ancestrales. La claridad entraba con fuerza desde el exterior incidiendo en aquel líquido dulce a través de la cavidad que se originó al desplomarse una de las dos cúpulas de la cripta tras un terremoto en 1953. Esos haces de luz solar creaban una explosión de tonos azulados que con facilidad conseguían saturar los ojos curiosos de cualquiera que se detuviese un momento para apreciar aquel abanico de colores imposibles que variaban al mismo ritmo con el que perdían intensidad al adentrarse en la profundidad, un milagro visual difícil de olvidar, pensé. Me despedí de las hadas y de su morada antes de salir despedido a través de la enorme oquedad rumbo a mi próximo capricho. Eran las últimas horas del día cuando una vez más la luz del sol obraba el milagro atravesando la torre de la catedral de Toledo, sentado sobre uno de los tejadillos del alcázar contemplé durante unos instantes algo único, en un silencio mágico el edificio más emblemático de la ciudad de las leyendas parecía alimentarse de la energía del astro, recargarse a través de su luz para desafiar sin esfuerzo al tiempo durante otro milenio más. Me mantuve expectante, vibrando con el espectáculo que estaba presenciando, hasta que imaginé algo que lo ensombreció todo. De alguna manera, pensé que el efecto de la luminosidad colándose entre los sillares de piedra y los adornos tallados se parecía mucho a lo que podría ser una puerta cósmica hacia otro universo, quizás hasta el de Lucía, y que tan solo permanecería abierta durante aquellos pocos segundos antes de cerrarse para siempre. Sabía que en mi burbuja de cristal podría dirigirme hacia el sol, atravesar la catedral y hacer que el mundo girase al revés si así lo deseaba, pero al mismo tiempo tenía la certeza de que estaba allí atrapado y completamente solo.

Me levanté con tristeza y me marché, no quise mirar atrás. Volaba al ras del suelo a toda velocidad intentando consumir la angustia que me desgarraba por dentro hasta que me detuve en seco, giré a mi alrededor y encontré una cadena montañosa a lo lejos y una llanura con zonas de cultivo en las proximidades. Si dudarlo, me encaminé

hacia las montañas aún herido por una profunda añoranza, deseaba que el impacto contra ellas me destruyera en mil pedazos y terminara con todo de una vez. Fijo en mi objetivo, me acerqué rápidamente hacia el macizo más prominente y justo antes de chocar contra la pared de granito cerré los ojos y aumenté la velocidad al máximo con todas mis fuerzas para que el daño fuera mayor, solo quería encontrar paz. Esperé dolor, algún tipo de proceso de destrucción, que ocurriese algo, pero no pasó nada de lo que esperaba y al abrir los ojos me encontraba sobre un pueblecito, una pequeña aldea en lo alto de una montaña menor. Era más que evidente que simplemente había atravesado la cordillera que ahora se encontraba a lo lejos, como si nunca hubiera estado allí, solo había continuado a toda velocidad hasta aquel punto en el que ahora me encontraba con los ojos cerrados.

—Si tú no estás, no estoy dispuesto a afrontar una vida de recuerdos.

—¡Quién ha dicho eso! —grité con todas mis fuerzas.

—No continuaré, solo sería un cobarde más vagando en este mundo.

Giré a mi alrededor varias veces, confundido.

—¿Quién eres? Riario, basta de bromas estúpidas —grité enfadado y esperé.

Silencio y solo silencio fue la única respuesta. Después de pasar un tiempo confundido intentando entender lo que ocurría, descendí lentamente al pueblo.

—Riario, me las vas a pagar —mascullé entre dientes algo más calmado.

Anduve por las calles de piedra sin saber muy bien dónde me encontraba. ¿Estaría aún en España o sería suelo francés? Las similitudes entre el norte de la península y el sur de Francia siempre fueron evidentes y en aquel momento estaba un poco perdido. Continué andando entre los edificios mientras buscaba a Riario en los tejados y cualquier rincón donde se pudiese estar oculto hasta que el suelo literalmente se acabó, me detuve al borde de un gigantesco risco donde observé las montañas que rodeaban la zona y un lago que serpenteaba entre ellas. Notaba cómo mi interés se desvanecía lentamente, sin remedio, y cuando estaba a punto de darme la vuelta para marcharme observé una marca curiosa, una especie de semiluna grabada en la piedra que examiné durante un tiempo antes de que mi curiosidad finalmente se agotase por completo. No sé sí fue una especie de cansancio o que tal vez ya estaba un poco aburrido, pero decidí poner fin a mis excursiones y regresar a casa en aquel preciso

momento. Al instante estaba entrando por la puerta principal, de vuelta, caminando a través de nuestro jardín en un día despejado donde los rosales habían florecido y cientos de insectos volaban de flor en flor en una atareada mañana. Entré en la casa y, sin saber por qué, comencé a recorrer todas las habitaciones y salas del edificio, era como si, después de todo lo que acababa de experimentar, todavía fuera reacio a asimilar que estaba completamente solo y que no encontraría a nadie por mucho que buscase una y otra vez en todas las estancias y rincones de la casa. Después de vagar por la mansión hasta que, como en otras ocasiones, me tuve que dar por vencido, acabé en la biblioteca, mi lugar de descanso, donde se encontraba todo mi conocimiento. Me senté y cerré los ojos. Pensé que me hubiese gustado sentir hambre o sed, que experimentar ciertas necesidades hubiese hecho de aquel mundo estéril un paraje mucho más entretenido de lo que era. Aquello me hizo recordar cuando me las tenía que ingeniar con viles argucias para que Denise no se preocupase por mí cuando tenía temporadas en las que estaba un poco más desganado. Eso sí que fue divertido, o cuando espiaba a Arthur desde la ventana y seguía todos sus movimientos… En ese instante se hizo un tremendo silencio, era como si no pudiese respirar, sentí como si el suelo donde me encontraba se abriese y un agujero negro me estuviese engullendo sin tiempo para reaccionar, algo hizo que aquel mundo creado por mí se tambalease violentamente. Víctor fue muy claro conmigo cuando me dijo que no había forma posible de alterar o interaccionar con el mundo de los vivos, pero yo ya lo había hecho. Las notas de Max así lo corroboraban, e incluso mis acciones fueron más allá, porque ahora que lo pensaba, ¡fui capaz de ir a la biblioteca del pueblo y leer los periódicos que imprimieron en el pueblo después de mi muerte! Cómo había sido tan estúpido de olvidar todo aquello, quizás hubiese una posibilidad real, alguna forma para llegar hasta Lucía que ni el propio Víctor conocía, hubiera dado lo que fuese por verla de nuevo. Grité el nombre de Víctor con todas mis fuerzas, aquel sonido no nacía de mis cuerdas vocales, emergía directamente desde lo más profundo de mi espíritu. Grité y grité sin que nada ocurriese, me transporté a la isla del elefante donde nos encontramos por primera vez y volví a gritar su nombre, después esperé, pero no ocurrió nada. Entonces comencé a recorrer el mundo visitando lugares en los que me detenía a llamarle y esperaba durante unos segundos antes de desplazarme a otro. En un momento había visitado tantos sitios del planeta que ni en una vida entera una persona hubiera podido conseguir estar en todos ellos, incluso si le hubiese dedicado todo su tiempo a ese empeño, pero Víctor no contestó en ninguno de ellos. La rabia se mezclaba con la angustia en mi interior vertiginosamente, quizás había una manera y Víctor era el único con

respuestas en aquel mundo estúpido, el único que quizás pudiera ayudarme a salir de allí. Después de Víctor, comencé a llamar a Riario, quizás podría hablar con él sobre lo que había descubierto, quizás Riario sabía dónde encontrar a Víctor. Viajé de nuevo alrededor del mundo buscando, pero al igual que con Víctor parecía que aquel lugar era un desierto del que yo era el único habitante.

Presa de la desesperación, grité y grité, sentí que iba a explotar hasta que algo increíble sucedió. De repente, la claridad me cegó y apagó la ansiedad que hasta hacía tan solo un instante lo ocupaba todo. En silencio contemplé lo que había a mi alrededor, la nada. Si lo hubiera tenido que comparar con algo conocido, sin duda alguna lo hubiese hecho con el salar de Uyuni en Bolivia, donde el suelo es un espejo del cielo, aunque este donde yo me encontraba ahora era aún más complicado. El horizonte estaba dispuesto en relación con una T invertida de manera que la que línea del horizonte era el fin del mundo en el que me encontraba y de la línea vertical surgían lo que parecían dos nuevos lugares totalmente simétricos, idénticos. Yo me encontraba de pie sobre algo que no podía tocar o sentir, pero que me sustentaba. Extendí los brazos sobre mi cabeza y allí estaba también, fuera lo que fuese lo que había allí se encontraba a ambos lados, en el cielo y en la tierra, realmente no podía decir si me encontraba de pie o colgando.

—Qué testarudo eres… —dijo una voz familiar.

Yo me giré inmediatamente.

—¿Has hecho tú esto? ¿Dónde estamos? —le pregunté a Víctor mientras seguía embelesado por aquel espacio.

—No, para nada. Esto es el límite entre tres mundos —contestó sereno.

—Te has aburrido muy pronto de esta dimensión y no ves el momento en el que puedas abandonarnos —dijo antes de seguir—. Desde el primer instante que sentí tu presencia entre nosotros ya sabía que eras especial. Normalmente, cuando accedemos a este lugar la mayoría de los que llegamos somos seducidos por la capacidad de ser o hacer lo que se nos antoje en cualquier momento, algo que lentamente ciega los recuerdos de nuestra vida anterior y nos hace continuar viviéndola sin las preocupaciones del mundo físico hasta que nuestro pasado simplemente desaparece, pero tú has probado que eres diferente, tu espíritu es intrépido y no se conforma con una simple colección de burdos espejismos —añadió después.

—¿Qué mundos son esos? —pregunté impaciente antes de seguir—. Solo hay una cosa del pasado que no desaparecerá jamás porque nunca permitiré que desaparezca —sentencié.

—Lo sé, Marco, creo que decidiste que este no era tu sitio incluso antes de llegar y por eso ahora estás aquí —contestó antes de seguir—. Finalmente, has roto la burbuja que se creó alrededor de ti con la intención de hacerte olvidar el pasado que te atormenta —añadió la sombra de perfil humano.

Yo guardé silencio, en cierta manera estaba contento porque por fin iba a salir de allí y, aunque no tenía ni idea de si lo que me esperaba al otro lado era mejor, al menos no me quedaría estancado en aquel lugar.

—Mírate, Marco, mira en lo que te has convertido —dijo Víctor señalándome con la palma de su mano.

Extendí mi brazo al mismo tiempo que abría la mano y un escalofrío me recorrió al instante. Me había convertido en una sombra, como Víctor o Riario.

—Lo que ahora estás viendo es la verdad, la verdad de lo que has sido desde que falleciste y la verdad de lo que te ha rodeado desde entonces —dijo antes de guardar silencio.

—¿Ha sido esta mi apariencia desde el principio? —pregunté.

—Siempre lo ha sido, desde que perdiste la vida —contestó.

—Entonces he sido yo el que me he engañado a mí mismo creyendo que nada había cambiado, que físicamente seguía siendo el mismo —dije mientras asimilaba mis palabras.

—Así ha sido —contestó Víctor.

—¿Qué hay de las cosas que me han ocurrido? ¿Cómo pude ver los periódicos del pueblo? ¿Cómo conseguí alterar cosas en el entorno de mi hermano Max y su mujer? —pregunté ansioso por una respuesta.

—Ciertas cosas superan mi entendimiento, Marco, creo que quizás nunca abandonaste el mundo físico por completo y te has movido entre extensiones intermedias durante todo este tiempo —dijo antes de guardar silencio, como si estuviese pensando en lo que acababa de decir—. No entiendo cómo, pero fuiste capaz de ver a Riario y poco más tarde estabas leyendo unos periódicos del mundo físico —dijo—. Ciertamente, estas dimensiones son un laberinto difícil de resolver si intentas recurrir a la lógica, tal vez sea porque simplemente no existe en ellas —añadió aún pensativo.

—Víctor, ¿qué camino debo tomar? —le pregunté.

Él rio como cuando un adulto es sorprendido por un niño con alguna pregunta inocente.

—No lo sé —respondió—. Siempre he permanecido aquí, mi cometido ha sido ayudar a todos los que llegan, a unos a quedarse y a otros, como tú, a desarrollarse para encontrar lo que buscan en otro

lugar —dijo.

—¿Entonces eres una especie de Osiris egipcio? —le pregunté en todo de broma.

—Sí, algunos me llamaron por ese nombre mucho tiempo atrás y aún lo siguen haciendo en algunos libros, tengo muchos nombres —contestó sin vacilar.

Yo me quedé en *shock*, estupefacto por lo que acababa de decir aquel espectro. Con esa naturalidad hizo saltar por los aires la poca cordura que me quedaba a esas alturas.

—El encargado de guiar a las almas desde el mundo mortal hasta las estrellas, el dios de la resurrección… —dije en un tono de voz más bajo sin salir de mi asombro.

Aquel último detalle me dejó fuera de juego, era demasiado como para poder asimilarlo en tan poco tiempo. Era una locura.

—Marco, antes de que te marches debemos reunirnos una vez más —dijo después de haber permanecido en silencio un tiempo.

—Pero entonces…, si tú existes…, si… —dije aturdido.

—Marco, en nuestro próximo encuentro tendremos más tiempo para hablar de lo que quieras, ahora toma esto y reúnete conmigo tan pronto como descifres mi pequeña adivinanza —dijo antes de ofrecerme otro sobre como el que encontré sobre el escritorio de la biblioteca.

—¡Más acertijos! ¿Por qué no simplemente decirme la ubicación del lugar? Y pensándolo mejor, si todo es una ilusión, ¿por qué no vernos aquí? —le pregunté con cierta queja mientras tomaba el sobre con mi nombre en incandescencia de su mano.

—Ahora sabes lo que eres y las reglas de este lugar, te estaremos esperando —respondió antes de desaparecer como si alguien hubiese apagado el interruptor de su presencia.

CAPÍTULO XIX

Víctor desapareció, me dejó allí con un sobre y un enjambre de preguntas emitiendo un zumbido abrumador en mi interior. Acababa de conocer al mismísimo Osiris y aquello había creado un inmenso cráter en la línea de flotación de mis creencias, de mi existencia, realmente. ¿Cómo podía digerir aquello? Las bases de lo que yo creía como cierto se tambaleaban como los juncos de las orillas del Nilo se zarandeaban a merced de sus corrientes. ¿Cómo podía ser cierto? ¿Era la religión egipcia la verdadera? ¿Existirían el resto de las divinidades que plagaban las paredes de los templos a lo largo del valle y delta del río más largo de África? Era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de los dioses Osiris, Anubis y Horus representados en la tumba de Horemheb. ¿Pudo aquella escena haber ocurrido en realidad? Además de muchas otras cosas, Osiris era el dios egipcio de la resurrección, el símbolo de la regeneración y el encargado de presidir el juicio de las almas… ¿Sería esa la razón por la que quería verme una vez más antes de partir hacia la incertidumbre?, ¿sería aquel el momento de rendir cuentas por mis actos durante la vida pasada? ¿Era aquel mundo donde ahora me encontraba la llamada *Duat*? ¿Sería el momento de enfrentarme a los demonios de ese mundo para probar mi valía y salvar mi alma?

Víctor había desatado una tormenta de proporciones incalculables que lo cubría todo a la vez que lo mezclaba y trituraba sin parar. El hecho de haberme convertido en una sombra me traía sin cuidado, la imagen imposible de tres mundos diferentes pero simétricos, cortados por dos planos, que tenía justo enfrente de mí, me era indiferente, la posibilidad de abandonar aquel mundo no parecía tan buena ahora que me iban a procesar cuarenta y tres dioses-jueces y mi corazón sería depositado sobre una balanza para ser contrapesado con la pluma de la diosa Maat, el símbolo de la verdad y la justicia universal. Aquello no era ninguna tontería y no estaba seguro de si podría librarme de lo que se avecinaba.

Mis manos temblorosas tomaron el sobre por ambos costados y sin esperar a más lo abrí. Allí había un texto que decía:

Allí donde la piel de Selene revela sus secretos, se postra en la Tierra un gigante que nació de la roca para elevarse sobre un espejo que contempla impasible el transcurrir de los siglos… En su espíritu encontrarás la razón que te guíe a culminar tu propósito.

¡¿Qué podía decir?! Simplemente era perfecto, justo lo que necesitaba en aquel preciso instante, tener que concentrarme en algo complicado cuando en mi cabeza se acababa de desatar una brutal tempestad. A regañadientes me senté en el suelo, o lo que quisiese ser aquello que se encontraba sustentándome, y volví a leer aquellas líneas una vez más. Después de hacerlo me detuve pensativo. «Selene…», dije en voz baja. De mi afición por la pesca recordaba que existían algunas especies de peces marinos a los que se les había etiquetado dentro del género de los Selene, pero no parecía que el texto se refiriese a ellos. Selene era un nombre de origen griego que significaba luz de luna o algo muy parecido y aquellos peces eran planos y redondeados con unas aletas alargadas muy características que de alguna manera les daban la forma redondeada, y de ahí tomaban la semejanza con el cuerpo celeste más fiel y leal al planeta Tierra. Si mi intuición no me fallaba, Víctor se estaba refiriendo a los relieves de la Luna, la clave era cuando decía: «… donde la piel de Selene revela sus secretos…». Recordaba haber leído varios artículos en los que describían la anatomía de ese lado de la Luna y en ellos, curiosamente, encontré que se habían nombrado cadenas montañosas lunares usando los nombres de conocidas cordilleras terrestres, así, la Luna poseía sus propios Cárpatos, Alpes, Apeninos e incluso su propia cordillera del Cáucaso.

Ahora tenía que pensar en algún lugar de la geografía terrestre donde encontrar a ese gigante, si estaba en una cordillera y nacía de la roca seguramente se estuviese refiriendo a una gran montaña. En una décima de segundo me encontraba en mi biblioteca, con rapidez saqué de las estanterías varios libros y unos atlas de geografía que tenía y los deposité sobre el escritorio. Entonces comencé a buscar con avidez entre sus páginas esa montaña a la que Víctor hacia referencia. Repasando las diferentes agrupaciones de montañas localicé al Mont Blanc como el pico más alto de los Alpes, después salté a los Apeninos, donde destacaba en Sicilia, al final de la cadena, el monte Etna. De allí fui a la cordillera del Cáucaso, donde me sorprendió la montaña Elbrus, con más de 5640 metros de altura, sin duda, la más grandiosa de entre las cordilleras que estaba estudiando. No esperé a buscar en los Cárpatos y directamente me concentré en el gigante ruso. No sabía

lo que me esperaba allí, tal vez un juicio y una eternidad de lamentos o quizás el final de aquella existencia y el comienzo de algo increíble. Al llegar, la imagen de aquella montaña no me dejó indiferente, era exactamente como la había visto en las fotografías de mis libros. Estaba cubierta por una gruesa capa de hielo que, aparentemente, sustentaba a más de veinte glaciares que se disponían a su alrededor. ¿Estaría Víctor apuntando a esos glaciares cuando mencionaba en su adivinanza «… un espejo que contempla impasible el transcurrir de los siglos…»? Lo cierto es que aquel lugar tenía que ser el indicado, no tenía ninguna duda. Esperaba que la última parte de la nota de Víctor se refiriese a alguna cueva que condujese al interior, tenía la certeza de que él no me haría buscar una por una cada gruta o caverna que pudiese haber allí, no era su estilo.

Esperé durante un tiempo hasta que perdí la paciencia y comencé a llamar a mi anfitrión. El eco de su nombre progresaba por la agreste morfología del paisaje con rapidez haciendo patente mi presencia, tenía curiosidad por conocer lo que me esperaba tras aquella última reunión, era mi examen final. El sonido de su nombre se perdió en la distancia sin que nada ocurriese. Di una vuelta sobre mí mismo esperando encontrar la sombra de Víctor a lo lejos sobre algún peñasco, como el día en que nos reunimos por primera vez, pero aquel lugar estaba desierto y parecía que una vez más había pasado por alto algo en las líneas que Osiris dejó para mí. Volví a leer la nota que, sorprendentemente, aún sujetaba en mi mano. «Allí donde la piel de Selene revela sus secretos, se postra en la Tierra un gigante que nació de la roca para elevarse sobre un espejo que contempla impasible el transcurrir de los siglos… En su espíritu encontrarás la razón que te guíe a culminar tu propósito». Aquel lugar debía ser el correcto, la geografía de la Luna en la Tierra era la cordillera del Cáucaso, la montaña Elbrus era el gigante de piedra que elevaba sobre los glaciares que representaban el espejo impasible.

—Espera un momento… —dije en voz alta—. ¿Cómo podría una montaña postrarse? —me pregunté—. Eso es prácticamente imposible —me dije—. Si el gigante no es una montaña…, debe ser porque realmente es una representación humana de gran tamaño… Un gigante en toda regla —dije en voz baja antes sumergirme de nuevo en mis pensamientos.

Si recapitulábamos, Víctor escribió que el coloso al que se refería debía estar en alguna de aquellas cadenas montañosas… Y en aquel momento caí en la cuenta de lo que estaba buscando exactamente y a toda velocidad me transporté al lugar.

—El coloso de Gianbologna —dije ante aquella colosal estatua de más de diez metros de altura que se erguía justo delante de mí—. En

los Apeninos terrestres y frente al lago, el espejo que contempla impasible el transcurrir de los siglos —añadí—. Aquí estoy, Osiris, he llegado —dije en voz baja.

Ahora solo me faltaba acabar con la última parte de la nota, la que decía: «En su espíritu encontrarás la razón que te guíe a culminar tu propósito…».

En aquel momento no tenía ninguna duda del significado que Víctor le dio a ese párrafo y por esa razón estaba completamente seguro de que aquel paraje era el lugar al que él se refería, «en el espíritu…» indicaba el interior del coloso y «la razón…» hacía referencia a la cabeza del gigante. Eran alusiones que se repetían una y otra vez en textos antiguos. Ahora tendría que buscar la forma de acceder a su interior, algo que no estaba totalmente seguro de poder conseguir, porque hasta la fecha no se tenía conocimiento de la existencia de estancias o cámaras en su interior, por lo que en la biblioteca o en mis recuerdos no había imagen alguna de aquel lugar. Sobrevolé el generoso estanque con las últimas luces del día y, sin entender por qué, se hizo la oscuridad en cuestión de segundos. No había que ser un genio para adivinar que alguien con una fuerza importante estaba proyectando lo que ocurría en aquel lugar, tal vez ambientando las condiciones idóneas para mi juicio final. Perdido en el repentino cambio de las luces del cielo y la negrura de la noche, al posar de nuevo mi vista sobre el gigante este hizo que una especie de escalofrío recorriese mi cuerpo sacudiéndolo al instante. En el interior de su cabeza había una especie de luz intermitente que se escapaba a través de sus ojos. En una oscuridad en la que era incapaz de distinguir la silueta del coloso, la presencia de aquellos ojos poseídos por las luces centelleantes del interior era algo más que inquietante y, pensando en lo que podía estar esperándome allí dentro, la historia comenzaba a parecerse peligrosamente más al comienzo de una pesadilla que al relato de un cuento con final feliz. Atenazado por la impresión que me causó, me quedé paralizado sobre la laguna frente a aquella terrorífica imagen.

—Bienvenido, Marco —dijo una voz detrás de mí.

Yo me giré a toda velocidad y me aparté.

—Mi tiempo en este lugar se ha agotado, ¿no es verdad? —pregunté.

—Es lo que siempre has querido, ahora estás cerca de conseguirlo —contestó Víctor.

—Marco, ven conmigo, nos esperan —dijo acercándose hacia mí lentamente.

—¿Quién? —dije nervioso.

—Ahora lo comprobarás tú mismo —contestó.

—¿Qué ocurriría si no quiero acompañarte, si me opongo a que me juzgue una cuadrilla de locos con cabezas de animales? —dije aún más nervioso.

—Acompáñame, ahora no te puedes echar atrás —me dijo a la vez que una fuerza me atenazaba el cuerpo y comenzaba a desplazarme hacia aquellos dos ojos diabólicos que clavaban su mirada en la superficie del estanque.

—Suéltame, Víctor —le grité con fuerza.

Pero él continuó su camino desplazándose hacia el gigante como si no me hubiera oído y permaneciera cautivado por algo que se encontraba en el interior de aquella esfinge humana.

—Libérame —grité mientras me desplazaba en contra de mi voluntad hacia un lateral de la estatua.

Víctor ni se inmutó y parecía como si no me pudiese escuchar. Tenía la sensación de que mi suerte estaba echada y que cualquier cosa que hiciese o dijera no cambiaría lo más mínimo mi destino.

Llegamos a un lateral donde una entrada había sido inteligentemente ocultada en los relieves de la piedra, no había puerta y el umbral del acceso estaba definido por un arco gótico.

—¿Puedes soltarme? —dije con voz de pocos amigos.

Al instante aquella fuerza se disipó y volví a recuperar el control de mi cuerpo.

—Vamos —dijo Víctor adentrándose en el interior.

Yo le seguí pensando que tal vez esa sería la última vez, mi última existencia, el comienzo del final de todos los finales y, aunque consideré que quizás pudiera salir volando de allí, inmediatamente recordé que aquella fuerza que me inutilizó como a un mosquito no me lo permitiría.

El pasadizo era oscuro y tenebroso, las paredes estaban húmedas y el constante goteo del agua cayendo del techo nos acompañaba en el trayecto. Poco a poco, una claridad proveniente del fondo se fue haciendo más intensa hasta que finalmente llegamos a una habitación labrada en la roca en la que varias antorchas encendidas iluminaban su interior, aquel sitio era siniestro, parecía una celda de torturas en toda regla. Miré a mi alrededor y observé que la habitación tenía forma hexagonal y que en cada pared había unos bancos de piedra que habían sido tallados de la misma roca, en las aristas del hexágono era donde se situaban las llameantes antorchas que se sustentaban a través de un gran perno de hierro oxidado que atravesaba la madera y se incrustaba en la pared. El techo se perdía en la oscuridad y dos

aperturas a cierta altura permitían que la luz se escapase de la sala para perderse en la noche, sin duda nos encontrábamos justo debajo de la cabeza del gigante.

Víctor se detuvo y se quedó fijo en algo que había en aquella habitación, yo no tardé en mirar hacia aquel lugar para percatarme de la existencia de otra entrada a la cámara que se hallaba sumida en la oscuridad. Sin querer, comencé a imaginar qué sería lo que estaba a punto de ocurrir. Un grupo de siluetas humanas comenzarían a desfilar de aquel pasillo situándose a mi alrededor, una vez el círculo estuviera cerrado yo me encontraría justo en el centro para que el juicio pudiera comenzar, entonces Víctor empezaría a preguntarme sobre mis actos y al terminar los presentes deliberarían sobre mi suerte y votarían mi destino.

—¿Estás preparado? —dijo Víctor despertándome de aquella visión.

Yo miré hacia la oscuridad de la segunda entrada y después volví a mirarle a él. Hice un gesto afirmativo con la cabeza y seguidamente mis ojos se volvieron fijar en el umbral de aquel segundo acceso. De repente comencé a escuchar unas pisadas aproximándose desde la distancia hasta que su sonido prácticamente ensordeció mis oídos, entonces estas se detuvieron. Una sombra más negra que la oscuridad emergió del interior y se detuvo al umbral de la entrada. Inmediatamente su cabeza giró hacia mí, sus piernas no dudaron y se encaminaron hacia donde yo me encontraba. La luz de las antorchas comenzó a descubrir lentamente los detalles de aquella silueta hasta que finalmente quedó completamente expuesta a unos metros frente a mí. Reinó el silencio durante un momento hasta que, a duras penas, mis labios consiguieron balbucir una palabra…

—¿Blake?

CAPÍTULO XX

El rostro de mi amigo Richard Blake permanecía fijo en mí con una expresión de pesadumbre y profunda tristeza, de sus ojos cansados brotaban sin parar lágrimas desconsoladas que se perdían por sus mejillas y los bordes de su mandíbula. Aguantaba en silencio sin pestañear mientras a duras penas contenía los sollozos que luchaban por liberarse de su interior. Yo me mantuve frente a él, dudando de si quien tenía frente a mí era realmente mi amigo o tan solo una recreación de Víctor. Después de unos instantes, me di cuenta de que estábamos solos en la habitación. Al mirar hacia Blake de nuevo, me habló.

—Perdóname, Marco —dijo mirándome a los ojos—. Fue todo culpa mía —añadió—. Subestimé a mi oponente y este lo arrasó todo sin piedad —dijo antes de mirar al suelo—. Habría aceptado las consecuencias de mis errores, por extremas que hubiesen sido, sin dudarlo un segundo, no puedo vivir con el recuerdo de lo que os ocurrió a ti y a tu mujer a consecuencia de mi torpeza —añadió antes de seguir—. Me levanto por las mañanas pensando en que te elegí por ser el mejor, el candidato perfecto, para acabar sacrificando tu vida por una causa que desconocías, por algo completamente ajeno a ti. Deambulo durante el día pesaroso, lleno de odio, hasta que cae la noche, y antes de dormir rezo por tu alma y por tener la oportunidad de poder disculparme y rogarte que me perdones —dijo antes de parar un momento.

De sus ojos continuaban brotando lágrimas sin cesar, sus puños permanecían cerrados y el tono de su voz contenía el dolor de su propio reproche.

—Sé que esto es tan solo un sueño, que mañana volveré a despertar en el frío apartamento en el que me vi forzado a recluirme después de que mi vida y el trabajo de mis predecesores fuera arruinado por mi ignorancia. Godofredo, los maestros que cuidaron de su legado

durante generaciones, todos los miembros que se esforzaron y dieron sus vidas por aquel secreto… Yo les fallé, como también te fallé a ti, Marco. Cientos de años de historia y esfuerzo arrojados a la basura gracias a mí… —dijo pesaroso.

Mi sorpresa fue inmensa al escucharle decir que aquello tan solo era un sueño, si Blake estaba allí era porque había muerto y posiblemente acababa de emerger a nuestra dimensión. Víctor debió saber de su inminente llegada y tan pronto como apareció le trajo hasta aquí.

—Te ruego que me perdones, amigo mío, ojalá pudiera cambiar lo que ocurrió. Nunca os hubiera envuelto en algo tan peligroso si hubiera tenido la más mínima sospecha de la inmensa locura que ciega a esos dos diablos… —dijo antes de que yo le interrumpiera.

—Blake, todo eso ya forma parte del pasado, deja de atormentarte por ello —dije ante su expresión de sorpresa.

—Me estás hablando en sueños… —dijo algo confundido.

Sus ojos dejaron de llorar y en su lugar una luz comenzó a brotar de su interior.

—¿Marco? ¿Eres realmente tú? —me preguntó.

Yo no sabía qué responder, al principio pensé en decirle que sí, pero después caí en la cuenta de que él pensaba que estaba durmiendo y si le decía que realmente era yo, estaba seguro de que en algún momento la conversación nos llevaría inevitablemente a un punto en el que lo descubriría.

—Necesito que me expliques qué sucedió exactamente, eso te ayudará a descansar —dije en el tono más robótico que pude, para que pensase que era parte del sueño.

—Por supuesto —dijo antes de comenzar—. Aquel viernes pasé una noche maravillosa junto a vosotros, ya conocía a tu mujer de las numerosas pruebas y visitas a las que tuve que asistir durante el tiempo que duró mi tratamiento. Debo admitir que me conquistó con su naturalidad, su sencillez y la forma en que me ayudó a seguir luchando cuando pensaba que todo estaba perdido, cuando nadie daba nada por mí. Una vez superé aquel bache de mi vida, decidí ayudar al hospital en sus investigaciones y organizar una velada con vosotros en una de mis propiedades en el centro de Londres. La casualidad hizo que, por circunstancias ajenas a mí, no dispusiera de ninguna de ellas para la fecha que acordé con Lucía y por esa razón me vi obligado a sugerir vuestra casa, algo que me avergonzó sobremanera en aquel momento. —Blake hizo una pausa.

»Lucía me habló de ti en las últimas citas, cuando todo eran buenas noticias y los resultados de las pruebas eran satisfactorios. Fue

entonces cuando supe de tu pasión por los caballeros del Templo de Salomón y tu perfil te situó en lista de posibles candidatos a sustituirme. La verdad es que ya me sentía algo mayor para tal responsabilidad y el cáncer fue una especie de llamada de atención para comenzar a pensar en mi sucesor antes de que fuera demasiado tarde y el grupo se disolviese, dadas las diferencias que habían surgido entre algunos de los miembros más influyentes. Investigué en tu pasado, la orden posee recursos suficientes para que ese tipo de información no sea ningún problema, y unos días más tarde tenía sobre mi escritorio un dosier con todo lo que necesitaba. Para mi sorpresa, despuntaste de los candidatos que había barajado hasta entonces y aquella velada que habíamos acordado se hizo incluso más interesante. —Blake volvió a hacer una pausa.

»Después de que aceptaras hacerte cargo del casco por unos días, me marché ilusionado, simplemente era perfecto. De esa manera tendría la oportunidad de tratar los asuntos internos de la sociedad con firmeza sin tener que preocuparme de si los iconos materiales estarían o no en peligro. Desafortunadamente, el cielo se estaba cubriendo de nubes negras a mis espaldas y fui incapaz de predecirlo… —Él apretó los puños y tardó unos segundos en volver a hablar.

»Al ser ya muy tarde, ordené a los chicos del segundo automóvil que se marchasen a casa, al no transportar el casco de Godofredo con nosotros no pensé que fuera necesario su escolta y con el sentimiento de satisfacción que me embargaba pedí a Omar que me acercase al pueblo más cercano, le invitaría a desayunar antes de volver a Londres. Omar no es una persona de muchas palabras y simplemente tomó el camino opuesto al coche escolta. Unas millas después, incomprensiblemente, redujo la velocidad y se desvió a la izquierda, hacia lo que parecía un granero abandonado cubierto por la vegetación. Yo le pregunté varias veces, pero él se limitó a ignorarme. El automóvil se detuvo poco después frente a las ruinas del edificio e instantes más tarde dos desconocidos aparecieron de la nada y comenzaron a aproximarse hacia nosotros, Omar se encontró con ellos y después de una corta conversación me invitó a salir del vehículo. Yo le hice caso y lo abandoné sin más, había trabajado con Omar durante más de veinticinco años y jamás había dudado de él, no vi la razón de hacerlo en aquel momento. Omar me acompañó a reunirme con los extraños y nada más llegar les dijo quién era yo. A continuación, y sin motivo, comenzaron a golpearme hasta que me doblegaron en el suelo, recuerdo cómo sonaban sus puños contra mi cuerpo mientras me insultaban y me hacían caer. Humillado y dolorido vi cómo los polvorientos zapatos de Omar permanecían indiferentes a lo que estaba ocurriendo. Incrédulo, intenté alargar mi brazo hasta que mis

dedos llegaron a tocarlos dejando unos trazos donde se podía apreciar la piel negra en la que estaban curtidos, pero, para mi sorpresa, lejos de auxiliarme, simplemente se alejó en dirección al coche y se marchó. Totalmente vencido, me arrastraron por los hombros hasta un frío y húmedo sótano bajo los restos de aquel cobertizo. Me ataron como a un animal a un poste en el centro de aquella mazmorra y me abandonaron allí durante varios días.

Blake paró y se tomó un tiempo, la traición de Omar debió ser uno de varios golpes certeros que terminaron por hacer colapsar su regencia.

—Omar había sido como un hijo para mí hasta entonces, era un orgullo tenerle cerca… —añadió con un tono en el que aún se desprendía decepción—. A duras penas conseguí zafarme de mis ataduras después de un interminable día rasgándolas contra un clavo descabezado que encontré en la madera que me tenía prisionero. Intenté escapar, pero me fue imposible, estaba atrapado. Me alimenté de unos trozos de pan enmohecidos que dejaron aquellos dos diablos junto a una lata de agua. Creo que me preferían vivo, pero si hubiese muerto en aquel sótano tampoco les hubiera importado. Unas noches más tarde, alguien que se encontraba perdido en la carretera paró por casualidad en aquel sitio. El destino quiso que se acercase a la casa y me viese sentado en el suelo, después de escuchar algunos ruidos en el techo bajo el que me encontraba pensé que aquellas dos bestias estaban de vuelta e inmediatamente me apresuré a sentarme en el suelo para pretender estar aún amarrado al poste mientras forcejeaba por liberarme. Quería que pensasen que si aún seguía atado no tendrían que preocuparse a la hora de acercarse a mí y entonces yo les sorprendería.

Blake paró para tomar aire, o al menos esa fue la sensación que me dio.

—Aquel buen hombre luchó hasta que encontró la entrada oculta a mi celda y una vez abajo, sorprendentemente, comenzó a llamar a alguien con tu nombre. Yo pensé que debieron haberte atrapado de la misma forma que lo hicieron conmigo y que simplemente se habían equivocado de lugar, por lo que permanecí callado y cuando escuché que se marchaba tomé una barra de metal que encontré días atrás y me dispuse a golpearle con ella. Forcejeamos durante un tiempo y, exhausto por mis días de cautiverio, finalmente me venció y golpeó fuertemente en la cara, yo no pude aguantar aquella última arremetida y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí aquel hombre me ayudó a levantarme y ambos salimos de aquel lugar en su coche.

Blake volvió a tomarse su tiempo antes de continuar, parecía aún afectado por la impotencia que debió sufrir.

—Tan solo unas millas después nos cruzamos con los bastardos que me encerraron allí, en cuanto nos vieron dieron la vuelta inmediatamente y comenzaron a perseguirnos. Mi principal preocupación era no involucrar a aquel buen hombre, Maximilian era su nombre, en aquella locura y que terminase herido o confinado en algún agujero como hicieron conmigo. Por eso ideamos un plan para despistarles y al final conseguí saltar del coche en marcha. Una vez abandoné el vehículo rodé durante varios metros hasta que la maleza término por detenerme y a duras penas me levanté. Allí vi cómo Max detuvo el coche tras el acoso de mis secuestradores y, después de una conversación, cada uno de los automóviles tomó caminos opuestos. Con una sonrisa en mi rostro me alejé del lugar dando las gracias a aquel intrépido desconocido que me ayudó a terminar con aquella pesadilla y me dio la libertad que bajo la lluvia pude experimentar de nuevo. Anduve durante horas hasta que con la claridad del nuevo día un granjero de la zona dejó sus tareas de labranza para socorrerme. Permanecí al cuidado de su familia en un pequeño *cottage* perdido en algún lugar. Cuando recuperé las fuerzas me marché y me propuse llegar a Londres como objetivo prioritario. Hice autostop varias veces hasta que llegué a la capital y allí me reuní con lo más fieles a mis ideas.

Blake paró para tomar fuerzas, algo abría por dentro viejas heridas.

—Fue entonces cuando supe lo que te ocurrió, me contaron que alguien dio la voz de alarma sobre el ataque que estabais sufriendo en vuestra casa. Varios se desplazaron inmediatamente hacia el lugar y cuando se aproximaban vieron un coche envuelto en llamas precipitándose montaña abajo hasta que chocó y desapareció en las profundas aguas del lago…

En aquel momento una vorágine de recuerdos de desató en mi interior, una mezcla de rabia y tensión comenzó a crecer y extenderse en mí sin control.

—Un segundo coche emergió de la carretera que daba acceso a la propiedad y aceleró alejándose a toda velocidad. Los más intrépidos no lo pensaron y bajaron a pie hasta la zona donde el coche impactó contra el agua. Allí encontraron a Lucía inconsciente, pero con pulso, y se apresuraron a subirla para llevarla al hospital. Al parecer, no paraba de mencionarte, Marco, y una vez ya en la ambulancia, bajo el efecto de los sedantes, comenzó a delirar y mencionó en varias ocasiones el casco de Godofredo. Apuntaba a que el casco ya se encontraba allí antes de tomar el coche y que era lo que los asaltantes buscaban. Ante tal revelación, el acompañante que iba en la ambulancia con ella se puso en contacto con los que aún estaban en las proximidades del accidente. Sin perder tiempo, y con la seguridad

de que sacar el casco del fondo del lago sería una tarea complicada y que requeriría bastante tiempo, elaboraron un plan para distraer a la policía, transeúntes y posibles curiosos que potencialmente podrían acceder a la zona más tarde. Así, tomaron uno de los coches que habían utilizado para llegar hasta allí, lo vaciaron de documentos y pertenencias que pudieran dar pistas a la policía y después lo bajaron montaña abajo hasta llegar a la orilla del lago. Durante este proceso, se aseguraron de que las rodadas del segundo coche coincidieran con las del accidentado, al menos en las zonas donde las marcas del primero eran más evidentes. Una vez acabaron con aquel improvisado plan por proteger lo que yacía en el fondo de las aguas, se marcharon hasta la noche siguiente. En la oscuridad, dos buzos se sumergieron en la zona donde debía hallarse el automóvil y recuperaron el casco. Uno de ellos afirmó haber visto entre las turbias aguas del fondo el cuerpo sin vida de un hombre atrapado entre los restos del coche, pero el otro buzo no corroboró esa versión y el asunto quedó al margen. —Blake suspiró con tristeza.

»Una vez estuve al corriente de lo ocurrido, intenté encontrarte con todos medios de los que disponía a mi alcance, dar con tu paradero era mi prioridad, y aún más pensando que estarías en algún sitio cautivo, como hicieron conmigo. Tristemente, tras unos años de búsqueda sin ningún resultado, el testimonio de aquel buzo que aseguró haber visto tu cuerpo atrapado comenzó a tomar fuerza y, con un amargo dolor, acabé por admitir el trágico desenlace de aquella noche.

Aquel hombre agachó la cabeza al terminar y así permaneció hasta que yo le hablé.

—No es posible volver atrás en el tiempo y lo que ocurrió forma parte del pasado —dije antes de perderme en un intenso silencio cuando recordé el accidente—. No te guardo ningún rencor, Blake, nadie hubiera podido adivinar lo que se había dispuesto a tus espaldas y una vez las fichas comenzaron a rodar nuestras suertes estaban echadas… —dije manteniendo el tono de voz robótico—. Sé que si hubieras podido hacer algo por nosotros no te hubiera temblado la mano por ayudarnos —añadí.

—No te quepa la menor duda… —contestó levantando la cabeza y mirándome a los ojos—. Hubiera sacrificado cualquier cosa por evitar lo que ocurrió aquel día, aunque, lamentablemente, es cierto que no puedo cambiar nada de lo que sucedió… —y añadió—: Vosotros teníais toda una vida por delante, un futuro más que prometedor mientras que un viejo como yo…, en sus últimos años, cuando se siente que la muerte es la única compañera que te librará de las ataduras de un cuerpo ya gastado…, ahí es donde reside la agonía de

mi mísera existencia, en que debí ser yo el que muriera, y no tú, mi querido amigo —dijo con rabia mientras una lágrima volvía a brotar y correr por su mejilla.

—¿Quién me hizo esto? ¿Quiénes son los responsables de mi muerte? —pregunté con voz firme.

Un silencio nació a orillas de mi pregunta y se propagó durante un tiempo mientras Blake apretaba su mandíbula amargamente.

—Siempre desconfié de ellos —dijo antes de seguir después de otra pausa—. Sus nombres aparecieron por primera vez en la lista de los presentes a una de las asambleas anuales y desde entonces han estado siempre ahí. No se tiene constancia de que tuvieran padrinos que recomendasen su ingreso o informes que sugirieran su incorporación, pero lo cierto es que, como el cáncer que brotó en mis entrañas, poco a poco fueron creciendo y extendiendo sus tentáculos desde los planos más profundos y arraigados de nuestra estructura hasta que la debilitaron y pudrieron las mentes de algunos a los que yo siempre consideré como pilares firmes de la orden. Como resultado de su sinuosa locura y después de atentar contra los valores que defendemos, me vi forzado a desterrarlos para siempre. Sin demora celebré un juicio público en el que reuní a todos los hermanos miembros y sentencié su irrevocable expulsión inmediata antes de advertirles que pagarían con sus vidas si volvían a desafiar a la institución. Y aunque aquella noche talé aquel árbol fulminantemente, las raíces podridas quedaron protegidas bajo la tierra haciéndolo brotar más tarde incluso con más fuerza. Lo que nos pasó, lo que te ocurrió, fue la consecuencia de mi debilidad, Marco. Debí haber acabado con aquellos dos perturbados tan pronto como conocí de sus actos —dijo haciendo una pausa mientras miraba a un lado en el suelo pensativo.

—¿Cómo pudieron aparecer de la nada y unirse a vosotros sin más? ¿Por qué nadie dijo nada? ¿Qué clase de sociedad secreta permite algo así? —dije enfurecido.

—Todo se resume a política y poder, amigo mío. Hasta la planta más bella nacida de la semilla más limpia y pura termina ensuciándose y marchitando en las manos del hombre —contestó—. Vinieron como invitados de uno de los miembros más poderosos y este les abrió nuestras puertas casi a la fuerza. Con una sonrisa y las palabras que todos queríamos escuchar se introdujeron sigilosamente entre nosotros como lobos ocultos tras una piel de cordero. En aquel momento yo no era más que un consejero en la orden y también pasaron desapercibidos para mí. Los años transcurrieron bajo una aparente tranquilidad hasta que, disfrazados tras la confianza y el respeto que cada uno profesa a su hermano miembro, se apoderaron

del casco de Godofredo y lo sometieron a una serie de experimentos que nadie en su sano juicio hubiera respaldado —dijo antes de que le interrumpiese súbitamente.

—¿Qué clase de experimentos? —pregunté interesado.

—Intentaron fundirlo —contestó serio.

—¡Qué! —exclamé—. ¿Para qué? —pregunté confundido—. ¿Con qué intención? —añadí—. No tiene sentido —dije contrariado.

—Lo sé…, inaceptable —respondió Blake antes de seguir—. Mediante un potente láser intentaron doblegarlo una y otra vez sin conseguir ningún resultado, hasta que el yelmo los marcó para el resto de sus vidas. Bastardos… —añadió enfurecido.

Tomó un descanso y cuando se tranquilizó un poco continuó.

—Ocurrió en los laboratorios Strack, un recinto privado situado a las afueras de Londres donde diferentes empresas llevan a cabo toda clase de experimentos, aquel día dos científicos perdieron la vida y otro puñado resultó herido de gravedad tras una gran explosión en uno de sus sótanos. Algunos de los supervivientes que se encontraban en las instalaciones esa mañana presenciaron qué ocurrió y ya en el hospital explicaron cómo aquellos dos enajenados se encerraron en una de las salas y manipularon la potencia de un láser experimental por encima de sus posibilidades físicas sin autorización. A consecuencia de las altas temperaturas que alcanzó, el aparato comenzó a desintegrarse rápidamente al mismo tiempo que emitía un rayo rosado de gran calibre y muy poderoso que incidía directamente sobre la superficie del objeto que intentaban alterar, un casco medieval. El contacto entre el haz del láser y el metal oscuro del yelmo provocó un estruendo que alertó a todos los que se encontraban allí ocupados en sus investigaciones. Al parecer, mientras ese estruendo resonaba por todo el complejo, una especie de nube blanca muy densa comenzó a crecer alrededor del yelmo hasta que unos segundos después algo debió colapsar en el interior de aquella masa de humo provocando una violenta explosión de luz brillante. Aquella cegadora claridad abrasó al instante todo lo que encontró a su paso en el subsuelo del edificio dejando un reguero de metal, cristal y otros materiales fundidos…

—¿Qué le ocurrió al casco de Godofredo? ¿Y a ellos? ¿Cómo pudieron resistir la explosión? —pregunté inquieto.

—El casco sobrevivió, nunca hemos entendido muy bien cómo fue capaz de contener tanta energía aplicada sobre su superficie, pero lo hizo y con ello espoleó enormemente la creencia de que su naturaleza era sobrenatural. Fue recuperado de inmediato y devuelto a nuestro cuidado tan solo unas horas después del accidente. Muchos dijeron

que gracias a que los valores de Godofredo fueron tan sólidos y puros, estos protegieron al yelmo, y que no habría nada en este mundo capaz de corromperlos o destruirlos. Otros pensaron que aquel era el casco de los dioses, un artefacto confeccionado lejos de las manos y la razón humana que se nos fue entregado como recuerdo de la sabiduría de un más allá desconocido. El caso es que la historia de lo que sucedió en los laboratorios Strack se propagó entre los círculos más selectos y comenzamos a recibir un aluvión de peticiones para unirse a la orden, algo que nos puso a todos, y especialmente al yelmo de Godofredo, en peligro…

—¿Y ellos? —volví a preguntar.

—Ellos se habían preparado para ciertos imprevistos, pero no para lo que sucedió aquel día. Sus trajes aguantaron la explosión a duras penas, pero aquella luz tan intensa devoró sus pieles y quemó sus ojos sin compasión. Fueron trasladados al hospital inmediatamente, donde pasaron meses y meses en la unidad de cuidados intensivos debatiéndose entre la vida y la muerte con graves quemaduras cubriendo casi por completo sus cuerpos, hasta que un día desaparecieron sin dejar rastro. Nunca pensé que después de lo que les había ocurrido quisieran saber nada más del yelmo, pero lo cierto es que su locura iba aún más allá y tan pronto como pudieron se organizaron para apoderarse del casco una vez más… —concluyó pensativo.

Yo no dije nada, solo me limité a guardar silencio mientras pensaba en aquellos dos diablos quemándose vivos cegados por una obsesión.

—Después de lo ocurrido, investigué su pasado a fondo y este me llevó hasta Alemania, hasta las SS… —dijo antes de que le interrumpiese.

—¡¡¿Las SS!!? —pregunté incrédulo—. ¿Te refieres a la guardia personal de Hitler?

—Sí, y concretamente relacionados con Heinrich Himmler, su creador —contestó.

—¿Cómo puede ser? ¿Cómo pueden estar relacionados? ¿Cuál es la conexión? —pregunté inquieto mientras intentaba salir de mi asombro.

—Himmler creó una sección dentro de las SS dedicada exclusivamente al estudio del ocultismo y a la búsqueda obsesiva de reliquias. Esta unidad contaba con el beneplácito del Führer y por ello dispuso de los medios y el poder suficiente para maniobrar, conspirar y asesinar sin hesitar en beneficio del Tercer Reich. —Blake hizo una pausa.

—Sí, conozco de su existencia. Permanecieron activos desde 1925

hasta que desaparecieron a mediados de 1945 —dije.

—Eso es lo que mucha gente pensó, creyó que con la caída del régimen nazi desapareció el aparato de guerra que se había estado fraguando durante años, pero lo cierto es que no fue así y, aunque la mayor parte de su maquinaria fue aplastada y su cúpula disuelta, hubo varios laboratorios secretos que continuaron con sus investigaciones más allá de la desaparición del Reich alemán. —Blake volvió a hacer una pausa esperando mi parecer.

—Imposible, ¿qué sentido tendría? ¿Con qué dinero se financiarían?

—Exactamente. Esa es la razón, porque no tendría sentido seguir después de perder la guerra. Por eso fue por lo que continuaron, porque nadie los buscaría. Siguieron sus investigaciones con la seguridad de que la supremacía alemana volvería a retar al mundo —dijo.

—Lo cierto es que las SS juraban lealtad a Hitler —añadí pensativo.

—No te olvides de *Meine Ehre heißt Treue* —dijo Blake en un alemán perfecto.

—Mi honor es la lealtad… —añadí yo—. Y ¿cómo sufragaban los gastos? ¿Cómo se financiaron? —pregunté en un tono que dejaba entrever que la idea comenzaba a asentarse y ya no parecía tan descabellada.

—El famoso tren del oro nazi, mi querido amigo. Se ha creído durante años que simplemente se perdió, que desapareció en algún lugar de Polonia en una gruta secreta o sepultado por la tierra. Imagínate, Marco, trescientas toneladas en lingotes de oro dan para muchos años de estudio y constante modernización del instrumental y la maquinaria —concluyó antes de guardar silencio.

Yo continuaba turbado, dando vueltas a todas las piezas de un puzle que encajaba a la perfección.

—Gritze y Plekth son el relevo de lo que quedó de las SS nazis, posiblemente hijos de aquellos que continuaron estudiando en los búnkeres secretos —dijo serio—. Y esto es algo que entendí más tarde… —añadió—. Para ellos las mutilaciones que el casco les produjo en aquel experimento no fueron más que una grandiosa recompensa que los transformó en lo que el Führer buscó noche y día hasta la saciedad. —Blake hizo una pausa a la vez que levantaba su dedo índice y me señalaba—. El yelmo de Godofredo los convirtió en los seres superiores que el Imperio alemán ansió durante años, los transformó en la perdida raza aria.

—¡Pero eso es una locura! —me quejé—. El concepto de raza aria es una teoría que nació como una especulación débilmente

desarrollada por la lingüística histórica. Se sabe que diversos autores teorizaron sobre la existencia de un antiguo pueblo ario a partir de cuya lengua se habían originado las lenguas del continente europeo, por lo que ni siquiera es seguro que realmente hubieran existido —añadí incrédulo.

—Correcto —dijo—. Pero lo cierto es que en algunas de las culturas más antiguas del planeta, como lo son el budismo o el hinduismo, ario hace referencia a algo totalmente diferente y su significado es el de noble o místico, y también denomina una cualidad espiritual divina. Ario apuntaría a alguien considerado como el renacido, el nacido dos veces o el que renació después de un rito de paso —contestó.

—No tenía constancia de ese significado —interrumpí.

—Así es, y es precisamente de esta raíz de donde esos dos diablos alimentan su demencia —dijo mirándome a los ojos—. Gritze y Plekth piensan que el yelmo los eligió para convertirlos en seres místicos, en sus mentes enfermas las graves quemaduras que cubrieron sus cuerpos fueron solo parte del ritual por el cual el casco los despojó de su apariencia humana y los hizo renacer como raza aria.

—Pero… ¡están locos! —dije incrédulo.

—Son dos fanáticos enajenados que poseen mucho poder, por eso son tan peligrosos —contestó.

—¿Qué aspecto tienen? —pregunté interesado.

—La verdad es que no les he vuelto a ver desde que les expulsé, pero se dice que sus deformidades son tan horrendas que al contemplarlas se alojan en el alma de uno poblándolo de pesadillas para el resto de sus noches y que si te buscan, no hay lugar en del mundo donde puedas esconderte —respondió Blake antes de añadir—: Son habladurías, leyendas urbanas que me hacen reír, aunque debo confesar que desde que conozco de lo que son capaces tengo la sensación de que siempre están alrededor…

—Marco, el tiempo se agota —dijo Víctor con un susurro mientras Blake continuaba.

—… observándome a través de las lunas tintadas del coche aparcado al otro lado de la calle, tras la mirilla de la puerta del vecino o esperándome a la vuelta del pasillo, eternamente al acecho, conspirando en la sombra hasta que llegue el momento de dar otro golpe mortal.

—¿Has escuchado algo? —le pregunté a Blake.

—No, estoy soñando —respondió.

Yo giré la cabeza para ver lo que tenía a mis espaldas, pero la habitación estaba vacía. Únicamente nos acompañaban las sobras de

las llamas que se proyectaban sobre la piedra húmeda de las paredes y que sin descanso bailaban su frenética danza.

—Él no me puede escuchar, Marco, porque solo te estoy hablando a ti —dijo Víctor.

—El tiempo se acaba y debes despedirte —añadió.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando? —pregunté.

—A que esto es un sueño, por eso te estoy viendo —contestó Blake.

—Ahora debes dejarle antes de que despierte y comience a tomar consciencia de su nueva realidad, al igual que lo hiciste tú —añadió Víctor.

Esta vez guardé silencio durante un momento y Blake comenzó a hablar de nuevo.

—Debido a esa sensación de ser observado constantemente, decidí esconder el yelmo en un lugar seguro, buscar un emplazamiento que únicamente yo conociese…

—¿A qué esperas, Marco?… —dijo Víctor.

—… codifiqué su paradero en un pedazo de lino y lo introduje con cuidado en el hueco que encontré en el suelo bajo la luz azul de las vidrieras… —continuó Blake ignorando lo que ocurría.

—Antes de marcharte pregúntale por Lucía, quizás sepa algo, el tiempo se agota —volvió a hablarme Víctor.

—¿Y Lucía? —exclamé ansioso.

—… el zócalo de una de las columnas de la nave central, junto al laberinto… —dijo Blake antes de detenerse estupefacto. ¿Qué? —preguntó.

—¿Qué sabes de mi mujer? ¿La has visto? —le pregunté.

—Sé que se recuperó y salió del hospital tiempo después del accidente, pero en ningún momento pensé en ir a buscarla para no ponerla en peligro. Una persona fue asignada por la orden para permanecer en su entorno hasta que acabásemos con Gritze, Plekth y sus secuaces. Más tarde me informaron de que también poseía protección policial, por lo que me centré en acabar con nuestra amenaza antes de ir a su encuentro —respondió.

—El tiempo se ha acabado, Marco —dijo Víctor.

Y en ese preciso instante Blake comenzó a desvanecerse hasta que desapareció por completo.

—¿Por qué? —grité desesperado.

—Porque el equilibro de su aclimatación comenzaba a estar en riesgo, en cualquier momento se dará cuenta de que no era ningún sueño y de que se encuentra muy lejos de la gélida habitación en la

que falleció en soledad —dijo Víctor a mis espaldas.

Yo me giré y le vi, allí estaba aquella sombra repleta de conocimiento y habilidades increíbles.

—¿Qué será de él? —pregunté.

—Ahora se despertará en el apartamento donde residió sus últimos años, aunque esta vez la mañana no será tan fría y gris como de costumbre —contestó.

—¿Como yo lo hice? —pregunté.

—Sí, aunque tú fuiste algo diferente —respondió.

—Qué triste final para un hombre tan notable como él… —dije apesadumbrado.

—Fue el camino que él eligió, lo que le hizo feliz y quizás mantuvo vivo durante algunos años más —contestó Víctor.

—Tal vez —dije antes de que me interrumpiese.

—Es hora de que nos marchemos, aquí hemos terminado. A menos que estés esperando a tu juicio final —dijo antes de reír.

—No, muchas gracias —respondí de inmediato.

—Entonces acompáñame, ha llegado el momento de que abandones este mundo y sigas tu camino.

CAPÍTULO XXI

Nada más terminar aquella frase volvimos al lugar en el que el mundo parecía un gran espejo, donde me encontré con Víctor antes de que me llevase hasta Blake. En el horizonte permanecían los tres planos con forma de T invertida.

—Ha llegado el momento de que decidas, Marco —dijo indicándolos con la palma de su mano mientras continuaba mirándome—. Lo que estás viendo son las puertas a tres mundos completamente diferentes, ahora debes elegir —explicó antes de hacer una pausa.

Yo no articulé una palabra.

—En la parte inferior se encuentra este mundo en el que nos encontramos. Si decides permanecer aquí, existirás entre nosotros, serás libre de crear tu entorno y experimentar todo lo que desees. Aquí serás lo que quieras ser. —Hizo otra pausa esperando a que dijese algo.

Yo continué en silencio.

—A la izquierda se encuentra la entrada al mundo donde permaneciste hasta que tomaste consciencia en este. Allí serás capaz de convivir con las personas queridas, pero tal y como lo hiciste anteriormente, estarás entre ellos sin que ellos reparen en tu presencia.

Sin poder evitarlo, comencé a pensar en Lucía y mi hermano, recordé el tiempo que pasé en la mansión vagando por sus pasillos y pensando que aún estaba vivo. Víctor continuó.

—Por último, a la derecha, la entrada a un lugar desconocido, una dimensión superior en la que un nuevo escenario se rige bajo reglas totalmente diferentes a las que conoces, diferentes a las de este lugar y a las del mundo del que viniste.

Víctor se volvió hacia mí. Yo continuaba pensando en Lucía,

perdido en los recuerdos y vivencias de aquellos maravillosos años que compartimos juntos y, de repente, recordé a Greenville y lo que vi al tocarle.

—¿Qué sentido tendría ir a un lugar desconocido alejándome aún más de lo único que quiero y añoro? —me pregunté en voz alta—. Si permanezco aquí, me volveré loco. Quizás Blake me ayudase a llevar una existencia menos monótona, pero sé que llegaría el momento en el que no aguantaría y querría marcharme —dije aún en voz alta—. Y si regreso, viviré en una agonía viendo cómo los peligros acechan a Lucía mientras no puedo hacer nada… —dije pensativo—. ¿Por qué fui capaz de modificar el mundo mortal cuando ya había muerto? —me pregunté—. ¿Cómo es posible? —volví a preguntar a Víctor esta vez.

—Marco, desde que te conocí siempre he sabido que eras distinto, por eso le pedí a Riario que comenzase con tu aprendizaje tan pronto como estuvieses preparado —dijo Víctor.

—¿Tú mandaste a Riario? —pregunté sorprendido.

—Por supuesto, para que llegases a este momento lo antes posible —respondió.

—¿Para qué? ¿Con la intención de quitarme del medio? —pregunté irritado.

—No —contestó claramente enfadado—. Para que pudieras hacer lo que yo no pude —me reprochó con un tono áspero que a duras penas podía disimular la profunda tristeza que contenía.

Yo me quedé callado durante un tiempo sintiéndome culpable por pensar mal de aquel ente que lo único que había hecho era cuidar de mí.

—A mí también me forzaron a abandonar a mi mujer y a mi hijo antes de lo que cualquier marido y padre hubiese querido… Pero yo no tuve opción de elegir… En un abrir y cerrar de ojos me encontré en este lugar varado entre el mundo donde ellos vivieron y un más allá donde se encuentran ahora… Apartado de ellos para siempre —dijo conteniendo el dolor.

Víctor se giró hacia las puertas y permaneció callado un tiempo contemplándolas, posiblemente perdido en el pasado. Yo, avergonzado por mi egoísmo, fui incapaz de decir nada. Tras la muerte, Osiris era el encargado de guiar las almas de los difuntos hacia la eternidad y hasta entonces nadie había reparado en que jamás sería capaz de estar junto a los que él amaba. Era más que difícil imaginar cuánto tuvo que sufrir el día en el que tuvo que guiar a su mujer y su hijo a través de los mundos sabiendo que esa sería la última vez que los vería, sabiendo que permanecerá encallado en aquel lugar para toda la

eternidad. Yo al menos había tenido la oportunidad de decidir quedarme o marcharme, pero él estaba allí atrapado para siempre.

—¿Cómo puedo ayudarte, Osiris? —pregunté, seguro de que haría lo que fuera necesario para sacarle de su situación.

Sin apartar la mirada de aquel extraño portal interdimensional, Víctor me contestó:

—Nadie puede, Marco. Yo acepté esta responsabilidad y debo asumirla.

—Pero… ¿no los echas de menos? —le pregunté.

Víctor se giró hacia mí lentamente antes de hablar.

—Cada instante de mi existencia —respondió—. Aunque es algo que evito pensar porque nunca ocurrirá —siguió diciendo antes de que se hiciera el silencio—. Ahora debes tomar una decisión para continuar con tu camino —concluyó, rompiendo este.

—No hay nada que decidir, quiero volver a estar cerca de Lucía —respondí.

—¿Incluso sabiendo que el día que ella muera tú permanecerás allí, en el mismo lugar, aunque ella se marche donde quizás sea demasiado tarde para ti? —me preguntó.

—Sí —contesté seguro.

—Ella está en peligro y yo necesito estar a su lado, si pude mover objetos del mundo físico antes de venir aquí, estoy seguro de que, de alguna manera, encontraré la forma de ayudarla —añadí.

—¿Te vas a sacrificar por ella? —me preguntó serio.

—Sí. No soy nada sin ella, lo sacrificaría todo sin dudarlo un segundo —respondí.

—¿Tu existencia en esa prisión para la eternidad? —me preguntó.

—Para la eternidad si fuera necesario —contesté.

—Entonces no lo retrasemos más, Marco, ha llegado el momento que tanto has ansiado, todo está dispuesto y ahora puedes volver —me dijo.

—Gracias por todo, Víctor, me hubiera gustado poder ayudarte —le dije antes de encaminarme hacia el plano de la izquierda.

—Te vamos a echar de menos, especialmente Riario —me contestó mostrando aprecio.

—Os recordaré siempre y, por favor, cuidad de Blake —le dije.

—Dalo por hecho, estamos deseando conocerle —contestó Víctor.

En ese momento ninguno de los dos dijo nada más y se hizo un silencio algo incómodo, entonces Víctor se despidió tímidamente con la mano y yo le devolví el saludo antes de mirar hacia mi nuevo

destino. Comencé a andar y tras dar unos pasos me volví hacia él para darle un último adiós, pero ya se había marchado. Transcurrieron unos instantes en los que me quedé inmóvil mirando hacia la infinidad de aquel mundo, pensando en aquella aventura que estaba a punto de terminar y, sin vacilar, volví a fijar la vista al frente y continué aproximándome hacia el límite con las otras dos dimensiones. Mientras me acercaba, recordé cómo me sentí la noche en la que descendía en las aguas del lago, cuando me dije que debía ser fuerte para afrontar lo que viniese después, por inhóspito que fuera, ahora estaba a punto de regresar a un mundo que ya conocía, pero con la incertidumbre de si sería capaz o no de ayudar a Lucía después de todo.

—Detente —dijo una voz a mis espaldas.

Yo obedecí y me quedé parado sin darme la vuelta.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte? —me preguntó con un tono cómico.

—¡Riario! Qué susto me has dado —dije con alivio.

Riario rio.

—Por un instante pensé que ya no podía marcharme —dije antes de reír.

—No, ahora eres libre de volver porque sabes dónde vas —contestó —. No te volverás loco ahí abajo pensando que todavía perteneces al mundo humano —añadió.

—Es cierto —contesté—. Me imagino que de eso trataba mi preparación, de entender lo que nos ocurre después de la muerte —añadí.

—Exacto, debías llegar hasta este punto tú solo, y ¡al final aprendiste la lección! —dijo riendo—. Antes de que te marches quería decirte que ha sido muy divertido tenerte aquí, lo repetiría al menos cien veces más —añadió antes de volver a reír.

—No me lo recuerdes… —respondí.

Ambos reímos durante un tiempo hasta que yo hablé de nuevo.

—Riario, ahora debo despedirme, tengo que marcharme.

—Lo entiendo, espero que encuentres a tu mujer y puedas ayudarla para que consigas la paz que ansías —contestó—. Antes de que te vayas quiero decirte algo importante —dijo antes de hacer una pausa —. Quizás tengas una oportunidad.

—¿De qué estás hablando? —pregunté interesado.

—Víctor me dijo que algunos de nosotros somos capaces de sincronizar o contactar con humanos. Cuando esto ocurre, se establece un enlace entre ambos que permite comunicarnos con ellos, en

algunos casos incluso tomar posesión del cuerpo humano durante algún tiempo —contestó.

—¿Me estás tomando el pelo de nuevo? —pregunté desconfiando.

—Es cierto, no todos pueden hacerlo, pero se ha conseguido —dijo serio.

—¡Entonces eso increíble! —exclamé—. ¿Qué debo hacer? —pregunté inmediatamente después.

—Nadie lo sabe con certeza, al menos en esta dimensión se cree que simplemente ocurre. De alguna manera esa conexión se establece entre ambos espíritus, quizás debido ciertas facultades del humano que desconocemos. Tal vez una sensibilidad especial, pero ha ocurrido —respondió.

—¿Por qué Víctor no me dijo nada? —le pregunté.

—Es un tema muy delicado para él, ya sabes que nunca tuvo la oportunidad de elegir y eso le lleva quemando en lo más profundo de su ser desde el principio de los tiempos —contestó—. Alguien le enseñó los entresijos de este lugar y le dio habilidades increíbles antes de dejarle aquí y desaparecer tras esa puerta que ves ahí, la de la dimensión superior —añadió—. Lo cierto es que Víctor tiene una especial predilección por ti, Marco, es como si de alguna manera él se viese reflejado en ti. —Riario paró.

—Me gustaría ayudarle, comprendo perfectamente su dolor —dije —. ¿Qué crees que podría hacer por él? —pregunté.

—Sí, claro que puedes —respondió—. Es tan fácil como que salves a tu mujer, haz lo que él no pudo —añadió.

—Entiendo —dije pensativo—. Haré todo lo que pueda —añadí.

—Sabemos que lo harás —dijo él—. Ahora debes irte, amigo mío. Estaremos siempre contigo —exclamó.

Yo le di las gracias y, más seguro que nunca de mi decisión, me dirigí hacia el portal. Poco a poco me fui acercando hasta que dejé de ver los otros dos planos. De repente hubo una especie de interferencia que distorsionó la imagen del horizonte y lo que me rodeaba y, cuando todo dejó de sacudirse violentamente, aparecí frente a nuestra mansión. En mi rostro debió dibujarse una sonrisa de satisfacción, una mezcla de añoranza y alegría contenida que fui incapaz de retener.

Era una preciosa mañana de verano en la que el sol bañaba con su luz la fachada principal de nuestra casa junto con las plantas y las flores de colores que abarrotaban el jardín, un espectáculo de diversidad único en el que el laberinto reclamaba su puesto alzándose orgulloso sobre el resto exhibiendo una colección de paredes y ángulos perfectos ennoblecidos por los colores verde profundo de la vegetación

que le daban la vida. Al mismo tiempo, pero al otro lado, las aguas tranquilas del lago exploraban despreocupadas la perfección de aquel momento con un azul intenso colmado por un millar de puntos brillantes que jugueteaban risueños sobre su superficie inundando de matices los alegres trazos de aquel cuadro inolvidable.

—He vuelto —dije satisfecho antes de encaminarme hacia el edificio.

La casa parecía estar vacía, no había coches y las puertas y ventanas, a pesar de aquel maravilloso día, estaban cerradas a cal y canto. Me acerqué hasta el porche de la entrada principal y cuando intenté abrir la puerta mi mano simplemente desapareció en el interior. Sin más, la atravesé y accedí al vestíbulo principal, donde la luz de las ventanas inundaba el corredor principal a lo largo de las dos alas del edificio. Miré a mi alrededor con detenimiento y anduve curioseando hasta la sala de armas donde esperaba saludar a nuestra colección particular, pero la imagen que me esperaba cuando llegué al umbral fue algo más que desoladora. Las urnas y vitrinas que un día expusieron los tesoros que nos llevaron años reunir ahora se encontraban desiertas, vacías y cubiertas por una espesa capa de suciedad. En el suelo, sobre una alfombra escarlata ya venida a menos, yacían dispersos trozos de material y escayola que se habían desprendido del techo a lo largo de los años y las telas de araña se aglutinaban a su antojo en la oscuridad de las esquinas. Herido por la impresión que me causó y por el recuerdo de lo que un día fue y representó aquella habitación, no pude aguantar y me alejé de allí, me dirigí apesadumbrado hacia mi biblioteca. Avanzaba a través del pasillo mientras mi mirada se perdía en el interior de las estancias que encontraba a mi paso, allí los muebles permanecían ocultos bajo telas que luchaban por no sucumbir al paso de los años, la humedad y el polvo que las cubrían. En varias ocasiones estuve a punto de entrar para descubrir las mesas y los armarios, pero algo me decía que después de lo ocurrido anteriormente en la sala de las urnas, solo la visión desde el corredor era lo suficientemente desgarradora como para querer recrearme en el dolor que me causaban.

Mientras me acercaba a mi lugar favorito de la casa sin estar seguro de si realmente quería ver lo que se escondía tras su puerta, no paraba de darle vueltas a algo que me había comenzado a preocupar y se había convertido en una losa que a duras penas podía cargar. Me inquietaba la idea de que antes de volver al mundo en el que ahora me encontraba, pensé que todo sería igual que cuando lo abandoné, pero solo habían bastado unos instantes en aquella casa para darme cuenta de que aquel no era el lugar donde yo residía antes de conocer a Víctor y Riario. Despertar significaba ser capaz de ver la realidad, por dura y desgarradora que esta fuese, y posiblemente ese fue el

aspecto que nuestra casa adquirió después de que Max se viera forzado a abandonarla mientras yo, vagaba por sus pasillos y estancias pensando que nada había cambiado. Mis recuerdos habían alimentado una ilusión que me mantuvo sereno hasta que descubrí que fallecí. Gracias a Víctor ese espejismo en el que había vivido comenzó a tambalearse hasta que finalmente se derrumbó y ahora era capaz de experimentar la verdad.

Estaba frente a la puerta que daba a mi biblioteca, era el momento de afrontar la verdad. Atravesé la madera sin problema y tan pronto como lo hice un dolor se clavó en lo más profundo de mi ser. Mi escritorio estaba destrozado, postrado sobre el suelo hecho astillas, el sillón de piel en el que pasé innumerables tardes leyendo frente a la chimenea tenía varios cortes por donde sangraba el material de relleno que habitaba en su interior, las estanterías estaban vacías y sus baldas magulladas poblaban el suelo junto con los pedazos de mi escritorio. Los paneles habían sido arrancados de los remaches dejando a la vista las paredes desnudas que se escondían tras ellos. Las cortinas pendían agonizantes de un extremo tras haber sido forzadas y los cuadros, que con tanto cuidado elegimos para aquella sala, habían sido salvajemente mutilados. Los trozos de los marcos se mezclaban sobre la alfombra junto con los restos de las estanterías y mi mesa, los lienzos habían sido golpeados y perforados sin compasión. Fue un momento duro en el que tuve que asimilar muchas cosas a la vez, no podía quitarme de la cabeza la violencia con la que tuvieron que masacrar a mis viejos amigos. No había que ser muy listo para adivinar que alguien entró allí buscando algo y que más allá del ansia por conseguirlo se escondía un odio desproporcionado hacia mí. No tenía la más mínima duda de que aquellos dos malnacidos de los que Blake me habló estaban detrás de aquella imagen de devastación y que no pararían hasta encontrar lo que buscaban sin importarles a quién o a quiénes se tuvieran que llevar por delante para conseguir su objetivo. Todos los caminos me llevaban a la misma conclusión, debía encontrar a Lucía tan pronto como pudiese. Me di la vuelta y abandoné la mansión después de haber tomado una decisión: jamás volvería a aquel lugar donde fui completamente feliz porque la realidad que habitaba en ella era dolorosamente insoportable.

—Mi fin está cerca, solo unos días más… —dijo aquella voz que ya había escuchado anteriormente.

—¿Quién eres? Da la cara —grité—. ¿Qué pretendes? —añadí cuando después de un tiempo nadie contestó.

Pero tampoco hubo respuesta a mi segunda pregunta. Con total seguridad se trataba de la misma voz que escuché en el otro mundo, primero en la biblioteca y después cuando intenté hacerme pedazos

contra una montaña, pero a diferencia de las anteriores ocasiones, esta vez yo me encontraba en otra dimensión.

—Por fin nos volveremos a encontrar y seremos libres… —habló una vez más—. Todo está dispuesto…, es el momento de encender la llama —dijo antes de volver a esfumarse.

Aquel ente que se colaba libremente en mis pensamientos me estaba comenzando a preocupar, poco a poco le escuchaba más a menudo y pensando en lo que decía en sus mensajes daba la sensación de que hablaba de una especie de cuenta atrás. Parecía que meditaba algo y que, fuera lo que fuese, cada vez estaba más seguro de ello. ¿Sería aquello a lo que Riario se refirió con sincronizar con un humano? A Víctor nunca le pregunté cuando comencé a escuchar aquella voz, ¿era posible escucharla en dos dimensiones diferentes?

Decidí apartarla a un lado para dedicarme a mi misión principal, aún me encontraba en el jardín y tenía un largo camino por delante. Pensé que antes de ponerme en marcha sería buena idea experimentar los límites de mis capacidades, debía conocer las armas con las que contaba para desenvolverme en aquel otro mundo. Sin más, comencé a concentrarme para que aquel día de verano se convirtiese en una fría noche de invierno, cerré los ojos y auné fuerzas sobre mi deseo, pero al abrirlos de nuevo nada había cambiado. No me rendí y lo intenté una vez más, y aunque en esta ocasión me concentré incluso con más fuerza en conseguir mi empeño, a pesar del esfuerzo todo continuó exactamente igual. No tardé en darme cuenta de que con el cambio de mundos había perdido esa capacidad. No eran buenas noticias para mis aspiraciones, quizás no lo necesitase si estuviese pensando en quedarme en el mismo lugar para la eternidad, pero si tenía que buscar a Lucía, potencialmente ella podría encontrarse en cualquier punto de la geografía del globo terráqueo y sin aquellos poderes sería muchísimo más complicado encontrarla. El comienzo tras mi ansiado regreso no pintaba bien. Intenté no desanimarme y probé a volar, sin esfuerzo me elevé lentamente y me detuve a unos metros del suelo, ahora debía conocer si podía ser veloz. Cogí impulso y salí disparado hacia el cielo. Debo de admitir que era bastante rápido, pero por alguna razón no tanto como lo fui en el mundo anterior, no era genial, pero al menos me sería de ayuda y no fue la decepción que me llevé con lo que intenté anteriormente. Bajé tras pasar con nota aquel ejercicio y aterricé sobre las baldosas de piedra de uno de los paseos que atravesaban el jardín. Ahora probaría algo diferente, intentaría desplazarme a un lugar con solo pensar en él, me concentré en la plaza de San Marcos en Venecia e incrementé la fuerza de mi deseo e imaginándome allí, pero después de varios esfuerzos tampoco lo conseguí.

—Maldición —dije enfadado mientras golpeaba un tallo de romero que sobresalía del resto.

Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que aquel brote se tambaleó tras arremeter contra él. Volví a golpearlo y, como si se meciese bajo el empuje de una ráfaga de aire, volvió a moverse. Lleno de satisfacción, fui golpeando todo lo que me pareció, incluso el agua de la fuente se sometió a mi poder y conseguí hacer que algunas gotas salpicarán el suelo. ¡Tenía la capacidad de alterar el mundo material! Esa si era una gran noticia, me costaría encontrar a Lucía, pero una vez que lo hiciese jamás me separaría de ella y si aquellos dos lunáticos del casco o cualquier otro se acercaban a ella, les haría arrepentirse del día en que nacieron. Fue una inyección de moral increíble, no podía manejar el entorno, tampoco viajar como lo hacían Víctor y Riario, pero podía desplazarme con cierta velocidad y, sobre todo, podía mover cosas del mundo material.

El tiempo parecía pasar más rápido de lo que yo recordaba y el día comenzó a despedirse dejando tras su luz una mezcla de tonos cobrizos sobre el firmamento a medida que la oscuridad tomaba fuerza. Volé hasta el pueblo donde la gente paseaba tranquilamente por la plaza y sus alrededores apurando las últimas horas antes de que cayese la noche. Había un ajetreo inusual aquella tarde, quizás fuese el buen tiempo lo que les ánimo a salir de sus casas, pero lo cierto es que había gente por todas partes. Algunos conversaban ocupando los bancos de madera de la zona central mientras otros entraban y salían de las tiendas y comercios cargados con bolsas de plástico. Un grupo de niños jugueteaba alrededor de la fuente intentando hacer volar una cometa que a duras penas se mantenía en el aire con el empuje de sus correteos. No lo pensé un instante y me acerqué hasta ellos, entonces, con cierto esfuerzo, comencé a impulsar poco a poco aquel volantín de colores hasta que se elevó por encima de los tejados de los edificios que conformaban la plaza. Al mismo tiempo que le ayudaba a tomar altura miré hacia abajo, donde las caras de aquellos niños rebosaban entusiasmo y felicidad viendo cómo aquella cometa se aupaba por encima de las casas, una alegría que irremediablemente anidó dentro de mí inundando de satisfacción hasta el último ápice de mi ser. Al fijarme en los alrededores, algo me llamó poderosamente la atención, una persona sujetaba con sus manos un aparato en la dirección en la que yo me encontraba emitiendo un pequeño destello, en un instante me encontraba al lado de ella y, para mi sorpresa, descubrí que había grabado un video con una pequeña cámara en la que pude ver cómo la cometa empezó a elevarse como si hubiese sido poseída por el espíritu de una mariposa que risueña revoloteaba imparable hacia el cielo remontando el vuelo sobre las cabezas de aquellos niños. Tendría que tener más cuidado si pensaba en volver a hacer ese tipo de cosas en

público, porque la forma en que aquel juguete comenzó a subir ante la atenta mirada de los niños y transeúntes solo tenía un calificativo, y no era otro más que el de paranormal.

Había anochecido y, como por arte de magia, el bullicio que encontré al llegar dejó lentamente paso al silencio y a las calles desiertas. Anduve hasta uno de los bancos y me senté frente a la fuente donde el agua continuaba brotando sin cesar, después de pasar un rato fijo en cómo el líquido emergía y resbalaba sobre la piedra me acomodé en aquella soledad y me dispuse a planear dónde y cómo comenzaría mi búsqueda.

CAPÍTULO XXII

—Desde aquel día en la comisaría han pasado ya casi siete largos años cubiertos de interminables días grises. En este tiempo he investigado a quienes asaltaron nuestra casa estrechando el cerco hasta casi poder arrinconarlos. También he tenido que huir y ocultarme en los lugares más rastreros para no ser descubierta por los tentáculos de esta banda de miserables. Codo con codo junto a Valeria vamos tras los pasos de un hombre llamado Omar, un individuo muy astuto y esquivo que, incluso para Valeria, que dejó la Policía con el fin de dedicarse en pleno a ayudarme, está resultando complicado localizar. Sus contactos y toda su experiencia no parecen ser suficientes para dar con este criminal que fue identificado como uno de los dos encapuchados que irrumpieron en nuestra casa. Mi vida se ha convertido en una agonía con una única obsesión, no descansaré hasta que encuentre a los que asesinaron a mi marido y paguen con su sangre por ello. No creo que jamás pueda conseguir asimilar la desaparición de Marco, aunque sin duda me ayudará a afrontar mi muerte cuando llegue el momento. En esta atmósfera de locura avanzo a través de los meses sin descanso y a veces me preguntó si estará acabando con la poca humanidad que me quedó tras su muerte, después de que en su ausencia las horas de mi existencia se tornaran frías y sombrías. Valeria es el único apoyo que me ayuda a seguir cuerda y nos mantenemos en contacto constantemente. Durante estos años me he mantenido al margen de mi familia y amigos, en contra de lo que ella me aconsejó, sé que tiene razón y aunque estoy segura de que serían un gran apoyo también entiendo que si les ocurriese algo por mi culpa, no creo que pudiese soportarlo y jamás me lo perdonaría. Hace unas semanas, un chico nuevo se mudó al apartamento de enfrente y, aunque es muy atento conmigo…

El teléfono sonó interrumpiendo las notas que escribía.

—Dígame —contesté.

—Soy Valeria —dijo una voz de mujer.

—¿Alguna novedad? —pregunté con cierta ansiedad.

—¿Quizás, qué estás haciendo? —respondió con otra pregunta.

—No mucho, entretenida, escribiendo en mi diario, nada importante —contesté.

—Tenemos que vernos, creo que he descubierto algo —dijo conteniendo cierta emoción.

—Son las seis y media, ¿qué te parece la Confiserie Sprungli de la calle Bahnhofstrasse a las ocho? —me preguntó.

—Me parece bien, es la que está en el número veintiuno, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Qué has descubierto? —pregunté inquieta.

—Prefiero hablarlo cara a cara, podría ser nada o todo a la vez. Nos vemos en una hora y media —contestó.

—Entiendo, entonces te veo a las ocho —contesté.

—Perfecto —respondió antes de añadir—: Y no te arregles mucho, que siempre me dejas mal.

Yo reí antes de contestarle:

—Lo intentaré.

Valeria colgó dejando un profundo silencio en el que yo comencé a preguntarme qué sería lo que podría haber descubierto esta vez para que no quisiese decírmelo por teléfono. Desde que desenmascaramos a Omar habíamos estado siguiéndole a través de un rastro que nos había llevado a detenernos en varias ciudades europeas sin, a nuestro pesar, poder dar con aquel desgraciado y hasta entonces nunca había sido un problema informarme de la investigación o de las pistas que seguíamos a través de una conversación telefónica. La última vez que supimos de él fue por medio de la grabación de una de las cámaras de seguridad ocultas en una joyería, ella nos trajo hasta Zúrich hace tres meses, cuando le cazó comprando un Rolex de cincuenta mil euros y desde entonces, y como en ocasiones anteriores, había desaparecido. Normalmente tardaba meses en hacer acto de presencia en otro lugar a miles de kilómetros de distancia. Era como si estuviésemos persiguiendo a un fantasma que se desvanecía tan pronto como poníamos un pie en el país donde acababa de aparecer. Esa había sido la tónica general durante años hasta aquel día en el que, por algún motivo, Valeria no quiso hablar de ello, quizás por primera vez había descubierto algo que nos situaba por delante de él.

Dejé mis notas y fui a cambiarme inmediatamente, tendría que coger un taxi o de lo contrario no llegaría a tiempo a mi cita. Mientras

me cambiaba de pantalones y me daba un poco de colorete en las mejillas no paraba de preguntarme qué podía ser lo que Valeria querría contarme. Me daba miedo de que estuviese agotada después de tantos años de duras decepciones y ahora quisiese renunciar, si ese era el caso lo entendería, pero la idea de tener que enfrentarme a todo sola, para ser sinceros, me aterraba un poco. Cogí las llaves y salí del apartamento hasta el ascensor, bajé al vestíbulo y salí a la calle en busca de un taxi. Vivía en una calle bastante concurrida y nunca había tenido el menor problema para parar un taxi en menos de cinco minutos, pero aquel día que necesitaba uno como respirar, me era imposible, pasaban ignorándome mientras yo permanecía con la mano alzada haciéndoles señas cuando los veía aproximarse.

—¿A dónde vas con tanta prisa, vecina? —me preguntó una voz amable.

—Ah, hola, ¿cómo estás? —respondí—. He quedado con una amiga y si no cojo un maldito taxi no voy a llegar a tiempo —añadí con cierto enfado.

—Bueno, si es una amiga no le importará esperar un poco, seguro que lo entenderá —respondió el chico.

—Lo cierto es que soy yo la que necesito verla cuanto antes, no puedo esperar… —dije dejando la conversación de lado y centrándome en los taxis.

Aquel chico era mi nuevo vecino, desde que se mudó le había visto varias veces en la calle, en el vestíbulo del edificio o en el pasillo donde vivíamos y siempre se detenía a hablar conmigo. Era educado y muy seguro de sí mismo, aunque tras aquella imagen elegante daba la sensación de que había algo que intentaba esconder, no estaba segura, pero pensé que quizás lo que se ocultaba tras sus ojos fuera el dolor a una pérdida reciente. A duras penas conseguía contenerlo y aparecía de vez en cuando en sus expresiones sin que él pudiera evitarlo. La verdad es que me caía muy bien, para él no importaba lo frío y gris que fuera día y a pesar de sus problemas siempre intentaba hacerme reír, todo un ejemplo que en cierta manera me ayudaba a seguir.

—Tengo mi moto aparcada ahí mismo, si quieres te puedo acercar —dijo despertándome de mis pensamientos.

Yo contesté inmediatamente.

—No, muchas gracias, esperaré, no creo que mi mala suerte dure mucho más —dije con una media sonrisa antes de volverme.

No sabía su nombre y si aparecía allí con él a Valeria no le haría mucha gracia, ambas decidimos no relacionarnos con la gente de los lugares por los que nos movíamos, ya que solo nos complicarían más y nos harían débiles. Ambas fuimos muy claras en ese aspecto antes de

comenzar aquel viaje de venganza.

—Bueno, como quieras… —respondió—. Espero que encuentres pronto tu taxi, ¡o él a ti! —respondió con una risa.

Yo sonreí, pero mantuve mi mirada en la calle esperando a que finalmente apareciese un taxi libre.

—¡Espera! —le dije mientras él se alejaba—. ¿Cuánto tardaríamos en llegar a la calle Bahnhofstrasse? —continué mientras me aproximaba hacia él.

Pensé que haciendo el trayecto en moto sería mucho más rápido y si llegaba con suficiente tiempo antes de las ocho, Valeria no me vería con él y no habría problema.

—Yendo en moto el tráfico no importa mucho, creo que no tardaríamos demasiado —contestó con una sonrisa—. ¿A qué hora has quedado? —preguntó.

—A las ocho menos diez —respondí.

—Creo que si salimos ahora no tendríamos problema en llegar a esa hora, ¿a qué número vas? —preguntó.

—Al número veintiuno —respondí.

—¡Ah! Confiserie Sprungli, buena elección —contestó con sorpresa.

—Exactamente, entonces… ¿puedo reconsiderar tu oferta? —respondí con una media sonrisa.

Él rio.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¿Nos vamos? —me preguntó inmediatamente después.

—De acuerdo —contesté animada.

Aquel chico me dio su casco antes de montarnos en su motocicleta, yo no quise aceptarlo, pero él insistió.

—Lucía, agárrate bien —me dijo una vez puso en marcha el motor.

Yo no contesté e instintivamente ajusté con más fuerza mis brazos alrededor de su cuerpo. Sin esperar más, salimos a toda velocidad sorteando los vehículos que encontrábamos a nuestro paso. Durante ese trayecto sentí cosas que había olvidado completamente con la marcha de Marco, abrazada a aquel chico mientras adelantábamos un coche tras otro me sentí protegida, él se preocupaba por mí y todo su empeño se concentraba en ayudarme para que mi vida fuera más fácil, igual que mi querido Marco…

Hicimos el trayecto dieciocho minutos, llegamos a nuestro destino a las ocho menos doce minutos.

—¡Genial! —dije después de bajarme de la moto y quitarme el casco.

Él no dijo nada, solo se limitó a sonreírme con una expresión de completa satisfacción.

—A propósito…, ¿cómo sabías mi nombre? —le pregunté intentando aparentar seriedad mientras luchaba por no sonreír demasiado.

—Bueno… Lo cierto es que tu buzón de correos está justo debajo del mío y el cartero accidentalmente ha extraviado alguna carta tuya en el mío… —dijo antes de reír.

—Ya veo… —contesté antes de reír también.

—¡La verdad es que necesitaba saberlo por si me quedaba sin sal en mitad de la noche! —dijo antes de reír con más fuerza.

Yo no pude contenerme y reí con fuerza también. Después de unos segundos riéndonos en la calle, pensé en que Valeria estaría a punto de llegar y necesitaba que aquel chico se marchase antes de que se viese envuelto en el mundo en el que yo vivía.

—Me marcho, Lucía, tu amiga estará a punto de llegar y no quiero entretenerte —dijo antes de colocarse el casco.

Yo solo sonreí, pero por dentro me alegré enormemente porque me había ahorrado el momento de cortar nuestra animada conversación para decirle que me tenía que marchar.

—¡Diviértete! —dijo antes de saludarme con la mano y acelerar para comenzar la marcha.

—¡Espera! —grité para que me escuchara.

—Dime —contestó.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Ah, por si te quedas sin sal en medio de la noche —dijo riendo.

Yo también reí.

—Sí, básicamente —añadí.

Ambos volvimos a reír.

—Víctor —dijo.

—Víctor, gracias por traerme —le dije agradecida.

—No tienes que darlas, fue un placer. No te entretengo más —dijo antes decirme adiós con la mano y de acelerar cruzando el carril para volver en la dirección que vinimos.

Yo me di la vuelta y miré a la fachada del establecimiento, Confiserie Sprungli. Esperaba que al salir de allí todo fueran buenas noticias y que Valeria siguiese luchando a mi lado, de lo contrario mis días se iban a nublar incluso más de lo que ya lo estaban. Atravesé la acera y entré en el establecimiento. La atmósfera era cálida y el olor a café y bollería recién hecha se mezclaba con el murmullo de la gente

que prácticamente abarrotaba el local. Busqué con la mirada a Valeria entre las mesas, pero todavía no había llegado, con suerte una pareja se levantó del rincón donde se sentaban y yo me apresuré a reservar la mesa. Cuando me senté después de que la camarera se llevará las tazas de los anteriores clientes y limpiase la mesa, me alegré de la suerte que tuve porque desde allí podía ver la entrada sin problema y nadie nos podría ver desde fuera. La camarera vino al momento para tomar nota, pero yo preferí esperar a que Valeria llegase, entre tanto saqué mi cuaderno de notas del bolso y comencé a ojearlas.

—Incluso has encontrado mesa —dijo una voz alegre.

Yo levanté la mirada y vi a aquella bella mujer de pelo largo y rubio sonriéndome, se había hecho una coleta que le daba un toque deportivo a pesar del elegante traje de ejecutivo que llevaba.

—¿Cómo estás, Valeria? Qué alegría me da verte, estás guapísima —le dije mientras nos dábamos dos besos.

—Bien, trabajando mucho —dijo mientras se sentaba.

—Pero… mírate, estás estupenda, Lucía, ¡como siempre, más arreglada que yo! —añadió y ambas reímos.

—¿Has pedido algo? —me preguntó.

—No, he preferido esperarte —contesté.

—Perfecto —dijo mientras levantaba la mano atrayendo la atención de la camarera.

Después de pedir estuvimos hablando de cosas triviales hasta que la camarera nos trajo los cafés y la bollería que Valeria pidió. Entonces fue cuando la verdadera conversación comenzó.

—Lucía, tengo buenas noticias. He encontrado a Omar —dijo en voz baja.

—¿Dónde? —pregunté con ansia.

—Ha estado vendiendo antigüedades a personas de mucho dinero por toda Europa, y tiene previsto reunirse con un cliente en Londres —contestó.

—¿Cuándo? —pregunté.

—En dos días, el lugar donde se van a ver no es seguro todavía, lo decidirán el mismo día unas horas antes de que ocurra —contestó—. Por eso es tan difícil seguirle, cambia de planes en cuestión de horas —añadió.

—Bastardo… —dije sin poder controlarme—. ¿Cómo has conseguido enterarte de esa reunión? ¿Estás segura? —pregunté incómoda recordando los fracasos anteriores.

—Segura al cien por cien, uno de los guardaespaldas del hombre con el que se va a reunir es amigo mío, estuvo en el cuerpo de Policía

varios años antes de dejarlo. Confío en él plenamente —respondió.

—Es increíble —dije pensativa.

—Entonces…, ¿cuál es el plan? —pregunté con cierta ansiedad.

—Haz las maletas esta noche porque mañana volamos de vuelta a Inglaterra, buscaremos un hotel céntrico donde quedarnos hasta que conozcamos la ubicación exacta del sitio donde tendrá lugar la venta —dijo.

—¿Y después?—pregunté inquieta.

—Lucía, sé que has esperado este momento durante mucho tiempo y que hay muchos sentimientos de dolor y rabia detrás de lo que perseguimos, pero si queremos que salga bien debemos planearlo todo al milímetro para que ese Omar no tenga la más mínima oportunidad —respondió antes de seguir—. Después, nosotros acudiremos a la cita en vez de la persona que Omar espera.

—¿Y la policía? —pregunté.

—Podría dar la voz de alarma y el cuerpo entero estaría allí, pero debes tener encuentra que podrían ocurrir dos cosas —dijo antes de hacer una pequeña pausa—. Una, que la policía se lo llevase tan pronto como lo detuviéramos, de esa manera no le volveríamos a ver y perderíamos la oportunidad de hacerle hablar hasta que sangrase por cada uno de los crímenes que ha cometido —dijo furiosa, seguramente pensando en Greenville—. Y dos, si hay algún topo en el cuerpo de Policía, algo que nunca sabremos, todo se podría ir al garete en cuestión de minutos —dijo pensativa—. Después de todos estos años… —añadió.

—Vale, entonces sin policía —dije segura—. Pero yo quiero un arma —añadí.

Valeria rio.

—¿Has disparado alguna vez? —me preguntó.

—No, pero si tengo que hacerlo, Omar se va a llevar los honores junto con una bala en el pecho —dije, segura de que lo haría, ante la atenta mirada de Valeria.

Ella se quedó un tiempo mirándome a los ojos, creo que buscando si en ellos aparecía la menor señal de debilidad.

—De acuerdo, iremos las dos armadas —afirmó—. Creo que ahora deberíamos marcharnos, hay cosas que hacer y preparar para lo que se nos viene encima estos días —dijo Valeria aliviando un poco la tensión.

—Sí, estoy de acuerdo —contesté.

Ambas nos levantamos después de pagar y salimos fuera del establecimiento. Acordamos vernos en el aeropuerto por la mañana

para salir hacia Londres. Después nos despedimos y Valeria se marchó andando mientras yo conseguí parar un taxi. De vuelta a casa comencé a pensar en si realmente tendría el valor suficiente para disparar y matar a Omar, no merecía vivir por lo que nos hizo y esa rabia me haría apretar el gatillo sin dudar, pero a la vez ese sentimiento luchaba ferozmente en mi interior contra otro muy fuerte: yo era, a fin de cuentas, una cirujana que salvaba vidas, no las quitaba.

El taxi paró justo enfrente del portal donde había vivido los últimos meses, ahora me marcharía una vez más dejando de nuevo otra ciudad, como tuve que hacer en muchas otras ocasiones en el pasado, aunque esta vez, por fin, quizás significase el final de mi búsqueda.

Entré en mi casa y comencé a recoger mis cosas y a colocarlas en las maletas, no tenía mucho, siempre intentaba vivir con lo básico para que cuando llegase el momento de partir, como había ocurrido ahora, no me retrasase lo más mínimo. Mientras doblaba la ropa pensaba en qué haría ahora que todo iba a terminar, no creía que pudiese volver a los quirófanos, ni a la mansión que Max y Rachel se ofrecieron para cuidar en mi ausencia. Parecía una locura, pero lo cierto es que sería difícil llenar el hueco que encontrar a Omar dejaría en mi vida después de todos estos años. Llevé las maletas hasta la puerta y me senté en uno de los taburetes de la cocina, abrí una botella de vino de Ribera del Duero y comencé a saborear las cálidas notas de aquel caldo español. Recordé lo que sentí cuando iba abrazada a Víctor en la motocicleta y pensé en si debía despedirme de él o no. Odiaba las despedidas y también tener que explicarme, alguien que abandonaba su casa de la noche a la mañana de la forma que yo lo iba a hacer solo se podía clasificar como inusual y dejaba demasiadas puertas abiertas a la sospecha. Quizás él pensase que yo era una traficante de drogas o una ladrona que huyó antes de que la pescasen, o que fallecí, o que me sucedió algo malo… Se me ocurrieron cientos de cosas que prefería que no pensase de mí, así que, después de meditarlo un rato, decidí ir a despedirme, se lo merecía.

Eran las doce menos veinte y el edificio respiraba bajo un intenso silencio cuando golpee tímidamente la puerta de mi vecino, segundos más tarde escuché ruido al otro lado y esperé intentando encontrar una buena excusa con la que justificar mi marcha. El cierre emitió un sonido y la puerta se abrió, Víctor sonrió.

—No me lo digas… Te quedaste sin sal —dijo antes de reír.

Yo también reí. Víctor era de constitución fuerte, llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros oscuros que a duras penas disimulaban su sólida musculatura. Al menos no estaba durmiendo, pensé.

—Más o menos —contesté mientras hacía un gesto con la cara.

—Pasa, no te quedes ahí fuera —dijo mientras abría más la puerta.

—Es solo un momento, Víctor… —dije antes de que me interrumpiese.

—No importa si es solo un momento o si son dos horas, no permitiré que te quedes ahí en el pasillo, pasa, por favor.

—De verdad, Víctor, muchas gracias, pero no puedo —dije mientras su cara no podía ocultar su decepción.

—De acuerdo, ¿qué sucede? —preguntó.

—Me marcho, solo quería despedirme —dije ante su sorpresa.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó alarmado.

—Sí, estoy bien. He cerrado los negocios que vine a hacer a Zúrich y ahora me marcho —dije segura de mi excusa.

—Entiendo… —dijo acariciándose la barbilla. ¿Y qué voy a hacer yo ahora si necesito sal? —dijo sonriendo.

—¡Una nueva vecina vendrá en mi lugar con una bolsa gigante de sal! —dije, y los dos reímos.

—¿Cuándo te marchas? —me preguntó cuando las risas cesaron.

—Pues seguramente mañana a primera ahora —contesté.

—¿Tan pronto? ¿Por qué tanta prisa? —dijo contrariado.

—Tengo otros negocios que atender en Londres —contesté mientras me daba cuenta del grave error que acababa de cometer.

Otra regla absoluta que habíamos acordado Valeria y yo era que nunca debíamos decir nuestro destino a nadie bajo ninguna circunstancia, si los hombres de negro conocían nuestro siguiente paso, podíamos estar en serio peligro.

Víctor no dijo nada, tenía bastante con aguantar la decepción que se dibujaba en su cara.

—Ha sido un placer, vecino, cuídate mucho —dije mientras le ofrecía la mano.

Él, un tanto confuso, me dio la suya y con cierto tartamudeo, como si estuviese pensando algo que no tenía nada que ver con aquel momento, dijo:

—El placer ha sido mío, tú también cuídate mucho, vecina, te echaremos de menos en el edificio.

—Bueno, adiós, Víctor —dije sin mirarle a la cara.

Después me giré hacia la puerta de mi apartamento, que se encontraba a medio abrir. A mis espaldas escuché un adiós que me entristeció sobremanera y me obligó a entrar y cerrar la puerta tras de mí rápidamente. Después recé para que no viniese a llamar a la mía y hacer aquella despedida incluso más difícil, pero, milagrosamente, mis

súplicas encontraron respuesta y después de varios segundos de incertidumbre escuché cómo él cerró su puerta. Me quedé apoyada sobre la madera un tiempo hasta que me recuperé del mal rato y me fui a dormir.

Creo que aquella noche fue una de las más largas de toda mi vida, solo comparable a las que pasé en el hospital con la incertidumbre de no saber dónde estaba Marco y la noche antes de su funeral. Cerraba los ojos y nada más hacerlo me asaltaban cientos de preguntas y dudas a las que necesitaba encontrar respuesta. Si acabábamos con Omar vengaría a Marco, pero él solo estaba a las órdenes de los hombres de negro, ellos fueron los que indirectamente le asesinaron y conspiraron contra nosotros, Omar solo fue un peón en aquel juego. Lo cierto es que aquellos dos hombres me daban miedo, no quería volver a verlos jamás, pero quizás tuviera que ir en su busca para encontrar la paz que añoraba. ¿Querría Valeria seguir ayudándome si decidía ir a por los hombres de negro tras encargarnos de Omar? Quizás estuviese cansada, después de todo, ella lo hacía por su compañero Greenville y tan pronto como Omar estuviese muerto o entre rejas para siempre su motivación podría agotarse. Tal vez debía huir en aquel momento, alejarme de todo y de todos y comenzar de nuevo en algún lugar remoto. Era un rompecabezas sin solución que me mantuvo despierta hasta que el reloj despertador se activó y conectó con las primeras noticias del día, las horas de la noche habían volado y había llegado el momento de volver a Londres para enfrentarme a Omar.

CAPÍTULO XXIII

El taxista me ayudó a sacar las maletas del maletero frente a la terminal en la que había quedado con Valeria. Atravesé las puertas automáticas de cristal y en un lateral vi a Valeria hablando por teléfono, ella no se percató de mi presencia hasta que me acerqué a ella. Cuando me vio se despidió y me saludó.

—Buenos días, Lucía, ¿preparada?

—Hola, Valeria, buenos días, creo que sí —contesté.

—Estaba hablando con mi contacto en Londres, buenas noticias, la reunión será mañana, como acordaron inicialmente, Omar no sospecha nada —dijo.

—Muy bien, espero que todo siga igual y mañana podamos cazar a ese asesino —respondí.

—Yo también lo espero así, ojalá sea esta la oportunidad que le he estado rogando al cielo durante tanto tiempo —dijo mirando hacia el techo.

—Ojalá —añadí.

Después de tomar algo en una de las cafeterías del aeropuerto y facturar nuestro equipaje, salimos en el primer vuelo directo a Londres. Recuerdo la nostalgia que sentí al ver de nuevo el verdor del paisaje y la disposición de los campos en parcelas perfectamente definidas por los muros de piedra que los agricultores ingleses habían cuidado durante generaciones. El día era gris y una constante lluvia fina nos dio la bienvenida cuando salimos del avión y anduvimos hasta la terminal. Valeria y yo no habíamos hablado casi nada durante el vuelo, ambas permanecimos perdidas en nuestros pensamientos durante las casi tres horas que duró el vuelo. Imaginé que para ella atrapar a Omar también sería un punto de inflexión en su vida y su carrera. Si no encontraba las fuerzas para ayudarme con los hombres de negro, posiblemente tuviese que volver a su antigua comisaría con

el reconocimiento de sus compañeros por el trabajo bien hecho, pero con el constante recuerdo de su compañero muerto en acto de servicio. Pero si me acompañaba en mi cruzada contra los hombres de negro solo le esperaban más peligros y la misma vida nómada que habíamos tenido durante estos últimos años, si alguna vez pensó en tener una familia, aquel no era su camino. Ambas estábamos a punto de llegar a una encrucijada en la que ninguna de las direcciones nos conduciría a un lugar mejor.

Pasamos el control de pasaporte y cuando llegamos a la sala de recogida de equipajes, nuestras maletas ya estaban fuera dando vueltas sobre la cinta. Sin más, cogimos nuestras cosas y nos dirigimos hacia la salida, pasamos a través de las últimas puertas y llegamos al corredor principal, donde los familiares de algunos de los pasajeros que venían con nosotros en el avión esperaban con expectación. Nadie vendría a recogernos, por lo que nos dirigimos directamente hacia la parada de taxis, tan solo llevábamos unos segundos en aquel vestíbulo cuando alguien se aproximó a nosotras avanzando con rapidez entre viajeros y familiares. Valeria le vio acercarse y sin dudarlo un segundo echó mano a su espalda, donde tenía la pistola. El hombre, al ver el gesto, disminuyó su prisa y elevó su brazo a la altura de su hombro dejando al descubierto la placa de policía que guardaba en su mano, acto seguido Valeria fue sacando la mano lentamente de detrás de su gabardina sin perderle de vista hasta que el hombre llegó a su lado y se detuvo. Yo me había quedado algo retrasada tras ver la escena cuando Valeria me pidió que me quedase donde estaba haciendo un gesto con la mano mientras aquel hombre la decía algo. Yo obedecí y les observé hasta que terminaron de hablar, entonces Valeria se acercó a mí.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era ese hombre? —pregunté casi sin respirar.

—No son buenas noticias —contestó antes de seguir. Es un compañero del guardaespaldas, mi informador.

—¿Qué te ha dicho? —insistí.

—Omar ha cambiado la hora y el lugar de encuentro —dijo con preocupación.

—Bueno, tenemos tiempo —respondí.

—La reunión se celebrará esta tarde, en unas horas —dijo seria.

—¿Qué? ¿Hoy? —pregunté incómoda.

—Sí, en este tipo de tratos de compra y venta ilegal es muy común cambiar el lugar y la hora el mismo día antes de que ocurra, es una forma de asegurarse de que ambas partes no puedan planear algo —dijo antes de continuar—. Una parte elige el lugar y la otra la hora.

—¿Sabemos el lugar? —pregunté agobiada.

—Sí, parece que va a ser a las afueras de la ciudad, en los

almacenes de una antigua fábrica abandonada —dijo con preocupación.

—No hay mucho tiempo para planear nada, pero no podemos perder esta oportunidad —dije pensando en voz alta.

—Tal vez, pero no tendremos tiempo para familiarizarnos con el lugar ni para idear un plan… Y él quizás ya lo haya preparado todo —dijo preocupada—. Nos vamos a meter a ciegas en la boca del lobo —añadió.

—No podemos abandonar ahora, después de todos estos años —dije.

—Lo sé, pero también tengo que velar por tu seguridad… —contestó.

—Si te preocupas por mí, no dudes en ir esta tarde a ese almacén. No sé si podría aguantar otros siete años esperando a un momento como este —dije—. Traeremos a la policía con nosotros —añadí segura de que era la solución.

—Ya sabes lo que pienso sobre la policía, no es seguro involucrarles —dijo seria—. Aún recuerdo a los hombres de negro en el despacho de Miles —añadió—. No es seguro —insistió.

—Es verdad, perdona, lo había olvidado —contesté—. Entonces lo tendremos que hacer tú y yo solas, Valeria, no hay otra forma —añadí.

—¿Estás segura? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Completamente, hasta las últimas consecuencias —contesté devolviéndole la mirada.

—De acuerdo, Lucía, por fin ha llegado el día. No será fácil, pero sé que lo conseguiremos —dijo armándome de valor.

Ambas salimos fuera y tomamos un taxi que nos llevó al hotel Ritz, allí reservamos una *suite* doble, nuestro centro de operaciones. En cuanto el botones trajo los equipajes comenzó una vertiginosa carrera por prepararnos tanto como pudiésemos en esas escasas horas que teníamos. Valeria hizo varias llamadas para asegurarse de que el lugar elegido era el correcto y una vez fue confirmado comenzamos a buscar edificios, carreteras y posibles accesos alrededor de aquella fábrica. Cuando tuvimos toda la información diseñamos dos planos de la zona y en ellos establecimos una ruta de entrada y salida del almacén, también ideamos una segunda vía de escape en caso de que algo no saliese según lo planeado. Era alucinante trabajar con Valeria, tenía en cuenta cada detalle, por minúsculo que fuera, y lo desarrollaba hasta la perfección de manera que no dejaba ningún cabo suelto, no había margen para el error. Llamamos a recepción y pedimos que nos alquilasen un coche, debía estar listo para salir en una hora, intentaríamos llegar a la fábrica abandonada con antelación para explorar el terreno antes de que ocurriese el encuentro. Cuando

recepción nos confirmó que el vehículo estaba reservado y se encontraría en entrada a la hora acordada, fuimos a cambiarnos de ropa. Valeria había pensado en ello y trajo algo de Zúrich, ambas iríamos vestidas con la misma ropa y cubriríamos nuestro pelo con una gorra, la verdad es que no teníamos nada que envidiar de Lara Croft, la protagonista del conocido videojuego *Tomb Raider*, éramos como dos gotas de agua. Cuando ambas estuvimos preparadas, bajamos al vestíbulo sin importar la cara de sorpresa del personal y de los clientes alojados del hotel. El chico de recepción nos dio las llaves del coche y sin esperar más salimos y fuimos hasta donde estaba aparcado. Era exactamente lo que habíamos pedido, un 4×4 con las lunas tintadas, este era blanco y estaba impecable. Valeria se puso al volante y condujo hasta la zona industrial donde nos reuniríamos más tarde con Omar. La fábrica estaba lejos de la carretera principal, perdida en mitad de la nada. A ambos lados del camino había maquinaria y vehículos diseminados que habían sido desguazados y abandonados en estado de oxidación. Según nos íbamos adentrando en el complejo, la estampa era deprimente. Por fin llegamos a una zona central rodeada por grandes construcciones de metal, la más alta tenía dos enormes chimeneas de cemento que sobresalían del tejado ennegrecido por el óxido, esos debían ser los hornos de fundición. Alrededor había varias naves y solo una de ellas no parecía estar a punto de derrumbarse. Los tejados se habían desprendido en algunas partes y el viento los hacía golpear una y otra vez contra la estructura principal, había una montaña de vigas de metal dobladas de diferentes formas y apiladas dentro de una de las naves sin puerta de entrada y donde la cubierta se había derrumbado dejando a la luz incidir en su interior. En el interior de otro de los almacenes se veía más maquinaria que había sido desmantelada en grandes piezas, quizás demasiado pesadas para ser transportadas en un vehículo normal.

—Debe ser en esa —dijo Valeria señalando la única nave que aún conservaba algo de dignidad.

Yo me fijé en ella y afirmé con un gesto de mi cabeza antes de comenzar a andar hacia ella. Valeria me acompañó. Las dos anduvimos hasta que llegamos a las dos grandes puertas de entrada. Había una cadena bastante gruesa y un candado de considerable tamaño impidiendo que se pudieran abrir, Valeria lo intentó, pero fue en vano.

—Miremos alrededor —dijo señalando uno de los laterales.

Anduvimos a través de un lateral donde no encontramos nada, tampoco en la parte trasera, y cuando volvíamos por el otro lateral encontramos una gran rejilla, parecía la salida de un gran conducto de ventilación que se encontraba al ras del suelo. Los tornillos estaban

oxidados, pero con esfuerzo y a base de tirar fuertemente conseguimos forzar el metal y darlo de sí para que el remache no lo sujetase más, después nos introdujimos en el interior con cuidado. Haces de luz entraban desde el exterior a través de varios agujeros en el techo, el metal corroído no pudo aguantar más y debió desprenderse y caer al suelo dejando aquellos defectos en la cubierta. Había dos filas de cajas monstruosas a ambos lados, cada caja podría tener más de dos metros y medio de largo por dos o tres metros de ancho, eran imponentes. Sobre ellas, y anclada a la parte superior del edificio, había una estructura hecha con grandes molduras de hierro, una especie de grúa con un sistema de poleas y cadenas con unos ganchos metálicos de gran tamaño que colgaban en el aire.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Valeria.

—De acuerdo —contesté.

Anduvimos a través de aquellas dos columnas de cajas gigantes, solo había polvo y trozos de metal por todas partes.

—Parece que este lugar no tiene mucho misterio, ¿verdad? —me preguntó Valeria.

—Una entrada y estas cajas anormalmente grandes —contesté.

Valeria miró el reloj.

—¡¿Has visto qué hora es?! —gritó.

—No —respondí antes de mirar.

—¡Mierda! —exclamé.

Y ambas echamos a correr hacia la rejilla de ventilación como locas. En cuarenta minutos Omar estaría allí esperando a aquel supuesto comprador de antigüedades. Cuando salimos nos aseguramos de que aquella entrada que improvisamos estuviese más o menos igual que cuando llegamos, con el atardecer y la escasa luz sería difícil ver que había sido forzada. Escondimos el coche detrás de una nave y buscamos un lugar desde el que podríamos ver la entrada al almacén.

Aunque el reloj marcó la hora acordada, allí solo estábamos nosotras dos.

—¿Dónde está? —pregunté impaciente.

—Tranquila, esta chusma no es siempre puntual —contestó Valeria —. No te podrías creer la cantidad horas que pasamos los policías metidos en el coche esperando sospechosos —añadió.

—Vaya rollo, todo el tiempo ahí dentro sin salir —dije.

—Todo el tiempo… —contestó antes de añadir—: Ni te lo imaginas, es lo que más odio de ser detective —respondió Valeria antes de mirar otra vez por los prismáticos. Lucía, la puerta del almacén está abierta —dijo con sorpresa.

—¿Ves a alguien?—pregunté.

—No, solo oscuridad en el interior —dijo Valeria mientras se concentraba en rastrear la zona—. No veo a nadie —concluyó después de unos segundos.

—¿Qué vamos a hacer? Nos están esperando… —dije preocupada.

—Este es el momento de la verdad, Lucía, ¿estás segura? —me preguntó.

Yo notaba la fuerza del pulso en el cuello y tenía ganas de vomitar.

—Vamos —dije mientras me levantaba y me armaba de valor.

—Espera —dijo Valeria mientras me agarraba la mano y me obligaba a agacharme—. Toma esto, espero que no la necesitemos —dijo a la vez que me daba una pistola—. Esto es el seguro, es semiautomática, por lo que puede disparar las quince balas del cargador sin que tengas que hacer otra cosa más que apretar el gatillo cada vez que necesites disparar una bala —dijo antes de preguntarme —: ¿Lo has entendido?

—Sí, es fácil —contesté.

—¿Estás segura?—me preguntó otra vez.

—Sí —dije con firmeza.

—Pues que empiece el *show* —dijo levantándose.

Valeria y yo nos deslizamos por el lateral de un montículo hasta llegar a la parte trasera del edificio de las dos chimeneas, después nos aproximamos agachadas hacia el viejo almacén. De vez en cuando nos deteníamos para asegurar el terreno, parecía que estábamos jugando a la guerra como cuando éramos niños, aunque el temblor de mis manos y el peso de aquella pistola hablaban de otra cosa. Poco a poco nos fuimos acercando hasta que llegamos a la rejilla de ventilación que habíamos utilizado para entrar antes, sentía que mi corazón me iba a saltar del pecho. En el centro del almacén se veía una luz que dejaba al descubierto el perfil de un hombre de considerable tamaño y se encontraba inmóvil frente a la entrada.

—Es él —susurró Valeria.

Yo tragué saliva y pensé si tendría el valor de matar a aquella bestia inhumana que permanecía de pie, impasible tras aquella luz.

—Vamos —dijo Valeria a la vez que iniciaba la marcha hacia la entrada.

Yo la seguí pensando en aquella noche cuando irrumpieron en nuestra casa disparándonos sin compasión, sembrando el terror y la confusión. Tenían que pagar por aquello, pensé, y él especialmente, por habernos perseguido hasta que provocó el accidente que se llevó a Marco. De repente, Valeria me alejó de aquellas imágenes, se detuvo e

inmediatamente se levantó pegando su espalda a la pared de la nave, sujetaba su pistola a la altura de su hombro mientras se acercaba lentamente a la puerta de entrada. Asomó la cabeza y miró en los alrededores de la zona central donde se agrupaban los edificios.

—Parece despejado —dijo en voz baja antes de añadir.

—A la cuenta de tres, entramos. —Y sin darme tiempo para decir nada comenzó—: Uno, dos, tres… ¡Venga, vamos!

CAPÍTULO XXIV

Estaba sentado en uno de aquellos bancos de la plaza intentado idear un plan cuando súbitamente empecé a recibir una avalancha de imágenes que me hicieron saltar del banco como si me hubieran pinchado en el trasero con un aguijón. Era como si de repente me encontrase en el interior de la cabeza de alguien. Al principio eran tan solo *flashes* de las habitaciones de una casa modesta, del empedrado de unas calles y de una mesa con una vela y algunas hojas de papel en blanco, pero después comencé a ver secuencias enteras en las que aquella persona observaba el fuego desde la distancia en algún lugar a oscuras, andaba por las calles de un pueblo mientras saludaba a la gente que se cruzaba en su camino y después compraba algunas cosas en una tienda y las metía dentro de una bolsa. ¿Quién era aquella persona y por qué era capaz de ver lo que hacía? Nada de lo que había hecho o de donde se encontraba me resultaba familiar, pero por el tamaño y diseño de las casas que había a ambos lados de esas calles que vi debía ser un pueblo del sur de Europa. Estaba seguro de que no era la aldea en la que me encontraba porque me hubiese ubicado nada más ver sus calles, aquel lugar podía estar en cualquier parte. Después de un tiempo, las imágenes cesaron dejando tras ellas un océano de interrogantes a los que no pude a encontrar explicación y, aún perturbado por lo sucedido, decidí mi plan, iría a Londres en busca de Max y Rachel. Me decidí por ellos porque pensé que en algún momento se pondrían en contacto con Lucía, una llamada telefónica o una visita sería suficiente para ponerme en la dirección correcta, aunque tuviese que esperar un tiempo al final me conducirían hasta ella. El hospital era la otra alternativa, pero no tenía tanta fe en poder encontrarla allí trabajando, la primera opción me pareció la apuesta más segura.

Antes de ponerme en marcha volví a pensar en aquel extraño episodio que me acababa de ocurrir, era chocante que cuando veía aquellas secuencias de la vida de aquel ser humano, literalmente era

lo único que podía ver, perdía cualquier clase de contacto con el mundo en el que me encontraba. Para ser más claro, aquellas vivencias me dejaban completamente ciego mientras ocurrían.

Con la esperanza de que no sucediesen otra vez y cierta curiosidad por conocer su significado, me elevé sobre la casas del pueblo con las primeras luces del amanecer en dirección a Londres. Era emocionante pensar que poco a poco me acercaba más y más a Lucía, que después de todo la volvería a ver y, aunque jamás podría tocarla de nuevo, al menos mi alma encontraría la paz que tanto añoraba.

El día conquistaba la oscuridad en el horizonte con atrevidos brotes de tonos rosáceos y anaranjados que se fundían amablemente sobre aquel lienzo con un abanico de tonalidades azules, una fiesta de colores que descaradamente desafiaba a la negrura de una noche que ya se batía en retirada.

Sobrevolé más de una decena de pueblecitos rodeados por kilómetros de prados y zonas de cultivo hasta que divisé en el horizonte la gran urbe, era un día despejado, pero aun así estaba envuelto en una bruma que le daba un aspecto enigmático. Cuando me disponía a pasar por encima de una de las autopistas que rodean a la ciudad y la liberan del tráfico pesado, sufrí otra descarga de imágenes que me cogió totalmente desprevenido. Esta vez aquella persona andaba hasta una zona donde no había casas, debía ser una especie de mirador o acantilado. Allí se detuvo contemplando una hermosa panorámica en la que se veía un río muy ancho, quizás un lago y una cadena de montañas alrededor. Después de pasar un tiempo admirando aquel paraje sacó del bolsillo una pequeña fotografía que no pude ver con claridad y permaneció mirándola durante un tiempo antes de guardarla y devolver de nuevo su atención al paisaje. Unos instantes después, dio media vuelta y se dirigió a la aldea, en ese momento la visión se desvaneció.

Cuando recuperé la vista había perdido el control y me precipitaba sin remedio contra un camión articulado que transitaba junto al resto del tráfico. Sin poder evitarlo, atravesé su interior y la carga que transportaba, después continué con el puente que lo soportaba hasta que pude tomar el control de la caída y acabé en las aguas de una charca. Enfadado con aquel estúpido sistema que de alguna manera se había instaurado dentro de mí y me sorprendía en cualquier momento, sin que importase qué estuviera haciendo, comencé a golpear el agua con fuerza varias veces presa de mi frustración haciendo que esta saltase y salpicara por todas partes. Cuando me calmé un poco me dirigí a la orilla y, para mi sorpresa, allí encontré a un hombre sentado en una silla con todos sus aparejos de pesca y completamente paralizado, su boca estaba abierta y sus ojos como platos miraban

hacia donde yo me encontraba. Yo también me quedé quieto, parecía que podía verme. Aquel pescador se levantó lentamente y una vez que dejó su silla y el instrumental a un lado, salió corriendo como una exhalación hasta perderse tras unos montículos, después se escuchó cómo el motor de un coche se ponía en marcha y las ruedas chillaban al derrapar. El automóvil se alejó a toda velocidad perdiéndose en la distancia inmediatamente, yo aguanté un poco, pero finalmente solté una carcajada que se estiró en el tiempo durante un buen rato. Después, cuando el recuerdo de la cara de aquel hombre y la forma en que corría por el campo desesperado dejó de hacerme tanta gracia, comencé a preguntarme si aquel señor de avanzada edad realmente habría sido capaz de verme o tan solo fue mi chapoteo lo que le asustó. Había sido una anécdota graciosa, pero cuando aquel lugar volvió a la normalidad, decidí continuar con mi camino y, aunque la idea de que aquel hombre había sido capaz de verme continuaba coleteando entre mis pensamientos, a medida que me alejada de aquella charca el incidente del pescador comenzó a perder fuerza en detrimento de aquella segunda visión que me hizo caer, ¿por qué otra vez aquel pueblo y la misma persona?

Me aproximaba a Londres envuelto en mis pensamientos hasta que de repente algo encajó en mi cabeza y me hizo frenar en seco, yo ya había estado allí, conocía aquel lugar. En la última parte de la visión después de mirar el paisaje por última vez, justo cuando se daba la vuelta aparecía en el suelo una marca labrada en la piedra. Era el mismo rasgo que vi cuando intenté hacerme pedazos estrellándome contra una montaña, cuando el mundo de Víctor se me hizo demasiado pequeño. Qué extraño, además recordaba que alguien me habló cuando me detuve en ese pueblecito y en aquel momento pensé que era Riario riéndose de mí, al igual que aquella extraña voz de la biblioteca. ¿Habría sido la misma persona?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al instante, tal vez lo que me estaba ocurriendo era lo que Riario me contó antes de despedirnos, tal vez había alguien allí con el que de alguna manera ya había sincronizado y habíamos estados conectados incluso antes de llegar allí. No tenía ni idea de qué se suponía que debería hacer, pero cambié de plan, ahora intentaría encontrar a aquella persona y, con un poco de suerte, esperaba que se obrase el milagro.

Llegué a Londres y comencé a atravesarlo, fue inevitable mirar entre las gentes que caminaban por sus calles y mercados buscando una cara conocida, a Lucía. Los edificios iban pasando y yo me preguntaba si mi nuevo plan no sería tan solo una distracción, si al final no conseguía encontrar a aquel humano sería una pérdida de tiempo que no podía permitirme. Poco a poco Londres comenzó a quedarse atrás, más y más rezagada, hasta que se convirtió en una

mancha grisácea que terminó por perderse en el horizonte. Rápidamente llegué a la costa sur de la isla y me adentré en el mar, también me comenzaba a preocupar el hecho de que no había vuelto a tener ninguna otra visión desde que había decidido ponerme en su busca. Si rectificaba y me daba la vuelta en ese momento no me perjudicaría tanto como si atravesaba Francia y llegaba a España antes de decidir volver. Con un enjambre de dudas atormentándome y constantemente tentado por la idea de volver a mi plan original divisé la costa a lo lejos, al acercarme un poco más confirmé mis sospechas, era Francia, Normandía. La asombrosa verticalidad de los acantilados de la costa de Albâtre delataba a aquella famosa región del país galo que tanto contrastaba con la armonía y la dulzura de sus playas de arena. Ahora debía continuar atravesando Francia en perpendicular, si mis cálculos no me fallaban la próxima vez que viese el mar sería el Mediterráneo y me encontraría en algún punto entre las costas sureste de Francia y noroeste de la península ibérica. Una vez allí comenzaría a explorar minuciosamente entre los pueblos de la zona hasta dar con lo que buscaba, confiaba en poder encontrarlo sin demasiada dificultad guiándome con lo que recordaba del mundo anterior y las imágenes de la última visión, el escaso número de viviendas del pueblecito, la vista con las montañas, el río serpenteante y aquella marca en la piedra debían ser más que suficientes para localizarlo. Con la esperanza de que mi plan estaba destinado a triunfar me concentré en aumentar mi velocidad, resultaba sorprendente que después de haber estado con Víctor y Riario las posibilidades que ese mundo me ofrecía eran muy escasas, y si lo comparaba con el físico donde ahora intentaba volver lo que me esperaba era incluso peor, un mundo plagado de ataduras y limitaciones que después de aquel viaje de experiencias a través de las dimensiones solo se podía calificar como rudimentario. Entretenido en mis pensamientos atravesé Francia casi sin darme cuenta y comencé a sobrevolar la enigmática región de Languedoc, instantes después pude divisar el mar Mediterráneo y aminoré la velocidad hasta que me detuve por completo. Esa debía ser la zona, había llegado el momento de encontrar a aquel humano y el lugar en el que se escondía. Las dos cadenas montañosas con las que me pude haber topado cuando dejé Toledo y me dirigí al noreste pudieron haber sido o bien la cordillera Ibérica o los Pirineos. Si fueron los Pirineos seguramente habría llegado hasta la región del sur de Francia donde ahora me encontraba, no había tiempo que perder, por lo que me puse manos a la obra inmediatamente. Carcasona y su hermosa ciudadela amurallada se habían quedado al norte cuando descendí y sobrevolé lentamente los alrededores desde Limoux a Narbona buscando en el relieve sin que nada me resultase familiar. Una vez que llegué a Narbona me dirigí a Perpiñán reparando

cuidadosamente en los parajes que encontré, pero desafortunadamente tampoco tuve suerte. Busqué y busqué sin parar, una y otra vez subí y bajé a través de la geografía, pero no encontré lo que perseguía y poco a poco la idea de que había sido un gran error abandonar Londres para buscar aquella aldea perdida comenzó a inquietarme una vez más. El hecho de que no había vuelto a tener más visiones tampoco ayudaba y lentamente comencé a darme cuenta de que mi teoría de la sincronización con el humano comenzaba a derrumbarse estrepitosamente.

Profundamente contrariado conmigo mismo, pensé que quizás el problema residió en que me dejé guiar bajo los impulsos de un ataque de estupidez transitoria provocado por mi imaginación y las ganas de conseguir algo que era imposible, todo junto desembocó en la toma de una decisión ridícula que había resultado ser un completo desastre. En aquel momento paré. Había peinado la zona sin hallar nada y la idea de regresar a Inglaterra crecía en mi interior a pasos agigantados. Después de unos instantes de indecisión me di la vuelta y me dirigí de nuevo hacia Londres, pero cuando me alejaba con la certeza de que aquella excursión había sido una pérdida de tiempo, comencé a pensar que si no echaba un vistazo al otro lado de los Pirineos, por escueto que fuera, siempre me quedaría el reproche de no haberlo hecho y, aunque seguramente sería inútil, estaba tan cerca que podría simplemente dar una pasada rápida que sería suficiente para acallar mi conciencia para siempre. Y así me puse rumbo al norte de España siguiendo la costa hacia el sur, atravesé los Pirineos y comencé a sobrevolar territorio español. Continúe avanzando y pasé a través de una población que destacaba sobre las demás, debió ser Gerona, pero sus alrededores no parecían familiares. Cuando me dirigía más al sur en busca de Barcelona algo me llamó la atención poderosamente, el tipo de paisaje se parecía mucho más al que yo recordaba. Al instante mi mentalidad cambió de nuevo y me sentí con energías renovadas, ilusionado nuevamente con la posibilidad de encontrar aquel lugar desde donde una persona me había estado hablando todo ese tiempo. Llegué a la periferia de Barcelona y me dirigí hacia Lleida dispuesto a examinar con cuidado cada centímetro de terreno que encontrase a mi paso, con toda seguridad tenía que estar allí. Las montañas, el tipo de vegetación, las rocas de gran tamaño que se veían expuestas eran sin duda del mismo tipo del que vi en mis visiones. Esta vez también cambié el método de rastreo, ahora dibujaba círculos completos antes de dividirlos en dos recorriendo la línea que definía su radio. Las circunferencias debían ser lo suficientemente amplias para que no necesitase emplear una eternidad en estudiar todo el territorio que delimitaban, pero, a la vez, no tan amplias que dejasen áreas inexploradas. Después de hacer varias definí el tamaño perfecto que

debían tener y mi sistema comenzó a ser realmente eficiente. Varios círculos más tarde llegué a Lleida, que también destacaba sobre el resto de las poblaciones de los alrededores. Ahora volvería a dirigirme hacia la costa una vez más, quería llegar hasta el siguiente núcleo importante, Tarragona. Me puse manos a la obra y comencé a recorrer el tramo que separaba a ambas ciudades con mis círculos de detección, así fue como los bauticé mientras continuaba buscando.

Continué acortando la distancia a la costa hasta que me paré en seco, no podía apartar la vista de lo que estaba contemplando allí abajo. La felicidad me inundó por completo en un segundo porque entre las montañas se retorcía serpenteante un embalse de considerable tamaño y la forma en la que lo hacía era muy similar, si no la misma, a la que yo recordaba. Poco a poco fui descendiendo sin perderlo de vista, parecía como si tuviese miedo a que fuera a desaparecer de un momento a otro. La verdad es que no quería ilusionarme demasiado pronto, como había hecho en otras ocasiones antes de darme cuenta de mi error. Recordaba que en aquel paisaje que vi el lago o río que aparecía se encontraba en un valle, a una altura considerablemente inferior al sitio desde donde yo le observaba, por lo que si aquel era el lugar que buscaba, el pueblo debía estar en alguna zona elevada. Comencé a recorrer el embalse desde la presa, una enorme construcción de cemento que contenía indiferente aquella vasta cantidad de agua dulce, avancé por la parte central de tal manera que podía controlar ambas orillas y las montañas que lo rodeaban. No tardé en divisar a mi izquierda un acantilado de estratos rojizos sobre el que, a su vez, se elevaba otra pared de piedra de tonos grises y anaranjados donde, para mi satisfacción, asomaba tímidamente la torre de una construcción. Me dirigí hacia ella elevándome a toda velocidad hasta que llegué a su altura y me posé en la piedra donde se sustentaba. El edificio que vigilaba los cielos y la tierra desde las alturas era una pequeña iglesia que bien se podía catalogar como un maravilloso ejemplo del estilo románico, belleza y sencillez unidas de la mano para crear el equilibrio perfecto. El sol se estaba poniendo cuando comencé a andar a su alrededor observando la nave y su único ábside semicircular bañados por los tonos cálidos del atardecer antes de descubrir el pequeño pueblo que se levantaba tras ella. Cuando me dirigía hacia el grupo de casas reparé en la presencia de unas ruinas que, aunque deterioradas y heridas por el tiempo, aún se erguían orgullosas sobre la piedra a pocos metros de allí. Cuando llegué encontré el mirador desde donde había visto anteriormente el embalse zigzaguear entre las montañas y en el suelo, al otro lado de una barandilla de hierro, reconocí la marca en la roca. Lo había conseguido, había encontrado el lugar de las visiones.

CAPÍTULO XXV

Entusiasmado con mi gesta, me encaminé feliz hacia el núcleo de casas que moldeaban la aldea y justo antes de adentrarme entre las viviendas, otra visión se abalanzó sobre mí sin aviso. En esta vi una larga secuencia en la que aquellas manos ya familiares sacaban una bolsa de cuero negro que había escondida tras unos libros y de ella extraían varios frascos con cápsulas. Después se situaron sobre un escritorio y comenzaron a abrir las píldoras depositando el polvo que contenían sobre una pequeña bandeja de metal. Cuando acabaron con todos los comprimidos apartaron a un lado la bandeja con la montaña del fármaco que se había formado y sacaron la fotografía que ya había visto anteriormente de un cajón. Las imágenes se sucedían como en una película, pero a diferencia de otras visiones, esta no parecía llegar a su fin.

A continuación, encendieron un farol de aceite que iluminó con su resplandor la madera y los objetos que había encima de la mesa y después sirvieron un vaso de licor que comenzó a beber con un deseo desmesurado. Incluso se podría decir que lo hacía con rabia, engullendo aquel brebaje hasta que desaparecía del vaso como por arte de magia. Después de varios vasos hizo algo que no pude ver antes de un largo y último trago que le costó hasta que el vaso quedó finalmente vacío. Acto seguido, sacó unos folios y comenzó a escribir. Unas líneas más tarde una gota de agua cayó a sobre el papel, al momento otra más y así varias veces, antes de darme cuenta de que no era agua, sino sus lágrimas las que estaban empapando las hojas donde escribía.

—¿Qué te ocurre, viejo amigo? —dije sin querer.

Ante mi sorpresa, él se detuvo como si hubiera sido capaz de escucharme. Yo también me mantuve expectante, preguntándome si el hecho de que se quedara quieto al preguntar fue una casualidad o si realmente me había escuchado.

—El *whisky* debe estar haciendo estragos en mi cerebro, mejor terminar la carta antes de que sea incapaz de unir dos palabras —dijo la misma voz de siempre.

—¡Espera! —Reaccioné inmediatamente—. ¿Puedes escucharme? —pregunté.

En la visión, aquel humano permaneció en silencio, parecía confundido.

—¿Dónde estás? —pregunté dudando si esa era la mejor pregunta que le podía hacer dadas las circunstancias.

No ocurrió nada.

—¿Cómo te llamas? —pregunté de nuevo al ver que no reaccionaba, quizás también preso de cierta desesperación.

Después de unos segundos en los que aquella persona continuó estática llegué a pensar que tal vez no fuera ella, sino la visión la que se había quedado congelada, pero un detalle me sacó de dudas al instante porque sobre la mesa el farol continuaba encendido y su tenue llama aún oscilaba temblorosa iluminando los alrededores.

—¿Quién o qué eres? —preguntó balbuceando.

Yo contuve la alegría e intenté mostrarme calmado.

—Me llamo Marco, ¿y tú? —dije.

—Todo esto es solo un delirio en mi cabeza, lo sé —dijo sin contestar a mi pregunta.

Yo no sabía qué decirle, era un momento complicado.

—Podría serlo, pero al mismo tiempo, quizás no —dije.

—¿Dónde estás? —me preguntó antes de murmurar—: Esto es una locura, debe ser que el alcohol ya me está haciendo efecto.

Yo ignoré lo que dijo y contesté a su pregunta.

—Creo que cerca de ti, he hecho un largo viaje para conocerte.

—¿A mí? ¿Por qué haría nadie eso? —dijo entre sorprendido y algo contrariado.

—Lo cierto es que no estoy seguro, pero si me dices dónde estás, quizás juntos podamos encontrarle una explicación —contesté.

—¡Ja, ja! Esto es de locos, estoy hablando conmigo mismo y encima me lo estoy creyendo —respondió—. Quizás merezca la pena seguirme la corriente, la verdad es que el tiempo es algo que me sobra… —añadió—. Estoy en la primera casa que se encuentra justo enfrente de la puerta de acceso a la iglesia de Santa María. Ja, ja, ja. ¡¿Salgo a buscarte?! —dijo irónico antes de llenar el vaso de nuevo y bebérselo de un trago.

La visión se desvaneció en aquel preciso instante dejándome libre

para acudir a su encuentro. Inmediatamente localicé aquella humilde vivienda y el pequeño corral que había adherido a una de las paredes laterales. Allí el esqueleto de un árbol seco se retorcía junto a las hierbas que se elevaban por encima de los muros de piedra que lo conformaban. No lo dudé y volé a toda velocidad hasta el interior de la casa atravesando la puerta de la entrada, allí me encontré detrás de un chico que permanecía sentado al cobijo de la luz que desprendía un austero farol. Él no se dio cuenta de mi presencia y continuó vaciando la botella de *whisky* sin cesar. En la forma de comportarse, en sus movimientos, en el ambiente de la casa había un aura de tristeza tan evidente que dolía estar allí. No sé qué me llevó hasta aquel joven, pero podía sentir su tormento por cada ápice de mi espíritu.

—¿Dónde estás? —gritó enfadado antes de arrojar la botella vacía contra la pared haciendo que el vidrio estallase en mil pedazos.

—Estoy aquí, detrás de ti —dije en un tono sereno, haciéndome cargo de lo sombrío de su situación.

Él se giró y la impresión le hizo saltar hacia atrás mientras intentaba no perder el equilibrio. En su cara había una mezcla de sorpresa, incredulidad y miedo que le atenazaban el rostro en un gesto de pánico. A mí también me sorprendió el hecho de que pudiera verme y a la vez me trajo a la memoria el recuerdo de los ritos en los que los antiguos brujos y chamanes ingerían grandes cantidades de alcohol y alucinógenos para ponerse en contacto con el mundo del más allá, el mundo de los espíritus, algo que en aquel momento cobraba el más absoluto sentido.

—Me llamo Marco y, por favor, no tengas miedo de mí. He venido para ayudarte —dije con un tono de voz amistoso.

Cuando dije aquellas palabras pensé en Víctor, quizás después de aquel largo viaje a través de las dimensiones me había servido para llegar hasta donde ahora me encontraba, para darme cuenta de que mi función en aquel mundo era ayudar a ciertas personas que eran simplemente diferentes al resto, con una sensibilidad especial.

—¿Qué eres? —preguntó aún aterrorizado.

—La verdad es que no lo sé con certeza, me imagino que un espíritu errante que simplemente ha tenido la suerte de toparse con un lugar como este en el que poder hablar con alguien —contesté.

—Eres una sombra, y más negra que la oscuridad de la noche, dime la verdad, ¿eres la muerte y has venido a por mi alma? —dijo mientras sus palabras y sus ojos se concentraban por intentar entender si aquello que tenía frente a él no era tan solo el producto de sus sentidos mermados por la bebida.

—Es cierto que ahora soy una sombra, aunque un día fui tal y como

eres tú en este momento —dije enseñando las palmas de mis manos hechas de oscuridad intentando dar la imagen más humana posible. Y no, no soy la muerte —añadí antes de seguir—. De hecho, puedo asegurarte que la muerte no existe, al menos que yo sepa —dije tranquilo.

—¿Por qué has venido a verme? —preguntó algo más relajado aunque sin perderme de vista.

—Te va a parecer mentira, pero lo cierto es que he estado en lugares donde el tiempo no existe, donde el pasado o el futuro no tienen sentido y donde el único límite es la imaginación y en todos ellos tú me has estado hablando desde aquí. El resto se lo otorgo a la casualidad y también un poco a la suerte, porque ellas son las que me han traído hasta aquí esta noche —contesté.

—¿Por qué has venido hoy? ¿Por qué precisamente esta noche, Marco? —preguntó intrigado.

El sonido de mi nombre articulado una vez más por las cuerdas vocales de un humano atravesó mi ser como una avalancha de calor reconfortándome hasta el punto de que me sentí otra vez mortal.

—No lo sé, tal vez porque es el momento en el que me necesitabas, pero aún no me has dicho tu nombre —dije.

—Llegas demasiado tarde, Marco —respondió contrariado.

—Nunca es tarde, amigo mío —contesté.

—¿Nunca es demasiado tarde? —repitió irónico—. No me hagas reír —añadió, y continuó sin darme la opción de contestar—. ¿Dónde diablos estabas cuando te necesité la mañana que me abandonaron a la puerta de un orfanato en el frío invierno de Madrid?, ¿y cuando, con cuatro años, me despertaba en mitad de cada noche llorando atormentado por interminables pesadillas?, ¿y dónde estabas cuando los otros niños eran acogidos en familias y yo les veía abandonar el orfanato atravesando el patio principal mientras rezaba para que alguien se apiadara de mí y me sacara de aquel infierno en el que me crie…? —dijo con el dolor que le causaban aquellas palabras mientras le desgarraban el corazón.

Yo no hablé, le dejé continuar porque sentí que aquellas vivencias debían ser como brasas quemándole en su interior y echarlas fuera le ayudaría.

—… te necesité cuando antes cumplir dieciocho años me obligaron a marcharme de la institución, cuando me echaron a la calle y me abandonaron una vez más, cuando tuve que dormir por primera vez en un banco, cuando hambriento y desesperado busqué comida entre los despojos de la basura, cuando día tras día tuve que soportar el desprecio y las miradas de los demás…

A medida que seguía contándome las penurias por las que aquel pobre chico tuvo que pasar, el tono de su voz iba aumentando a la vez que su frustración. Era como un volcán entrando en erupción, en su interior las explosiones iban aumentando en intensidad, aunque aún no eran lo suficientemente potentes para hacer que la lava comenzase a brotar, aún no había llegado al punto álgido donde residía aquella profunda tristeza que lo cubría todo a su alrededor.

—… te necesité cuando a Laura le diagnosticaron su enfermedad, cuando no tenía dinero para pagar las medicinas que necesitaba, cuando le miré a la cara y en sus ojos se esbozó una expresión de resignación… Por Dios, Marco, ¿dónde estabas aquella noche en la que su exhausto corazón no pudo más y dejó de latir?, ¿cuando la única persona de este universo que me hacía feliz respiró por última vez antes de desvanecerse entre las estrellas para siempre? —dijo antes utilizar su puño para golpear con fuerza el escritorio y levantarse de la silla—. ¿A qué has venido esta noche? Sea lo que seas —dijo furioso.

Había llegado la lava, aquel pobre chico rezumaba amargura por todas partes, la vida había sido algo más que despiadada con él y la pérdida de esa persona querida fue la gota que colmó el vaso.

—He venido a llorar contigo —dije.

Entonces se hizo el silencio durante unos segundos hasta que aquel chico rompió a llorar. Entre sollozos se agachó y abrió una de las puertas de escritorio para sacar otra botella de licor que tenía a medias. Sin más, la descorchó y comenzó a beber como si con el alcohol intentase apagar las heridas mal cicatrizadas que albergaba en su interior.

—Me llamo David —dijo en voz baja, como hablándose para sí mismo.

—David, si pudiera compartiría esa botella de alcohol y lloraría contigo hasta el amanecer y mil días más si eso sanara tus heridas…

Él se mantuvo en silencio y se sentó lentamente.

—No hay nada que pueda curar el daño que llevo dentro —dijo hundido.

—Debes luchar, no te des por vencido —respondí intentando animarle.

—¿Luchar? ¿Para qué? —preguntó sin mirar.

—Para seguir adelante —le dije.

—¿Adelante? ¿Qué es lo que hay más allá, Marco? —me preguntó —. Mañana, una semana, un año, o incluso diez…, nada habrá cambiado. Mis padres se desprendieron de mí tan solo unas horas

después de haber nacido. Aunque lo intenté, nunca conseguí hacer amigos y cuando la vida por fin me dio un respiro y mis días se llenaron de luz y de risas, cuando todo comenzó a tener sentido y dejé de sentir el frío que me había acompañado desde que me abandonaron en la calle, entonces fue cuando el destino me embistió con todas sus fuerzas, me propinó un golpe que jamás olvidaría porque desde ese momento mi corazón nunca dejaría de sangrar. Cuando más ilusionado y a la vez desprevenido estaba, en ese momento fue en el que concentró todo su odio y me alcanzó de lleno —dijo antes de añadir—: No sé de qué estás hablando. Si hay algo de lo que estoy completamente seguro es de que no hay nada más allá de esta botella —sentenció a la vez que sujetaba con fuerza la botella de *whisky* por el cuello y la levantaba agitándola con ira.

—Pero te mereces que tu vida cambie, y tú David, más que nadie en este mundo. Por eso debes luchar para que llegue el momento en el que el destino te compense por sus errores, el momento en el que las risas vuelvan a iluminar tu soledad y esta época no sea más que un mal recuerdo… —le dije intentando animarle, aun sabiendo que en su situación posiblemente hubiera actuado de la misma manera.

—No, Marco, no quiero continuar —dijo serio—. No hay vuelta atrás —añadió.

—David…, yo fallecí hace años, lo tenía todo y me lo arrebataron sin poder hacer nada por impedirlo —dije recordando el momento en el que el coche se salió de la carretera y yo rezaba por la vida de Lucía —. Y he existido todo este tiempo sabiendo que dejé a mi mujer desprotegida, vulnerable a un grupo de locos que no dudarían en matarla si fuese necesario… Pero no me rendí y he continuado luchando por ayudarla, por cuidarla a cualquier precio… Estoy seguro de que Laura querría que siguieses adelante, que no desesperases —dije antes de que él hablase.

—Tienes razón, quizás eso es lo que ella querría que hiciese y no dudaría un segundo en hacerlo, pero si ella estuviese a mi lado. Tú abandonaste a tu mujer y por eso continuas luchando, Laura falleció y yo voy a ir a su encuentro porque aquí ya no hay nada para mí, todo lo que tenía sentido en mi vida se fue con ella… Seguir aquí no sería más que una cobardía —dijo seguro de sus palabras.

—No —respondí enfadado—. Es un error —añadí.

Entonces David se giró hacia mí y sus palabras me rompieron el alma.

—Marco, escúchame bien, por favor.

—Ya no hay vuelta atrás, la decisión está tomada. Ahora solo te voy a pedir una cosa.

—Dime —contesté.

—Ayúdame a morir en paz —dijo suplicando mientras me miraba a la cara.

Yo aguanté en silencio un instante en el que maldije con todas mis fuerzas la dureza con la que la vida se ensaña con algunas personas y la crueldad de la gente. Aquel pobre chico solo había vivido entre miseria y animadversión, la vida simplemente le negó el cariño y afecto y cuando él la desafió, ella le respondió llevándose a Laura.

Hasta aquel momento siempre había pensado que el suicidio era un acto de cobardía, pero David me había hecho comprender que acabar con su vida no era una rendición, como la mayoría de las personas pensarían, sino todo lo contrario, era la forma de seguir adelante tomando las riendas de su existencia, siendo él el único que decidiría qué sería lo siguiente que le ocurriese, decidiendo su destino.

Y con aquellos sentimientos entrelazados le hablé.

—Tan solo he pasado unas horas contigo y soy incapaz de dejar de pensar que ojalá te hubiera conocido cuando estaba vivo. Sin ninguna duda sé que hubiéramos sido grandes amigos. La vida ha sido muy injusta contigo, pero también con todos a los que nos privó de compartir nuestros días a tu lado, porque no hay duda de que eres un ser único, estoy seguro de que donde vas te recibirán con los brazos abiertos y se sentirán dichosos por tener entre ellos a una criatura tan extraordinaria como tú —dije mientras los ojos de David se llenaban de lágrimas—. No te olvidaré jamás, amigo mío —añadí entristecido por la pérdida que el mundo estaba a punto de sufrir.

Entonces David se levantó mostrando una debilidad que no comprendí en aquel momento y me dio las gracias en voz baja antes de sonreírme. Por primera vez en su voz hubo serenidad y de su sonrisa brotó un gesto de agradecimiento que colapsó la tristeza que le había envuelto durante años. Yo me alegré al verle feliz y antes de que pudiera decir nada más, su cuerpo se desplomó golpeando violentamente el escritorio antes de aterrizar suelo. Yo grité su nombre, pero incapaz de reaccionar, él permaneció inmóvil. Aquel fue un momento extremadamente duro para mí porque, por un lado, quería ayudarle, pero a la vez, por el otro, debía contenerme y aceptar su deseo. Entonces me arrodillé a su lado y le contemplé apenado durante un tiempo, instintivamente comencé a rezar por su alma hasta que recordé a Víctor y a Riario y los imaginé juntos. En aquel momento sonreí y me alegré por él, porque seguro que ellos se encargarían de llevarle junto a Laura y juntos serían felices para toda la eternidad. Después miré a mi alrededor fijándome en los detalles de la casa que había sido su cobijo hasta que se marchó. En el suelo encontré la bandeja que vi durante la visión, estaba vacía e

inmediatamente deduje que antes de que yo entrara en su casa ingirió el polvo que extrajo de las cápsulas mezclado con la bebida, seguramente que en aquel vaso que le costó terminar. En aquella mezcla de alcohol y barbitúricos que preparó germinaron las alas que le ayudaron a elevarse y volar lejos de aquel mundo frío y plagado de incomprensión.

Me quedé a su lado durante un tiempo más honrando su recuerdo hasta que me despedí de su cuerpo y salí al umbral de la puerta, había amanecido y debía pensar qué hacer, allí había terminado y ahora debía volver a Londres.

De repente, cuando me disponía a elevarme y poner rumbo a Inglaterra, mi cuerpo se convirtió en una masa extremadamente pesada y en mi interior algo empezó a vibrar. Esa vibración no duró mucho y dio paso a una fuerte sacudida que comenzó a oprimirme. No sentía dolor, pero sí una angustia que jamás había experimentado antes. Poco después, cuando me centraba en intentar aliviar la opresión dejé de ver y también perdí la capacidad de oír. Era como si los sonidos se fueran alejando de mí a través de un túnel hasta que se hizo el silencio, después la nada. Esa sensación de ahogo continuó apretando y comprimiéndome hasta que sentí la necesidad de vomitar y aunque intenté luchar contra ello, finalmente fue más fuerte que yo y eché todo lo que tenía dentro. No sabía lo que me estaba ocurriendo y, angustiado, intenté abrir los ojos con gran esfuerzo sin conseguir ver nada. Todo estaba borroso, mi cuerpo había pasado a ser lento y torpe. Desesperado intenté incorporarme aferrándome a lo primero que pude palpar, pero no tenía fuerzas para levantarme y finalmente desistí en mi empeño después de varios intentos. No tenía ni idea de qué me había pasado, pero estaba demasiado cansado para pensar y simplemente me rendí.

CAPÍTULO XXVI

Valeria saltó dentro de la nave apuntando a la sombra de aquel gigante, que no pareció alterarse lo más mínimo cuando nos vio. Yo también le apunté temblorosa y pensé en dispararle todo el cargador antes de que ni siquiera abriese la boca. No estaba segura de si podría soportar que hablase de lo que nos hizo aquel día, si le mataba ahora todo sería mucho más fácil.

Comenzamos a acercarnos a él y al momento caí en la cuenta de que justo delante de él, directamente debajo de una gran lámpara industrial que ocultaba su cara, había una silla de madera.

—No te nuevas, Omar, se acabó el juego —le gritó Valeria.

La mole no se movió, llevaba un abrigo largo gris oscuro y guantes de cuero negro.

—Túmbate en el suelo con las manos en alto, donde las pueda ver —le gritó después.

Pero aquel mastodonte ignoró a Valeria y continuó inmóvil frente a nosotras.

—¿No me estás escuchando? Muévete ahora mismo —le gritó de nuevo.

—Al suelo, imbécil —le grité liberando cierta tensión.

Ambas le apuntábamos mientras nos acercábamos lentamente a Omar.

—Entiendo su ansiedad, señoras, pero… —dijo antes de reír.

Ambas nos detuvimos al escucharle.

—Vine hasta este palacio a hacer negocios y, en vez de hablar de dinero, me las encuentro a ustedes dos aquí apuntándome con sus armas. ¿Qué va a pensar mi cliente de mí cuando llegue y les vea? Me van a arruinar el trato… —dijo con ironía.

—Siento decepcionarte, pero esta tarde no vas a hacer ningún trato,

Omar… —dijo Valeria—. Aunque tal vez lo intentes con el funcionario de prisiones para que te ponga a dormir en un catre con menos cucarachas —añadió.

Omar rio mientras yo me preguntaba por qué no se rendía y se tumbaba en el suelo.

—He dicho que te tires al suelo o te vuelo la tapa de los sesos —dijo Valeria amenazante.

—Está bien, señoras, no hace falta ponerse así… —contestó Omar —. En estos términos no creo que podamos llegar a un acuerdo, por lo que les pediría que tirasen sus pistolas al suelo, si son tan amables —dijo en un tono de voz que denotaba alegría.

—Ni lo sueñes —dije yo.

—No nos obligues, Omar, o te arrepentirás —dijo Valeria.

Omar soltó una carcajada que no me gustó nada, parecía demasiado seguro de sí mismo. Tan solo un segundo después escuché un clic a mis espaldas. Giré la cabeza lentamente y antes de poder ver qué o quién estaba detrás de mí noté el frío acero de una pistola en la mejilla.

—No te muevas, preciosidad —dijo una voz de hombre.

—Señoras, tiren sus armas, por favor —dijo Omar desde la distancia.

Yo miré a Valeria impotente, arrepintiéndome de no haber disparado a aquel animal fanfarrón tan pronto como le vi.

—Valeria, dispara a Omar —dije segura—. No te preocupes por mí, si él muere todo habrá valido la pena, venga a mi marido, no lo dudes un segundo —añadí.

Ella me miró durante unos segundos sin saber qué decir.

—Drama, drama y más drama… —dijo Omar antes de reír con fuerza.

—Valeria no tiene las agallas suficientes para dispararme porque se sentiría incluso peor que cuando dejó que su compañero muriera… —añadió después.

—Cállate, bastardo, ¿tú qué sabrás? —gritó entre sollozos.

—Mátale, Valeria. No esperes más. —grité desesperada.

Valeria dudó durante un segundo, pero al final no pudo aguantar la tensión del momento y tiró su pistola al suelo. Y yo, aunque en el fondo la entendía, no pude evitar mirarla con una profunda decepción antes de también tirar mía.

—Veo que nos vamos entendiendo —dijo Omar lleno de felicidad.

—Ahora, detective García, se va a sentar usted aquí junto a mí, en esta fantástica silla que le tengo preparada, y si se niega le pediré a mi

amigo que dispare en una pierna a su amiguita Lucía —añadió antes de reír.

Valeria tardó unos segundos en entender que no teníamos elección y se dirigió lentamente hacia la silla, después miró desafiante a Omar y se sentó.

—Perfecto, sabía que no me decepcionaría —dijo Omar antes de continuar con un tono de burla—. He pensado que dadas las circunstancias y ya que parece que vamos a pasar la tarde juntos, podríamos jugar a algo para hacer más amena esta convivencia. ¿Qué les parece? Buena idea, ¿eh? ¡Al final soy yo el que tiene que pensar en todo! —dijo antes de reír.

»La dinámica del juego es muy sencilla, lo acabo de decidir. Si yo le hago una pregunta a Valeria y ella no contesta, su amiga se gana una bala donde yo decida. Pero…, por el contrario, si contestas a todas mis preguntas, entonces os dejaré marchar y todos habremos disfrutado de un buen rato juntos. Muy sencillo, ¿verdad? —dijo antes de esperar la respuesta de Valeria.

Valeria tardó un poco y él reaccionó rápidamente tirándola del pelo fuertemente.

—¿Verdad?

—Sí —dijo aguantando el dolor.

—Pues ahora que todos conocemos los detalles, vamos a jugar —dijo contento antes de comenzar—. ¿Cómo sabíais que yo me encontraría hoy aquí?

—Te seguimos —contestó Valeria.

—¡Pero si llevan en Londres desde esta mañana! —dijo Omar.

Yo me quedé petrificada, ¿quién le había dicho eso? ¿Cómo podía tener él esa información? A no ser que… Víctor era la única persona que conocía nuestras intenciones.

Valeria permaneció en silencio mientras yo no paraba de reprocharme el error tan grave que había cometido.

—Pues no parece que hayamos comenzado el juego demasiado bien, sinceramente, no me esperaba esto de ustedes —dijo Omar.

Omar tiró del largo pelo rubio de Valeria forzándola bruscamente a mover la cabeza hacia atrás, en ese momento no pude contenerme un segundo más y hablé.

—Todo es culpa mía, Valeria, quebranté una de nuestras reglas y por eso nos estaban esperando —dije desesperada viendo cómo maltrataban a mi amiga.

—¿De qué estás hablando, Lucía? —preguntó Valeria ante la expectación de Omar.

—Conocí a alguien en Zúrich y cometí un error —dije lamentándome.

Valeria se mordió el labio y no dijo nada.

—Víctor debió informarle —añadí pesarosa.

—Pero qué veo aquí…, parece que esta amistad no es tan fuerte como quieren que parezca, con solo una pregunta ya se tambalea… Ahora es Lucía la que ha dejado a su compañera en la estacada… —dijo antes de reír refiriéndose a cuando Valeria dejó a Greenville—. Pero…, espera un momento, ¡yo no conozco a ningún Víctor! —exclamó—. Tengo que reconocer que ha sido un buen intento, ¿son ese el tipo de cosas que le enseñan en la Policía, inspectora? —Omar rio una vez más.

De repente su risa cesó y una voz oriunda y enfadada habló.

—Mi pregunta continúa en el aire y odio esperar…

—Ha sido uno de los guardaespaldas de tu cliente —confesó Valeria.

—Eso ya me suena más convincente, ¿su nombre? —preguntó.

—Steffan —respondió.

—A ese sí le conozco —dijo complacido—. Me encargaré de él —añadió—. Siguiente pregunta. ¿Dónde está el casco de Godofredo?

Valeria me miró confundida.

—Seguro que en todos estos años han hablado de ello, no me tomen por tonto —dijo.

—No sé de qué me hablas —contestó Valeria.

—¿De verdad? —preguntó Omar.

—Es cierto —grité—. ¿Por qué todo el mundo lo busca? ¿Qué tiene ese maldito casco? Mi marido murió por ese pedazo de metal cochambroso, ¿no es suficiente? —le pregunté enfadada.

Omar no movió un dedo, entonces recordé que no le gustaba esperar.

—No lo sé, debió desaparecer en el fondo del lago junto con el coche cuando nos echaste de la carretera —grité enfadada.

—Mmmm…, a mí no me convence, ¿qué dices tú, Antonello? —preguntó al hombre que me apuntaba con su pistola.

—Nos intenta engañar —dijo una voz detrás de mí.

—Ya me parecía a mí… —contestó Omar antes de hacer un gesto con la mano a Antonello.

Al instante escuché como el gatillo del arma comenzaba a moverse para percutir una bala.

—Es cierto, lo juro —grité llorando—. Lo juro —añadí varias veces.

Y de repente escuché una explosión, la detonación de una bala. Instintivamente cerré los ojos y me preparé para el dolor, pero en vez de dolor escuché un lamento a mis espaldas que se desvaneció al momento. Tímidamente abrí los ojos para ver cómo caía al suelo la pistola que tan solo unos instantes antes pude sentir en mi mejilla y, tras ella, el cuerpo del hombre que la sujetaba. Entonces giré la cabeza hacia atrás para ver quién era el responsable de aquello y su visión me dejó perpleja, la persona que sujetaba la pistola que acababa de matar al secuaz que venía con Omar era Holly.

La chica del hospital de Bristol, la enfermera, la que me sacó del aprieto en el que me encontraba cuando los hombres de negro me tenían contra las cuerdas… ¿Qué hacía ella allí?

—¿Estás bien, Lucía? —me preguntó preocupada.

—Sí, gracias —dije con voz temblorosa.

Valeria y Omar eran testigos mudos de lo que acababa de pasar. Valeria estaría dando las gracias a Dios por enviar a aquella chica y Omar debió quedarse sin palabras cuando vio cómo se le complicaban los planes al perder a su hombre.

Holly vino hasta donde yo me encontraba, recogió mi pistola del suelo y me la dio, después apuntó a Omar y le dijo:

—Al suelo.

Omar no dijo nada y obedeció, levantó los brazos y comenzó a agacharse lentamente mientras miraba a Holly, ella no le perdía de vista mientras le seguía con su arma. Entonces todo ocurrió muy rápido, Omar agarró a Valeria con una mano y la colocó delante de él utilizándola como escudo, Holly buscó ángulo para dispararle, pero no acertó y Omar se revolvió hábilmente y consiguió sacar una pistola con la que disparó a Holly en el pecho quitándole la vida al instante. El cuerpo de Holly se desplomó sobre el suelo y cayó a mi lado, sus ojos aún estaban abiertos, pero carecían de cualquier expresión. Yo no podía creer lo que acababa de ocurrir.

—Eso está mejor —dijo orgulloso mientras se levantaba.

La visión de los ojos inertes de aquella chica me llenó de ira, fuera de mí miré el arma que sostenía en la mano y lo levanté apuntando a aquella figura que se levantaba y con toda mi rabia comencé a disparar una y otra vez mientras me acercaba a él. El humo que salía de la pistola no me permitía ver los daños que le estaba infringiendo al cuerpo de Omar desde aquella mínima distancia, pero no me importó y continué disparando hasta que no quedaron más balas en el cargador. No me arrepentiría de matar a aquel hombre cruel, ya había matado a dos personas delante de mí y no merecía vivir. Cuando el

humo se fue desvaneciendo vi a Omar tambaleándose con la mano sobre su pecho y respirando con dificultad. Por fin había cobrado mi venganza. A trompicones dio algunos pasos hacia atrás mientras intentaba mantenerse en pie, estaba a punto de derrumbarse. Pero de repente Omar recuperó milagrosamente la estabilidad y se quedó quieto, después comenzó a reírse sin parar.

—¡Apuesto a que no se lo esperaba! Tendría que haber traído un espejo para que pudiese verse la cara en él —dijo entre risas.

Me fijé con atención mientras él reía y asombrosamente no tenía ni un solo rasguño, ¿cómo podía ser?

—No es posible, deberías estar muerto —dije exhausta.

CAPÍTULO XXVII

Una sensación desagradable me hizo volver en mí, hacía frío y una brisa continua se estrellaba contra mi cara sin cesar. Me incorporé con dificultad agarrándome a algo que encontré en la oscuridad. Aún no podía ver y todo me daba vueltas. Por primera vez en mucho tiempo me sentía enfermo, no estaba seguro de lo que me estaba pasando, pero fuera lo que fuese no era bueno.

Anduve como pude hasta que llegué a la salida, tropecé varias veces en el camino, pero finalmente conseguí salir de aquel agujero. Una luz iluminaba a lo lejos el ábside de la iglesia desafiando la negrura de la noche como un faro amparando a los navegantes en medio de una tempestad. Sin pensarlo un momento, me dirigí hacia aquella imagen distorsionada, confiaba en poder llegar hasta ella y una vez allí me encaminaría hacia el acantilado desde donde volaría hasta algún lugar apartado. No sabía de qué se trataba, pero aquel pueblo tenía algo que me hacía sentirme enfermo.

Atravesé la calle a trompicones hasta que llegué a los muros de la iglesia, mi cuerpo se comportaba de una manera extraña, era como si estuviera dañado o herido. Continúe por el lateral aproximándome a la zona iluminada y al llegar a su altura me sentí débil una vez más y no tuve más remedio que postrarme en el suelo, me quedé vencido sobre una mano. En aquella pesadilla que estaba viviendo todo se resumía a imágenes borrosas y deformes, pero a pesar de ello, en aquel momento en el que me fallaban las fuerzas y no podía ver con claridad, reparé en algo que me dejó confuso. A la luz de aquel foco que apuntaba desde el suelo me di cuenta de que aquella mano que me sujetaba ya no era la de una sombra, sino la de un humano.

Confuso por el descubrimiento, me recosté sobre la pared de piedra sin poder apartar la mirada de ella. Era cierto, mis brazos y mis manos eran reales, al menos en aquel sueño, si aquello era un sueño.

Estaba eufórico, pero a la vez confundido. ¿Qué era aquello?

¿Estaba viviendo algún tipo de delirio? ¿Cómo podía ser ese mi cuerpo?

De pronto escuché el murmullo de un grupo de personas que se hacía más notorio a medida que se acercaban por una de las calles que discurrían entre las casas y, sin pensarlo un segundo, me levanté como pude e inmediatamente eché a correr hacia la oscuridad alejándome de allí. En ese frenesí tropecé y comencé a rodar sin que mis esfuerzos por detenerme dieran ningún resultado. Finalmente, acabé golpeándome contra unos matorrales que me sujetaron y allí me quedé, exhausto y aturdido.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella cama improvisada, pero me desperté sediento y muy dolorido. Era por la mañana y en el cielo el sol brillaba con fuerza a la vez que comenzaba a quemarme la cara. Sumido en aquella insensatez que aún no alcanzaba a comprender, me arrastré por el suelo hasta que llegué a resguardarme bajo un árbol que en aquellos terrenos se debatía por ser algo mayor que un matorral. Literalmente empujé mi cuerpo con mis piernas hasta que lo empaqueté bajo su sombra, una vez me cercioré de que no quedó nada al descubierto me quedé dormido nuevamente. Horas más tarde mis ojos humanos se abrieron y vieron las luces del atardecer. Mis labios se habían quedado pegados de la sed y mi cuerpo sudaba sobre el suelo polvoriento. Consumido por la necesidad de ingerir algo de líquido me revolví bajo aquel arbusto intentando encontrar algo que pudiese contener agua, si no era capaz de encontrar nada allí intentaría bajar al pantano, incluso si en el intento me despeñaba por alguno de aquellos riscos. No me quedó más remedio que salir de mi improvisada guarida y deambular por el campo, al principio tenía claro que debía alejarme del pueblo, pero después de vagar por los alrededores sin encontrar nada que poder beber, comencé a pensar en que tal vez no fuera tan mala idea. Cuando estaba a punto de darme la vuelta y encaminarme hacia el pueblo sin importarme las consecuencias que eso pudiese conllevar, mi pie se hundió en el fango y un delicioso frescor comenzó a ahogar el calor que mi cuerpo soportaba. Al mirar hacia el suelo encontré un pequeño arroyo de aguas cristalinas que transcurría sereno por la orografía de la zona a la vez que sofocaba de calor a una multitud de plantas y árboles que le acompañaban en su camino. Bebí y bebí sin parar, y cuando estaba harto, bebí un poco más. Me tumbé y dejé que las aguas me empaparán por completo, después de lo que había padecido en aquel desierto la sensación fue fantástica.

Contemplando el cielo, perdido en la infinidad de sus colores y en la inverosimilitud de lo que había vivido en las últimas horas me llevé las manos a la cara. No había duda de que era mortal, notaba la presión de mis dedos sobre la piel, sentía el calor, la sed y el frescor

del agua que me atravesaba por la espalda, pero aquellas no eran las manos que yo recordaba ni tampoco los fuertes brazos que las unían a mi nuevo cuerpo, y entonces recordé las palabras de Riario haciendo que todo encajase.

David cumplió su deseo de marcharse junto a la persona que amaba y su alma, su espíritu, abandonó el cuerpo en el que yo ahora me encontraba. David lo preparó todo para aquella noche y de alguna manera creo que conectamos entre dimensiones, después la fortuna me trajo hasta él. Ahora él sería feliz y yo tendría la oportunidad de vivir en paz asegurándome de que Lucía estaría a salvo. Dos incertidumbres nublaron casi al instante mi felicidad y el precioso cielo de aquella tarde de verano en España, la primera era que ahora tendría que arreglármelas para encontrarla sin dinero y sin ninguna pista de su paradero y la segunda, que igualmente me preocupaba, era que desconocía el tiempo del que disponía antes de que tuviera que verme obligado a abandonar aquel cuerpo que acababa de tomar prestado.

Me incorporé y decidí ponerme en marcha, lo primero que haría sería ir a Londres, y una vez allí estudiaría mis opciones. Ahora necesitaba dinero y un medio de transporte.

Seguí el arroyo hasta que me llevó la carretera que daba acceso al pueblo, después comencé a alejarme andando cuesta abajo hasta que mi estómago empezó a hacer ruidos y me sentí hambriento. Era increíble la cantidad de cuidados que el cuerpo de un humano necesita, había olvidado por completo qué era sentirse sediento o estar cansado, tener que andar para llegar a los sitios o cubrirse del sol, todo aquello era un completo engorro. Me paré y pensé un poco, necesitaba ropa nueva, dinero, algo que me sirviese para identificarme y ahora comer, y aunque la idea no me agradaba, la mejor opción para conseguir lo que necesitaba era volver a la casa de David. Allí, con casi toda seguridad, encontraría ropa nueva, comida y, con un poco de fortuna, dinero y su pasaporte. No tenía otra alternativa, debía volver al pueblo con los riesgos que ello conllevaba. Esperaría a que oscureciese totalmente y después probaría suerte.

Mi estómago no paró de emitir una sinfonía de sonidos mientras esperaba a que se hiciera de noche y en cuanto el sol desapareció tras las montañas me dirigí hacia el grupo de casas muerto de hambre. Lo más importante era no cruzarme con ningún vecino que pudiese reconocerme, yo no era David y cualquier persona que le hubiera conocido antes se daría cuenta de que algo no iba bien porque mi manera de actuar o hablar no serían las mismas. No necesitaba distracciones, solo quería coger lo que precisaba y desaparecer. Al amparo de la oscuridad, evité atravesar el pueblo por la mitad y

callejeé hasta que llegué a su pequeña casa, tan pronto como pude me introduje en su interior sin que nadie me viese. Fue chocante ver la sombra de mi nuevo cuerpo proyectándose sobre el suelo mientras corría bajo la luz de las escasas farolas que había en el pueblo, era humano y tan solo unas horas más tarde ya echaba de menos la libertad que sentía cuando no lo era. Estúpido de mí, entré como un ciclón sin reparar en que el suelo estaba plagado de objetos que me hicieron tropezar e inevitablemente caí al suelo provocando un estruendo. Me quedé quieto un momento esperando a que ocurriese algo, pero el silencio regresó de nuevo a la tranquilidad de la noche. «Maldita sea», pensé mientras me incorporaba, «menos mal que no quería llamar la atención», dije en voz baja. Al momento escuché un ruido que provenía de exterior y alguien encendió las luces.

—¿Ya estás bebido? ¿Otra vez? —me preguntó una voz de mujer mientras me daba la vuelta incrédulo—. David —dijo con un tono seco—. ¿Cuántas veces te he dicho que no bebas? Eres un insensato, cualquier día te caes por el desfiladero y te encuentran en el pantano —añadió malhumorada.

Una mujer de pequeña estatura y pelo gris me apuntaba una y otra vez con el dedo mientras me regañaba como a un niño chico.

—Mañana por la mañana te vas a ir al campo con el tío Justo, ya verás qué pocas ganas te dan de desordenar y hacer el tonto —continuó.

Yo me había quedado paralizado, no supe muy bien si fue por su menuda cabeza llena de rulos rosas, o tal vez fue por la imagen de su cara cubierta por una crema de color blanco y las dos rodajas de pepino que sostenían sus mejillas o porque me estaba tratando como si fuera mi madre y yo tuviera cinco años.

—Correcto —dije sin saber por qué.

—¿Correcto? ¿Te estás riendo de la tía Flora? —dijo amagando a quitarse una zapatilla para, presumiblemente, pegarme con ella.

En aquel momento me di cuenta de que si me atizaba me dolería y no me gustó la idea.

—No, no…, tía Flora —dije rápidamente—. Si no he bebido —contesté.

—Entonces explícame qué haces aquí en el suelo en medio de este desastre —dijo mirándome con enfado.

Aquella mujer pasaba ampliamente de los setenta, pero se movía con destreza y daba la impresión de que nada le intimidaba.

—¿Eh…?

—Me ha dado un vértigo y me he caído sin querer cuando iba a la

cama —dije intentando darle lástima.

—No digas tonterías, los vértigos te dan a mi edad, pero no cuando eres joven como tú —contestó segura—. No me mientas, ¿pero por qué mientes? —me preguntó—. ¿Te crees que no sé lo que hacéis los mozos del pueblo? Salís a beber y después a correr detrás de las mozas —añadió.

—Sí, tienes razón, tía Flora —dije siguiéndole la corriente.

—Si lo sabré yo… —contestó—. Pues no me mientas y ya estás recogiendo todo esto, y cuando termines vienes a casa y te tomas un vaso de leche —dijo.

—Eh…, no, no te preocupes, ya me voy a la cama después —dije intentando esbozar una sonrisa que debió parecer la más falsa de la historia.

—Recoges esto y después vienes a casa a tomarte un vaso de leche y ya hablas con el tío Justo de mañana, que hay que sacar las patatas. Y quítate esa ropa andrajosa que llevas, qué pena de juventud, parece que a los jóvenes de hoy solo os gustan los harapos, hocicar y revolcarse por el suelo —dijo mientras yo me acordaba de cuando me arrastré bajo el árbol y luego deambulé medio muerto de sed por el campo. Vaya pena… —añadió—. Y no me contestes, que ya está todo dicho —dijo antes de darse la vuelta y desaparecer.

«¿A sacar patatas?», pensé, y me vi al amanecer detrás de un borrico abriendo surcos en una tierra infestada de tubérculos.

Al instante sacudí aquella imagen de mi cabeza y me apresuré a salir fuera para ver dónde se había ido la tía Flora, David sabría dónde vivía, pero yo no. No había transcurrido mucho tiempo desde que se marchó, pero la mujer y sus rulos ya habían desaparecido sin dejar rastro cuando salí. Entré en la casa sin perder un segundo y me puse a recoger los trozos de cristal de la botella que David estrelló contra la pared, guardé la pequeña bandeja y después coloqué los muebles que presumiblemente moví al intentar levantarme. Al mismo tiempo que ordenaba la casa buscaba en los cajones y entre los libros de las estanterías una cartera o dinero que pudiese esconder, pero no encontré nada.

No desistí y del salón fui al único dormitorio de la casa, donde descubrí un armario lleno de ropa. Busqué entre chaquetas y camisas de colores y estampados que no eran de mi gusto hasta que tropecé con un polo de color negro bastante elegante y unos pantalones chinos de color gris claro que iban a la perfección con unos zapatos deportivos de color blanco que había en una caja sobre el armario, estaban sin estrenar. Me apresuré a darme una ducha con agua fría y temblando me cambié de ropa. No dejaba de asombrarme aquel

cuerpo que acababa de tomar prestado, era un ejemplo de portento físico. Quizás únicamente de sacar patatas, pero la verdad es que cada músculo había sido trabajado y definido hasta haber conseguido desarrollar una máquina perfecta. Un poco de colonia del frasco de la repisa del baño y salí disparado a buscar la casa de la tía Flora, no me hacía ninguna ilusión que apareciese alpargata en mano dispuesta a blandirla en mí por un estúpido vaso de leche. Había recorrido un largo camino desde que fallecí, en el que tuve que aprender y tomar duras decisiones para ahora verme en estas tesituras, corriendo para que aquella anciana no me regañase y pudiera dejar el pueblo sin despertar sospechas. Lo último que quería era que alguno de aquellos vecinos fuese a la policía a denunciar la desaparición de un joven del pueblo, sería el fin.

Anduve calle abajo sin encontrar a la tía Flora, había varias casas, pero ¿cómo saber cuál era la suya? Desde una de las casas parecían centellear luces en la calle, me asomé a una de las ventanas y vi una televisión encendida proyectando imágenes en la oscuridad, pero en la sala no se veía a nadie. Después de un momento dudando si llamar a la puerta o no, me decidí. Golpeé la puerta tímidamente en dos ocasiones y esperé. Al momento una sombra cruzó por delante de la televisión y escuché cómo abrían la puerta. Un hombre en sus sesenta, con una prominente barriga, me recibió sin camisa, con un bañador rojo y chanclas para la piscina.

—Dime —dijo.

—Eh… ¿está la tía Flora aquí? —pregunté.

—¿Aquí? —preguntó sorprendido—. ¿Pero tú has visto qué hora es? Estará en su casa —respondió algo contrariado.

—Ah…, claro…, sí…, seguramente —dije mientras pensaba—. Y… eso… ¿dónde queda? —pregunté.

—David, ¿tú estás bien? ¿Estás enfermo? —me preguntó extrañado.

—Eh…, no, esta tarde he estado dando una vuelta por el campo y creo que me ha debido dar demasiado el sol —contesté nervioso.

—Pues déjate de dar vueltas por el campo a media tarde, que parece mentira, chico…, tendrás una insolación —dijo antes de añadir —: Así que déjate de ir a ver a la tía Flora y vete a tu casa, date una ducha fría y bebe mucha agua.

—Estoy bien, de verdad —contesté.

—Ya lo veo… —respondió inmediatamente antes de continuar—. Venga…, vete a tu casa y ya hablas con ella por la mañana, no será tan importante, digo yo —dijo a la vez que amablemente me empujaba hacia mi casa.

—Es que, verás, me ha dicho que me acerque a su casa… —dije

antes de que me interrumpiese.

—David, estás delirando… —dijo antes de pensar en voz alta.

«No se debe encontrar bien, y tal vez lo mejor es que no se quede solo en casa… Que se quede a dormir aquí, en casa», concluyó su razonamiento.

—No —dije inmediatamente, aunque aquel hombre hizo como si no hubiera escuchado nada.

—Pasa dentro, que te arreglo el sofá en cinco minutos y ya mañana, cuando te levantes, será otra cosa.

—Si estoy bien, no te preocupes —contesté comenzando una maniobra evasiva—. Tienes toda la razón, ahora me voy a ir a mi casa y ya mañana, cuando haya descansado, decidiré si voy o no a ver a la tía Flora… —añadí.

—No seas tonto, muchacho, esta noche te quedas aquí y punto, así estamos los dos más tranquilos —me dijo mientras me cogía del brazo y hacía para que entrase en su casa.

«Vaya metedura de pata», pensé, aquel hombre se había convertido en un dolor de muelas. A ver cómo me libraba ahora de él.

—Vale, me has convencido —dije, algo temeroso de que más tarde me arrepintiera de ello.

—¿Ves?, si ya lo sabía yo. Venga, entra y te tomas un vaso de leche mientras preparo tu cama —dijo a la vez que se daba la vuelta.

«Otro vaso de leche…», pensé.

—Tendré que ir a por el pijama, ¿no? —dije cruzando los dedos.

—No te preocupes por eso, tengo yo aquí unos de cuando tenía tu edad, no lo necesitas —dijo desde dentro, posiblemente mientras me preparaba la leche.

—Que sí, que es solo un momento y así no te molestas en buscarlos —contesté inquieto—. Que si no llevo mi pijama no duermo bien y me levanto por la noche muchas veces —añadí desesperado.

—Cuánta tontería tenéis los jóvenes de hoy, cuando yo era como tú dormíamos al raso sin camiseta. Pero claro, éramos otra generación… Vete a por el pijama y tráete el oso de peluche también, no sea que te vaya a echar de menos —dijo antes de comenzar a reír.

«¡Por fin, libertad!», pensé.

—Vale, muchas gracias, ahora vuelvo —dije, aunque aquel hombre no contestó.

Volví a mi casa y me puse a buscar de nuevo alentado por la desesperación, necesitaba salir de aquel pueblo lo antes posible. Solo habían transcurrido unas horas en él y con cada segundo que pasaba

allí notaba cómo me iba encallando más y más entre sus habitantes. Tan solo necesitaba algo de dinero y la documentación de David, no pedía tanto. Continué registrando la casa de arriba abajo hasta que llegué a la mesilla de la habitación, allí abrí el cajón inferior y al fin encontré lo que buscaba, en una vieja caja de metal había un fajo de billetes sujetos con una goma elástica, su pasaporte y unas llaves. Me apresuré a meter el dinero en un bolsillo junto con el pasaporte y dejé las llaves en la caja, después ordené la casa tanto como pude en los pocos minutos que permanecí en ella antes de cerrar la puerta y marcharme. Pasé con mucho cuidado por la puerta donde el hombre que me recibió en bañador estaría esperándome con el sofá cama preparado y el vaso de leche, y una vez me alejé de allí me sentí liberado. Aquella libertad duró unos cuantos pasos hasta que al cruzar la esquina me di de bruces con tía Flora.

—Ya iba yo a por ti —dijo medio enfadada, aunque alegre pensando que me dirigía a su casa.

—¡Qué arreglado te has puesto para tomarte un vaso de leche! No será que… —dijo antes de hacer una pausa—. ¿No será que tienes idea de salir tras las mozas otra vez? —me preguntó con cara de pocos amigos.

Aquella pequeña mujer de ojos vivarachos me había vuelto a pillar a contrapié una vez más, tenía que deshacerme de ella cuanto antes sin levantar sospechas y, a ser posible, sin ir a sacar patatas.

—Pues la verdad es que… —dije para romper el silencio después de su pregunta sin saber lo que realmente quería decirle.

Ella me miró a los ojos y levantó las cejas lentamente dándome a entender que la expectación aumentaba por momentos. Si decía que sí, me preguntaría por la identidad de la moza tras la que andaba, si le decía que no, me preguntaría sobre mi forma de vestir, algo a lo que el verdadero David no prestaba mucha atención.

—… lo cierto es que no, no estoy interesado en ninguna de ellas —dije

—¿Todavía te acuerdas de aquella chica, Laura? —me preguntó dejándome helado.

Aquel era un territorio desconocido en el que no quería adentrarme, si me preguntaba por ella no sabría qué decirle e inmediatamente se daría cuenta de que algo no encajaba.

—No, tía Flora, me acuerdo de Laura, pero entendí que debo seguir adelante —contesté mostrando entereza.

—Muy bien, hijo, la vida está llena de baches que hay que sortear y lo que le pasó a esa chica fue uno muy grande —dijo a la vez que se acercaba y me echaba un brazo por encima abrazándome.

—Lo fue… —añadí mientras le devolvía el abrazo y recordé el dolor que vi en los ojos de David.

Nos separamos al momento y ella no esperó.

—Entonces vamos para casa y cenas algo, que seguro que no has cenado nada todavía.

Estaba hambriento y con el tono que lo dijo fue inevitable que mi estómago comenzará a quejarse y a emitir unos sonidos alargados que hablaron por mí.

—La verdad es que no, tía Flora, y tengo un hambre… —contesté.

—Pues venga, cenas algo y ya habláis tío Justo y tú —contestó a la vez que se daba la vuelta y se encaminaba hacia su casa.

Yo la seguí a su lado, pero ligeramente retrasado, intentando que no se diese cuenta de que no tenía la menor idea de dónde íbamos. Unas puertas más allá la menudita mujer se detuvo y sacó unas llaves del mandil que llevaba, abrió la cerradura con alguna dificultad y se adentró en un patio interno donde algunas plantas crecían en varias macetas de barro. Después de atravesarlo, llegamos a la entrada de la casa, ella empujó la puerta y entramos en un pequeño corredor.

—Tú vete ahí, al salón, que ahora te llevo la cena —me dijo sin darse la vuelta.

La tía Flora entró en la cocina y con cierta cautela yo me adentré en la sala de estar. Allí estaba Justo, sentado en un sillón mientras leía un libro, casi al mismo tiempo que entraba él intuyó mi presencia y giró su cabeza hacia mí mostrando el desorbitado tamaño de sus ojos aumentados por los cristales de las gafas que llevaba, inmediatamente se las quitó y me reconoció.

—¡Hombre…! —dijo Justo, cerrando el libro y depositándolo sobre la mesa—. Cuánto tiempo, no te esperaba yo por aquí —dijo a la vez que se ayudaba de los reposabrazos para levantarse.

—No se moleste —me apresuré a decir para ahorrarle el esfuerzo.

—No es molestia, ven a darme un abrazo, hijo mío —dijo ya incorporado.

Yo me acerqué y, como él pidió, nos fundimos en un abrazo.

—Hacía mucho que no venías por aquí, nos tenías preocupados a la tía Flora y a mí —dijo antes de seguir—. ¿Estás bien? ¿Qué tal va todo? —me preguntó.

—Todo bien, tío Justo —respondí.

—Bueno, me alegro mucho —dijo antes de pedirme que me sentase en el sofá.

—¿Seguro que va todo bien, hijo? En el pueblo se comenta últimamente que te ven cabizbajo, sin alegría y pesaroso… —dijo

preocupado.

Yo comencé a pensar que ir a su casa tal vez no había sido una gran idea, tenía toda la pinta de que la cena me iba a costar sudor y lágrimas…

—Bueno…, sí…, quizás un poco contrariado —dije para salir al paso.

—¿Y eso? Cuéntame por qué —me dijo con un tono paternal.

«Marco, ya la estamos liando», me dije bajo la atenta mirada del tío Justo.

—Bueno… —dije mientras pensaba en algo que no me comprometiera más.

—¿No será algún lío de faldas? —dijo Justo antes de reír.

No sabía qué decir, no tenía ni idea de lo que aquel hombre sabía de la vida de David ni quienes eran en el pueblo los que le conocían. Lo único que tenía claro era que si mi forma de actuar no cuadraba con la de David mi marcha sería más sospechosa y podría levantar un torbellino de reacciones que no estaba preparado para soportar.

—Bueno, tío Justo, la verdad es que no… —dije.

«Lo que le pasaba a David es que estaba planeando cómo suicidarse porque había llegado a un punto en el que para él vivir no tenía ningún sentido», me dije a mí mismo contestando a su pregunta mientras el silencio de nuestra conversación se hacía más incómodo.

—No sé…, he pasado una mala racha —añadí intentando concretar lo más mínimo.

—¿De qué se trata?, ¿te podemos ayudar en algo la tía Flora y yo? —me preguntó buscando algo en mis ojos—. Ya sabes que no tenemos hijos y desde que llegaste te acogimos como si lo fueras —añadió buscando alguna reacción.

—Siempre os agradeceré el trato que me habéis dado, ha sido siempre fantástico —dije mientras Justo me miraba escudriñando algo.

—¿Entonces qué es? Porque no pareces la misma persona —dijo.

En ese momento una ola de calor recorrió mi cuerpo, él se había dado cuenta.

—No lo entiendo, ¿cómo puedes decir que no parezco la misma persona? —pregunté intentando reunir información de qué era en lo que estaba fallando.

—Es evidente, por lo menos para los que te conocemos —dijo.

Yo tragué saliva y maldije mi suerte. Pensé en levantarme y salir

corriendo de la habitación, pensé en la cena y el hambre que tenía, pensé en los líos en que de una manera u otra siempre me metía… continué dando vueltas en mi cabeza durante un instante que se me hizo eterno hasta que la puerta del salón se abrió y ambos miramos en esa dirección.

—Aquí está la cena —dijo Flora mientas entraba en la sala con una bandeja.

—¡Qué bien! —exclamé yo.

Iba a cenar y me libraría de contestar a las preguntas incómodas del tío Justo, por lo menos hasta que no quedase nada de comida sobre mi plato, ¡era mi salvación!

El ambiente se relajó un poco cuando aquella mujer se acercó y comenzó a trasladar los platos de la bandeja a la mesa. Unos cortes de jamón, queso y chorizo junto a una montaña de rebanadas de pan, ensalada de tomate, pollo en salsa, una cuña de tortilla de patata y, de postre, cuadraditos de melón y sandía.

—Aquí tienes, era un poco tarde para ponerme a cocinar y te he hecho una mezcla con los retales que quedaban —dijo Flora algo preocupada.

—Está cena es fantástica, tía Flora —dije sin perder de vista la comida.

—Pues venga, que tío Justo y yo nos tendremos que ir a dormir pronto —dijo animándome a empezar.

Y como si mi cuerpo fuera independiente a mi control, empecé a comer con brutalidad. Cada vez que engullía algo sentía incluso más hambre, era como si una bestia devoradora de comida se hubiera despertado después de un ayuno de dos mil años. No reparé en las caras de Justo y Flora hasta que no quedó nada más que comer, sus rostros se habían quedado petrificados con una expresión mezcla de sorpresa y horror. Yo les sonreí agradecido por el festín que acababa de disfrutar.

—¿Y mi vasito de leche? —pregunté sonriente.

Un silencio se alargó durante unos segundos hasta que Flora habló.

—Santa María Purísima…, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo? —preguntó todavía en *shock*.

—Eh…, pues no lo sé, la verdad —contesté sonriente.

—Tráele algo más al chico, que tiene más hambre —le dijo Justo a Flora aún fijo en los platos vacíos.

Yo solo la miré y sonreí feliz.

—Ahora mismo, quizás tendrías que empezar a venir a comer a casa más a menudo —dijo Flora mientras se daba la vuelta pensativa y se encaminaba de nuevo hacia la cocina conmocionada.

La pobre mujer desapareció con su mandil y la bandeja tras la puerta del salón, yo la seguí con la mirada y después me perdí en mis pensamientos durante un tiempo. Qué inmensa satisfacción era comer, saborear los alimentos y la inmensidad de posibilidades y combinaciones que la cocina ofrecía…

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo Justo con voz sería.

Yo maldije mi estupidez hasta sentir ganas de atizarme un puñetazo en la cara por haber desperdiciado el tiempo que tuve en comer como un animal en vez de pensar en mi coartada.

—Nada —contesté a la vez que volví la cabeza para mirarle y me di cuenta de expresión.

—Dime la verdad —dijo.

Yo empecé a sentir calor otra vez.

—No intentes hacerme creer que no pasa nada —añadió.

Yo tragué saliva y comencé a pensar en que salir corriendo era la opción más inteligente, antes de que pudiese levantarse yo ya estaría fuera del pueblo. Pero en ese momento Flora entró en el salón con su bandeja y cerró la puerta tras ella. Yo miré disimuladamente hacia la ventana, estaba abierta, pero tenía barrotes.

—Tía Flora, ¿no te parece que David está un poco raro? No parece él —dijo Justo antes de volver a preguntar—. ¿No lo has notado?

Flora depositó la bandeja sobre la mesa y, aunque Justo estaba cerrando el cerco alrededor de mí, todavía mis ojos se emocionaron con la comida. Una tostada de pan artesano con queso tierno y orégano, unas lonchas de lomo embuchado y un vaso de leche merengada con galletas.

—Bueno, un poco diferente quizás sí —dijo ella.

Yo cogí una galleta tímidamente y empecé a comérmela.

—No…, yo soy el mismo… —dije mientras devoraba mi presa—. De verdad… —añadí a la vez que cogía un par de lonchas de lomo.

—Yo creo que lo mejor será recapitular, a ver si lo entiendo mejor —dijo Justo acomodándose en su sillón.

—Vale —contesté yo mientras empezaba con la leche merengada.

—Te conocemos desde que llegaste a Siurana hace cuatro años y desde entonces hemos estado muy unidos. Posiblemente porque nosotros para ti somos la familia que por desgracia no tuviste y tú has sido para nosotros el hijo que siempre habíamos añorado… —dijo antes de continuar mientras yo seguía esquilmando las galletas—. En

estos años nos ha dado tiempo a disfrutar mutuamente de nuestra compañía, hemos salido juntos de caza, tú me has ayudado en el campo con mis tareas, hemos jugado a las cartas contra otras parejas del pueblo, has asistido a los eventos y las romerías con nosotros… en fin, que nos conocemos bien… —Y continuó mientras yo me enzarzaba con la tostada.

»Eres un chico sencillo, ordenado, amable, algo retraído, pero respetuoso y sereno… —Yo asentí con la cabeza a la vez que terminaba la tostada y cogía el vaso de leche—. Y después de que me hayan dicho que te ven por el pueblo tristón, esta noche viene tía Flora y me cuenta que ha ido a tu casa y aquello parecía un campo de guerra, ahora comes como si no lo hubieras hecho en dos días y te presentas en casa vestido como un «milloneti», incluso llevando esos zapatos blancos que te regalamos hace tres años y que dijiste que solo utilizarías en ocasiones especiales… Ahora dime tú a mí que… ¿no pasa nada? —me preguntó a la vez que se echaba hacia el respaldo y se cruzaba de brazos.

Yo sin más remedio me atraganté con la leche merengada viendo cómo el tío Justo me acababa de arrinconar en unos segundos bajo la atenta mirada de Flora. Tosí y tosí hasta que finalmente recuperé el aliento con la ayuda de algunas palmaditas que tía Flora me dio en la espalda. Me tomé mi tiempo antes hablar, pretendí necesitar un descanso para recuperarme.

—Ese libro que estás leyendo, ¿es interesante? —pregunté mostrando interés.

Justo movió su cabeza hacia un lado mientras fruncía el ceño.

—Tú me lo regalaste… —dijo.

—Justo, estará cansado, déjale dormir y ya lo hablamos mañana —dijo tía Flora en un tono de súplica mientras ponía su mano sobre mi hombro.

Yo supliqué a los dioses porque aquel hombre de mirada seria accediese a la petición.

—No, quizás sea mejor que tú, Flora, te vayas a dormir, es tarde y tiene pinta de que el asunto es cosa de hombres… —le dijo.

Yo pensé «mal si me deja solo con él, pero bien porque en ese caso nada se interpondría en mi camino a la calle».

—No, si le pasa algo quiero saberlo —dijo ella.

Perfecto, tía Flora me acababa de chafar el plan de huida.

Entonces él simplemente giró la cabeza hacia mí y me habló:

—Estamos esperando, hijo.

No me quedó otra opción que ir a la desesperada, si aquello no

salía bien tendría que huir de allí y desaparecer para siempre.

—Pues la verdad es que he estado un poco pesaroso estos últimos días porque siento que el pueblo se me ha quedado pequeño, y aunque he disfrutado mucho con vosotros y de la simpleza del día a día en este maravilloso lugar, últimamente tengo la sensación de que debo marcharme y buscar algo que añoro lejos de aquí… —dije, y continué inmediatamente—, lo he estado meditando y creo que es el momento. Aunque me duele dejaros después de todo lo que me habéis dado durante estos años. Y seguí—. Mi casa estaba desordenada porque estuve buscando estos zapatos por todas partes, he ojeado varias revistas y esta forma de vestir es lo que está de moda, curiosamente con zapatillas blancas como las que me comprasteis años atrás…

La cara de Flora estaba descompuesta, la de Justo había perdido la rigidez por completo.

—Es cierto que no he comido desde ayer, pensar en el momento en el que tendría que contaros lo que ahora estáis escuchando me ha sumido en una apatía que aún no he podido superar, la verdad es que no he sentido hambre hasta que al traerme la cena me has recordado, tía Flora, lo buena cocinera que eres… —dije mientras comprobaba que Justo ya se había rendido ante aquella historia que acababa de improvisar a la perfección.

Ahora venía el toque final, la juzgada maestra que me sacaría de aquel atolladero.

—Y como ya estamos los tres aquí, quería deciros que me marcho al extranjero. He decidido viajar fuera del país para vivir en un lugar diferente y explorar todas las posibilidades que eso me pueda ofrecer, quiero saber qué tiene el destino reservado para mí —sentencié.

—Pero hijo, ¿lo has pensado bien? —se apresuró a preguntar tía Flora.

—Sí, lo he estado meditando durante mucho tiempo y, aunque no descarto volver, ahora es lo que necesito —respondí.

—No hay la menor duda de que eres un chico valiente —dijo Justo antes de seguir—. Aquí tendrás siempre tu casa, y a nosotros para lo que necesites… —dijo mostrando alivio.

—Lo sé, tío Justo, muchas gracias —dije.

—¿Cuándo has pensado marcharte? —me preguntó tía Flora.

—Pues la verdad es que lo antes posible —respondí.

Ambos se miraron y después volvieron a fijar sus ojos en mí.

—Pero ¿cuándo? ¿En una semana? ¿Un mes? —volvió a preguntar ella inquieta.

Yo me mantuve en silencio unos segundos, sabía que lo que les iba

a decir no era lo que querían escuchar y, aunque no les conocía, me dolía hacerles daño.

—Mañana, ya está todo organizado —sentencié ante sus miradas.

CAPÍTULO XXVIII

Al día siguiente cogí el autobús que salía de la plaza del pueblo a las seis de la mañana en dirección a Barcelona, la verdad es que me libré de ir a sacar patatas, pero después de conocer a Justo no me hubiese importado. Desde Barcelona volaría a Londres y una vez allí comenzaría a buscar Lucía. El tío Justo y Flora vinieron a despedirse de mí y, aunque al comienzo no me lo parecieron, resultaron ser dos personas excepcionales que se ganaron mi cariño en tan solo unas horas. Flora me preparó una bolsa con comida y bebida para el viaje, Justo me dio un regalo y me hizo prometer que no lo abriría hasta que estuviese llegando a Barcelona, algo a lo que accedí sin reproches. El viaje en autobús fue de todo menos agradable, no ayudó que la carretera no cesara de serpentear y tampoco que en la ruta que seguimos tuviésemos que detenernos en todos los pueblos de la comarca. A veces, cuando llegábamos a las paradas y estas estaban vacías, en vez de continuar la marcha, el conductor esperaba inexplicablemente entre diez y quince minutos demorando el viaje considerablemente, parecía que esperaba en caso de que alguien cambiara de parecer y se animara a subir a última hora, algo que no solo hizo que el trayecto fuera más angustioso, sino que, junto al calor, ayudó a que varias personas se mareasen durante el trayecto. Incluso uno de los pasajeros, un pobre chico, tuvo que pedirle a conductor que parara para vomitar en dos ocasiones, lo que a su vez agitó los estómagos de otros cuantos más.

Con aquel ajetreo y las caras pálidas de los pasajeros, finalmente llegamos a Barcelona y yo me dirigí directamente al aeropuerto feliz de que aquella pesadilla al fin hubiera terminado. El tren de cercanías me dejó en la terminal y tan pronto como me bajé del vagón fui al mostrador. Afortunadamente, el siguiente vuelo hacia Londres salía en tan solo seis horas, por lo que compré un billete y después de pasar los controles de seguridad me senté a esperar. Desde que desayuné por la mañana había pasado bastante tiempo sin comer nada y mi estómago

comenzó a reprochármelo, también contribuyó el delicioso olor que brotaba de la bolsa que la tía Flora me había preparado. Expectante por las sorpresas que me esperaban en ella, la abrí y comencé a sacar paquetes cuidadosamente envueltos en papel de aluminio, el olor que desprendían era irresistible. Champiñones al ajillo, empanada de atún, tortilla de patata con cebolla y calabacín, un bocadillo de lomo adobado, medio racimo de uvas, algunas cerezas y un melocotón componían el menú del día, qué maravilla, la tía Flora era una excelente cocinera. Al ver con qué cariño y detalle aquella mujer preparó mi comida me hizo sentir pena por haberles dejado en el pueblo a la vez que me preguntaba por qué no fueron suficiente para que David cambiase de opinión y no decidiera acabar con su vida.

Enfrascado con aquel banquete, de repente me acordé del regalo de Justo y me apresuré a sacarlo de mi bolsa de viaje. Me limpié las manos y retiré el papel que lo envolvía. Era una caja de cartón que tenía forma de sobre, sin esperar despegué la solapa y encontré un libro junto a una nota, saqué el papel y leí:

«Siempre hay un buen viento para el que sabe dónde va, encuentra el tesoro que añoras y sé feliz».

Sonreí y después de mirar la nota un rato la deposité sobre el asiento de al lado, a continuación saqué el libro y contemplé su portada, se titulaba *La isla del roble*. No era nuevo, tenía marcas evidentes del uso y de humedad en las esquinas. Al abrirlo con la intención de ojear sus páginas, un sobre se deslizó de entre ellas y cayó al suelo, yo lo recogí inmediatamente y lo abrí. En él había dinero, un montón de billetes. Lo cerré y lo guardé inmediatamente, con lo que encontré en la casa de David y esto tendría suficiente para vivir sin problemas durante unos meses en los que me podría dedicar íntegramente a buscar lo que añoraba, mi tesoro llamado Lucía.

Les di las gracias a Justo y Flora por lo mucho que me habían ayudado y les prometí mentalmente que lo conseguirá por ellos, ellos serían la fuerza que me ayudaría a salir a delante en cualquier situación, ellos eran la familia de aquel nuevo yo. Comencé a leer el libro y con él las horas transcurrieron sin darme cuenta hasta que anunciaron por megafonía la salida de mi avión. Nada más terminar el anuncio de mi vuelo recogí mis cosas y me dirigí a la puerta de embarque, pasé el control y me acomodé en mi asiento absorto en el misterio de la isla de roble. Al parecer, era una isla situada en Canadá, en el litoral sur de Nueva Escocia, en el condado de Lunenburg. En aquel pequeño islote bañado por las aguas de océano Atlántico y de no más de cincuenta y siete hectáreas de terreno, algunas personas aseguraban que existe un tesoro escondido que ha sido pretendido

durante generaciones desde que unos adolescentes descubrieran accidentalmente unas marcas circulares en el suelo que, al comenzar a excavar, revelaron un sistema de plataformas hechas con troncos de roble que se repetía cada tres metros de profundidad hasta que desistieron y lo abandonaron cuando el pozo tenía alrededor de diez metros. Después de aquellos chicos, diferentes personas empeñaron sus fortunas y todo su tiempo en dar, sin éxito, con un tesoro incierto. Por extraño que pareciese, todo eran especulaciones sobre la naturaleza y procedencia de este tesoro increíble, las teorías que se habían descrito hasta la fecha iban desde afirmar que eran las riquezas del mismísimo Barbanegra hasta las joyas de María Antonieta, pasando por galeones españoles cargados de oro, unos escritos que probaban que William Shakespeare fue un impostor o el santo grial que fue llevado desde Escocia por los templarios de la mano de la familia Sinclair. Todas las opciones estaban medianamente justificadas y podrían tener sentido en cierta manera. El caso era que el libro hablaba de unos hermanos que decidieron embarcarse en la increíble aventura de tener éxito en lo que otros muchos habían fracasado en el pasado y, aunque el libro era muy ameno y me hubiera encantado terminarlo y saber si aquellos dos hermanos consiguieron su propósito, el avión se posó sobre la pista de aterrizaje en un suspiro y me obligó a interrumpir la lectura. Imaginé que tío Justo vio ciertas similitudes entre la historia del libro y las razones de mi viaje y por eso quiso que yo lo tuviera.

Un cielo gris cargado de agua nos recibió y esperó a que saliésemos de la aeronave para comenzar a descargar su mal humor sobre nosotros. Yo, estúpido de mí, pensé que la temperatura y las condiciones atmosféricas de Inglaterra serían las mismas que las españolas, por lo que viajé con mis chinos, mis zapatillas blancas y mi polo. Me arrepentí profundamente cuando la tromba de agua me pilló saliendo del avión. Parecía estúpido, pero era cierto, había olvidado por completo la complejidad de un clima que cambia radicalmente casi cada hora y en el que a lo largo de un día podían sufrirse todas las posibles variaciones atmosféricas. Ostensiblemente mojado, atravesé el control de pasaporte y me dirigí a la salida, ahora buscaría un taxi e iría al centro, donde tendría que encontrar un lugar donde dormir y establecer mi centro de operaciones.

Cuando llegué a Londres era de noche y las luces de las calles se reflejaban en los charcos de agua como si el suelo estuviera plagado de pequeños espejos. Salí del coche y respiré el bullicio de la gran ciudad, la multitud golpeaba las aceras con sus zapatos marcando un compás al que caprichosamente se le unía el sonido de las ruedas de los vehículos circulando sobre la calzada mojada y el murmullo ensordecedor de cientos de personas que iban y venían bajo un río de

paraguas. Respiré profundamente y pensé en que había vuelto, había vencido a la muerte y ahora estaba de vuelta, tenía la absoluta certeza de que al final encontraría a Lucía.

Anduve entre las calles deleitándome con la sensación de ser humano una vez más, el agua caía sobre mí chocando contra mi cabeza y emitiendo un sonido que me resultó profundamente reconfortante. Algunas de las personas que se cruzaban conmigo, de las que no iban fijas en suelo al caminar, me miraron extrañadas y se apartaron de mi camino inmediatamente hasta el punto de que me comenzó a resultar embarazoso. Al principio no le di importancia, pero después de que ocurriese varias veces comencé a buscar la razón de mi rechazo. Mi ropa estaba empapada, pero no tenía manchas ni descosidos o agujeros y mis brazos y mi cara, aparte de gotear agua por todos lados, eran como siempre habían sido. Parado frente un escaparate, intentando utilizarlo como espejo para averiguar qué era lo que causaba malestar a la gente, alguien me habló.

—¿Se encuentra bien, caballero, tiene algún problema?

Yo miré en la dirección en la que la voz de hombre venía y vi a dos policías, un hombre y una mujer. Una pareja patrullando a pie.

—Estoy perfectamente —contesté.

—¿Ha tomado algún tipo de sustancia o bebido más de la cuenta? —me preguntó la mujer.

—No, solo estaba dando un paseo —contesté antes de preguntarles —: ¿Cuál es el problema, agentes?

—Bueno, la verdad es que es un tanto sorprendente, no me gustaría clasificarlo de sospechoso, pero que en una noche fría como esta en la que están lloviendo gatos y perros nos encontremos a un individuo completamente empapado, en manga corta y sin un paraguas por una calle tan transitada como esta —dijo el policía mientras la mujer se comunicaba con la comisaría a través de un *walkie-talkie* que tenía adherido al chaleco que llevaba.

En ese preciso instante me hice cargo de la situación, por eso la gente se apartaba, debieron pensar que estaba como una cabra.

—Sí, señor agente, es una noche muy desapacible… —dije para ganar algo de tiempo mientras mi cerebro empezaba a tramar la coartada.

—Explíquese, caballero, o tendrá que venir con nosotros a comisaría —dijo el policía acercándose lentamente como preparándose por si yo salía corriendo.

—Sí, sí… Acabo de llegar de viaje y con las prisas me he olvidado el abrigo y mi paraguas en el avión —contesté.

—¿De dónde dice usted que viene? —preguntó la mujer policía.

Ahora todo el mundo que pasaba por la calle, en vez de ignorarme como antes, se quedaba mirándome.

—España —contesté.

—¿Me permite su pasaporte? —dijo el hombre poniendo su mano para que se lo diera.

Yo maldije mi suerte en hebreo porque no conseguía encontrarlo y porque irremediablemente comencé a ponerme nervioso. El hombre esperó impasible mientras aquel instante se me hizo eterno pensando en que tal vez lo había perdido. Ya me podía ver con la taza de hojalata golpeando los barrotes de mi celda para que me echasen algo de comer. La angustia fue creciendo hasta que por fin lo encontré en un bolsillo lateral de mi bolsa de viaje.

—Aquí está, agente —dije.

El hombre lo abrió y con una pequeña linterna que sacó de su chaleco comenzó a inspeccionarlo cuidadosamente.

—¿De dónde venía su vuelo, señor Holste? —me preguntó.

—Barcelona —contesté inmediatamente.

—¿Le importa si hago unas comprobaciones? —me preguntó.

—No, hágalas —contesté amablemente pensando en lo ridículo de su pregunta, ¿para qué preguntaba si no tenía elección? Si se me ocurría decir que no, me metía en un lío al instante.

El policía se dio la vuelta y empezó a dar los detalles de mi pasaporte a la central, la mujer policía me habló.

—¿Es la primera vez que viene a Londres? —preguntó.

—Sí —contesté rápidamente sin saber si David viajó o no anteriormente a aquella ciudad, inmediatamente me di cuenta del abismo en el que estaba a punto de caer.

—Y usted, agente, ¿es de Londres? —pregunté antes de que ella me preguntase por cosas de las que no tenía la menor idea.

—No, soy del sur, pero me gusta mucho la capital —respondió risueña.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —me preguntó volviendo al interrogatorio.

—Pues la verdad es que es una visita puramente turística, quería conocer la ciudad y mejorar mi inglés —contesté mientras me rascaba la nuca.

—Su inglés es muy bueno —dijo ella.

—Yo no estoy tan seguro, gracias, pero todavía tengo mucho que aprender… —contesté con una media sonrisa.

—Aquí tiene su pasaporte, señor Holste —dijo el hombre después de terminar su conversación con la central—. Todo en orden —dijo sonriente.

«Por supuesto, ahora que has intentado buscarme las cosquillas y no lo has conseguido», pensé mientras le sonreía y cogía mi pasaporte.

—Es un poco tarde para que se compre un abrigo, porque las tiendas ya están cerradas, le aconsejo que vaya a su hotel antes de que enferme y mañana se compre algo de abrigo, ¡esto no es Benidorm! —exclamó antes de reír.

—No se preocupe, así lo haré —contesté sonriendo mientras pensaba que Benidorm era el único lugar de España que más del ochenta por ciento de los ingleses conocen.

—Circule —me dijo.

Yo no contesté y comencé a andar en dirección opuesta, no parecía haber sido un gran comienzo en Londres para David, ahora buscaría dónde pasar la noche y cenar algo, si es que no estaba ya todo cerrado.

A la mañana siguiente me levanté de mejor humor, no estaba tan cansado y el incidente con la policía había quedado en una simple anécdota. Aunque dejé mi ropa sobre el radiador toda la noche, todavía estaba demasiado húmeda para volver a ponérmela después del diluvio del día anterior, y más aún cuando desde la ventana de mi habitación solo se podía ver una espesa niebla que te helaba hasta los huesos con solo mirarla. Sin más opción que esperar, me tumbé en la cama y comencé a seguir con los ojos las grietas del techo, tendría que hacer algo de tiempo hasta que pudiese salir de nuevo.

Cuando intentaba decidir si iba a comprarme ropa más adecuada para el tiempo inglés o me ponía manos a la obra con la búsqueda, el eco de mi nuevo apellido en boca del policía comenzó a tomar fuerza hasta que explotó en mi interior. Holste, ¿acaso no era aquel el apellido de un brillante ingeniero aeronáutico francés que dejó su nombre para la eternidad en una de sus creaciones, el aeroplano Max Holste MH.1521 Broussard? Si David tenía alguna relación con él, debió ser su abuelo. Me acordaba perfectamente de aquel modelo, era un clásico, con su característica cola de doble estabilizador vertical. Siempre había sido uno de mis favoritos. Recuerdo que aquel primer avión fue un éxito por su versatilidad y la naturalidad de su diseño, se construyeron cientos de unidades y más tarde dio origen a otros modelos con diferentes aplicaciones. Uno de los recuerdos más nítidos de mi infancia era mi pasión por los aviones, me encantaba construir maquetas y leer libros con fotografías y detalles técnicos. Tristemente, aquella devoción fue torpedeada en su línea de flotación cuando años más tarde fui rechazado en la escuela de aviación por un problema de

columna, la genética me jugó una mala pasada y me apartó para siempre de mi sueño de ser piloto.

Perdido en las manchas, los recuerdos y la pintura deteriorada del techo, había desperdiciado más de dos horas esperando a que mi ropa se secara. Me puse en pie de un brinco y me vestí a toda velocidad, como el que no escucha el despertador y se levanta una hora tarde para ir al trabajo. Los pantalones todavía estaban un poco húmedos, pero me dio igual y salí por la puerta como un torbellino dejando la nota de no molestar en el picaporte. Lo primero que hice fue ir a una biblioteca para averiguar si los números de teléfono de mi hermano, nuestra casa y el hospital seguían siendo los mismos. Desafortunadamente, solo el del hospital aún se mantenía operativo, los otros dos habían desaparecido, habían sido dados de baja hace años. Con la esperanza de poder arañar alguna pista del hospital, salí de la biblioteca y me metí en la primera cabina telefónica que encontré, introduje varias monedas y marqué el número.

—Complejo hospitalario, ¿con qué extensión desea que le ponga? —dijo una voz joven después de varios tonos.

—Hola, ¿podría ponerme con oncología, por favor? —pregunté.

La chica no me contestó y directamente comencé a escuchar tonos, al tercero alguien contestó.

—Oncología.

—Hola, buenos días, ¿podría hablar con la doctora Rivalcielli, por favor? —pregunté.

—Perdone, ¿por quién dice que pregunta? —dijo la voz extrañada.

—La doctora Rivalcielli —contesté.

—Rivalcielli…, espere un momento —dijo antes de marcharse durante unos minutos.

En aquel instante comencé a ponerme nervioso, la persona que contestó al teléfono ¿se habría ido a buscar a Lucía?

Durante el tiempo que esperé mi excitación comenzó a crecer como una bola de nieve montaña abajo, no podía creer que hubiera sido tan simple, que fuera a verla tan pronto. Tenía muy claro lo que iba a hacer, esperaría a que contestase el teléfono y después fingiría un malentendido. Después viajaría hasta el hospital y esperaría a que terminase su turno para seguirla hasta su casa. Una vez conociese su residencia, buscaría un lugar cercano donde poder instalarme para estar cerca de ella en todo momento. Procuraría coincidir con ella al hacer la compra o en el gimnasio e intentaría hacerme su amigo, eso me ayudaría a estar a su lado y protegerla.

Mi mente voló durante esos minutos que estuve a la espera hasta

que la voz del otro lado cogió el teléfono de nuevo y me habló.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó una voz de mujer diferente.

—Sí —respondí.

— Mi compañera me ha dicho que pregunta por la doctora Rivalcielli —dijo.

—Correcto —contesté al momento.

—Señor, siento decirle que en el área de oncología no hay ninguna doctora Rivalcielli —dijo.

Sorprendido, guardé silencio durante un par de segundos.

—Pero… ¿qué está diciendo, señorita? —pregunté contrariado.

—Que no hay ningún doctor que se apellide Rivalcielli —contestó segura de lo que decía.

—¿Cómo puede ser eso cierto? La doctora Rivalcielli me salvó la vida hace años cuando estuve muy enfermo —dije incrédulo.

—Le estoy diciendo la verdad, he estado trabajando en esta planta más de quince años y aquí no ha habido nunca un doctor Rivalcielli y, es más, antes de hablar con usted he querido asegurarme y he ido a preguntar al jefe de departamento, que lleva aquí cuarenta años en el cargo, y me ha dicho que jamás ha conocido a ningún doctor con ese apellido —respondió antes de añadir algo más.

—Quizás usted fue atendido en otro hospital.

—Imposible, estoy completamente seguro —dije mientras que mi voz se apagaba en el desconcierto.

—Y… ¿una doctora llamada Lucía con el pelo negro y de ojos verdes…? —pregunté desesperado.

—Lo siento, señor, tenemos mucho trabajo esta mañana. Siento no poder ayudarle —dijo antes de colgar.

Yo mantuve el teléfono pegado a mi oreja durante unos segundos en los que mi alegría y mis planes fueron consumidos por las llamas de la decepción, después de un rato, colgué y comencé a andar por la calle completamente desconcertado. Podía entender que no estuviese trabajando allí, que lo hubiera dejado todo después del accidente pero ¿que no hubiese trabajado nunca allí? Eso era completamente imposible.

Continué andando entre la gente sin saber muy bien dónde iba, intentaba encontrarle algo de lógica a lo que acababa de ocurrir a la vez que pensaba qué podría hacer, dadas las circunstancias. La única explicación que le encontré fue que hubiese habido algún tipo de cambio inverosímil entre dimensiones cuando las atravesé y eso hubiese provocado un cambio en el mundo físico en el que estaba, quizás Lucía nunca fue cirujano y jamás estuvimos casados. Con el

paso del tiempo mi descabellada teoría comenzó a asentarse en mí mientras los recuerdos de nuestra vida juntos me quemaban el corazón. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué sentido tenía vivir en el cuerpo de esa otra persona? ¿Hasta cuándo continuaría así?

Los pilares de mi existencia comenzaron a desplomarse uno tras otro sin que pudiera hacer nada por remediarlo. En aquella angustia tuve la necesidad de sentarme para recuperar el aliento y un banco de metal negro apareció en mi camino para hacerme compañía. Tenía que pensar, tenía que hacer algo que arrojase algo de luz a aquella pesadilla, tenía que encontrar la manera de comprobar que lo que me habían dicho en el hospital era cierto. Después de reflexionar durante un tiempo, discurrí un nuevo plan, iría al Colegio de Cirujanos para comprobar si Lucía estuvo registrada con ellos en algún momento. Si un órgano oficial como aquel no tenía constancia de ella entonces, mi teoría del cambio en la realidad sería cierta.

Saqué fuerzas de flaqueza y me levanté del banco decidido a continuar, fuera lo que fuese tendría que afrontarlo y de nada me valdría lamentarme. Si mi vida anterior no había ocurrido, buscaría a Lucía y haría que se enamorase de mí otra vez, si por el contrario en el hospital estaban ocultando su identidad continuaría hasta encontrarla. Viendo un poco la situación más fríamente mientras andaba, me di cuenta de que realmente nada había cambiado porque mi objetivo continuaba siendo el mismo. Aquella ecuación resultó ser una inyección de moral inesperada que me relanzó hacia mi objetivo. Volví a la biblioteca corriendo para buscar la dirección en la guía de teléfonos y no tardé en localizarlo, el edificio se encontraba en la calle Lincoln's Inn Fields. Inmediatamente después cogí un mapa de metro y sitúe la parada más cercana, era la estación de Holborn. Al momento estaba saliendo por la puerta directo a descubrir qué era lo que estaba ocurriendo. Anduve por la calle hasta que encontré la entrada al transporte público, bajé las escaleras y llegué justo antes de que el vagón cerrase sus puertas. No me senté y esperé a llegar a la estación absorto en un silencio avasallador, era como si nada existiese a mi alrededor, como si nada tuviese la más mínima importancia, solo mis pensamientos y la incertidumbre que nacía de ellos. No volví en mí hasta que me hallé frente al edificio que contenía la respuesta que necesitaba, de repente salí de mi mundo de preocupación y escuché de nuevo a la gente y los sonidos de la ciudad. Miré al primer escalón y comencé a subir las escaleras de acceso entrando a través de dos grandes puertas automáticas. El lugar estaba desierto y al fondo del vestíbulo divisé un mostrador con dos chicas que no me perdieron de vista hasta que llegué a su altura.

—Buenos días —dije sonriendo presa del nerviosismo.

—Buenos días —contestó una de ellas mientras la otra tecleaba

algo en el ordenador y se perdía en la pantalla.

—Verá, no sé si podrán ayudarme —dije mientras me rascaba la mejilla—. Hace muchos años, cuando era pequeño, fui paciente en un hospital en Oxford, estuve muy enfermo y un cirujano de ese hospital me salvó la vida —dije antes de hacer una pausa para pensar en la siguiente invención.

La chica asintió con la cabeza invitándome a continuar.

—En aquel momento yo era muy pequeño y no pude darle las gracias. Pero años más tarde mi familia me contó lo sucedido y desde entonces siempre he querido agradecérselo —dije antes de que la chica me interrumpiese.

—Lo siento, pero no podemos facilitarle ningún dato personal de nuestros afiliados —dijo la antipática.

—Lo entiendo perfectamente, pero quizás… —dije antes de que me interrumpiese de nuevo.

—No —dijo disfrutando de su arrogancia.

—Necesito… —dije antes de que hablase otra vez.

—Lo siento, señor, es información confidencial y estaríamos vulnerando una cláusula básica que protege la intimidad de nuestros miembros.

—Por favor —dije levantando la voz—. ¿Tendría la amabilidad de al menos escuchar lo que quiero pedirle antes de interrumpirme? —dije enfadado—. Solo quiero saber si el nombre de aquella cirujana es correcto, nada más —dije desesperado pensando que si tenían su nombre en los archivos sería suficiente—. Ya buscaré la manera de encontrarla —añadí.

La chica permaneció en silencio con muy mala cara, seguramente pensando en llamar a seguridad.

—Por favor…, me salvó la vida… —dije suplicando en un tono mucho más bajo y calmado.

Entonces la chica se acercó a su compañera y le dijo algo que no pude escuchar. Después de unos segundos de indecisión, su compañera le contestó susurrando en voz baja. Ambas permanecieron en silencio hasta que la antipática me miró a la cara.

—¿Cómo se llamaba? —me preguntó.

—Lucía Rivalcielli —contesté.

Tan pronto como terminé, la chica se puso manos a la obra en su ordenador, tecleó una y otra vez hasta que encontró algo y se detuvo.

—Lucía Rivalcielli está o ha estado registrada en nuestro sistema, por lo tanto el nombre es correcto.

—¡Sí! —grité intentando contenerme—. Eso es fantástico, muchas gracias —dije aún lleno de alegría.

—De nada —dijo la chica sin entender muy bien mi explosión de

alegría.

—¿Ves como no era tan difícil? Al final me has alegrado el día —le dije antes de darme la vuelta y dirigirme hacia la puerta con una enorme sonrisa en mi cara.

Anduve hasta la salida y una vez allí me senté en los escalones, mi teoría del cambio entre dimensiones había sido destruida en mil pedazos y eso era una gran noticia. Ahora tendría que ingeniármelas para encontrar a Lucía en cualquier parte del mundo y aunque no iba a ser una tarea fácil tenía que intentarlo. Aquellos dos locos criados en el seno de las SS alemanas no pararían hasta dar con lo que buscaban, el casco de Godofredo, y Lucía estaba directamente relacionada con él.

CAPÍTULO XXIX

Las risas de Omar se mezclaban con mi incredulidad y la visión de los casquillos de las balas que le disparé sobre el suelo, me faltaba el aliento.

—No puedo creerlo…, por fin ha terminado esta patraña. Siete interminables años haciendo de niñera, esperando a que dijeras algo, a que me dieras una pista que pudiésemos utilizar, a que el perro sarnoso de Blake se pusiera en contacto contigo… y al fin ha acabado. ¡Cuántas noches habré soñado con este momento, ahora soy libre…! —dijo Valeria elevando su mirada al techo.

Yo la miré incrédula.

—Por supuesto que soy yo, Lucía, Omar y yo somos viejos amigos, de hecho, trabajamos juntos —continuó Valeria—. Apuesto a que pensabas que éramos amigas, compañeras luchando en una cruzada contra el mal… —Y rio.

Omar también rio. Después de un tiempo riendo, Valeria volvió a hablar.

—Qué ganas tenía de poder hablar y desahogarme —dijo mirando a Omar antes de volverse hacía mí—. ¿Recuerdas que te aconsejé que mantuvieras el contacto con tu familia? Sabía que harías lo contrario y evitarías involucrarles, así te tendría controlada en todo momento y me ahorraría intromisiones. ¿Recuerdas que también te pedí que no le dijeras nada a nadie de nuestros movimientos? —Valeria rio—. Me temo que fue por la misma razón… Aunque… ¿quién es ese Víctor? ¡Al final faltaste a tu palabra! —dijo riendo—. No hace falta que me lo digas, sinceramente ya da igual… —Y rio una vez más—. ¿Decepcionada? —preguntó irónica—. He estado vigilando todos tus movimientos durante las veinticuatro horas del día desde que saliste del hospital. ¿Te puedes imaginar el trabajo que me has dado? —dijo contrariada.

Yo escuchaba lo que decía, pero no podía asimilarlo.

—Seguro que recuerdas aquella noche en la mansión, Omar y Rustku en pasamontañas disparando —me preguntó—. También estaba todo planeado —contestó a su propia pregunta—. ¿La muerte de Greenville? —me preguntó otra vez—. Bueno, digamos que simplemente tuvimos que improvisar —dijo—. Igual que cuando tuve que dispararme —añadió—. Más improvisación—. ¿La interpretación de la inspectora conmocionada por la pérdida de su compañero? No puedes negarme que no tuvo mérito —dijo antes de reír otra vez—. ¿La visita de mis jefes en el hospital? También planeado —dijo, y añadió—: Ah…, y se llaman Gritze y Plekth, tengo que confesarte que estaba harta de que les llamases los hombres de negro.

»Por cierto, sé que no te va a gustar, pero están a punto de llegar, de hecho, esta silla no es para mí, ¡en realidad es para ti!… —Y volvió a reír—. Para que puedas hablar con ellos tranquilamente. Qué bien me está sentando esto, por fin lo estoy echando fuera —le dijo Valeria a su colega con una sonrisa—. Y lo último, Omar es fuerte pero no tanto como para que no le afecten las balas, lo cierto es que eran de fogueo. —Ambos rieron—. ¿De verdad pensabas que te daría una pistola, así, sin más? —dijo aún riendo.

Yo no pude aguantar un segundo más la confusión y el dolor de lo que estaba presenciando y vomité en el suelo. Mientras echaba lo que tenía en el estómago escuchaba cómo sus risas aumentaban y animaban los comentarios jocosos de Valeria y Omar. En aquel momento un coche se aproximó lentamente, sus luces proyectaron la sombra de mi cuerpo sobre el suelo haciéndola más y más grande a medida que se acercaba. Al momento se detuvo y el motor se apagó, aunque sus luces permanecieron encendidas, poco después se abrieron las puertas.

Valeria se apresuró a venir donde yo me encontraba de rodillas para agarrarme con fuerza del brazo y obligarme a sentarme en la silla. Las potentes luces del coche me cegaban y no podía ver nada. Tras unos segundos luchando contra la intensidad de los faros, no pude soportar y terminé por agachar la cabeza. Entonces me di cuenta de que Valeria se había colocado a mi lado a la derecha y que Omar había hecho lo mismo, pero a la izquierda. En aquel momento, si hubiera tenido una pistola creo que me hubiese suicidado, resultó que la mujer en la que yo confiaba y tenía como mi amiga era tan solo una impostora que estaba involucrada directamente con la muerte de Marco y, además, durante todos estos años me había utilizado para dar con el paradero del maldito casco de Godofredo mientras se reía de mí. Qué estúpida había sido. Dos hombres emergieron de los laterales del coche y se fueron acercando hasta que sus cuerpos taparon casi por completo las luces que me cegaban.

—Buenas noches, señora Rivalcielli, cuánto tiempo ha pasado desde

nuestro encuentro en el hospital. Por fin ha conocido la verdad, Valeria ha hecho un espléndido trabajo con usted… ¿Sorprendida? Apuesto a que no se lo esperaba… —dijo antes de reír—. ¿Ha revelado algún detalle? —le preguntó a Omar y Valeria.

—Nada, y la hemos llevado hasta el límite —contestó Omar.

—Ya veo…

—¿Tenéis algún indicio de que esté al corriente del paradero del casco? —preguntó.

—Desafortunadamente, parece que no —contestó Valeria.

—Richard Blake debe estar riéndose de nosotros en su tumba —dijo contrariado.

«¿Qué acababa de decir aquel psicópata? ¿Richard Blake estaba muerto?», pensé mientras aquellos tres no paraban de hablar.

—Es una cuestión de tiempo, al final lo encontraremos —dijo Omar.

—Tienes toda la razón, debemos seguir trabajando, señores míos —contestó antes de añadir—: En cuanto a usted, no creo que le interesase trabajar para nosotros —me dijo ante las risas descontroladas de Omar y Valeria.

Yo le miré de reojo mostrándole todo el odio que mis ojos pudieron reflejar en ese momento y no contesté.

—Ya me lo temía, una pena, una criatura tan bella… —dijo mientras recorría mi barbilla con el dedo—. Pero si no quiere trabajar con nosotros y no conoce el paradero del casco, entonces no nos sirve de nada, señora Rivalcielli… Y…, tristemente, tendremos que decirnos adiós para siempre. Me entristece sobremanera que después de todos estos años sabiendo de usted no hayamos conseguido ser buenos amigos… —dijo como si le importara—. Pero bueno…, así es la vida —añadió con un suspiro—. Eso es lo que se dice en estos casos, ¿no? —dijo despertando más risas en Valeria y Omar—. Creo que la enterraremos aquí mismo, este parece un lugar digno para ella, bajo estos escombros descansará en paz para siempre, ¿verdad, Omar? —le preguntó.

—Sin ninguna duda, señor, es perfecto —respondió contento.

—¿Todo bien, Valeria?, ¿alguna objeción a nuestro nuevo plan? —le preguntó con una sonrisa.

—Ninguna, estoy deseando volver a dormir en mi cama —contestó antes de reír.

—Ya me lo imagino…, entonces no se hable más, decidido —dijo aquel monstruo sin poder evitar su alegría.

—Hasta nunca, señora Rivalcielli —añadió.

Entonces, sin más, se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche junto

al otro que nunca hablaba.

Yo no dije nada y me mantuve derecha sobre la silla. Durante ese tiempo me di cuenta de que había llegado el momento de reunirme con Marco y aquel pensamiento dibujó una sonrisa en mi cara. Omar sacó de su abrigo una navaja de gran tamaño que articuló con un movimiento certero de su muñeca. Yo no reaccioné, estaba como en otro lugar muy lejos de aquella nave industrial donde ya nada importaba.

—¿La degollamos? —le preguntó a Valeria.

—Lo que quieras, pero rápido, quiero marcharme a casa cuanto antes. Creo que esta noche ponen mi serie favorita en la televisión —contestó ella.

—Entonces, si tienes prisa, quizás sea más fácil un tiro en la cabeza, es más rápido y en un momento estamos de vuelta —dijo Omar.

—Lo que tú decidas, creo que voy a ir a por el coche mientras que tú rematas aquí —contestó ella.

—Vale, entonces esperamos a que se marchen los jefes y la despachamos —dijo él antes de guardar silencio.

Yo respiré profundamente intentando ignorar la frialdad con la que aquellos dos decidían cómo matarme.

Los hombres de negro volvieron al coche y cerraron las puertas. Al momento el conductor encendió el motor y dio la vuelta, observé cómo las luces rojas de los faros traseros se fueron perdiendo poco a poco junto con el ruido de las ruedas sobre la grava hasta que se evaporaron en la oscuridad. Los últimos granos de vida se deslizaban en el reloj de arena, los últimos instantes se apresuraban a transcurrir sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Acepté mi suerte y cerré los ojos.

—Es la hora, Lucía —dijo Valeria.

Omar guardó la navaja y cuando estaba sacando la pistola con la que hirió de muerte a Holly se escuchó un ruido sobre nosotros, menos de medio segundo después un objeto de gran tamaño emergió de la oscuridad del techo y se dirigió hacia Omar a gran velocidad hasta que le golpeó de lleno. Era uno de aquellos enormes ganchos de hierro que habíamos visto colgando de la grúa. Con el impacto Omar cayó al suelo inconsciente. Inmediatamente después algo se escuchó entre las cajas de un lateral y al ver lo sucedido Valeria no dudó un segundo y se lanzó inmediatamente al suelo para coger su pistola, tan pronto como la sostuvo comenzó a disparar en aquella dirección hasta que algo le obligó a abrir la mano haciendo que el arma volara a gran velocidad y se perdiese entre las cajas al otro lado del almacén. Valeria entonces gritó de pánico al ver quién se le acercaba mientras

intentaba escapar revolviéndose en el suelo, pero este no vaciló y cuando llegó a su altura le descargó un puñetazo en la cara que la dejó inconsciente al instante. Yo tragué saliva y tan solo unos segundos más tarde vi cómo una figura comenzó a emerger lentamente desde la sombra hacia la zona de penumbra donde yo me encontraba sentada. Estaba paralizada, las manos me temblaban y mi corazón latía al borde del colapso.

CAPÍTULO XXX

Las gotas de lluvia no paraban de estrellarse contra el cristal empujadas por la fuerza de un viento disgustado que cambiaba de dirección constantemente. En los edificios de enfrente, los tejados relucían humedecidos por el agua y las canales achicaban a duras penas la carga de otro día cubierto de nubes grises. Abajo, en la calle, las aceras estaban desiertas y solo los establecimientos con sus luces de tonos templados conseguían arrojar algo de calor a la estampa de aquella fría mañana de invierno en la capital inglesa.

Después de un tiempo contemplando aquella escena, me aparté de la ventana y me senté en la cama pensativo, al momento mis ojos se perdieron casi sin querer en la vieja estufa eléctrica que calentaba el cuarto donde vivía.

Era difícil mirar atrás y aceptar que habían pasado ya más de dos años desde aquel día en el Royal College of Surgeons y, a pesar de mis esfuerzos, la distancia entre Lucía y yo seguía siendo, como mínimo, la misma. Me costaba amargamente digerir que después de todo lo que había luchado y cuando más cerca de ella me encontraba, más lejos y perdido me sentía. Fue ese deseo irrefrenable por encontrarla cuanto antes el que me llevó a contratar a un grupo de investigadores privados de renombre que, a mi pesar, no consiguieron la información que necesitaba e inevitablemente mermaron mis bolsillos hasta agotar lo que Justo y Flora me dieron. Casi sin dinero para comer, hundido y sin saber dónde ir, me vi sumido en una desagradable situación que me obligó a prescindir de ellos y a buscar trabajo en un café cercano para poder permitirme una habitación cochambrosa donde malvivir mientras esperaba a que el destino me trajera algo a lo que poder agarrarme con las pocas fuerzas que me quedaban.

Todos los días, antes de ir a trabajar, repasaba concienzudamente los informes que los investigadores me habían facilitado hasta el momento en el que no pude continuar pagándoles. Tenía documentos

sobre el estado de la mansión, aún a nombre de los Rivalcielli y deshabitada, con sus gastos de mantenimiento nutriéndose de una cuenta con una importante suma de dinero de la que no había salidas o entradas para otros propósitos. También tenía documentos de cuando investigaron a mi hermano Max, que también había desaparecido por completo. Me costó bastante asimilar que dejó sus pacientes, la psicología y los congresos internacionales que tanto le ilusionaban antes de evaporarse sin dejar el mínimo rastro. El investigador que siguió sus pasos se hizo pasar por un periodista con interés en el ámbito de la psicología para, con la excusa de escribir un artículo sobre el tema, investigar y entrevistar a sus colegas más allegados, pero, desafortunadamente, sus esfuerzos tampoco sirvieron de mucho porque ninguno de ellos tenía la más remota idea de cuál era su paradero y, es más, como decía en el dosier, a todos les extrañó su repentina marcha porque su intención fue siempre la de continuar asociado al mundo que a él más le fascinaba.

Por último, los pocos datos de la investigación de Lucía con toda seguridad afirmaban que dejó la cirugía, su gran pasión, y, por lo que recabaron de las agencias inmobiliarias, había deambulado de un sitio a otro durante el primer año después de mi muerte. Ese fue el único periodo de tiempo donde con dificultad consiguieron seguirla hasta que su rastro se desvaneció después de cambiar de residencia por última vez. Nunca permanecía más de dos o tres meses en la misma y se movió bastante antes de que finalmente se marcharse de Londres. Como en el caso de Max, el investigador fingió ser un inspector de la compañía eléctrica para poder visitar las casas y los apartamentos por los que pasó, se tenía la esperanza de que accidentalmente hubiese dejado algo, una pista que ayudase a enlazar con el siguiente paso, pero no lo hizo.

En una de las últimas reuniones que tuve con los detectives, estos insinuaron que aquel hermetismo que rodeaba a mi hermano y a Lucía sugería que posiblemente quien estuviese detrás de todo aquello fuese la policía y que debido al incidente que ocurrió en la mansión Rivalcielli ambos estuviesen a su amparo dentro del programa de protección de testigos. Cuando recibí la noticia sentí un gran alivio, incluso lo celebré, porque significaba que ellos estarían a salvo, aunque casi al instante me di cuenta de que posiblemente no les volvería a ver jamás. Como los investigadores no tenían pruebas de peso que lo demostrasen y fue una suposición a la que llegaron todos después de meses de trabajo, me prometieron ponerse en contacto conmigo si en algún momento, mientras investigaban otros casos, les llegaba algún dato o información que me pudiese ayudar. Con ese acuerdo entre ambas partes nos despedimos y aunque no habían vuelto a ponerse en contacto desde entonces, más de un año después

aún mantenía la esperanza de que cualquier día encontraría un sobre en el buzón de mi cuarto con el paradero de mi familia.

De repente, alguien cerró una puerta en el pasillo común y volví a la realidad. Inmediatamente miré al reloj, había pasado más de una hora y llegaba tarde a trabajar. Cogí mi mochila y salí corriendo, el ascensor estaba bajando y tardaría una eternidad en volver a subir, por lo que fui directo hacia las escaleras. Bajé piso tras piso hasta que llegué al *hall* del edificio, abrí la puerta y corrí por la acera intentando evitar los charcos hasta que llegué al establecimiento. Entré inmediatamente y lo primero que vi fue a la camarera a la que tenía que sustituir con cara de pocos amigos. Ella se quitó de mala gana el delantal que llevaba puesto y ambos nos dirigimos a la parte trasera reservada para el personal. Tan pronto como cerré la puerta y los clientes no nos pudieron escuchar, ella habló:

—¿Otra vez, David? Otra vez tarde cuando sabes que tengo que hacer un montón de cosas antes de ir a recoger a mis hijos.

—Lo siento, Emily, me lo has dicho un millón de veces… —dije antes de que me interrumpiese.

—¿Y de qué me sirve? Es la tercera vez este mes…

Yo me quedé en silencio porque tenía toda la razón, Emily era una madre soltera que luchaba todos los meses para obrar el milagro de poder afrontar el alquiler del piso y los gastos de vivir con sus tres hijos exprimiendo al máximo un sueldo más que modesto. Nunca se quejaba de nada y trabajaba por dos sin importarle lo más mínimo, su meta era el bienestar de sus hijos y lo daba absolutamente todo por conseguirlo.

—Lo siento, de verdad. Te lo compensaré —dije angustiado.

Ella me miró mientras se dirigía a la puerta de salida después de recoger sus cosas.

—No hace falta, David.

Salió de la habitación y se despidió de Linzi, la chica que estaba en la barra. Yo me puse el delantal a toda velocidad y me cambié los zapatos. Salí y miré cuántos clientes teníamos en el establecimiento. Solo había dos mesas ocupadas, una pareja de ancianos y un hombre de unos cincuenta leyendo el periódico.

—Hola, Linzi, buenos días —saludé—. ¿Cómo va la mañana? —pregunté.

—Pues la verdad es que muy tranquila hasta el momento, buenos días —me dijo sonriendo.

—Me siento fatal por Emily, otra vez que llega tarde por mi culpa —dije mientras me metía en la barra y comenzaba a sacar tazas y

platos del lavavajillas.

—Intenta evitarlo, David, ya sabes que es una persona en una situación complicada, siempre bajo mucha presión y pequeñas cosas como esta pueden hacerla explotar —dijo en voz baja.

—Lo entiendo perfectamente… —dije antes de seguir—. Lo más gracioso es que llevo horas levantado, buscando cosas con las que entretenerme hasta que llegue la hora de venir y hoy, mientras leía unos papeles, no me he dado cuenta de la hora que era y mira, otra vez tarde.

—¡Vas a tener que ponerte otro despertador o Emily te va a matar cualquier día de estos! —dijo riendo.

—¡Y con toda la razón! —respondí entre risas.

Una mujer entró en el café y se sentó en una de las mesas de la esquina, lejos del ventanal que daba a la calle.

—Voy yo —le dije a Linzi.

—No, mejor voy yo, que no estoy haciendo nada, mientras tú terminas con lo que estás haciendo —me contestó cuando ya se dirigía a tomarle nota.

Al momento regresó y comenzó a preparar el pedido. Colocó todo en la bandeja y cuando iba a llevarlo yo terminé con el lavavajillas y levanté la bandeja antes de que ella pudiese cogerla.

—Voy yo —dije sonriendo.

Linzi me miró con mala cara antes de sonreírme.

—¡Pero no te acostumbres! —añadí antes de dirigirme hacia aquella mujer.

Cuando me acercaba me fijé en ella. Parecía una estudiante, una de tantas que venían buscando tranquilidad y un café antes de sus exámenes. A veces venían en grupos y teníamos que juntar dos o incluso tres mesas para que entrasen todos juntos, otras veces venían solos, como ella, y se sentaban en un rincón para poder concentrarse sin mucho esfuerzo. La mujer había colocado su gabardina en la silla de enfrente y tenía una pila de apuntes sobre la mesa que iba inspeccionando meticulosamente. Al ritmo que los examinaba tardaría un año en terminarlos, pero ese no era mi problema.

—Aquí tiene su desayuno, señora —dije nada más llegar a su lado.

Ella me miró e inmediatamente me sorprendió que era mucho más joven de lo que yo imaginaba, tendría alrededor de unos treinta años.

—Qué rápido —dijo mientras me sonreía.

Yo sonreí.

—En un día como el de hoy, cuanto antes tengas un café entre tus manos, antes comienza a ser menos gris —dije mientras ponía la taza

sobre su mesa.

—Tienes toda la razón —dijo.

—Y especialmente en uno tan, tan gris —dije mientras apuntaba con el dedo a la pila de papeles.

Ella sonrió y se apresuró despejar la mesa para que pudiese poner el plato con el cruasán que había pedido. Cuando ella liberó la mesa un poco, terminé de servir el desayuno.

—¿Necesitas algo más? —pregunté.

—No, es perfecto —contestó ella mientras esbozaba una sonrisa.

Yo asentí con la cabeza, complacido, y me retiré hacia la barra, donde Linzi había comenzado a reponer bebidas en la cámara frigorífica.

—¿Tienes algún plan para el fin de semana? —le pregunté a la vez que empezaba a depositar bebidas sobre las bandejas del refrigerador.

—Pues lo cierto es que no, espero poder quedarme en casa y descansar —contestó sin mirarme—. ¿Y tú? —me preguntó.

—¿Yo? La verdad es que no lo sé, me conformo con que no me llamen para tener que trabajar —dije resignado.

—¡Siempre te toca a ti! —dijo ella entre risas.

—Sí, ¡qué suerte! —contesté—. Aunque el dinero no me viene mal —añadí.

—David, ¿te importa ir a la mesa de la última cliente, la estudiante, y preguntarle si todo está bien? —dijo Linzi cambiando de tema.

—Sin problema —contesté.

Salí de la barra y me acerqué a aquella chica que no paraba de leer cuidadosamente sus notas.

—¿Qué tal el desayuno, todo bien? —pregunté.

—Sí, todo perfecto —dijo sonriendo.

—¿Necesitas algo más? —pregunté otra vez.

—No, muchas gracias —contestó mirando a lo que le había servido.

—Genial, si necesitas cualquier cosa estaré ahí en la barra —le dije para terminar.

—Gracias —contestó sonriendo.

Yo volví a la barra junto a Linzi.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras cerraba la puerta de la cámara frigorífica y se colocaba las gafas.

—Sí, aunque es un poco extraño —contesté.

—¿Por qué? —dijo ella.

—No lo sé, me ha dicho que todo está bien y desde que le he servido el desayuno no ha probado el café y el cruasán sigue en el plato sin que le haya tocado —contesté.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Sí, totalmente —respondí asintiendo con la cabeza.

—Puede que sea una inspectora —dijo alarmada.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté incrédulo.

—Diana, la chica de la cafetería que está dos calles más allá —dijo antes de hacer una pausa mientras pensaba en algo.

—Expresso…, ese es el nombre del establecimiento.

—Sí, el que tiene un toldo granate —dije.

—Ese —dijo antes de continuar.

—Coincidimos en el metro hace dos días y me dijo que fueron a su cafetería a hacerles una inspección de sanidad y no se dieron cuenta de que eran inspectores hasta que se levantaron de la mesa y pidieron ver la cocina y las cámaras.

—¿Estuvieron sentados como si fueran clientes mientras observaban y tomaban nota de todo? —pregunté sorprendido.

—Sí, y esa chica parece un poco mayor para ser estudiante —dijo mientras ponía cara de sospecha.

—Ve al almacén como si fueras a por algo e intenta examinar si tiene algo que pueda identificarla, echa un vistazo a sus notas —dijo inquieta—. Tendría que llevar algún tipo de documento donde escriben sus comentarios del establecimiento —añadió.

—No te alarmes, la cafetería está limpia y hacemos todo siguiendo las normas —contesté.

—Lo sé, pero no quiero que tengamos una inspección y que la jefa no esté aquí, no tengo ni idea de dónde están los certificados, ni los papeles del seguro, ni los contratos de trabajo —dijo mientras su ansiedad crecía a pasos agigantados—. Tú ve al almacén y averigua todo lo que puedas, yo voy a llamar a la jefa por teléfono —añadió mientras buscaba en la agenda el número.

—No creo que nos pidan nada de todas esas cosas, no te agobies, Linzi —dije intentando tranquilizarla.

—Ve, no pierdas tiempo —dijo mientras pasaba las hojas de la agenda a toda velocidad.

Yo me encaminé hacia el almacén, donde nos cambiábamos de ropa y guardábamos los suministros. Al pasar eché un vistazo, pero la verdad es que parecían apuntes, hojas escritas a mano. Entré en el almacén e intenté ver algo desde la ventana circular que tenía la puerta, pero no era posible, porque los tapaba con su espalda. Después de un rato buscando algo sospechoso que pudiese incriminar a aquella chica, salí con una caja de refrescos que debíamos reponer y al pasar por su lado eché otra mirada.

—No he visto nada —le dije en voz baja a Linzi.

—Venga ya, te estás riendo de mí —dijo contrariada también en voz baja.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendido.

—¿No ves una cartera negra de cuero en el suelo, justo al lado de su bolso? —me preguntó.

—Es cierto… —dije al verla.

—¿Es una inspectora o no? —me preguntó antes de preguntarme otra vez—. ¿Ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué? —pregunté sin entender su pregunta.

—He hablado con Celia, me ha dicho que está de viaje y que aquí no hay ninguno de los papeles que nos va a pedir —dijo cruzándose de brazos al final.

—¡Qué! —exclamé atrayendo la atención de la pareja de ancianos.

—Que a ver cómo salimos de esta —dijo desesperada.

—No puedo perder este trabajo, ¿y qué hago yo ahora? —se preguntó a sí misma.

—¿Y yo? Sin este trabajo mañana estoy viviendo en la calle —dije mientras me veía de vuelta en el pueblo sacando patatas tras la burra.

En medio de aquella confusión, la chica cogió la carpeta y la puso sobre la mesa. La abrió y comenzó a escribir en ella.

—Ya está, ahí la tienes —dijo Linzi desesperada.

—Vaya mañanita… —respondí yo.

—David, tú eres un chico joven y simpático —dijo antes de que le interrumpiese.

—Bueno, eso lo dices tú.

—Silencio, déjame hablar —me cortó antes de que pudiera decir nada más y siguió—. Vas a tener que hacerte amigo de la inspectora.

—¿Yo? —pregunté inquieto—. ¿Por qué yo? No tengo ni idea de qué decirle —me quejé.

—Pues tú porque si no lo haces mañana estás en la calle, y también tú porque has venido tarde demasiadas veces y cuando Emily se entere de que nos libraste del cierre de la cafetería se va a alegrar mucho y seguramente te perdone por quedarte dormido por las mañanas —respondió añadiendo una sonrisita al final.

Yo maldije mis santos en silencio mientras cerraba los ojos y apretaba los dientes con fuerza.

—¿Y qué le voy a decir? —le pregunté agobiado.

—Bueno, no sé… —dijo antes de hacer una pausa y continuar—.

Dile… que la invitas a cenar en un sitio caro si deja la inspección para otro día más conveniente —dijo antes de darse la vuelta para reírse.

—Encima que me toca a mí dar la cara… ¿y a un sitio caro? Si las ratas comen mejor que yo… —dije desmoralizado.

Al escuchar mis quejas, Linzi se agachó tras la barra para intentar contener una lluvia de carcajadas. Yo me mantuve en el mismo lugar nervioso al pensar en lo que se me avecinaba. Me recordaba totalmente a cuando era pequeño y hacia fechorías con mi hermano Max, nunca entendí el porqué, pero siempre acababa pagando el pato yo.

«No tengo elección», susurré.

—¡Pues ánimo y a por ella, donjuán! —dijo Linzi, que me había oído—. ¡Ánimo! —añadió entre risas.

Yo me mantuve indeciso durante unos segundos mientras intentaba pensar en algo de lo que hablar con ella, si no hubiera tenido que hacerlo a la fuerza no me habría costado, pero la idea de que nuestro futuro dependiese de una conversación me tenía bloqueado. No era simplemente hablar con ella, era intentar persuadir a un inspector de sanidad para que viniese a realizar la inspección otro día porque no estábamos preparados, ¿cómo diantres iba a convencerla? ¿Y si se lo tomaba mal y nos complicaba más la existencia? ¿Y si por mi culpa nos echaban a todos a la calle? Intenté dejar aquellas ideas al margen y decidí ir y afrontar la situación, estaba contra la pared y no tenía otra opción. Me coloqué el delantal y fui hacia la mesa donde ella seguía concentrada en sus papeles.

—Hola de nuevo, perdona que te interrumpa —dije tímidamente.

Ella giró la cabeza y al verme sonrió. Yo intenté ver dónde escribía, pero ella lo cubría con su brazo.

—Perdona que te moleste, pareces muy atareada. ¿Te molesta si me siento un momento? —dije que voz tranquila.

—No, siéntate —dijo escuetamente.

—Verás, no sé si vienes mucho por la cafetería o si ya te lo han comentado, pero para nuestros clientes habituales tenemos una serie de descuentos y ofertas que no sé si te interesarían —dije con el corazón a doscientas pulsaciones.

—La verdad es que en este momento no —dijo mirándome.

Yo me quedé un poco descuadrado.

—¿Por qué? ¿Hay algo que no te haya gustado del establecimiento? —pregunté.

—No, la cafetería me gusta, venía buscando un sitio tranquilo y es lo que he encontrado. El servicio y la comida están bien —dijo en un

tono de voz sincero.

—Ah…, ya lo entiendo, estás en tu último año de universidad —dije, quería saber si era estudiante.

—No, ya tuve mis años de apuntes y exámenes —dijo sonriendo.

Tenía toda la pinta de que era una inspectora, a ver cómo salía de aquella.

—Bueno, nos encantaría verte por aquí otra vez —dije sonriendo.

Ella forzó una sonrisa y se quedó mirándome. Yo no tuve más remedio que comenzar a levantarme de la silla, la conversación había terminado. ¿Qué iba a hacer ahora? Si me levantaba de la mesa y me marchaba no podría volver con otra excusa, sería demasiado forzado y la conversación había acabado en un callejón sin salida, lo había estropeado todo y estábamos en la calle. De repente se me ocurrió algo fruto de la más absoluta desesperación y pretendí perder el equilibrio. En la farsa, agarré la montaña de hojas y todo lo que pillé a su alrededor y lo tiré al suelo antes de dejarme caer sobre una mesa. El estruendo fue mayúsculo y el dolor en la espalda monumental, pero los papeles volaron por todas partes y conseguí lo que quería, caos. Ahora tendría la oportunidad de ver sus papeles, de ayudarle a recogerlos y hablar un poco más con ella, y si no conseguía lo que buscaba, siempre podría volver a su mesa con la excusa de disculparme una vez más. Linzi se apresuró a venir en mi ayuda y junto a la chica me ayudaron a levantarme.

—Lo siento mucho. De veras, no sé qué me pasa hoy —dije aparentando estar un poco aturdido.

—La que has liado… —me susurró Linzi al oído.

Yo continué con la interpretación.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó la chica.

—Sí, sí…, estoy bien. Te ayudo a recoger este desastre —le dije.

Entonces la chica se dio la vuelta y comenzó a separar las sillas y a hacer espacio para recoger la multitud de hojas que poblaban el suelo. Yo no perdí la oportunidad y le susurré a Linzi:

—Examina todos y cada uno de los papeles, si no tiene el documento de inspección y evaluación, tendrá que venir otro día.

Ella no me contestó, pero se volvió inmediatamente y comenzó a recoger hojas a toda velocidad. Yo tampoco perdí el tiempo y también me puse manos a la obra con la certeza de que mi plan funcionaría. Miraba por encima cada uno de los papeles buscando una especie de cuestionario con casillas para puntuar y huecos para añadir anotaciones si era necesario, pero aquellas hojas solo eran líneas escritas a mano con fechas y nombres principalmente, se parecían más

a unos apuntes de historia que a los formularios de una inspección. Terminé con todos los que había a mi alrededor y miré a Linzi, que movió la cabeza indicándome que no había habido suerte, ella tampoco había encontrado lo que buscábamos. Linzi se acercó y me entregó los que ella había recogido, yo los puse con los míos y me levanté lentamente intentando repasarlos una vez más antes de pasárselos a la chica, que había recogido otros tantos y los sujetaba con ambas manos esperando a que yo pusiera los míos encima.

Cuando estaba a punto de dejarlos sobre los suyos me detuve, algo me llamó poderosamente la atención en la hoja que iba a quedar sepultada por la pila de papeles que Linzi y yo habíamos recogido. Lo que vi no era el formulario que ansiábamos ni la prueba de que aquella chica era una estudiante, lo que vi fue el boceto de algo que había visto hace mucho tiempo y que había cambiado mi vida por completo. Con una inconfundible insignia templaria de color rojo en el centro y su aspecto aterrador, aparecía en la mitad de la hoja rodeado de anotaciones y justo debajo, una leyenda donde se podía leer: GODOFREDO GALEATI.

—El casco de Godofredo… —dije en voz baja mientras no apartaba mis ojos de aquel dibujo.

Tan solo debió transcurrir medio segundo desde que mencioné el casco y aquella chica pegó un tirón y se llevó todos los papeles, pero en mi cabeza el mundo dejó de girar y una bandada de recuerdos se abalanzó sobre mí impidiendo que pudiera articular una sola palabra más. Linzi me dijo más tarde que mientras yo me había quedado inmóvil la chica recogió sus cosas a toda prisa y salió corriendo de la cafetería. Yo volví a la realidad poco más tarde con el estruendo que hizo la puerta al cerrarse, al darme cuenta de lo que había ocurrido corrí hasta la calle, pero desafortunadamente aquella chica ya se había esfumado. Después de permanecer bajo la lluvia un tiempo intentando digerir lo ocurrido, volví al interior de la cafetería, donde los clientes no salían de su asombro tras presenciar el espectáculo y Linzi terminaba de colocar las mesas. Me acerqué y ella me habló.

—Menuda loca —dijo mientras se quitaba el pelo de la cara—. Al menos no era una inspectora —añadió a la vez que arrimaba una silla a la mesa—. ¿Qué ha sido lo que ha pasado exactamente? —me preguntó.

—No lo sé —respondí.

—Te he oído decir algo, ¿qué ha sido? —me preguntó apilándose sobre la silla.

—He leído el encabezado de una de las hojas —contesté viendo aún la imagen del casco dibujado.

—¿Y por eso se ha puesto así? ¿Por leer una línea de sus apuntes? —me preguntó indignada—. Pues vaya psicópata —dijo inmediatamente.

—Posiblemente se ha indignado porque he leído algo privado, no debería haberlo hecho —dije evitando la verdad.

—Es cierto, pero tampoco es para hacer lo que ha hecho —dijo aún enfadada con la reacción de la chica.

—Tal vez, lo mejor que podemos hacer es olvidarlo —dije mientras intentaba pensar cómo podría seguirle la pista.

—Sí, tienes toda la razón, espero que no se presente por aquí nunca más porque le iba a decir un par de cosas a la tonta esa… —dijo malhumorada.

—Vamos a trabajar, que tenemos muchas cosas que hacer —le dije mientras pasaba por delante de ella y me encaminaba a la barra.

—Vale —contestó.

Durante el resto de la mañana y parte de la tarde Linzi no paró de hablar del incidente de la supuesta inspectora, creo que de alguna manera se sentía culpable por haberme obligado a ir y forzar una conversación con ella. Una chica que, lejos de colaborar con la inspección pública, había resultado ser más que una simple cliente. Después de darle muchas vueltas llegué a la conclusión de que la única manera que tenía de encontrar a aquella mujer era a través de la policía, las cámaras de seguridad de los establecimientos de alrededor seguramente la grabaron mientras se marchaba a toda velocidad y si yo la denunciaba por robo la secuencia de su huida tendría sentido. Por supuesto que ella no había robado nada, de hecho, dejó más dinero de lo que debía por el desayuno, pero las imágenes respaldarían mi acusación. Si daban con ella, al menos tendría una oportunidad para hablarle y preguntarle, parecía que al final el destino me estaba dando el empujón que necesitaba para seguir adelante y no desistir después de todo.

Pensé en ir a la comisaría al día siguiente, por la noche estudiaría la situación en la que se produjo su marcha y teniendo en cuenta a los otros clientes y a Linzi, intentaría elaborar una historia en la que todos pudieran coincidir. Lo que iba a hacer estaba mal, era rastrero y cobarde, pero podría ser la llave que me abriese la puerta a la que llevaba intentando acceder durante años.

Tan pronto como terminé mi turno, me marché y fui directo a un restaurante italiano cercano donde a veces pedía comida para llevar, estaba demasiado inquieto como para ponerme cocinar y cenar algo ya hecho me ahorraría tiempo. Saludé a los camareros como de costumbre, todos los del gremio nos conocíamos, y rápidamente me

trajeron mi pedido. Me despedí y me dirigí a mi palacio, la habitación de cinco metros cuadrados donde vivía. Llegué al portal y entré en el vestíbulo, me aseguré de que la puerta quedaba completamente cerrada y cogí el ascensor. Subí hasta mi planta y me dirigí hacia mi puerta, saqué las llaves y la abrí. La bolsa con la cena se desplomó en el suelo tan pronto como la puerta dejó al descubierto mi habitación, yo me quedé petrificado.

Las lámparas del pasillo arrojaban su luz al interior de la estancia dándole un aire siniestro a una escena en la que mi sombra permanecía inmóvil en el centro y se unía a la de los objetos, que aparecían diseminados por todo el suelo. Alguien había entrado en mi ausencia y registró el cuarto a conciencia, no habían dejado un rincón sin inspeccionar. Desconcertado ante la imagen de mi habitación destrozada me quedé quieto, confundido porque no entendía qué podrían querer robarme a mí, que solo me faltaba atracar al camión de la basura. No tenía nada de valor, porque si lo hubiera tenido lo hubiese vendido para que los investigadores hubiesen indagado más. Estando allí de pie una idea cruzó mi cabeza y desató una descarga de adrenalina en mi interior, desconocía si el mamarracho que entró cuando yo estaba trabajando aún estaba allí dentro escondido en algún lugar. Entonces todo sucedió muy deprisa, mientras yo permanecía en ese estado de *shock* en el que me encontraba escuché un leve crujido detrás de mí y antes de que pudiera dame la vuelta sentí un dolor punzante muy fuerte en la cabeza y debí perder el conocimiento.

No sé cuánto tiempo después abrí los ojos, parecía que me iba a estallar la cabeza del dolor y una tela negra no me dejaba ver bien dónde estaba, cada vez que respiraba notaba cómo el material entraba y salía de los orificios de mi nariz. Me encontraba sentado, con ambas manos atadas a mi espalda por detrás del respaldo, mis piernas también estaban sujetas a algo y no podía moverlas. Después de intentar liberarme repetidas veces, terminé por darme por vencido e intenté descansar para intentarlo de nuevo. A través de aquella capucha de tela que me habían puesto era capaz de distinguir la silueta de unos arcos que iban de un lado al otro de la sala y tres luces al fondo de un color amarillento templado. Cuando me esforzaba por zafarme de mis ataduras una vez más, escuché a lo lejos el chirrido de unas bisagras y a continuación el sonido de pisadas que se acercaban lentamente hacia mí. Eran más de una persona y poco a poco se aproximaron hasta llegar a mi altura, la habitación donde me encontraba debía ser enorme y aunque mi corazón pulsaba a toda velocidad yo me quedé quieto.

—¿Qué habéis averiguado de él? —preguntó una voz de hombre que llegaba por mi derecha.

—No mucho, es un pobre diablo que vino de la zona norte de España hace algo más de dos años —respondió otro hombre de voz más joven a mi espalda—. Se crio en un orfanato en Madrid y desde entonces has estado dando tumbos por la vida —añadió.

—¿Eso es todo? —preguntó la voz más grave otra vez frente de mí.

—Vive en una habitación de cinco metros cuadrados y trabaja a tiempo completo en una cafetería a unos trescientos metros de su alojamiento —respondió dando a entender que eso era todo.

—¿Te estás riendo de mí? —dijo el hombre mayor.

—No, ¿qué te hace pensar eso? —respondió el joven.

—¿Quieres que me crea que este individuo es tan solo un desamparado más después de lo que ocurrió? —preguntó antes de seguir—. ¿Cuántas carreras has hecho tú, a cuántas instituciones privadas has beneficiado con tu conocimiento?

—Tengo tres carreras y a muchas, señor —contestó la voz joven.

—¿Y en todo ese tiempo en el que formaste, tuviste alguna idea de nuestra existencia? —preguntó.

—Ni la más remota —respondió.

—Entonces ¿cómo explicas que este chico, este pobre diablo, como le has llamado, sin pasar por universidades ni colegios de pago sepa más que tú de nosotros? —preguntó.

—Estamos investigándolo, no está claro todavía —respondió.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el hombre mayor.

—Estaba en una cafetería repasando las notas que me llevé de la biblioteca y el chico vio un diagrama del casco y simplemente dijo su nombre —dijo una voz de chica que me sonaba familiar y que me pilló por sorpresa escuchar al no haber intuido su presencia.

—¿Estás segura de que lo reconoció? —preguntó la voz profunda.

—Totalmente —respondió ella.

—Muy bien, quitadle la capucha —ordenó.

Entonces alguien me libró de lo que me cubría la cabeza e inmediatamente pude ver dónde estaba. Enfrente tenía a un hombre de unos cincuenta años con traje y corbata que me observaba con detenimiento, a mi izquierda estaba la chica de la cafetería y a mi derecha uno chico, muy delgado, de unos treinta y cinco años, también con traje y corbata, sujetaba en la mano la capucha que me habían puesto. Estábamos en una sala inmensa con un techo abovedado que se elevaba a muchos metros de altura y con dos hileras de arcos de medio punto de gran tamaño a los lados. En el interior de cada uno de esos arcos había construidas unas estanterías gigantes totalmente cubiertas de libros. Del techo colgaban cuatro enormes

lámparas con innumerables luces y bajo ellas había varias zonas de reunión con sofás y sillones. Aquel lugar era maravilloso.

—Bienvenido, señor Holste, perdone que no me presente, pero resulta que el asunto es urgente y me puede la curiosidad —dijo amablemente el hombre que tenía enfrente, parecía el jefe de los tres —. ¿Qué sabe usted del casco de Godofredo? —preguntó.

Yo mantuve la mirada y le contesté.

—Nada.

—No me lo ponga difícil, señor Holste, es evidente que lo conoce —dijo todavía con cierta amabilidad.

—La verdad es que no sé nada, creo que lo vi una vez en un libro —contesté mientras empezaba a pensar si me encontraba en el bando de los buenos o en el de los malos.

—No hay ilustraciones de ese casco en los libros, señor Holste, no juegue conmigo —contestó serio.

Yo me quedé en silencio, su cara me dejó claro que no era una persona que se anduviera con rodeos.

—Tengo que decirle que hasta ahora nunca habíamos hecho un prisionero de su calaña, me pregunto qué pensarán Gritze y Plekth de esto —dijo frotándose la barbilla.

—¿Están aquí? —pregunté intentando soltarme.

—Aquí el que hace las preguntas soy yo, señor Holste —dijo serio —. —Céntrese en contestar mi pregunta o nos veremos obligados a dejar a un lado las formalidades —añadió—. ¿Qué sabe del casco? — me preguntó haciendo pausas entre cada palabra que pronunció mientras su cara comenzaba a endurecerse más y más.

Yo me mantuve en silencio desafiante. En aquel momento el chico de mi derecha habló.

—Posiblemente usted esté pensando que permanecer callado le beneficia, pero la verdad es que solo empeora la situación. Tenemos la certeza de que tiene conocimiento de algo que nos interesa y a no ser que hable posiblemente las cosas no acaben como usted piensa.

—No sé qué clase de mosca les ha picado a ustedes, pero déjenme en paz —dije antes de continuar—. Yo solo soy un trabajador con cierta predilección por la historia y, aunque no estoy completamente seguro, creo recordar que fue en un congreso de cultura hebrea donde alguien mencionó algo durante uno de los recesos. Y añadí—: Alguien había dibujado un boceto de ese casco y yo me quedé intrigado con él.

—Tonterías, no me haga perder la paciencia —dijo en hombre mayor.

—¿Me permiten que hable con él a solas? —dijo la chica de la cafetería con voz firme, pero de alguna manera reconfortante para mí.

—Es una pérdida de tiempo, creo que cantará como un ruiseñor utilizando otros métodos —dijo el más mayor antes de reír.

—Por favor, déjenme hablar con él —dijo la chica.

—Tienes diez minutos, lo que voy a tardar en localizar a los chicos —dijo antes de sonreírme y hacerle un gesto al que estaba a mi lado.

El chico no contestó y esperó a que el otro pasara, después le siguió. La chica no se movió hasta que los dos desaparecieron y entonces se arrodilló frente a mí.

—Sé que no eres una mala persona y no tengo la menor idea de por qué conoces el casco, pero esta gente no se anda con rodeos y harán lo que haga falta para que hables —dijo antes de seguir—. Lo que haga falta, ¿entiendes lo que eso significa?

Yo asentí con la cabeza, pero no hablé, lo cierto es que no estaba asustado a pesar de la situación, creo que el hecho de que ya había muerto era el responsable.

—¿No vas a decir nada? En unos minutos volverán y no tendrás más tiempo —dijo angustiada.

—Hablaré, pero no contigo ni con esos dos imbéciles —dije serio antes de continuar—. Estoy al corriente de cada detalle de ese casco y también conozco el origen y uno por uno los nombres de los grabados que hay en el bastón —continué.

La chica se quedó en *shock*, totalmente paralizada. Después de un largo silencio, intentó articular algo.

—¿Cómo puedes…? ¿Quién? Es imposible…

En ese momento irrumpieron en la sala un grupo de personas, imaginé que los dos que habían estado antes con los refuerzos. Cuando llegaron a nuestra altura la chica aún estaba arrodillada con la mirada perdida en mí.

—¿Qué haces ahí?, levántate ahora mismo —dijo el hombre mayor que ya conocía.

La chica hizo como que no le escuchó y continuó ensimismada mirándome.

—¿No me oyes? —dijo en voz alta el hombre.

En ese momento la chica le miró durante unos segundos y se levantó.

—Este chico solo hablará con Jacob, lo que él conoce únicamente debe ser compartido entre ellos dos —dijo sería.

—¿De qué estás hablando? —preguntó sorprendido.

—Este chico no es quien parece ser, debemos llevarle cuanto antes

ante él —dijo como si estuviera aún pensando en lo que le había dicho.

—¿Estás segura? —preguntó el hombre, que ya no parecía tan soberbio.

—Totalmente, desatadle —ordenó.

Alguien me liberó de las cuerdas que me tenían preso y yo me quedé sentado.

—Levántate, por favor, te llevaré ante quien deseas ver —dijo la chica amablemente.

—Esa decisión debería tomarla yo —se quejó el hombre levantando la voz.

—Esto está muy por encima de ti, créeme que no es el momento de hacer alarde de tu posición delante de los chicos —dijo antes de añadir—: Te arrepentirías profundamente.

El hombre se desinfló como un globo y su cuerpo se relajó.

—Espero que sepas lo que haces, quizás seas tú la que se arrepienta —dijo con cierto rencor después de haberle hecho recular delante de sus muchachos.

—Estoy segura de ello —contestó la chica—. Señor Holste, alguien le espera —dijo con una sonrisa.

Yo me levanté, miré al grupo de hombres que me miraba fijamente y la acompañé a través de aquella mágica sala. Bajo el último de los arcos había una puerta rodeada de estanterías llenas de libros, ella la abrió y ambos subimos por unas escaleras de caracol muy estrechas. Al llegar a la parte de arriba, nos encontramos en una especie de vestíbulo en el que había dos ascensores, la habitación era toda de piedra, igual que la biblioteca, y al fondo había otra puerta. La chica presionó un botón y el ascensor se abrió inmediatamente. Ambos entramos y ella presionó el número dieciocho antes de que las puertas se cerrarán y comenzásemos a subir.

No cruzamos una sola palabra en todo el trayecto, aquella chica parecía fuera de sí. Lo que le dije debió explotar en su interior y parecía incapaz de poder asimilarlo. Llegamos al piso que la chica había marcado y el ascensor se detuvo, a continuación las puertas se abrieron a un corredor inundado por la luz. Ella salió delante y fue hacia la derecha, yo la seguí hasta que llegamos a la única puerta que había en esa planta. Una vez allí, me esperó y cuando estaba junto a ella golpeó la madera tres veces. Después esperó unos segundos y abrió la puerta antes de pedirme que me quedase donde estaba, yo le hice caso y ella entró en la habitación.

El destino me había llevado en un suspiro al centro de un huracán del que no sabía si podría salir victorioso. No me había dado tiempo a reflexionar sobre lo que había ocurrido en las últimas horas, pero en un abrir y cerrar de ojos había pasado de estar sirviendo cafés con bollos a encontrarme frente al líder de una organización secreta. Si había caído en el lado incorrecto me las iba a ver con Gritze, o con Plekth, o tal vez con los dos a la vez, y tendría que matarles por lo que nos hicieron, pero si por el contrario estaba en el lado de los de Blake desconocía la identidad de quién esperaba al otro lado después de la muerte Richard y los problemas internos que se vivieron durante su mandato. Sin tiempo para más disertaciones, escuché la voz de la chica, que me pidió que pasara, yo respiré hondo y entré. Era una habitación gigantesca donde no había paredes, solo un enorme ventanal desde donde se podía ver todo Londres, en el centro una mesa de despacho. La chica estaba de pie junto a una sillón de piel que se encontraba dada la vuelta mirando hacia la ciudad, me acerqué a una distancia prudencial y me detuve. El mecanismo de la puerta tardó unos segundos en cerrarse y tan pronto como lo hizo ella me habló.

—¿Qué sabes del casco? —preguntó seria sabiendo que se la había jugado trayéndome hasta allí.

—Está hecho de una aleación extraña de color muy oscuro, en la parte anterior tiene, en el centro, una cruz tau hecha con jaspe, y las iniciales GSO en la parte posterior —dije como si lo tuviera en mis manos.

La chica estaba totalmente desencajada, era como si de repente el juguete inverosímil que siempre había soñado tener se hubiera hecho realidad, existía y no solo en su imaginación. La mano sobre el reposabrazos del sillón levantó un dedo y la chica reaccionó.

—¿Qué hay del bastón, qué sabes de él? —me preguntó igual de seria.

—Está hecho de una madera oscura, seguramente ébano. Tiene labrado un enmarañado de hojas de enredadera que van desde la punta a la empuñadura. En ciertas hojas tiene grabadas iniciales en arameo de las personas que custodiaron el casco de Godofredo a lo largo de los siglos —dije seguro.

La chica no contestó, se limitó a guardar silencio hasta que una vez más la mano le dio una indicación levantándose por completo. Ella agachó la cabeza y se marchó de la habitación cerrando la puerta tras ella. Yo no podía apartar los ojos de aquella mano que rítmicamente golpeaba con sus dedos la piel del sillón mientras aquel hombre tomaba una decisión. De repente, la mano se detuvo y el sillón se giró hasta revelar a la persona más importante de aquella organización.

Mis ojos temblaron al ver al hombre que se hallaba frente a mí, porque en aquella increíble aventura en la que en tan solo unas horas todo había dado un vuelco de ciento ochenta grados, acababa de encontrar a mi hermano Max.

CAPÍTULO XXXI

Maximilian Rivalcielli me estudiaba en silencio intentando comprender de dónde había salido aquel joven, parecía que la idea de que alguien tan desconocido para su clan pudiese albergar tanta información de algo tan íntimo le inquietaba. Yo, por mi parte, no podía estar más alegre, conteniendo mis emociones, pero desbordado por el descubrimiento. Mi hermano estaba vivo y era cierto que había desaparecido, pero porque así lo quiso él. Otro asunto muy diferente era por qué y cómo había llegado hasta la planta dieciocho de aquel edificio, pero esas preguntas en aquel momento, quedaron a un lado.

—¿Cómo se llama? —me preguntó rompiendo el silencio mientras seguía estudiándome.

—David Hostle —respondí.

—Curioso, ¿tiene usted algún antepasado ingeniero de aviación? —me preguntó.

—No lo sé, es algo a lo que no le he dedicado el tiempo necesario —contesté.

—¿No sabe de los miembros de su familia, pero conoce con exactitud detalles de ciertas reliquias que han sido ocultadas al mundo durante siglos?, ¿no le parece sorprendente? —dijo sin que su cara cambiase lo más mínimo—. Es difícil de explicar, ¿no le parece? —añadió.

—Cierto, no tengo una explicación para ello —contesté—. Lo único que le puedo decir es que mi vida ha sido un poco complicada, más de lo que yo esperaba, y esto es lo que soy —añadí—. Para bien o para mal —terminé.

—Entiendo —dijo antes de seguir—. Me interesa mucho saber cómo tuvo usted la oportunidad de ver el casco, especialmente porque siempre ha estado en nuestro poder bajo unas estrictas normas de seguridad.

Todo apuntaba a que Max quería saber si alguien me había facilitado esa información o si había tenido acceso a documentos prohibidos, posiblemente quería descartar la posibilidad de un topo entre los suyos.

—Digamos que Richard Blake fue un buen amigo mío, él solía salir a pasear con su bastón con toda naturalidad casi todos los días —dije.

Mi hermano intentaba indagar en mí dando por hecho que él sabía más que yo de aquella organización, pero lo cierto es que no tendría problema en sorprenderle y hacerle cambiar de parecer. Durante aquella conversación que Víctor organizó con Richard Blake, él me dijo cosas que con toda seguridad Max desconocía y ahora pretendía hacerme creer que estaban en posesión del casco.

—Blake fue un hombre excepcional digno de su puesto, pero me resulta difícil encontrar la conexión entre vosotros dos —respondió.

Era hora de empezar a idear una historia antes de que me acorralase y no tuviese escapatoria. Me moría de ganas por decirle quién era, darle un abrazo y quitarle aquella tristeza que habitaba tras sus ojos, pero lo más seguro es que me mandaría encerrar en la celda más oscura y profunda del psiquiátrico, ¿quién se iba a creer mi historia?

—Nos conocimos por una persona en común, Lucía Rivalcielli —contesté.

El semblante de su cara se descompuso al instante y la corbata comenzó a apretarle.

—¿Qué tiene esa mujer en común con Blake y usted? —preguntó con curiosidad.

—Fue la persona que nos salvó la vida —contesté pensando en que si investigaba podría llegar a aquel día del Royal College of Surgeons.

—Entiendo —dijo antes de volverme a preguntar—. ¿Fue entonces cuando se conocieron Blake y usted?

—Sí, esperando a ver a la doctora Rivalcielli —dije mientras caí en la cuenta del gran error que había cometido.

—Entonces…, no me será difícil comparar sus citas con las del señor Blake —dijo antes de añadir algo más—. Seguro que tuvieron que coincidir en más de una.

—Por supuesto, de hecho, coincidimos en unas cuantas —dije ocultando la decepción que sentí al caer en la cuenta del error que acababa de cometer.

Ahora que me había cazado, tenía que contratacar.

—Y usted, ¿por qué dejó la psicología y a sus amigos aún preguntándose por su repentina desaparición? —Jaque al rey.

—Desconozco cuáles son sus fuentes, pero tengo que admitir que son buenas. Quizás, si esto va bien, podría ponernos en contacto para que trabajen para mí —dijo intentando asimilar el golpe.

—Tal vez —dije.

—Me temo, señor Holste, que usted no está en disposición de preguntar nada porque, desafortunadamente, en esta batalla jugamos en campos diferentes y yo no estoy aquí para responder, pero usted sí —dijo antes de seguir—. Entonces se conocieron en el hospital durante el tratamiento de sus enfermedades y ustedes dos pasaron de compartir la sala de espera de un hospital a que Richard Blake le mostrara algo tan especial y secreto como el casco de Godofredo. ¿Qué fue exactamente lo que pasó? ¿Cómo pudo evolucionar esa amistad hasta tal punto? —preguntó.

Yo no respondí inmediatamente porque no sabía que decir, tenía que pensar en algo convincente cuanto antes y, si era posible, que no dejase puertas abiertas que después pudiese usar contra mí. Además, como había dicho anteriormente, en una lucha cuerpo a cuerpo yo no sería rival para él porque él tenía el poder y yo simplemente estaba a su merced.

—Nunca vi el casco, solo escuché hablar de él —dije pensando que aquello reduciría la tensión y me hacía dar un paso atrás.

—¿Es eso cierto? —preguntó inmediatamente—. ¿Entonces nunca llegó a tenerlo entre sus manos? —añadió en un tono que dejaba ver cierto alivio.

—No, nunca —dije antes de añadir—: Richard Blake dijo que tenía planes para mí, pero nunca llegó a decirme cuáles eran.

—¿Le habló de los sectatores? —preguntó.

—No, no sé quiénes son —respondí—. Él me habló de una época de luchas internas e inestabilidad que le habían debilitado, me dijo que estaba en una encrucijada, pero nada más.

—¿Por qué perdió el contacto con Richard Blake? —preguntó de nuevo.

—Nunca supe qué fue lo que ocurrió, él tenía la intención de nominarme para trabajar a su lado en algo, pero esperé su llamada durante años hasta que un día decidí que posiblemente ya no entraba en sus planes —contesté—. Simplemente desapareció —añadí.

—Entiendo —dijo.

—¿Por qué ha mencionado la psicología? ¿Me conoce? —preguntó.

—Si no era usted, debía ser su hermano gemelo el que aparecía en una publicación que leí sobre la evolución de la psicología —contesté.

—Es usted una persona muy observadora, señor Holste —dijo—. E

inteligente —añadió—. Tengo asuntos pendientes en este momento que requieren mi atención, pero me gustaría hablar con usted más tarde —dijo mientras sujetaba una pluma estilográfica con ambas manos.

—¿Me van a soltar? —pregunté intentando disimular que estaba feliz de estar allí—. Me han traído hasta aquí en contra de mi voluntad —añadí.

—Acepte mis disculpas por lo ocurrido, usted es nuestro invitado y está es su casa —dijo amablemente—. Alguien vendrá para llevarle a comer algo, si así lo desea, después le acompañará a un lugar donde pueda descansar hasta que nos reunamos de nuevo más tarde. Lamento por lo que ha tenido que pasar —dijo antes de colocar con cuidado la pluma sobre la mesa.

Yo no le contesté y al momento un chico vino y me pidió que fuera con él. Salimos del despacho y bajamos en el ascensor hasta la segunda planta, donde había un restaurante muy elegante, el chico me dijo que pidiese lo que me apeteciese y que no me preocupase porque todo era gratis. Yo me senté y pedí un desayuno, no tenía hambre, pero no quería ser descortés. El chico me dijo que en el primer piso había áreas de lectura y descanso por si me apetecía ir después, también me colocó un localizador en la muñeca y me dijo que la razón de aquel artilugio era que necesitaría saber dónde me encontraba cuando se fuera a producir la segunda reunión. Nada más terminar de ajustarme la banda se despidió y se marchó, yo comí algo y después bajé al primer piso, no tenía ganas de leer, pero sí de investigar cómo funcionaba aquel edifico. Me hubiera encantado bajar a la biblioteca del subsuelo donde me llevaron encapuchado, pero todos los pisos inferiores al vestíbulo eran de acceso restringido y únicamente tecleando el código en el ascensor se podía descender hasta ellos. También llevaba la pulsera y si podían estar rastreándome en todo momento tenía la certeza de que no permitirían que me colase en ninguno de ellos. La sala de lectura era bastante acogedora, con luces templadas y sillones orejeros de respaldo alto para disfrutar de la lectura. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y revistas científicas. Después de andar por la sala curioseando crucé el pasillo y entré en la zona de descanso. Allí, una música ambiental relajante y las luces a baja intensidad se mezclaban con el sonido de una cascada de pared de varios metros para dar la bienvenida a todo el que necesitase su ayuda. A la izquierda había un mostrador y una chica sonriente vestida con un uniforme blanco me habló nada más verme.

—Buenos días, señor, ¿ha venido a darse un masaje? —dijo amablemente.

—No, muchas gracias —dije sonriendo—. Solo estoy de visita —añadí.

—Como usted quiera, si necesita cualquier cosa estaré aquí —dijo antes de sonreírme y volver a su ordenador.

Me gustaba aquel lugar, en todo el edificio se respiraba una atmósfera de conocimiento y tranquilidad inigualable, dejando atrás la sala donde llevaban a los encapuchados para interrogarles y amenazarles de muerte si no confesaban. Después de pasear un poco por las instalaciones regresé a la zona de lectura y me senté en un sillón para ver a la gente de la calle pasar mientras esperaba. Estaba contento porque ver a mi hermano otra vez había sido la mejor noticia que había tenido desde que regresé a ese mundo en el que mi misión principal aún era encontrar a Lucía y asegurarme de que estaría a salvo el resto de sus días. Estuve allí sentado cerca de una hora hasta que el chico que me había colocado el localizador vino para llevarme a esa segunda reunión.

—Señor Holste, por favor, acompáñeme —dijo alejándome de mis pensamientos.

—Por supuesto —contesté.

Me levanté y le seguí sin decir una palabra, subimos al piso dieciocho y entramos en el despacho de Max. Este no estaba sentado en su escritorio, se había movido a unos sillones que había en la sala donde me imaginé que mantenía reuniones más informales.

—David —dijo al verme—. Siéntese aquí con nosotros —añadió.

Yo no la había visto, pero la chica de la cafetería, la que me había salvado de los salvajes de la biblioteca de los horrores, estaba sentada con él. El que venía conmigo nos dejó y yo me senté en un sillón, la chica estaba en el sofá y Max en el otro sillón.

—¿Qué tal? ¿Ha disfrutado de las instalaciones? —dijo Max.

—La verdad es que ustedes sí saben cómo hacer las cosas —dije sonriendo.

—Si las haces, hazlas bien —contestó riendo—. Bueno, hablemos de por qué estás aquí —dijo Max antes de seguir—. Richard Blake fue una persona extraordinaria de la que aprendí innumerables cosas hasta que tristemente falleció. Con su marcha no solo perdimos a nuestro maestre, también perdimos a un amigo y el ejemplo que todos seguíamos con devoción. Él es la razón por la que hoy estoy en la planta más alta de este edificio intentando continuar con su legado, y por él me esfuerzo para que miremos al futuro con descaro a pesar de las adversidades. En mi opinión, el hecho de que Richard Blake tuviese la confianza de hablarte del casco de Godofredo es prueba suficiente de que podemos confiar en ti. No voy a entrar en averiguar

los motivos o las razones por las que él decidió hacerlo, simplemente no lo necesito y creo que deberías pertenecer a esta gran familia, como él quiso.

Yo sonreí.

—No es una decisión fácil, porque deberás renunciar a tu vida anterior.

Yo le miré extrañado.

—Sí, quizás fue algo que Richard no tuvo tiempo de explicarte. Por eso necesitamos que lo pienses detenidamente antes de tomar una decisión. Aquí todos somos hermanos disfrutando del día de hoy y avanzando hacia un mismo futuro, hacia una nueva sociedad alejada de los principios y la mediocridad de este mundo.

—¿A qué te refieres con renunciar a mi vida anterior? —pregunté.

—Antes de aceptar debes olvidarte de tu pasado, tu familia, tu nombre y tus recuerdos se quedarán atrás. Quizás escondidos en algún lugar dentro de ti, pero nunca más podrás recurrir a ellos —dijo mirándome a los ojos.

—Eso es prácticamente imposible, no puedo desaparecer de las fotografías familiares, tú no pudiste y por eso te reconocí en ese artículo donde aparecías —respondí.

—Una vez fui Maximilian Rivalcielli, pero esa persona y su vida ya no existen, ni en este presente ni en el futuro. —Y siguió—. Deberás adoptar un nuevo nombre y nosotros te proporcionaremos el resto.

—¿Si decido unirme a vosotros me convertiré en un sectator? —pregunté.

—Sí —contestó mi hermano—. Jurarás lealtad tanto a tus hermanos como a los pilares que nos sostienen, desde ahora y para el resto de tus días —añadió.

Todo comenzaba a tomar sentido, mi hermano conoció a Richard la noche de mi muerte cuando, por casualidad, le encontró en aquella mazmorra bajo las ruinas de una casa de campo. Después debieron encontrarse de nuevo y, conociendo a Blake, lo tendría todo pensando. Le puso al cargo después de que las aguas volvieran a su cauce asegurando la continuidad de la hermandad. Mi hermano Maximilian Rivalcielli desapareció de la faz de la tierra dejando atrás su carrera, amigos y colegas para tomar una responsabilidad con el pasado, el presente y el futuro de la historia. Por eso los investigadores no habían conseguido encontrar una sola pista de su paradero y la mansión esperaba a alguien que se hiciera cargo de ella. Con un poco de suerte, quizás ellos, con los medios de que disponían, podrían ayudarme a encontrar a Lucía.

—Entiendo —dije.

Tenía la sensación de que Max no me estaba invitando a formar parte de los suyos solo por la historia que me inventé de Richard Blake, creo que lo hacía por miedo a que alguien desvinculado a ellos conociese al detalle sus secretos.

—Si acepto, ¿qué pasará con mis pertenencias? ¿Con cosas de la habitación donde vivía? —pregunté.

—Tendrás acceso a ellas en menos de una hora, estarán en tu nueva casa —contestó.

—¿Mi nueva casa? —pregunté sorprendido.

—Sí, una nueva residencia y una vida nueva, no tendrás que preocuparte más por el dinero. Tu misión será enriquecer los conocimientos de la hermandad e investigar para ella —dijo.

Aquellas palabras eran música para mis oídos, eran un sueño hecho realidad. Sin tener que preocuparme por ganarme un sueldo con el que vivir y todo el tiempo del mundo para investigar y buscar a Lucía, estaba seguro de que lo conseguiría.

—¿Qué hay de las plantas del subsuelo? ¿Tendré acceso a ellas? —pregunté.

—Me temo que la respuesta es no —contestó antes de darme una explicación—. Necesitarás crecer dentro de nuestra familia antes de que te sea dado ese privilegio, solo unos cuantos tienen el talento necesario para acceder a ellas…, y aún nadie se ha ganado el derecho a visitarlas todas.

Yo miré a la chica de la cafetería, todavía no sabía muy bien cuál era su función en aquella reunión. No se había portado mal conmigo después de salvarme de los matones del piso inferior, aunque seguramente lo hizo pensando más en mí como objeto de valor que como una persona en apuros.

—Si aceptas, ella será tu madrina, la que recomendará tu ingreso y te guiará para que conozcas al detalle cómo funciona esta máquina humana —concluyó.

Yo me mantuve en silencio durante un tiempo, quería que pensasen que lo estaba meditando cuando la verdad era que estaba deseando ser uno de ellos. Ambos me miraban fijamente a la cara y yo les devolvía la mirada aparentando estar lejos de allí envuelto en mis pensamientos hasta que después de un tiempo hablé.

—De acuerdo, seré uno de vosotros —dije.

—Esa ha sido una sabia decisión, amigo mío —dijo mi hermano con una sonrisa—. Mi nombre es Jacob —añadió.

—El mío es Holly —dijo la chica de la cafetería justo después.

—Me imagino que tendrás que pensar en tu nuevo nombre —me preguntó Jacob.

—No, ya lo conozco —dije mientras en sus caras se dibujaba sorpresa.

Hasta entonces no lo había pensado, pero no tenía la menor duda de cuál sería. Elegí su nombre por muchas razones, pero sobre todo porque me tendió la mano cuando más perdido estaba y por lo que hizo para que tuviese la oportunidad que él nunca tuvo. También lo hice por la entereza con la que afrontaba la ardua tarea que le fue encomendada a pesar de todo y la nobleza de su mujer y de su hijo, que se enfrentaron a la eternidad sabiendo que nunca estarían con él… Para mí sería un honor ser llevar su nombre.

—Mi nombre es Víctor.

CAPÍTULO XXXII

La ceremonia de aceptación se produjo dos días después de mi encuentro con Jacob y Holly. Mi madrina resultó ser un miembro muy apreciado en la comunidad y aquel día recibí el cariño que mis nuevos hermanos le profesaban, incluso el hombre que quiso darme una paliza con sus matones me dio la bienvenida y un abrazo, yo estaba preparado para sacudirle un puñetazo cuando se acercó entre un grupo de miembros, pero al verle abrir sus brazos con una inmensa sonrisa en su cara tuve que cambiar de plan y decidí que tendría que esperar a otra ocasión para decirle lo que pensaba de él. Jacob también se acercó y me estrechó la mano, no había duda de que estaba contento por la decisión que había tomado porque de su rostro se desprendía una expresión de satisfacción que lo decía todo y la verdad era que ambos ganábamos con aquella alianza. Yo ya había trazado un programa para mi futuro inmediato y tenía muy claro hacia dónde se dirigirían mis esfuerzos. Ahora seguiría a Holly donde ella quisiera llevarme y aprendería todo sobre la hermandad y cuando me asentase entre ellos, utilizaría sus influencias para encontrar a Lucía.

Mi nueva residencia en Londres era un apartamento de dos habitaciones en el centro, era bonito y con espacio suficiente para una familia entera. No tardé en instalarme y me adapté rápidamente al nuevo vecindario. Todos los meses recibía una suma de dinero nada despreciable que, sin tener que afrontar los gastos por el alquiler, resultaba, desde mi punto de vista, incluso excesiva.

Los primeros meses en mi nuevo trabajo pasaron rápidamente, todos los días hacíamos algo diferente y había cosas nuevas que aprender constantemente. Holly fue buena profesora, me explicaba todo con mucha tranquilidad y contestaba a mis dudas, por enrevesadas que fueran mis preguntas. Desde el principio hubo una conexión especial entre nosotros que creció rápidamente hasta hacernos casi inseparables. El acceso a los pisos subterráneos era

harina de otro costal, prácticamente nadie bajaba a esos niveles y aquel secretismo poco a poco se fue convirtiendo en otra obsesión. Ni Jacob tenía el poder suficiente para entrar en todos. ¿Qué podían ocultar allí? Era ridículo.

Cuando mi periodo de aprendizaje terminó y Holly comenzó a darme más espacio para que yo me fuera desenvolviendo solo, empezó la segunda fase de mi plan. Empecé a hablar más a menudo con otros miembros hasta que encontré a uno que trabajaba en la policía secreta, me aseguré de que nos encontrásemos fortuitamente en varias ocasiones hasta que nos hicimos amigos, su nombre era Martin. Un día, tomando un café en el restaurante, intenté indagar y después de hablar de cosas triviales me lancé directo.

—Martin, estoy investigando un suceso que ocurrió años atrás y con el que estamos relacionados, pero no me cuadra nada de lo he averiguado hasta el momento —dije antes de continuar—. Jacob me encargó la tarea de investigar para la hermandad y he llegado a un punto en el que estoy completamente bloqueado, tal vez tú podrías ayudarme.

—¿De qué se trata? —me preguntó interesado.

—No estoy seguro al cien por cien, pero parece que Richard Blake sacó el casco de la cámara durante las revueltas que Gritze y Plekth promovieron y acabaron por dividir a la sociedad —dije.

—Sí, la verdad es que fueron tiempos difíciles para todos los sectatores —contestó.

—He ido tirando del hilo poco a poco hasta que me he dado de bruces con un suceso que fue portada en varios periódicos regionales, lo que ocurrió me tiene muy intrigado —dije.

—La mansión Rivalcielli —contestó.

—Sí, ¿lo sabías? —dije pretendiendo estar sorprendido.

—Los miembros estamos al corriente de lo que ocurrió en aquella casa —contestó antes de seguir—. Gritze y Plekth conspiraron en la sombra para hacerse con el yelmo de Godofredo, se aprovecharon del respeto que su rango les otorgaba entre los sectatores y al amparo de su supuesta devoción planearon lentamente cómo apuñalarnos por la espalda sin que nadie sospechara de ellos. Siguiendo las instrucciones de Gritze y Plekth, Omar también nos traicionó a todos por dinero y secuestró a nuestro gran maestre junto con la ayuda de unos indeseables, aquella noche perdieron la vida un policía y Marco Rivalcielli.

Yo tragué saliva, escuchar mi nombre encallado en el pasado no fue fácil.

—La esposa del señor Rivalcielli estuvo en el hospital durante

semanas hasta que se recuperó de sus heridas —dijo para terminar.

Lucía…

—Exactamente, pero… había otro policía, la compañera del detective que falleció. ¿Ha intentado alguien hablar con ella de lo que ocurrió? —pregunté.

—También estuvo ingresada en el mismo hospital que la señora Rivalcielli —respondió—. Pero salió mucho antes que Lucía —añadió.

—¿Habló alguien con ella? —volví a preguntar impaciente.

—No tengo constancia de que nadie se entrevistase con ella —contestó mirándome a los ojos.

—¿Por qué? —pregunté molesto.

Martin miró hacia otro lado, como si lo que estaba a punto de decirme le avergonzara.

—Porque tras aquella noche se cree que nunca recuperamos el casco de Godofredo y nuestros esfuerzos se centraron únicamente en encontrarlo. Nos cegamos. Después de lo ocurrido, esa detective se dedicó exclusivamente a perseguir a Omar junto a Lucía Rivalcielli.

—Y ustedes, ¿por qué no se unieron a ellas? —pregunté ansioso.

—Porque Omar era un objetivo secundario, el yelmo era nuestra prioridad —contestó.

—Entiendo… —dije pensativo.

—¿Y Lucía Rivalcielli? ¿Alguien se ha puesto en contacto con ella? —le pregunté.

Él comenzó a negar con la cabeza.

—Era secundario —dijo.

—¿Quizás ella conoce qué le ocurrió al casco? —pregunté—. Junto a la inspectora, ella es la única persona que sobrevivió a aquella noche —añadí.

—Olvídalo, Víctor, el camino que estás siguiendo no te va a llevar a ningún sitio —respondió seguro—. Quizás haya cosas que nosotros desconocemos, pero otros conocen, y por esa razón no se ha hecho ningún avance en esa dirección —añadió.

—No lo entiendo —respondí enfadado.

—A veces hay que dejar pasar algunas cosas, dejarlas estar y mirar hacia delante —respondió.

—No puedo —contesté enfadado—. Estoy aquí para investigar, para buscar respuestas… —dije antes de añadir enfadado—: No para rendirme tan pronto como el camino se tuerza un poco.

—Mi consejo es que lo olvides, que lo dejes estar —dijo antes de seguir—. Hay una decena de cosas que Jacob estaría encantado de que

investigases y ninguna tiene que ver con lo que persigues. Lo mejor que puedes hacer es dejar a un lado aquella noche, él es muy sensible a todo lo relacionado con su hermano.

En ese momento me dieron ganas de llorar, mi pobre hermano.

—No puedo —dije.

—No vas a hacer muchos amigos por aquí con esa actitud, Víctor, piensa que esto es una familia y tú eres relativamente nuevo —contestó.

—Me da lo mismo —contesté levantándome.

—No digas que no te he avisado, si las cosas comienzan a complicarse no vengas a pedirme ayuda —dijo antes de dar un último sorbo a su café—. Estás solo —dijo después.

—Parece ser que siempre lo he estado —contesté antes de levantarme y marcharme.

Nadie quería investigar qué pasó realmente aquella noche y me parecía inaceptable. Entendía que Jacob evitase un tema tan complicado para él como era la muerte de su hermano, pero ¿no quería que los que nos hicieron aquello pagaran por ello? ¿Cómo podía estar tranquilo sin saber dónde estaba Lucía?

Aquel día me fui directamente a casa después de la inútil conversación con Martin, estaba enfadado y no quería tener que aparentar normalidad ante otros miembros cuando por dentro me devoraba el malestar. Cené las sobras que encontré en el frigorífico y me fui a la cama de mala gana. Horas más tarde, me levanté aún molesto sin haber podido dormir nada y me di una ducha de agua caliente que con un poco de suerte me ayudaría a relajarme. Mientras escuchaba el sonido del agua golpeándome en la cabeza y recordaba lo que había hablado con Martin comencé a pensar en decirle a mi hermano quién era realmente el que se escondía tras el cuerpo de aquel chico y que necesitaba su ayuda para encontrar a Lucía. Cuando pensaba sobre ello caí en la cuenta de algo, si Jacob no estaba buscando como loco a Lucía solo podía deberse a dos razones, o había cambiado tanto que ya no era la persona con la que yo crecí o él conocía su paradero y ella estaba a salvo.

Al día siguiente me levanté pronto con un nuevo plan, tendría que buscar la manera de ganarme la confianza de Jacob. Si me convertía en su mano derecha, seguramente no tendría reparo en compartir esa información conmigo, especialmente después de creerse que Blake fue mi amigo.

Con fuerzas renovadas llegué al edificio y fui directamente a la cafetería, había oído varias veces que a Jacob le gustaba desayunar allí antes de subir a su despacho. Cuando llegué, me sorprendió la

cantidad de miembros que había allí, parecía que habían organizado una reunión y nadie me había invitado. La gente hablaba y se reía llenando la habitación de un bullicio agradable. Algunos se sorprendieron de verme por allí tan pronto.

—¿Pero qué haces tú por aquí? ¿Estás enfermo? —dijo Gary, uno de los encargados del mantenimiento.

Yo reí y contesté:

—No, me ha traicionado el despertador.

Gary rio mientras yo seguí andando a través de la sala buscando con la mirada a Jacob.

—Pero qué sorpresa. ¿A qué se debe esta visita? —dijo con entusiasmo Emma, una de las recepcionistas del *spa*.

—La policía me obligó a desalojar la casa esta mañana —respondí sonriendo.

—Demasiadas fiestas para tus vecinos —dijo riendo.

—Exacto —respondí sonriendo.

Continué andando a través de la barra de la cafetería.

—No hay nada como un buen madrugón para empezar con fuerza el día —dijo Pastore, uno de los encargados de la biblioteca.

—Tienes toda la razón, aunque todavía soy de los que piensan que levantarse tan pronto debería ser ilegal —contesté.

Pastore rio y después me preguntó:

—¿Has desayunado? ¿Te pido un café?

—Todavía no, pero dame un momento y ahora vuelvo —respondí a la vez que continué caminando hasta el fondo sin encontrar a quien esperaba ver.

—Como quieras —dijo Pastore mientras me alejaba.

Llegué hasta el final de la sala y Jacob no estaba allí. Aquello rompió todos los esquemas y tiró por la borda mi plan, desilusionado, me senté en una de las mesas. No me había dado tiempo a pensar en qué iba a ser lo siguiente que haría cuando Pastore puso un café con leche y un donut frente a mí, sin decir nada se sentó enfrente y le dio un sorbo a su té. Después, sin dejar de mirarme a través de los gruesos cristales de sus gafas, me habló.

—¿Qué ocurre? Pareces contrariado —dijo antes de dar otro sorbo.

—La verdad es que no mucho —dije sin ganas de hablar con nadie.

—¿Habías quedado con alguna sectatore? —dijo riendo.

—No, ya me gustaría —dije antes de sonreír con desgana.

—¿Entonces? —me preguntó.

—Bueno, lo cierto es que llevo un tiempo trabajando en un asunto y esperaba ver a Jacob está mañana —dije antes de continuar—. Estoy en un punto muerto del que solo él puede sacarme y había escuchado que le gustaba venir pronto a desayunar. Cuando he visto que no estaba me ha fastidiado un poco, eso es todo —concluí.

—¿Qué día es hoy? —me preguntó Pastore.

—Jueves —respondí.

—Sí, ¿pero qué jueves? —insistió.

—Veintiocho —respondí.

—Exactamente, último jueves del mes —dijo.

—¿Y qué ocurre el último jueves del mes? —pregunté.

—Pues que Jacob se reúne con los peces gordos para tratar ciertos asuntos, hoy no vendrá. Seguramente ya esté en su despacho ultimando la junta —respondió.

—Entiendo —dije desanimado.

—¿Tan importante es lo que tienes que hablar con él? —me preguntó extrañado.

—Para mí sí —contesté.

—Bueno, pues tendrás que esperar a mañana —dijo antes de añadir —: No hay otra solución.

Los dos nos mantuvimos en silencio durante un tiempo, yo mirando mi café y pensando si podría soportar esperar durante otro interminable día y Pastore esperando a que dijese algo.

—No tengo otra opción —dije.

—Si quieres, acércate a la biblioteca más tarde y te enseño unos libros nuevos que llegaron ayer a última hora, te advierto que no tienen desperdicio —dijo intentando animarme.

—Vale, luego me paso —dije sin mostrar ninguna ilusión.

—Bueno, pues te dejo que desayunes tranquilo, dentro de un rato nos vemos —dijo mientras se levantaba de la silla.

—Gracias, Pastore —dije mirándole a los ojos.

—No tienes que darlas.

—Estás en familia —concluyó, y se dirigió a la barra.

Yo comencé a beberme con desgana el café manchado que me había traído mientras pensaba en lo largo que se me iba a hacer aquel día, si lo hubiera sabido antes me hubiese quedado un rato más en la

cama planeando qué hacer. En cambio, estaba allí sin ganas de hacer nada frente a un donut que no quería comerme y habiendo prometido a Pastore que me pasaría a verle a él y a sus nuevos libros cuando no me importaban lo más mínimo. El día se había tornado en un auténtico desastre.

Después de terminar el desayuno, me levanté y pensé en volver a casa, pero me dio pereza tener que coger el metro para un poco después tener que volver, por lo que decidí salir a dar un paseo. Tal vez el aire de Londres me ayudase a sobreponerme al día tan miserable que tenía por delante. Nada más salir por la puerta principal me envolvió el bullicio de la capital y con la suerte de que no estaba lloviendo comencé a caminar entre una avalancha humana. Cuando llevaba una media hora caminando, el cielo comenzó a oscurecerse y las primeras gotas de lluvia empezaron a empapar el suelo, en pocos minutos aquellas gotas se convirtieron en un aguacero que me obligó a buscar refugio bajo el portal de un edificio donde ya había una mujer resguardándose. Unos veinte minutos después la lluvia comenzó a perder intensidad y decidí volverme para ver a Pastore. Entre unas cosas y otras, para cuando llegase habrían pasado más de dos horas desde que me invitó a ir a la biblioteca y después de ver sus nuevos libros podría irme a casa e intentar olvidar aquel día tan nefasto. Tardé algo más en volver porque las aceras eran un completo infierno plagadas de paraguas abiertos, básicamente el camino de vuelta fue una lucha por mantener ambos ojos intactos. Al menos en un par de ocasiones tuve que utilizar las manos para protegerme de las aristas que se acercaron peligrosamente a mi cara, estaba siendo un día de esos en lo que te preguntas una y otra vez por qué demonios te levantaste de la cama. Por fin llegué al edificio y subí a la biblioteca. Pastore no estaba en su mesa y al no verle por allí comencé a buscarle en los pasillos que había entre las hileras repletas de libros hasta que me di cuenta de que alguien me hacía señales con el brazo desde el fondo de la sala. Me acerqué hasta Pastore y él me habló en voz baja.

—¡Has venido! —dijo contento.

A él le entusiasmaban los libros antiguos y creo que de alguna forma me tenía un cariño especial por compartir su pasión.

—Sí —dije intentando no parecer desinteresado.

—Fantástico, déjame terminar con este asuntillo y vamos a echarle un vistazo a mi nueva adquisición —dijo antes de reír maliciosamente.

Yo le agradecía que intentase alegrarme el día y si hubiese sido en otro momento hubiese disfrutado con él de aquellos libros, pero mi cabeza estaba muy lejos de aquella biblioteca y me era extremadamente difícil encontrar las fuerzas necesarias para estar allí con él. Pastore estaba catalogando unos libros y añadiéndolos al

registro principal a la vez que los colocaba en las estanterías pertinentes. Cuando yo llegué, solo le quedaban cuatro y en pocos minutos acabó la tarea.

—Pues esto ya está —dijo antes de añadir—: ¡Vamos a divertirnos! —Y rio mientras se frotaba las manos.

Yo sonreí porque realmente me hizo gracia la alegría que le daba su particular afición. Pastore se dio la vuelta y me hizo un gesto con la mano para que le siguiese.

—¿Dónde vamos? —pregunté en voz baja.

Él no me contestó y se limitó a poner el dedo sobre los labios para que yo no hablase más y a repetir el gesto con la mano para que le siguiera. Yo guardé silencio y le seguí a través del pasillo central hasta que llegamos a una puerta lateral oculta difícil de diferenciar del resto de la pared. Entramos y al encender la luz vi que entrábamos en una habitación estrecha y muy alargada, parecía un almacén con estanterías a lo largo de ambas paredes.

—Cierra la puerta, por favor —dijo Pastore sin mirarme y aún hablando en voz baja.

Yo le obedecí inmediatamente y la cerré con cuidado. Al volverme, él estaba abriendo una de las pocas cajas que había en aquel cuarto y cuando aún tenía ambas manos dentro se paró y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Te has vuelto completamente loco? —me preguntó enfadado.

En un primer momento me quedé anonadado, ¿era real o un sueño? Después de unos segundos, reaccioné.

—¿Es una broma? No entiendo nada.

—Eres un estúpido y vas a conseguir que te maten —dijo cerrando la caja de cartón sin sacar nada de su interior y empujándola hacia un lado con desprecio.

—No sé de qué me hablas —contesté.

—Dime la verdad, ¿eres uno de esos dielibus? —me preguntó serio.

—¿Dielibus? ¿De qué estás hablando? —pregunté confundido.

—Te han encargado infiltrarte entre nosotros para obtener información, ¿verdad? —dijo amenazante—. Pues has cometido un grave error —añadió.

—Te repito que no sé de qué me hablas y, no me gusta nada tu tono de voz —contesté.

—¿Qué ha sido lo que te han prometido tus jefes por espiarnos, sabandija? —dijo con asco mientras se acercaba poco a poco y cogía un pequeño martillo de una repisa.

—Pastore, si te acercas más no me vas a dar otra opción —dije preparándome.

—Estás atrapado, sabemos lo que eres y vas a pagar por tu osadía —dijo acercándose aún más.

Ante aquella creciente amenaza mi cuerpo reaccionó y se deslizó como un fogonazo para asestarle dos puñetazos que lo dejaron sin gafas y en el suelo inconsciente. Sin dudarlo un segundo, me apresuré a salir de aquel almacén a toda velocidad, después disimulé andando como si nada hasta que salí de la biblioteca y después del edificio. ¿Qué acababa de ocurrir allí dentro? Pastore era una buena persona, o al menos eso creía yo. No entendía nada. Realmente no estaba teniendo mi día y a medida que pasaban las horas se iba complicando más y más. Necesitaba pensar, ¿por qué Pastore se había comportado de aquella manera? ¿Se había vuelto loco? Y ¿a qué se refería con eso de los dielibus?

Aún perplejo por lo que acaba de suceder, llegué al edificio donde residía y subí nervioso hasta el apartamento, abrí temblando y al empujar la puerta me sacudió violentamente la presencia de Jacob en su interior. Su perfil en la media oscuridad del salón era sombrío, estaba de pie vestido con un traje azul marino oscuro, una camisa blanca y una corbata de color lila claro. En su cara había más que ira, algo diabólico merodeaba tras sus ojos. Ante la sorpresa de verle me quedé petrificado, mi hermano era lo último que esperaba encontrar allí. Al instante, dos hombres aparecieron por detrás de mí sin darme opción a ofrecer una mínima resistencia. Después de inmovilizarme fui obligado a sentarme en una silla antes de que me esposaran las manos a la espalda. La mirada de Jacob no se apartó de mí ni un segundo, en su rostro se apreciaba cómo aquella furia no hacía más que crecer y crecer.

—Quedaos fuera —ordenó Jacob fijo en mí—. Aseguraos de que nadie del edificio escucha lo que va a pasar aquí —dijo sin dejar de mirarme.

Los dos hombres salieron y cerraron la puerta tras ellos. Yo le devolvía la mirada a Jacob mientras me preguntaba si lo que estaba ocurriendo era real o si tan solo estaba soñando y ya llegaba tarde a trabajar de nuevo, no quería pensar en lo que me diría Emily.

—Siempre desconfíe de ti, Víctor, desde el principio hubo algo que no cuadraba en tu historia y de alguna manera sabía que iba a ser una cuestión de tiempo… —dijo devolviéndome a la realidad—. Estaba seguro de que tarde o temprano acabarías por mostrar lo que eres. —Y comenzó a andar alrededor mirando a los adornos que tenía en el apartamento—. Solo tendría que esperar y tú solito me darías la razón —dijo antes de que le interrumpiese.

—Te estás equivocando, Jacob. —Él me ignoró y prosiguió.

—Antes de que te unieras a nosotros me aseguré de que cada uno de los sectatores que forman la familia de Londres estuviese al corriente de mis sospechas y te hemos vigilado en cada paso que has dado desde de entonces. Y, por supuesto, amigo mío, no me has decepcionado. Como he dicho, tan solo era una cuestión de tiempo —dijo antes de que le interrumpiese de nuevo.

—Quizás sea difícil de creer, pero todo lo que he hecho ha sido por la hermandad. Algún día lo entenderás —añadí.

—No me vengas con estupideces, Víctor, al menos muestra algo de dignidad —dijo enfadado—. ¿No te das cuenta de que a partir de aquí no hay segundas oportunidades? ¿O acaso piensas que mañana será otro día? —me preguntó amenazante.

—No sé a qué te refieres —contesté.

Jacob rio y anduvo en silencio hasta que estuvo justo frente a mí.

—Espero que no hayas sido tan ingenuo de pensar que después de estar entre nosotros, haber tenido acceso a nuestras instalaciones y poseer el conocimiento tan detallado que tienes de las reliquias, nuestra pequeña reunión se va a saldar con una simple regañina. Son nuevos tiempos, amigo mío, y creo que, para ser justos, deberías morir —dijo pegando su cara a la mía.

No podía creer que mi hermano se hubiera convertido en un monstruo de tales dimensiones.

—Quizás sea un buena lección para tus jefes, los sectatores hemos cambiado y no vamos a tolerar más insultos. Esos miserables de Gritze y Plekth están acostumbrados a un trato que no se merecen, Blake era demasiado blando y por eso consiguieron dividirnos. Pero todo eso cambió el día en el que me senté al mando y tú vas a ser el primer tirón de orejas que se van a llevar —dijo aún mirándome fijamente a un palmo de mi cara.

—Nunca trabajaría para ellos —dije mientras notaba cómo mi sangre comenzaba a burbujear en ebullición.

—Eres una escoria, Víctor, y el mundo se alegrará de tu muerte —dijo Jacob antes de seguir—. Viniste a indagar, a intentar averiguar el paradero de una persona en concreto —y continuó—. Un miembro de mi familia, después de que me arrancaseis a mi hermano de mi lado. Apuesto a que cada día que pasa Gritze y Plekth se comen las uñas hasta los cuajos esperando a obtener la información que tú te comprometiste a proporcionarles. Pero te hemos cazado y siento que debería despedazarte con mis propias manos en este preciso momento, sin esperar a más. Creo que debería declarar guerra abierta a los dielibus incluso si todas las calles de Londres se tiñen de sangre.

Porque para Gritze y Plekth nada es suficiente y tú hoy has colmado mi paciencia.

»Si al gran Godofredo le hubiesen arrebatado a su único hermano de sangre y después de eso hubieran puesto como diana a lo que quedaba de su familia… —dijo antes de cerrar el puño con fuerza— no hubiera vacilado en lanzar a la Orden del Temple al completo contra su enemigo para masacrarlo de tal manera que no quedase ni rastro su recuerdo… —dijo subiendo la voz—. Y eso…, mi querido amigo, es lo que voy a hacer gracias a ti. Esa será mi contribución a esta sociedad. Blake permitió el cisma y yo seré recordado como el que arrasó a los insurgentes con toda su ira —dijo fuera de sí, posiblemente carcomido por la rabia.

Lo cierto es que aquel plan me valía, si no conseguía encontrar a Lucía, exterminar a la amenaza que atentaba contra ella era la segunda mejor opción. Aunque, si me paraba un momento a pensar en mi situación, lo cierto es que no era la más ideal. Se desataría una guerra gracias a mí, pero yo no participaría en ella y tampoco conseguiría ver si esos dos locos junto a Omar mordían el polvo o no. Lo único cierto en todo aquello era que yo iba a ser la primera víctima de los sectatores.

—Gracias a tu intento de espionaje fallido me has abierto los ojos y donde antes dudaba, ahora solo veo claridad —sentenció.

Había otro problema, si esa guerra comenzaba, Lucía se convertiría en un objetivo prioritario para los dielibus. No porque ella fuera a capitanear las hordas de combatientes destinadas a conseguir la victoria para los sectatores, sino que lo sería porque si acababan con ella moralmente asestarían un golpe preciso en lo más profundo de Jacob, seguros de que con ello harían tambalearse al líder de los sectatores hasta los cimientos debilitándoles para siempre, algo que sin ninguna duda les terminaría pasando factura.

La visión de aquel desenlace no me agradó en absoluto y decidí que debía intentar quitarle esa idea de la cabeza como fuera.

—Si vas a la guerra contra los dielibus perderás. No tienes la más mínima oportunidad —aseguré.

—¿De qué hablas, maldito loco? —dijo Jacob confundido—. ¿Intentas salvar tu vida a base de sandeces? —añadió.

—Por infraestructura, poder financiero y mentalidad…, no duraréis mucho —dije ante su cara de desconcierto.

—No tienes la menor idea de lo que hablas —dijo él.

—Es muy sencillo, Jacob, te lo voy a explicar con un ejemplo muy sencillo: es como si enfrentas en un combate cuerpo a cuerpo a Pastore con Omar —dije antes de continuar—. Pastore es una buena

persona y el poder que posee reside en su carisma y en el conocimiento que extrae de sus libros, en cambio Omar es una bestia que vendería a su madre por dinero sin experimentar el menor remordimiento. —Jacob me miraba atento mientras su cara se descomponía—. Esa es la razón por la que conspiraron a placer y no les importó traicionaros en vuestras propias narices, sin que lo vieseis venir. Genéticamente los sectatores abogan por la moral y el conocimiento, los dielibus parecen inclinarse más por el poder —concluí.

La duda estalló en el interior de Jacob y su cara no era más que un reflejo de ello. La ira y la rabia habían dejado el paso a la inseguridad.

—Si es necesario, contrataré mercenarios —dijo imaginando cómo lo haría.

—Y tan pronto como los dielibus estén al corriente de su existencia les ofrecerán más dinero que tú y así los tendrías infiltrados aquí entre vosotros esperando a una señal para actuar, exactamente como ocurrió con Omar.

—¿Quién eres? —me preguntó Jacob confundido.

—Soy un amigo —contesté.

—Soy incapaz de adivinar tus intenciones —dijo antes de seguir—. Aseguras que fuiste amigo de Blake y te creo por los detalles que conoces del casco y el bastón…, te unes a nosotros y tan pronto como terminas tu periodo de adaptación comienzas a investigar sobre la noche en la mansión Rivalcielli… y ahora me ayudas a evitar un baño de sangre sectatore cuando te amenazo con quitarte del medio… Un simple chico que llegó hace unos meses de España…

—Un niño huérfano que tuvo que luchar contra viento y marea para salir adelante…

—Es como si fueras dos personas totalmente diferentes… —dijo pensativo.

Yo tragué saliva y guardé silencio, me acababa de desenmascarar.

—Un ser con dos tipos de personalidad íntegramente dispares y opuestas, y estas se encuentren tan arraigadas en el individuo que cuando se manifiestan en este, el sujeto desconecta totalmente de su otro yo resultando dos entes completamente diferentes y extremos… —dijo de memoria—. Estaríamos ante otro doctor Jekyll y *mister* Hyde… —dijo mientras permanecía en su mundo.

Yo me mantuve en silencio, no sabía qué decir.

—Si eso es cierto, entonces has podido ser sectatore y a la vez dielibus. Está claro que ahora se está manifestando el sectatore, pero el otro día, cuando intentaste obtener información de Martin, eras

dielibus. Fascinante trastorno disociativo de la personalidad… —dijo intentando buscar en mis ojos—. ¿Quién será el dominante, el sectatore o el dielibus? —añadió—. Eso lo explica todo…

Ahora me encontraba en una encrucijada, si a estas alturas le contaba la verdad creo que directamente me asesinaría, pero no por lo inverosímil de mi historia, sino porque pensaría que mi cerebro estaba tan podrido que suelto en la calle solo representaba un peligro, una bomba de relojería dispuesta a explotar en cualquier momento. Al mismo tiempo, si no le decía nada creo que también estaría encantado de quitarme del medio.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se preguntó en voz alta.

Yo fui incapaz de decir nada, estaba nervioso y, aunque era el momento de inclinar la balanza hacia algún lado, todo pasó tan rápidamente que de mi boca no salió ni una sola palabra.

—Si pudiera utilizarte serías un arma infalible contra los dielibus —dijo pensativo—. Si fuera capaz de controlar esa doble personalidad con terapia y medicación, podrías inmiscuirte tras las líneas enemigas sin despertar ninguna sospecha y sabotear sus planes. Los destruiríamos desde dentro —dijo complacido mientras su mirada se perdía en el infinito.

Ahí estaba mi sentencia, había evadido la muerte, pero a cambio iba a disfrutar de horas de terapia y pastillas. No sé qué hubiese sido mejor.

—¿A ti qué te parece, Víctor? —me preguntó como si le importase.

—Bueno… —dije antes de que me interrumpiese.

—Entonces decidido, me alegra que quieras colaborar con nosotros. Mandaré a alguien para que venga a recogerte y esta misma tarde comenzaremos tu tratamiento —dijo.

—¿Crees que necesitaré una camisa de fuerza? —pregunté irónico.

—No, por ahora creo que con las esposas es suficiente —dijo dirigiéndose a la salida.

Yo le miré con cara de póker mientras desaparecía tras la puerta de mi apartamento incapaz de hacer nada. No me había dado opción, no había tenido tiempo para decidir lo que debía haber hecho.

Al momento los dos mismos hombres que me pusieron las esposas entraron y me llevaron a un coche que había esperando en la parte trasera del edificio al final de las escaleras de emergencia. Durante el trayecto intenté hablar con los ocupantes del coche, pero ellos simplemente se limitaron a ignorarme. El viaje se me hizo interminable, no sé muy bien si fue por el tráfico del centro de London o por la ausencia de conversación, pero lo cierto es que estaba

deseando salir de allí. Cuando por fin llegamos, me llevaron directamente al restaurante y cortésmente me quitaron las esposas antes de salir del vehículo, con lo que nos ahorramos el espectáculo. Comí algo bajo la atenta mirada de mis nuevos amigos, que se habían sentado junto a mí en la mesa y no cruzaron ni media palabra en todo el tiempo. Cuando terminé, fuimos hasta el ascensor, una vez dentro me volvieron a esposar y me escoltaron hasta el despacho de Jacob. Uno de ellos llamó a la puerta con dos golpes secos e inmediatamente volvió a mi lado. A los pocos segundos apareció Jacob con una sonrisa y me invitó a pasar, yo obedecí y entré.

—A la izquierda, por favor —me dijo mientras cerraba la puerta—. Siéntate en uno de los sillones —añadió.

Yo le hice caso y en silencio seguí sus indicaciones. Me senté y le esperé.

—Tengo que admitir que después de todo me has alegrado el día —dijo sonriente—. Si hay algo que echo de menos de mi antigua vida es la psicología y ahora, gracias a ti, puedo desempolvar un poco mis conocimientos —dijo entusiasmado.

—A mí no me pasa nada, no tengo ningún problema de doble personalidad —dije serio.

Él rio antes de decirme con voz calmada:

—Lo más difícil es asumir que tenemos un problema, Víctor. Como mi viejo amigo Ian decía, en este mundo hay dos tipos de personas, los que están mal de la cabeza y los que están mal de la cabeza pero al corriente de ello —dijo—. Te voy a quitar las esposas, pero quiero que sepas que los escoltas que te han acompañado están fuera y si intentas hacer alguna tontería entrarán y no dudarán en usar la fuerza para reducirte.

Yo no dije nada, solo extendí mis brazos para que me librara de mis ataduras. Él sacó una pequeña llave del bolsillo interior de su chaqueta y me liberó. Yo me froté las muñecas intentando aliviar las marcas que el metal había dejado en ellas e inmediatamente le hablé.

—Seguirte la corriente o ser sincero… —dije mientras aún me miraba las muñecas—. Tenía dos posibilidades y al final, Max, me vas a obligar a algo a lo que no estaba dispuesto —añadí.

Entonces le miré a los ojos.

—Pero el tiempo apremia y si tengo que esperar seis meses pretendiendo que me estoy curando de mi doble personalidad, estoy seguro de que al final nos vamos a arrepentir. Espero que me puedan perdonar por lo que voy a hacer —dije pensando en Víctor y Riario.

—¿Cómo te atreves a llamarme Max? —preguntó espoleado por la rabia—. Debías estar muerto desecho humano. Has rebasado el límite

de mi paciencia —dijo a la vez que retorcía las esposas y su cadena.

Yo no me inmuté y me di cuenta de que lo que mi hermano estaba sintiendo no era ira, sino dolor. Y sin darle tiempo a decir nada más le miré a los ojos y hablé.

—Soy tu hermano pequeño, Marco.

CAPÍTULO XXXIII

Nada más terminar aquellas palabras Max lanzó con violencia las esposas contra la cristalera, sus ojos no parpadearon y acto seguido se abalanzó sobre mí agarrándome por el cuello con ambas manos. Lo cierto es que aunque esperaba una reacción más o menos violenta no conseguí evitar que intentase estrangularme y lo pasé mal para zafarme de él. Nada más hacerlo, Max se revolvió y arremetió de nuevo contra mí propinándome un sonoro puñetazo en la cara. Acto seguido, mientras yo me recuperaba del impacto y él estudiaba la forma de atizarme otra vez, llamó a los gorilas de la puerta. Los dos individuos entraron inmediatamente y sin preguntar me rodearon.

—Deshaceos de él —dijo mi hermano mientras intentaba recuperar el aliento.

Uno de los esbirros me sonrió, el otro sacó una vara flexible de metal de detrás de su americana y se acercó a mí.

—Te vas a arrepentir de haberlo sacado —le dije.

El hombre continuó acercándose hasta que hizo un amago de golpearme esperando observar mi reacción. Yo no me moví y continúe esperando a que llegase a mi radio de acción. El hombre, convencido de sus posibilidades, se acercó un poco más y me lanzó su golpe, yo sujeté el brazo que llevaba la vara por la muñeca y rápidamente la doblé y le obligué a colocarlo contra su espalda levantando su puño y luxando su brazo hasta que el dolor le obligó a soltar el arma. En cuestión de medio segundo liberé mi mano derecha sujetando su brazo con la izquierda y tomé su cabeza con fuerza para estrellarla contra la cristalera que quedaba detrás de mí, un estruendo acompañó al impacto y el individuo se desvaneció arrastrando su cara ensangrentada sobre el cristal. Le escuché desplomarse en suelo cuando mis ojos ya estaban fijos en el otro.

Aquel cuerpo era una máquina de guerra, ejecutaba cualquier acción que se pasase por mi cabeza con toda facilidad, era tan rápido

que parecía desplazarse en el tiempo.

Con el primero fuera de juego y Max expectante, el otro iba a pagar por los silencios del viaje y la comida. Este no sacó ningún arma, pero parecía que dominaba las artes marciales por la posición elevada de sus puños y la forma de sus piernas flexionadas. Parecía estar muy concentrado y atento mientras se acercaba con pasos cortos. Al llegar a cierta distancia, lanzó una patada que pasó rozando mi cara, era rápido y su elasticidad sorprendente. Volvió a iniciar lo que parecía una maniobra idéntica a la anterior, pero esta vez fue diferente, porque primero intentó alcanzarme con su puño y al no conseguirlo encadenó su acometida con una patada similar a la anterior. Al darme cuenta de que repetía el movimiento, me abalancé sobre él nada más lanzar su pierna dejándole sin espacio para terminar el giro y le golpeé fuertemente con el puño en el centro del pecho. Aquel hombre emitió un ruido al dejarle sin aire en los pulmones y se quedó inmóvil. Sin darle tregua, le agarré y le lancé por los aires contra el escritorio del despacho. El golpe fue tan grande que consiguió desplazar la mesa, que estaba anclada al suelo, antes de caer al suelo. Fuera de combate el segundo, miré hacia mi hermano y este ya estaba en acción, se había apoderado de una lámpara y no dudó en abalanzarse sobre mí para intentar golpearme en la cabeza. Yo me cubrí como pude con el brazo amortiguando parte del golpe, pero Max aprovechó la inercia que llevaba para echarse encima. Forcejeamos en el suelo hasta que, sin saber de dónde, se apoderó de un abrecartas e intentó clavarlo en mi abdomen. Cuando intentaba evitar que el metal se hundiera en la carne, le hablé.

—Sé que es difícil de creer, pero realmente soy Marco.

Él lo escuchó, pero continuó haciendo fuerza para conseguir su empeño.

—Pregúntame lo que quieras, hermano, soy yo —dije mientras sujetaba su puño.

—Estás completamente loco, mi hermano falleció hace años y vas a pagar por intentar burlarte de él, eres un maldito loco —dijo furioso.

—Es cierto que fallecí, creo que tras el accidente… —dije— Lucía conducía y Omar golpeó nuestro coche hasta que nos echó de la carretera —añadí.

—Te lo estás inventando —dijo Max esforzándose en clavarme el abrecartas.

—Sé que te encargaste de la mansión, que organizaste ferias de antigüedades y eventos para mantenerla en perfecto estado… —dije antes de seguir—. Sé que te trasladaste a vivir allí hasta que empezaron a ocurrir cosas difíciles de explicar y os visteis forzados a

dejarla. Era yo, Max, vagando por la mansión pensando que nada había cambiado.

En aquel momento noté que Max comenzaba a disminuir la intensidad con la que empujaba el abrecartas.

—Yo estaba allí cuando paseabas con tus pacientes por los jardines. Yo estaba entre vosotros en las fiestas que organizaste con Rachel. Sé que liberaste a Blake de su mazmorra cuando buscabas un lugar donde guarecerte del mal tiempo.

La cara de mi hermano comenzó a descomponerse en un gesto de incredulidad. Poco a poco, su ímpetu se fue apagando mientras buscaba en mis ojos una confirmación a mis palabras.

—Me destrozó el corazón ver mi barca de pesca en el fondo del lago, después del tiempo que el abuelo le dedicó… ¿Cómo pudiste comprarte esa lancha tan fea y llamarla Trucha Royal? —le pregunté.

Él no dejaba de mirarme confundido, mis palabras estaban haciendo mella en su interior. Hasta que por fin habló.

—Es imposible —dijo negando con la cabeza—. Estoy delirando —añadió.

—No te culpo, es simplemente inaudito, pero soy yo —dije—. Por motivos que desconozco, alguien me ha dado una segunda oportunidad y necesito tu ayuda para asegurarme de que Lucía está a salvo —añadí.

—Lucía está bien, yo me encargo personalmente de su seguridad —dijo Max.

—No dudo de ello y te lo agradezco profundamente, pero tengo la sospecha de que no está a salvo, algo se cierne sobre ella… —dije mientras el se incorporaba y me ofrecía su mano para ayudarme a levantarme.

—¿Qué te hace sospechar? —me preguntó.

—No estoy seguro —contesté—. Pero necesito verla —añadí.

—Esto es una locura, ¿cómo puedes ser Marco? —preguntó.

—Solo puedo decirte que la muerte no es el fin, que el principio comienza tras abandonar este mundo y que hay un universo de maravillas esperándonos en el lugar al que vamos. No tiene sentido tener miedo a morir —dije.

—Me cuesta tanto creer lo que dices… —dijo intentando ser racional—. Esto es una locura, tengo frente a mí a una persona totalmente diferente a mi hermano, pero a la vez hablas como él y conoces todo lo que Marco sabría… —añadió inmerso en su duda—. Si eres mi hermano, estoy seguro de que podrás contestarme a una pregunta —dijo pensativo.

—Qué quieres saber —contesté sonriendo mientras Max me miraba serio.

—Solo mi hermano conocería el apodo que nuestro abuelo nos puso cuando éramos niños —dijo.

Yo sonreí recordando al abuelo.

—Max —dije antes de hacer una larga pausa—. Él nos llamaba jarabugos.

—Exacto… —dijo Max fascinado.

—Perdóname, hermano, si soy incapaz de darte un abrazo y decirte lo mucho que te he echado de menos, porque creo que me llevará algún tiempo asimilarlo, pero te agradezco enormemente que te hayas sincerado conmigo —dijo antes de añadir—: He vivido en el odio desde el día en el que te perdimos.

—Yo también te he echado de menos —dije aliviado por no tener que esconderme más—. Si a ti te llevará un tiempo, lo cierto es que a mí no —añadí mientras me levantaba y le daba un abrazo—. La verdad es que te lo has tomado bastante bien, ¡no todos los días descubres que tu hermano ha regresado a la vida en el cuerpo de otra persona! —exclamé.

Ambos reímos mirándonos a los ojos hasta que Max, entre carcajadas, respondió:

—Sabré que eres mi hermano cuando vayamos a pescar, en cuanto vea esa cara nueva que tienes llorando como una magdalena al verme sacar la trucha royal, ¡será la confirmación!

Ambos continuamos riendo.

—Pero por ahora, lo que voy a hacer es servirnos un *whisky* para celebrarlo.

—¡Me parece una idea fantástica! —respondí.

—¿Hielo? —preguntó.

—Siempre —contesté.

Max me miró complacido y sumido en una sonrisa se fue al bar, donde preparó las bebidas y volvió de inmediato.

—Tienes que contarme un montón de cosas, Marco, ¿cómo puede ser? —me preguntó impaciente.

—Es una larga historia, Max, inverosímil y a la vez fascinante, pero me preocupa que mi condición tal vez no sea permanente… —dije antes de que me interrumpiese.

—¿A qué te refieres? —me preguntó a la vez que su semblante cambiaba por completo.

—Estar aquí contigo es un privilegio que se me ha otorgado

considerando las circunstancias en las que se produjo mi muerte, y por ello no puedo perder un segundo porque tal vez tenga que volver pronto —respondí.

—¿Marcharte? —me preguntó confundido.

—Me temo que sí —respondí antes de seguir—. Y necesitas saber algo, nadie puede conocer quién soy realmente. Eso alteraría el curso normal de esta dimensión y podría acarrear problemas. Me advirtieron que no revelara mi identidad bajo ningún concepto y, aunque no me ha quedado más remedio, haberlo hecho podría cambiar el desarrollo de ciertos acontecimientos del futuro…

—Entiendo —contestó preocupado—. Has venido de paso, no para quedarte… —añadió pesaroso.

Yo afirmé con la cabeza sin decir una palabra. Después de unos segundos en los que Max estuvo madurando sus pensamientos, habló.

—Si es así cómo debe ser…, te ayudaré en todo lo que pueda, hermano… Solo puedo ser feliz por haber tenido el privilegio de conocer la verdad, de haberte abrazado de nuevo.

Yo sonreí, si había alguien en aquel mundo capaz de entender aquella situación, por complicada que fuese, ese era mi hermano.

—¿Qué necesitas? —preguntó dispuesto.

—¿Dónde está Lucía? —respondí.

—Se ha estado moviendo mucho durante estos años, va tras la pista de Omar —dijo antes de seguir—. Hace unas semanas se trasladó a Zúrich.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y comencé a ponerme nervioso, por fin sabía dónde estaba.

—Has dicho que te encargas de su seguridad, ¿quién está con ella? —pregunté.

—Lucía desconoce que allá dónde va siempre hay sectatores velando por ella, mis mejores hombres la cuidan —respondió.

—Tengo que ir cuanto antes —dije ansioso.

—No hay problema, hay un vuelo a última hora del día, hazte a la idea de que mañana la podrás ver —respondió—. Además, vas a tener suerte porque ¿sabes quién está allí haciendo unas gestiones y coordinando unos asuntos? —me preguntó.

—Ni idea —respondí.

—Tu madrina —contestó sonriendo.

—¡Holly! —exclamé.

—Por eso hace un tiempo que no la veo, porque está con Lucía… —dije ilusionado—. Cómo me gustaría estar ya en Zúrich —añadí.

—Bueno, la verdad es que entre preparar la maleta e ir al aeropuerto no te queda mucho tiempo —dijo Max, y añadió—: Ya puedes darte prisa —concluyó mientras cogía el teléfono.

Max pidió a su secretaria máxima discreción en lo que le iba a solicitar e inmediatamente mandó reservar un vuelo a Zúrich en primera clase para ese mismo día con el traslado al aeropuerto. Después organizó mi llegada y el transporte que me llevaría hasta el alojamiento en el que permanecería hasta que encontrasen un lugar donde vivir. La verdad es que en aquel momento Marco Rivalcielli se sintió la persona más afortunada de todos los mundos.

—Pues ya está todo dispuesto —dijo después de colgar.

—Muchas gracias, Max —contesté.

—No digas tonterías, aquí está tu hermano para lo que necesites —dijo.

—Cómo siempre —respondí.

—Cómo siempre —repitió.

Los dos nos miramos durante un tiempo con una media sonrisa y posiblemente mil millones de recuerdos e imágenes revoloteando por nuestras cabezas hasta que Max dio una palmada y me animó a comenzar una nueva aventura.

—¡A qué esperas! —dijo.

Nos abrazamos y me dirigí inmediatamente hacia la puerta, antes de perderme tras ella vi cómo mis dos adversarios comenzaban a despertar de su letargo y a mi hermano con una inmensa cara de felicidad guiñándome el ojo, acto seguido levantó el dedo pulgar de su mano derecha a la altura de su pecho animándome a emprender aquella aventura. Yo le devolví el guiño y la sonrisa antes de correr hacia el ascensor. Bajé al vestíbulo principal y salí del edificio como una exhalación hasta entrar en la estación de metro, sería la forma más rápida de llegar al apartamento. Aunque tan solo eran unas pocas, las paradas que hicimos se me hicieron eternas porque el conductor parecía resistirse a emprender la marcha de nuevo sin echarse una siesta con las puertas abiertas por si algún indeciso se animaba a montar a última hora.

Con todo, al final conseguimos llegar a mi estación, ya llevaba al pie de la puerta desde la parada anterior y nada más detenernos la abrí y corrí hacia la salida. Desde allí continúe corriendo hasta que llegué a mi apartamento. Cuando introduje la llave en la cerradura recordé lo que ocurrió la última vez, cuando mi hermano me esperaba en el interior, y aunque inicialmente tuve cierto temor a volverme a encontrar a alguien allí, la alegría que me invadía me empujó a entrar sin más. El apartamento estaba vacío, fui a mi habitación y cogí la

maleta de encima del armario. Después de abrirla sobre la cama comencé a llenarla si pensar en lo que echaba, el entusiasmo me impedía pensar en qué necesitaría o qué debería llevar y, cuando estaba llena de ropa retorcida y arrugada, la cerré con dificultad y salí por la puerta sin mirar atrás. Un coche me esperaba estacionado sobre la acera y nada más entrar nos pusimos de camino al aeropuerto. Con el pasaporte en el bolsillo, la maleta a mi lado y en un ruidoso taxi londinense, me dirigía imparable hacia lo que más había ansiado desde que desperté en el despacho de mi hermano Max en la casa del servicio de la mansión Rivalcielli, parecía increíble, pero después de todo, estaba a punto de conseguirlo.

CAPÍTULO XXXIV

Cuando llegué a Zúrich un hombre vestido con un traje oscuro y varios kilos de más me esperaba sujetando un cartel en el que se leía Rivalcielli. Inmediatamente imaginé que había sido idea de Max y, aunque intenté mantenerme serio, me fue imposible contener la sonrisa que nació de una mezcla de emociones que iba desde los recuerdos del pasado hasta sueños del futuro, pasando por la felicidad del presente. Me aproximé a aquel hombre mirando al suelo para evitar la posible confusión que mi cara de alegría pudiese causarle mientras no dejaba de dar vueltas a lo afortunado que había sido a pesar de todo. Creo que por primera vez en mucho tiempo era completamente feliz. Al llegar a su altura, tuve que mirarle sin poder dejar de sonreír y el hombre me habló.

—O el vuelo ha sido infernal o el chiste que le han contado es muy, muy bueno…

No me esperaba su buen humor y solté una carcajada al escucharle.

—No, creo que es estar aquí —dije.

—¿Es la primera vez que nos visita? —preguntó.

—No, he estado otras veces, pero esta en concreto es especial —contesté.

—Entonces no esperemos más, tiene usted que aprovechar cada segundo —dijo antes de añadir—: Deme su maleta. Tengo el coche aparcado a la misma puerta. —Cogió mi maleta del asa lateral.

—No se moleste —dije haciéndole ver que la maleta no pesaba y podía llevarla yo.

—Insisto, señor Rivalcielli, usted debe estar cansado y es a lo que estoy acostumbrado, es mi trabajo —dijo levantando la maleta y aliviando su peso de mi mano—. Sígame —dijo encaminándose hacia la salida.

—Como usted quiera —contesté antes de seguirle.

Era cierto que el coche estaba a la puerta, tan cerca que le habían multado por aparcar en una zona restringida. El hombre, al darse cuenta de que le habían pillado en su infracción, juró en arameo y al menos otras tres lenguas muertas antes de hacer una bola el papel que habían dejado sobre su parabrisas y lanzarlo a la papelera.

—Ahí te quedas, yo no he visto nada —dijo murmurando.

El chofer se apresuró a guardar mi maleta en el maletero y después de hacerlo se sentó en el asiento del conductor. Al momento puso el motor en marcha y miró en el retrovisor para asegurarse de que aún seguía en el asiento trasero, después de sonreírme se abrochó con dificultad el cinturón de seguridad y pegó un pisotón al acelerador del Audi, que gruñó enfurecido para hacernos salir disparados. Aquel hombre de mediana edad y evidente sobrepeso era todo destreza al volante, se cambiaba de carril con una facilidad pasmosa y parecía que para él los frenos eran un extra inútil. Cambiaba de marchas constantemente utilizando las paletas de detrás del volante adelantando a todo lo que nos encontrábamos a nuestro paso.

—¿No le preocupan los radares? —pregunté fijo en la carretera.

—Para nada, me conozco estas autopistas como la palma de mi mano —respondió mientras adelantábamos a otro coche.

—¿Y los que son móviles? —pregunté de nuevo.

—Bueno, a esos tampoco, a veces hago transporte de órganos desde el hospital al aeropuerto y ya me conocen —dijo antes de reír.

—¿Pero si le paran ahora qué va a decir? —pregunté intrigado.

—Bueno, les diría que es usted un prestigioso médico que acaba de llegar de Londres y que le llevo a una cita muy importante. Si se ponen pesados les diría que tu paciente es muy influyente y que cuando se enterase de que llegamos tarde porque ellos nos entretuvieron, no le haría mucha gracia —dijo riendo.

—¿Y eso funcionaría? —pregunté asombrado.

—La verdad es que no estoy seguro, pero al menos tendría que intentarlo, ¿no? —dijo antes de reír de nuevo.

Aquel hombre vivía en su mundo y parecía feliz, me alegraba que fuera así a la vez que rezaba por llegar al hotel de una pieza. Después de un recital de adelantamientos, entradas fulminantes en rotondas, cambios de carril y aceleraciones de todos los tipos y colores por las estrechas calles del centro, llegamos a mi hotel.

—Pues ya hemos llegado —dijo satisfecho.

—Y vivos… —murmuré.

El hombre se apresuró a salir del coche, abrir mi puerta, coger la maleta y disponerla frente a mí.

—Muchas gracias por haber contratado nuestros servicios. Le voy a dar una tarjeta por si nos necesita durante su estancia en Zúrich —dijo buscando en sus bolsillos—. Puede llamar a cualquier hora, si no estoy yo siempre habrá algún compañero que pueda atenderle —añadió entregándome una tarjeta espachurrada—. Bueno, mejor llame a este otro número —dijo sacando otra tarjeta hecha polvo después de rebuscar un poco—. Este es el mío, me ha caído usted bien y si necesita cualquier cosa no tiene más que llamar. Cuando sea —concluyó.

—Muchas gracias, se lo agradezco mucho —dije con una risa forzada—. Me lo guardo —añadí mientras lo metía entre las hojas del pasaporte.

—Pues encantado de conocerle, señor Rivalcielli, me temo que debo marcharme ya, tengo otro viaje programado antes de terminar el día y no quiero llegar tarde —dijo mientras cerraba el maletero, mi puerta y entraba en el coche.

—No creo que usted llegue tarde a ningún sitio, a ciento noventa llega usted en un suspiro —dije bromeando.

—No se crea, a veces tengo que ir más rápido —dijo serio.

—Bueno, márchese ya y, si puede, relájese y conduzca más tranquilo —contesté.

—Yo siempre voy tranquilo —dijo antes de encender el motor.

Yo no contesté y ante mi silencio él habló de nuevo.

—Lo dicho, para lo que necesite.

—Sin problema —contesté.

—Que descanse y disfrute de su estancia —dijo elevando las revoluciones del motor.

—¡Muchas gracias, eso haré! —contesté.

Y en ese instante me dijo adiós con la mano y salió haciendo rueda, como si le fuera la vida en el siguiente trayecto. Yo le observé alejarse envuelto en la nube de humo maloliente que las ruedas de su coche dejaron y al mirar al frente aparecieron las luces del hotel Zum Storchen. Era un edificio muy bonito con arcos de piedra a lo largo de la entrada y un lateral pegado al río Limago, las dos torres que se erguían a su izquierda debían pertenecer al templo Grossmünster y, si eso era cierto, creo que debería estar muy cerca de la unión del río con el Zürisee, el lago de Zúrich. Justo enfrente del hotel había una pequeña plaza que continuaba con el puente que unía ambas orillas del río. Era una zona muy concurrida donde el alumbrado de los establecimientos tapizaba las calles con sus rótulos de amables colores.

Después de admirar los alrededores, cogí mi maleta y entré en el hotel a través de las puertas giratorias, me registré y subí a mi habitación. Max había reservado un cuarto gigante en una de las plantas superiores del hotel con tres enormes ventanas que daban a la zona del canal, desde allí arriba las vistas nocturnas de la ciudad eran maravillosas. Y no solo me refería a los monumentos de los alrededores y a los dos puentes que reclamaban la atención del visitante con su excelencia y majestuosidad, sino al espectáculo que también ocurría sobre el agua, donde los edificios se reflejaban ondulantes engalanados con un abanico de luces que continuaban a lo largo del canal hasta que se perdían de vista. Era simplemente impresionante.

Al momento el botones llamó a la puerta y me trajo la maleta que directamente fue a parar a un rincón. Sin hambre y con el cansancio del viaje sometiendo poco a poco mi voluntad, decidí darme una ducha antes de tumbarme plácidamente en la cama hasta que el agotamiento hizo el resto.

Un discordante timbre me hizo saltar de la cama entre alarmado y confundido, ya era de día y el sol entraba entre las cortinas iluminando tímidamente la habitación. El teléfono continuó martilleando mis tímpanos sin piedad durante unos instantes hasta que finalmente conseguí ubicarme, estaba en el hotel de Zúrich. Tragué saliva y contesté, recepción me informaba de que alguien me esperaba en el vestíbulo. Nada más colgar, me desplomé sobre la cama y cerré los ojos un segundo antes de caer en la cuenta de que aquel podía ser el día en el que viese a Lucía. Al instante hice una pirueta y me puse de pie, corrí a mi maleta y comencé a buscar algo para ponerme. Lo que había llevado el día anterior apestaba y todo lo que sacaba estaba arrugado. En otras condiciones me hubiese esperado a plancharlo o al menos a estirarlo, pero está vez no había tiempo que perder y, a pesar de que presentía que iba a ser un día difícil si salía a la calle de aquella manera, tenía cosas más importantes en las que pensar. Me arreglé un poco el pelo y con la ropa como un acordeón salí de mi habitación dispuesto a comerme el mundo, ¡al fin y al cabo solo era ropa! Nada más abrirse las puertas del ascensor, ya en el vestíbulo, una pareja de avanzada edad se quedó de piedra viendo horrorizada mi indumentaria. Yo me alejé de allí aligerando el paso sin mirar atrás hasta perderlos. Las chicas de recepción, los de seguridad, el botones, unos turistas que entraban, el hombre del servicio postal que salía, la mujer que se registraba en el hotel, su perro caniche, un grupo de gorriones que atentaban contra unos lugareños que tomaban algo fuera en la plaza y hasta un gato que cruzaba la calle con paso aristocrático como si la ciudad fuese suya, todos se detuvieron a la vez y giraron sus cabezas hacia mí. El mundo

se detuvo y todos ellos contuvieron la respiración hasta que me vi forzado a salir corriendo y buscar refugio en la zona de los sofás. Allí me escondí tras una revista que encontré. Era de lencería femenina y, aunque la sujetaba al revés, me hizo sentir a cubierto.

—¿Pensando en hacerle un regalito picante a alguna amiga? —dijo una voz antes de reír.

Yo asomé la cabeza tímidamente, era Holly.

—¿Y esa ropa? ¡Está más arrugada que una pasa en el desierto! —dijo riendo de nuevo.

—¡¿Es lo que se lleva ahora en Londres?! —dijo a duras penas entre su risa.

—Es así… —dije en un tono digno intentando disimular lo contrariado que estaba por la vergüenza.

—¡Por eso has corrido hasta aquí y te has tirado en plancha! —dijo antes de reír incluso más.

Yo aguanté un poco intentando aparentar que lo que estaba diciendo era en serio.

—Eso ha sido porque no quería que me viese nadie, estoy aquí en una misión especial —dije ante su expectación intentando justificar el esprint y el salto a la trinchera.

Mis palabras desataron sus risas otra vez como si hubiera echado gasolina a un fuego que comenzaba a agonizar.

—¡Nunca pensé que fueras tan gracioso, Víctor! —Y continuó riendo—. De verdad… Cuando estuvimos juntos en Londres parecías más serio… —Y siguió riendo.

—Estaba aprendiendo, ¿qué esperabas…? —dije argumentando mi seriedad aquellos días.

—¡Ah! ¿Así que era eso? —preguntó con una sonrisa.

—Exactamente, yo soy una persona seria y formal —respondí intentando no reír.

—Ya veo…

—Serio y formal, pero con alergia a la plancha… —dijo seria mirándome con el ceño fruncido.

—Correcto, ese es mi único punto débil… ¡La maldita plancha…! ¡Cómo la odio! —dije, y ambos reímos.

Después de un rato, las risas fueron perdiendo fuerza y Holly sacó un pañuelo del bolso para secarse las lágrimas. Cuando terminó, me preguntó:

—¿Tu abuelo es famoso?

Yo miré con cara de no entender nada.

—Sí, el que sale en la tele —añadió.

—No sé, creo que no —dije extrañado.

—Sí, hombre, el Abuelo Carpín.

No tenía la menor idea de lo que me estaba hablando, pero tampoco quería negarlo abiertamente en caso de que ella conociese algo de la vida de David, el chico del que tomé el cuerpo, que yo desconocía.

—Eh…, no sé, tal vez —dije dejando todas las posibilidades abiertas.

Y en aquel momento Holly estalló en risas.

—¡Lo sabía!

—¿Pero quién es ese? —pregunté.

Ella reía y reía mientras yo andaba perdido en la conversación. Después de otra ración de risas y lágrimas, Holly se recompuso y se preparó para explicarme.

—El Abuelo Carpín es el mote que le pusieron a un hombre que salió en la televisión hace al menos dos o tres años asegurando que un día, mientras pescaba, una banda de peces inteligentes se organizó para atentar contra él—. ¡Por lo visto dejó todos sus instrumentos en la orilla del río y salió corriendo!

—Pero… ¿cómo se las arreglaron los peces para atacarle? ¡¿Salieron del agua con una escafandra?! —pregunté sorprendido.

—Eso es lo más gracioso, el hombre dijo que los peces parecían enfurecidos con él y que comenzaron a revolverse y ¡a arrojarle agua! —dijo mientras comenzaba a aplaudir y sus risas tomaban fuerza de nuevo.

—Qué gracioso —dije recordando perfectamente lo que me ocurrió con aquel pescador que salió corriendo.

—¿Y de dónde es ese hombre? ¿Dónde le ocurrió? —pregunté intentando no parecer demasiado interesado.

—Ni idea, solo sé que los peces rabiosos estos se amotinaron en un río cerca de Londres, al lado de una autovía —dijo riendo mientras intentaba seguir—. ¡Quizás iban en la cámara frigorífica de algún camión de suministros y hartos del tráfico abrieron la puerta y saltaron sobre el abuelo! —Y volvió a reír.

—Quizás… —dije pensando en el pobre hombre, se había convertido en el hazmerreír de una nación por mi culpa—. Entonces no tengo nada que ver con él… —añadí.

—Ya me lo imaginaba, tonto, era una broma —dijo Holly aminorando la marcha.

Yo permanecí callado recordando la cara del hombre al ver el chapoteo y cómo salió corriendo hasta su coche.

—Ayer estuve hablando con Jacob y me explicó que tú solo vas a sustituir al grupo de sectatores que están al cargo de Lucía —dijo sería cambiando de tema.

—Sí, esa es la idea —contesté.

—¡Y pretendes no llamar la atención con esa ropa! —dijo riendo otra vez.

—¡Vale ya! —dije antes de reír.

—Es que estás supergracioso —dijo apreciando mis ropajes.

—Ya lo sé, soy único —dije riendo.

—Bueno, pues antes de eso te compras algo decente…, ¡o por lo menos te haces con una plancha como Dios manda! —dijo antes de empezar a reír.

—Pues tú tampoco eras tan graciosa en Londres. ¿Qué te ha pasado? ¡¿No estás acostumbrada y el sol te ha frito el cerebro?! —contrataqué antes de reír.

Ella también rio antes de contestarme.

—No sé de qué me hablas, yo soy una chica seria y formal —dijo intentando aparentar seriedad.

Ambos reímos juntos hasta que decidimos que era el momento de hablar de la razón por la que yo estaba allí.

—Entonces, ¿cuándo empiezo? —le pregunté.

—Bueno, este grupo de sectatores se vuelve a Londres en dos días. Sería ideal que para entonces tú estuvieses al doscientos por ciento —contestó.

—Entiendo, ¿crees que se puede hacer? —pregunté.

—Por supuesto —dijo afirmando con la cabeza—. Si Jacob ha creído en ti para este cometido es porque estás preparado. Y si él confía en que puedes hacerlo, yo también. El líder de los sectatores te ha encomendado la tarea que él personalmente querría hacer de no ser por su posición. Vas a cuidar de una persona que es muy importante para él y por eso tienes que hacerlo mejor que perfecto.

—Lo sé, y no defraudaré a nadie —contesté.

—Estoy segura de ello —dijo convencida—. Ahora debemos marcharnos, hay cosas de las que tengo que hablarte y prefiero hacerlo mientras damos un paseo —añadió.

—Entiendo —dije.

—Si no te da vergüenza pasear con alguien cubierto con este pelaje, entonces cuando tú quieras.

Ella rio.

—Bueno, valoraré la situación una vez que hayamos andado un poco. Si veo que causas mucho alboroto cancelaré el paseo —dijo

antes de levantarse.

Ambos reímos y yo me levanté también, ella me cogió del brazo y como si fuéramos pareja salimos del hotel. Anduvimos a través de las calles peatonales que hay a lo largo del canal y cuando tuve la ocasión me compré una gabardina con la que conseguí ocultar mis vergüenzas. Durante ese tiempo mantuvimos una larga e interesante conversación en la que hablamos de los dielibus y sus posibles intenciones, de los movimientos que había realizado Lucía durante los años pasados y de las acciones que debería emprender en caso de que ella se viera envuelta en una situación de peligro.

Holly era una chica excepcional, hablaba de temas complejos con una sencillez admirable a la vez que me recordaba los pequeños detalles a tener en cuenta en todo momento, había tenido mucha suerte teniéndola a ella como madrina. Una de las cosas que me aclaró fue el origen del nombre dielibus, hasta entonces yo pensaba que era un simple nombre inventado por Gritze y Plekth con el que intentaron darle el pasado que su grupo no tenía, ya que se fundaron poco después de que sus cabecillas fueran aceptados entre los sectatores, antes de que Blake fuera elegido como su líder. Pero lo cierto es que el nombre de dielibus no era simplemente un nombre al azar y, aunque representase a una organización recién constituida, también tenía su origen en el latín, como el de los sectatores, aunque este era el resultado de la unión de dos palabras: *diebus* y *fatalibus*, que juntas significan «predestinado». El nombre de sectatores, por el contrario, había sido el original desde la creación de la orden en tiempos posteriores a Godofredo y, como yo imaginaba, significaba «los seguidores».

En cuanto al plan de vigilancia de Lucía, Holly me aconsejó que lo más importante en aquel tipo de misiones era la naturalidad, algo absolutamente crucial para no levantar ningún tipo de sospecha en la persona a la que se seguía y en sus círculos cercanos. También hablamos de mi alojamiento en Zúrich y del tiempo estimado que permanecería allí hasta que alguien me relevase. Holly había encontrado un apartamento en el mismo edificio en el que alquilaba el suyo Lucía y estaba en trámites de compra con el vendedor, sería una buena inversión para los sectatores, ya que no poseían demasiadas propiedades en una ciudad que se consideraba ideal en la logística de la orden. En principio, habían acordado que permaneciese seis meses en Zúrich desde el momento en el que me instalase en el nuevo apartamento y, una vez transcurrido ese tiempo, tendríamos una reunión en la que valoraríamos ciertos aspectos de mi nuevo trabajo. Holly me dijo que aclimatación, experiencia y motivación eran básicas para mi continuidad en Zúrich. A mí me pareció genial y con ello vi una puerta abierta a permanecer más tiempo al lado de Lucía sin

levantar sospechas dentro de nuestra orden, algo me decía que posiblemente Max estuviese detrás de aquella estrategia en la que parecía sencillo prolongar mi estancia cerca de Lucía tanto como quisiera.

El día pasó entre risas y planes para mi nuevo cometido cuando, sin darnos cuenta, llegó la hora de despedirse, yo me moría de ganas por preguntarle a Holly cuándo podría ver a la persona que más añoraba en el mundo, pero en el último momento decidí guardar silencio antes de poner en riesgo lo que tanto me había costado. Lo último que quería era mostrar la profunda ansiedad que corría desenfrenada por mis venas. Entramos en mi hotel y fuimos hasta recepción, donde Holly pidió un taxi, después volvimos fuera y continuamos con las bromas hasta que el taxista nos informó de su llegada haciendo sonar el claxon levemente. Nos despedimos varias veces sin ánimo de dejar de hablar hasta que ella se dio cuenta de la hora que era, entonces me dio un abrazo y se alejó envuelta en el sonido de sus afilados tacones sobre la piedra. Yo esperé hasta que ella entró y cuando el taxi inició la marcha me despedí de ella. Holly sonrió y continuó mirándome hasta que el vehículo desapareció tras la fachada del hotel. Yo me quedé allí pensando en el día que acababa de tener y después de un rato una brisa de aire frío me recordó que era el momento de descansar. Entré en el hotel y me dirigí hacia los ascensores. Cuando pasaba frente a recepción, la chica que nos había atendido antes me habló.

—Es muy guapa —dijo sonriendo.

—Lo es —contesté.

—Hacen una pareja excelente —dijo después.

Yo sentí cierta vergüenza y un irrefrenable impuso por justificar la situación.

—Ah…, muchas gracias —dije casi tartamudeando—. Pero soy un hombre casado.

A la chica le cambió la cara.

—Perdóneme, señor —dijo alarmada—. Solo quería ser agradable —añadió.

—No se preocupe, no tiene importancia —dije.

—Que pase una buena noche —dijo mientras se apresuraba a sentarse frente al ordenador sin poder disimular el apuro.

—Hasta mañana, que tenga una noche tranquila —dije sonriendo mientras comenzaba a andar de nuevo en dirección a los ascensores.

La chica no dijo nada más y cuando subía en el ascensor me di cuenta del fallo que acababa de tener, otro más. David Holste nunca

había estado casado y aunque aquella chica de recepción posiblemente solo quisiera olvidar el malentendido, acababa de exponerme de la forma más estúpida. Si quería sobrevivir sin poner a Lucía en peligro, y especialmente en aquel momento en el que potencialmente estaba a punto de enfrentarme a los dielibus, no podía arriesgarme con tanta facilidad. El ascensor se detuvo en la planta y, decepcionado por mi falta de agudeza, anduve hasta la habitación. Fui directo a la ducha y después me fui a dormir. No podía comprometer todo lo que había conseguido por un error tan tonto como el que acababa de cometer.

Al día siguiente me desperté con la resaca de mi decepción aún revoloteando en mi interior. Me levanté y descubrí las cortinas. El día estaba cubierto por una gruesa manta de nubes grises y llovía abundantemente. No sabía si Holly vendría a recogerme o si tenía el día libre, así que decidí bajar a desayunar. Mi ropa seguía siendo un desastre, pero al menos ahora tenía la gabardina, que lo tapaba todo. Bajé y en recepción me dieron los buenos días, el turno había cambiado y la chica que vi la noche anterior ya no estaba.

—¿Hay algún mensaje para el señor Holste? —pregunté a un chico que estaba libre.

—No, señor, ¿espera algo? —me preguntó después de comprobar el ordenador.

—La verdad es que no estoy seguro —contesté antes de añadir—: Estaré en la cafetería en caso de que llegue algo —dije indicándole con el dedo.

—Perfecto —contestó él.

Yo me dirigí hacia la cafetería y el chico mantuvo sus ojos en la pantalla de su ordenador. Desayuné algo y volví a pasar por delante de recepción con cierta parsimonia, si había algo para mí seguro que al verme les refrescaría la memoria, pero no dijeron nada y tuve que alejarme. Cuando presionaba el botón para hacer bajar el ascensor, el mismo chico de antes se acercó con prisa.

—Señor Holste, hay un mensaje para usted —dijo dándome un pequeño sobre.

—¿De verdad? —pregunté aparentando sorpresa.

—Parece que sí —dijo cuando se retiraba con una sonrisa.

—Gracias —le dije.

El ascensor llegó y me introduje en él observando el sobre, esperé a que las puertas se cerrasen y entonces lo abrí. Era Holly, había surgido algo inesperado y se disculpaba por no poder quedar conmigo. Esperaba que no me enfadase mucho con ella y me prometía que prefería pasar el día conmigo que trabajar en lo que debía remediar. Metí el sobre en mi bolsillo y nada más llegar a mi planta presioné el

botón para bajar al vestíbulo de nuevo.

Salí del hotel y paseé bajo la lluvia durante horas, me compré ropa nueva, comí en un restaurante especializado en hamburguesas, compré el periódico y continúe paseando hasta que oscureció con la esperanza de que tras una esquina o a la salida de uno de los establecimientos que había por allí podía encontrarme con Lucía. El alumbrado urbano me recordó que era el momento de volver al hotel y con la esperanza de que el día siguiente sería mejor regresé a mi habitación. La panorámica desde mi ventana seguía siendo hermosa, aunque el paso del tiempo y mi mente puesta en la posibilidad de otro día como el que había tenido, hicieron que las luces de aquel cuadro no parecieran tan mágicas como la noche en la que llegué. Con cierto desánimo llamé al *room service* y pedí algo de comer, me duché y a los veinte minutos estaba cenando con la televisión puesta de fondo. Cuando terminé, saqué el carrito al pasillo y después de cambiar de canal unas doscientas cincuenta y tres veces sin encontrar nada decente que ver, me fui a dormir.

Las risas de unos críos corriendo por el pasillo me despertaron, debía ser una familia que llegó la noche anterior, porque hasta aquella mañana no había visto o escuchado niños durante mi estancia en el hotel. Creo que aquellas risas juguetonas me alegraron la mañana, porque me levanté con una actitud totalmente diferente. Solo quedaban unas horas para que el grupo de sectatores que había estado al cuidado de Lucía se marchase a Londres y llegase mi turno, con un poco de suerte Holly habría terminado con sus asuntos y podríamos hacer algo juntos. Me vestí con lo que había comprado y bajé a desayunar con una sonrisa, creo que también contribuyó a mi estado de ánimo que la ropa que llevaba estaba planchada y el sol radiante que había en el cielo inundando todo de claridad, nada que ver con el color gris del día anterior.

Salí del hotel y desayuné en una cafetería cercana donde horneaban su propia bollería, todo un capricho para empezar la mañana. Cuando fui a pagar, caí en la cuenta de que me había olvidado la cartera en la habitación, al verme hacer el gesto típico de la cartera olvidada la chica de la caja me miró con cara de pocos amigos y no me quedó otra que comenzar a buscar en todos los bolsillos para intentar reunir lo suficiente para poder pagar. Las pocas monedas que tenía no eran suficientes y cuando intentaba explicarle a la dependienta, el hombre que esperaba para pagar detrás de mí puso lo que faltaba para satisfacer la cuenta. Yo le agradecí varias veces el haberme sacado de aquel aprieto y, aunque le dije que me hospedaba en un hotel cercano y que podía devolverle el dinero, él insistió en que no era necesario. Tras aquello, fui en busca de mi cartera y cuando regresaba de mi habitación una chica de recepción me detuvo para darme otro sobre.

Holly quería que nos viésemos, estaría a las once en el vestíbulo del hotel. Como eran las diez y media, me senté en la zona de los sofás y esperé.

—Con esa ropa es difícil reconocerte —dijo Holly aproximándose.

Yo la miré y fruncí el ceño bromeando. Ella rio.

—Es verdad, pareces una persona normal —añadió.

—Qué graciosita eres, te voy a recomendar para bufona oficial de los sectatores —dije riendo.

—¡¿Has dicho bufona?! —exclamó—. ¿Me acabas de llamar bufona? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, sí… —respondí, y añadí—: Aunque quizás quise decir comediante.

Ambos reímos.

—Creo que la próxima vez que me reúna con Jacob voy a tener una interesante conversación sobre ti… Ya verás cómo se las gasta esta bufona —dijo con una sonrisa.

—Perdone mi torpeza, bella mujer… —dije siguiendo el juego.

—¿Bella mujer? —preguntó intentando disimular que le había gustado.

—Eh… Mis disculpas, excelentísima señora, solo un rufián como yo sería incapaz de apreciar sus divinidades. Dios me libre de mi evidente estupidez y de su cólera —dije ambientando con gestos y mis manos.

—Eso ya es otra cosa —dijo intentando parecer seria—. Secretario —añadió antes de comenzar a reír.

Ambos reímos y reímos, Holly se fue aproximado a mí y con toda naturalidad me dio un fuerte abrazo que me pilló por sorpresa.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo misteriosa.

—¿De verdad…? —dije—. ¿No será una plancha? —pregunté.

—¡Ya lo has estropeado! —dijo antes de reír.

—Yo lo sé todo… —dije seguro.

—Bueno, lo cierto es que en el apartamento quizás haya una plancha, no estoy segura porque no tuve tiempo de comprobarlo —respondió.

—¡Qué! ¿Conseguiste arreglarlo todo? ¿Compraste el apartamento? —pregunté contento.

—Sí, ¡ya no tendrás que vivir en el hotel y te puedes mudar cuando quieras! —dijo orgullosa—. Estoy segura de que echarás de menos las vistas, pero con el tiempo harás de él tu casa.

—Ojalá estuviese ya instalado allí, va a ser genial —dije ilusionado

—. ¿Y Lucía, la mujer a la que protegemos, dónde vive? —pregunté.

—Eso es lo mejor, ¡vive en la puerta de enfrente! —respondió satisfecha de su trabajo.

En aquel momento sentí como si el mundo se hubiera parado y en mis oídos se hubiese instalado un pitido. Iba a vivir en el piso de enfrente a Lucía, podría verla salir y entrar de casa, incluso hacerme amigo suyo y con el tiempo hacer cosas juntos… La vida era simplemente maravillosa.

—Víctor… —dijo una voz—. Tierra llamando a Víctor… —añadió antes de hacerme volver a la realidad.

—Perdona, me he despistado pensando en lo que me gusta esta ciudad y lo que voy a disfrutar teniendo mi propia casa —dije excusando mi ensoñación.

—¿Podré venir a visitarte de vez en cuando, no? —me preguntó.

—Cuando tú quieras, es tu casa —contesté.

—Pues lo haré, porque Zúrich siempre me ha parecido una ciudad romántica y me encanta pasear por sus calles —dijo.

—Sí, la verdad es que tiene algo —añadí—. Estoy seguro de que lo más especial que posee esta ciudad se llama Holly… —dije sonriéndola.

En aquel momento solo quería agradecerle a aquella chica que vino a estudiar al café donde trabajaba todo lo que había hecho por mí, y creo que lo más justo hubiese sido abrazarla durante un día entero, pero como sería un poco violento, decidí que haría del tiempo que pasásemos juntos algo para recordar.

Ella me miró y sin decir nada me sonrió. Hubo un largo silencio hasta que yo lo rompí.

—¿Cuándo se marchan los sectatores hacia Londres?

—Esta tarde, a las tres sale su vuelo —contestó.

—¿Cuando crees que podría mudarme? —pregunté inmediatamente después.

—Pues la verdad es que cuando tú quieras —contestó—. Tengo las llaves aquí, en el bolso. Sube a por tus cosas y te ayudo a instalarte —añadió.

—No me lo digas dos veces… Tardo dos segundos, espérame aquí —contesté.

—Sí, no creo que te lleve mucho hacer la maleta —dijo antes de reír—. Y asegúrate de que doblas todo bien para que no se arrugue… —dijo de guasa.

—Lo que tengo que aguantar… —murmuré en voz alta—. ¿Cuándo

decías que volvías a Londres? —pregunté.

—¡A este paso nunca! —contestó antes de comenzar a reír.

—Qué graciosa… —dije negando con la cabeza antes de dirigirme al ascensor.

La verdad es que congeniábamos mejor de lo que yo creía. Durante el tiempo que estuve aprendiendo de ella tras unirme a los sectatores, Holly se comportó de una manera totalmente diferente, aunque tal vez el que actuó de forma inusual fui yo. Puede que solo fuera la situación, porque entonces era más rígida debido a las circunstancias y ahora era todo lo contrario. De todas formas, lo que era cierto es que la Holly de Londres no tenía nada, o al menos muy poco que ver con la Holly de Zúrich.

Hice la maleta en un abrir y cerrar de ojos y bajé dispuesto a parar el mundo. Me despedí de recepción después de agradecerles las atenciones del hotel durante mi estancia y salí fuera con Holly. La mañana había volado y pensamos en buscar algún sitio para comer antes de ir al apartamento. En una de las calles cercanas al hotel encontramos un restaurante italiano bastante agradable en el que comimos y reímos hasta que el camarero amablemente nos informó de que estaban cerrando. Avergonzados y a la vez sorprendidos por lo rápido que había pasado el tiempo, pagamos y cogimos un taxi hasta el lugar donde iba a vivir. Era un edificio con buena presencia, cuidado y elegante, pero sin destacar demasiado. Cuando aún estábamos en el taxi, Holly habló.

—Estas son las llaves —dijo sacando las llaves de bolso y sujetándolas con la mano para que yo las cogiese.

—Muy bien, pues entonces vamos —dije mirando a las llaves primero y después a ella.

No entendía qué estaba ocurriendo.

—Yo no puedo subir en este momento —dijo ofreciéndome las llaves otra vez.

—Venga ya, me estás tomando el pelo de nuevo —dije riendo.

—No, te estoy hablando en serio —dijo inexpresiva.

—No entiendo nada —dije cambiando la sonrisa por la confusión.

—Lucía me conoce y a esta hora del día hay una probabilidad muy alta de encontrarnos con ella en alguna de las zonas comunes del edificio —dijo seria.

Yo me quedé boquiabierto, acababa de decir que conocía a Lucía. No entendía lo que estaba ocurriendo allí. Después de unos segundos de indecisión pedí al taxista que diese la vuelta y nos llevase al lugar

donde nos había recogido. En un principio Holly quiso protestar mi decisión, pero se detuvo antes de terminar la primera palabra que salió de su boca. Durante el camino de vuelta no hablamos, ella puso las llaves de vuelta en el bolso y se limitó a reposar la cabeza sobre el respaldo y ver la ciudad tras las gafas de sol que protegían sus ojos. Yo tampoco hablé mientras intentaba entender qué ocurría. ¿Cómo podía conocer Holly a Lucía hasta el punto de que podría reconocerla?

Cuando llegamos al restaurante italiano, pagué al taxista y salimos del coche en silencio. Una vez que el vehículo se marchó, hablé.

—¿Podemos ir a algún sitio menos concurrido, por favor?

—Entremos en aquel café —dijo ella después de divisar un establecimiento y señalarlo con el dedo.

Ambos anduvimos hasta el sitio y nos sentamos en un rincón al lado de la ventana. El café estaba desierto y era perfecto para una conversación profunda.

—Quizás no haya sido la mejor reacción que podía haber tenido, pero estoy desconcertado —empecé a decir—, ¿por qué no me lo has dicho antes? —pregunté.

—Víctor, no seas ridículo —dijo mirando a través de la ventana—. ¿A estas alturas y aún no te has dado cuenta? —dijo antes de hacer una pausa—. Llevo en los sectatores años y durante ese tiempo he desempeñado todo tipo de misiones. Muchas de ellas se clasificaron como confidenciales en el momento en el que se abrieron y todavía permanecen de esa manera.

—Sí, puedo entenderlo —dije.

—Pero ¿por qué no me has dicho nada? —pregunté.

—Porque fue una de esas operaciones secretas que aún hoy, camino de los siete años, continúa activa —contestó—. Desde la traición de Gritze y Plekth, en los sectatores se tomó la decisión de que se evitaría compartir información privilegiada con otros miembros. Así se evitaría el riesgo de filtrar datos exclusivos a terceros, como ocurrió con esos dos idiotas cuando les permitimos conspirar contra nosotros —dijo.

—Entiendo, pero ¿no crees que debería estar al corriente de tu implicación? Por si se me ocurre nombrarte, por ejemplo —dije explicándome.

—Poco probable si mañana regreso a Londres —contestó desvelando sus intenciones.

—¿Qué? —me quejé sorprendido.

—Es lo que hay, Víctor, me necesitan en otro sitio —contestó claramente contrariada.

Hubo un silencio en el que me imaginé a mi hermano pidiéndole

que volviese a Londres hasta que Holly me habló.

—Bajo el mandato de Blake, me ordenaron cuidar de Lucía justo después de la tragedia que vivió y le costó la vida a su marido. Me hice pasar por enfermera en el Bristol General para asegurarme de que se recuperaba sin que los dielibus se entrometiesen. Y la verdad es que tuve que emplearme a fondo porque incluso los dos indeseables esos que les dirigen se presentaron allí. Les sorprendí en la habitación de Lucía, imagínate… La estaban interrogando.

Yo tragaba saliva y me movía inquieto en la butaca pensando en lo que pudiera haber sufrido Lucía en mi ausencia. Me daba miedo que esos episodios la hubieran cambiado hasta tal punto que ya no fuese la persona que yo amaba.

—Tuve suerte de que no me reconocieran, porque de haberlo hecho el asunto se hubiera complicado bastante —dijo con la mirada perdida en el techo.

—Espera un momento… —dije intentando asimilar lo que me estaba contando—. ¿Me estás diciendo que Gritze y Plekth fueron hasta el hospital para intentar sonsacarle información a esa mujer? —pregunté.

—Lucía es familia de Jacob, pero también una testigo clave en un punto muy determinado y crítico de la historia de algo que tú y yo sabemos —dijo.

—Godofredo —respondí.

Ella hizo un gesto de afirmación, acompañado con las manos, con la cabeza.

—Entonces, ¿ella seguirá en peligro hasta que alguien de los sectatores exponga el yelmo? —pregunté imaginando.

—Sí, dejaría de ser un objetivo prioritario para los dielibus —contestó corroborando lo evidente.

—Y los altos estamentos de los sectatores, ¿no están al corriente de la situación de esta mujer? Podrían dar un giro de ciento ochenta grados a su vida fácilmente. ¿Por qué no lo hacen? —pregunté contrariado sabiendo que era una pregunta caliente.

A Holly claramente le incomodó mi pregunta, no era algo que le agradara contestar. Pasó un buen rato deliberando si debía responder o no hasta que por fin habló.

—Solo porque Jacob me ha dicho que confía plenamente en ti y porque en el tiempo que hemos compartido juntos me has demostrado que eres una persona de fiar… Pero esto no debe salir de aquí bajo ningún concepto —dijo seria y a la vez nerviosa.

Yo afirmé con la cabeza sin decir nada.

—Los sectatores nos esforzamos en aparentar que estamos en posesión del casco de Godofredo, somos sus guardianes y por eso deberíamos tenerlo bajo nuestra protección, pero lo cierto es que desconocemos su paradero. Jacob intenta atraer toda la atención de los dielibus hacia nosotros mientras destina grandes cantidades de recursos en buscar la reliquia.

»Los dielibus intentan unir las piezas del puzle que les guíen tras el rastro del yelmo y, en cierta manera, intuyen que está en nuestro poder, pero si se enterasen de que realmente no lo poseemos, estaríamos perdidos. Sería una carrera en la que ambos tendríamos las mismas posibilidades de encontrarlo y el riesgo de que ellos se hiciesen con él antes que nosotros es algo difícil de digerir… Sería el fin, por eso Jacob quiere evitarlo a toda costa.

—Entiendo —dije pensativo—. Pero esta pobre mujer está soportando una carga que tal vez no desea —añadí.

—Lucía no tiene idea de lo que se cierne sobre ella, está librando su lucha sin saber que se encuentra en medio de un gigantesco campo de batalla en el que dos sociedades secretas mantienen una guerra silenciosa que ya dura años, pero… tan pronto como lo encontremos nos encargaremos de que a los dielibus les quede claro que está en nuestra posesión y en ese momento será libre… Será el momento de un combate abierto sin daños colaterales como Lucía —añadió.

—¿Crees que Jacob lo encontrará? —pregunté valorando las posibilidades.

—Estoy segura de que lo hará —contestó.

Si mi hermano estaba estrechando el cerco al yelmo, quizás fuese más inteligente ayudarle con el casco de Godofredo para liberar a Lucía, aunque si me dedicaba a buscarlo dejaba a Lucía desprotegida hasta que lo encontrásemos.

—Yo podría ayudar en la búsqueda del casco —dije sin estar seguro de que el camino por el que me llevaban mis palabras fuera el mejor.

—Jacob ha pensado en ti para que protejas a Lucía y eso es lo que debes hacer —dijo negando con la cabeza—. Si él hubiese pensado que serías de más ayuda en la búsqueda es lo que ahora mismo estarías haciendo en vez de estar aquí —añadió.

En ese momento pensé que quizás no le di opción de decidir cuando le conté quién era realmente, Max se vio forzado a mandarme al lado de Lucía sin pensar que tal vez fuese más valioso buscando el yelmo.

—Ahora debes hacer lo que has venido a hacer aquí y en nuestra reunión dentro de seis meses, si has cambiado de opinión y los sectatores no lo han encontrado todavía, podrás hablar con Jacob de tus inquietudes… —dijo antes de continuar—. Y él será el que decida qué es lo mejor para los sectatores —concluyó.

Si tan solo era cuestión de seis meses, tenía claro que prefería quedarme con Lucía. Intentaría hacerme su amigo y apartarla de aquella vorágine de insensatez lo antes posible, aunque a la vez ella estaba protegida por la policía, con la detective y los sectatores, una coalición que había funcionado manteniéndola a salvo durante años en mi ausencia.

—¿Cómo conociste a Blake? —pregunté.

—A través de su hija Sara, éramos muy amigas hasta que ella se marchó —respondió.

—¿Él te introdujo en los sectatores? —pregunté.

—Sí, estaba perdida en el mundo y… esta gran familia me acogió con los brazos abiertos, entre ellos encontré mi lugar —contestó.

Parecía que iba a ser la hora de hablar de mi pasado como David Holste, así que evité que la conversación me arrinconase.

—Entonces, ¿cuál era tu idea de ayudarme a instalarme en el apartamento? —pregunté cambiando de tema.

Ella rio antes de contestarme.

—Bueno, era básicamente que tú subirías, colocarías tu ropa en el armario y más tarde, a la hora en que Lucía está siempre en casa, llevaría algo de cena.

—Ah, menos mal que hemos venido, con tu idea me hubiese pasado toda la tarde metido en el apartamento —contesté.

Ella rio de nuevo.

—Bueno, lo que yo pretendía era que intimases un poco con la plancha y os conocieseis bien antes de volver a Londres, hubiese sido divertido, ¿no? —Y rio otra vez.

—Qué graciosa… la bufonita… —contesté.

Ambos reímos durante un buen rato, el ambiente se había relajado bastante con aquellas bromas y todo parecía haber vuelto a la normalidad después de ese momento de tensión.

—Bueno, lo que tenemos que hacer sin falta son unos deberes que he traído —dijo aún riendo.

—Seguro, pues me he dejado la calculadora en Londres, así que mejor los haces tú —dije y ambos reímos.

—Te estoy hablando en serio, venga, que es importante —dijo sacando unos papeles de su bolso.

—¿Qué es eso? ¿Un listado de las planchas mejor valoradas por los consumidores de los últimos cinco años? —dije antes que ambos riésemos otra vez.

—Venga ya, Víctor, esto es serio… —dijo Holly intentando

contener la risa.

—Muy bien, ya me pongo serio. ¿De qué se trata? —dije intentando no reír.

—Esto es un listado de los movimientos y horas de Lucía —dijo poniendo los folios sobre la mesa y recorriendo con el dedo los datos.

Yo me puse recto al instante, realmente era importante.

—Como puedes ver, repite la misma rutina cada día. Algo que es de mucha ayuda, porque cualquier cambio en sus costumbres debe hacerte sospechar —dijo explicándome.

—Esta es la rutina de Zúrich, ¿no? —pregunté.

—No, esta es la rutina que ha seguido durante los últimos años sin importar el lugar donde se encontraba. Por eso es tan importante que si detectas el mínimo cambio nos informes —dijo mirándome a los ojos fijamente.

—Es un poco extraño que haga siempre lo mismo, ¿no te parece? —pregunté.

—Eso mismo pensé yo cuando me lo dijeron, pero lo cierto es que posiblemente sea algo que haya acordado con la detective con la que trabaja —contestó—. Es una manera de protegerla, si hay cualquier cambio en su rutina se disparan las alarmas —añadió—. Si sabes que sistemáticamente cada mañana sale a comprar a las diez y cuarto para regresar a las once y veinte… —continuó, haciendo una pausa— debes esperar que durante esa ventana de tiempo, si suena el teléfono en su apartamento, nadie conteste. Al igual que si miras aquí —dijo señalando en el papel—. A partir de las siete de la tarde siempre está en casa, si la ves salir después de esa hora deberías sospechar —sentenció antes de reclinarse en su silla.

—Entiendo —dije—. ¿Qué información tenemos de la inspectora? —pregunté.

—No mucha, la verdad, siendo policía es más complicado investigarla —dijo antes de seguir—. Sabemos que dejó su puesto en la comisaría después de perder a su compañero en la mansión Rivalcielli, aunque aún mantiene contactos y amigos en la policía. También sabemos que ha viajado junto a Lucía en cada desplazamiento y que en esos destinos ambas viven en lugares separados permaneciendo un tiempo indeterminado hasta que vuelven a moverse. La inspectora nunca ha dejado sola a Lucía, desconocemos si tiene familia o no, pero durante estos años siempre ha estado a su alrededor. Tenemos constancia de que siguen a Omar, un antiguo miembro de los sectatores que se vendió a los dielibus por un puñado de sucios billetes. El traidor malnacido participó en el asalto a la mansión Rivalcielli y en el secuestro de Blake. Creo que esas dos

mujeres van buscando saciar su sed de venganza, y espero que lo consigan pronto —sentenció.

—Sin duda esa mujer está del lado de Lucía, y si está de su lado también lo está del nuestro —dije.

—Sin ninguna duda —dijo segura.

—Hay algo que no deja de martillearme en la cabeza desde que hemos hablado de Blake y el paradero del casco —dije frotándome la frente y dejando a un lado lo relacionado con Omar.

Holly guardó silencio para que yo continuase.

—Blake falleció ya hace algún tiempo y… —dije antes traer conflicto a la conversación— ¿cómo puede ser que el maestre de los sectatores se fuese a la tumba sin revelar el lugar donde escondió el casco?

Los ojos de Holly se abrieron como platos al escuchar mi pregunta. No se lo esperaba.

—¿Cómo pudo dejar su puesto a Jacob como nuevo maestre sin decirle dónde se encuentra la reliquia más importante de la orden?

Holly parecía estar entrando en ebullición, debía estar pensando cuánto echaba de menos su vida lejos de mí.

—¿Acaso no confiaba en los sectatores y la situación en la que los dejaba…? No consigo entenderlo —sentencié.

Ella se tomó su tiempo en contestar, no paraba de ajustar una y otra vez todas las esquinas de las hojas de papel que había traído con los movimientos de Lucía.

—Víctor… —dijo fija en su tarea—. Te estoy empezando a odiar. Eres el alumno más entrometido y descarado que he tenido nunca.

Yo tragué saliva y me sentí mal por ponerla en aprietos después de lo maja que era conmigo.

—Lo siento —contesté—. No me contestes si no lo crees apropiado —añadí.

—No es eso, Víctor, es lo que hemos hablado hace un momento —dijo antes de seguir—. Pienso que todos los sectatores deberíamos estar al corriente de la situación exacta en la que se encuentra la orden, aunque después de lo ocurrido con Blake se probó que era un error. Si te cuento lo que ocurrió abro esa información a otro círculo que potencialmente podría abrirse a otro más grande y terminar como estábamos con Blake. Una situación de igualdad que al final nos llevó a la guerra —dijo.

Yo permanecí en silencio mientras ella meditaba qué hacer durante un buen rato.

—Aunque, por otro lado, aún recuerdo que el mismo Blake te dio

detalles del casco de Godofredo y eso… significa que debió confiar en ti. Si desvelas esta conversación a alguien arruinarías mi vida en todos los sentidos, no solo en lo relacionado con los sectatores —dijo mirándome a los ojos.

—Eso no ocurrirá jamás, tienes mi palabra —dije devolviéndole la mirada.

Holly cogió aire y después de meditar lo que estaba a punto de hacer, comenzó.

—Blake conoció a Jacob en algún momento entre su desaparición y su renuncia al puesto de maestre en los sectatores. Lo cierto es que nadie sabe cuándo ni en qué circunstancias, pero fue una sorpresa totalmente inesperada que el mismo día que apadrinó a Jacob renunciase a su puesto en favor del nuevo miembro. Aparte de sorprendernos a todos, aquella incomprensible jugada generó cierto malestar entre algunos de los miembros más antiguos de la orden, que con la renuncia ya se veían como nuevos maestres.

»Blake traspasó todos sus poderes a Jacob y después, en una reunión secreta con los miembros más avezados, justificó su decisión y se marchó. Ninguno de los miembros que presenciaron aquella reunión objetó la decisión de Blake y todos ellos honraron a Jacob como nuevo maestre. Se dice que antes de marcharse Blake entregó a Jacob algo en lo que aparentemente está cifrado el paradero del casco de Godofredo pero, debido a las circunstancias, Jacob no se ha manifestado al respeto. En mi opinión, no lo ha hecho porque afirmar su existencia significaría admitir abiertamente que el casco no está en nuestra posesión…

—Está encallado en una encrucijada hasta que lo encuentre —interrumpí.

—Exacto, porque si lo niega nos haría a los sectatores un grupo más débil y fragmentado, ya que los que sabemos que el casco no está entre nosotros sabríamos que nuestro líder nos estaría mintiendo —dijo Holly.

—Claro, afirmar que tiene ese papel es como decir que los sectatores no lo poseen y lo están buscando, pero si niega su existencia deja entrever que los sectatores tienen el casco en su poder, cuando vosotros, que estáis al corriente de la situación real, sabéis que no es verdad —dije—. Un líder que miente es el abono perfecto para otra rebelión —añadí pensativo.

Después de un tiempo en el que ambos nos perdimos en nuestros pensamientos, yo rompí el silencio.

—Te agradezco mucho que me lo hayas contado todo. Te prometo que no te arrepentirás de haberlo hecho. Gracias a ti, ahora entiendo

muchas cosas que antes permanecían en mi cabeza colgando de un hilo —dije.

—Me alegro de que te haya ayudado, ahora creo que deberías ir a tu nuevo apartamento y asegurarte de que Lucía Rivalcielli sigue su rutina, más tarde me pasaré a hacerte una visita con algo de cenar —dijo dándome los papeles con las llaves del apartamento.

—Me parece una buena idea —dije a la vez que cogía los documentos.

—Pues vamos, que se te hace tarde —dijo levantando la mano para que nos trajeran la cuenta mientras recogía sus cosas.

Yo me apresuré a pagar y después de aguantar sus quejas y una disertación sobre el machismo y las normas de las buenas maneras de un caballero, salimos fuera, donde nos despedimos con un abrazo y ambos cogimos taxis diferentes.

Estaba atardeciendo en Zúrich cuando nos pusimos en camino hacia mi apartamento. En una esquina, tras el cristal de la puerta trasera de aquel taxi, observé cómo poco a poco los colores de la ciudad comenzaban a mudar su aspecto en un ritual con el que se enfrentarían al mundo de las sombras una noche más mientras Marco Rivalcielli, oculto tras el joven David Holste, se acercaba nervioso al encuentro de Lucía.

CAPÍTULO XXXV

El taxi me dejó frente al edificio acompañado de mi maleta, saqué la llave del bolsillo y con la mano temblorosa abrí la puerta de entrada al vestíbulo. La gente pasaba constantemente por la calle envuelta en sus conversaciones mientras yo permanecía de pie, inmóvil en la entrada. Después de un tiempo, comencé a andar en medio de la penumbra que las luces del exterior creaban hasta que el sensor me detectó y las luces iluminaron la sala. Localicé el ascensor en un lateral y subí a la cuarta planta. El edificio estaba completamente teñido en un silencio casi estremecedor, parecía que era el único habitante de todo en el complejo. Mi apartamento era el número dos y se encontraba al final del pasillo, justo enfrente del número uno, el de Lucía. Anduve hasta la puerta y la abrí con cuidado intentando no hacer demasiado ruido. Busqué a oscuras el interruptor de las luces palpando la pared hasta que lo localicé, nada más hacerlo metí la maleta y cerré la puerta. El apartamento tenía un amplio salón con una inmensa ventana que lo recorría de un extremo a otro, a la derecha se encontraba una cocina de diseño moderno separada del salón por una barra con tres taburetes. A mi izquierda había dos puertas, tras ellas se encontraban dos habitaciones de tamaño similar con armarios empotrados y su propio cuarto de baño. Solté la maleta en una de las habitaciones y volví al salón, donde descorrí las cortinas y encendí la televisión. Hice amago de sentarme en el sofá, pero rápidamente me levanté y fui a inspeccionar la cocina. No había nada ni en el frigorífico ni en los armarios e inmediatamente entendí por qué razón Holly había planeado traerme la cena, ella ya sabía que el apartamento estaba limpio.

Cuando curioseaba por el salón escuché un ruido en el pasillo y corrí con sigilo hasta la mirilla de la puerta, era un vecino que vivía en uno de los apartamentos al comienzo del corredor, abrió la puerta y entró en su casa llevando varias bolsas de la compra. Una vez desapareció, me quedé fijo en la puerta de enfrente, eran más de las

siete y con toda seguridad Lucía se encontraba en su interior, a tan solo unos metros de mí. La había encontrado y, aunque lo único que quería era llamarla y contarla quién era, que había vuelto para estar a su lado y no separarme jamás de ella, pensé en lo que me advirtió Riario y en Víctor. Entonces volví al sillón y decidí que tan pronto como comenzase el siguiente día, desarrollaría una estrategia para volver a su lado.

Alguien llamó a la puerta golpeándola tres veces, me levanté preocupado y sin hacer ruido me acerqué a la mirilla. Era una mujer con gafas de sol, un pañuelo cubriendo su cabeza y un abrigo largo. Holly debió escuchar cómo me acercaba a la puerta y levantó una bolsa blanca para que pudiera verla.

—La cena —articuló con sus labios.

Abrí la puerta inmediatamente y la sonreí. Ella entró con cuidado y mirando al suelo, parecía que con las gafas de sol no veía demasiado y temía tropezar. Una vez pasó dentro, cerré la puerta con delicadeza para no hacer ruido.

—¿Qué haces llevando gafas de sol a estas horas? —pregunté riendo.

—Traerte la cena, desagradecido —dijo.

—Y… ¿el atuendo? —pregunté antes de continuar—. Me imagino que será para el frío, porque si es para pasar desapercibida te prometo que no funciona —dije volviendo a reír.

—Mira qué gracioso se ha vuelto el señor… —dijo quitándose las gafas que le cubrían media cara y el pañuelo de la cabeza.

—Pero… pero si eres tú, Holly, ¡qué alegría! Por un momento pensé que eras el conserje —dije sin poder contener la risa.

—Como sigas así de graciosillo, te vas a comer la cena con bolsa incluida —me contestó haciendo un amago de atizarme con la bolsa que traía—. En vez de tirarte a mis pies en gratitud por el apartamento que te he conseguido, o haber preparado la mesa sabiendo que venía… ¿me recibes con esta basura? —dijo poniendo el abrigo sobre el brazo del sofá.

—Usted perdone, su ilustrísima… —comencé a decir mientras ella empezaba a sonreír—. Qué puede esperar de un sinvergüenza de mi categoría… Solo un océano de sinrazón…, ultraje y afrenta son mis apellidos…, señora mía…, ruego su perdón… Ojalá el cielo se lleve pronto a este canalla deslenguado… y termine con su vida de gorrón…

—Eso está mejor, te perdono —me interrumpió Holly conforme—. Pero solo por ahora… —añadió con una sonrisa.

Ambos aguantamos las risas algo más de un segundo y cuando no pudimos contenerlas más, simplemente explotamos.

Realmente Holly me caía bien, era una chica inteligente, segura de sí misma, elegante y con un sentido del humor incomparable. Si el pobre David la hubiese conocido, estaba seguro de que le hubiese dado fuerzas que necesitaba para seguir.

—¿Cómo iba a preparar la mesa si no hay cubiertos? —pregunté contrariado—. Como no quieras que ponga unos palillos, que es lo único que hay —añadí.

Holly rio.

—Por esa razón he ido a este restaurante español donde, además de cocinar cosas superricas, te dan unos cubiertos desechables decentes —dijo.

—¿De verdad? ¿Está muy lejos de aquí? —pregunté.

—Yo he tardado unos ocho minutos andando —contestó.

—¿Ocho minutos? ¿Con esas pintas andando por la calle durante ocho minutos? —dije sonriendo.

—Eso me lo he puesto en el portal… —dijo al borde de perder la paciencia—, me vas a hacer que te recuerde lo de la plancha, porque aún están hospitalizados en estado de *shock* algunos miembros del personal del hotel… —dijo riendo.

—Eso forma parte del pasado, ni lo recuerdo —dije digno.

—Pues yo sí, y si quieres te refresco la memoria. De hecho, creo que la policía emitió una orden de busca y captura —dijo riendo.

—Vale, empate —dije también riendo.

Mientras bromeábamos preparamos la mesa y servimos los platos. La cena estaba deliciosa y ambos continuamos disfrutando de la compañía. Las sobras las guardé en el frigorífico por lo que pudiera ocurrir al día siguiente y después de meter todos los envases vacíos en una bolsa de la basura, nos sentamos y charlamos con la televisión puesta. Cerca de la una de la mañana, Holly decidió que era el momento de marcharse y, aunque yo la ofrecí quedarse, ella prefirió volver a su casa porque tenía que hacer el equipaje para su regreso a Londres. Yo no insistí más porque entendí que le sería mucho más sencillo si hacía la maleta al llegar, así podría quedarse un rato más en la cama antes de ir al aeropuerto.

Cuando nos levantamos del sofá e íbamos de camino a la puerta, Holly se detuvo y su cara cambió.

—Víctor, tengo que hablar contigo de algo antes de marcharme y debo ser seria —dijo antes de seguir—. Este es mi número de teléfono personal, nada que ver con los sectatores —dijo dándome una tarjeta

en la que solo había un número escrito con bolígrafo.

—Vale —contesté.

—Si hay cualquier cambio en su rutina, o si surge algún tipo de problema…, me llamas inmediatamente a ese número —me dijo mirándome a los ojos—. Olvídate de los sectatores, me llamas a mí —y continuó—. Podrías llamar a Jacob, pero él está siempre liado con un millón de cosas. Así que me llamas a mí. Yo tengo suficiente poder para movilizar a los sectatores si es necesario, no pienses que ponerte en contacto con Londres sería más rápido o seguro.

—Entiendo, así lo haré —dije asintiendo con la cabeza.

—Y otra cosa —dijo—. Bajo ningún concepto desveles detalles de las conversaciones que tuvimos sobre los sectatores. Hay demasiadas cosas en juego y nos encontramos en un momento crítico de nuestro enfrentamiento con los dielibus. Si te descubren y pinchan tu teléfono estamos perdidos, y desconfía de la gente que sea demasiado amistosa contigo. Si te ven joven y nuevo en el barrio cerca de su objetivo, tal vez quieran reclutarte.

—Si me reclutan sería una ventaja, me infiltraría entre ellos y podría tener acceso a información —dije imaginándome la situación.

—Si te unes a ellos y al investigar tu pasado descubren que un día pasaste por delante de nuestro edificio en Londres… Sería motivo suficiente para convertirte en carne de cementerio —dijo sería—. Esta gente no se anda con tonterías —añadió.

—Vale, descartamos la opción espía —dije entendiendo la situación.

—Pues eso era todo, que pases buena noche —dijo cambiando la expresión de su cara.

Con una sonrisa abrí la puerta y ella salió al pasillo.

—Qué tengas un buen vuelo mañana —le susurré mientras pensaba en todo lo que me había dicho.

—Gracias. Y tú pórtate bien —me respondió antes de acercarse a mí y darme un beso en los labios.

Aquello me pilló de sorpresa y cuando quise reaccionar la chica pelirroja de piel clara y silueta perfecta se alejaba por el pasillo cubierta con su abrigo largo. Yo aguanté al umbral de la puerta esperando a que se girase, pero ella no lo hizo y continuó andando con sus tacones hasta que desapareció tras la puerta del ascensor. Cuando cerré la puerta me invadió un profundo sentimiento de soledad, Holly se marchaba y ahora me quedaban seis meses solo viendo a Lucía todos los días sin poder decirle la verdad, fue un momento duro que se alargó hasta que comencé recordar lo que nos

reímos Holly y yo gracias a ropa arrugada y a mi enemistad con la odiosa plancha. Durante esos días que estuvimos juntos quise que se sintiese bien a mi lado, pero lo cierto es que ella fue la que me hizo sentir bien a su lado. Tenía claro que mi lugar estaba allí, con Lucía, pero echaría mucho de menos a Holly y me arrepentí amargamente de que durante los meses que pasamos juntos en Londres en mi periodo de adaptación no hubiéramos intentado ser más las personas que realmente éramos en vez habernos concentrado en únicamente aparentar ser profesionales, porque de haberlo hecho lo hubiésemos pasado genial. Le deseaba que le fuera bien en su nueva misión y esperaba poder verla lo antes posible, especialmente ahora que la había conocido mejor me preocupaba que en aquel lugar despiadado llamado mundo, donde no había segundas oportunidades y casi cualquier cosa podía suceder por horrenda y cruel que fuera, le ocurriese algo malo.

CAPÍTULO XXXVI

A las ocho menos diez de la mañana Lucía salió de su apartamento vestida con unas mallas negras con tres líneas blancas en el lateral que le llegaban hasta la rodilla, un top de tirantes negro y una banda para el pelo a juego con el resto. Se había hecho una coleta con aquel pelo largo y negro que yo adoraba y seguía tan hermosa y atractiva como siempre, incluso hubiera jurado que en este tiempo su belleza se había multiplicado por un millón. Cerró la puerta, echó la llave y se ajustó unos auriculares blancos mientras caminaba hacia el ascensor con unas zapatillas blancas de atletismo.

Parecía increíble, pero al fin estábamos juntos, desde aquella noche en el lago no la había vuelto a ver y ahora, después de caminar entre los muertos, había regresado para estar de nuevo a su lado. No sería como en el pasado, cuando salíamos a pasear por el jardín cogidos de la mano, pero tenía seis meses para hacer que se pareciese tanto como fuera posible a aquellos días que tristemente habían quedado atrás.

Me había levantado pronto para ojear a conciencia los papeles que Holly me dejó y según ellos Lucía comenzaba otro día más en su vida cotidiana, correría durante cuarenta y cinco minutos por el vecindario antes de parar a comprar un batido en una tienda especializada en productos orgánicos del barrio. Desde allí caminaría hasta el apartamento, al que llegaba sobre las nueve menos cinco, y no lo abandonaría hasta las once. A esa hora volvería a salir vestida de calle para dar un paseo y hacer algunas compras para el resto del día, regresaría una hora y cincuenta minutos después. Permanecería en su apartamento hasta las cuatro y a esa hora saldría por última vez hasta las seis y media o siete en raras ocasiones. Ese era el monótono plan del día a día que Lucía había calcado a lo largo de los años. Cuando había estado comparando las horas me di cuenta de que mantenía una puntualidad bastante estricta en las horas de salida y que algunas veces había ligeras variaciones en las horas de regreso, eso me hizo pensar que tendría que tener cuidado en dos circunstancias, si se

retrasaba en salir del apartamento o si volvía demasiado pronto.

Lucía entró en el ascensor y comenzó a bajar hacia el vestíbulo. Yo, que ya estaba preparado para la acción, salí de mi apartamento y cerré con llave inmediatamente. Bajé las escaleras tan rápido como pude evitando hacer demasiado ruido y cuando llegaba al vestíbulo escuché cómo el ascensor se cerraba y ella abría la puerta principal para salir, me agaché inmediatamente y conseguí verla marcharse trotando. Entonces corrí fuera y la vi a lo lejos cruzando la calle y perdiéndose tras la esquina de un edificio. El sol brillaba en el cielo y la temperatura era agradable, aunque por la calle la gente iba con abrigos. Todavía no podía creerlo, Lucía estaba allí haciendo su vida y yo tan cerca siguiendo cada uno de sus pasos.

La noche anterior había pensado que en vez de correr detrás de ella sería más productivo dar una vuelta por los alrededores para conocer mejor la zona, no tendría ningún problema si a partir de las nueve menos diez estaba pendiente de la puerta de entrada al bloque de apartamentos. Risueño con mi nueva vida anduve por los alrededores entretenido, encontré una tienda de pesca donde había una cantidad ingente de señuelos nuevos, tanto fijos como articulados, y pensé que si teníamos tiempo me encantaría salir de pesca algún día con mi hermano, como en los viejos tiempos. Dejé atrás la tienda y su basto repertorio de peces artificiales y continué con mi paseo, había prácticamente de todo, panadería, frutería, pescadería, carnicería, librería, chocolatería, cafetería, mercería, pastelería y hasta una tienda de deportes. Cuando la vi mis ojos centellearon, un nuevo corredor había llegado al barrio, sería perfecto para coincidir con Lucía y mantener en forma el cuerpo que David había trabajado durante años, todavía recordaba cómo me deshice de los dos hombres de seguridad en el despacho de Max, aquel cuerpo era un arma letal. Cuando iba a entrar me di cuenta de que en cinco minutos debería estar vigilando la entrada y decidí dejar las compras para otro momento del día.

Anduve deprisa hasta la esquina de la calle opuesta al portal y puntual a su horario Lucía apareció con sus auriculares puestos y bebiendo zumo entre la gente que andaba por la acera, destacaba entre ellos como una estrella en medio de la negrura del firmamento. Entró en el portal y su figura desapareció en el interior del vestíbulo. Esperé unos diez minutos pretendiendo estar ojeando los productos de una perfumería y después regresé a mi apartamento. Tenía casi dos horas hasta la próxima salida, en ese tiempo Lucía posiblemente se daría una ducha y después desayunaría tranquilamente antes de salir otra vez, pero yo ya me había duchado y no tenía nada que desayunar, aparte de las sobras de la noche anterior, que tan pronto como caí en la cuenta de su existencia mi estómago me recordó que paella para desayunar era una maravillosa idea, así que calenté lo que más me

apeteció y desayuné frente al televisor.

A las once en punto Lucía abrió la puerta y salió, llevaba unos vaqueros oscuros con una camisa blanca y un pañuelo alrededor del cuello, un cinturón ancho con una gran hebilla cuadrada y una chaqueta larga sin abrochar hasta las rodillas de color negro. El bolso, las botas altas con tacón y el cinturón eran negro charol e iban a juego. Lucía era una mujer elegante que sabía vestirse en cada ocasión con un toque personal muy especial, verla así me alegraba enormemente, me hubiera entristecido mucho que mi falta hubiera mermado su gusto por la ropa y esa elegancia innata que ella tenía. Nada más desaparecer en el ascensor repetí la secuencia y bajé por las escaleras hasta el vestíbulo. Esta vez Lucía se detuvo un momento antes de salir para echar un vistazo al buzón de correos sin abrirlo y al comprobar que estaba vacío salió del portal. Yo bajé el último tramo de escaleras y también salí, miré a ambos lados de la calle y no conseguí divisarla. Anduve un poco buscando a lo lejos y de repente ella salió de una papelería justo delante de mí. Yo me quedé quieto y me giré fingiendo estar interesado en una pluma estilográfica que había a la venta en el escaparate de la tienda. Poco a poco Lucía se alejó y cuando estaba a una distancia prudencial comencé a seguirla.

Como las abejas van de flor en flor, Lucía iba de tienda en tienda comprando diferentes cosas: fruta, verduras, pescado, pan, magdalenas… Al ver que adquiría pequeñas cantidades de género me di cuenta inmediatamente de que tan solo compraba lo que iba a consumir en el día y, al observarla de puesto en puesto, imaginé que con una vida basada en una constante rutina seguramente sería uno de los momentos más entretenidos de la jornada, pobre Lucía. El tiempo pasó volando y en un suspiro estábamos caminando de vuelta. Cuando Lucía entró, esperé un tiempo fuera para asegurarme de que todo transcurría con normalidad y después me apresuré a comprar provisiones para llenar mi triste frigorífico. Tan pronto como había comprado lo que se me ocurrió oportuno regresé a toda velocidad. Cociné algo rápido y me preparé para el siguiente asalto, porque en menos de una hora volveríamos a salir de nuevo y debía estar preparado.

Eran las cuatro sobre el reloj del salón cuando Lucía volvió a salir de su apartamento, cerró y se marchó. Yo hice lo mismo y bajé las escaleras con rapidez hasta que me detuve para verla esperando en la calle, estuvo en la acera un par de minutos hasta que levantó el brazo y segundos más tarde un taxi paró. Al ver la secuencia, eché a correr como un loco hacia la puerta, si aquel taxi emprendía la marcha no podría seguirla a menos que encontrase otro inmediatamente. Cuando llegaba a abrir el portal, alguien le cedió el paso y el vehículo se mezcló en el tráfico con más rapidez de lo que a mí me hubiera

gustado, rápidamente alcé mi mano pidiendo otro taxi mientras aún mantenía la vista en el coche que se alejaba, pero no tuve suerte y Lucía desapareció sin que pudiera hacer nada. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de pensar que ella restringiría todo su tiempo a aquella zona? Habría un millón de cosas que ver y visitar en una ciudad como Zúrich y por eso tendría que buscar una solución a esas escapadas que ella hacía, un coche sería un engorro para aparcarlo y no me daría la libertad de movimiento en el tráfico que necesitaba, debía comprarme una moto.

Sin perder tiempo, fui a un cajero automático para ver qué presupuesto tenía para comprar una y después fui a un estanco y compré un periódico en el que se vendían artículos de segunda mano. Aunque me hubiese gustado, no tenía sentido comprar una máquina nueva, por un lado no tenía mucho dinero y por el otro desconocía si David Holste tenía permiso de conducción de motocicletas, no quería ir a un concesionario y arriesgarme a que me pidieran la licencia. Con un vendedor particular me ahorraría todos esos potenciales problemas y podría adquirir algo mejor con algunos cuantos kilómetros, una circunstancia que no me importaba, porque si en unos días Lucía decidía abandonar Zúrich tendría que abandonarla en el trastero o malvenderla. Seguro de mi decisión, encontré un anuncio en el que se vendía una Triumph Bonneville 900 de color rojo con muchos kilómetros, pero en buen estado a tenor de lo que se podía ver en la foto. Lo que más me llamó la atención de este sobre el resto de anuncios fue que el vendedor se ofrecía a desplazarse al lugar donde el interesado se encontrase, era perfecto y no necesitaba más.

Anduve buscando un teléfono hasta que tuve la suerte de encontrar un locutorio donde el dueño se quedó a cuadros cuando le dije que solo quería hacer una llamada local, pero como el lugar estaba vacío, finalmente accedió y pude ponerme en contacto con el vendedor. Parecía un hombre agradable que podía quedar para que viera la motocicleta esa misma tarde, acordamos vernos en treinta minutos en una cafetería que había frente a mi edificio. Dejé el locutorio y caminé hasta la cafetería, donde esperé en la calle hasta que, después de ver a varias motos pasar, una Triumph roja como la del anuncio se acercó lentamente. Levanté la mano de inmediato y el hombre me localizó al instante. Aparcó entre dos coches y se quitó los guantes y el casco bajo mi atenta mirada. Nos dimos la mano y acto seguido comenzó a hablarme de la motocicleta, me dijo cuándo la compró, los viajes que había hecho con ella, los cuidados que le había dado, los extras que había añadido a lo largo de los años, el consumo, el estado de las ruedas, el seguro y, por último, me habló sobre lo mucho que la iba a echar de menos si yo la compraba. Mi problema principal era que no tenía ni idea de motocicletas, había montado alguna vez, sabía

cambiar de marchas, conocía la marca Triumph y poco más, era un conocimiento bastante básico.

Me acerqué y miré en el motor como si supiese algo e inmediatamente el hombre comenzó a hablarme de las partes que había cambiado recientemente y del buen sonido que la máquina emitía. Después miré el cuadro de mandos y el depósito de gasolina, y la verdad es que todo estaba limpio y reluciente, por dentro tal vez se estuviera cayendo a trozos, pero por fuera parecía recién salida de la tienda. El vendedor quería siete mil euros por ella y yo le dije que no tenía más que cinco mil ochocientos, porque el resto era para el papeleo, el seguro, el casco y los guantes. La primera reacción del hombre fue indignarse conmigo, imagino que por ofrecerle tan poco después de haberle hecho venir hasta allí, pero después de contarle que necesitaba el resto del dinero para los gastos que conllevaba tenerla, su gesto cambió y llegamos a un acuerdo.

Creo que de alguna manera le recordé a él mismo con unos años menos rebosante de pasión y corto de dinero. Después de un leve regateo, me prometió que si llegaba hasta los seis mil trescientos él me regalaría el casco, los guantes y algunos productos para el mantenimiento y la limpieza. A mí me pareció justo y pensé que no valía la pena seguir regateando más, no quería que se enfadase y perdiese la oportunidad de hacerme con algo que necesitaba con tanta urgencia. Así, nos dimos la mano y quedamos al día siguiente por la tarde para cerrar el trato. Había pensado en esa motocicleta porque necesitaría algo con un mínimo de potencia para moverme entre los coches y también para, en caso de estar en una situación de peligro, poder huir sin problemas. Cuando me despedía del hombre, un taxi llegó y paró enfrente del portal, de él salió Lucía, que fue derecha a la entrada desapareciendo en su interior. Había atardecido y las luces de las calles y los establecimientos llevaban un tiempo iluminando las calles, eran las siete menos diez y Lucía había cumplido con su horario un día más. Ahora regresaría a casa, cenaría algo y haría guardia hasta el día siguiente.

La noche transcurrió con normalidad y por la mañana Lucía calcó la misma secuencia del día anterior en los horarios de salida y más o menos en los de regreso. Esa mañana, mientras ella corría, yo compré ropa deportiva y unas zapatillas para salir a correr también, después, cuando ella regresó, yo fui a sacar el dinero para la motocicleta y justo después de volver y dejar las compras y el dinero, escuché cómo Lucía salía para hacer la compra del día. Volví a salir tras ella y la seguí allá donde fue, también compré comida para el día y por la tarde, cuando ella se volvió a marchar en el taxi, yo me quedé en la calle esperando a que llegara el dueño de la moto. No sabía dónde iba Lucía todas las tardes en taxi, pero lo averiguaría muy pronto.

El mismo hombre, que ya conocía del día anterior, apareció a la hora acordada. Trajo con él unos papeles muy sencillos de rellenar en los que él ponía la motocicleta a mi nombre temporalmente hasta que la oficina de tráfico emitiese los nuevos con mi nombre. Ambos firmamos y yo le di un sobre con lo que me habían dado en el banco, doce billetes de quinientos euros y el resto en billetes menores. El señor los contó y me dio su aprobación con un gesto de satisfacción, después se quitó la mochila que llevaba puesta y la abrió. De allí sacó las cosas que me había prometido y me dio el casco blanco que traía, me dijo que estaba nuevo y que era la primera vez que alguien lo había usado. Yo no le cuestioné y después de explicarme para qué eran los productos que me trajo, me dio la mochila, una segunda copia de las llaves y se marchó después de estrecharme la mano una vez más.

Lo cierto es que estaba como un niño con zapatos nuevos, la puse en marcha e inmediatamente su sonido me gustó, los controles, la vibración, el olor al combustible quemado… Todo ello fue aliándose engordando mis ganas por probarla hasta que no pude más y me puse la mochila a la espalda antes de ajustarme el casco. Sintiendo las revoluciones del motor y el aire en la cara disfruté de la moto dando un largo paseo por los alrededores, fue una sensación reconfortante, nada podía parar a Marco Rivalcielli. Cuando llegué de vuelta, caí en la cuenta de que no tenía nada para evitar que me la robaran y tuve dar otra vuelta hasta que encontré una gasolinera donde repostè y compré una cadena antirrobo. Cuando acababa de regresar y me quitaba el casco con el motor aún en marcha, un taxi paró justo al lado y de él se bajó Lucía, yo no pude evitar mirarla y por puro nerviosismo le sonreí mientras ella pasaba. Lucía me miró con aquellos ojos verdes que tantas veces pude contemplar en el pasado y sin cambiar de expresión continuó andando hasta el portal, abrió y desapareció tras sus puertas. Era un estúpido por sentirme mal con lo que acababa de suceder, pero la verdad es que no pude contener la tristeza que emergió en aquel momento.

Aparqué la moto y me aseguré de que a nadie se le pasase por la cabeza intentar robarla utilizando la cadena que acababa de comprar. Mientras permanecía agachado ajustándola no dejaba de pensar en lo que había ocurrido, veía una y otra vez a Lucía y la secuencia de lo sucedido. Cuando terminé, decidí ir a la cafetería, que aún permanecía abierta, y tomar algo, no me sentía con fuerzas para subir y encerrarme en el piso hasta el día siguiente. Si me sentaba en una de las mesas que había pegadas a la cristalera podría controlar la puerta en todo momento, no había mucha diferencia entre estar allí sentado o en el apartamento mirando por la mirilla de la puerta cada dos por tres y guardando silencio por si había algún ruido. Entré en el local y

me senté donde quise, estaba completamente vacío. La camarera vino inmediatamente a preguntarme.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—¿Tienes algo con alcohol? —pregunté sin andarme con rodeos.

La chica se sorprendió, me imagino que esperaba algo más del estilo a un batido o un té.

—No estoy segura, ¿me da un segundo para ver qué tenemos? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

La camarera se retiró y comenzó a buscar detrás de la barra, movió cosas, abrió armarios y por lo que tardaba empecé a pensar que su respuesta no iba a ser lo que esperaba. Al fin, la chica se incorporó con una botella de vidrio oscuro en la mano.

—Tengo esto —dijo levantando la botella.

—¿Qué es? —pregunté si poder distinguir la etiqueta.

—Absenta —contestó.

—Perfecto —dije.

—Le pongo un vaso de licor —dijo cogiendo uno de esos minúsculos.

—No —respondí—. Mejor tráeme la botella entera —añadí.

La chica dudó, pero bajo la presión de mi mirada decidió obedecer y la trajo con una vaso de tamaño normal.

—¿Quiere hielo o agua para su bebida? —preguntó después de poner todo sobre la mesa.

—No, así está bien —contesté.

La camarera se retiró tras la barra y comenzó a secar vasos con un trapo mientras no me quitaba el ojo de encima.

—Absenta Boheme —leí en voz baja—, proveniente de Suiza, 66 grados —continué leyendo—. Con el día que he tenido podría beberme hasta un frasco de colonia —me dije antes de servirme.

Los primeros dos vasos me costaron, pero al tercero sentí que aquella bebida transparente comenzaba a ser más dulce y suave. Entre trago y trago solo pensaba en Lucía, en el frío de su mirada, en la indiferencia y, quizás, en la muerte de la persona que yo había conocido. Aquellos pensamientos giraban en un bucle constante que solo se interrumpía cuando me servía otro vaso de alcohol. En esa atmósfera de inquietud una canción comenzó a sonar en la radio arrasando todos mis pensamientos y quemándome directamente en el corazón. La canción se llamaba *Everything's Alright*, de Laura Shigihara, la tierna voz de la cantante y las notas del piano

comenzaron devorarme por dentro nada más comenzar haciendo añicos lo que quedaba de mí sin que pudiera hacer nada por evitarlo, fue como un montoncito de paja intentando aguantar la embestida de un huracán furioso. Cuando la música terminó, en la radio debieron continuar con el programa, pero en mi cabeza solo había silencio y una profunda melancolía.

Sin decir una palabra, me levanté y dejé sobre el mostrador unos cuantos billetes, más de lo que costó la consumición y, sin despedirme, salí por la puerta. Deambulé por las calles pensando en si todo aquello tenía algún sentido porque, por mucho que lo intentase, nunca volvería a ser como en el pasado. Cuando me cansé de andar y el calor del alcohol se evaporó, regresé al apartamento. Lucía estaba despierta, la luz se asomaba por debajo de su puerta cuando entré. Después cerré con llave y arrastré uno de los colchones hasta la puerta de entrada y me tumbé. ¿Se estaría riendo Víctor de mí? ¿Me dio la oportunidad de volver a este mundo para sufrir como él lo hizo? ¿Cómo podía haberme hecho eso? ¿Qué satisfacción podía encontrar en ver a otro sentir el dolor y la frustración que él sintió? Y Riario, ¿lo sabría? ¿Conocía los planes de Víctor cuando nos despedimos? ¿Por qué no me dijo nada? Y lo que más me carcomía por dentro, ¿había hecho bien en volver? Quizás Lucía había rehecho su vida dejando atrás el pasado, quizás ese era su nuevo yo y así había encontrado la felicidad.

Aquella noche no pude dormir, había demasiadas cosas dando vueltas en mi cabeza para poder concebir el sueño y, cuando menos lo esperaba, sonó el despertador. Desayuné sin hambre y de mala gana, después me preparé para correr y quité el colchón de la entrada. Cuarenta minutos más tarde, Lucía salió de su apartamento como todos los días, exactamente a la misma hora. Esperé a que bajase en el ascensor para salir, después cerré la puerta y bajé las escaleras para ver a Lucía abandonar el portal. Cuando lo hizo, bajé al vestíbulo y salí, mi moto aún estaba allí y Lucía se alejaba iniciando la misma ruta del día anterior. Sin perderla de vista, comencé a correr detrás de ella manteniendo una distancia prudencial. Estaba cansado de no dormir, molesto con Víctor y fastidiado con mi situación. ¿Había vuelto para estar al lado de una mujer que ya no era mi esposa?, ¿qué sentido tenía? Corrimos por las calles sin parar hasta que por fin llegamos a la tienda de bebidas orgánicas, allí entró Lucía para pocos segundos más tarde salir bebiendo algo mientras consultaba en el menú de su reloj. Estaba exhausto, no nos habíamos detenido ni siquiera en los pasos de cebra con semáforo y la absenta, más la noche sin dormir, me habían hecho llegar al límite de mis fuerzas.

En el camino de vuelta a casa estaba tan cansado y sediento que no pude dejar de pensar en beber cinco litros de agua de un solo trago y

tan sumido estaba en aquella agua que calmase mi sed que me despisté y ambos llegamos al portal a la vez. Lucía llevaba los cascos y al sentir mi presencia me miró, su cara delató una mezcla de sorpresa y horror que no pudo disimular. Debió ser aterrador verme allí a su lado empapado en sudor, con los ojos como los de un búho y la cara de resaca color verde botella de absenta.

—Pues al final no llueve… —dije sonriendo y maldiciendo mi estupidez.

Lucía se quitó un auricular y me preguntó:

—¿Cómo ha dicho? No le he escuchado.

Después de escucharla decidí que Dios se había apiadado de mí. Debía contestar antes de que la situación comenzase a ser incómoda y ella pensase que tenía algún tipo de retraso mental.

—Sí, menos mal que hemos llegado a la vez, porque no tenía llave para entrar —dije antes de forzar una sonrisa.

—Sí —dijo esbozando otra sonrisa forzada.

Tras su escueta respuesta abrió y pasó al interior, después sujetó la puerta hasta que yo la agarré. Acto seguido me dijo adiós con la mano y se colocó el auricular de nuevo mientras se dirigía al ascensor. Yo decidí que había tenido suficiente y que el campo de batalla en el que me movía no era el más adecuado para intentar hacerme su amigo. Me entretuve disimulando en los buzones hasta que ella subió, después esperé al ascensor y también subí. Fui directo a la ducha, estuve bajo el agua caliente un buen rato y después de sentir que mi cuerpo iba a desfallecer en un par de ocasiones, me cambié y desayuné fuerte. Como me quedaba algo de tiempo hasta tener que salir de nuevo, me tumbé en el sofá y me quedé dormido unos veinte minutos hasta que escuché a Lucía cerrar su puerta.

Esta vez yo no compré casi nada para el resto del día, el plan era intentar dormir hasta la última salida del día, en la que debería estar despejado para coger la moto y seguir a Lucía en sus excursiones secretas. Regresamos sobre la misma hora de siempre y yo dormí hasta las cuatro menos veinte en el colchón al lado de la puerta. Cuando sonó la alarma, me levanté rápidamente, me arreglé un poco y con las marcas de la almohada todavía en la cara salí con el casco a toda velocidad. Eran las cuatro menos diez y tenía que quitar la cadena que concienzudamente coloqué, arrancar la moto y buscar un buen sitio desde el que esperar a que llegara el taxi de Lucía. A las cuatro en punto estaba preparado al otro lado de la calle, con el casco puesto, el motor oscilando a pocas revoluciones y esperando entre dos coches que había aparcados.

Lucía salió del portal con unas gafas de sol puestas e

inmediatamente levantó la mano para parar un taxi, menos de treinta segundos más tarde uno paró. Ella se introdujo en el automóvil y al momento emprendieron la marcha. Yo les seguí a una distancia razonable. Tras escoltar el taxi durante unos quince minutos, este se detuvo en una plaza céntrica de la ciudad, Lucía salió unos segundos más tarde y comenzó a andar con tranquilidad hacia el centro, donde había una gran fuente. Tuve suerte de encontrar un aparcamiento para motocicletas justo allí y mientras no perdía de vista a Lucía aparqué y coloqué la cadena lo mejor que pude. Lucía se adentró en una de las calles laterales y yo corrí para no perderla intentando no parecer un perturbado. La travesía era estrecha y estaba bastante concurrida, la mayoría eran turistas que paseaban y se entretenían mirando los escaparates de las tiendas que había a lo largo de la calle. Con alguna dificultad, encontré a Lucía andando entre la gente, por la forma en que lo hacía hubiera jurado que estaba contenta y disfrutaba de lo que estaba haciendo. Sus pasos eran optimistas, no había prisas o duda en ellos. Comencé a andar tras ella y rápidamente me di cuenta de que la calle estaba inundada con tiendas de arte y antigüedades. Las galerías exhibían obras con diversos motivos utilizando una luz suave que les daba un toque atrayente y acogedor. Muebles antiguos, lámparas, retratos…, con sus formas y siluetas características del periodo al que pertenecieron, eran expuestos al viandante bajo la iluminación de los focos exteriores. Pasar de estar paseando por la plaza a adentrase en aquella calle era como transportarse a otro lugar, quizás como viajar a otra época, a otro momento en el tiempo. Ver a Lucía andar risueña en aquel rincón de la ciudad me dio esperanzas, fue como si por un momento, entre aquellas tiendas y la multitud, se sintiera capaz de quitarse la coraza y volviera a ser la persona de la que enamoré. Tal vez aquella atmósfera le recordó nuestros días de aventureros, un bazar, un rastrillo, una tienda de antigüedades y nosotros dos allí cogidos de la mano buscando símbolos, marcas, detalles que la gente de a pie ignoraba y que para nosotros significaban una victoria, otra pieza más de un mundo mágico que solo nosotros conocíamos, un tesoro más para nuestros corazones.

Aquellos recuerdos me alegraron y en mi cara se dibujó una sonrisa, los años que permanecimos juntos fueron felices y plenos de experiencias juntos. Sería difícil vivir tan cerca de ella sabiendo que nunca volveríamos a ser Marco y Lucía Rivalcielli, pero aquellos días que ahora nos hacían felices y nos volvían a unir en la distancia no podrían arrebatárnoslos jamás, y eso, al menos por ahora, era suficiente.

Lucía entró en una galería de arte, yo caminé hasta el escaparate y desde allí la vi disfrutando de los cuadros, se detenía frente a cada uno de ellos observándolos con detalle hasta que pasaba al siguiente.

Nunca entendí de dónde nacía aquella aura de perfección que siempre le rodeaba, pero allí, al otro lado del cristal, era como si el mundo se hubiera parado en seco, solo estaba ella y sus delicadas expresiones rodeada de un universo expectante que en silencio giraba en torno a su figura.

La vendedora de la tienda se acercó a ella y ambas conversaron animadamente durante un tiempo. Cuando terminaron, se despidieron con una sonrisa y la comerciante volvió a su mesa mientras Lucía continuó uno por uno contemplando todos los cuadros que no había visto. Después de dedicarle un tiempo al último lienzo, se despidió con la mano de la mujer, que seguía ocupada en unos papeles y la pantalla de su ordenador, y salió. Al ver que iba a salir crucé inmediatamente al otro lado de la calle para que no me viese. Lucía se detuvo al umbral de la entrada y miró su reloj, dudó y volvió a mirarlo. Yo consulté el mío, eran las cinco y cincuenta y ocho. Lucía entonces se colocó el bolso sobre el hombro y comenzó el camino de vuelta. Anduvo sin prisa aprovechando los últimos momentos en aquel paraíso escondido hasta que salimos a la plaza. Volvió a mirar su reloj y se acercó a la fuente que había en el centro. Allí estuvo durante un tiempo observando cómo el agua era expulsada de la parte superior para precipitarse sobre la piedra y golpear el agua estancada viajando a través de las diferentes pilas. Permaneció un rato absorta en sus pensamientos y en el sonido que hacía el líquido en constante movimiento hasta que, sobre las seis y veinte, se dirigió a la calle donde circulaban los coches sin parar. Unos minutos más tarde, un taxi se detuvo y ella se introdujo en su interior. Desde la distancia la vi alejarse de vuelta a su apartamento y sentí pena, era como una niña a la que se le acaba el recreo y sin otra opción debía volver a clase, o como un pájaro que fue libre durante unos segundos hasta que se vio forzado a regresar a su jaula. El día se había agotado para Lucía y ahora volvía a su caja de hormigón para continuar con aquella vida que ahora tenía.

CAPÍTULO XXXVII

Como desde el primer día, Lucía continuó repitiendo su rutina durante semanas, por las mañanas siempre hacía el mismo recorrido, después compraba en las mismas tiendas y por las tardes siempre volvía a la misma calle del centro. Durante ese tiempo en el que estaba a su cargo me aseguré de que nos encontráramos en diferentes lugares. Nos vimos en la calle cerca del portal, también en el vestíbulo del edificio e incluso en el pasillo donde vivíamos como lo haría cualquier vecino que viviese en la puerta de enfrente. Mi idea era aumentar los encuentros fortuitos para, poco a poco, ablandar aquella mirada inerte que tenía en sus ojos. Lo verdad es que mi plan iba haciendo su efecto y una vez estuve a punto de hacerla sonreír, aunque finalmente no lo conseguí. Lejos de desanimarme, aquello avivó mi determinación y cambió mi forma de ver la situación completamente. Ahora se había convertido en una aventura emocionante en la que estaba decidido a traer a Lucía de vuelta. Las maniobras de mi treta iban viento en popa y a toda vela hasta que de la nada, durante uno de aquellos días, se originó una terrible tormenta que acabaría mandando todo al garete.

Aquella mañana comenzó como otra cualquiera, Lucía salió a correr y más tarde a hacer sus compras. Sobre las cuatro salió a pasear por su calle favorita y por alguna razón regresó algo más temprano de lo normal. No me preocupó, porque en vez de llegar a su casa después de las seis y media lo hizo a las seis, no vi nada que me hiciera sospechar de su temprano regreso, por lo que pensé que quizás estaba cansada o que no se sentía bien y le apetecía estar en casa. Una vez que descubrí su itinerario, me era mucho más fácil seguirla y estar preparado en todo momento para verla entrar y salir a sus horas, aquel día no fue distinto y un poco antes la vi entrar en nuestro edificio. Como era un poco pronto decidí aparcar la moto para después, con tranquilidad, ir a la cafetería a tomar algo. La tarde era agradable y no me apetecía volver al apartamento tan temprano, si por cualquier razón Lucía decidía bajar y disfrutar algo más hasta su

hora normal de regreso, yo podría verla salir desde allí.

Aquella tarde tuve suerte en encontrar cerca un hueco donde aparcar, en alguna ocasión no había encontrado sitio y había tenido que dejarla en la acera contrariando a varios vecinos que de inmediato se tomaron la molestia de pegar notas en el manillar y el sillón en las que expresaban su rechazo a mi acción. Desde entonces, aparcaba siempre entre coches donde no incordiase a nadie, tardaba un poco más, pero así estábamos todos contentos y cuando iba la moto no parecía un árbol de los deseos cubierta de papelitos.

Después de colocar la cadena y asegurarme de que todo estaba correcto, anduve hasta la cafetería, entré y pedí en la barra un batido de chocolate y frutas del bosque muy popular, pagué y me fui directamente a una de las mesas altas que había al lado de la cristalera. Me gustaba pagar antes para evitar cualquier retraso en caso de que hubiera cualquier imprevisto y tuviera que abandonar el establecimiento sin despedirme, las camareras ya me conocían y me cobraban en el momento. Estuve ojeando un periódico del día anterior mientras disfrutaba del batido y cuando terminé eran las siete, Lucía ya no saldría y era hora de volver al apartamento. Cuando fui a despedirme de una de las chicas, me preguntó si estaba contento con la zona y si pensaba quedarme a vivir para mucho tiempo, las cosas que se suelen preguntar a un nuevo cliente que se acaba de mudar. Yo agradecí el interés y charlamos durante unos minutos hasta que nos despedimos y salí.

Nada más dejar la cafetería vi a Lucía al otro lado de la calle con la mano levantada esperando a parar un taxi. En ese momento un chorro de adrenalina entró en mis venas y mi corazón empezó a latir a toda velocidad. Algo no iba bien. Mi primer impulso fue el de atravesar la calle e ir a su lado, pero lo pensé mejor y decidí correr hacia donde estaba la moto, si conseguía parar un taxi tenía que estar preparado para seguirla. Y así lo hice, crucé la calle junto a otras tres personas que me sirvieron de escudo y me coloqué al lado de la moto, sin perderla de vista quité la cadena a toda velocidad y coloqué la llave para arrancar en cuanto un taxi parase. Ante mi sorpresa, Lucía no consiguió parar ningún taxi durante un buen rato y vi una oportunidad para acercarme. Quité la llave del contacto y comencé a andar poco a poco en su dirección sin dejar de mirar hacia la calle por donde se aproximaban los coches, era un momento crítico en el que si Lucía conseguía parar a uno tendría que correr hacia la moto y en esos pocos segundos podría perderla. Con suerte, llegué a su lado y sin esperar a nada me lancé.

—¿A dónde vas con tanta prisa vecina? —pregunté intentando disimular lo tenso que estaba.

—Ah, hola, ¿cómo estás? —respondió ella mientras seguía pendiente de los coches que se aproximaban—. He quedado con una amiga y si no cojo un maldito taxi no voy a llegar a tiempo —añadió contrariada.

Estaba deseando decirle que yo podría llevarla en la moto, pero preferí aguantar para no parecer desesperado.

—Bueno, si es una amiga no le importará esperar un poco, seguro que lo entenderá —dije intentando indagar sobre quién era la persona con la que iba a verse.

—Lo cierto es que soy yo la que necesito verla cuanto antes, no puedo esperar… —dijo ella perdiendo interés en la conversación y concentrándose en los taxis.

Eso era exactamente lo que intentaba evitar, que la necesidad la alejase de mí. El momento de apostarlo todo a una carta había llegado, era ahora o nunca.

—Tengo mi moto aparcada ahí mismo, si quieres te puedo acercar —dije notando los golpes de mi corazón acelerado en el cuello.

Lucía apartó la mirada de la calle y educadamente me habló.

—No, muchas gracias, esperaré, no creo que mi mala suerte dure mucho más.

Todo se acababa de ir a la mierda estrepitosamente, aposté cuanto tenía y la suerte decidió mirar hacia otro lado.

—Bueno, como quieras… —respondí intentando mantener la entereza—. Espero que encuentres pronto un taxi, ¡o él a ti! —dije ocultando mi frustración con una risa que me costó.

Lucía sonrió, pero no dejó de mirar hacia los coches que se aproximaban. Entonces yo me di la vuelta y comencé a caminar en dirección a la moto, lo que acababa de ocurrir era un duro golpe que iba a costarme asimilar mucho tiempo. Ahora tendría que seguirla de todas formas, pero si ella me veía por los alrededores inmediatamente sospecharía de mí. Pensaría que era un dielibus o incluso un perturbado obsesionado con ella y sería suficiente para denunciarme a la policía o poner a la detective que trabajaba con ella tras mis pasos. No me dio tiempo a pensar si debía haberme aproximado a ella de otra manera porque al momento Lucía me habló.

—¡Espera! —dijo ante mi sorpresa—. ¿Cuánto tardaríamos en llegar a la calle Bahnhofstrasse? —me preguntó acercándose.

No me creía lo que estaba sucediendo, quizás no estuviese todo perdido después de lo ocurrido.

—Yendo en moto el tráfico no importa mucho, creo que no

tardaríamos demasiado —dije con una sonrisa de liberación—. ¿A qué hora has quedado? —pregunté.

—A las ocho menos diez —respondió.

—Creo que si salimos ahora no tendríamos problema en llegar a esa hora, ¿a qué número vas? —pregunté para ubicarme mejor.

—Al número veintiuno —contestó.

—¡Ah! Confiserie Sprungli, buena elección —dije feliz, porque conocía el lugar.

El número veintiuno de la calle Bahnhofstrasse me sonó familiar al instante, era donde iban las chicas de la cafetería de enfrente en su día libre. Una de las veces que les pregunté sobre los mejores rincones de la ciudad me dijeron que era una pastelería muy conocida en Zúrich donde ellas solían quedar para tomar algo. No había entrado nunca, pero sabía perfectamente dónde estaba.

—Exactamente, entonces… ¿puedo reconsiderar tu oferta? —me preguntó con una media sonrisa que me derritió.

Yo reí de felicidad al comprobar que aún era ella, había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que recordaba haber visto una de aquellas expresiones tan genuinas de Lucía, pero aún seguían siendo tan alucinantes como siempre.

—¡Por supuesto! —exclamé—. ¿Nos vamos? —pregunté inmediatamente después.

—De acuerdo —contestó ella animada.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de la motocicleta y tan pronto como llegamos puse la llave en el contacto y le ofrecí mi casco. Ella no quiso aceptarlo en un primer momento, pero ante la insistencia al final tuvo que ceder. Ambos nos subimos a la moto y yo puse en marcha el motor.

—Lucía, agárrate bien —le dije antes de salir.

Ella no me contestó, pero inmediatamente sentí cómo me abrazaba con fuerza. Si hubiera podido habría detenido el tiempo para que aquel momento no pasara jamás. Mientras ella seguía rodeándome con sus brazos y yo sorteaba el tráfico, pensaba que lo que estaba ocurriendo era simplemente un regalo de los dioses. Me acordé de Víctor allá donde estuviese y se lo agradecí infinitamente. También pensé en salir de Zúrich y no parar hasta llegar al lugar más recóndito y perdido que encontrase para contarle la verdad. Pero aunque me moría de ganas por hacerlo, sabía que solo complicaría su vida y yo posiblemente acabaría en una institución mental, entre rejas o de vuelta con Riario y Víctor. Lo que empecé a pensar después de desechar la opción de confesar la verdad fue que, sin querer, había

llamado a Lucía por su nombre, algo que me iba a resultar difícil de explicar si ella se daba cuenta y me preguntaba. Lo cierto es que deseaba que no se hubiese fijado en aquel pequeño detalle, porque de haberlo hecho estaría en una situación un tanto pegajosa, ya que este no aparecía ni en su buzón del correo. Enfrascado en ese último pensamiento llegamos a la Confiserie Sprungli en algo menos de veinte minutos.

—¡Genial! —dijo Lucía nada más bajarse de la moto y quitarse el casco.

Yo preferí no decir nada, acababa de vivir un sueño y ahora era el momento de despertar y volver a la realidad.

—A propósito…, ¿cómo sabías mi nombre? —me preguntó seria.

Yo maldije mi suerte unas once mil doscientas ochenta veces, fui un estúpido al creer que a Lucía se le pasaría por alto algo así.

—Bueno…, lo cierto es que tu buzón de correos está justo debajo del mío y el cartero accidentalmente ha extraviado alguna carta tuya en el mío… —dije antes de reír nervioso sin saber qué ocurriría después.

—Ya veo… —contestó antes de reír.

—¡La verdad es que necesitaba saberlo por si me quedaba sin sal en mitad de la noche! —dije riendo por haber conseguido salir del apuro.

Ambos reímos juntos un rato hasta que me di cuenta de que la persona a la que esperaba podía presentarse en cualquier momento y no era una buena idea que me viese.

—Me marcho, Lucía, tu amiga estará a punto de llegar y no quiero entretenerte —dije antes de ponerme el casco.

Ella no dijo nada y solo me sonrió, creo que le pareció una buena idea.

—¡Diviértete! —dije antes de despedirme con la mano y comenzar a acelerar para salir.

—¡Espera! —gritó.

Yo frené inmediatamente.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Ah, por si te quedas sin sal en medio de la noche —dije riendo.

Ella rio.

—Sí, básicamente —contestó antes de que ambos riésemos de nuevo.

En aquel momento debía elegir entre el nombre que aparecía en el pasaporte del chico que me dio su cuerpo o mi nombre sectatore. En medio segundo decidí.

—Víctor —dije acordándome de él y de todo lo que me había ayudado, pero sin olvidar que sin aquel chico maravilloso llamado David nada hubiera sido posible.

—Víctor, gracias por traerme —me dijo agradecida.

—No tienes que darlas, fue un placer —respondí sintiendo cada una de aquellas palabras—. No te entretengo más —dije inmediatamente después al darme cuenta de que había pasado el tiempo.

Me despedí con la mano y aceleré para cruzar el carril rápidamente en dirección a nuestro edificio. Ahora esperaría un rato en el semáforo y vería en el espejo retrovisor si Lucía esperaba fuera o entraba. La luz seguía en rojo cuando ella abrió la puerta de cristal y pasó dentro. Nada más hacerlo, el semáforo se puso en verde y yo arranqué a toda velocidad y aparqué detrás de un contenedor de basura. El olor era infernal, pero cubría la moto totalmente. Puse la cadena con el casco y me acerqué andando tranquilamente por la acera de enfrente. Al momento, un coche paró justo enfrente de la pastelería y de él salió una mujer rubia muy hermosa vestida con un traje oscuro que se dirigió directamente al interior del local. El coche que la trajo inició la marcha y desapareció. No llevaba mucho de espía, pero aquella mujer tenía todas las papeletas de ser la persona con la que Lucía se iba a encontrar. Cuando pensé de nuevo en aquel pelo largo y rubio con el que había hecho una coleta y su rostro, rápidamente caí en la cuenta de que aquella mujer era la detective García. Me alegré enormemente de volver a verla y recordé cómo nos protegió durante aquella noche que lo cambió todo, con ella Lucía estaba en buenas manos. Imaginé que haber roto su rutina después de tanto tiempo manteniéndola habría sido por alguna razón importante. Ahora tendría que estar muy atento y preparado para reaccionar ante cualquier posible actividad que ocurriese como resultado de aquella reunión.

Después de una hora y diez minutos en el interior, ambas salieron juntas, se despidieron enseguida y al momento se separaron. La inspectora abandonó el lugar a pie mientras Lucía se quedó a la puerta esperando a parar otro taxi. Esta vez tuvo suerte y consiguió uno rápidamente. Yo me escondí y los vi emprender el camino de vuelta. Cuando pasaron, me quedé con la matrícula del vehículo y, una vez cogí la moto y me puse en marcha, corrí como un loco hasta que los encontré. Los seguí a una distancia prudencial hasta nuestro edificio y después de ver que se detenían a la puerta pasé de largo y comencé a buscar un lugar donde aparcar. Cuando conseguí un hueco, aseguré la moto y regresé a mi apartamento. Anduve con mucho cuidado a través del pasillo para no despertar ningún tipo de sospecha y entré en mi casa después de asegurarme de que Lucía estaba en la suya.

Alrededor de las doce menos veinte escuché cómo alguien golpeaba

tímidamente mi puerta, me acerqué extrañado y abrí el cierre con cuidado. Era Lucía, me fue imposible contener una sonrisa al verla.

—No me lo digas… Te has quedado sin sal —dije antes de reír.

—Más o menos —contestó mientras hacía un gesto con la cara.

—Pasa, no te quedes ahí fuera —dije abriendo más la puerta para que entrase.

—Es solo un momento, Víctor… —dijo antes de que la interrumpiese.

—No importa si es solo un momento o si son dos horas, no permitiré que te quedes ahí en el pasillo, pasa, por favor —dije con la esperanza de que, si entraba, eso impulsaría la confianza entre los dos.

—De verdad, Víctor, muchas gracias, pero no puedo —dijo mientras mi corazón se encogía un poquito.

—De acuerdo, ¿qué sucede? —pregunté tranquilo.

—Me marcho, solo quería despedirme —dijo mientras yo sentí cómo alguien me clavaba un cuchillo en el pecho y después me conectaba una manguera de adrenalina en vena.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunté intentando averiguar qué había ocurrido y si era debido a la reunión.

—Sí, estoy bien. He cerrado los negocios que vine a hacer a Zúrich y ahora me marcho —dijo segura.

—Entiendo… —dije mientras me acariciaba la barbilla y pensaba que no iba a conseguir que me contase nada.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora si necesito sal? —dije sonriendo.

—Una nueva vecina vendrá en mi lugar con una bolsa gigante de sal —dijo, y ambos reímos.

—¿Cuándo te marchas? —le pregunté cuando dejamos de reír.

—Pues seguramente mañana a primera hora —contestó, obviando que la decisión ya estaba tomada.

—¿Tan pronto? ¿Por qué tanta prisa? —dije angustiado por la velocidad que estaba tomando todo.

—Tengo otros negocios que atender en Londres —contestó dándome una magnífica pista que me alivió algo entre tanta incertidumbre.

Estaba muy preocupado y por eso fui incapaz de decir nada, en ese silencio ella volvió a hablar.

—Ha sido un placer, vecino, cuídate mucho —me dijo a la vez que me ofreció la mano.

Pensando en cómo podría seguirla hasta Londres y si debería llamar a Holly nada más terminar aquella conversación o esperar a la

mañana siguiente, le di la mano.

—El placer ha sido mío, tú también cuídate mucho, vecina, te echaremos de menos en el edificio —dije mientras apreciaba su suave y delicada piel.

Después ella no quiso mirarme a la cara y se despidió de mí.

—Bueno, adiós, Víctor —dijo, y se dio la vuelta hacia su apartamento.

Cuando ella se alejaba le dije adiós sin poder ocultar mi tristeza. Lucía no se giró y cerró la puerta tras ella. Yo permanecí en silencio en el umbral de la mía conmocionado por lo que acababa de ocurrir, respirando en un mar de dudas en el que el desastre era inminente y estaba obligado a tomar ciertas decisiones que marcarían el futuro de forma dramática con el dolor de ver a Lucía marcharse de mi lado otra vez.

La vida era una montaña rusa en la que unas horas antes me había vuelto a sentir libre con la única persona que me importaba abrazada a mí, saboreando cada segundo sin pensar en el pasado o el futuro y ahora estaba desconcertado, inseguro, asustado y alejándome de nuevo de ella. Tras un rato perdido en aquella locura, cerré la puerta y me retiré al sofá a reflexionar sobre la situación.

Lo primero era llamar a Holly para que estuviera esperando a Lucía en Londres, ella decidiría si era necesario movilizar a los sectatores o no. Descolgué el teléfono y marqué el número que ella me dio. Después de unos segundos, comencé a escuchar tonos hasta que al cuarto o quinto descolgaron.

—Dígame —dijo una voz de mujer.

—¿Holly? —pregunté sin estar seguro de que era ella.

—Sí —respondió.

—Soy Víctor, tu alumno de Zúrich —dije para situarla sin querer dar más detalles, aún recordaba que el teléfono podía estar pinchado.

—Dime —dijo inexpresiva.

—Algo ha ocurrido y hay cambio de planes —dije.

No hubo contestación, solo silencio.

—Van hacia ti en el primero del día —añadí.

—Entendido —contestó—. Buen trabajo —dijo después.

—¿Instrucciones? —pregunté.

—Permanecer en el puesto y esperar, alguien contactará contigo —dijo.

—De acuerdo —contesté pensando que aquel no era el plan que yo tenía.

Nada más responder, Holly colgó y ese fue el fin de nuestra conversación, la verdad es que esperé que fuera más cariñosa después de los días que estuvimos juntos en la ciudad, pero imaginé que en ese momento sería lo más sensato para evitar filtraciones.

Una vez que había informado a los sectatores tenía que centrarme en mi situación, Holly debía estar loca si pensaba que me iba a quedar en Zúrich y obedecer. Mi principal problema era que no podría volar desde el aeropuerto internacional de Zúrich, sería prácticamente imposible evitar que me viesen y por eso solo me quedaban dos opciones, o volar más tarde o volar desde otro aeropuerto. Como no podía hablar por mi teléfono, por si acaso pudieran escucharme mientras buscaba la forma de llegar a Londres, cogí una cazadora y bajé a buscar un teléfono público. Cuando bajaba en el ascensor, recordé que antes de comprar la moto no conseguí encontrar ninguno y acabé en un locutorio que a esas horas seguramente estuviese cerrado. Al llegar al vestíbulo decidí coger la moto e ir directamente al aeropuerto y preguntar allí qué opciones tenía. Era la una y diez de la mañana cuando puse el motor en marcha y salí haciendo rueda. La noche era fría y a la velocidad que iba con unos vaqueros, una camiseta y mi cazadora fina, lo era incluso más. El viento me atravesaba por todas partes y lo que más me dolían eran las manos, pensé que para cuando llegase iban a estar tan congeladas que me sería imposible frenar. Al llegar, no sentía los dedos, se habían quedado pálidos y nada más entrar en el edificio fui directo al baño y los mojé con agua caliente. Inmediatamente volvieron a tener una temperatura normal y dejaron de molestarme. Salí del baño y corrí al mostrador de información, donde un hombre de unos cuarenta años no perdía detalle de mis movimientos.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —dijo al acercarme.

—Buenas, necesito un vuelo a Londres urgentemente —le dije.

—¿Para cuándo sería? —me preguntó.

—Lo antes posible, por favor —respondí.

—Muy bien, deme un momento —dijo mientras tecleaba—. Señor, podría viajar mañana por la mañana a primera hora… —dijo antes de que le interrumpiese.

—Ese me es imposible, ¿cuándo es el siguiente? —pregunté.

—Un momento, ahora mismo se lo digo —contestó—. El siguiente sale a las seis y veinte de la tarde, estaría usted en Londres alrededor de las nueve y media… —dijo antes de que le interrumpiese otra vez.

—No me vale, es demasiado tarde —dije mordiéndome el labio.

El hombre permaneció en silencio mirándome a la cara, estaba claro que no podía hacer más por mí.

—Muchas gracias —le dije antes de despedirme con la mano y que él asintiese con la cabeza.

Cuando me marchaba hacia la salida, pensé en algo.

—Otra cosa… —dije—. ¿Cuáles son los aeropuertos internacionales más cercanos a Zúrich? —pregunté mientras me acercaba al mostrador.

—Hay dos, Milán y Múnich —contestó de memoria.

—¿Hay alguna forma de saber si hay vuelos desde alguno de ellos a Londres? —dije intrigado.

—Un momento… —dijo antes de ponerse a teclear de nuevo—. Correcto, en ambos aeropuertos hay vuelos a Londres por la mañana —dijo.

—¡Genial! —exclamé.

—De Milán sale a las diez, y de Múnich a las once cuarenta —contestó con la mirada puesta en la pantalla.

—Por carretera, ¿qué distancia hay desde Zúrich? —pregunté.

—Esperé un momento —dijo—. Algo más de trescientos diez kilómetros a Múnich y unos doscientos ochenta a Milán.

Si iba a Milán saldría antes y había menos kilómetros, pero tendría que atravesar los Alpes, y si salía de Múnich el trayecto era más largo, llegaría a Londres más tarde. En un segundo tomé la decisión.

—¿Podría reservar un vuelo desde Milán a Londres? —dije feliz de haber encontrado una solución.

—Lo lamento, pero esto es solo una oficina de información, para reservar debe esperar a que abran los mostradores de las aerolíneas —dijo el hombre.

—¿A qué hora abren? —pregunté.

—Normalmente, sobre las cinco y media o seis de la mañana —contestó.

—Maldita sea —dije en voz baja—. Muchas gracias por su ayuda —dije con una sonrisa.

—De nada —contestó el hombre antes de volver a sus tareas.

Si tenía que esperar allí hasta las cinco o las seis de la mañana y luego viajar a Milán no me iba a dar tiempo, era arriesgarme demasiado. Si salía de Múnich no sería un problema, aunque con las distancias a las que se encontraban ambos lugares viajando en coche me arriesgaba a que un accidente de tráfico o un simple atasco diera al traste con mi plan. La otra posibilidad era coger un tren. Sin pensarlo más, compré unos guantes de lana y un periódico en la única tienda que había abierta a esas horas y salí. Me senté en la moto,

desabroché la cazadora y coloqué el periódico cubriéndome el pecho, después cerré la cremallera me puse los guantes y salí en dirección a la estación de tren. Con los guantes y mi nuevo escudo de papel para el viento llevaba la moto sin tanto frío, no era lo ideal, pero al menos me sentí mejor.

Cuando llegué a la estación de tren eran más de las tres de la mañana y el lugar estaba desierto, no se podía entrar y las taquillas del exterior estaban cerradas. Inmediatamente me di cuenta de que ir hasta allí había sido un error y una enorme pérdida de tiempo. Me subí de vuelta a la moto y regresé al apartamento tan rápido como pude. Cuando entré en mi casa estaba muy nervioso, a esas horas de la mañana, cuando todo estaba cerrado, era imposible organizar un viaje. Decidí entonces prepararme para ir en motocicleta hasta Múnich, la opción de atravesar los Alpes para llegar a Milán había quedado totalmente descartada, tendría tanto frío que acabaría teniendo un accidente y con toda seguridad moriría congelado entre las montañas. Cuando salí de la habitación parecía el muñeco de Michelin, tenía tanta ropa encima que apenas podía desplazarme. Incapaz de moverme libremente, ¿cómo diantres pensaba conducir durante más de trescientos kilómetros hasta Múnich? Desesperado, comencé a quitarme la ropa y a arrojarla contra el sofá y las paredes, estaba furioso y quería emprenderla a golpes con el mobiliario. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Me senté en el sofá y miré al techo, si no podía llegar a Londres antes que Lucía tendría que empezar a pensar en llegar después, aunque eso conllevase perderle la pista durante algún tiempo. Al principio me pareció razonable, pero poco después caí en la cuenta de que perderla durante algún tiempo podría significar perderla para siempre, si regresaba a Londres después de reunirse con la inspectora era porque algo había sucedido. Quizás solo regresase para desde allí coger un vuelo a otro lugar intentando despistar a los dielibus, tal vez las habían descubierto y estaban huyendo. Al menos Holly conocía las intenciones de Lucía y estaría preparándose para seguirla tan pronto como llegase.

Hasta cierto punto, estaba tranquilo porque confiaba plenamente en Holly, pero comencé a preguntarme si hubiera sido mejor ponerme en contacto con Max. Holly fue muy seria en ese respecto y no había dudado en seguir sus indicaciones, pero si Max también estaba al corriente de la llegada de Lucía sería incluso mejor. Las ideas iban y venían en mi cabeza sin control, también pensé que tal vez Lucía no estuviese en peligro y solo hubiese decidido volver a Londres después de pasar una larga temporada fuera, tal vez solo quisiera regresar antes de mudarse a otra ciudad. Al final, después de tanta elucubración, decidí tranquilizarme, iría en motocicleta hasta Múnich y desde allí volaría a Londres sin decírselo a nadie. Una vez en

Londres me pondría en contacto con Holly para que me contase cómo iba todo pretendiendo llamar desde Zúrich con un número oculto, si me necesitaban estaría disponible en minutos y si, por el contrario, era una falsa alarma, volvería al día siguiente sin que nadie pudiera sospechar que había estado en Londres.

Una vez decidí cuál sería el plan, me tranquilicé y comencé a recoger la ropa que estaba esparcida por todas partes. Eran las cuatro y cuarto de la mañana cuando mi cabeza me dejó descansar y comencé a prepararme para el viaje. Mientras estaba preparando mis cosas, saqué el pasaporte y una tarjeta cayó al suelo de entre sus hojas, la recogí y recordé inmediatamente a quién pertenecía. Era el hombre más rápido del mundo a los mandos de un Audi, si conseguía hablar con él tal vez pudiese llevarme hasta Múnich en tiempo récord.

Con la tarjeta en la mano llamé al número y esperé, cuando estaba a punto de desistir alguien contestó.

—Servicio de taxi Zúrich veinticuatro horas, dígame —dijo una voz conocida.

—Perdone que le llame a estas horas, soy el chico que recogió del aeropuerto hace unas semanas —dije intentando recordarle la situación.

—Sí, claro, el señor Tivacelli —dijo intentando hacer memoria.

Yo estuve a punto de soltar una carcajada, aquel hombre era puro genio y figura.

—Rivalcielli —le corregí.

—Eso, perdóneme. Son muchos apellidos a lo largo de las semanas y al final acabo haciendo una mezcla graciosa —dijo.

—No se preocupe, es normal —dije.

—¿Qué le ocurre? ¿Ha bebido alguna copilla y necesita que le acerquen a casa? —dijo como si fuese algo normal con sus clientes.

—Ya me gustaría —dije antes de reír—. Necesito estar en el aeropuerto de Múnich tan pronto como usted pueda llevarme. Si no está ocupado, claro —añadí.

—No, no se preocupe… Puedo llevarle, pero voy a necesitar como mínimo una hora hasta que pueda recogerle —dijo.

Eran las cuatro y media, si salíamos a las cinco y media llegaríamos al aeropuerto en unas tres horas. Eso me dejaba con tiempo suficiente para desayunar y embarcar sin agobios.

—Sin problema, es perfecto —dije contento—. En una hora le estaré esperando en la calle con mi maleta, esta es mi dirección… —

añadí.

El hombre tomó nota y nos despedimos. Nada más colgar, pensé que podía haberle dicho que quería ir a Milán, estaba más cerca y el vuelo salía antes, pero decidí que a Múnich habría menos riesgo de nieve e inclemencias del tiempo. Estaba siendo una noche bastante larga, pero al menos poco a poco me las había arreglado para solucionar mi viaje. Ahora me daría una ducha caliente, terminaría de hacer la maleta y bajaría a la calle para esperar al taxi más veloz del planeta.

Una hora más tarde estaba en la calle intentando mantenerme en calor dando pequeños saltitos y frotándome las manos y los brazos. El Audi negro apareció al final de la calle e inmediatamente llegó a mi altura y se detuvo, el conductor salió, cogió mi maleta y me abrió la puerta.

—Buenos días —dijo.

—Qué frío —contesté.

—Métase en el coche, yo me ocupo de su equipaje —dijo.

Yo le obedecí y él entró poco después.

—Múnich, ¿verdad? —dijo mirándome por el espejo retrovisor.

—Sí —contesté.

El hombre se ajustó el cinturón de seguridad y emprendió la marcha. Yo estaba cansado, pero lo que acabó conmigo fue lo calentito que se estaba en el coche, tanto que, a pesar de la velocidad y la fuerte aceleración de ese coche, me quedé dormido.

CAPÍTULO XXXVIII

Cuando abrí los ojos estábamos parados en la autopista rodeados de coches. El conductor, al verme despierto, habló:

—La entrada a Múnich es siempre igual, da lo mismo a qué hora vengas… Siempre hay atasco —dijo resignado.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Por mi reloj son las nueve menos cuarto —dijo mirando el reloj de muñeca que llevaba.

—¿Estamos muy lejos del aeropuerto? —pregunté con cierta preocupación.

—Bueno, a la velocidad que vamos yo calculo que mínimo otros treinta y cinco minutos —dijo mirándome a través del espejo.

Si llegaba a las nueve y media todavía tenía tiempo de sobra, aunque cierto nerviosismo comenzaba a incomodarme. De ninguna manera quería perder ese vuelo. Por suerte, el carril en el que íbamos parecía avanzar más rápido que los demás y unos treinta minutos más tarde llegamos a la terminal del aeropuerto. Ambos salimos del coche a la vez y mientras el hombre sacaba mi maleta de la parte trasera, yo decidí algo.

—Aquí tiene su maleta —dijo.

—Gracias —contesté—. Aquí tiene su dinero —dije dándoselo en un sobre.

—Perfecto —dijo él cogiéndolo.

—Quiero darle las gracias por haber atendido mi llamada a esas horas de la mañana…

—Cuando usted lo necesite —me interrumpió.

—Tome esto —le dije dándole unas llaves.

—¿Qué es esto? —preguntó confundido.

—Son las llaves de la motocicleta que hay aparcada a la puerta de

la dirección donde ha ido a recogerme esta mañana —dije antes de seguir—. Es una Triumph de color rojo, si en un par de días no estoy de vuelta, es suya.

—¡¿Qué me está diciendo?! —dijo con sorpresa.

—No estoy seguro de si voy a volver, y si no lo hago no me gustaría que se quedase abandonada en la calle. Es una máquina excepcional que, estoy seguro, un hombre como usted sabrá apreciar y cuidar —y continué—. Eso sí, me tiene que prometer que si vuelvo en unos años, en el momento que sea, podré disfrutar de ella —concluí.

El hombre me miró lleno de alegría y satisfacción.

—¡Por supuesto! —exclamó, y me dio un abrazo que no esperaba —. Ten —dijo devolviéndome el sobre.

—No, de verdad, eso es el pago a su buen trabajo —dije.

—Cógelo y asegúrate de que vuelves a visitarnos —dijo sonriéndome.

Yo le sonreí y acepté el sobre.

—De acuerdo, pero cuídame la moto —dije riendo.

—No te preocupes por eso, cuando regreses estará igualita —dijo lleno de alegría.

Sin más, nos dimos la mano para despedimos y con cierta angustia por no saber si habría plazas libres decidí no esperar a que se marchase y entré. Localicé la aerolínea inmediatamente y fui derecho a su mostrador de atención al cliente, allí me atendieron con amabilidad y con fortuna tuve la suerte de conseguir reservar un asiento. Como un niño con los deberes hechos, paseé tranquilamente por la terminal con mi billete en la mano observando la multitud y las colas de pasajeros frente a los mostradores de facturación, después compré el periódico en una tienda de revistas, desayuné algo y cuando llamaron a los pasajeros de mi vuelo me dirigí a la puerta de embarque. El avión salió puntual y a las dos menos diez aterrizamos en Londres.

Mientras desembarcamos y pasamos los controles de pasaporte transcurrieron unos veinticinco minutos. Era el típico día inglés de cielos cubiertos de nubes oscuras y una lluvia finita intermitentemente que aparecía y desaparecía constantemente. Después de buscar un buen rato, encontré un teléfono público en el interior de la terminal, descolgué y llamé a Holly. Por suerte, no se me olvidó marcar la secuencia para que ella no viese los dígitos del número desde el que llamaba y después de dar más de diez tonos sin que nadie contestase la llamada fue desconectada. Colgué y llamé de nuevo, pero volvió a ocurrir lo mismo y comencé a desesperarme un poco. Quizás Holly se había dejado el teléfono olvidado en algún sitio o estaba sin batería, o

demasiado ocupada para contestar… El caso es que estaba estancado.

Esperé hasta las tres menos cuarto dando paseos por la zona de llegadas y los exteriores hasta que no aguanté más y volví a llamar. Después de otro montón de tonos la llamada se volvió a desconectar. Eran las tres de la tarde y con la poca luz que aquella manta espesa de nubes dejaba pasar comenzó a oscurecer. En el exterior, los conductores empezaban a encender los faros de sus coches, bajo cuyo reflejo se podía apreciar aquella fina lluvia que no cesaba de caer. Desesperado, volví a coger el teléfono y llamé otra vez. Al cuarto toque, descolgaron.

—¿Quién eres? ¿Por qué tengo varias llamadas perdidas tuyas? —preguntó Holly con un tremendo ruido de fondo.

—Soy Víctor, solo quería saber si iba todo bien —dije escuchando aquel ruido del lado de Holly.

—¿Quién? —preguntó.

—Víctor —repetí hablando más alto.

—Gracias a Dios —dijo aliviada—. Víctor, tenemos un problema —dijo antes de que le interrumpiese.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmado.

—No estaba preparada para esto, menosprecié el motivo por el que Lucía ha vuelto a Inglaterra… —dijo con la voz entrecortada y aquel molesto ruido.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Dónde está ella? —pregunté con las pulsaciones desbocadas.

—Víctor, creo que se van a reunir con alguien esta tarde en una fábrica abandonada al norte de Londres, en las afueras. Me han cogido por sorpresa, Víctor, no estaba preparada… —dijo lamentándose.

Yo escuchaba sin poder casi respirar, algo se quedó atascado en mi pecho y había empezado a crecer sin parar.

—Y tú, ¿dónde estás ahora? —pregunté.

—He alquilado un coche y les he seguido —respondió.

—¿Quién está contigo? —pregunté de nuevo intentando entender mejor la situación.

—Estoy sola —dijo en un tono en el que admitía el gran error que había cometido.

—¿Lo sabe Jacob? —pregunté esperando buenas noticias.

—No —contestó ella.

¿Pero qué clase de broma pesada era aquella?, entendía que Holly no esperaba aquel movimiento y la habían pillado por sorpresa, pero ¿por qué diablos no había pedido ayuda?

—¿Por qué no? —pregunté enfadado.

—Estaba avergonzada por mi equivocación y he decidido que debía resolverlo sola —dijo atribulada.

—Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido —dije reprochándole sus decisiones.

—Lo sé… —dijo resignada antes de continuar—. ¿Podrías hacerme el favor de ponerte tú en contacto con Jacob? Estoy en las antiguas Metalurgias Robinson's. He dejado el coche a unos quinientos metros de la entrada con las luces de posición encendidas, es de color verde metalizado y se puede ver sin problema desde la carretera principal. La fábrica está en la salida diecisiete, hay señales desde la autovía hasta la entrada, no tiene pérdida.

—Vale, ahora le llamaré —dije.

—Hace frío y un aire endemoniado —añadió.

—¿Dónde están ellas? ¿Las ves? —pregunté.

—Nada más llegar dejaron el coche en una zona central rodeada por varias naves industriales, después estuvieron reconociendo los alrededores… Ahora, después de dejar el vehículo detrás de una de las naves, han subido hasta unos montículos donde llevan un tiempo sin moverse. Me da la sensación de que están ahí escondidas a la espera… Un momento —dijo sorprendida—. Un coche se aproxima desde la parte trasera de uno de los edificios… No creo que desde la posición en la que ellas se encuentran puedan verlo —dijo antes de quedarse en silencio.

—¿Qué está pasando? —pregunté nervioso ante su silencio en un momento tan crítico.

—He dejado de ver el coche que se aproximaba, se ha debido detener justo detrás de la nave —dijo antes de guardar silencio de nuevo—. Un individuo se aproxima por un lateral… —explicó al momento—. Está abriendo la puerta de entrada al almacén, ahora hay luz en el interior… Creo que la detective y Lucía no se han dado cuenta. Espera, sí, lo han visto y acaban de abandonar el lugar donde estaban… Ahora comienzan a bajar, van agachadas intentando no ser vistas… Se están acercando a la nave con la luz encendida… Ya está, han conseguido llegar a una de las paredes laterales…

No sé cómo se sentía Holly al presenciar lo que estaba viendo, pero para mí aquellas palabras eran una película de terror.

—Víctor, voy a tener que dejarte, me acercaré un poco más para ver lo que está sucediendo —dijo—. Ponte en contacto con Jacob, explícale todo lo que te he dicho y espera instrucciones desde Zúrich. Tan pronto como solucionemos esto iré a hacerte una visita —añadió.

—Ten cuidado —dije, sabiendo que era una situación peligrosa en la que en otras circunstancias le hubiese suplicado que esperase a que llegasen los refuerzos, pero sabiendo que Lucía estaba allí expuesta a cualquier desenlace necesitaba que Holly cuidase de ella.

—Descuida —dijo antes de colgar.

Inmediatamente solté el teléfono y comencé a buscar por todas partes el teléfono de Max, no estaba en mi cartera ni en los bolsillos de mis pantalones. Tampoco en mi abrigo y como un loco abrí la maleta y empecé a sacar mi ropa a toda prisa, no conseguía encontrarlo por ninguna parte. Los compartimentos laterales de la maleta estaban vacíos, quizás lo perdí y lo único que estaba haciendo era perder el tiempo cuando debía estar ya de camino. Desistí y comencé a recoger la ropa, la metí en la maleta como pude y sin poder cerrarla la arrastré hasta la consigna. La introduje a la fuerza en un armario y me guardé la llave. Salí del edificio, localicé un taxi que estaba estacionado en la parada y corrí como un chalado hacia él, el conductor me vio acercarme y en su cara inmediatamente leí una expresión de incomodidad y rechazo hacia mí. No me importó y fui a abrir la puerta trasera, pero estaba cerrada, sin pensarlo lo intenté con la del copiloto, pero también estaba bloqueada. Golpeé el cristal de la ventana agitadamente tratando de llamar la atención del taxista que, después de intentar ignorarme y no conseguirlo, me hizo un gesto con el brazo para que desistiese en mi empeño. En vez de abandonar, golpeé la ventanilla incluso más encendido y eso terminó por espolear al conductor, que me hizo un mal gesto con el dedo corazón de su mano izquierda y emprendió la marcha acelerando y saliendo a toda velocidad, me había dejado tirado.

Entonces miré a mi alrededor, no había más taxis y comencé a correr sin saber muy bien dónde iba hasta que vi a un joven bajándose de su moto. Corrí hacia él mientras se despojaba del casco y cuando llegué a su altura anduve con tranquilidad. La llave permanecía en el contacto y el motor murmuraba. Aunque por dentro rebosaba nerviosismo y ansiedad, me acerqué a él amistosamente. En otras circunstancias hubiera intentado razonar con aquel chico para llegar a un acuerdo y poder utilizar su moto, pero aquel día era distinto y cada segundo que transcurría era demasiado preciado como para malgastarlo intentando convencer a un extraño de algo a lo que seguramente se negase rotundamente. El joven no me esperaba allí cuando se quitó el casco y me miró sorprendido, yo no articulé una palabra y tan pronto como le tuve a tiro me abalancé sobre él y le abracé fuertemente, después aproveché la inercia que llevaba para levantarle y lanzarle lo más lejos que pude. Nada más soltarle y verle desplazarse en el aire con una mirada de incredulidad en su rostro, corrí hacia su moto y me monté el ella, empujé con mis piernas hacia

delante para que saltara la pata de apoyo y cuando esta cedió aceleré con fuerza.

Aquella motocicleta no era como la de Zúrich, esta era una Kawasaki de color gris oscuro mate y llantas verdes fosforescentes que aceleraba y corría mucho más de lo que esperaba. Miré atrás para ver qué había ocurrido con su dueño y a lo lejos le vi de pie, desquiciado y posiblemente también algo aturdido con ambos brazos extendidos en cruz reprochándome lo que había hecho. Yo volví inmediatamente la mirada al frente y me pegué a la moto todo lo que pude para que el pequeño parabrisas me cubriese los ojos del aire y aceleré a fondo. Las líneas discontinuas marcadas sobre el asfalto pasaban tan rápido que se fundían en una sola y continua, los coches aparecían en el horizonte y en pocos segundos los alcanzaba y desaparecían en el retrovisor como si una fuerza colosal los atrapase y tirase de ellos hasta convertirlos en nada. Aquella máquina era increíblemente rápida y al poco tiempo de entrar en la autovía reconocí el primer cartel que anunciaba la fábrica, unos kilómetros más tarde apareció otra igual a la primera y más tarde una tercera, en todas se indicaba la salida diecisiete como ruta de acceso. Unos minutos más tarde, cuando vi que la salida que debía tomar estaba a menos de mil metros de distancia, aminoré la velocidad, había oscurecido y al dejar la autovía llegué a una rotonda en la que alumbré un cartel que había en el centro indicando que la fábrica se encontraba muy cerca, siguiendo la carretera que aparecía a la izquierda.

Seguí las indicaciones y poco después vi un coche con las luces encendidas en medio del campo, en la oscuridad era fácil de ver. Continué por aquella carretera hasta que llegué al camino de tierra que salía a la derecha por el que debía desviarme, a lo lejos en línea recta estaban las luces rojas del coche de Holly. El camino no estaba muy cuidado y había zonas bacheadas que me obligaron a ralentizar la marcha. Cuando pasé al lado del coche de alquiler verde metalizado que Holly dejó para indicar el camino que debíamos coger me dio un escalofrío al pensar que continuaba allí porque Holly aún no había regresado. Continué concentrado en la conducción hasta que de repente, tras una curva ciega, una limusina apareció de la nada a toda velocidad y tuve que subirme por un lateral para no chocar, el conductor iba por el medio y no aminoró su marcha al verme. Con las pulsaciones por las nubes y encolerizado por la actitud del que conducía aquel coche, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para intentar mantener la calma y continuar, lo principal era llegar a la fábrica abandonada lo antes posible y asegurarme de que Lucía, Holly y la inspectora se encontraban bien. Poco después comencé a pensar en por qué nadie conduciría de aquella manera imprudente y temeraria en un camino tan peligroso como aquel, a eso le añadí la

imagen del coche de Holly aparcado en un lateral esperando a que ella volviera y algo hizo clic en mi cabeza, aquella reunión había sido una emboscada y en ese coche con el que me acababa de cruzar iban Gritze y Plekth. Inmediatamente me levanté de la moto y comencé sortear los obstáculos del camino mientras aceleraba más y más presa del pánico. Tras dar una curva, vi a lo lejos la silueta de las naves y las chimeneas de la fábrica, un chorro de adrenalina entró en mis venas y me hizo acelerar aún más, al pasar las puertas de acceso el suelo estaba prensado y llegué a una zona central a gran velocidad. Una de las naves, la que estaba justo enfrente, estaba iluminada y al mirar en su interior divisé la silueta de una persona sentada en una silla con la cabeza echada hacia delante y el pelo colgando y cubriéndole la cara, a ambos lados había cuerpos tirados por el suelo. Al ver la escena, salté de la motocicleta en marcha y esta siguió su camino hasta estrellarse con algo en la oscuridad, yo corrí hacia el interior y al acercarme la estampa me cortó la respiración.

CAPÍTULO XXXIX

La persona que estaba sentada en la silla era Lucía, la habían atado a ella. Holly se encontraba tirada en el suelo rodeada por un charco de sangre, sus ojos aún permanecían abiertos perdidos en algún lugar de la eternidad. Bocabajo se encontraba el cuerpo de un hombre que también había sido abatido y sangraba cerca de ella. La inspectora García yacía a la izquierda, no vi sangre a su alrededor, por lo que no estaba seguro de si estaba muerta. Cuando corrí hacia Lucía, descubrí un cuarto cuerpo más allá tumbado en el suelo con la cara completamente ensangrentada.

—Lucía —grité antes de arrojarme a su lado.

Ella no contestó. Yo la eché hacia detrás y comprobé que no estaba herida, inmediatamente después tomé su pulso y me di cuenta de que estaba inconsciente, pero viva.

—Lucía —dije a su oído mientras la desataba.

Antes de que su cuerpo se desplomase lo sujeté y la senté en el suelo.

—Lucía —repetí sujetándole la mano.

Ella movió los dedos y después intentó decir algo. Sus labios intentaban articular alguna palabra imposible de entender.

—Lucía —dije con una voz cálida.

Ella levantó lentamente la cabeza y miró al frente primero, después a mí. Sus ojos se abrieron enormemente al reconocerme.

—Víctor. Aléjate de aquí, es muy peligroso. Huye —dijo medio inconsciente.

—De ninguna manera… —contesté feliz de haber llegado a tiempo.

Ella no contestó, seguramente no me escuchó. Entonces cogí su brazo y lo pasé por encima de mis hombros, después me incorporé lentamente y la levanté conmigo. Lo primero que haría sería ponerla a salvo, según mis cálculos había tres coches que podría utilizar, el que

utilizó Lucía, el de los dos gánsteres que fueron a su encuentro y el de Holly. Cuando salía de la nave, una voz conocida habló a mi espalda.

—No sé qué haces aquí ni quién te ha dado vela en este entierro, pero deja a esa mujer ahora mismo y márchate.

Yo no me giré, me agaché lentamente y dejé a Lucía sentada en el suelo. Después me di la vuelta.

—Vaya cara que te han plantado, Omar —le dije al verle.

—¿Conoces mi nombre…? —dijo con sospecha antes de añadir desafiante—: Nada que ver con la tuya cuando termine contigo.

—Eso habrá que verlo —contesté a la vez que comenzaba a andar hacia él.

Gracias a David tenía aquel formidable cuerpo que me había ayudado en innumerables ocasiones, pero en aquel momento, y especialmente tratándose de Omar, le habría despedazado igualmente con mi cuerpo de Marco Rivalcielli.

Al ver que me aproximaba, Omar se preparó para pelear, mis ojos estaban clavados en aquel desecho humano y en mi interior ardía el fuego de mil infiernos, yo no necesitaba prepararme porque era algo que había estado haciendo desde aquella noche en la que me arrebató la vida.

El mastodonte comenzó lanzándome un puñetazo de derechas, al verle venir me aparté y sujeté su brazo con mi mano parándolo en seco. Sus ojos se abrieron sorprendidos al sentir la fuerza que detuvo su golpe. Después intentó revolverse y yo le solté empujándole con fuerza hacia unas enormes cajas de madera que había detrás de él. Omar se repuso de su fracaso y se colocó en posición para pelear de nuevo, esta vez me lanzó una torpe patada que yo esquivé con facilidad dejándole expuesto a un puñetazo certero que le propiné en el riñón. Un lamento acompañó a mi golpe a la vez que el ogro se doblaba de dolor, entonces aproveché para descargarle un derechazo en la cara que, por el crujido que emitió, debió partir más de un hueso. Omar estaba desmoronándose y en su cara por primera vez vi el miedo. Sin darle tregua, le agarré por los hombros y le lancé de nuevo contra las cajas que había, su cabeza perforó la madera y su cuerpo astilló parte del lateral. Omar se quedó incrustado sin moverse, para entonces se había dado cuenta de que no había nada que pudiera hacer contra mí y, como un cobarde, pretendía que por lástima le abandonase allí. Le agarré de nuevo por los hombros y le saqué con fuerza sin darme cuenta de que se había apoderado de un trozo de madera astillada que inmediatamente intentó clavarme en la cara. Al ver lo que intentaba hacer me agaché y le descargué otro puñetazo en el abdomen que lo debilitó lo suficiente para que pudiese agarrar la

mano con la que sostenía su arma improvisada y, mirándole a la cara, le dije:

—Traicionaste a Blake, que te trató como un padre. Traicionaste a los sectatores, que fueron tu única familia. Viniste con Blake sabiendo que dejaría en mi casa lo que tanto ansiabas, estudiaste la distribución sabiendo que volverías… Y regresaste para sembrar el miedo y la desgracia en nuestras vidas… Pero, a pesar de tenerlo todo estudiado, los pobres diablos de los Rivalcielli consiguieron escapar a tu plan perfecto. Algo que debió herir tu orgullo hasta tal punto que fue imposible soportarlo y después de apoderarte del casco y robarnos…

Sus ojos se abrieron y su cabeza comenzó a temblar al escuchar la última frase.

—Debías acabar con nosotros y para ello tuviste que recurrir a toda tu experiencia como asesino. Vaciasteis tus cargadores sobre nosotros disparando una y otra vez, golpeaste y arremetiste contra nuestro coche como un perro rabioso sediento por cobrarse una presa fácil y después de tanto esfuerzo, al fin, obtuviste tu recompensa y conseguiste echarnos de la carretera. Puedo imaginar tu cara de satisfacción al contemplar cómo nos desintegrábamos montaña abajo envueltos en una bola de fuego, debiste creer que lo habías conseguido… Otro trabajo bien hecho que añadir a mi currículum, debiste pensar…

Omar tragó saliva, su expresión era de incredulidad.

—Eres el demonio —dijo balbuceando.

—No, peor que eso —contesté sacudiéndole con fuerza—. Soy Marco Rivalcielli.

Su cara se descompuso y el pánico se apoderó de él.

—Y tú, desgraciado, ya no eres nada —dije antes de hundirle la estaca en el cuello y empujar su cuerpo al agujero que había hecho anteriormente en la caja.

Le vi agonizar hasta que murió y me alegré de ello, aquella alimaña no volvería a ser un problema nunca más, por fin le había hecho pagar por todo el daño que nos hizo.

Después de contemplar el cuerpo de Omar, me di la vuelta y anduve hasta Lucía, que parecía algo más recuperada, me arrodillé y le pregunté:

—¿Dónde dejasteis vuestro coche?

—Entre estos dos edificios —contestó.

—De acuerdo… Vamos allá —dije levantándola de nuevo.

Los dos anduvimos hasta el 4×4 que había aparcado, después ayudé a Lucía a subir al asiento y regresé a la nave industrial. Holly

estaba muerta, no tenía pulso y su cuerpo estaba frío y sin color. Cerré sus ojos y le di las gracias por todo lo que hizo por nosotros, por mí desde que la conocí y por Lucía desde que se hizo pasar por enfermera hasta aquel día en el que había muerto protegiéndola. Me disculpé con ella por no haber llegado antes porque quizás el desenlace hubiese sido otro y después de desearle todo lo mejor para los siguientes pasos que debería dar ya en el otro mundo, la cubrí con un trozo de tela que encontré. El hombre que había cerca de ella también estaba muerto y, después de asegurarme, me acerqué a la inspectora. Me alegró comprobar que tenía pulso e inmediatamente le di la vuelta. Como a pesar de mis intentos no conseguí despertarla, decidí cogerla entre mis brazos para llevarla al coche y al levantarla para acomodarla, su brazo derecho se deslizó y cayó muerto dejando al descubierto algo que ya había visto y que me dejó desconcertado.

Lentamente me puse de rodillas y la deposité en el suelo para examinar mejor la marca. En el dedo índice de su mano derecha había un pequeño tatuaje tribal que yo había visto antes, concretamente durante el *shock* que recibí cuando toqué a Greenville en el corredor de la mansión. En aquella secuencia de imágenes vi las manos finas de una mujer sosteniendo el arma que apuntaba a Greenville a escasos centímetros de su cara, el dedo índice de aquella mano tenía un tatuaje exactamente igual al de la inspectora. Al caer en la cuenta de que ella le había asesinado, me separé de su cuerpo y me levanté. ¿Por qué? Me pregunté. Quizás debí matarla, pero no lo hice, la dejé allí y fui hasta el coche. Cuando llegué, Lucía parecía estar más orientada.

—Vámonos de aquí —dije.

Ella no contestó, posiblemente habían sido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Salimos de los perímetros de la fábrica y conduje a través de aquel camino de tierra tan estrecho. Pasamos junto al coche de Holly, que aún seguía con las luces puestas, y llegamos a la carretera principal. Me detuve al llegar a la intersección y comencé a pensar dónde podría llevarla, no había tenido tiempo de pensar en ello. Buscando un mapa, descubrí que debajo del reposabrazos el coche tenía teléfono, lo cogí y me alegré de que estuviera activo. Marqué el número de información y el chico me pasó directamente con el edificio Vidar, el lugar donde los sectatores se habían establecido en Londres. Mientras esperaba, Lucía, aún conmocionada por lo ocurrido, me habló.

—¿Qué haces tú aquí, Víctor? —preguntó seria.

—Intentando buscar un lugar seguro donde puedas recuperarte —dije sintiendo su desconfianza.

—¿Para quién trabajas? —me preguntó.

Yo dudé un momento, para ella todo aquello debía ser una

pesadilla. Por suerte, la chica de la recepción contestó al teléfono en ese momento y después de excusarme ante Lucía hablé.

—Soy Víctor, necesito hablar con Jacob ahora mismo, es importante.

—Entiendo, Jacob está ocupado en estos momentos y no creo que pueda atenderle… —dijo antes de que interrumpiese.

—Jacob a estas horas está solo en su despacho, no me hagas perder el tiempo. Como ya te he dicho, es un asunto importante…

La chica intentó esquivar mi llamada en un primer momento porque seguramente solo estuviese siguiendo instrucciones, pero después de escucharme permaneció en silencio y tras unos segundos me pasó directamente con el despacho de mi hermano. Dos tonos más tarde, Jacob contestó.

—¡Eh! ¿Tanto me echas de menos…? —dijo con una voz animada.

—Jacob, estoy con Lucía Rivalcielli. No estoy muy seguro de lo que ha ocurrido esta tarde en una fábrica abandonada a la afueras de Londres, pero han matado a Holly.

—¿Qué estás diciendo? ¿Me hablas de Holly, tu madrina? —me preguntó incrédulo.

—Me temo que sí —respondí con la imagen de su cuerpo rodeado de sangre en mi retina.

Jacob guardó silencio durante un momento, posiblemente maldiciendo aquella estúpida guerra que se estaba llevando a tantas buenas personas.

—¿Continúas ahí? —pregunté dejando a un lado la tristeza.

—Sí —contestó pesaroso.

—Ahora mismo nos encontramos en medio de la nada y me preocupa que podamos sufrir más ataques. Necesito un lugar seguro donde poder llevar a la señora Rivalcielli —dije, y esperé a su contestación.

—En una situación de extrema gravedad como esta, el corazón de los sectatores posiblemente sea el lugar más adecuado —contestó después de meditarlo un poco.

—Yo también lo pienso así —dije—. Además, necesito que envíes a algunos de los nuestros a la antigua fábrica Metalurgias Robinson's para que modifiquen el escenario del enfrentamiento. Cuando lleguen van a encontrar tres fallecidos y a la inspectora de policía que estaba con Lucía inconsciente. Y lo que te voy a decir ahora es muy, muy importante… Cuando los chicos se marchen de allí, todo debe señalar a la inspectora como única responsable de esas muertes… Debe ser tan evidente que la policía no estimará necesario profundizar en el caso…,

que ella sea culpable es algo que debemos conseguir a cualquier precio, si hace falta yo mismo testificaré que la vi disparando a quemarropa a todas esas personas —dije.

—Entiendo —dijo antes de añadir—: En cuestión de unos minutos se pondrán en camino, no tardarán en llegar.

—Creo que la inspectora actúa bajo la batuta de Gritze y Plekth. Seguro que tiene influencias dentro y fuera de la Policía, por eso la escena del tiroteo no debe dejar ninguna duda, la investigación debe concluir que ella fue la autora material de los tres asesinatos —dije seguro—. Y otra cosa que se me acaba de ocurrir, asegúrate de que, cuando los chicos salgan de allí, llamen a la policía y a los periódicos a la vez. Con los periodistas husmeando por los alrededores y sacando fotos de la escena, evitamos que algún dielibus modifique algo a lo que pueda agarrarse en el juicio.

»Que el caso salga a la luz gracias a los periódicos hará que la justicia tenga que juzgarla bajo la atenta mirada de la opinión pública, de esa manera no habrá poder que la salve de pudrirse entre rejas —dije viendo el plan.

—¿Quién es ella? ¿Por qué tienes tanto interés en que desaparezca? —dijo Jacob intrigado.

—Lo hablaremos más tarde, cuando lleguemos —respondí.

—Entiendo, ahora permaneced alerta y conduce sin llamar la atención. Hasta que entendamos lo que ha ocurrido tendremos que extremar la precaución, en estos momentos los dielibus deben ser un enjambre de avispas enfurecidas con sed de venganza —dijo Jacob.

—Descuida —dije—. Tendremos cuidado —añadí antes de colgar.

En ese momento apreté el acelerador a fondo y el 4×4 se incorporó a la carretera dejando una polvareda detrás.

—Trabajas para Max, el hermano de mi marido —dijo Lucía mientras su mirada se perdía a través del cristal de la ventana.

—Así es —respondí agarrando con fuerza el volante.

—Te mudaste a Zúrich para seguirme y tenerme bajo control —dijo.

—Sabíamos que eras un objetivo y nos importa tu seguridad —dije sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Max? —me preguntó.

—No mucho —respondí escueto.

—Desde que su hermano Marco murió no ha vuelto a ser el mismo, su mujer casi no le ve y se pasa los días en su despacho planeando cómo borrar del mapa a todos los locos esos que quieren apoderarse del casco —dijo aún mirando a través del cristal—. Todo esto por un

estúpido yelmo que perteneció a un grandioso caballero templario, tal vez ni siquiera era tan increíble como dicen, es una auténtica locura —añadió con amargura.

—Hay personas que necesitan reliquias como ese casco para encontrar un sentido a su existencia y darían su vida por protegerla —dije.

—Es cierto, pero no intentes hacerme pensar que lo que está ocurriendo es normal —contestó.

—No lo es, pero así es como funciona —respondí.

—¿Conocías a Holly? —preguntó mirándome a la cara y cambiando de tema.

—Sí, ella fue la persona que me apadrinó cuando me uní a la Orden de los Sectatores —dije recordando sus bromas.

—Yo la conocí en el hospital mientras me recuperaba del accidente que se llevó a mi marido —explicó mirándome—. Era mi ángel de la guarda. Nunca olvidaré el valor con el que me sacó de una situación bastante comprometida en el hospital, fue muy valiente —dijo haciendo una pausa para contener las lágrimas—. Tanto como hoy, que me ha salvado la vida… —continuó antes de guardar un largo silencio—. Y ahora está muerta por mi culpa… —dijo entre sollozos—. Nunca podré agradecérselo… —concluyó antes de romper a llorar.

Yo reduje la marcha y me detuve en el arcén, después la abracé.

—No debes sentirte culpable por lo que ha sucedido, piensa que todos nosotros sabemos a lo que nos exponemos cuando nos unimos a la orden y voluntariamente aceptamos los riesgos… —le dije antes de seguir—. Tu marido y tú no tuvisteis esa opción, de un día para otro os visteis en medio de una guerra en la que nunca aceptasteis luchar… Perdiste a Marco por nuestra culpa y esa es una pesada carga que cada una de las personas que formamos los sectatores arrastramos día tras día, porque vosotros erais dos inocentes que disfrutabais de vuestras vidas hasta que un par de pirados criados entre nosotros se cruzaron en ellas…

Lucía dejó de llorar e intentó secarse las lágrimas que aún rodaban por su cara con las manos.

—¿De verdad que no piensas que es culpa mía?, porque para mí soy la única responsable, todo el que se acerca a mí acaba muriendo… —dijo sacando aquel dolor.

—Para nada, Lucía… Tan solo eres una víctima de un mundo corrupto basado en el poder donde solo los desalmados sacan la cabeza por encima de los demás —añadí.

Lucía no contestó y se sumió en un profundo silencio, imaginé que

después de nuestra conversación necesitaría un tiempo para pensar en todo aquello. Sin decir nada más, reanudé la marcha y poco después me incorporé a la autovía que nos llevaría al centro de Londres. Unos minutos después, cuando iba pendiente del tráfico y pensando el mil cosas a la vez, ella me preguntó:

—¿Es Víctor tu verdadero nombre?

Su voz me pilló totalmente desprevenido, por algún motivo había decidido que ella no querría hablar más conmigo.

—No, lo cierto es que Víctor es el nombre que adopté al unirme a los sectatores —dije dudando si ser sincero era la mejor idea.

—Entiendo —contestó—. Hoy en día parece que nadie es quien dice ser —dijo con un tono de resignación—. Es deprimente —añadió.

Yo no contesté y permanecí en silencio. Lucía se acurrucó en el asiento y no volvió a decir nada en todo el trayecto. Yo me sentí mal porque me moría de ganas por decirle quién era, que no estaba sola y que la vida era un lugar mejor de lo que ella pensaba, pero no dije nada y me limité a conducir hasta la sede de los sectatores.

Cuando llegamos, dos hombres salieron inmediatamente a nuestro encuentro, nos ayudaron a salir y nos acompañaron hasta la entrada. Nada más introducirnos en el edificio, un tercero salió y retiró el coche de la acera donde lo habíamos dejado y desapareció con él. Una mujer de unos sesenta años nos recibió en el vestíbulo, los dos hombres que habían ido hasta el vehículo y nos habían acompañado se quedaron en el umbral de la entrada vigilando los alrededores. Max había desplegado férreas medidas de seguridad en caso de que pudiésemos recibir un ataque dielibus.

La mujer era muy agradable y después de interesarse por nosotros nos llevó a una sala donde habían preparado algo para cenar, la comida era excepcional, pero ni Lucía ni yo teníamos apetito. Nos disculpamos con los camareros y el personal de cocina que nos recibió por el esfuerzo que hicieron en prepararla y pedimos ir a ver a Jacob cuanto antes. La señora que nos recibió nos condujo hasta el ascensor, antes de despedirse nos dijo que entre aquellos muros no había nada que temer porque la familia de los sectatores nos protegería de cualquier adversidad. Yo sonreí y le di las gracias. Lucía no contestó, pero de su cara brotó un gesto de reproche que no desapareció hasta que llegamos al despacho de Jacob. Una vez allí, golpeé con fuerza la puerta e inmediatamente mi hermano abrió.

—Gracias a Dios que estáis bien —dijo aliviado.

Él me miró a los ojos y se fue directamente a por Lucía.

—Lucía, ¿estás bien? —dijo acompañándola hacia la zona de los sofás.

—Sí, no te preocupes por mí —dijo ella endurecida por los años.

Yo les seguí sin decir nada.

—Siéntate… Ponte cómoda… ¿Quieres algo de beber? —preguntó Max.

—Quizás un vaso de agua —dijo ella.

—Perfecto —respondió él.

—¿Y tú, Víctor? —me preguntó.

—Lo mismo, por favor —contesté.

—Sentaos, en un momento tengo esto preparado —dijo Max.

Yo, que le conocía, sabía que en el fondo estaba rebosante de felicidad por tenernos allí, aunque lo intentaba disimular por el bien de todos. Lucía y yo nos sentamos uno enfrente del otro y él vino al momento.

—Sé que quizás no sea el mejor momento para hablar de lo ocurrido, pero debido a la gravedad de la situación necesito toda la información que me podáis aportar. Nada más terminar nuestra conversación telefónica he puesto a los sectatores en estado de alerta y… al término de esta reunión decidiré qué acciones deberemos tomar para afrontar las próximas horas. Lo que hablemos o discutamos en esta sala no saldrá de aquí, quedará entre estas cuatro paredes y nosotros tres, por eso os rogaría que me expliquéis lo sucedido con todo detalle. Víctor, comienza tú, tengo un interés especial en saber qué ha pasado con Holly.

Nada más decir eso, Lucía agachó la cabeza y por sus mejillas vi lágrimas correr. Max me estaba mirando y no se dio cuenta hasta que me levanté y me senté a su lado. La abracé y ella se recompuso rápidamente. Entonces decidí quedarme a su lado y comencé.

—Ayer por la noche informé a Holly de que Lucía dejaba Zúrich para marcharse a primera hora del día con destino a Londres. Cuando llamé era más de medianoche y no hablamos demasiado por miedo a que el teléfono estuviese intervenido.

—¿Notaste algo diferente en ella? ¿Su voz, algún ruido, algo? —me preguntó.

—No, todo parecía bastante normal —contesté.

—Continúa, por favor —dijo Max.

—Por alguna razón no me sentía bien quedándome en Zúrich y decidí volar a Londres. Aunque a esas horas fue un poco complicado, finalmente conseguí organizarlo todo para llegar hoy por la tarde. Nada más aterrizar he estado intentando ponerme en contacto con ella, pero por algún motivo no contestaba al teléfono… Después de intentarlo varias veces, he pensado que tal vez estaría ignorando mis

llamadas porque utilizaba un número oculto para evitar que se diese cuenta de que no me encontraba en Zúrich. Si se enteraba de que había desobedecido sus órdenes no se alegraría demasiado —dije.

—Normal —dijo Max.

—Después de esperar un tiempo, he vuelto a llamar de nuevo con la suerte de que esta vez si contestó —continué—. Holly estaba muy decepcionada con la manera en la que había enfocado el regreso de Lucía a Londres. No ha parado de reprocharse que no hubiera destinado más recursos para montar un dispositivo más elaborado con el que estar mejor preparada para cualquier eventualidad —dije.

—¿Te ha dicho qué le llevó a cometer tal error? —preguntó Max.

—No, además había un constante ruido de fondo bastante molesto que ha hecho la comunicación difícil.

—¿Qué ruido? —preguntó intrigado.

—Era el viento, estaba al aire libre —respondí.

—Entiendo, continúa, Víctor —dijo.

—Después me ha dado detalles de cómo llegar al lugar donde se encontraba, había seguido a Lucía y a la inspectora hasta allí. Tras eso, me ha pedido que me pusiese en contacto contigo urgentemente para darte los detalles de lo que había ocurrido y dónde estaba. Y después, prácticamente no hemos hablado más porque la inspectora y Lucía comenzaron a moverse y ha tenido que colgar… —dije mirando al suelo.

—¿Qué has hecho entonces? —preguntó.

—Lo primero ha sido intentar ponerme en contacto contigo, pero lo cierto es que estaba un poco nervioso por lo que pudiera estar ocurriendo mientras buscaba el número de tu oficina y…, al no encontrarlo, me he visto obligado a priorizar, opté por hacerme con un vehículo y acudir al lugar donde ellas se encontraban tan rápido como pudiera —dije.

—¿Qué te has encontrado al llegar? —me preguntó.

—Lo primero que he visto desde la distancia ha sido a Lucía Rivalcielli atada a una silla, parecía inconsciente y al aproximarme a ella he visto que a su alrededor había otros tres cuerpos tirados en el suelo. Uno de ellos era el de Holly.

Al acordarme de la estampa, tuve que hacer una pausa antes de seguir.

—El cuerpo de Holly estaba en medio de un charco de sangre.

Max se hizo cargo de la situación cerrando los ojos, las lágrimas

volvieron a rodar por las mejillas de Lucía.

—Después de comprobar que Lucía tenía pulso, he pensado que lo más sensato sería alejarla de allí inmediatamente antes de acercarme a los otros. Cuando nos alejábamos del edificio, alguien ha hablado a mis espaldas incitándome a dejarla allí y abandonar el lugar. Era un tal Omar…

Lucía levantó la cabeza.

—Entonces he dejado a Lucía a salvo y le he eliminado —dije.

—¿Estás completamente seguro de ello? —preguntó Lucía incrédula.

—Totalmente, le he visto morir —respondí.

Lucía sonrió de alegría, Max también lo hizo y yo no pude, aunque me hubiese encantado. Mirándoles felices recordé el momento en el que le vi agonizar y saboreé de nuevo el dulce elixir de la venganza.

—Después he regresado y ambos fuimos hasta el coche con el que ella se había desplazado hasta allí. Tras asegurarme de que estaba mejor, he regresado y he visto que el cuerpo que estaba cerca de Holly era el de un hombre que no he reconocido y que la inspectora estaba inconsciente. Justo antes de levantarla para llevarla al coche, me he dado cuenta de su disposición en la escena y al comprobar que no presentaba ni un solo rasguño me ha hecho sospechar inmediatamente, algo no cuadraba. Después de considerar mis suposiciones una vez más, he decidido dejarla allí y alejarme del lugar con Lucía —dije—. No tenía sentido que no estuviese atada o herida como el resto —añadí.

—Ella ha estado siempre del lado de Omar, en esa nave y el día en que asesinaron a Marco —dijo Lucía enfurecida—. Debías haberla matado también —espetó con odio.

—Lo siento, Lucía, en ese momento no estaba completamente seguro y sabiendo que era policía he pensado que sería mejor incriminarla por la muerte de Holly y los otros dos delincuentes —dije.

—En eso tiene razón —dijo Max—. Nos resulta mucho más fácil utilizar pistas falsas para dirigir la investigación de la policía hacia la inspectora que intentar desviar su atención cuando la investigación sigue un rastro que apunta directamente a alguien de los nuestros como culpable —añadió.

—Pero así tendrá una oportunidad —dijo Lucía.

—Tal vez no, confía en los nuestros —dijo Max—. Tal vez este caso sea tan claro que ni con todo el poder de los dielibus pueda escapar —añadió.

—Eso espero —contestó Lucía.

Cuando ambos me miraron, yo continué.

—Y eso ha sido todo, después, tan pronto como nos hemos alejado lo suficiente de la fábrica, me he puesto en contacto contigo y hasta ahora —añadí para terminar mi relato.

—Mis felicitaciones, Víctor, no solo te anticipaste a los posibles imprevistos cuando tuviste que volar a Londres, sino que también priorizaste correctamente en las ocasiones en las que te hallaste en una encrucijada —dijo Max—. Una verdadera pena lo ocurrido con Holly, todos los sectatores la echaremos de menos y lloraremos con amargura su pérdida. Cuando recuperemos su cuerpo la enterraremos con todos los honores, allá donde esté se sentirá orgullosa de su familia. Te felicito, Víctor, no esperaba menos de ti —dijo Max.

Yo solo me limité a asentir con la cabeza.

—Lucía, Víctor es mi mano derecha y puedes confiar en él plenamente… —dijo Max explicándose ayudado de sus manos—, no tengas ningún reparo en contarnos todo lo sucedido —añadió.

Lucía nos miró a los dos, era evidente que aquella vida le estaba pasando factura. Sus ojos estaban enrojecidos de llorar y en su rostro se denotaba el cansancio de tantos años perdidos envueltos en sentimientos de venganza y tristeza. Debía intentar alejarla de todo aquello tanto como pudiese antes de que entre los sectatores y los dielibus acabasen con ella. Después de reunir fuerzas, comenzó.

—Ayer por la tarde recibí una llamada de Valeria, la inspectora… —Lucía hizo una pausa—. Quería que nos viésemos inmediatamente para decidir sobre un asunto, no me dio más detalles. Yo no lo dudé y acepté vernos un poco más tarde, sobre las ocho. Cuando esperaba en la calle intentando parar un taxi, apareció Víctor y se ofreció a llevarme, en un principio era un desconocido y pensé que no era buena idea. La norma que tenía con Valeria era la de desconfiar de cualquiera. Qué estúpida fui por no verlo, me estuvo manipulando todo el tiempo para tenerme controlada en cada momento —dijo decepcionada.

»Como no conseguía un taxi, al final accedí y Víctor me llevó hasta la cafetería donde habíamos quedado. Unos minutos pasadas las ocho, Valeria apareció. Durante algo más de una hora mantuvimos una conversación en la que ella insistió en que sabía la situación exacta donde Omar se iba a reunir con alguien en un par de días para vender piezas de arte robadas… Después de siete años siguiendo a aquel indeseable, era la oportunidad que había estado esperando para vengar a mi marido.

Max y yo nos miramos durante una décima de segundo.

—Decidimos regresar a Londres para preparar una emboscada que acabaría con su vida, de esa manera Valeria vengaría a su compañero caído y yo encontraría algo de paz. Después de ofrecerse a encargarse de los vuelos, acordamos vernos esta mañana a primera hora en el aeropuerto. La noche fue un infierno, estaba nerviosa porque por fin parecía que iba a ver la luz al final del túnel, pero a la vez, una vez Omar hubiese muerto, tendría que decidir entre rehacer mi vida o embarcarme en continuar mi venganza contra los hombres de negro —dijo antes de que la interrumpiese.

—Creo que se refiere a Gritze y Plekth —dije.

—Sí, esos dos. Los que están al frente de esa panda de lunáticos —dijo Lucía.

—Sí —dijo Max.

—Vaya nombres… —añadió ella.

Yo estuve a punto de soltar una carcajada, echaba tanto de menos el humor de Lucía…

—El caso es que, sin saber muy bien por qué, sentí la necesidad de despedirme de mi nuevo vecino, era un chico simpático y atento que me cayó bien desde el primer momento. Que ha resultado ser otro maldito espía, nombre falso, vida falsa y aparentando ser la persona que no era, en fin…, otro que me ha engañado —dijo mirándome con cara de pocos amigos.

Yo le sonreí intentando quitarle hierro al asunto, pero no funcionó. Si Lucía hubiese tenido un trozo de madera astillada en aquel momento, creo que hubiese terminado como Omar.

—Ignoré las normas y me despedí de él, cometiendo la torpeza de decirle dónde iba. Esta mañana regresamos a Londres y al llegar al aeropuerto un contacto de Valeria nos ha dicho que Omar se reuniría con el comprador esta misma tarde. Sin tiempo para casi nada, hemos reservado una habitación de hotel y alquilado un coche.

»En cuanto estábamos listas, hemos salido hacia la fábrica abandonada donde se iba a producir la venta y nada más llegar hemos estado reconociendo el terreno antes de que Omar apareciese. Todo este tiempo me han hecho creer que él no sabía nada y que, en lugar de su comprador, nosotras seríamos las que le sorprenderíamos acudiendo a la cita, aunque a la única a la que iban a sorprender era a mí. Cuando esperábamos escondidas a que llegase el momento, le he pedido un arma a la inspectora y, a pesar de que nunca había disparado antes, ella me la ha dado. Más tarde he podido comprobar que era de fogueo, sin duda, Valeria se había asegurado de que no haría daño a nadie con ella.

Daba la impresión de que Lucía estaba al límite de sus fuerzas con todo aquello e intentaba contrarrestar el cansancio tomándoselo con humor, igual que lo hacía en casa cuando algo se torcía.

—Después hemos bajado de los montículos donde nos ocultábamos y al entrar en la nave hemos encontrado a ese indeseable de Omar. Planearon todo para que pensara que estaba solo, pero lo cierto es que había venido acompañado, en medio de una discusión el nuevo me ha sorprendido por la espalda apuntándome en la cara con una pistola. En ese momento ha sido cuando los actores han comenzado la actuación y Omar le ha pedido a Valeria que tirase su pistola al suelo mientras ella pretendía dudar entre dispararle o salvarme a mí. A pesar de pedirle que le disparase, ella, evidentemente, ha dejado su arma y el prepotente ese ha comenzado a preguntarnos cosas como si conocíamos el paradero del maldito casco o quién era nuestro informador bajo la amenaza de dispararme si no contestábamos. Cuando todo parecía perdido y me iban a disparar, Holly ha irrumpido en la escena por sorpresa matando al que me tenía encañonada.

»En esa patraña organizada en mi honor, la situación parecía ponerse de cara, pero entonces el miserable de Omar ha utilizado a mi *amiga* Valeria como escudo, sabiendo que no pondríamos en riesgo su vida, para revolverse y sacar de su abrigo una pistola con la que ha acabado con la vida de Holly. Aún recuerdo sus ojos vacíos perdidos en la infinidad… —dijo antes de hacer un descanso—. Después de presenciar la muerte de Holly he cogido mi pistola y llena de rabia le he disparado hasta que no quedaban más balas en el cargador. En ese momento ha sido cuando me he dado cuenta de que eran de fogueo, al ver a ese asesino sin un rasguño y riendo sin parar.

»En ese momento, cuando era evidente que algo no tenía sentido, Valeria ha confesado estar en la nómina de Gritze y Plekth. Todo este tiempo ha estado interpretando un papel magistralmente hasta que hoy, después de su actuación estelar, me ha mostrado quién era realmente. Así ha quedado expuesta la gran mentira que entre todos han alimentado durante años para tenerme engañada. Tras eso, me han atado a una silla a la espera de que apareciesen esos dos enfermos mentales, como quiera que se llamen. Poco más tarde ha aparecido una limusina, denotando que lo tenían todo muy bien organizado, y de ella han salido los perturbados. Han conversado un rato entre ellos y después han decidido que como ya no les era de ninguna utilidad lo mejor que podían hacer era matarme y enterrarme allí mismo.

Pobre Lucía, qué duro debió ser presenciar todo aquello.

—Entonces Gritze y Plekth se han marchado y Valeria y Omar se han quedado decidiendo si me cortaban el cuello o me disparaban en la cabeza.

Escuchar a Lucía hablar de lo sucedido con tanta frialdad era estremecedor, por primera vez desde que nos vimos envueltos en aquella guerra sentí un rechazo hacia Blake por habernos involucrado. Posiblemente siempre había estado en mi interior reprimido hasta que al escuchar a Lucía hablar de lo que había sufrido por la culpa del yelmo fui incapaz de contenerlo.

—No te imaginas cuánto me duele escuchar por lo que has pasado —dijo Max visiblemente afectado—. Nadie se merece algo así, pero tú, Lucía, menos aún… —añadió.

—Te lo agradezco, pero que Omar haya muerto es una alegría que compensa por todo lo que he pasado… —dijo Lucía, y añadió—: No te preocupes por mí, estoy bien.

—Desde luego que es una gran noticia… —dijo Max pensativo.

—Lo que tengo que contar ahora puede ser que os parezca extraño, quizás penséis que estoy loca, pero es la verdad —dijo Lucía antes de hacer una pausa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Max.

—A que no estoy segura de lo que he visto —respondió nerviosa.

—No te entiendo, ¿puedes explicarte mejor? —preguntó Max intrigado.

—Os contaré lo que ha ocurrido y después vosotros sacáis vuestras propias conclusiones —dijo.

—De acuerdo —dijo Max.

Mi hermano y yo nos dispusimos a escuchar el relato y ella comenzó.

—Cuando Omar estaba a punto de dispararme en la cabeza y yo me he visto yendo junto a Marco, algo ha chirriado fuertemente sobre nosotros y del techo ha aparecido un enorme gancho de grúa que se ha precipitado sobre Omar sin que este pudiera hacer nada por evitar que le golpease de lleno. El tamaño y el peso del aparato de metal debía ser considerable y al impactar sobre él le ha desplazado en el aire varios metros. Al ver lo que ha sucedido, yo me he quedado desconcertada, pero Valeria ha reaccionado casi al instante lanzándose hacia el suelo, donde estaba su pistola. Tan pronto como la ha cogido ha comenzado a disparar hacia un lateral, pero después de varios disparos algo o alguien ha hecho que, inexplicablemente, el arma saliera volando hasta el otro lado del edificio. Valeria entonces ha mirado hacia quien se le aproximaba desde la oscuridad y cuando yo comenzaba a distinguir el perfil de algo, ella debía tenerlo prácticamente al lado y al verlo ha comenzado a chillar sin parar. Parecía estar viviendo una pesadilla en la que se deshacía en gritos de pánico mientras, sin perderle de vista, intentaba alejarse de él

arrastrándose por el suelo, pero este no ha tardado en alcanzarla y tan pronto como lo ha hecho le ha asestado un golpe que ha resonado en toda la nave antes de que el edificio quedase envuelto en un aterrador silencio.

Lucía se detuvo. Max y yo nos miramos confundidos, ¿de quién podía tratarse? ¿El Increíble Hulk?

—La verdad es que con todo lo que había ocurrido hasta entonces estaba fatigada, la adrenalina había estado corriendo tanto tiempo por mis venas que, ahora que lo pienso, dudo de si lo que he visto fue real. Tal vez solo fuera el cansancio por el estrés o mi cabeza jugándome una mala pasada… —dijo antes de que Max interrumpiese.

—Ha sido una situación extremadamente traumática, Lucía, no te culpes… No creo que haya muchas personas en este mundo que puedan soportar un escenario de tal estrés durante el tiempo que tú lo has hecho —añadió.

Lucía nos miró un par de veces insegura, aún parecía reticente a contarnos lo que había visto, aunque después de unos segundos de indecisión cogió aire y continuó.

—Vais a pensar que estoy loca —dijo mirando al suelo.

—De ninguna manera —dijimos ambos casi a la vez.

—No saldrá de aquí, ¿verdad? ¿Se quedará entre nosotros tres? —preguntó con inseguridad mientras nos miraba.

Ambos asentimos con la cabeza. Lucía se tomó un tiempo y prosiguió.

—Lo que ha comenzado a emerger de la penumbra era una silueta humana más oscura y negra que la propia oscuridad… Era más alto que un hombre normal y su cuerpo era fuerte y definido. Su piel no era humana, por el brillo se parecía más al ébano o al bronce negro que a ninguna otra cosa con lo que pudiera compararla… —Lucía se detuvo y nosotros dos ni pestañeamos—. A medida que se aproximaba hacia mí, su cuerpo se iba haciendo más nítido y en su rostro ciertas facciones han comenzado a destacar…, solo sus finas cejas, el contorno de sus ojos alargados y algo que zigzagueaba entre la barbilla y el pecho destacaban del resto del cuerpo…

Lucía hizo otra pausa, no debía ser fácil compartir algo así con otras personas.

—Destacaban porque eran dorados… —añadió.

Max y yo nos miramos, Lucía esperó a que dijésemos algo, pero al ver que no lo hacíamos continuó.

—Ese ente ha continuado avanzando hacia mí hasta mostrarse por completo…

Lucía se detuvo de nuevo, no parecía segura de querer continuar. Max y yo permanecimos en silencio expectantes hasta que después de

meditarlo un poco, se convenció para seguir.

—Lo he dado mil vueltas, he pensado mucho sobre ello y, por ridículo que suene, estoy completamente segura. Ese ser era Osiris, el dios egipcio de los muertos…

A Max se le cortó la respiración al instante, yo intenté tragar saliva, pero mi boca se había quedado más seca que las cañerías de las pirámides.

—Era él, sin ninguna duda.

Max, inquieto, intentó acomodarse mejor en el sillón.

—Sus ropas eran igual de oscuras que su cuerpo y no era fácil diferenciarlas, pero con toda seguridad llevaba la corona Atef, similar a la corona blanca del Alto Egipto, pero con la cobra protectora de los difuntos y las dos plumas rizadas de avestruz a cada lado… Solo podía ser él…, el perfil de sus ojos era ligeramente alargado hacia la nariz y aún más hacia la sien, su barba nacía de su barbilla y se extendía sobre su pecho, exactamente como en las representaciones egipcias… —dijo segura—. Era Osiris, tenía que serlo…

Max y yo permanecimos en silencio. No tenía ni idea de qué estaría pasando por su cabeza, pero yo podía creerlo. Víctor había venido desde el otro mundo para salvarla. Era simplemente increíble, no sabía cómo iba a conseguir agradecérselo, porque si no hubiera sido por él, Lucía habría muerto sin que yo hubiera podido hacer nada por evitarlo. Lucía continuó alejándome de aquellos pensamientos.

—Lo último que recuerdo es que al llegar a mi altura se ha detenido y su rostro me ha sonreído amablemente. Yo estaba temblando y creo que ha sido demasiado para lo que podía aguantar y me he desmayado. El siguiente recuerdo que tengo es el de un estruendo y alguien corriendo hacia mí —dijo para concluir.

—Eso debió ser cuando al verte salté de la moto y esta continuó deslizándose por el suelo hasta que se detuvo golpeando algo que había por allí —dije.

—Quizás fuera eso lo que me ha hecho abrir los ojos, yo solo recuerdo un gran ruido —dijo ella.

Después hubo un silencio que se alargó durante un tiempo en el que cada uno de los que estábamos en aquella habitación nos perdimos en nuestros pensamientos. Imagino que intentando entender qué fue exactamente lo que ocurrió, hasta que Max habló.

—Gracias, Lucía, por compartir con nosotros algo tan difícil de explicar, ahora entiendo perfectamente por qué eras reacia a contarlo. Creo que después de escucharos debería preparar un ataque masivo sobre los dielibus, estoy cansado de que los sectatores seamos siempre los que tenemos que defendernos. ¿Qué piensas tú, Lucía? —preguntó.

—Estoy de acuerdo, no viviremos en paz hasta que acabemos con todos ellos —dijo ella.

Max asintió con la cabeza avalando la idea.

—Y a ti, Víctor, ¿qué te parece? —me preguntó esperando mi respaldo.

—Sinceramente, no sé qué pensar, quizás sería mejor evitar un baño de sangre convenciéndoles de que el casco de Godofredo no es lo que piensan que es.

—¿A qué te refieres? —preguntó Max interesado.

—Si conseguimos demostrarles a todos los dielibus que el casco es simplemente eso, un casco con una aleación diferente a la que se estilaba por aquellos tiempos, sin ningún tipo de poder mágico o leyenda extraordinaria tras él…, tal vez cambien de actitud.

—Tal vez, pero ¿qué hay de todos los que han asesinado? —se apresuró a decir Lucía.

—No lo sé, solo pensaba en cómo terminar con todo esto —contesté —. Desafortunadamente, en todas las guerras hay bajas… —añadí.

Lucía se levantó como un resorte y me miró con ira.

—Desafortunadamente… —dijo—. Han destruido mi vida y tú pretendes que con un desafortunadamente se resuelva todo, que cada vez que piense en mi marido asesinado me consuele con que en todas las guerras hay bajas… —añadió indignada.

Yo no supe que decir, había muerto, pero estaba vivo. Era algo que me era difícil de ver.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es darnos unas horas antes de tomar una decisión. Esperar un poco no va a cambiar nada y todos podremos descansar después de lo que hemos vivido hoy. Especialmente vosotros dos —dijo Max levantándose.

—Creo que es una buena idea —dije yo.

—Como queráis —dijo Lucía—. Pero yo no voy a cambiar de idea —añadió.

—Mañana nos reuniremos de nuevo y veremos qué opciones tenemos —dijo Max—. Lucía, acompáñame, he ordenado que te preparen una *suite* para que puedas descansar, seguro que ya está lista —añadió Max acompañando a Lucía hacia la salida.

Ella parecía estar al límite de sus fuerzas y se marchó con Max sin decir nada, seguramente estaba muy enfadada conmigo por lo que había dicho.

Max abrió la puerta del despacho y habló con alguien que había al otro lado, unos segundos más tarde le dio un abrazo a Lucía y ella se marchó.

Mi hermano cerró la puerta y regresó andando sin ocultar su malestar.

—¿Qué piensas? —me preguntó mientras se sentaba frente a mí.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Me refiero a Lucía, me preocupa ese episodio de alucinaciones que ha sufrido —dijo.

—¿En qué estás pensando? —pregunté pretendiendo parecer interesado.

—Creo que puede estar comenzando a experimentar algo llamado desrealización —respondió—. Ocurre en algunos individuos con trastorno de estrés postraumático… —añadió pensativo—. Estas personas experimentan el mundo que les rodea como irreal, como si estuvieran en un sueño… —dijo mirándome a los ojos.

Yo sabía que lo que nos había contado Lucía de aquel ser con el que se había encontrado no iba a pasar desapercibido para Max, estaba seguro de que ella nos había contado la verdad y que gracias a Osiris ella seguía aún viva, pero no estaba tan seguro de que contarle a Max lo que conocía de los otros mundos y de Víctor fuera a ser una buena idea.

—Eso que nos ha explicado del dios egipcio de los muertos me tiene preocupado —continuó—. Parecía tan segura de lo que vio, lo explicó con tanto detalle, que me hace pensar que realmente cree que vio a ese ente. Y si nos fijamos en la situación que precedió al encuentro con ese ser… —dijo antes de que yo le interrumpiese.

—¿Con qué velocidad puede desarrollarse esa desrealización tras el momento traumático?

—Depende de cada persona y de la magnitud del trauma —contestó Max.

—Hermano, sabes que la psicología no es mi fuerte, pero mirándolo desde fuera parece demasiado seguido —dije antes de explicarme—. Lucía permaneció bajo unos niveles de estrés muy altos, por fin encuentra al hombre que más aborrece del mundo y hay disparos, muertes, aparecen los pirados de Gritze y Plekth, mentiras, engaños y, por último, se enfrenta a su propia muerte… Debía estar agotada para cuando aquel Osiris hizo acto de presencia… ¿No te parece? —le pregunté—. Ponte en su situación —añadí.

—Sí, la verdad es que después de estar sometido a tanto estrés el cuerpo humano llega a un momento en el que se queda sin recursos, extenuado —respondió.

—¿Y qué te ocurre cuando no te quedan fuerzas? —pregunté.

—Pierdes el conocimiento —contestó Max.

—No quiero descartar nada, pero antes de sacar conclusiones precipitadas creo que deberíamos estudiar todas las posibilidades —dije ante su atenta mirada.

—¿Crees que pudo soñarlo? —me preguntó Max.

—No estoy seguro, pero podría haber ocurrido —contesté.

—Es una posibilidad… —dijo Max frotándose la barbilla.

—¿Y cómo explicas que Omar y compañía estuvieran fuera de combate cuando llegaste? —preguntó—. No hay duda de que algo tuvo que ocurrirles —añadió.

—No sé… —respondí.

—No puedo explicarlo, tal vez alguien que pasaba por allí vio lo que ocurría y decidió ayudarla, pero… me cuesta pensar que un dios de la mitología egipcia se presentase por casualidad en un fábrica abandonada a las afueras de Londres para pegarse con unos indeseables…, o que Lucía, una mujer que jamás ha tenido un problema de salud, que hace deporte a diario, se cuida, y proveniente de una familia en la que son más fuertes que los robles…, desarrolle un trastorno de tal calibre en tan poco tiempo. De lo que no tengo ninguna duda es que todo esto le está afectando…, pero quiero pensar que debe ser algo intermedio, porque parece que la preocupación siempre nos lleva a los extremos… Y esos tienen fama de no ser buenos nunca —añadí.

—Tienes razón —dijo Max pensativo—. Quizás haya atado cabos demasiado rápido… Es curioso que cuando se trata de algún familiar lo primero en que se piensa siempre es en lo peor… Mañana la examinaré y tomaré algunas notas —dijo más sosegado—. Hablaré con ella en un ambiente más tranquilo para que me cuente un poco de su vida durante estos años —añadió.

Max se quedó pensativo mientras miraba algo en sus manos, yo le miraba y pensaba que era increíble estar allí con él.

—¿Qué vamos a hacer con los dielibus? —me preguntó sin dejar de mirar sus manos y cambiando de tema radicalmente—. Tu idea me parece buena, pero hay un problema… Blake se llevó a la tumba dónde escondió el casco, y aunque hemos destinado recursos y tiempo a encontrarlo, hasta la fecha no tenemos absolutamente nada —dijo pesaroso—. Llevo años haciéndoles creer a los sectatores que está en nuestro poder, seguro, en una cámara de este edificio, pero no es cierto. Si supieran que estamos en la misma situación que los dielibus, tengo la certeza de que después de tantos siglos esta sociedad se disolvería. En algún momento en el que las cosas se han puesto difíciles he llegado a sopesar la idea de mandar hacer una copia para poder mostrarlo, pero el miedo a que se dieran cuenta de que era falso

siempre ha sido más fuerte.

—Yo quizás tenga una pista, pero preferiría no aventurarme a decirte nada por si al final es una pérdida de tiempo —dije recordando la conversación que tuve con Blake.

—¿Cómo puede ser? No entiendo, ¿cómo es posible? —dijo algo enfadado.

—Es complicado y muy largo de contar, pero quiero que sepas que el casco no me importa nada, para mí lo principal es que Lucía y tú estéis bien —dije.

Max permaneció callado.

—¿Crees que encontrar el casco nos beneficiaría? —pregunté inmediatamente después recordando lo que Holly me contó.

—A los sectatores, sin lugar a dudas… —dijo tan pronto como terminé la pregunta.

—¿Y a ti? —le pregunté.

—Creo que también, a largo plazo mi vida sería mucho más tranquila. Posiblemente me encargaría de que los dielibus supieran que está en nuestro poder para que dejasen a Lucía en paz y después quizás seguiría tu consejo… Intentaría quitarle al casco ese halo místico que posee —añadió.

—Me parece un buen plan —dije recordando a mi madrina—. Entonces debería ponerme en camino de inmediato —añadí mientras pensaba qué debía hacer primero.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Max inmediatamente.

—Que debo encontrar el yelmo cuanto antes para que Lucía sea libre y tú seas más fuerte —contesté.

—¿Llevamos años buscándolo y tú piensas que lo vas a encontrar tan fácilmente? ¿Tan buenas son las pistas que tienes? —me preguntó casi sin respirar.

—¿Cuánto tiempo crees que podrías retener a Lucía aquí contigo? —pregunté ignorando sus preguntas.

—No lo sé, tú la conoces mejor que yo… —respondió algo irritado.

—De acuerdo, necesitaré dinero y algunas cosas más, pero si consigues que Lucía permanezca aquí contigo durante dos semanas, creo que debería ser suficiente —dije calculando el viaje.

—Creo que has perdido la cabeza —dijo Max—. Pero si necesitas dos semanas no creo que sea un problema, en cuanto al resto estará listo cuando tú lo quieras —añadió.

—Hermano, no puedo prometerte que lo voy a encontrar, pero te aseguro que haré todo lo que pueda para que así sea —le dije

mirándole a la cara mientras le sacudía con mis manos los hombros.

Max me sonrió y también me sujetó de los hombros.

—Aunque todavía no me acostumbro a este nuevo tú, no puedes imaginarte lo feliz que soy por tenerte de vuelta —dijo cambiado de cara.

—Ya te acostumbrarás… —contesté, y añadí—: Y en cuanto terminemos con esto, tendremos que ir de pesca.

—Eso está hecho —dijo él sonriendo—. Apuesto a que se te habrá olvidado hasta cómo sujetar la caña. —exclamó riendo.

—Y a ti cómo sacar un pez, aunque…, espera un momento…, eso es imposible, ¡porque en toda tu vida has sido incapaz de pescar uno! —contesté, y ambos reímos.

CAPÍTULO XL

Max también había solicitado que preparasen otra habitación para mí y en vez de descansar, como hizo Lucía, comencé a planear mi viaje inmediatamente. Le había dicho que en dos semanas recuperaría el casco de Godofredo, pero no tenía ninguna certeza de que pudiese conseguirlo en tan poco tiempo porque potencialmente el yelmo podía estar en cualquier lugar del mundo. Por suerte, recordaba algunas de las cosas que Blake me había dicho y, con ellas y barajando otros factores, tenía la sospecha de que había escondido algo que indicaba el lugar donde se hallaba el casco no muy lejos de allí. En concreto, iba a apostarlo todo a que Blake había elegido la catedral de Chartres, situada al suroeste de París, para tal cometido. Al final de la conversación que Víctor dispuso entre Blake y yo, recordaba que él mencionó algo sobre la luz azul de las vidrieras, un pedazo de tela que escondió en el suelo, unas columnas de la nave central y un laberinto. Columnas y una nave central eran elementos elementales en las iglesias, por lo que las vidrieras azules y el laberinto tenían que ser las pistas clave que estrechaban el cerco hasta Chartres. Aunque la mención de un laberinto pudiese parecer en un principio definitiva, lo cierto es que la presencia de laberintos en iglesias estaba documentada a lo largo de toda Europa y así se podían encontrar en Italia, Alemania, Inglaterra y especialmente en Francia. Por ese motivo debía haber algo realmente específico en sus palabras para que me hubiera decidido por esa catedral francesa y esa marca especial eran sus vidrieras azules.

La admirable pureza y composición de las vidrieras azules de la catedral de Chartres fue un color totalmente exclusivo que nunca se consiguió reproducir, a pesar de múltiples intentos que se realizaron posteriormente. La historia dice que los maestros vidrieros consiguieron aquellos tonos a través de un complejo proceso por el cual sometían a altas temperaturas a una composición secreta de cenizas y arena húmeda y, una vez que el calor derretía la mezcla,

esta era añadida a los óxidos con los que enriquecían el cristal fluido utilizado para fabricar las vidrieras. Aquella técnica y sus ingredientes eran tan especiales que sus inventores decidieron llevarse el secreto a la tumba, dejando así a la catedral con el inigualable azul Chartres, un sello inconfundible que, a mi parecer, Blake utilizó para marcar el lugar.

Al día siguiente me levanté temprano, no quise esperar a Max o a Lucía. Cogí mi bolsa de viaje y me dirigí a la estación de St. Pancras, desde allí tomaría un tren que me llevaría a París en tan solo unas horas. No había conseguido dormir mucho, preocupado por Lucía y la posibilidad de que estuviese equivocado con respecto a Chartres. Lucía estaba al límite y quizás Max estuviese confundido en pensar que había desarrollado una patología tras presenciar el horror que presenció, pero tenía razón en que si seguía bajo tanto estrés era una posibilidad que no podíamos descartar. En cuanto a Chartres, aunque estaba casi seguro de que era el lugar elegido por Blake, no tenía la certeza de que lo fuera, y si erraba el tiro no tendría casi tiempo para rectificar. Estaba inquieto y lo único que podía hacer era seguir mis instintos y ser consecuente, había tomado la decisión de ir a Francia y ahora lo más importante era intentar llegar a la catedral tan pronto como pudiese.

Nada más salir de la estación, las primeras luces de otro día gris nos saludaron, una densa capa de nubes rociaba su carga sobre la ciudad y los alrededores tiñendo de humedad las primeras horas de la jornada. Tan pronto como salimos de Londres el tren comenzó a coger más velocidad y, con ella, el traqueteo de las vías también aceleró su ritmo. Los paisajes y los pueblos cruzaban fugaces por mi ventana, donde el agua se estrellaba contra el cristal antes de comenzar a desplazarse hacia la parte posterior del vagón en un baile hipnótico y rutilante. Sobre la mesa, bajo la luz amarillenta de una lámpara, mi cuaderno de notas junto a un café humeante. En el asiento de al lado, mi bolsa de tela verde con poca ropa, pero llena de esperanzas por encontrar la llave que acabase con el mal.

El tren hizo su entrada en la estación Gare du Nord puntual, las pocas horas que había durado el trayecto las pasé haciendo bocetos de diferentes cosas que imaginé sin mucho sentido y repasando unos mapas de carreteras que le había pedido a Max. Cuando el vagón se detuvo completamente ya me encontraba junto a la puerta esperando a salir al andén y dirigirme al mostrador de la compañía de alquiler de coches. No me costó mucho encontrarles y, para mi sorpresa, no había nadie esperando, en menos de media hora estaba montado en el coche saliendo del aparcamiento. Tuve la suerte de poder elegir uno con navegador, porque según había visto en los mapas salir de París no iba a ser fácil, pero tan pronto como introduje la dirección el aparato

calculó la ruta más rápida y me puse en camino. Chartres estaba a unos ochenta kilómetros de París, y si no hubiese sido por el tráfico y la niebla, hubiese llegado en menos de una hora. Cuando me aproximaba a la ciudad esperaba poder contemplar la catedral a lo lejos, pero la misma niebla que encontré en París me siguió hasta Chartres y no tuve la oportunidad de verla hasta que estuve frente a la fachada principal. Sin duda, era un edificio especial, y prueba de ello eran sus dos torres de diferente altura y estilo, la más alta de estilo gótico y su hermana pequeña de estilo románico. Sin esperar un segundo, me dirigí hacia la entrada fijo en el gran rosetón que había sobre el pórtico real, aquella ventana circular era un símbolo característico de la arquitectura gótica que representaba en algunas ocasiones al sol relacionado con Jesucristo y en otras a la rosa con María Magdalena, simbólicamente también era interpretada como el microcosmos y el macrocosmos.

A medida que me aproximaba a la entrada mi corazón latía a más velocidad, había gente por todas partes, parejas, grupos de turistas, transeúntes que distraían mis ojos, pero la presión en mi interior crecía con cada paso que daba.

Cuando entré en el templo estaba tan nervioso que quería vomitar, pero el olor a incienso y cera quemada me ayudaron a tranquilizarme. La nave era colosal y el ambiente en su interior solo podría describirse como mágico y secreto. Contemplando aquella maravilla, anduve a través del pasillo central hacia el altar mayor y sin darme cuenta me sorprendí andando sobre el laberinto, era enorme y, a excepción de la parte central, el resto estaba cubierto por varias filas de sillas. Blake mencionó una columna cerca del este, así que tenía que ser una de las seis que había. Disimuladamente busqué con la mirada algún guardia o empleado de seguridad y cuando no encontré ninguno, empecé el rastreo de cámaras de vigilancia. Aquello estaba plagado de esas semiesféricas que lo veían todo, tendría que buscar la manera de no llamar mucho la atención si no quería acabar expulsado del recinto o en comisaría. ¿Cómo diantres lo había conseguido Blake sin llamar la atención? Tal vez aquella catedral estaba demasiado vigilada para ser el sitio elegido por Blake.

Con la incertidumbre, y desesperado por salir de dudas, me senté en una de aquellas sillas sobre el laberinto para pensar en cómo hacerlo sin parecer demasiado sospechoso. Después de un tiempo, decidí regresar a la entrada y comprar varios folletos de esos que explican cada detalle y lugar del edificio. Nada más hacerlo, comencé a acercarme a las columnas de la parte izquierda con la mirada puesta en el techo y las paredes, después de un tiempo contemplando el impresionante trabajo de los maestros canteros volvía la vista hacia las fotografías que aparecían en uno de los librillos que tenía abierto,

pretendiendo identificar lo que en ellos se explicaba, pero lo que realmente hacía era mirar por encima del libro para buscar en el suelo y el zócalo de la columna. No encontré nada en el lado de fuera de las tres columnas de la izquierda, así que atravesé el pasillo central y me dispuse a revisar las del lado derecho. La primera de ellas me llevó más tiempo porque tenía construido el púlpito a su alrededor, después de examinarla a conciencia tampoco vi nada. Cuando cruzaba el pasillo central pensando en comenzar con la cara interna de la fila de la izquierda me di cuenta de que en la puerta de salida había un empleado de seguridad que no había visto antes y no me perdía de vista. No me detuve inmediatamente y continué hasta que unos segundos más tarde, sabiendo que continuaba sin quitarme el ojo de encima, paré y comencé a buscar entre los librillos las fotos del laberinto. Intentaba aparentar que era incapaz de trasladar las fotografías a la realidad y tras una pequeña representación teatral fingí estar frustrado y sorprenderme gratamente al verle mirándome. Sujetado los cuadernillos que tenía abiertos por varias páginas me dirigí a él.

—Perdone, ¿por qué han puesto todas estas sillas sobre el laberinto? —le pregunté.

—Porque se están realizando unos festejos de conmemoración y se necesitan habilitar más asientos para los asistentes —respondió.

—¿Cuánto tiempo duran esos festejos? —le pregunté mientras el hombre ojeaba a los que salían.

—Comenzaron el jueves pasado y durarán dos semanas —respondió.

Yo hice un gesto de desaprobación.

—He tardado seis años en conseguir una beca para estudiar los laberintos en las catedrales europeas…, solo me dan ayudas para los gastos de un día por catedral y si no puedo examinarlo correctamente el libro que he estado escribiendo durante años nunca se publicará… —dije quejándome.

—No sé qué quiere que haga —dijo indiferente.

—¿Puede usted ordenar la retirada de las sillas que lo cubren? —pregunté.

—De ninguna manera —respondió—. Creo que para eso debe usted hacer un escrito dirigiéndose a la diócesis… —añadió antes de que le interrumpiese.

—Ya me conozco lo de los escritos que van directamente a la basura o, con un poco de suerte, me contestan en un par de años.

El hombre no me contestó, solo se limitó a hacer un gesto con sus labios de apatía a la vez que levantó sus hombros. Nada de lo que

decía iba con él.

—¿Podría al menos mover algunas de las sillas para poder ver sus dimensiones y los alrededores un poco mejor? —pregunté—. Pondré las sillas en su sitio cuando termine —añadí antes de que él hablase.

—¿Cuánto va a tardar? —preguntó.

—No creo que más de treinta o cuarenta minutos —respondí.

—Dese prisa —dijo—. Y no arrastre ninguna silla, no quiero quejas por ruidos —añadió.

—Muchas gracias, no se preocupe —le dije sonriendo—. Revisaré esos detalles cuanto antes y le prometo que nadie se dará cuenta de que estoy haciendo en estudio —dije cuando me marchaba.

—Eso espero —contestó él.

Acababa de conseguirme un tiempo de oro para buscar y rebuscar a conciencia, había sido una buena jugada. Las columnas exteriores al círculo del laberinto eran las que más alejadas estaban y no necesité mover tantas sillas como para las dos que se encontraban pegadas a él. Una vez moví todas las sillas que me entorpecían la búsqueda, comencé a revisar la parte interna de la fila de la izquierda. Había algunas baldosas agrietadas, pero eran sólidas e imposibles de mover, si Blake había elegido alguna de aquellas tenía un serio problema, porque iba a necesitar un martillo y algo para hacer palanca. Después de un rato, desistí en la hilera de la izquierda y fui a las de la derecha. Bajo el púlpito había un pequeño espacio entre el suelo y la base de este, pero se repetía a lo largo de toda su base, por lo que lo descarté. En la siguiente columna no encontré baldosas agrietadas, pero vi una pequeña brecha en la base de la columna, justo en la unión de dos piedras perfectamente talladas que formaban el zócalo. El hueco me llamó rápidamente la atención porque al meter los dedos me di cuenta de que el espacio se abría hacia una pequeña cámara interior. Busqué por el suelo y los lados de la cavidad sin encontrar nada, tal vez iba a necesitar unas pinzas para llegar a las partes más alejadas y una linterna para ver bien el interior, pero cuando me empeñaba en alargar más los dedos hacia el fondo me di cuenta de que no había buscado en el techo de la oquedad y, nada más hacerlo, descubrí algo cilíndrico pegado. Con cuidado moví aquel objeto hacia un lado y otro hasta que finalmente cedió y pude sacarlo con cuidado. Era un cilindro de cristal tintado de color marrón sellado con un corcho y cera blanca. Inmediatamente lo guardé en mi manga para evitar que nadie me viese haciendo el gesto de meterlo en un bolsillo y me levanté, coloqué las sillas en sus filas y cuando me disponía a salir el guardia se interpuso en mi camino bloqueando la salida, en su cara había un gesto de pocos amigos.

—¿Dónde está su identificación? —me preguntó golpeando con la antena del *walkie talkie* en su barbilla.

Yo no contesté.

—Usted ha venido a estudiar el laberinto y no le he visto tomar ni una sola nota. Algunos de los visitantes se han quejado de que le vieron intentando levantar losas del suelo.

Entre todos me habían pillado, si llamaban a la policía y les mostraban la imágenes que, seguro, habían grabado con las cámaras, estaba en serios apuros.

—No he traído mi cuaderno de notas porque no lo necesito, lo que venía a ver son unas pequeñas marcas que uno de mis colegas fotografió hace unos años —dije sin mostrar ningún nerviosismo mientras pensaba cómo salir de allí.

—Señor, ¿me puede explicar qué simboliza un laberinto? —me preguntó intentando pillarme.

—Simboliza la búsqueda interior que nos lleva al centro, al lugar donde se encuentra la esencia divina de cada uno —dije con la confianza de que por ahí no me iba a sorprender.

—¿Y su identificación, señor investigador? —me preguntó empujándome a un callejón sin salida.

—Un momento, que la tengo aquí —dije mientras metía mi mano derecha donde llevaba el cilindro en el bolsillo y lo hacía deslizarse en su interior.

Cuando me aseguré de que había caído dentro, saqué la mano con la palma casi abierta dándole a entender que sujetaba algo que él no podía ver. Me acerqué y cuando el guardia fijó su atención en mi mano le solté un puñetazo con la izquierda que le hizo caer redondo. Acto seguido le quité la radio y salí corriendo entre gritos y comentarios de los presentes. Nada más salir de la catedral, saltando entre la gente como un delincuente, me llamó la atención la presencia de un hombre que, a diferencia del resto, permaneció inmóvil mirando cómo escapaba, tan solo se limitó a observarme. La forma de actuar de aquella persona me pareció extraña, pero después pensé que tal vez eran solo imaginaciones mías y cuando me alejaba por los jardines de la catedral y escuché cómo los guardias daban la voz de alarma y se organizaban para detenerme, perdió toda mi atención.

Corrí y corrí como si me fuera la vida en ello alentado por la descripción que alguien estaba dando de mí y al pasar por una de las calles vi una tienda de deportes. No lo pensé dos veces y entré, me compré un chándal gris claro con capucha, un gorro de lana blanco, unas gafas de sol y unas zapatillas también de color blanco. Me

cambié en el probador y en menos de un minuto salí con toda normalidad de la tienda en dirección al aparcamiento. Cuando andaba por la calle, dos guardias pasaron corriendo por delante de mí sin reconocerme, continué andando tranquilo hasta que por algún motivo se me ocurrió mirar atrás y vi a la cajera con el *walkie talkie* y mi ropa en las manos. El alboroto que había en la calle con los guardias corriendo de un lado para otro más el cambio fulminante de apariencia que hice en su tienda debió ser suficiente para hacerla intuir que era a mí al que buscaban. Acto seguido comenzó a gritar y a señalarme como una loca, a lo que yo respondí echando a correr de nuevo. Mientras corría por el medio de la calle iba pensando en la mañanita que estaba echando en Chartres, primero boxeo y después media maratón, aunque por lo menos había encontrado algo donde dijo Blake.

Por fin llegué al aparcamiento y salí de allí sin más problemas, imaginé que a pesar de los gritos de la dependienta a los guardias no les debió dar tiempo a dejar de buscarme para ir hasta donde ella estaba, escuchar sus explicaciones y después comenzar a buscarme de nuevo. Por si acaso, me quité el gorro y la sudadera del chándal, si le habían dado mi perfil a la policía y ahora eran ellos los que me buscaban solo verían a un chico conduciendo con gafas de sol y una camiseta, algo bastante común que no debería levantar sospechas. Salí de la ciudad y cuando estaba a medio camino de París me detuve en una estación de servicio para abrir el cilindro, no podía contener mi curiosidad un minuto más. Aparqué el coche en una zona apartada y después de comprobar que no había nadie cerca lo saqué de mi bolsillo. Estaba nervioso, no quería romperlo y mis manos temblaban sin parar. Respiré profundamente varias veces para relajarme y comencé a retirar la cera que cubría el vidrio y el corcho que lo sellaba antes de retorcerlo con cuidado y hacerlo ceder. En su interior había un trozo de tela enrollado sobre sí mismo que empecé a sacar con esmero, antes de descubrirlo por completo volví a mirar alrededor y en los espejos del coche para estar seguro de que seguía estando solo. Cuando estuve totalmente seguro, terminé de extraerlo por completo y lo desenrollé. Era un trozo de tela estrecho, pero bastante alargado, en el que había algo escrito a mano y justo encima había un número de cuatro cifras del que salía una flecha que apuntaba a algo parecido a una esfera en la que había una cruz en su interior. Intrigado por el enigma, comencé a leer:

Caen las sombras sobre los
Sectatores siglos más tarde.
Antaño éramos fuertes como el

arbol más robusto, tanto como el
Ñandubay, pero hoy, ya no somos
nada.
Ordené y dispuse para nuestro
Bien, aunque no conseguí mi objetivo.
No dudaré en hacerlo desaparecer
antes de que nuestros días acaben.
Rezaré porque mañana retornen las
risas perdidas a nuestra gente.
Intentaremos resurgir y desafiar al
tiempo de nuevo para que la
Orden recupere la luz y los valores
olvidados hoy.

Los días de justicia y cordura
legítima volverán después de todo.
Obstáculos quedarán atrás en el
olvido hasta desaparecer.
Bien recordaremos estos ácidos
momentos, pero juntos haremos a esta
Orden caminar de nuevo hacia
él futuro más seguros que nunca de los
Sectatores.

Después de leerlo con detenimiento, concentrado en cada palabra del texto, miré al frente a través del parabrisas del coche, confundido. Aquello parecían las notas que Blake bien hubiera podido dejar escritas en su diario, no entendía nada. Cogí en cilindro y miré por si había algo más en su interior, pero eso era todo, estaba vacío. ¿Qué iba a hacer ahora? Al menos tenía la certeza de que entre aquellas palabras había algo, si no la hubiera tenido no hubiese dudado en tirarlo todo a la basura. Tal vez era eso exactamente lo que Blake pretendía en caso de que cayese en las manos equivocadas, que perdiesen el interés al instante. Volví a leerlo una segunda vez, pero me quedé igual que estaba, no había nombres ni lugares donde agarrarse y, ¿qué representaba aquel dibujo con los números?

Escondí el trozo de lino con el cilindro en la guantera del coche y conduje hasta París, me hice con víveres para unos días y busqué un hotel cercano al aeropuerto pensando que tal vez tendría que volver a

Londres.

Había tenido un día bastante ajetreado y la idea de quedarme en la habitación para estudiar las notas de Blake no me atrajo demasiado, decidí salir a dar un paseo después de esconderlo todo en el raíl de las cortinas de la habitación. Era lo suficientemente ancho para albergar el cilindro y si alguien entraba no buscaría allí. Paseé por los alrededores dándole vueltas al día y entre unas cosas y otras recordé al extraño que se me quedó mirando, totalmente indiferente a los gritos y la confusión que hubo. Era un hombre de unos cincuenta años, con abundante pelo gris canoso, barba de unos días y buen aspecto. Iba vestido con una cazadora negra de cuero y llevaba unas gafas de sol colgando del cuello de la camiseta. Tal vez fuese un vecino que estaba dando un paseo y al ver la escena le pareció tan divertida que decidió disfrutar del momento, aunque también, pudo ser alguien de los dielibus que me había seguido desde Londres. Aquel último pensamiento hizo que un escalofrío recorriese mi cuerpo y decidiese terminar mi paseo para volver a la habitación y asegurarme de que nadie había entrado. Cuando llegué y abrí la puerta, me alegró comprobar que todo estaba en su sitio, cerré con llave y comí algo. Después me duché y me preparé para echarle otra ojeada al texto. Encendí la luz del escritorio, saqué el trozo de tela del tubo y me senté en la silla con un lápiz y un papel. Después de leerlo varias veces, solo encontré interesante que Blake pensase en un árbol tan poco conocido como el ñandubay, característico de América del Sur, y algún fallo ortográfico en los que se le olvidó el acento o lo añadió sin sentido. También me llamó la atención que escribiese «bien» con letra mayúscula, porque se encontraba en la mitad de la frase, quizás se refiriese al otro tipo de bien con más peso o un doble sentido que no alcanzaba a adivinar. En cuanto al número o secuencia 9, 4, 4, 4 que apuntaba al círculo con la cruz en el interior, también era un misterio, porque no le encontraba ninguna relación con el texto.

Cansado de aquella primera jornada tan ajetreada y desmoralizado con las reflexiones de Blake, decidí irme a dormir, quizás al día siguiente, después de descansar un poco, estuviese lo suficientemente despejado para encontrar las claves ocultas en la tela.

CAPÍTULO XLI

El personal de limpieza me despertó con golpes y ruidos a las siete y cuarto de la mañana. En otras circunstancias me hubiese quejado, pero tenía cosas que hacer y no podía perder el tiempo. Café con leche, unos cruasanes y el texto sobre el escritorio para desayunar. Volví a leerlo con detenimiento, pero aparte de los detalles que vi la noche anterior el resto era lo mismo. Lo copié para poder llevarlo en el bolsillo a cualquier sitio y me dispuse a esconder el original. Cuando estaba subido en la silla metiéndolo en el tubo de la cortina, se me ocurrió algo, tal vez si lo ponía a la luz del escritorio revelase algo. Lo bajé e hice que la claridad lo atravesase, pero lo único que se podía observar era cómo la tela había absorbido la tinta. Después pensé que tal vez el calor cambiase la tinta o hiciese algo, lo llevé y lo puse sobre el radiador, pero tampoco ocurrió nada. También pensé en el frío y, sin dudar, lo metí en el frigorífico del minibar, pero tras esperar unos minutos para que la temperatura del lino bajase, lo saqué y seguía exactamente igual, nada había cambiado en él. Estuve tentado por la idea de mojarlo, pero me dio miedo estropearlo por completo al hidratar la tinta y decidí dejar de someterlo a mi improvisado banco de pruebas e intentar concentrarme en las palabras que había escritas. Comenzaría analizando cada frase en ambos sentidos, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, esperando dar con algo. Y en cuanto a la cifra, tal vez era algún tipo de relación entre líneas y palabras del texto. Así lo hice durante más de dos horas intentando buscar combinaciones de números y líneas que tuviesen algún sentido, pero nada parecía encajar, si cogía palabras de aquí y de allí podía formar una o veinte frases con cierto sentido, pero no seguían ningún patrón y eso no eran buenas noticias.

Cansado después de estar concentrado durante tanto tiempo, decidí salir a que me diera un poco el aire, volvería a intentar algo diferente por la tarde. Salí del hotel y comencé a pasear sin querer ir a ningún sitio, era pasear por estirar un poco las piernas y desconectar un rato.

Cuando iba atravesando entre dos filas de coches aparcados que había en el aparcamiento del hotel, un coche que acababa de pasar buscando sitio cuando yo salía llegó hasta el fondo y giró para comenzar a buscar en la hilera que yo estaba a punto de terminar de atravesar y al verle acercarse me detuve sin llegar al borde. El vehículo se aproximó lentamente y al pasar frente a mí me di cuenta de que el conductor era el mismo hombre que había visto a la salida de la catedral en Chartres, el que no se inmutó del jaleo y solo me observó pasar. Al reconocerle, me agaché inmediatamente y me di la vuelta, esperé a que girase de nuevo para entrar en la siguiente fila y entonces entré en el hotel. Pedí la cuenta, pagué y subí inmediatamente a mi habitación para recoger mis cosas. Ya tenía experiencia en meter la ropa a patadas en la maleta, por lo que no me costó mucho y, después de recoger el pedazo de lino y su cilindro protector, salí por la escalera de incendios. Llegué al aparcamiento y me asomé desde una esquina, no había movimiento, y eso solo quería decir que había conseguido aparcar el coche. Ahora debía decidir qué hacer, porque aquel individuo podía haber entrado en el hotel o también podía estar en el interior del coche vigilando. En medio segundo decidí correr hasta el coche, si había entrado en el hotel era el momento de hacerlo y si permanecía en el interior de su vehículo podría quedarse allí durante horas si me estaba siguiendo. Abrí el coche con el mando y cuando llegué tiré la bolsa con mi ropa en el asiento del conductor y me introduje en él, accioné el contacto y di marcha atrás con el corazón a todo galope. Emprendí la marcha y salí del aparcamiento mirando constantemente hacia todos los lados, quería saber si me había visto. Cuando entré en la carretera y conduje durante varios cientos de metros sin que nadie me siguiese, pude respirar y comencé a tranquilizarme.

Era demasiada coincidencia, en toda Francia y había venido hasta el mismo hotel a las afueras de París en algo más de veinticuatro horas desde que nos cruzamos. Con casi toda seguridad, los dielibus me estaban siguiendo.

Ahora debería estar mucho más atento que nunca a todo e intentar moverme constantemente, lo primero que iba a hacer era cambiar el coche por si me habían colocado algún tipo de mecanismo de rastreo. Después de conducir por una de las autovías que discurrían alrededor de la capital, me detuve en una vía de servicio donde vi otra compañía de alquiler de coches, abrí el capó y vacié el depósito del anticongelante antes de meter una bolsa de plástico en el filtro del aire. Después cerré y esperé a que la temperatura subiese hasta el límite para apagar el motor y acercarme a las oficinas de la compañía de alquiler. Al entrar, le expliqué al chico que me recibió desde el mostrador que había tenido un problema con el coche de alquiler y

que necesitaba otro urgentemente. Después de arreglar el papeleo, el chico se ofreció a llamar a la otra compañía de alquiler para informarles del problema y de que no necesitaba un vehículo de sustitución porque había alquilado otro de su propiedad. Sin más, le di la mano, cogí las llaves de mi nuevo coche y me dirigí hacia el sur. Pensé que en el sur tenía más posibilidades de permanecer oculto que si me quedaba en los alrededores de París, también porque seguramente los dielibus tendrían más efectivos operativos en una gran ciudad como París que en un pueblecito perdido en el medio del campo. Conducía pensando en el hombre que me seguía cuando el cielo se oscureció y en cuestión de diez minutos comenzó a caer un aguacero que hizo que algunos conductores se pararan en el arcén, lo cierto es que parecía ser lo más sensato, porque aquella tormenta hacía que la visibilidad fuera nula. Yo continué conduciendo muy despacio intentando alejarme tanto como pudiese de París hasta que en un momento dado también me vi obligado a detenerme, porque en aquellas condiciones era demasiado peligroso continuar.

Con el ruido ensordecedor del agua golpeando los cristales y la chapa del coche acompañado del sonido de las luces de intermitencia decidí echar otro vistazo al escrito de Blake, puse mi bolsa de viaje en el asiento trasero y abrí de nuevo el cilindro. Leí aquellas notas apoyando la tela sobre el volante, pero una vez más fui incapaz de averiguar nada. Cuando terminaba con las últimas frases, la tormenta amainó un poco y los coches comenzaron a reanudar la marcha, al verlos dejé el vidrio y su contenido sobre el sillón del acompañante sin pensar y comencé a conducir de nuevo concentrado en el tráfico, tenía que alejarme tanto como pudiese. A la altura de un pueblo llamado Janvry, el cielo comenzó a despejarse y las nubes dejaron poco a poco el paso a los últimos rayos de la tarde. Mientras conducía entretenido en mis cosas, me di cuenta de que había olvidado por completo poner el texto y el cilindro en un lugar seguro y al mirar hacia ellos vi algo increíble. La luz del sol incidía sobre el cristal ahumado del cilindro proyectando algo sobre el tapizado del sillón. Incrédulo ante lo que mis ojos estaban viendo, tuve que mirar una segunda vez para asegurarme de que realmente estaba ocurriendo y si, fuera lo que fuese, allí estaba. Casi sin poder apartar la mirada del cilindro y la proyección, aminoré la marcha y paré en la siguiente salida. Con extremo cuidado y rezando porque las nubes no taparan al sol, giré lentamente el cilindro hasta que unos números aparecieron sobre el sillón. Emocionado por el hallazgo, me apresuraré a abrir mi bolsa para sacar algo donde poder apuntarlos. Las cifras eran bastante nítidas, 42.57805 y -2.72583. No quería apresurarme, pero parecían unas coordenadas. Inmediatamente recordé que el chico al que había alquilado el coche me dijo que todos sus vehículos iban equipados con

un pequeño GPS en la guantera sin gasto adicional, la abrí y saqué el pequeño aparato de su funda. Presioné al botón de encendido, pero la pantalla permaneció apagada, después de intentar encenderlo varias veces pensé que debía estar roto. Enfadado, lo dejé de mala manera sobre el asiento del conductor y golpeé de rabia el volante. ¿Dónde iba a encontrar una tienda abierta a esas horas? Contrariado, comencé a quejarme de la empresa de alquiler de coches hasta que vi el cable del cargador enrollado en un rincón de la guantera, «no estaba roto, estaba sin batería», exclamé. Conecté todo y en unos segundos una lucecita de color verde comenzó a parpadear en la parte superior de GPS, presioné el botón de encendido y la pantalla se iluminó casi al instante. Nervioso, introduje los números en la barra de búsqueda y después de enlazarse con el satélite el aparato me mostró una ubicación en el norte de España, 42°34'41.0N 2°43'33.0W. Presioné en la pantalla para establecer una ruta y al momento apareció el recorrido hasta mi destino con el tiempo que emplearía, nueve horas y cincuenta minutos.

El sol ya se había ocultado y en el horizonte cierta claridad se resistía a marcharse cuando decidí que debía aprovechar lo que quedaba del día para prepararme. El lugar donde me dirigía parecía estar perdido en medio de la nada y para afrontar cualquier imprevisto debía estar más preparado, una bolsa de viaje con algo de ropa y unos mapas de carretera no parecían equipo suficiente para lo que se avecinaba. Conduje unos kilómetros más dirección sur hasta que encontré un puente en el que pude hacer un cambio de sentido y dirigirme hacia París, quería volver a una zona cercana al lugar donde había alquilado el coche, porque al pasar había visto varios centros comerciales y un supermercado. Aquel día estaba perdido, así que lo mejor que podía hacer era aprovecharlo para hacerme con todo lo que podría necesitar, no quería echar nada de menos cuando llegase al punto indicado. Cuando llegué estaba entusiasmado por haber encontrado algo que por fin me mostrase una dirección que seguir. Blake había cifrado con mucha inteligencia el lugar donde se hallaba el casco, y si no hubiese sido por aquel golpe de suerte creo que al final me hubiese rendido.

Compré una tienda de campaña con martillo para las piquetas, un saco y una esterilla, termo, lámpara de aceite y linternas, pilas, cantimplora, cuerdas, brújula, ropa de abrigo, guantes, un gorro, paraguas, botas de montaña, un plato y un vaso, navaja multiusos, nevera, cubiertos y, por último, un *camping gas* y algo para calentar comida y hacer café. Cuando coloqué todo en el maletero del coche, me fui a buscar un lugar donde pasar la noche, por la mañana compraría la comida y saldría hacia el norte de España. Di unas cuantas vueltas buscando algún hotel que no tuviese mala pinta, pero

al final no pude evitarlo y tuve que ir al único que había. Aparqué el coche en lo que se suponía que era el aparcamiento y después de pagar una fortuna por una habitación en aquella pocilga, subí a mi mazmorra. El olor que había en todo el edificio era nauseabundo, como si una manada de gatos en celo hubiese esparcido sus micciones por todas las paredes diez años atrás y el calor de los radiadores hubiera secado la parte acuosa agudizando el hedor. Cuando abrí la puerta me dieron ganas de tirarme por la ventana, el olor en el interior era incluso más intenso. Alguien necesitaba cerrar aquella cuadra y demolerla cuanto antes, el encargado del hotel debería habernos pagado a los infelices que caíamos en la trampa por hospedarnos allí y no prenderlo fuego. Me hubiera gustado escribir en el libro de reclamaciones, pero seguro que las ratas dieron cuenta de él para el desayuno después de bailar hasta altas horas de la madrugada en el vestíbulo de aquel palacio.

Sin ver el baño, me dieron ganas de vomitar en varias ocasiones y consideré seriamente marcharme de allí, pero necesitaba estar descansado para afrontar un día entero conduciendo y dormir en el coche no parecía la mejor idea. Quité las sábanas y descubrí el colchón a rayas que había debajo lleno de lamparones, lo pensé mejor y lo cubrí de nuevo, no había sido buena idea. Después bajé a por el saco de dormir y la esterilla, dormiría con ellos sobre la cama. Aquella estancia fue bastante traumática y no la olvidaría en mucho tiempo, al final acabé durmiendo con la ventana totalmente abierta para poder aguantar el mal olor, con el problema que eso supuso con los ruidos de tráfico y un maldito perro que no paró de ladrar en toda la noche.

En ese escenario, cuando en el cielo comenzaron a asomarse los primeros rayos de luz, no había dormido prácticamente nada. Desesperado por descansar un poco más, cogí mis cosas y bajé al coche, conduje hasta un centro comercial donde el aparcamiento estaba desierto y me hice una bola en el asiento de atrás. Cuando desperté estaba en medio de una masa de coches aparcados, parecía que media Francia estaba allí comprando. Los coches que había aparcados a ambos lados estaban demasiado pegados al mío como para poder salir confortablemente y tuve que reptar como una serpiente para escapar de mi prisión. Cogí la cartera y me fui a hacer la compra. Gracias al cielo, había una cafetería en la que pude asearme un poco y disfrutar de un buen café antes de empezar con las compras. Mi cara debía ser un poema, porque allí donde iba la gente hacía gestos de desaprobación al verme, me hubiese encantado verles a ellos después de pasar la noche en el hotel del terror como hice yo, el nuevo mejor amigo de las ratas.

Una hora después, salía del supermercado con todo lo que se me ocurrió necesario y al llegar con el carro uno de los coches que había

aparcados anteriormente al lado del mío se había marchado y pude colocar la compra en el asiento de atrás sin problemas. Parecía que el día poco a poco se iba arreglando.

Era mi tercer día de búsqueda y ahora debía atravesar toda Francia, internarme en los Pirineos y llegar al norte de la península ibérica. Llené el depósito hasta que no entró una gota más de combustible y, tras poner las coordenadas en el GPS, me puse en camino.

Cuando salí del aparcamiento del supermercado eran las diez de la mañana y, después de parar alrededor de una hora para comer algo y descansar al mediodía, eran las diez menos veinte cuando estaba a tan solo unos minutos de llegar al destino. Me encontraba en una zona montañosa con carreteras sinuosas que se retorcían entre el relieve. Era completamente de noche y la temperatura había bajado a menos dos grados centígrados cuando salí de la carretera y tomé el desvío por un camino de tierra que apareció a la derecha en la mitad de la nada, unos metros después di otro giro a la derecha y las luces del coche se toparon con el ábside de una iglesia que había surgido de la nada, aquel era el lugar. Detuve el coche y apagué la radio sin dejar de contemplarla, después de permanecer un tiempo en silencio observando su perfil, desde la parte iluminada hasta la que estaba a oscuras, me bajé y anduve a su alrededor fascinado por el hallazgo. Hacía frío y, casi sin poder apartar mis ojos de ella, regresé al interior del vehículo y decidí instalar el campamento antes de que fuera demasiado tarde y la temperatura bajase aún más. Montar una tienda de campaña en la oscuridad no es muy recomendable, pero aún así conseguí erguirla y poner mis cosas dentro. Ya en el interior, me cambié y me puse la ropa de abrigo que había comprado, al instante me sentí mucho más a gusto y comencé a preparar las linternas y la lámpara, estaba deseando salir fuera para estudiar con detenimiento la iglesia. Cuando todo estuvo listo, me puse el gorro y los guantes y salí de la tienda de campaña con mi linterna.

Por lo que pude observar, era una ermita de estilo románico construida en piedra de sillería, con canecillos y ventanas ajedrezadas. No encontré rastro de añadidos posteriores, por lo que estaba viendo la construcción original, que se ubicaba, según los cánones ortodoxos, con la portada de acceso a la nave al mediodía y el ábside mirando a Jerusalén. Tenía otras tres portadas de acceso, pero solo sobre la principal se encontraba un escudo bastante deteriorado con barios símbolos, parecía tener la flor de lis, la cruz templaria de San Juan, la vieira e incluso la cruz de San Andrés. Algunos de los símbolos casi habían sucumbido al tiempo y con la luz artificial no era fácil distinguirlos, por la mañana tendría que echarle un vistazo con más detenimiento para averiguar exactamente lo que eran. Después de reconocer la ermita, entré en la tienda de campaña y bebí algo

caliente. Me sentía impotente, porque estaba igual de perdido que con el texto, sin ninguna duda Blake me había mandado a aquella ermita por alguna razón, pero allí fuera no había nada que me hiciese sospechar cómo encontrar lo que Richard señaló allí. Le prometí a Max que resolvería el enigma del casco en dos semanas, pero si seguía así jamás desvelaría su paradero y fracasaría estrepitosamente, con las consecuencias que eso conllevaría para Lucía, Max y los sectatores.

Me costó quedarme dormido, pero con el cansancio del viaje y lo poco que dormí la noche anterior, al final terminé por caer rendido. A la mañana siguiente me desperté con los rayos del sol atravesando la lona de la tienda de campaña, era otro nuevo día en aquella carrera contrarreloj que me había propuesto ganar. Salí de la tienda con un café bien caliente y junto al precioso cielo azul español sentí que iba a ser un buen día, igual que aquellas veces cuando íbamos de pesca en los que se podía oler en el ambiente que sería una gran jornada. Recorrí los exteriores del edificio buscando marcas, números o letras que no hubiese visto durante la noche, pero no encontré nada, a pesar de que los busqué a conciencia. Como no me convencía la idea de que no hubiese nada, di otra vuelta en vano y me detuve frente al escudo. Observándolo con detenimiento, no me había dado cuenta de que justo debajo de él había una inscripción que con los siglos había desaparecido prácticamente por completo. Lo único que había en aquella ermita era el escudo y aquellos símbolos, quizás ahí estuviese lo que estaba buscando, justo delante de mis narices mientras yo me empeñaba en encontrar algo más que simplemente no existía. Decidido, cogí lápiz y papel y me planté frente al enigma, analizaría cada símbolo e intentaría encontrar la relación que había entre ellos. El primero que llamaba la atención era la flor de lis por el gran número de veces que se repetía, era un símbolo que poseía significados como el poder, la soberanía y la lealtad, pero a la vez también era símbolo de pureza del cuerpo y el alma. Las cruces templarias eran más que conocidas por ser el emblema del honor y la protección y la cruz de San Andrés representaba la humildad y el sufrimiento. El último símbolo era la vieira jacobea, la concha que contenía el agua bautismal por el que se accedía al conocimiento.

La verdad es que cuando leí las notas que había escrito en voz alta me recordó muchísimo a los valores que el casco de Godofredo inspiraba a los sectatores desde sus comienzos y, al darme cuenta de ese detalle, miré inmediatamente hacia el escudo una vez más para caer en la cuenta de que había nueve flores de lis, cuatro cruces templarias, cuatro cruces de San Andrés y cuatro vieiras jacobeas. ¡Exactamente los números que aparecían sobre el texto, nueve, cuatro, cuatro, cuatro!

Al unir las piezas del puzle cerré el puño con fuerza rebosante de

alegría y celebré haberlo descifrado. En el trozo de lino había dibujada una flecha desde el número hasta la esfera que interpreté como una línea recta desde el escudo hacia otro lugar señalado, quizás me equivocase, pero esa era la lectura más evidente y, sin dudarlo un segundo, me coloqué bajo el escudo y comencé a andar alejándome de la ermita. No sabía cuánto tendría que caminar en esa dirección, pero estaba seguro de que tarde o temprano algo aparecería en mi camino. Y así fue, a unos treinta metros de la entrada en línea recta encontré una pequeña falla que había elevado el terreno sobre el nivel del que pisaba algo más de un metro creando un escalón de gran tamaño. Sobre ese escalón había una piedra triangular señalando hacia el cielo de un tamaño considerable, pero no imposible de manipular para un hombre. Justo debajo, en el suelo, a tan solo un metro de mis botas, una piedra grande y aplanada cubierta por las hojas secas de los árboles y la maleza. Me agaché y limpié los bordes antes de intentar levantarla, pero parecía demasiado encajada y al no conseguirlo opté por deslizarla con mucho esfuerzo hacia un lado. Cuando la moví no vi nada especial en la zona de suelo que cubría, pero tan pronto como comencé a retirar tierra de la superficie me di cuenta de que estaba demasiado suelta para ser natural y mis sospechas se confirmaron cuando a unos veinte centímetros de profundidad me encontré una plataforma hecha a base de trozos de madera. Antes de comenzar a excavar no sabía si lo que iba a encontrar allí era el yelmo de Godofredo, pero al ver el diámetro de la base llegué a la conclusión de que allí debía haber algo bastante más pequeño. Retiré los trozos de madera y seguí profundizando hasta que encontré una segunda a otros cuarenta centímetros hecha con piedras soportadas por madera. Al quitarla solo apareció más tierra, que continué quitando hasta que encontré una última base hecha con dos capas de madera entre las que habían colocado una piedra fina y alargada que posiblemente sujetase todo el peso de las capas y las estructuras superiores. Cuando conseguí retirarla con algo de dificultad después de cavar alrededor, encontré una caja de madera de unos diez centímetros de largo por diez de ancho y otros diez de alto. La limpié de tierra y soplé varias veces sobre ella para quitarle el polvo que la cubría, al ver los bordes de la tapa sellados con cera del mismo color que la que encontré en el cilindro, sonreí. Saqué mi navaja del bolsillo del pantalón sin perder de vista la caja y con cuidado quité la cera hasta que la tapa quedó libre, hice un poco de palanca con la hoja y esta se abrió fácilmente. Me guardé la navaja y lentamente la levanté descubriendo lo que escondía su interior. Blake había dejado un orbe masónico en su interior, a eso se refería con el dibujo de la circunferencia con la cruz en el centro, un orbe masónico visto desde arriba con los cuatros brazos en forma de cruz que sujetan las partes móviles. Me limpié las

manos en los pantalones y con cuidado desabroché los brazos dejando que el orbe dorado mostrase su contenido. La esfera se abrió en una cruz de pirámides cuadradas con caras perfectamente cortadas, las cuatro del brazo mayor estaban grabadas con símbolos y números, las dos del brazo menor estaban solo marcadas en las caras adyacentes a la pirámide central de la cruz.

Cuando intentaba ver los símbolos que aparecían en cada pirámide, recordé que tenía una lupa de plástico en el llavero del coche, era bastante pequeña, pero me ayudaría a verlos con más claridad. Me levanté y después de guardar el orbe coloqué la losa de piedra en el mismo sitio en el que se encontraba antes de cubrirlo todo con tierra y maleza seca, no quería que nadie supiese que allí hubo algo escondido. Cuando terminé, regresé a la tienda de campaña ocultando las huellas de mis pasos, pensé que si algún lugareño curioso me veía acampado en los alrededores de la iglesia no tardaría en mandarme a medio pueblo para echarme de su ermita, aunque quizás también lo hice por miedo a que aquel hombre que me siguió hasta el hotel consiguiese seguirme hasta allí también.

Entré en la tienda de campaña y saqué las llaves del coche, la pequeña lupa de plástico incluida en el llavero era perfecta y con el sol en lo más alto conseguí ver perfectamente cada marca. Cogí mi libreta de notas y un bolígrafo y comencé a trasladar la información del orbe al papel. Comenzaría a leerla desde la parte inferior e iría subiendo hasta terminar en la parte superior.

La primera pirámide presentaba en su cara inferior una roca de bordes irregulares con el interior más marcado, se encontraba en el medio unas líneas paralelas horizontales que la hacían destacar. En la cara derecha había un río o un camino que serpenteaba de un lado al otro. En la cara izquierda aparecía un círculo que contenía una estrella invertida de cinco puntas y a su lado un corazón, por encima de los dos había un tejado con una cruz en lo más alto. La última cara de esa pirámide era la superior y en ella se veía una vela encendida.

Me aseguré de que el dibujo que había hecho era lo más fidedigno posible y después comencé con la siguiente.

La siguiente pirámide presentaba en su cara inferior un tronco de un árbol o un camino que se ramificaba en tres. En la cara derecha había un sol que parecía mirar hacia el tronco. En la cara izquierda había una puerta sin pomo o cerradura. En la cara superior había un hombre tumbado horizontalmente, en su cara había una cruz en vez de ojo.

Repasé el dibujo comparándolo con el orbe y cuando estuve seguro continué.

Ahora era el turno de la pirámide de unión entre el segmento

vertical y el horizontal. Aquella pirámide central tenía en su cara inferior una especie de candelabro con cuatro brazos y sobre el brazo que había más a la derecha aparecía un punto. La tres caras restantes tenían dos cosas en común, números romanos en la parte superior y un código basado en modificaciones de una cruz griega para dar distintos significados. La cara derecha tenía el número uno escrito en letras romanas, justo debajo un punto, a continuación una cruz a la que le faltaba eje horizontal izquierdo. Frente a esta se encontraba en la pirámide derecha un símbolo con unas ondulaciones que no entendí muy bien. En la cara izquierda aparecía el número dos y la cruz completa, el punto se encontraba al final del eje horizontal derecho. Justo enfrente, al otro lado, se encontraba la pirámide izquierda con un símbolo de laberinto. La última cara de la pirámide era la superior y en ella estaba el número tres, aparecía una cruz sin el eje vertical inferior y al final del eje vertical superior aparecía un punto.

Esta última era más árida que las demás, me iba a costar entender aquellos diagramas con las secuencias de puntos y partes perdidas de las cruces. Podía significar cualquier cosa, desde números hasta palabras. Después de repasar cada una de las caras de aquella complicada pirámide central comencé con la última.

Esta se encontraba en la parte de la cruz donde se representa la cabeza de Jesús crucificado, por eso tenía una importancia añadida. En ella no había números y parecía sencilla. Sobre la cara inferior había dibujado un círculo perfecto del que salía un pequeño segmento de su parte inferior. La cara derecha presentaba un círculo seccionado en cuatro partes y en una de las particiones, la superior derecha, había un aspa. La cara izquierda tenía el grabado de un rectángulo con cuatro flechas que apuntaban hacia arriba. En la última cara, la superior, se encontraba el dibujo de una caja presumiblemente de madera hecha con tablas rectas y alargadas rodeada de un halo centelleante.

Aquel orbe era el mapa que me llevaría hasta el yelmo de Godofredo, no había duda. El problema era dónde buscarlo, porque estaba claro que Blake me estaba dando los pasos a seguir una vez llegase a ese emplazamiento, pero ¿dónde? El lugar que me indicaba tenía que tener relación con otra iglesia, así lo indicaba la cruz sobre el tejado de la cara izquierda en la primera pirámide, pero solo con esos datos, pensar que podría encontrarla era simplemente una locura.

Entre unas cosas y otras se había hecho tarde y comenzaba a atardecer, no había nada más para mí en aquel lugar y lo más sensato hubiera sido recoger el campamento y mudarme a otro sitio menos frío, pero me dio pereza y decidí pasar allí la noche estudiando las piezas del rompecabezas un poco más. Por la mañana, con la luz del

día y algo de suerte, habría encontrado los detalles del nuevo emplazamiento. Dejé mis notas y los dibujos para dedicarme a hacer algo de cena, me apetecía comer algo caliente después de varios días de bocadillo tras bocadillo. Pensé que pasta y atún sería un manjar con el que me recompensaría por el hallazgo del día. Saqué el *camping gas* y comencé a cacharrear, después de ver cómo el agua comenzaba a burbujear eché la pasta y seguí con los preparativos. Estaba empezando a refrescar y con los últimos destellos de luz se agradecía tener las manos alrededor de las llamas azuladas que calentaban mi cena. Corté unos trozos muy finitos de cebolla en un plato y le añadí el atún, los mezclé bien y cuando la pasta estaba lista escurrí el agua y la eché en el plato añadiendo un chorro de aceite de oliva. Orgulloso de la cena que me había preparado, me recosté sobre el saco de dormir que tenía enrollado detrás de mí y disfruté de cada bocado. Con el estómago lleno, permanecí tumbado durante un rato escuchando a la naturaleza hasta que decidí meter la comida en el coche junto a todo lo que no necesitase para dormir, no quería pasar la noche incómodo rodeado de cosas que bien podían quedarse en el maletero. Me organicé y, tras algunos viajes, en la tienda de campaña solo quedó la esterilla, el saco, el farol, mi cuaderno de notas con los dibujos del orbe y la copia del texto. No estaba seguro de cuál sería el lugar más seguro para guardar los originales, pero después de pensarlo un poco me decidí por meterlos en la cámara donde iban las pilas de la linterna, seguro que nadie tendría el más mínimo interés por robarme un simple modelo barato de supermercado.

Cuando terminé de hacer el traslado era totalmente de noche y nada más cerrar la puerta del maletero apreté al botón del mando para que el cierre centralizado del coche bloquease las puertas. Las cuatro luces de intermitencia se encendieron un par de segundos iluminando la fachada de la iglesia y después la oscuridad volvió a envolverlo todo. Cuando me dirigía hacia la tienda de campaña me pareció escuchar algo en la distancia y tras un momento en silencio pude distinguirlo entre los otros sonidos de la noche, eran unas ruedas de automóvil que circulaban sobre la grava de algún camino cercano. Algo alarmado, giré a mi alrededor buscando las luces que debían acompañar al vehículo, pero todo continuaba tan oscuro como lo había estado unos minutos antes. El sonido continuó acercándose hasta que pude intuir que se aproximaba por el lateral de una colina que quedaba frente al ábside de la ermita. De repente se detuvo y mi corazón, que ya había empezado a latir más acelerado al escucharlo por primera vez, comenzó a golpearme con fuerza en el pecho. ¿Con qué intenciones se acercaría alguien hasta donde yo me encontraba conduciendo sin luces? Mi cabeza contestó al instante, o eran cazadores furtivos o algún vecino de la zona que me había visto

durante el día y quería espiarme para averiguar qué hacía allí, o alguien que me había seguido y estaba planeando algo. Ninguna de las posibilidades me agradó lo más mínimo y sin dudarlo cogí la linterna donde guardaba los originales y me metí en el coche, arranqué y salí de allí. En mi huida intenté localizar al visitante con las luces de los faros, pero el vehículo debía estar escondido o en algún lugar elevado, porque no pude verle. Salí del camino y nada más ponerme sobre el asfalto aceleré a fondo y me alejé a toda velocidad. Conducía dando las curvas por el medio y mirando constantemente en el retrovisor por si me seguían hasta que llegué a una recta y al ver que iba solo me tranquilicé. Fue entonces cuando me di cuenta de que había dejado mi cuaderno de notas en la tienda de campaña. Levanté el pie del acelerador y mi alegría fue disipándose poco a poco como la inercia del coche hasta que me detuve en el arcén. No podía dejar mis apuntes con los dibujos allí, si aquel cuaderno caía en las manos equivocadas le estaría sirviendo en bandeja el yelmo a los dielibus. Después de deliberar la situación, decidí volver y recuperarlo, tal vez tan solo fueran fabulaciones mías y en aquel coche solo había un par de enamorados dando rienda suelta a su pasión, siempre me ponía en las peores situaciones.

Di la vuelta y deshice los kilómetros que acababa de recorrer, cuando me acercaba al desvío apagué las luces y me aproximé muy despacio. Antes de llegar al camino que llevaba a la ermita detuve el coche y me bajé, si eran unos amantes se reirían de mí, pero si era alguien que andaba tras mis pasos necesitaba andarme con cuidado. Anduve como pude por el camino en la oscuridad hasta que llegué a un punto desde el que podía ver la ermita, y lo que vi me puso los pelos de punta.

CAPÍTULO XLII

En la negrura de la noche un coche, estacionado con las luces encendidas y la puerta del conductor abierta, rompía con la atmósfera del entorno. Frente a él, iluminados por sus faros, la ermita, mi tienda de campaña con la lámpara que había dejado encendida y una figura de espaldas, con una cazadora negra de cuero y moviendo su brazo derecho de vez en cuando como si ojease un libro. Le contemplé durante un tiempo perplejo, estaba casi seguro de que era el hombre de Chartres, la cazadora era similar y el color de pelo también coincidía. De repente, mientras yo le observaba desbordado por las muestras de su astucia, aquel hombre se dio la vuelta y se introdujo en el coche. No me dio tiempo a verle cerrar la puerta, solo escuché el sonido que hizo mientras corría como un loco hacia la carretera. Segundos más tarde el motor se puso en marcha e inmediatamente engranó la marcha, si no me daba prisa me iba a sorprender corriendo por el camino. Corrí y corrí hasta que llegué a mi coche, agradecí haberlo dejado abierto porque no tardé en entrar de un salto y ponerlo en marcha. Con las luces apagadas, di la vuelta y cuando aceleraba para alejarme vi en el retrovisor cómo las luces del otro automóvil se aproximaban a la carretera iluminándola desde el camino. Iba a delatar mi presencia, pero no me quedó más remedio que encender las mías porque me iba a adentrar en la zona con curvas, conduje tan rápido como pude sin perder de vista el espejo retrovisor y cuando me alejé por la recta sin que me siguiese respiré aliviado. Unos segundos más tarde, dos luces aparecieron en la distancia, no había conseguido librarme de él. Agarré con fuerza el volante y pisé con fuerza el acelerador, debía alejarme tanto como pudiese antes de intentar darle esquinazo, no había vuelto a repostar gasolina desde que dejé Francia y el depósito estaba casi vacío. Si conseguía separarme lo suficiente tal vez podría buscar algún camino que saliese de la carretera principal y ocultarme en él, sin luces en medio del campo le sería imposible encontrarme. Con suerte, encontré un desvío a la izquierda hacia unos

campos de labranza en la mitad de otra zona de curvas pronunciadas que me sirvieron para ocultarme durante el tiempo suficiente que duraron las maniobras. Al divisar un pequeño cartel de color blanco y forma de flecha frené con fuerza ayudándome del freno de mano, así conseguí disminuir la velocidad rápidamente y me adentré unos cuantos metros antes de apagar las luces.

Miraba el espejo retrovisor esperando verle pasar mientras notaba cómo mi pulso me aporreaba en el cuello. Unos segundos más tarde, mi perseguidor pasó a toda velocidad alejándose inmediatamente, entonces encendí las luces y di la vuelta, salí a la carretera y conduje de vuelta en dirección a la ermita. Ahora intentaría ahorrar tanta gasolina como pudiese hasta que encontrase algún sitio donde pasar la noche en el coche, ya no solo tenía que pensar en encontrar cuanto antes el casco de Godofredo para liberar a Lucía y ayudar a Max, ahora también debía hacerlo para evitar que el más astuto de los dielibus provisto de mis notas y mis dibujos se apoderase de él antes que yo.

Al volver a pasar por el campamento decidí entrar a recoger el saco de dormir, dejaría la tienda de campaña porque no me sería imprescindible y me llevaría demasiado tiempo desmontarla, si tenía que quedarme a dormir el en coche sin poder dejar la calefacción puesta, porque apenas me quedaba gasolina, tenía todas las papeletas para morir congelado entre aquellas montañas. Solo habían desaparecido mis notas, el resto estaba tal y como yo lo dejé cuando me preparaba para ir a dormir. Cogí el saco y también la lámpara, que permanecía encendida. Regresé al coche y comencé a conducir sin saber dónde ir, intentaba mantener las revoluciones del motor a un ritmo confortable para que no gastase demasiada gasolina y con la calefacción al máximo intentaba calentar el interior tanto como pudiese para cuando tuviese que parar. Unos treinta kilómetros más tarde, una la luz roja en el cuadro de mandos comenzó a parpadear avisándome de que había llegado a la reserva, la carretera estaba desierta y como no había luces de pueblos o viviendas aisladas por los alrededores decidí buscar un sitio donde esconderme y pasar la noche. Unos kilómetros más adelante encontré un desvío por el que salí y unos metros más adelante un carreterín que se perdía entre los árboles. Conduje por él hasta que, cerca de un riachuelo, aparqué tras unas filas de juncos. Sin salir del coche, pasé al asiento de atrás y cubrí las ventanas como pude con bolsas y lo que se me ocurrió, después me metí en el saco de dormir y encendí la lámpara, cogí la linterna y saqué el texto y el orbe.

No podía quitarme de la cabeza que aquel hombre hubiera sido capaz de localizarme en el hotel y después seguirme hasta allí incluso después de haber cambiado de coche. En los sectatores todos sabíamos

que los dielibus tenían recursos, pero nunca imaginé que llegasen a tal punto. El problema era que ahora tenían los dibujos del orbe y la copia del texto, con ellos y los medios de los que disponían no tardarían mucho en dar con el yelmo y entonces aquella carrera habría terminado. Quizás con ello dejasen en paz a Lucía y pudiese rehacer su vida, pero en cambio mi hermano tendría que soportar el peso del fracaso al frente de los sectatores y llevar su nombre adherido a su desaparición. Algo que de ninguna manera permitiría, si los dielibus tenían mis dibujos, yo tenía los originales, y si ellos eran listos, yo lo iba a ser más.

La clave estaba en el texto, el orbe me sería de utilidad una vez me encontrase en el lugar indicado, pero hasta entonces podía guardarlo.

Una vez más comencé a leer las palabras de Blake en voz alta intentando buscar entre sus frases y al terminar me di cuenta de algo, días después seguía sin tener idea de dónde Blake quería que extrajese las pistas para encontrar del condenado lugar. ¿Qué diablos tenía que ver el maldito ñandubay en todo aquello? ¿Qué tenían de malo los robles? Seguro que hasta los pájaros los preferían… ¿En qué diantres pensaba Blake mencionando aquel árbol del demonio?

Tras aquel pequeño enfado, me di cuenta de que debía descansar, había sido otro día de muchas horas y no tenía ni la paciencia ni la lucidez necesarias para poder enfrentarme al acertijo de Blake. Guardé el trozo de tela en la linterna y lo puse debajo del asiento del conductor, después apagué el farol y metí los brazos en el saco antes de tirar del cordón para ajustarlo sobre mis hombros. Intentaría dormir un poco y si no moría congelado durante aquella noche estrellada del norte de España, al día siguiente intentaría encontrar una gasolinera y probar de nuevo con el texto. No me quedaba más opción que intentarlo una y otra vez hasta dar con la solución.

A la mañana siguiente, una conversación entre dos urracas me despertó. Con cierta dificultad conseguí incorporarme y sentarme en el asiento. No sabría cómo describir la postura en la que dormí, de lo que sí estaba seguro era del dolor de espalda que me había dejado. Pasaban cinco minutos de las ocho y al respirar podía ver el vapor saliendo de mi nariz. Fuera, el suelo estaba cubierto de un manto blanquecino que con la luz del sol brillaba como millones de pequeños diamantes. Había sobrevivido a la helada y eso no significaba otra cosa más que debía ponerme en marcha cuanto antes. Aún enfundado en el saco de dormir, introduje la llave en el contacto y puse el coche en marcha, la calefacción comenzó a funcionar inmediatamente y unos minutos después el hielo de los cristales comenzó a fundirse. Para cuando dejé el saco y pasé al asiento del conductor, las ventanas ya estaban despejadas y sin perder un instante salí a la carretera

principal y conduje en busca de gasolina.

La aguja estaba a punto de desplomarse y no había encontrado ninguna gasolinera ni nada que se le pareciese. Estaba desesperado y al ver a un agricultor en su tractor por un camino paralelo a la carretera no lo pensé dos veces y me detuve un poco más adelante, salí del coche y comencé a hacerle señas con los brazos. El hombre me miró extrañado desde su trono mecánico y al llegar a mi altura paró y apagó el motor. Le expliqué que estaba perdido y que dando vueltas intentando encontrar una autovía me había quedado prácticamente sin gasolina. El hombre me escuchó con atención y después de frotarse la barbilla varias veces y mirar en varias direcciones sin saber dónde mandarme, me invitó a ir a su casa, donde tenía algunas latas de gasolina que utilizaba para el pequeño tractor con el que cortaba el césped. El señor, que tendría unos setenta años, me dio indicaciones para desviarme por un camino mal señalizado que salía unos metros más adelante, una vez llegase, le esperaría y luego le seguiría. Regresé al coche y conduje muy despacio hasta encontrar aquella salida, giré a la derecha y casi al momento el tractor apareció y se colocó delante de mí. Continuamos el camino algunos minutos hasta que llegamos a una casa de labranza que se erguía sobre una pequeña elevación, pasamos por la puerta de entrada y subimos hasta las cocheras. Él metió el tractor en el interior y yo le esperé fuera. Después de unos minutos el hombre salió con dos latas de unos diez litros cada una y a pesar de que le insistí en que con una lata sobraba, él se empeñó y terminó echando las dos. Intenté darle dinero, pero se negó y me dijo que yo habría hecho lo mismo por él si se hubiese encontrado en la misma situación. Después hablamos un rato de las cosechas, los impuestos y cuánta falta de lluvia tenían sus tierras antes de que decidiese que era hora de marcharme. Le agradecí enormemente su ayuda en varias ocasiones y después me metí en el coche y conduje hasta la salida con aquel hombre bajo su amplio sombrero de paja diciéndome adiós a lo lejos. Saqué la mano por la ventanilla y me despedí con una sonrisa deseándole lo mejor. En el depósito la aguja no se acercaba ni por asomo a la marca de la mitad, pero después de haberla visto agonizando era un alivio tenerla allí. Regresé a la carretera y continué la búsqueda, aunque tenía gasolina, aún debía encontrar un surtidor donde llenar el depósito si quería estar tranquilo, no solo porque me daría la libertad para poder hacer kilómetros si lo necesitaba, sino porque también podría dormir con la calefacción puesta en caso de tener que pasar otra noche a la intemperie.

Unos cincuenta kilómetros más adelante encontré una gasolinera donde pude repostar y asearme un poco antes de ir a la cafetería para desayunar. Fue un alivio poder sentarme y disfrutar de un chocolate bien caliente con curros, el viaje no estaba siendo exactamente como

lo había imaginado en mi cabeza, pero al menos aún seguía vivo y con ciertas posibilidades de conseguirlo. Después, pensé que mientras yo estaba en la cafetería de aquella gasolinera, el que me había robado las notas ya podía haber descifrado el mensaje en clave.

Terminé el desayuno rápidamente y cuando fui a pagar le pregunté al camarero si conocía algún hotel cercano donde pudiera hospedarme. El hombre me dijo que para turistas lo que más abundaba por la zona eran pequeños hostales y casas que se alquilaban por días. Uno de los clientes que estaban sentados en la barra se unió a la conversación y me recomendó un lugar, se llamaba La Posada del Arcipreste y por las explicaciones que me dio no estaba muy lejos, solo parecía un poco enrevesado llegar. Les agradecí su ayuda y me puse de camino. Según ese otro señor, no estaba a más de veinte minutos en coche y merecía la pena, porque era un lugar pequeño pero muy conocido por los lugareños por su buena cocina y el encanto del enclave donde se encontraba. Además, me dijo que no tenía muchas habitaciones y que en verano no hubiese tenido ninguna oportunidad de encontrar una libre, pero en temporada baja tendría muchas más posibilidades. Con menos problemas de los que imaginaba encontré la entrada y unos cientos de metros más adelante vi una única señal que me indicaba la dirección a seguir hacia La Posada, si no me hubieran advertido de lo complicado que era llegar y lo mal señalizada que estaba, nunca la hubiera encontrado.

Aquella carretera terminaba en una pequeña plazoleta con un pozo atestado de flores en el centro, justo enfrente una hermosa casa de piedra ambarina con ventanas blancas y cubierta por una maraña de brazos pelados de enredadera. No se veía ningún movimiento y parecía que estaba cerrada, aun así aparqué y salí del coche hacia la entrada buscando en los alrededores algo de actividad que indicase que el establecimiento estaba abierto, pero allí solo había una agradable tranquilidad acompañada de pajarillos cantando. Anduve acompañado del sonido de mis pisadas hasta la puerta de entrada, esta se encontraba en la parte central de la casa bajo un pequeño tejadillo y custodiada por dos preciosos faroles que sobresalían de la fachada. Cuando llegué vi que no había timbre, pero inmediatamente reparé en un marco que había en el centro de la puerta en el que se leía: «Esta es la casa de sus huéspedes, no necesita timbre». Al terminar de leerlo, empujé la puerta y esta se abrió inmediatamente. Había un pequeño vestíbulo del que a la derecha salían unas escaleras de madera que subían al piso superior y, a la izquierda, un pasillo que se adentraba hasta una gran sala al fondo y daba acceso a varias habitaciones que lo inundaban de luz en su recorrido. Entre el pasillo y las escaleras aparecía un mostrador de tamaño reducido con una vasija y varias rosas rojas. El olor a comida casera en el interior era embriagador,

debía ser algún tipo de guiso con oporto o algo del estilo simplemente irresistible. Cerré la puerta después de entrar y cuando me dirigía hacia el coqueto mostrador de recepción, una mujer apareció aproximándose desde el fondo del pasillo mientras se secaba las manos en su delantal. Tendría cerca de sesenta y al verme me sonrió.

—A ti no te conozco. Debes ser nuevo —dijo mientras me sonreía y llegaba a la recepción—. No me acordaba de que tuviésemos huéspedes hoy —añadió sacando lo que parecía un libro de reservas.

—Lo cierto es que no tengo ninguna reserva hecha… —confesé—, he llegado esta mañana y necesitaba un lugar donde quedarme unos días hasta que termine con los asuntos que he venido a resolver… —dije bajo su atenta mirada—. Pregunté en la cafetería de la gasolinera y uno de los clientes me habló muy bien de este lugar… —La mujer me estudiaba mientras yo le explicaba mi situación—. Y aquí me tiene, rezándole al cielo para que le quede alguna habitación libre —terminé.

—Pues la verdad es que hasta dentro de unos días no tendremos a nadie, así que has tenido suerte —dijo sonriéndome.

Saltaba a la vista que aquella mujer era un alma feliz.

—Entonces, genial —dije celebrándolo.

La mujer me dio unos papeles que tuve que rellenar antes de ofrecerme que eligiese entre cualquiera de las cinco habitaciones disponibles. Opté por la número uno, que tenía vistas a la entrada, y a continuación comenzó a explicarme los horarios del restaurante y algunas de las particularidades del menú fijo que había esa semana. Después me dio las llaves de mi habitación junto con varios panfletos de actividades y parajes para visitar en los alrededores. Una vez me hubo explicado todo, Carmen, que era como se llamaba aquella señora tan amable, me preguntó si tenía alguna duda y ante mi negación se disculpó para ir a cuidar del guiso. Yo le sonreí y me alegré de estar allí, era como pasar unos días de veraneo con la abuela.

Cuando Carmen desapareció en la cocina yo salí y fui hasta el coche, saqué mi bolsa verde con la única ropa que había traído y puse la linterna en su interior, después guardé el resto, incluyendo el saco de dormir, en el maletero y cerré. No quería que aquella mujer pensase que vivía en el coche. Subí a mi habitación y nada más abrir la puerta tuve que sonreír, aquel cuarto era más que acogedor. Había una pequeña estufa de leña encendida frente a cama doble de estilo francés, un escritorio con una lámpara encendida junto a la ventana desde la que se veía la entrada y las montañas a lo lejos, un armario de dos puertas pegado a la pared a mi derecha y varias alfombras de lana y de diferentes tamaños alrededor de la cama. En las paredes había varios cuadros con marcos anchos y elegantes que acompañaban

a la perfección al resto. Dejé mi bolsa en el suelo y me tumbé en la cama, cerré los ojos durante unos minutos y disfruté de la sensación de estar sobre un colchón firme hasta que recordé que tenía mucho trabajo por hacer. En ese momento me levanté y saqué la linterna, fui al escritorio y saqué el trozo de lino. Me senté en la silla y comencé a transferirlo a una hoja de papel.

Caen las sombras sobre los
Sectatores siglos más tarde.
Antaño éramos fuertes como el
arbol más robusto, tanto como el
Ñandubay, pero hoy, ya no somos
nada.
Ordené y dispuse para nuestro
Bien, aunque no conseguí mi objetivo.
No dudaré en hacerlo desaparecer
antes de que nuestros días acaben.
Rezaré porque mañana retornen las
risas perdidas a nuestra gente.
Intentaremos resurgir y desafiar al
tiempo de nuevo para que la
Orden recupere la luz y los valores
olvidados hoy.

Los días de justicia y cordura
legítima volverán después de todo.
Obstáculos quedarán atrás en el
olvido hasta desaparecer.
Bien recordaremos estos ácidos
momentos, pero juntos haremos a esta
Orden caminar de nuevo hacia
él futuro más seguros que nunca de los
Sectatores.

Casi me lo sabía de memoria, pero aún era incapaz de sacar nada concreto de él. Guardé el original en el cilindro de cristal y lo puse de vuelta en la linterna. Después volví a leer las líneas de Blake y comencé a buscar posibles combinaciones entre palabras separando las pares de las impares, intentando llegar a un segundo texto

encriptado entre el resto, pero tampoco funcionó. Tras sentir cierta desilusión, respiré profundamente y comencé a asignar números a las palabras para buscar posibles relaciones, pero después de intentar hilar con más corazón que razón sin obtener nada más que incongruencias, decidí que posiblemente había perdido alguna pieza por el camino y sin ella me iba a ser imposible conseguirlo. Tal vez en el mismo lugar donde encontré el cilindro Blake había dejado algo más que simplemente ignoré cegado por la satisfacción de haber encontrado algo en Chartres, quizás aún estuviese allí en algún rincón de ese pequeño agujero esperando a completar el texto.

En ese momento me levanté desesperado y comencé a dar vueltas por la habitación, la situación en la que se encontraba Chartres, infestada de turistas y en medio de las celebraciones parroquiales, no era la ideal para andar buscando nada, pero me sentía irritado y muy contrariado conmigo mismo por no haberme asegurado mejor de que en aquel agujero no había nada más antes de salir como una exhalación hacia el exterior. Por mi estupidez, ahora debía enfrentarme a una serie de problemas que iban a complicar mi existencia de una manera dramática, solo volver a Chartres significaba perder otro día y después de golpear al guardia y haber salido corriendo como un ladrón no hacía falta ser muy listo para adivinar que tan pronto como pusiera un pie en el templo las cámaras de seguridad me reconocerían y no tendría la más mínima posibilidad de conseguirlo, acabaría con mis huesos en los juzgados de París con un par de meses de condena por agresión. Me hallaba en un callejón sin salida en el que no tenía más remedio que volver a Chartres y encontrar la pieza que le faltaba al rompecabezas si quería encontrar el casco, pero si lo hacía había un noventa y nueve coma nueve por ciento de posibilidades de ser detenido y de que todo acabase allí.

Abrumado por la situación, cogí la llave de la habitación y bajé al vestíbulo, Carmen debía estar ocupada con sus cosas y en vez de molestarla la dejé sobre el mostrador. Salí y comencé a andar sin saber dónde iba, quería despejarme y pensar en cómo podría afrontar de la mejor manera lo que se me venía encima. Salí por el primer sendero que apareció, atravesé unos campos de labranza y continué acompañando a un riachuelo en su camino hasta que decidí que era la hora de regresar. Durante el tiempo que estuve fuera intenté olvidarme, pero me fue imposible y mientras andaba y veía el agua correr no dejé de pensar en ello ni un solo instante.

Cuando llegué, Carmen me saludó y me dijo que la comida estaba preparada, como no tenía nada que hacer en la habitación, me fui directamente al comedor y me senté en una mesa que había pegada a la chimenea. Carmen vino empujando un carrito y me sirvió una sopa de verduras de primero, olía muy bien y, como por arte de magia,

consiguió al instante que dejase de pensar en Chartres. Después se marchó y vino más tarde con el segundo, carne en salsa con guarnición de patatas, zanahorias y coliflor al horno. Tampoco me dejó pensar demasiado en mis penurias y la carne en salsa que había olido nada más llegar me hizo sentir que, fuera lo que fuese lo que me turbaba, no merecía la pena. El postre era un pequeño tarro de barro con arroz con leche, dulce y con el toque perfecto de limón y canela. No me extrañó lo más mínimo que la gente de los alrededores conociese aquel lugar por su comida, no era el tipo de cocina de fusión que se servía en los restaurantes más elitistas de Madrid, pero, desde mi punto de vista, no tenía nada que envidiarles.

Cuando me encontraba recostado en la silla más que complacido, Carmen se acercó y añadió algunos leños más al fuego antes de marcharse otra vez. Sin querer, mi cabeza se olvidó de los manjares que acababa de disfrutar y regresó a la amargura de mis inquietudes, la maquinaria se puso en funcionamiento y comenzó a dar vueltas a las pocas posibilidades que tenía.

Si volver a la catedral era prácticamente un suicidio, la única opción que me quedaba era que otro fuera en mi lugar. En ese caso podía llamar a Max para que mandase a alguien al que podría describir con detalle dónde había encontrado el cilindro para que no tuviese ningún problema en localizarlo. Aunque, ya puestos, podría mandar a uno o incluso a dos, y pensándolo mejor sería perfecto si mandaba a un grupo para que unos cuantos distrajeran a los guardias y a las cámaras simulando un infarto o una pelea mientras los otros se aseguraban de registrar a conciencia el agujero. No era mala idea, y aunque seguía suponiendo una pérdida de tiempo, mientras Max les convocaba y les explicaba el plan, se preparaban y llegaban a Chartres, al menos me ahorraría ser detenido y aún seguiríamos en la carrera por encontrar el yelmo. Parecía que había encontrado una solución después de unas horas de incertidumbre, sin duda los guisos de Carmen eran la llave capaz de desbloquear cualquier entramado, por complicado que fuera.

Pensando en la cocinera, apareció de nuevo con un cepillo y se puso a barrer la sala desde el fondo. Cuando llegó a mi altura, me habló.

—Antes de comer he subido a tu habitación y he llenado la cesta que tienes al lado de la estufa con más madera.

—Por la noche refresca mucho y, aunque tienes mantas de sobra en la cama, no me gusta que las habitaciones se queden frías. No hay peor cosa que tener que levantarse al servicio en mitad de la noche y pasmarse del frío —dijo.

—Tiene usted toda la razón —contesté—. No es agradable —añadí.

—¿Entonces a qué te dedicas? —dijo mientras seguía barriendo—. ¿Qué has venido a hacer por estas tierras? —añadió sin mirarme.

—Bueno, he venido a ver el norte de España… No lo conocía y siempre había tenido un interés especial por hacerlo —contesté.

—Ah…, yo pensaba que eras escritor… —dijo mientras seguía con sus quehaceres—. Cuando he subido a la habitación y he visto el papel que tenías sobre el escritorio he pensado que lo habías escrito tú —añadió.

—Ah, el papel ese con unas cuantas líneas… —dije quitándole importancia.

—Sí, mi marido solía escribir muchos de ese tipo, sobre todo cuando éramos novios y no quería que mi padre supiera que me rondaba…

—¿A qué tipo se refiere? —le interrumpí.

—Pues a ese como se llame que has escrito tú, los que dicen una cosa y aparte tienen algo más escondido al comienzo de cada renglón…, juntas las letras del principio y ya está —dijo.

Yo no esperé a contestarla y como pude me incorporé y salí corriendo, subí las escaleras de tres en tres y cuando llegué arriba me di cuenta de que las llaves estaban en recepción. Bajé como un energúmeno, las cogí y volví a subir. Abrí la puerta y corrí hasta el escritorio, donde seguía el texto. Empecé a unir las vocales y las consonantes que aparecían al comienzo de cada línea y en mi cara comenzó a dibujarse una enorme sonrisa.

CAÑON RIO LOBOS, San Bartolomé.

«¡Increíble!», exclamé con tanta alegría que seguramente pudieron escucharme en cien kilómetros a la redonda. Bajé las escaleras corriendo y al ver a Carmen aún barriendo me abalancé sobre ella y la abracé, mientras ella reía yo la levanté en el aire y comencé a dar vueltas. Aquella mujer acababa de descifrar lo que me había sido imposible descubrir en días con todos mis conocimientos. Blake hizo un trabajo increíble con aquel texto, era sencillo, pero a la vez muy complicado, porque incluso el experto más avispado no hubiese pensado jamás en algo tan simple, era increíblemente maravilloso. Ya no tendría que volver a Chartres porque aquel agujero del zócalo estaba vacío y quizás el que me robó las notas aún luchaba por descifrarlo y me acababa de colocar por delante.

Después de tal explosión de felicidad, dejé a Carmen en el suelo y mientras le sonreía le pregunté:

—¿No conocerá algún lugar llamado Cañón Río Lobos por la zona?

—Por aquí no —contestó—. Aunque, espera… —dijo como si tuviese algo en la punta de la lengua sin ser capaz de sacarlo—. No estoy segura, pero creo recordar que en la provincia de Soria hay un parque natural que se llama por el estilo. Está un poco lejos, pero creo que se llama así, Cañón del Río Lobos —afirmó.

—Debe ser ese —dije—. ¿Y dice que está muy lejos? —pregunté.

—Sí, al menos un par de horas conduciendo —respondió.

«Un par de horas no son nada», exclamé en mi interior.

—Voy a salir un momento a coger algo al coche, tengo un aparato con el que no hacen falta mapas —dije para que me entendiese.

—¿Un sistema de posicionamiento global? —dijo la mujer como si nada.

—Sí —contesté asombrado.

—Pues venga, date prisa, que estoy con la duda de si tengo razón —respondió a la vez que me hacía un gesto con la mano para que me apresurase.

Subí a la habitación y cogí las llaves, bajé al coche y saqué el GPS de la guantera. Aquella mujer sabía más de tecnología que yo. Encendí el aparato y puse el nombre del supuesto parque natural, tan pronto como se conectó apareció la ruta. Carmen tenía razón, estaba a dos horas hacia el sur. Corrí al interior y se lo dije, ella me miró complacida y continuó con su labor. Cuando subía por las escaleras, añadí a la barra de búsqueda San Bartolomé e inmediatamente la ruta cambió hasta un nuevo destino, ermita de San Bartolomé en el Cañón del Río Lobos.

Transferí los dibujos del orbe masónico a un trozo de papel y lo guardé junto al resto detrás de una de las patas del armario, me aseguré de que no se cayera aunque se cerrase la puerta con violencia y después bajé al vestíbulo.

Carmen no podía entender por qué quería irme tan tarde teniendo en cuenta que después de las dos horas conduciendo llegaría prácticamente de noche. Mis excusas no parecieron convencerla y de mala gana me dejó marchar. Antes, me aseguré de pagarle tres noches por adelantado, iba a dejar mis cosas en la habitación y llevarme solo lo imprescindible en el coche, no quería que me volviesen a robar mientras buscaba el casco. Carmen aceptó el dinero a regañadientes, más tarde pensé que no fue porque no lo quisiera, sino porque seguía contrariada por mi decisión de marcharme a esas horas. Preparé el coche y subí lo que no iba a necesitar a mi habitación, me aseguré de que la linterna y la lámpara funcionasen correctamente y tras pensarlo un poco mejor decidí llevarme el orbe conmigo, por si al transferir sus dibujos había ignorado algo. No quería tener que arrepentirme de no

haberlo hecho después de haber ido hasta la ermita de San Bartolomé. Tan pronto como estuve preparado fui a despedirme de Carmen, que una vez más me mostró su desacuerdo con mis planes antes de darme un bocadillo envuelto en papel de aluminio y una botella de agua. Yo se lo agradecí y le di un abrazo, lo único que le ocurría a aquella mujer era que se preocupaba por mí. Después de tranquilizarla y asegurarle que volvería pronto, Carmen me dejó marchar. Llegué al coche y dejé el bocadillo y el agua sobre el asiento del conductor, puse el motor en marcha y me abroché el cinturón antes de comenzar a dar marcha atrás. Cuando me adentraba en el camino que me llevaría a la carretera principal hice sonar el claxon un par de veces para despedirme de Carmen, que se encontraba con su mandil entre los dos faroles encendidos de la puerta de la casa. Yo también encendí las luces del coche y puse la calefacción por encima de los veinte grados, el sol se había puesto y con sus últimas luces la temperatura comenzaba a bajar drásticamente en el exterior.

Conduje sin parar durante las dos horas que tardé en recorrer la distancia que me separaba de aquel lugar, quería llegar tan pronto como pudiese y empezar a buscarlo, parecía ser el último escollo antes de poder regresar a Londres. El último pueblo que pasé antes de desviarme por un camino rural fue Ucero, nada más dejarlo me adentré poco a poco en un paraje impresionante en el que la roca había sido sometida a lo largo de miles de años por la fuerza y el desgaste del agua de un río, el resultado eran unos inmensos acantilados que zigzagueaban exhibiendo una multitud de formas caprichosas en los flancos del cañón, aquel lugar era grandioso.

Continué conduciendo con precaución para no acercarme demasiado al borde mientras disfrutaba de aquel espectáculo de la naturaleza. Blake seguramente había elegido Chartres por su belleza, por representar un ejemplo del desarrollo arquitectónico del hombre y por los enigmas que encerraba, pero sin duda debió elegir aquel cañón por ser su equivalente divino, solo un poder superior poseía la capacidad de crear algo tan hermoso. Continué conduciendo hasta que llegué a una zona donde el camino se estiró, fue entonces cuando las luces del coche descubrieron una enorme pared natural de varios metros de altura que se elevaba a lo lejos y a su abrigo, en el mismo corazón de la bestia, asomaba una ermita arropada por aquel descomunal muro. Detuve el coche y salí lentamente sin poder apartar la mirada de lo que tenía enfrente. En la penumbra originada por las luces del coche, la sombra de la ermita se proyectaba monstruosa sobre la roca en un inquietante silencio que solo el murmullo del agua que discurría a escasos metros de mí se atrevía a perturbar. Miré a mi alrededor e inmediatamente me di cuenta de que aquel lugar no era un sitio cualquiera perdido entre las montañas del norte, en aquel

cañón habitaba una energía especial tan evidente que casi se podía palpar con las manos. Parecía como si aquel lugar se encontrase bajo una cúpula invisible en la que el aire que se respiraba estimulase cada una de las células del cuerpo con un soplo de misticismo o espiritualidad difícil de explicar.

Respiré hondo varias veces y cuando mi cuerpo comenzó a acostumbrarse a aquella energía comencé a andar y llegué hasta la ermita, al igual que la otra, esta también era románica, pero con algo que llamó mi atención poderosamente. En su fachada aparecía un hastial con un óculo realmente interesante, en él había una estrella de cinco puntas invertida y en el interior de esta un pentágono perfecto que, a su vez, era entrecruzado por cinco corazones. Era la primera vez que veía un símbolo como aquel y eso me desconcertó, me llamaba la atención que en una ermita de estilo románico se usasen elementos con clara influencia árabe como eran esos corazones y la otra incógnita era el pentalfa, la conocida estrella de cinco puntas del mundo esotérico. ¿Corazones y pentalfa juntos en el mismo óculo? Sin duda, era algo especial. No conocía su significado, pero si hubiera tenido que explicar qué representaban aquellos símbolos rodeados por un círculo me hubiese aventurado a decir que hacían referencia a un conocimiento oculto que tan solo unos pocos poseían. Pensé en aquello incluyendo el significado del triángulo invertido de esa pentalfa que casi siempre hacía referencia al grial.

Lo cierto es que, al igual que ocurrió con el escudo de la ermita que Blake eligió anteriormente, el mensaje se podía extrapolar perfectamente al casco de Godofredo y las circunstancias en las que se encontraba, solo unos cuantos conocían de su existencia y lo que significaba.

Regresé al coche y me puse el abrigo, cogí la linterna, la copia de los dibujos del orbe y regresé a la iglesia. Al acercarme me di cuenta de que el símbolo que había visto con el tejado y la cruz hacía referencia al óculo de la ermita que tenía justo enfrente, la estrella de cinco puntas invertida, el corazón y sobre ellos el tejado con la cruz. Inmediatamente asocié el otro símbolo serpenteante al río que transcurría a pocos metros de mí. Esa primera pirámide representaba en sus cuatro caras aquel lugar donde ahora tenía que comenzar a buscar, solo tenía que encontrarle sentido a la marca irregular y a la vela encendida. Anduve alrededor de la ermita buscando algo que pudiese interpretarse con los dibujos del orbe, pero, aparte de algunos símbolos que dejaron los maestros canteros, no encontré nada realmente prometedor. Aunque me sentía con fuerzas para seguir buscando, decidí prepararme para pasar la noche allí, había aprendido la lección y sabía que a luz del día tendría muchas más posibilidades de encontrar lo que buscaba que empeñándome en dar vueltas

alrededor de la iglesia en plena noche.

Regresé al coche y aparqué en una zona que no se veía desde el camino de entrada. Después guardé el bocadillo en la nevera, que aunque no tenía hielos se conservaría fresco en el maletero con la temperatura exterior, y puse la calefacción. Me metí en el saco de dormir y cogí la hoja de papel en la que había dibujado los grabados del orbe para repasarlos. Cuando empezó a hacer calor, apagué el motor del coche, después la calefacción y una vez acomodado intenté dormir.

No me desperté en toda la noche y antes de las ocho abrí los ojos complacido, o no había hecho tanto frío como la noche anterior o parecía que me estaba acostumbrando a dormir en el sillón trasero del coche. Fuera lo que fuese, era hora de continuar donde lo había dejado la noche anterior.

Aún metido en el saco comí los restos de unas galletas y me bebí un brik de zumo tropical que encontré por allí para desayunar, después me puse ropa de abrigo y salí. Llevaba unos días sin darme una ducha y la idea de que pudiese apestar me carcomía, pensé que si no hacía mucho frío tal vez me diese un chapuzón en el río a mediodía, si ponía la calefacción al máximo podría meterme en el agua y después correr hasta el coche para no morir de una pulmonía.

Enzarzado en esos pensamientos coloqué el saco de dormir y el resto de las cosas en el maletero, cerré y, después de asegurarme de que todo se quedaba en orden, miré hacia la ermita y me detuve en seco. En la pared del cañón que rodeaba a la iglesia había una cueva gigantesca que no había visto la noche anterior. Inmediatamente saqué el papel con mis dibujos y comprendí que lo que yo pensaba que era una piedra realmente representaba a aquella enorme gruta. Fijándome un poco más, me di cuenta de que hasta los bordes de la entrada coincidían con el dibujo de Blake y al ver la vela encendida entendí que lo que quería decir era que allí dentro iba a necesitar luz artificial. Ahora todo encajaba en aquella primera pirámide, la cueva, el río, la ermita con el óculo y la estrella de cinco puntas invertida junto al corazón y, por último, la vela encendida.

Regresé al coche y me preparé para adentrarme en la oscuridad de aquella enorme caverna, utilizaría mi bolsa de la ropa para transportarlo todo. Necesitaría varios recambios de pilas, el farol, cuerdas, mi navaja multiusos, agua y algo de comida por si me llevaba más tiempo de lo previsto llegar al casco. También eché el martillo de ebanista que venía con la tienda de campaña, era pequeño y ligero, pensé que no supondría un estorbo. Tenía el mapa de cómo llegar hasta el casco, pero desconocía las dimensiones de la gruta, por lo que potencialmente todo lo que llevaba podría ser de ayuda. Una vez

estuve listo, cogí la mochila y me encaminé hacia mi destino, cuando llegué al umbral de la entrada miré una última vez hacia la ermita y el coche con la esperanza de que al verlos de nuevo trajese conmigo el yelmo.

Con los dibujos en una mano y la linterna en la otra me adentré en la oscuridad, no estaba asustado, pero tengo que confesar que tampoco me ilusionaba estar allí. Después de andar unos doscientos metros en línea recta, el corredor de entrada se abría en tres galerías, enfoqué con la linterna el papel y rápidamente entendí que el primer símbolo, que en un principio me pareció el tronco de un árbol, representaba aquella trifurcación. Blake había dejado el símbolo del sol a la derecha, posiblemente la muerte con aquel hombre tumbado y un aspa en vez de ojo si continuaba recto y un callejón sin salida si continuaba por la izquierda, representado por una puerta cerrada. Continué andando por la galería de la derecha durante unos diez minutos más o menos hasta que esta desembocó en un pequeño pasillo al que tuve que acceder con dificultad a través del hueco que un antiguo derrumbe había dejado. Con cada paso que daba hacia el interior, la cueva me dejaba más y más claro que no me lo iba a poner fácil, poco a poco se convertía en un lugar más agreste y complicado de transitar en el que comenzaba a hacer frío y era más difícil salvar los obstáculos. En cuanto llegué a ese nuevo pasillo me detuve y miré los dibujos, había llegado a la pirámide central y, si no me equivocaba, ahora debía ir hacia la derecha una vez más hasta llegar al segundo túnel, que saldría a la izquierda, el único sobre el que aparecía un punto en el diagrama. Obligado a andar encorvado por el bajo techo, avancé a través de aquel nuevo pasadizo, el barro y la humedad fueron sustituyendo a las telas de araña y el polvo que me habían acompañado desde la entrada, ignoré la primera salida que apareció a la izquierda y continué como pude en busca de la segunda. Unos cuantos metros más allá apareció la entrada que estaba buscando y nada más asomarme me recibió una bocanada de aire fresco que me obligó a cerrar los ojos, había una corriente de aire muy fuerte. Cubriéndome con el brazo, entré con dificultad, me puse de espaldas para evitar dañar el papel mientras lo consultaba y después de comprobar que debía continuar recto lo doblé y lo metí en un bolsillo. Continué andando en contra de aquel flujo de aire y al poco comencé a escuchar un murmullo que creció en intensidad a medida que avanzaba hasta convertirse en un estruendo que en aquella oscuridad daba más que respeto. Había llegado al lugar donde Blake había señalizado unas ondulaciones y al mirar a través de la gruta que aparecía a la derecha descubrí una cascada gigante por la que miles y miles de litros de agua caían hacia el interior de un abismo al que no me atreví a asomarme. El agua golpeaba con violencia las rocas del

cauce antes de precipitarse al vacío haciendo que la brisa trajera ráfagas de aire húmedo, daba la sensación de que tarde o temprano la roca cedería y el agua, con su fuerza, se llevaría todo por delante. No quise permanecer más tiempo allí y continué, lo cierto es que ver aquella inmensa corriente de agua transcurriendo en la oscuridad de la cueva y pensar que si se desbordaba el cauce podría anegar todas aquellas galerías en cuestión de segundos no fue muy placentera y, con cierto miedo, aligeré el paso deseando encontrar lo que había ido a buscar para salir a la superficie cuanto antes.

Unos metros más adelante encontré otra estrechez por la que tuve que adentrarme, era lo suficientemente pronunciada para darme cuenta de que acababa de pasar el límite del primer triángulo, ese era el salto al segundo diagrama. Según este, el túnel tomaba forma de cruz y debía seguir a través de la primera gruta que saliese a mi derecha. Unos cuantos pasos más adelante llegué a la encrucijada, el túnel que debía seguir era incluso más estrecho y pequeño que los anteriores. Contrariado, metí de nuevo los dibujos en el bolsillo y comencé a introducirme de rodillas consolado por la idea de que al menos sabía dónde iba, sin el mapa haber girado a la izquierda hubiese significado acabar en un laberinto para la eternidad. Cada vez que tenía que meterme por una de aquellas sinuosas e intrincadas galerías no dejaba de imaginar cómo a su edad logró transportar el casco por aquellas galerías, debió llevarle días conseguirlo, y eso dejando a un lado de dónde diantres obtuvo la información para conocer aquel dédalo subterráneo.

Gateé por aquel tubo claustrofóbico hasta llegar a otra bifurcación, con dificultad saqué el papel de mi bolsillo y lo iluminé con la linterna, era a la izquierda. Volví a guardarlo y continué avanzando hasta que las baterías comenzaron a flaquear y después de varios destellos esporádicos se hizo la oscuridad. Las pilas de repuesto estaban en uno de los bolsillos de la mochila que llevaba a la espalda y, aunque me esforcé en llegar a la cremallera, la estrechez del agujero me lo impidió. Dadas las circunstancias, solo podía hacer dos cosas, o retrocedía hasta llegar a la intersección del laberinto o continuaba a oscuras hasta llegar a algún lugar más ancho. Me quedé tumbado unos minutos sintiendo el frío de la roca en mi cara mientras maldecía mi estupidez por no haber puesto unas baterías nuevas antes de entrar. Cuando había inhalado el polvo suficiente para llenar un saco, decidí continuar, iría con mucho cuidado palpando con las manos hasta que encontrase un lugar donde poder cambiar las pilas. Sabía que estaba acabando el último triángulo y pronto tendría que llegar al espacio en el que se encontraba el casco, estaba seguro de que Blake debió dejarlo en algún sitio más amplio que aquel túnel. Avanzando lentamente, continué reconociendo con mis manos las paredes del

conducto hasta que después de un buen rato toqué el borde afilado que marcaba el fin de la galería y la llegada a otro espacio. Con mucho cuidado y la posibilidad en la mente de que hubiese un gran desnivel hasta el suelo, me acerqué un poco más al borde y dejé caer una piedra para sondar la altura a la que me encontraba. La pequeña roca golpeó el suelo medio segundo después de haberla dejado caer, el suelo estaba muy cerca. Repetí la misma operación para intentar determinar la altura y la longitud del lugar y, cuando estuve seguro de que no corría ningún peligro, me deslicé hasta la nueva cámara. Sin moverme demasiado, me quité la mochila de la espalda y saqué unas pilas nuevas, nada más cambiarlas encendí la linterna y vi dónde me encontraba.

Había llegado a una gruta semicircular de unos siete metros de largo por seis de ancho y cuatro de alto, del techo colgaban cientos de estalactitas con caprichosas formas y colores, varias de ellas sobresalían del resto alargándose hasta prácticamente tocar las estalagmitas que se erguían desde el suelo. Aquella cavidad en la roca era una maravilla natural, una estancia secreta digna de preservar el yelmo de Godofredo para la eternidad. Estaba exhausto y después de contemplarla durante un tiempo sentí que, a pesar de su belleza, no tendría la necesidad de volver a verla, no después de las penurias que había tenido que pasar hasta llegar a ella.

Saqué la lámpara de la mochila y la encendí, esta iluminó la gruta al instante y la pude ver en su totalidad. Cogí los dibujos y observé cómo la circunferencia que representaba la cámara donde me hallaba era dividida en cuatro partes iguales, una cruz aparecía sobre la parte superior derecha. Eso debía referiste a la zona que había frente a mí a la derecha. El siguiente dibujo que aparecía era una especie de trampilla que cubría el escondite del casco, había unas flechas hacia arriba que imaginé indicaban que debía ser levantada.

Algo nervioso, metí el papel de vuelta en el bolsillo y cogí la linterna, comencé a andar despacio alumbrando el suelo. Después de ver el río subterráneo, dudaba de si podía confiar en aquel suelo, quizás hubiese algún tipo de trampa que Blake dejó para los pocos precavidos y ese era el peor momento para perder la paciencia. Cuando llegué al área indicada en el orbe, me agaché lentamente y golpeé el suelo con la linterna, el sonido que emitió fue el de ser compacto. Me daba pánico la posibilidad de que después de haber llegado hasta allí, un paso en falso diese al traste con todo. El ruido firme que emitió me alivió y algo más tranquilo comencé a buscar la trampilla. Busqué con la linterna algo que sobresaliese de la superficie, el borde quizás o una prominencia que delatara su situación, pero el polvo que cubría el piso la ocultaba a la perfección. Entonces regresé a por la mochila y saqué una de las baterías que

había gastado, regresé y dividí la zona en pequeños cuadrantes, después comencé a golpear el suelo y a escuchar el sonido que emitía al chocar contra el metal. No había cubierto la mitad del área cuando escuché la inconfundible resonancia que se produce al chocar metal contra metal. Con rapidez comencé a quitar el polvo que cubría la zona y encontré una plancha de metal perfectamente encajada en el suelo de piedra. No tenía agujeros ni rendijas por donde poder levantarla, tampoco anillas o tiradores. Intenté meter los dedos en el pequeño espacio que había entre el borde del metal y la roca, pero me fue imposible, era demasiado estrecho. Después de pensar un rato, recordé mi navaja multiusos y el martillo que venía con la tienda de campaña, regresé donde estaba la bolsa y los saqué. Utilicé el filo de la navaja para limpiar de polvo y tierra alrededor de la plancha de metal, después cogí el martillo y golpeé con fuerza en el centro de la trampilla para que la vibración separase el metal de la base de piedra. Volví a limpiar alrededor y nada más terminar me di cuenta de que al aplicar presión en el medio esta se movía. Con los tacos que sobresalían de la suela en la parte posterior de mis botas empujé con fuerza la cubierta de metal hasta que conseguí deslizarla ligeramente, ahora el espacio era lo suficientemente ancho para colocar la peña del martillo y hacer palanca. En cuanto pude levantarla unos centímetros, coloqué la navaja entre el suelo y el borde para que la cubierta no volviese a bajar. Con una de las esquinas levantada, solo tuve que meter los dedos por debajo y elevarla completamente. Para que no hiciera una nube de polvo, la acompañé sujetándola hasta que cayó al suelo e inmediatamente después me volví hacia el interior de la fosa. Había sido perfectamente labrada en la piedra y en ella aparecía una segunda cubierta agujereada con una nota sobre ella, la cogí y la leí.

> Has llegado hasta aquí demostrando talentos como el valor, la destreza, el conocimiento o la mesura… Este es tan solo el comienzo de una nueva vida en la que deberás velar por el legado que te entrego y las personas que te seguirán. Cuida de la orden y, junto a ellos, lucha por hacer de este mundo un lugar mejor.
>
> Richard Blake

Dejé el trozo de papel a un lado y quité con facilidad la tabla, nada más retirarla quedó expuesta una caja de madera que me resultó familiar. Me arrodillé y con el martillo levanté la tapa. En su interior, un trozo de tela amarillenta con una cruz templaria que ya había visto antes me dio la bienvenida, me incliné y la cogí junto con lo que envolvía. Los deposité sobre mis piernas y retiré lentamente la tela

hasta descubrirlo completamente. Nuestros destinos volvían a juntarse una vez más, había encontrado el casco de Godofredo.

CAPÍTULO XLIII

Después de unos momentos de euforia desatada, me tranquilicé un poco y fui a comer algo frente al yelmo, era increíble pensar que la gente se enfrentaba y moría por aquel trozo de metal. Medité sobre las líneas que Blake dejó y la posibilidad de que otra persona hubiera podido llegar hasta allí sin la ayuda que yo tuve. Richard debió facilitar otras pistas en algún otro sitio para que al ser encontradas estas terminasen por apuntar hacia Chartres, porque si no, era prácticamente imposible que alguien llegase hasta el casco de otra manera. Pensando en ello, recordé al hombre de Chartres, quizás él sí tuvo acceso a esa primera pista y en aquel preciso instante podía estar dirigiéndose hacia allí. Di un salto y me incorporé, ahora tenía que pensar rápidamente cómo me las iba a arreglar para volver con el casco a través de estrecho túnel que daba a aquella cámara. Pensé que podía intentar reptar colocando el yelmo siempre delante de mí, otra opción era meterlo en la bolsa y atar a esta una cuerda a mi brazo, yo iría delante y al recorrer cierta distancia solo tendría que tirar de la cuerda para arrastrar la mochila hasta que llegase a mi altura. La segunda opción me pareció más interesante, porque no me estorbaría a la hora de deslizarme por el túnel y también porque en la bolsa estaría más protegido que si lo llevaba entre mis manos. Con la decisión tomada, lo preparé todo y me dispuse a volver a la superficie, antes me despedí de la gruta con un último vistazo en el que intenté fotografiarla en mi cabeza para el recuerdo, pensé que jamás volvería a ver un lugar como aquel. Después me adentré en el tubo claustrofóbico que tanto detestaba y comencé a avanzar con el deseo de salir de allí cuanto antes. Cada dos o tres metros que recorría me aseguraba de traer la mochila hasta mis pies antes de continuar. Al llegar a la primera bifurcación giré a la derecha y continué manteniendo el casco siempre cerca de mí. Estaba cansado y harto de arrastrarme por el suelo en un túnel asfixiante en el que casi no había espacio para mover los brazos cuando a lo lejos intuí que estaba

llegando al final. Nervios de acero y mucha templanza fue lo que necesité para terminar de recorrer los últimos metros y poder salir de aquel suplicio. Una vez fuera, respiré con fuerza y reí satisfecho. Desaté la soga de mi brazo y tiré de ella hasta que la bolsa apareció con su preciado contenido, después quité el nudo de las asas y enrollé la cuerda antes de echarla sobre mi hombro. Cogí la mochila y deshice el largo camino de intrincados túneles y galerías por los que había pasado anteriormente hasta que por fin vi la luz del día. Estaba atardeciendo y arriba, en el cielo, los tonos ocres se mezclaban con pinceladas de rojos y anaranjados mientras abajo la sombra del cañón lo cubría todo. Sonreí y respiré hondo, atrás quedaban la incertidumbre, el desasosiego, las preocupaciones y el miedo. Había hecho lo más difícil y ahora solo tenía que coger el coche y regresar a Londres. Lucía sería libre para elegir otra vida y Max tendría en su mano la capacidad de decidir qué camino tomar con el respaldo de todos los sectatores. En aquel momento de satisfacción estaba a punto de salir al exterior y en mi cabeza comenzó a sonar una canción que había escuchado no hacía mucho tiempo, se llamaba *Love Was My Alibi,* de Kristoffer Fogelmark, mientras veía a Lucía y a Max sonriéndome orgullosos al verme aparecer con el yelmo. Fue un sueño agradable que se borró de mi mente tan pronto como reparé en el hombre que había sentado sobre una piedra elevada a pocos metros de la entrada de la cueva. Era el mismo que me crucé a la salida de la catedral Chartres, el mismo que descubrí merodeando en el aparcamiento del hotel de París, el mismo que, inexplicablemente, me encontró días más tarde en España y me robó los dibujos antes de perseguirme hasta que conseguí darle esquinazo. Con la misma cazadora de cuero y con una mirada menos indiferente que la de Chartres, me contemplaba en silencio. En mi cabeza las explicaciones a la situación comenzaron a agolparse sin remedio: quizás siempre supo dónde estaba y simplemente esperó a que yo hiciera el trabajo sucio por él, quizás cuando descifró las líneas de Blake se puso en camino y al llegar y ver mi coche decidió esperar a que saliera para arrebatarme el yelmo, quizás él ya estaba allí cuando yo llegué en mitad de la noche y simplemente se quitó del medio para que yo hiciera el resto…

Inmóvil, mirándole fijamente, continuaba pensando, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Me preparaba para una pelea? ¿Intentaría convencerle de que yo necesitaba el casco más que él? ¿Saldría corriendo con la esperanza de llegar vivo al coche y conseguir escapar? Entre tanta deliberación, aquel hombre dio un salto y se colocó a pocos metros frente a mí. Yo eché un pie atrás y me preparé para pelear.

—¿Lo has encontrado? —me preguntó, aun conociendo la respuesta.

Yo no contesté, estaba ocupado pensando en cómo conseguiría librarme de él.

—No te preocupes, no estoy aquí para llevarme el casco —dijo.

Yo le miré desconfiado.

—¿Entonces qué haces aquí? ¿Quién eres? —dije amenazante.

Él rio levemente mientras se acercaba mirándome a los ojos. Cuando llegó a mi altura, me sonrió.

—Mi nombre es Oliver Bélanger, aunque en otras circunstancias, mi querido Marco, me conociste como Richard Blake.

Fin